



El Cónclave  
de Almas







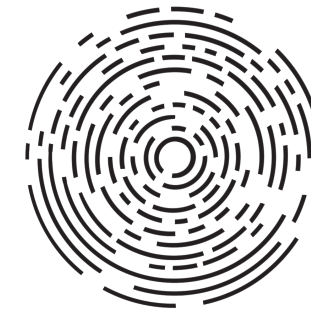


## **Sinopsis:**

Innumerables civilizaciones a lo largo de la historia han puesto a prueba diferentes formas de convivir con el planeta. En un mundo distópico, Lao vive una aventura en la que la consciencia es la motivación y también el objetivo de cada individuo.

*El Cónclave de Almas* es un recorrido espiritual por los conflictos del mundo y de la propia condición humana, donde el lector puede encontrar refugio y sabiduría para afrontar su realidad, y puntos de vista no explorados por las doctrinas impuestas por el sistema.





# El Cónclave de Almas

Ramsés Hernández Ramírez

El Cónclave de Almas

---

© 2023, Ramsés Hernández Ramírez, por el texto

---

**Contacto:** [ramses.her@gmail.com](mailto:ramses.her@gmail.com)

---

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia o registro y otros métodos sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.



# 1 El Cónclave de Almas



Para entender y sentir el Cónclave has de saber que se trata de una consciencia colectiva. Brota de la idea de que todo lo que existe es parte de un todo que le dio origen, la Fuente. Sentir eso de una manera profunda y limpia permite establecer comunicación simultánea con todas las Almas que están vinculadas al Cónclave y moran en él. No es un debate secuencial en el que las ideas brotan de una comunicación en la que siempre hay una que escucha y otra que habla, no es una tertulia, es simplemente el pensamiento de muchas Almas que entienden el proceder de la existencia que le dan forma simultáneamente. Se forma de una manera única, es decir, el pensamiento nace de uno mismo y de todas las Almas a la vez. Todos los que conformamos ese pensamiento único, perfecto, sincrónico y bondadoso, lo brindamos como forma de comunicación a los demás que quieran unirse.

*Las Almas habitan dentro de los Seres individuales en un lugar llamado Consciencia, compartiendo su estancia con la mente dado que se desenvuelven en un plano físico, donde abunda la interacción con el medio y la biología. Algunos Seres tienen dificultades para oír al Cónclave, alejándose del sutil proceder de la Fuente y sus bondades. Aunque no es imposible escucharlo, ni mucho menos. De hecho, la obtención de una comunicación sencilla y sincera de los Seres con sus consciencias es el verdadero objetivo en la experimentación real, lo que otros entienden como la realidad. La única forma de obrar que asegura acercarse al origen de cada cosa o no cosa es entender el Camino Integral, que siempre habita en paz con su consciencia, es decir, con su mente y con su Alma.*

*Intenta disponer de una mirada holística que trascienda al individuo. No has de interpretarlo como una cualidad destacable, eso sería prueba de que estás presa del Ego. Intenta observarte desde fuera del individuo para darte cuenta de que eres como cada cosa o no cosa, como parte de un todo, sin más. El Camino Integral es la disciplina más fiable para conseguirlo, y encontrarás bendiciones a su paso. Ahora la experimentación real te espera, la vida te irá llenando hasta ubicarte en tu Ser. Bueno... descansa, tu tránsito ha empezado. Bienvenido al Cónclave, siempre estaremos en tu interior.*

Las Almas confluían en un espacio indescriptible, sin cuerpo, ni carne, ni Ego, el tiempo no existía pero estaba cerca de existir. No sabía reconocermelo como un individuo aún, aunque el Cónclave de algún modo inducía en mí una identidad que no albergaba ningún Ser todavía. Nunca había sido o estado, pero sentía haberme desprendido del origen del que fui creado. Esto conformaba lo primero que sentí o que sentimos. No podía saber cuánto duraría el proceso, el evento nunca se convocaba, y siempre estaba en proceso. Muchas Almas se unían al Cónclave, todo Ser vinculado con la Fuente podía participar, aunque estuviera en una experimentación real, sin ser puramente consciente de ello, aunque su aportación a menudo fuera la misma. Otras Almas no estaban interesadas en participar asiduamente,

simplemente moraban en armonía con la Fuente, como descansando tras haber habitado en un limbo donde el tiempo no aplicaba. Aunque esta vez, el fin de ciclo se hacía notar en el conglomerado de Almas. Algo trascendente se estaba gestando.

Como consecuencia y causa, una de las realidades experimentales se había revelado contra la Fuente creadora, por lo que muchas Almas participaban de una manera profunda en el Cónclave. Otras Almas renovadas volverían a experimentar de nuevo la realidad, en el mismo lugar, pero en otro contexto. La concentración, la imaginación y la razón se fundieron en una. La comunicación simultánea de pensamientos, ideas y emociones fluía sin dificultad: el Cónclave había empezado.

Llevaba imágenes de una vida en un mundo físico de la mano de emociones puras y simples, nuevas en mi emergente Ser que iba a experimentar la realidad. Una vez dentro del Cónclave, lo complicado era seguir el hilo conductor de los temas expuestos, ya que miles de emociones simultáneas impedían focalizar, sintonizar con las ideas. Imposible para un Alma que aún no había experimentado el Ser.

Todas las Almas eran extremadamente responsables a la hora de formalizar un pensamiento, porque su influencia en los Seres se plasmaría en realidades, acercándolos o alejándolos de la Fuente creadora. Las conclusiones nacían de la conjunción y necesidad de muchos conceptos e interacciones simultáneas, o a veces de una única idea absolutamente evidente que lo envolvía todo. La realidad se creaba de una manera conjunta, sin Egos, aunque iba sintiendo el «yo». Infinitamente sabios, todos pertenecían al todo, el individuo solo aportaba su experimentación en la realidad, para que todas las Almas compartiesen sus emociones. Siendo únicas, las conclusiones, si las había, siempre nacían de la Fuente. No había duda, toda conclusión era armoniosa. Disponía de toda una biblioteca de emociones vitales sustentadas por historias y vivencias. Mucha teoría disponible para hacerla práctica en una realidad, un mundo que llegaba lentamente a mí en forma de vida. El tiempo pasaba y formaba bocetos de los Seres que me esperaban y velaban por mi cuerpo humano, acunado y atendido por el amor en una morada cálida y hogareña.

Para que un Alma fuese capaz de participar en estas comunicaciones con el Cónclave, sus antecedentes y su comprensión del Sutil Proceder eran condiciones necesarias, por lo que no había dudas sobre la valía de sus emociones o vivencias en la experimentación real, su participación siempre debía ser legítima. La mayor parte de los Seres no conocían de la existencia del Cónclave, solo se necesitaba ser un Alma limpia y pura que habitaba plenamente en la consciencia del individuo para acceder al mismo. No sería posible percibir el origen de la emoción, de qué Alma provenía, dado que no existía otro en el Cónclave. No había que negar nada, ni tampoco que ponerse de acuerdo, porque en el Cónclave no habitaba ni la Verdad ni la Mentira, no había prioridades ni tenía cabida la Dualidad. Todos estos conceptos podrían ser contrastados y experimentados de manera profunda solo con la motivación de aceptarlos en el Ser y la comprensión de los mismos.

Cuando todo parecía estar en calma, una gran perturbación sacudió al Cónclave, pues llegaron Seres altamente evolucionados. Almas de Maestros guiaron la mente colectiva, haciendo que todos los partícipes unificaran sus emociones. Ahora el hilo conductor era claro y llevaba la experimentación de la existencia hacia una realidad llamada Mundo. La



preocupación se unió a las experiencias y emociones de todos. El Cónclave siempre intentaba que la experimentación real fuese respetuosa y sostenible con todo lo que habitaba en su medio, donde se les permitiese a las Almas evolucionar en sus Seres sin dañar su medio. La violación de este dogma se estaba produciendo con demasiada frecuencia, sobre todo en Seres sin capacidad de acceder a su consciencia, que desterraban a su Alma a un lugar que hacía difícil su participación; se regían simplemente por los sentidos e instintos físicos o biológicos, y esto los alejaba de la Fuente creadora.

El Ser pasó a llamarse *Ser humano*, revirtiendo la consciencia para que las mentes se apoderasen del Ser y del sino de la experimentación real. Objetivo que no podrían acordar con la Fuente, pero que perseguían de una manera desenfrenada y sin piedad, porque cada individuo experimentaba su propia realidad. El Cónclave rogaba a la Fuente su intervención en la experimentación real de una manera muy poco usual.

Todos sabían que para comprender el sutil proceder, podía ser necesario que un Alma experimentase el hecho de apartarse de los caminos que llevan a la Fuente. Perderse era un plan para encontrarse, experimentar varias vidas en todas sus formas, como Seres pensantes, como Seres no pensantes pero conscientes, o como Seres en fase primitiva: todas sus formas eran necesarias y respetadas por igual. El Cónclave disponía de toda la información emocional, pero pocos alcanzaban a profundizar en sus consciencias. Aun así, las Almas que participaban me otorgaban una identidad, y todo parecía desvanecerse.

*Ha llegado el momento de marchar. Olvidarás de dónde vienes, pero aprenderás a recordarlo. Pronto lo vivirás por ti mismo; has de marchar a la experimentación real, tu consciencia te espera. Es un reto difícil, pues los Seres humanos son complejos y sencillos a la vez, pero sus mentes son fácilmente cristalizables y adaptables, se desarrollan rápidamente en su medio. El paso de los ciclos no les ha ayudado a encontrar un modo de vida sostenible ni equilibrada. Estamos preocupados por todas las Almas que moran en el mundo en manos de la propia experimentación. La Fuente creó la experimentación real para vivirla armoniosamente, pero parece que no existe el Equilibrio.*

No distinguía el origen de mi percepción. Sentía las Almas amadas a mi alrededor, habitando Seres en cualquier escenario de la realidad que no era capaz de describir. Oníricamente parecía estar gestándose un individuo, la voz de una mujer con tono firme y suave que continuaba:

*El Cónclave ya había tenido que intervenir en un par de ocasiones de manera drástica, reiniciando el sistema o ayudando al proceso evolutivo de las Almas de esta realidad. La interpretación de la interacción sincera de los Seres humanos con sus Almas solo puede hallarse en la intimidad de sus consciencias. Definir la interpretación no es baladí, conocer el futuro no te asegura elegir la mejor opción de éxito, la meta, la armonía de dicha experimentación, crear una realidad certera. Es la Fuente la que dispone del Cónclave para crear usando la mente colectiva. Podremos cambiar el mundo cambiando a cada individuo.*

Su Alma familiar y distinguible iba quedando definida, sentía su guía desde el Cónclave hacia el mundo, dándome la vida. Era de especial interés para ella, que continuó con la conversación:

*Cada vez nacen más Seres empáticos y con la percepción necesaria para no olvidar a la Fuente. Hallarán en sus consciencias todo el conocimiento del Cónclave y obrarán acorde con el sutil proceder de las cosas. Además, estarán vinculados a la mente colectiva como herramienta de comunicación natural, sin más fin que permitir que todo exista sosteniblemente y en paz. No hay nada que comprender, todo consiste en sentir. Sentir siendo parte de todo. El destino del mundo está en manos de todos los Seres que lo habitamos. La interpretación muestra al individuo el camino, y esta solo se muestra al propio individuo. Ni siquiera la Intérprete del Oráculo puede acceder a ella.*

Al cogerme entre sus brazos, pronto me encontré con mi mente, con mi primer recuerdo, la primera interpretación de la realidad. La mujer, sin poder evitarlo, se dispersó en las emociones colectivas, desprendiendo un apego hacia mi Ser del que siempre recordaré su aroma. Estas emociones no habitaban en el Cónclave porque ya eran propias del mundo. Había llegado. Ella pensó en la vida que me tocaría vivir, en mi participación y aporte a la experimentación real. Veía su Alma nítidamente sin percatarme de su Ser, cargaba con una tarea encomendada muy elevada. La sentía como parte de mí y a su vez también habitaba en ella. Mi mente, que tomaba forma en mi Ser, iba dibujando pensamientos y emociones hacia el Ser de aquella mujer y como consecuencia lo diferenciaba del mío propio.

Cada palabra pronunciada con calma y responsabilidad se perdía en la nebulosa para emerger de nuevo desde mi recuerdo, producto de mi mente. Su esencia quedó marcada para siempre en mí. Me alejaba irremediamente del Cónclave. Sin tiempo ni espacio me encontraba en la realidad. Su voz afectiva resonaba en mi sueño sin distinguir la procedencia, como si trascendiera más allá del tiempo y de las situaciones, sabiendo que de algún modo, todo había sucedido ya antes o sucedería después. Lo último y primero que recuerdo completaba la identidad de mi Ser con un nombre y un cometido: «Lao, intenta ser siempre quien debas ser».





## La ladera de la montaña



**S**olo una vez, cuando la Fuente se reinicia, se otorga la virtud de crear un Alma nueva, sin mancha en su Ser por el tiempo vivido en la experimentación real. El Cónclave formará parte de su consciencia, disolviendo Ego y mente, para actuar acorde con la Fuente en el mundo físico. Todas las Almas que se aproximen a los procedimientos sutiles dispondrán de la capacidad de crear como el origen de la esencia, la Fuente; obrar acorde a ello se conoce como el Camino Integral.

Extracto del libro *El Cónclave de Almas*.

### 2.1. La Aldea

Me desperté con el sueño de un recuerdo primigenio donde sonaban las palabras de despedida de aquella mujer, que no reconocía como miembro de nuestra Aldea, pero sí como familia. El sueño recurrente me embriagaba de paz, tal como siente un bebé en los brazos de su madre, asentado como los primeros recuerdos del amor almacenados en la memoria.

No recuerdo cuándo llegué a la Aldea. Los días en la montaña transcurrían en armonía, la percepción del tiempo pasaba lentamente, como sin pretender llegar a ninguna parte. Mis sensaciones con el entorno eran cada día más perceptibles y entendibles. Nuestra Aldea era un sitio verdaderamente especial porque formábamos una comunidad equilibrada y feliz donde las ocho familias que vivían en la ladera de la montaña dedicaban sus vidas a la armonía, y elevaban sus espíritus al unísono. Por sencillez, las numerábamos del uno al ocho. Las cinco primeras se dedicaban a la agricultura. La familia Seis realizaba los trabajos de mantenimiento de la Aldea y sostenía su infraestructura. La familia Siete gestionaba el trato con los animales salvajes y de corral. Y por último, la familia Ocho recolectaba leña y otras cosas importantes para los hogares. Incluso teníamos a un ermitaño que de vez en cuando venía desde lo alto de la montaña para abastecerse y charlar con otros de su especie.

La parte baja de la ladera estaba formada por un modesto valle prácticamente plano y abierto al sur para ser bañado por el Sol, extensión más que suficiente para alimentar a los aldeanos, y que moría en una bajada escarpada, protegido por un muro de piedra. Estaba siempre florido, la vegetación crecía feliz, los árboles frutales daban fruta escalonadamente durante todo un ciclo, incluso teníamos cereales en la parte más seca. Las cabras, las ovejas, las vacas y el único caballo pastaban libremente sin importunar los huertos y plantaciones. Agua de manantiales que brotaban desde lo más alto de la montaña llegaba a la Aldea tras

su paso por las acequias, conducidas hasta la fuente de abajo, que también era el abrevadero de la Aldea donde los animales bebían y se aseaban.

En los alrededores de esta zona se concentraba la mayor parte de la población de la Aldea. Las cinco primeras familias estaban formadas por unos varios integrantes, entorno a quince, niños incluidos. Eran muy fuertes, alegres, les apasionaban las cosas que crecen en la tierra, disfrutaban con cada flor y con el sudor del trabajo, veneraban a la naturaleza y empatizaban con las plantas. Servían a la comunidad, encontrando en ello placer y recompensa. Estaban en sincronía con la naturaleza y, por suerte, con sus vecinos. Realmente todas las familias participaban en las labores agrícolas, aunque casi todo el trabajo y el mérito era de las cinco primeras, los *Agros*, como los llamábamos. Disponían de una jerarquía bastante horizontal para organizar sus labores, aunque siempre que alguien dudaba preguntaba a Tita, que amablemente ofrecía su corazón a cualquier causa. Todos conocíamos a la Maestra Tita muy bien, porque participaba en la formación de todos los niños y jóvenes en la escuela. Impartía todo tipo de materias, desde las teorías del Camino Integral a los manejos de herramientas para poda, o escuchar a las plantas para hacerlas crecer sanas. Cuando se veía envuelta en algo maravilloso, siempre decía: «*Au son de la pluie, au milieu du silence*».

Era balsámico percibir el modo en que todos los presentes calmábamos nuestros Seres y nos reconstituíamos con sus enseñanzas, sintiendo y compartiendo el momento con Tita. Los *Agros* moraban en el valle, ya que sus caserones colindaban con los terrenos de las plantaciones. También cocinaban para el resto de las familias excelentes guisos, ensaladas y horneados. Admiraba el trabajo que hacían, cómo lo hacían y, sobre todo, el olor a familia que desprendían. Elegían los nombres de sus integrantes por sus labores, por afinidad a los alimentos que cultivaban, e incluso cambiaban de nombre cada cierto tiempo como muestra de la transformación del Ser. Comprendían y hablaban perfectamente nuestra lengua, pero conocían también un idioma antiguo que usaban en la intimidad y que sonaba como si tuvieran la boca llena de comida al hablar. Se podría decir que los *Agros* eran más que dignos de ser analizados en detalle para aprender de su armoniosa forma de vida.

Sin salir de la zona baja de la Aldea, ligeramente apartada y colindando con el bosque al sureste, vivía la familia Siete, curiosamente con siete integrantes, cuya labor principal era encargarse del bienestar de los animales y proporcionar alimentos a partir de ellos, como derivados lácteos y huevos. Otra tarea importante que desempeñaban era deshacerse de los desechos. Conocían tratamientos para preparar abonos con los residuos orgánicos de podas y animales, los nuestros incluidos. Las gallinas eran los animales más numerosos y fundamentales por su aportación, dado que eran capaces de ingerir ciento cincuenta kilos de residuos. Además, nos aportaban huevos y, algunas veces, carne. Las aves de la Aldea estaban adiestradas para mantener limpios los huertos de plagas de insectos de una manera verdaderamente meticulosa. Todos los animales vivían en las cuadras, en estancias interiores apartadas. Por supuesto, teníamos perros y gatos que siempre estaban paseando por la Aldea. En mi opinión, la Siete era la familia más particular. Me sorprendía cómo habían desarrollado la capacidad de comunicarse con los animales, enseñándoles a vivir cívicamente en la Aldea.

Contabilizado como uno de sus siete integrantes vivía nuestro caballo Nerón, imponente, elegante y bueno. Era tan inteligente y aportaba tanto a la Aldea que se había ganado ser considerado como uno más de la familia. Ayudaba en todas las labores, y todos lo queríamos y venerábamos por su contribución. Él y yo compartimos momentos muy especiales cuando me acompañaba a recoger leña al bosque. Es muy elevado lo que sienten los caballos por los humanos, pero Nerón no era un caballo normal tras los ciclos compartidos entre los aldeanos.

Los miembros de la familia Siete no eran muy habladores, pues casi no usaban las palabras con otros humanos, ni tan siquiera entre ellos. Todos eran muy silenciosos, sus comunicaciones eran simples, claras, con intercambios directos de información, daba igual que el oyente fuera Nerón o la persona con la que compartían té. Podían expresarse con la mirada, con silbidos y con ruidos. Los niños sí hablaban un poco más, como parte de su integración en la Aldea.

La Maestra Hadafri coordinaba a la familia Siete. Se decía de ella que era quien empaticaba de una manera más profunda con los animales. Esto le hacía ser introspectiva. Además, se había criado sola, como muchos niños que vivían de forma salvaje en los bosques o en infraestructuras abandonadas entre la naturaleza, en ruinas por el paso del tiempo. La Maestra Hadafri había aprendido a convivir con otros animales de buen corazón, sin alejarse de la crudeza de la cadena alimenticia para sobrevivir. Podía ver a los demás a través de los ojos ajenos, percibir sus estados con la mirada, o al tocarlos. Todos los animales perseguían una caricia de Hadafri, y sin resistencia entendían y apoyaban sus causas. Las aves le informaban de los cielos, y en la tierra todos éramos como animales, insectos incluidos.

Desde la zona baja podíamos subir hasta la plaza por tres caminos. El más cercano desde los abrevaderos era uno muy escarpado, anclado a la pared de piedra que formaba parte del barranco. Era precioso ver caer el agua por las acequias embebidas en la piedra que corría con fuerza al salir de la rueda. La segunda forma de subir era por otro camino mucho más suave y empedrado que salía desde los establos y recorría la periferia de la zona de las casas. Por último, siempre podías subir desde la periferia por pequeños senderos entre la vegetación, tanto al este como al oeste, pero no era aconsejable.

Nada más subir la altura suficiente encontrábamos la Plaza en cuyo centro estaba la fuente y donde celebrábamos las fiestas. También era el patio de la escuela, sala de té a la intemperie y todos los usos que los aldeanos quisieran. Era el corazón social de la Aldea. Su monumento principal lo constituía la segunda rueda de agua, la más grande, que distribuía el agua por las acequias, de modo que todos disponíamos de un pequeño caño de agua en nuestros hogares. También se utilizaba la energía que generaba como motor para el funcionamiento automático de alguna máquina del taller colindante, y para nutrir la fuente de abajo, el abrevadero y los puntos más alejados de los huertos.

Alrededor de la plaza estaban los edificios para uso común de la Aldea, tales como la biblioteca, donde no disponíamos de muchos libros, pero sí los suficientes para llenar al menos diez ciclos de vida, o eso decían los Maestros. Libros muy prácticos de diferentes disciplinas, como algo de historia de tiempos pasados y, sobre todo, la majestuosa

enciclopedia-diccionario donde las palabras quedaban definidas por su significado. Leía incansablemente todos los tomos, recorriendo el abecedario como un bucle.

La familia Seis vivía en el centro de la Aldea junto a la Plaza, al otro lado de la rueda hacia el oeste. La formaban unos diez integrantes, y nos proporcionaban la escasa tecnología que necesitábamos para satisfacer un mínimo de comodidades. Podían producir energía mecánica y térmica, ergo eléctrica, que complementaban con dispositivos de captación solar. Disponían de pocas máquinas para hacer labores básicas, siendo más que suficientes para proporcionar confort a los hogares, satisfacer las necesidades de todos e incluso algún pequeño lujo de los habitantes de la Aldea, como disponer de una cámara fría cuando hacía calor. Eran extremadamente inteligentes y muy habilidosos con las manos. Todos aplicaban sus conocimientos sin dudar, solucionando problemas de todo tipo con rapidez y eficiencia. Verdaderamente conservaban la infraestructura de la Aldea operativa. Soñaban con crear artefactos maravillosos, optimizando algunos procesos que le resultaran útiles al pueblo, pero sin dejarse llevar por la ilusión que esto les generaba.

Eran los tecnólogos, y el Maestro Zero, la erudición personificada, era el cabeza de la familia Seis. Conocía ciencias antiguas y modernas. Algunas las llevaba a cabo y con otras solo teorizaba. Curioso y sencillo, profundizaba en la investigación intentando que la ciencia y el Alma se fundieran entre en sus acciones y artefactos. El Maestro Zero y mi tutor eran como dos partes de una misma cosa, amigos y compañeros desde siempre. Mi mejor amigo, Toro, vivía en la familia Seis también, y desde muy pequeño todos entendíamos que en él recaería la noble labor del Maestro Zero en un futuro, como el más capacitado para ello.

Por último, la familia Ocho, la más alejada de la plaza y la más pequeña de la Aldea, estaba constituida por solo dos integrantes: mi tutor y yo. Vivíamos en lo más alto de la ladera, antes de que el bosque empezara a nacer justo al norte, creciendo hacia la cima. Junto a nuestra casa pasaba el gran caño de agua que propulsaba la primera rueda y la fuente de arriba, la más pequeña. A mi tutor todos lo llamaban Teo, y era un hombre muy venerado y sabio. Además de recolector, leñador y profesor de la escuela, participaba en todas las labores de las familias, ayudaba a los demás a gestionar sus emociones, cuidaba de los niños, y siempre se ofrecía a los aldeanos. Solía decir: «Si tu disponibilidad para dar felicidad es ilimitada, también lo será tu disponibilidad para recibirla».

Esto lo definía muy bien, ya que se encargaba de asegurar la convivencia de la Aldea. Era respetado y muy apreciado por todos. Cualquier aldeano podría contar un montón de anécdotas de sus encuentros con el Maestro Teo, pues cuando daba su tiempo a los demás, lo entregaba sin importar cuánto fuera. Él nos enseñaba el conocimiento de lo sutil, el proceder de las cosas, la concepción vana del tiempo en la experimentación real, los ciclos de las Almas y las teorías religiosas del mundo. Relativizaba la existencia colocando a la Aldea siempre en su lugar, mantenía a los Seres siempre equilibrados con las prácticas integrales, no con dogmas ni reglas, sino con dedicación y empatía. Por supuesto, todos los adultos y Maestros compartían la vida con los otros de esta manera. Teo siempre callaba más de lo que todos querían oír. Podríamos decir que era el padre de todos.



Cuando la Aldea no lo necesitaba, compartía su tiempo con su amigo Zero, ya que ambos se estimaban mucho. Les gustaba adentrarse en el bosque en busca de una ermita donde solo ellos iban. Luego, a menudo bajaban acompañados del ermitaño, al que conocíamos como Craso Magno. Era el más alterado de los tres, y parecía que las palabras y emociones que brotaban desde su corazón eran escupidas violentamente. Sus reflexiones eran agudas e incisivas, pero rocosas en lógica. Yo nunca entendía lo que decía, pero comprendía perfectamente lo que sentía. A mis Maestros les divertían mucho sus formas, aunque todo lo que decía estaba repleto de contenido, pero sobre todo les aportaba un punto de vista del mundo, necesario para comprenderlo, que solo él era capaz de esbozar. Parecía un ser de otras realidades encapsulado en carne y apariencia humana.

Se podría decir que la Aldea había encontrado un equilibrio estable en armonía con todo. El clima de la montaña acompañaba durante todos los ciclos de trescientos días aproximadamente. Por supuesto, notábamos el cambio de estación. Cada día estaba acotado por la salida del Sol y de la Luna, y lo dividíamos en diez horas, de las cuales tres eran para dormir, tres para educar, y tres para la comunidad. La hora restante se usaba para el individuo. Aunque al final, las diez horas siempre eran diez horas para todas las cosas y todas las personas, incluso al dormir con nuestras buenas plegarias y oraciones. Un ciclo empezaba y acababa con la recogida de los cereales por parte de los Agros que, al finalizar, montaban una fiesta donde toda la Aldea se hermanaba con momentos brillantes de amor y de amistad, festejando la buena armonía de la ladera en la montaña.

La Aldea se ubicaba geográficamente en el suroeste de la península, en unas cordilleras viejas y desgastadas por el paso del tiempo aunque, no obstante, con tierras fértiles y útiles. No sabíamos casi nada del exterior, pues vivíamos ajenos al mismo. Los Maestros contaban poco más de que existían poblados que habían quedado reducidos a unidades mínimas de gestión que denominaban *comunidades*, salvo algunas más pobladas y con más infraestructuras denominadas *núcleos*. Existían sociedades con muchos ciclos de asentamiento en otros lugares, a diferencia de nuestra Aldea, que era una comunidad recién fundada con pocas decenas de ciclos. No solíamos relacionarnos con otras comunidades salvo para realizar acuerdos puntuales y necesarios a los que acudían los Maestros. De oídas, y por algún libro, sabíamos que las regiones exteriores estaban gestionadas por Clanes. Consultando mapas vi algunas imágenes de más allá de la Aldea, y no fui capaz de asegurar si correspondían al pasado, al presente o al futuro.

Tampoco se invertía mucho tiempo en enseñar historia, aunque sabíamos que el ser humano poblaba el mundo desde tiempos inmemoriales. Lo que llamamos ciclos antes eran años. Existía mucha documentación de la que poco disponíamos, pero los Maestros no focalizaban las charlas en el pasado, solo esbozos de lo que pasó en muchas de las civilizaciones que vivieron antes que nosotros. Diferentes sociedades cuyo sistema estuvo abocado, de manera masiva, al agotamiento; otras épocas de crecimiento y paz; después, un descenso brutal de la población mundial originado por un sinnúmero de luchas y catástrofes, y muchas guerras que abarcaban toda la extensión del mundo como campo de batalla.

Habían pasado tantas cosas documentadas por diferentes culturas, que todos los relatos de los sucesos acaecidos siempre eran parecidos. En definitiva, la historia del mundo solo eran intentos frustrados de sistemas de autogobierno que nunca permitieron un crecimiento sostenible y armonioso. Como los ciclos que inexorablemente pasan, unas épocas dejaban paso a otras, civilizaciones pasaban el testigo a otras. Aunque la historia no se repetía, los resultados eran idénticos, infructuosos. Los Maestros no aportaban muchos más detalles sobre el exterior de la Aldea, pero se notaba que los temas eran sensibles, diría que era el único asunto sobre el que costaba hablar. Las insistencias de algún niño curioso eran utilizadas como ejercicio para volver a la atención plena en el presente.

Cada cierto tiempo, varios aldeanos iban al encuentro de alguna caravana, y tardaban varias jornadas en ir y venir. No solían hacerlo más de una vez por ciclo. Casi siempre iba el Maestro Zero para conseguir objetos, piezas, libros, materiales poco comunes o cualquier cosa que necesitase. En ocasiones, algún aldeano también había aprovechado el transporte para marcharse definitivamente. Pero también acogíamos a algunos bebés. Todos parecían seleccionados, lo que junto a los pocos nacimientos que había, constituían la tasa de natalidad de la Aldea.

Todos vivíamos de una manera simple y serena. Sensibles a las fluctuaciones que se producían en nuestro entorno, podíamos adaptarnos fácilmente a la energía del día. Sabíamos que al día siguiente llegaría el amanecer de nuevo, lo que nos permitía descansar en paz por las noches. En la Aldea no se exageraba la importancia del intelecto, sino que mente, cuerpo y Alma se integraban en todas las cosas. Se elegían los alimentos, vestidos y techo de acuerdo con la naturaleza de la consciencia y las necesidades del Ser en su entorno. Confiamos en nuestro propio cuerpo para trasladarnos, disfrutando de los paseos por la ladera, e intentábamos que trabajo y ocio fuesen la misma cosa, dignificándonos en cada acción. Vivir sin división. La Aldea había impregnado a nuestro Ser de todo lo bueno de la montaña. Mi horizonte siempre fue ser como los habitantes de la Aldea. Vivir en la ladera de la montaña era todo lo que necesitaba para llenar mi existencia, y a todo a lo que se podía aspirar.

Mi tutor y Maestro Teo había sido unos de los fundadores junto a otros Maestros. Llegaron unos veinte ciclos antes que yo. Un grupo de personas altamente calificadas, seleccionadas por su comprensión de lo sutil y sus conocimientos prácticos para desarrollar la comunidad, se asentaron en esta ubicación por todas sus virtudes. Todos percibieron que el lugar estaba bendecido. Maestros en diferentes disciplinas empáticas cofundaron la Aldea. Sus esencias impregnaban a todo y a todos los que la amábamos. Sus legados moran en cada lugar de Aldea y también en nosotros, que la habitamos.

Llegaron en una caravana con recursos suficientes para iniciar la aventura, con apoyo desde muchas organizaciones. En su mayoría eran jóvenes Maestros del Clan de los Sabios, cuyo núcleo más importante es Sofópolis. Zero era de allí, y Teo de la Meseta, una región más al sur. Tita venía de una micro comunidad muy particular, fundada por ella y varios Agros de la Aldea, situada en una zona de la península que pocos habían sido capaces de encontrar, aunque realmente había nacido en Sofópolis. Por problemas políticos se había visto forzada a pasar la niñez con su hermana en un lugar oculto entre montañas, quizás

uno de los más antiguos del mundo, donde la sinergia de los Seres con las plantas es tan plena que sienten e interactúan de una manera consciente entre ellos como seres vivos, y son considerados los más evolucionado de todos los que compartimos la existencia. Tita siempre transmitía esos valores y disciplina con amor y responsabilidad. Hadafri era un animal de la montaña, pues su origen estaba en los bosques y su presente en la Aldea. No consumía tiempo en reconstruir una descripción de un momento pasado, ni del futuro, ni en cualquier otra descripción.

Generalmente, el día para los niños como nosotros comenzaba tras un breve aseo. A la hora 1 estábamos en el comedor, y algún Maestro nos dividía en grupos asignándonos diferentes tareas. Casi siempre, durante las primeras horas íbamos a los huertos con los Agros y, con suerte, Tita nos acompañaba. Posteriormente, tras otro breve aseo, comíamos algo y entrábamos en el aula para proseguir con nuestros estudios, y los Maestros impartían sus lecciones. Los alumnos más grandes ya iban especializándose en sus labores, por lo que pasaban mucho tiempo con las familias correspondientes. También realizábamos visitas al taller de Zero, labores de limpieza, transporte de alimentos, trabajábamos en los corrales o hacíamos excursiones por el bosque. Las actividades variaban en función de las estaciones y horas de luz, o de las necesidades de las familias, labores de urgencia o algún acontecimiento fuera de lo normal. Finalmente integrábamos el plan en nuestras rutinas, y el día transcurría sin reloj. Acatábamos las sugerencias de los Maestros y respetábamos los horarios en la medida de lo posible. Al igual que los demás, yo no priorizaba ninguna actividad, pues simplemente me daba al servicio de las tareas y me ofrecía a vivir sin recompensa como otro aldeano más. Todo fluía en armonía, y sentía mi Ser dignificado con cada cosa que hacía, con cada cosa que compartía.

Normalmente los niños mayores de cada familia solían colaborar más con las actividades de su gremio, por lo que a mí me tocaba recolectar, cortar leña y, por supuesto, sentir y aprender mientras era consciente de las Almas de los Seres de la Aldea. Mi Maestro decía que la experimentación real es el mundo en el que viven las Almas dentro de la consciencia del Ser Humano. Esto era una evidencia que se percibía claramente en las emociones que Teo compartía con otros Seres. Él me animaba a que aprendiera a escuchar mi voz interior y reconociese mi Alma y la de los otros. También me empujaba a que lo compartiese con los demás, incluso verbalmente, con palabras, lo que me costaba más trabajo. A pesar de leer incansablemente el diccionario y disponer de las palabras precisas, me costaba ordenarlas y crear secuencias comprensibles. Muchas veces alargaba el silencio para pensar y dejaba escapar la frase como un bloque, pero con el tiempo fui aprendiendo a comunicarme correctamente.

Teo no solía hablar del Clan de los Sabios que había dado origen a la Aldea, ni del exterior en general, pues eran conocimientos que no necesitábamos. Crear en la mente imágenes de otros lugares puede distorsionar tu presente esbozando el deseo, la inquietud y la división en el Ser. Aun así, no era capaz de imaginar algo más bello y armonioso que la Aldea. «Lo que emana de la mente solo habita en la mente», decía Teo. Yo me sentía pleno en la montaña, no nacía ninguna emoción en mí al oír sobre el pasado o el futuro, mío o de los demás. Vivía ajeno al tiempo y al mundo que no fuera la Aldea. Viajar y conocer otras

formas de vida, otras formas de gestionar una comunidad, o escuchar el susurro de un arroyo a mil montañas al norte, eran visiones felices que los aldeanos evitaban. Los ciclos pasaron, al igual que las Lunas, sobre el perfil del horizonte en la montaña.

## 2.2. El Orbe y el cielo de la noche

Podía escuchar los golpes del hacha cortando leña desde la cama, con la oreja tapada por la colcha. Al alba, cuando el Sol no calentaba aún la pared de mi habitación, Toro golpeó fuerte la puerta gritando con euforia:

—¡Lao! ¡Lao...! Despierta, zángano, tenemos que ir a ayudar a Zero —tras subir la ladera, la voz de Toro sonaba entrecortada.

Adquirí verticalidad en un instante. Olía a té recién hecho. Teo mezclaba diferentes hierbas en función de sus emociones, y el aroma indicaba que era un día especial. Abrí la puerta con premura y encontré a Toro sonriente. Noté un aura de emoción que, como un vapor caliente, radiaba de su Ser. Mi amigo era muy enérgico y pasional, y también bondadoso y protector. Me serví té y comí algo, y Toro me acompañó. Era fuerte en sus gestos, robusto en sus acciones, pero muy inteligente y práctico, como los de su familia, así como extremadamente sensible. Sus estados de ánimo cambiaban con facilidad, siempre en un equilibrio estable, con altos y con bajos. Estaba guardando un incómodo silencio porque deseaba hablar, aunque no se animaba a entablar la conversación todavía. El desayuno duró escasos minutos, y la excitación y las expectativas aumentaban en mi amigo.

—Tenemos que ir a ayudar al Maestro Zero con el nuevo artefacto. Nos ocupará el tercio del día, ya he hablado con Teo. Hoy no iremos a los huertos, ¿verdad, Teo? —dijo Toro mientras salíamos de la casa y nos encontrábamos con mi tutor.

Teo se encontraba sentado con los pies cruzados en el tocón donde cortábamos la leña, tomando té. A su alrededor había muchas piezas cortadas con precisión y esparcidas por la tierra mojada por el rocío. El vapor del té caliente y humeante no se distinguía del que salía de la montaña debido al calor de los primeros rayos de sol. Él tenía la mirada perdida en el horizonte como tantas veces, en silencio. La pregunta de mi amigo no obtenía aprobación. Nadie decía nada, era obvio que Toro ya tenía autorización, al igual que la excitación desbordada. Teo estaba sereno, como siempre, pero se inclinó levemente hacia atrás, irguió su espalda y dijo:

—Dime, Toro... ¿prefieres ir con Zero que a los huertos? ¿Tienes expectativas acerca del nuevo artefacto de Zero?

Toro simplemente agachó la cabeza, esperando la enseñanza.

—Mantén tu mente libre de divisiones y distinciones, porque cuando ella no prioriza es simple y se encuentra desapegada. Todas las cosas pueden existir en armonía, y al verlas de ese modo empezarás a percibir la verdad sutil. Si otros niños observan tu euforia, podrían no sentirse gratificados con las labores que se les han asignado, y aparecerían separaciones e intereses diferentes y, por tanto, disconformidad. Simplemente pretendo que te invada el sosiego, no quiero derrotar tu ilusión. Intenta llevarla interiormente, aunque cuando estés maduro sentirás que no hay distinción entre las cosas que podemos hacer en esta realidad.



La recompensa a nuestros actos fluye de nuestro interior. Debes conseguir controlar ese flujo, en el taller de Zero y en los huertos.

Teo era capaz de transmitir a las personas conocimientos, sentimientos, ideas y todo lo que se proponía de una manera armoniosa, elegante y constructiva. En cada frase que compartías con él había una lección que aprender, un trabajo interior que gratificaba el espíritu. De lo contrario, no hablaba. Los aldeanos usábamos la palabra *espíritu* como sinónimo de *Ser*, con la firme intención de remarcar que este también disponía de Alma.

Le ofreció té y ambos se sentaron en quietud, meditando sobre lo habían dicho. Toro se serenó, y Teo repitió el discurso en su cabeza, por si conseguía mejorar la comunicación con aquel aldeano maravilloso al que no pretendía dañar gratuitamente. Como yo tenía más hambre, rellené el vaso de té y tomé una hogaza de pan con miel. Me senté a su lado en silencio. Teo y Toro no dijeron nada, pero al instante pude percibir todas las emociones de ambos, claramente, como si fueran mis propios sentimientos. Mi Maestro también compartía parte de la excitación. Pensé que no me importaba ir a los huertos un día como el que se estaba levantando, con la luz filtrada por nubes blancas. Los Agros celebraban los días nublados, aunque también los soleados y los lluviosos: simplemente adaptaban sus tareas al día. Los tres disfrutamos del momento. El Maestro Teo se levantó y, antes de marcharse a sus labores, nos dijo:

—¿Pensáis que podéis clarificar vuestras mentes ahí sentados en meditación silenciosa?

Tras esto, se marchó. Le di un suave codazo de complicidad y le dediqué una sonrisa a Toro, que también sonrió. Él me comentó en voz baja:

—Creo que quiere decir que nos movamos.

Desde la casa de la familia Ocho, donde nos encontrábamos, nos dirigimos al taller, que estaba bastante cerca. Habría aproximadamente unos mil pasos, pero al décimo tercero, noté cómo la excitación volvía a nacer irremediamente en el interior de Toro. Entendí la situación y me esforcé en compartirla con él. Le pregunté, y mi amigo fue al grano, conciso como era de esperar:

—El Maestro Zero y la familia Seis al completo, así como todos los Maestros de la Aldea, hemos trabajado durante mucho tiempo en ese artefacto. Los diseños vienen de Sofópolis, del mismo núcleo del Clan de los Sabios. El concepto y el diseño fueron ideados por grandes científicos empáticos. Su tecnología es tan elevada que roza lo divino. Zero es un científico virtuoso, y esperamos que funcione. Yo he ayudado mucho, creo que podría llegar a repararlo, aunque no sé muy bien cuáles son sus fundamentos. Además, no todo el mundo puede usarlo.

Toro no sabía concretar realmente, porque no disponía de conocimientos para ello. Hice un gesto de entendimiento ante su excitación. Ambos reíamos. Sorteamos varios obstáculos, y saludamos a varios vecinos y animales. Ladera abajo, llegamos al taller sin demora.

La familia Seis vivía en unas casas colindantes con el barranco. Se trataba de un edificio de bloques de piedra, ampliado con varias estancias de madera al fondo. Sobre su muro giraba la segunda rueda a la altura de la Plaza. El agua circulaba bajo su estructura permitiendo el movimiento, y era conducida hacia la fuente de abajo. Decían que antes de la reparación de la rueda, el agua no podía contenerse como consecuencia del cambio brusco de altura, que hacía que se desbordara. Zero instaló unos sistemas para frenarla y, de paso, usar su energía para otros menesteres. Era impresionante cómo estaban construidas las acequias y los canales

aprovechando la orografía del barranco. Parecía un bocado en la ladera, reforzado con las paredes de piedra sobre las que descansaba el muro sobre el barranco y la plaza que protegía de posibles caídas.

Entramos por una gran puerta de forja que siempre estaba abierta de día. A pocos metros a la izquierda se podía divisar a los Agros en los huertos. Un joven de la familia empujaba una enorme mesa por unos raíles para trabajar sobre ella bajo la luz del Sol. Nos saludamos y pasamos junto a él cruzando sobre los raíles con unos saltitos. Todos sonreímos alegres.

El taller disponía de innumerables artilugios y cachivaches que decoraban varias estanterías meticulosamente ordenadas y perfectamente etiquetadas. Todas las piezas, máquinas y objetos estaban protegidos con fundas y metidos en cajas para soportar el paso del tiempo. Un par de miembros de la familia se encargaba de mantener y llevar el inventario del taller. El espacio era diáfano, con las estanterías al fondo, que a su vez eran pilares de una estructura superior donde estaba el despacho del Maestro Zero. Todas las paredes estaban repletas de planos, herramientas y una hermosa pizarra con fórmulas dibujadas. Las mesas de trabajo estaban ocupadas por el generador de luz, al que le estaban aplicando unas rutinas de mantenimiento. Desde el despacho vidriado que se situaba sobre la doble altura encima de las estanterías, Zero nos alentó a subir. Esquivando al personal, y con cuidado de no molestar, subimos prestos y sigilosos.

—¡Buenos días! —dijimos al unísono los tres al encontrarnos.

—¿Habéis desayunado? Tomad, comed.

Lo declinamos con un gesto. El Maestro Zero se llenó el vaso de té, terminó de tragar con un pequeño sorbo, y me preguntó directamente:

—Antes de mostrarlo, quería preguntarte una cosa, Lao. ¿Podrías hacer un esfuerzo y describirnos qué sientes y visualizas cuando entablas una conversación profunda con un Ser querido?

El Maestro Zero, como otros aldeanos, era empático. Por lo general, como si de otro sentido más se tratase, las emociones fluían entre los Seres como otra información más disponible en el mundo de las interacciones. Las esencias de los Seres se fusionaban con la realidad, participando como parte de lo perceptible. Cuando yo recibía una pregunta, solía buscar la respuesta en conjunción con los sentimientos del que la formulaba. En este caso, la pregunta del Maestro era confusa incluso para tratarse de él, y poco precisa para localizar el foco de interés por el que nos encontrábamos en el taller. Eché de menos a Teo en la reunión para que me guiase hacia la respuesta y poder ayudar a mi venerable Maestro Zero.

Mi deseo se cumplió y, al girarme, pude ver cómo Teo entraba por la puerta del taller. Pensé que con la corta experiencia de mis cinco ciclos en el mundo, mi respuesta sería compleja, porque las palabras y emociones no coincidían cuando trataba de comunicarlas. Mi silencio angustiado lo alertó:

—*Disculpa, Lao! A veces no sé cómo abordar los asuntos.*

Toro saltó del asiento como un muelle, desbordante de expectación, y dijo:

—¡Pues empecemos por el final!

—*Me parece muy acertado. Os lo mostraré* —contestó el Maestro Zero, mejor encaminado para su propósito.

Teo se colocó junto a nosotros sin interrumpir. El artefacto estaba en la mesa del despacho, cubierto con una sábana. Habían limpiado de papeles el escritorio, dejándolo despejado. Nunca lo había visto tan ordenado. Zero tenía ganas de mostrárnoslo también y, feliz, se dispuso a tirar de la sábana, desvelándolo sin miedo. En la mesa se descubrió una esfera, oscura en apariencia, que fácilmente se acomodaba a las dimensiones de dos manos humanas. Más que el propio artefacto, me sorprendía que Zero y Toro crearan aquella atmósfera profunda de expectación sobre lo que estaba sucediendo. Sus vibraciones perturbaron mi quietud. Teo lo notó, pero aguardaba la charla de su admirado amigo, que retomó la palabra con contundencia y rigurosidad:

—En el centro del misterio de las ciencias empáticas subyace la posible interferencia del acto de observar en los resultados de un experimento, como si de alguna forma la conciencia de los Seres estuviera influyendo en un fenómeno que, en apariencia, debería ser independiente. En cierto sentido, esto se puede interpretar como que el observador es parte creadora del experimento por el mero acto de estar presente. Grandes científicos de la antigüedad se percataron de que al hacer una medición de un sistema de partículas mesurables, se perciben las modificaciones e influencias cuando está presente algún Ser. Experimentaron con las formas que adoptaba el agua en sus métodos de cristalización, midieron los campos magnéticos por los que fluyen las esencias de los Seres, y no solo en la región de la medida, sino en zonas más alejadas del emisor. Perdonad los tecnicismos, sencillamente el observador, consciente de lo que acontece, participa en la propia creación del presente y de los elementos que lo componen, las emociones. Las esencias de los Seres influyen sobre la materia y la carne en el plano físico.

»Los antiguos científicos iniciaron una enorme polémica sobre esta teoría de la participación de la consciencia en un fenómeno material, mientras que, por el contrario, aquellos más cercanos al paradigma clásico rechazaban dicha influencia y descartaron estas líneas de investigación. Por suerte, hace mucho tiempo, una corriente identificada dentro del Clan de los Sabios rescató estos estudios y profundizó en ellos. Por aquella época no se habían detectado personas claramente empáticas, ni se fomentaba su desarrollo en el Ser. La creación de este artefacto... el Orbe... —hizo una pausa mística que le sirvió para coger aire—... está íntimamente relacionada con la fundación de la Aldea. Sus diseños llegaron con los primeros aldeanos, salvo por unas modificaciones de cosecha propia que quiero introducir después de que verifiquemos que funciona correctamente.

Toro parecía haber escuchado la historia con anterioridad salvo lo último de las modificaciones, lo que llamó poderosamente su atención. Zero sostenía la pasión en nuestra atenta escucha. Teo también estaba sumergido en la lógica de su gran amigo, que parecía hablar sin tapujos, porque sus palabras acerca del Orbe y la ciencia que lo soportaba eran rebuscadas para describir una obviedad. Yo me preguntaba: ¿quién no siente acaso el amor de un Ser querido al tiempo que percibe paz? O también: ¿cómo puede un sentimiento provocar una sensación física, desde el estómago hasta el ritmo del corazón? Me decía que quizás no estaba entendiendo a Zero. Era sencillo entender que lo que sucede afecta al que

lo vive y que, si nadie lo vive, no sucede. Teo, tras intercambiar una mirada conmigo, quiso participar para nuestra mejor comprensión de la presentación del artefacto y apuntó:

—Puedo recordar que hice una visita a Tecnos hace ya tiempo. Su director técnico, Heny, consiguió medir, justamente y con enorme elegancia, la capacidad de la consciencia para modificar la medición de ondas magnéticas de unos imanes que controlaban un motor eléctrico. A su vez, definió una unidad que cuantificaba la capacidad de influir del observador. Esa interacción, cuando ocurre entre Seres, es mucho más potente, dado que somos Alma y materia. Nosotros hablamos de *esencia* como una emanación de emociones que nace de nosotros y puede ser percibida por otros y, por lo tanto, capaz de manifestarse materialmente. Esto no debe sorprenderos a ninguno de los dos, es vuestro día a día. Es un problema para las mentes humanas, ya que viola la doctrina comúnmente aceptada del realismo, que asume que el mundo en general es independiente de la observación. Esto refuta la existencia de una realidad objetiva. La realidad experimental no es más que la suma de las realidades objetivas de los individuos, algunos fácilmente alineados, en una corriente de peso que generalmente define dicha realidad. Y otros, simplemente, hacen lo que pueden.

Me sentía feliz y agradecido por las explicaciones de los Maestros, que parecían estar presenciando un hito relevante. En la Aldea todo se asemejaba a lo que comentaban, yo lo experimentaba día a día. Toro, muy animado, parecía haber visto una luz. Pensamos profundamente en las palabras pronunciadas e hicimos un inciso. El Maestro Zero se sorprendía de lo abierto que había sido Teo al hablar del exterior y, muy calmado, me dijo:

—¡Tócala, Lao!

Noté que sus intenciones eran limpias al incitarme a tocar la esfera oscura. Con decisión, obediencia y respeto al trabajo de mis familiares, me dispuse firmemente a degustar la razón de ser de aquella esfera tan esperada, conocida como Orbe. La levanté con las dos palmas y, al instante, mis manos se humedecieron adquiriendo una adherencia asombrosa. Aparentemente, la superficie era lisa y dura, pero mi tacto me transmitía algo rugoso y mullido. Creí que nadie me la podría arrancar tirando de ella repentinamente. Sin más dilación, expliqué mi impresión:

—Siento que es como tocar una piedra cubierta de musgo. —Estaba intentando ser preciso de una forma coloquial.

Seguí palpando la esfera durante el silencio alargado que se produjo en la sala. Posteriormente, mi tacto notó un incremento de la temperatura, y pude ver cómo a la esfera oscura se le abrían claros brillantes, como estrellas en el cielo de la noche. Dejé la piedra en la mesa y me serví un poco de té.

Pasaron varios segundos hasta que el silencio se colapsó. La desilusión brotaba de Toro, y me sentí lastimado por ello. Los Maestros estaban extremadamente sosegados. Teo, que siempre contaba historias sobre las excelentes virtudes de Zero, decía que todo hombre o mujer, en algún momento de su vida, necesitaría hablar con él para que le solucionase algún tipo de problema. Toro tomó la palabra irritado, como si todos lo estuviéramos esperando:

—Se supone que el Orbe debería potenciar tus habilidades, o quizás proporcionarte otras nuevas, o ambas cosas. ¡No puede ser una piedra cubierta de musgo! La hemos construido por capas, como si fuera una cebolla. Primero, un núcleo perfectamente esférico y



equilibrado, de un material único de civilizaciones pasadas, sensible a las emociones y posteriormente magnetizado para captarlas eternamente en su interior. La segunda capa es de agua destilada al cien por cien y, disueltas en ella, sales de nombres impronunciables que forman cargas, positivas y negativas. Por si fuera poco, la disolución se encuentra en cambio de fase, con la dificultad que eso aporta. Como tercera capa, el encapsulado de vidrio polarizado. Y, por último, muchísimo amor y horas de trabajo de la familia Seis y de varios Maestros. Tú deberías poder usarla de alguna manera, eso es lo que debería haber pasado, tal y como interpretó el Clan de los Sabios de Sofópolis. Es un artefacto irrepetible e irreproducible.

Toro finalmente tomó aire, muy afectado. No supe reaccionar, nunca había escuchado a nadie hablar de mí en aquel tono, con una franqueza y un deseo extremadamente humanos.

Entre sorbos de té, y como pensando en voz baja, el Maestro Zero dijo:

—Sofópolis... Qué más da lo que digan en Sofópolis. Hemos construido el Orbe porque era lo establecido cuando fundamos la Aldea. En Sofópolis no conocen a Lao, ni conocen nuestra forma de vida. Qué esperaban... —su tono era algo iracundo, y luego prosiguió—: la mayoría de las historias del mundo solo sirven para reforzar los apegos a falsos conceptos, como el yo y los otros, las profecías y los destinos. Quienes quedan atrapados en estas falsas ideas, quedan impedidos para apreciar la verdad sutil. La suprema virtud que se puede ejercer es aceptar la responsabilidad de descubrir y transmitir esa verdad. Así pues, si Lao dice que es «una piedra cubierta de musgo», ese es el verdadero valor del Orbe. Es una digna piedra cubierta de musgo, y un excelente regalo para decorar la casa de la familia Ocho. Por favor, Lao, quédatela. Toro, acompáñame a dar un paseo.

Solo pude responder:

—*Gracias, Maestro Zero, nunca me habían regalado nada.*

Salimos del taller hacia la escuela. Miré hacia los valles floridos y vi a los Agros trabajar felizmente. Pensé que no me importaba ir a ayudar un poco, así que me dirigí al valle a plantar nuevas matas con dos pequeñas de la familia Uno, siempre sonrientes, que me saludaban a lo lejos. Era parte de nuestras tareas compartir tiempo con los aldeanos, mancharnos de amor, prácticas y acercarnos a la convivencia. Mientras bajaba a las huertas, cargaba el Orbe en una pequeña bolsa colgada a la espalda, que me golpeaba al avanzar rápido, por lo que la dejé bajo el melocotonero. Me agoté físicamente, y mi mente lo agradeció. El día prosiguió con normalidad. Al llegar a casa encontré la bolsa que había olvidado con el Orbe dentro. Lo saqué y lo coloqué presidiendo el salón, encima de la chimenea.

Tras asearme, me dispuse a cenar. Teo ya había preparado sopa con setas, media hogaza de pan para ambos y un poco de agua. Ya estaba masticando cuando yo me senté en la mesa. Comimos en silencio, centrados en la degustación y nutrición de los alimentos. El caldo caliente fue como el abrazo con un Ser querido. Teo recogió su cuenco, cogió la pipa de cajón, se sirvió un té caliente y se fue al tocón que coronaba la ladera como un trono. Era de una encina milenaria que había enfermado varios ciclos atrás, dejando parte del tronco y las raíces unidos a la montaña por su base. También calentó los hogares de la Aldea tras su muerte.

Salí a disfrutar de la noche cálida y del cielo de cristal. Se veía con claridad, la Luna era un faro enorme y, al mismo tiempo, Teo brillaba con las emociones que solo los Maestros de la Aldea podían definir en ocasiones contadas. Me senté junto a él. El denso humo de la primera calada ascendía disipándose rápidamente. Sentíamos fundirnos con la ladera como parte de la montaña, con el cielo de la noche estrellada sobre nuestras cabezas.

—¿Piensas que el Universo está agitado? —preguntó profundamente mi tutor mirando al cielo. Y, sin esperar respuesta alguna, prosiguió—: mirar al cielo de la noche estrellada ofrece una respuesta evidente. La persona evolucionada dispone de su mente, como el universo dispone de las estrellas en el cielo. Si conecta su mente con el origen sutil, la calma. Una vez calmada, esta se expande de manera natural y, al final, se vuelve tan vasta e incommensurable como el cielo nocturno de nuestra Aldea.

Era una hermosa y precisa forma de empezar para unirnos en una charla sin pretensiones, con un vínculo empático profundo. Prosiguió así:

—Las minúsculas partículas que forman el vasto Universo no son en absoluto minúsculas, Lao. Tampoco el universo es vasto. Estos son conceptos de la mente, que es como un cuchillo, y que intenta hacerlos apreciables y manejables. Pero lo que está más allá de la forma es inaprensible, y lo que está más allá del conocimiento es inmanejable. Sin embargo, existe un consuelo: el que tire el cuchillo al suelo encontrará la Verdad Sutil en la punta de sus dedos, para obrar acorde a la Fuente creadora.

»Si nos centramos en nuestro Mundo, pensamos que está formado por minúsculas partículas unidas que forman elementos, aire, la materia, todo. Cuando se dispersa el vasto Mundo, aparecen esas partículas minúsculas.

»Lo mismo que la Verdad Sutil puede revelarse como partículas, la Fuente que bebe del Cónclave puede revelarse como Seres en sus consciencias. Aunque el Mundo y las partículas no son la misma cosa, tampoco son algo diferente. Recuerda que la Verdad Sutil está siempre allí adonde tú te dirijas.

Mi tutor, mi Maestro, abordada las conversaciones de una manera eficiente para la comprensión de los aldeanos. Los Maestros predicaban que no debía existir moraleja o lección en una charla, sino que era el propio oyente quien debía reflexionar y aportar la suya propia. Ese conocimiento que nace de uno mismo está próximo a lo sutil. Él también percibía mis sensaciones, por lo que la comunicación debíamos definirla entre los dos.

—Me encanta el sitio donde has colocado el Orbe, me da un aire a Sofópolis. —Guardó silencio, apuró la pipa y se fue a pasear al bosque. Quizás se pasaría por la ermita, donde posiblemente lo esperaba otra pipa.

Entré en casa, observé el salón con el Orbe y no entendí la broma de Teo. Me fui a la cama, empecé a mezclar mis emociones con las percibidas durante el día y a hacerlas mías, como fundidas en mi Ser. Fundir a Zero, a Toro, a Teo, a la Aldea. Todas las noches elevaba mi espíritu al mancharme empáticamente de otros Seres queridos. Quedé flotando en pensamientos de miles de Almas, más allá de este Mundo, de este Universo, y me sentí partícula.

Como parte del todo, todo y todos conectados, llegaba a cualquier otra partícula. Esperaba que eso fuese el Cónclave, mi consciencia, mi interior. Dormí profundamente en paz.

### 2.3. El Coro de la Armonía

Transcurrían las estaciones, y todo hacía indicar que la Aldea en la montaña seguiría intacta con el paso del tiempo. Yo había superado los ocho ciclos, era un niño muy implicado en la comunidad y participativo, estaba descubriendo un mundo que parecía estar diseñado a medida, había dado un estirón, y ya no iba a la escuela. A muy temprana edad los niños estudiaban con sus familias, o con cualquier aldeano o Maestro, y disponían de las herramientas necesarias para proseguir en una Aldea que era, de hecho, una escuela por sí misma. Vivía los días como una partícula de la ladera, siendo parte de un todo, entendiendo mi aportación a la realidad del entorno. Los aldeanos me proporcionaban emociones para hacer evolucionar mi Ser con las experiencias compartidas, pues cada práctica con cualquiera, y especialmente con los Maestros, me llenaba de comprensión hacia cada cosa o no cosa. Todos y cada uno de sus habitantes amábamos la Aldea y, por tanto, nos amábamos todos, indiscriminadamente. La realidad se fusionaba en el Ser, y no existía ningún vacío espiritual o división entre los aldeanos.

Me desperté instantes antes de las primeras luces crepusculares tras el horizonte de la montaña. La mañana se levantó fría, por lo que debía emprender mi jornada con más energía y, vigoroso, salí de la casa de la familia Ocho. Había quedado con Tita para trabajar en los huertos compartiendo las labores con alumnos y responsables. El día anterior me había dado la impresión de que algunos Agros adultos, de alguna manera, sabían lo que iba a suceder hoy, a pesar de que Tita no lo había comunicado aún. Finalmente, dictaminó que hoy sería el día propicio para compartir un Coro de la Armonía. Era una práctica muy común como técnica de reflexión conjunta entre los Agros. Tita la había aprendido durante su infancia en un valle oculto entre las cordilleras del oeste, pero no se hacía frecuentemente entre los aldeanos, al menos fuera de los núcleos familiares de los Agros. Consistía en reunir alrededor de la Maestra al mayor número de participantes posible, siempre y cuando acudiesen de forma voluntaria, para que Tita ejerciera de guía y nexo entre todos los Seres. Se elegía un lugar preciso, cálido, con una luz suave, quizás filtrada por las ramas de un frondoso árbol, y se inducía una atmósfera de compenetración, en la que las palabras y emociones del guía conducían a los asistentes a la armonía. Entre reflexiones, se hacían preguntas de una manera muy sincrónica, pues las capacidades cognitivas de los más experimentados estaban disponibles para todos. Los participantes sentían que las respuestas se gestaban desde el interior antes de que las preguntas se formularan, aportando comprensión propia al Ser. El Maestro controlaba las emociones del grupo de una manera sutil, y sin un objetivo mayor que la Armonía. Evidentemente era una forma de dar clase, una escuela en un aula perfecta en la que se impartía un conocimiento para muchos, alejado de la realidad, pero muy carcana para el aldeano.

Me dirigí al desván junto al leñero para coger mis botas de goma, elaboradas por los familiares de Toro, apropiadas para el huerto. En el tocón solo había un hacha clavada por

su vértice. Empecé la marcha velozmente ladera abajo, y me paré en la plaza para refrescarme en la fuente. Varios aldeanos estaban sentados mientras desayunaban buscando los rayos del sol, que a esa hora eran muy agradables. La rueda giraba lentamente. Ya había entrado en calor, cuando pude vislumbrar los huertos, donde varios responsables repartían material por diferentes puntos estratégicos, para facilitar al resto sus tareas. Nerón cargaba el abono de fabricación casera. Sus robustas patas percheronas eran rápidas. Siempre había algún integrante de la familia Siete, o Hadafri, controlando la situación, pero no solían meterse en el barro porque el caballo sabía perfectamente dónde ir por sí solo. Las gallinas distinguían qué hierbas comer, generalmente malas hierbas, y también insectos, pero solo acariciaban las verduras y las frutas, para no dañarlas. La familia Siete manejaba a la perfección la empatía animal, y el huerto agradecía la colaboración.

Bajé rápido y me encontré con Tita junto a la fuente de abajo, como antesala a la plantación. Ella siempre vestía de blanco, con ropajes vaporosos, y aunque trabajaba duramente la tierra, nunca se manchaba. Como si la Naturaleza respetase sus contornos. Se encontraba con Teo desayunando, ambos sentados en un banco de piedra observando los huertos y ordenando ideas. Me incorporé con el desayuno que llevaba en la mochila, pues era aún temprano, y los tres nos saludamos con una sonrisa que fue muy gratificante. Dirigiéndose a Teo, y continuando una charla que habían empezado y en la que me integraron sin tapujos, dijo Tita:

—Hoy es menester que celebremos un Coro de la Armonía, algo dentro de mí sonrío a que lo hagamos. No me interesa su objetivo, la Fuente siempre cuida de todos los que habitamos el Universo de una manera equilibrada, y la Aldea debe hermanarse de una manera más consciente como parte de todo, de manera profunda y única. La intensidad de comprensión de este Coro debe ser muy elevada, y contamos con un invitado excepcional.

Ambos rieron alegremente sin más percepción por mi parte. Me dirigí al responsable que indicaba dónde plantar esquejes de tomateras, que me dijo:

—Qué bien que vengas a los huertos en el día de hoy.

Me situó justo en medio de la parcela. Pegado al camino se encontraban las herramientas y, animado, cogí lo necesario. Al instante aparecieron unos cinco familiares Agros, y también Aarón, el más pequeño de la familia Siete, junto a Nerón, que estaba sorprendentemente cerca del barro. Era una parcela de la plantación de cincuenta metros de ancho por cincuenta metros de largo, donde había aproximadamente cuatro mil tomateras y una zona para dos nuevos frutales. Pronto estuvo todo planteado sin necesidad de mucha comunicación. Nerón surcaba la tierra, dejando su rastro en la superficie sin dificultad. El clima acompañaba. Algunos traían esquejes en maceteros orgánicos mientras otros cavábamos, rotándonos en las labores para ejercitar todo el cuerpo y equilibrar el esfuerzo.

Mientras me desgastaba físicamente en las labores, podía sentir las emociones de todos los colaboradores, ya que participábamos en un ritual durante el trabajo. Nos entregábamos a los huertos como si fuera nuestro ocio. Por otro lado, pensar en el zumo de tomate alegraba mi espíritu. No había distracciones, cada detalle de lo que ocurría era suficiente para el Ser, y la mente se concentraba manteniendo el silencio. Charlé con cada aldeano que trabajaba a mi lado. Todos nos conocíamos en nuestro día a día, y conocíamos las



emociones y sentimientos de los otros. Las conversaciones eran simples, pero desvelaban un aroma a sinceridad y afecto. Mi radio de percepción había aumentado con el crecimiento de mi Ser y el paso de los ciclos. Me alegraba percibir cómo todo crecía.

Aarón parecía inquieto cuando se fijó en mí mientras me dirigía a la fuente de abajo para refrescarme. Me paró justo en frente de él antes de que pisara a una mariquita. Como no solía hablar, Aarón resopló aliviado, y la mariquita voló posándose sobre mi hombro. Me acompañó al abrevadero y, de alguna manera, noté su agradecimiento por seguir existiendo.

El Sol ya había cruzado un cuarto del horizonte del valle. Medíamos el tiempo observando la sombra de las montañas, según la estación del ciclo. Aunque esta no era una variable muy tenida en cuenta para acortar los plazos de las tareas, solía venir bien para coordinar entre nosotros algún encuentro o acontecimiento. Había terminado el trabajo en los huertos, y fui a asearme a la parte baja del arroyo, donde había una poza excavada por la erosión del agua con el paso de los ciclos. La arena de su fondo, que se formaba con los sedimentos de la montaña, era muy fina y útil para la construcción, por lo que todos los ciclos la drenábamos, y así conservábamos su profundidad. Allí podíamos bañarnos. Una niña Agro se estaba refrescando cuando llegué. Metí la cabeza en agua fría, y después el cuerpo entero para quitarme el sudor. Salí rápidamente arrastrando mucha agua y, tras secarme lo justo, me vestí con la ropa limpia que llevaba en la bolsa. La niña, muy sonriente, me dijo:

—Maestro Lao, siento que Tita nos ofrece uniros al Coro.

Estábamos solos, la miré desconcertado y ella me ofreció su mano. La cogí, pequeña y suave. Ambos empatizamos y mi corazón se volvió ternura. Me sorprendió que me llamara *Maestro*. Así unidos, volvimos a la parte de los huertos y emprendimos el camino subiendo por la periferia y disfrutando de la pequeña excursión. Aparecimos al oeste de la parte media de la Aldea, junto a la pequeña colina de frutales y no muy lejos de la casa de la familia Dos. Desde allí pudimos ver a un nutrido grupo de aldeanos que se dirigía al otro lado de la colina. Bajamos, y nos acercamos a Teo, que estaba algo apartado del grueso de aldeanos. Varios árboles altísimos, plantados en círculo, protegían del Sol, y una acequia que llegaba desde el taller conducía el agua al tiempo que bordeaba la arboleda. El suelo estaba tupido por hojas secas, e incitaba a descalzarse. Observé que todos tenían los pies sobre la alfombra de hojas y yo no iba a ser menos. Mis pies también descansarían de la jornada en los huertos. Teo se agachó, susurró algo en la orejita de la niña, la besó, y esta salió eufórica. No me dio tiempo a despedirme de ella, cuando mi tutor me dijo a modo de saludo:

—Buenas. ¿Has aprendido del huerto? Seguro que sí. —Seguía vibrando, feliz, desde que lo había visto a primera hora.

—Ha sido muy gratificante, diría que soy digno para el resto del día —le contesté tranquilo.

Con Teo me era fácil mostrar mi simpatía incluso verbalmente. Estábamos muy alegres, y más aún cuando vimos que Tita ya estaba sentada en una piedra plana, debajo del hueco que formaba el círculo entre las copas de los árboles, y lo bastante ancha para albergar sus nalgas con comodidad. El resto de sus piernas descansaba en el suelo, con sus pies entre el follaje seco. Muchos ya habían desplomado su cuerpo sobre el suelo, con los pies ligeramente enterrados y las manos entre las hojas para alcanzar la tierra, buscando unirse

con la Naturaleza, con el Coro, y con ellos mismos. La atmósfera se empezaba a transformar, todo parecía aún más calmado, no llegaba ruido del exterior. Me dio tiempo a mirar a mi alrededor y vi cómo un gran número de aldeanos, quizás todos, iban a buscar su sitio. Los adultos y más experimentados se sentaban más alejados, cerca de la falda de la colina de frutales, y fuera del perímetro de los árboles. Por supuesto, también enterraban sus pies descalzos y disponían de la percepción suficiente para comprender y percibir el momento.

Tita se levantó, miró fijamente hacia donde estábamos mi Maestro y yo, e hizo un gesto de invitación hacia el centro. Pensé que se refería a Teo, como otras veces anteriores, pero desde la tierra que aguantaba mi peso, sentí que la invitación era para mí. Sin dilación, di mi primer paso hacia el centro, decidido. A medida que me acercaba más a Tita, desde mis pies me llegaba más información. A cada paso, las esencias de los aldeanos entraban en mi Ser de una manera empática que parecía crecer concéntricamente a medida que me acercaba. El perímetro del Coro abrazaba a cada aldeano, que aportaban sus Almas, y todos nos sentíamos en plena armonía. Sin darle mayor importancia, pero reconociendo los nexos que nos unían en aquel ambiente meditativo, llegué al centro algo sorprendido. Me tomé mi tiempo para ver a los aldeanos sentados cómodamente en la tierra, en su mayoría con los ojos cerrados y concentrados en escuchar sus conciencias libres. Me senté en el suelo a menor altura que Tita, a su lado, emulando su postura de flor. Todos confluíamos en ella. Tras el día en los huertos, descansar me reconfortó enormemente.

Súbitamente y de forma clara, oímos a Tita resonar en los oídos y en cada consciencia del Coro. Su voz parecía entremezclarse en ambos planos. Decía:

—Una persona elevada cuida del bienestar de todas las cosas. Lo hace aceptando la responsabilidad de las esencias que se manifiestan, tanto activamente como en el reino de lo sutil. Cuando mira un árbol, no ve un fenómeno aislado, sino raíces, tronco, agua, tierra y sol: cada fenómeno relacionado con los demás, el árbol surgiendo de ese estado de relación. Mirándose a sí mismo ve la misma cosa: el Ser como parte de un todo, su medio, el mundo, la experimentación real. Árboles, animales, humanos, flores, pájaros, tierra, cielo... Cada cosa o no cosa, encontrándose y combinándose entre sí, hace surgir la vida. La persona elevada comprende esto y entiende que sus propias esencias desempeñan un papel en ello.

»Entendiendo estas cosas, respeta la tierra como su madre, al cielo como su padre, y a todas las cosas vivas como hermanos y hermanas. Cuidándolos, sabe que cuida de sí mismo. Dándose a ellos, sabe que se da a sí mismo. En paz con ellos, está siempre en paz consigo mismo.

Las palabras consolidaban las emociones de todos, asentándolas en el Ser. Al silencio empezó a acompañarle el sonido del agua corriendo por las acequias, como un ruido blanco que conducía las emociones. La atmósfera era cada vez más densa y calmada. Las sabias palabras de Tita dejaron de oírse en el aire. En mi caso, casi desaparecieron los sentidos, ya nada era secuencial. No perdí ni un segundo en analizar qué estaba ocurriendo. Tita seguía guiando al Coro desde el interior de cada participante, en aparente charla con un su Ser íntimo:

—Los hombres y mujeres que desean ser conscientes de toda la verdad, deben adoptar las prácticas del Camino Integral, entendido como la forma de vida y prácticas que rigen

nuestro presente real y que definen las correctas interacciones entre los Seres para que impere la armonía en el mundo. Estas disciplinas consagradas calman la mente y conducen a la plenitud con todas las cosas.

»La primera práctica es la virtud indiscriminada: cuida a aquellos que lo merecen; también, y de igual modo, cuida a los que no se lo merecen. Cuando extiendes tu virtud en todas las direcciones sin discernimiento, tus pies se hallan firmemente plantados en el Camino Integral.

Podíamos reflexionar sobre lo que comentaba de forma simultánea, parecía que el tiempo se dilataba para esperar la comprensión de todos los presentes. Con cada participante del Coro que aportaba su consciencia a la consciencia colectiva, mi percepción de los aldeanos se hacía más inseparable de mi Ser. Disponíamos de un intervalo de tiempo entre pasado y futuro que compartíamos, donde todas las emociones iban mezclándose y consolidándose como una sola. Cada uno de nosotros, al hacerla nuestra, sentíamos la comprensión única gestarse en nuestro Seres. Todo me resultaba familiar y evidente. Tita, en voz de todos, continuó:

—Cualquier salida del Camino Integral contamina el espíritu. La cólera es una salida, la resistencia es una salida, el ensimismamiento en uno mismo es una salida.

»A lo largo de muchos ciclos, el fardo de las contaminaciones puede hacerse grande. A veces se carga con el peso de experiencias pasadas o que están por pasar. Solo hay una manera de purificarse de estas contaminaciones, y consiste en practicar la Virtud. ¿Qué se quiere decir con esto?

Tras la pregunta, noté que la respuesta salía de mí o, más bien, que entraba. No era capaz de distinguir la voz de mi Maestra. Consciente del conocimiento que subyacía en las palabras, era capaz de hacerlas lenguaje:

—Practicar la Virtud es ofrecer desinteresadamente ayuda a los demás, dando sin limitación alguna el propio tiempo, capacidades o posesiones, en cualquier ocasión y lugar donde te lo pidan, sin prejuicio alguno, dependiendo de la persona que lo necesita. Este es el sutil proceder del Camino Integral.

Reconocí la esencia de Teo en el Coro de la Armonía, que también era parte de mí, y de todos los participantes. Prosiguió la charla como si tuviese vida propia, como si estuviera soñando con las palabras que Tita compartía:

—Las enseñanzas del Camino Integral continuarán mientras exista alguien que desee encarnarlo, disponibles siempre para los Seres que saben escuchar a sus Almas. Lo que se define aquí hoy, aparecerá de formas diferentes dentro de muchos ciclos, o ya habrá aparecido antes de lo que nuestras mentes puedan imaginar. Sin embargo, estas cosas nunca cambiarán: quienes deseen alcanzar la verdad y la unidad deben practicar la Virtud sin hacer distinciones. Deben disolver todas las ideas de dualidad: bueno y malo, hermoso y feo, alto y bajo, vida y muerte. Deben mantener sus mentes libres de cualquier pensamiento que interfiera con su comprensión del Mundo como una unidad armoniosa. El comienzo de estas prácticas es el comienzo de la liberación de los Seres y de sus Almas, que habitan la consciencia.

Sentíamos un rotundo conocimiento asentado en nuestros interiores que regiría los pasos de cada aldeano. Cuidadosamente, fuimos despertándonos y recuperando la individualidad. Empecé a oír un pájaro canturrear, notaba el viento en mi cara, bostezos de los vecinos como el que había dormido una larga siesta, y el cosquilleo de una hormiga en mi pie. Recuperé la vista y pude enfocar a todos los miembros de la Aldea, que estaban mirándonos. Parecía ser el último en despertar. Vi muchas caras de asombro que observaban fijamente mis ojos. Todos continuaban sentados, porque habíamos experimentado una interacción mutua. Una vez que Tita se incorporó sobre la piedra plana, nos fuimos levantando los demás. Entonces, los más alejados abrieron sus brazos, intentado abarcar lo máximo, haciéndolos descansar sobre el vecino a cada lado. Círculos de aldeanos abrazados fueron estrechando el perímetro para acercarse al centro, y para sentirse más cerca los unos de los otros. Finalmente se formó una piña alrededor de Tita, que se elevaba ligeramente sobre las cabezas de sus familiares unidos en un abrazo. Intentaba tocar nuestras cabezas hasta donde sus brazos llegaban con una caricia suave en el pelo, rotando sobre sí misma, muy feliz y sonriente. Un único sentimiento envolvía a la Aldea, estábamos sincronizados. No había división entre aldeanos, todos sentíamos a Tita como una madre. No distinguíamos a unos de otros.

El grupo se disolvió con besos y abrazos a los más cercanos. Besé y me besaron. Nos dimos las gracias por existir. No fui capaz de besar a Tita, pero ella me agarró para fundirnos en un abrazo mientras respiraba en mi cuello y aprisionaba mi cuerpo, aún por hacerse hombre. Sin estar alzada por la piedra, éramos igual de altos.

Ambos nos dirigimos hacia Teo, que seguía apartado, ya que era la hora de comer. La familia Uno solía alimentar al pueblo. Los Agros no solo amaban cultivar, también encontraban gratificación al cocinar y compartir los alimentos con la Aldea. Inmediatamente, una gran mesa de madera cargada por varios hombres fue colocada entre los frutales de la colina. Sin pereza, participamos en el festín. Alimentos, bebidas y una marmita de un excelente guiso vitalizarían los cuerpos tras la dura faena en los huertos. El Coro se dispersó, rumbo a la mesa.

—Nosotros vimos en Natur al gran Fungí impartir esas lecciones pasivamente. Lástima que no tuvieses tiempo de conocer en profundidad la interacción con un Ser eterno... —dijo Tita mientras terminaba de abrazar a Teo.

A veces comentaban temas sobre sus vidas de antes de la Aldea, ajenas a mi presente, así que no me inmiscuí. Aunque sí recuerdo que la cara de mi Maestro al escucharla junto a mí fue de sorpresa. El plural usado por Tita traía recuerdos de una persona conocida. Se trataba de un Ser muy querido, su aroma asiduo y familiar siempre estaba presente. Después, fuimos directos a la mesa.

Caminé sonriente, el hambre ya hacía acto de presencia. Nos alejamos del círculo de árboles y nos sentamos en los primeros tres sitios que vimos libres. Algunos aldeanos se quedaron tumbados, relajados; otros se servían alimentos y bebidas, y luego buscaban sus propios tajos, y quizás compañía, o se sentaban a la mesa. Cerca de nosotros estaba Zero, con varios vecinos alrededor y niños felices corriendo por todas partes. Mientras comíamos,

hablamos de la jornada con las tomatas. También Tita comentó cómo debía realizarse el podado correcto de un árbol frutal según el tipo de fruta y su recolección, haciendo referencia a los frutales de la colina, ya que los conocía como miembros de su familia. Degustamos los deliciosos alimentos cocinados. Yo seguía percibiendo el entorno como si el coro no hubiese terminado, realmente mi corazón estaba impregnado de las buenas intenciones de todos. Esta sensación me acompañaría frecuentemente, hasta llegar a ser indistinguible de mi usual percepción. Los estómagos de los aldeanos se apaciguaron y quedaron saciados con el festín. La familia Siete no solía mezclarse mucho, salvo Aarón, que habitualmente era muy silencioso e íntimo, como su Maestra Hadafri. Con gallardía, se acercó lentamente para preguntar:

—Maestros, ¿qué son las prácticas de la Virtud?

El mero hecho de que hablase ya fue sorprendente para todos. Los que pudieron escuchar la pregunta sintieron la curiosidad de Aarón. Los Agros, que recogían los cubiertos, prestaban atención con cariño, y Zero se acercó a nuestro grupo con interés. Aarón había participado en el Coro también, algo inusual hasta entonces para los miembros de la familia Siete. El corpulento Maestro Zero aprovechó el momento para hacerse con un sitio libre junto a mí, desplazando sutilmente a varios del banco. Teo sonrió efusivamente, aunque en ese momento no supe muy bien porqué, y Tita amablemente tomó la palabra:

—Gracias, Aarón, por compartir esa inquietud sana con nosotros. Como respuesta, te diré que existen muchas prácticas de la Virtud, todas encaminadas a elevar el Ser y rozar los conocimientos de la verdad del mundo. Sentir la verdad sutil en nuestras acciones es la verdadera forma de acercarse a la Fuente. Sin preámbulos místicos y de una manera concreta, podríamos englobarlas en cuatro, las llamadas Virtudes cardinales.

Los aldeanos se amontonaban en torno a nuestra mesa. Teo subió a Aarón a su regazo mientras prestábamos atención. Mi percepción emocional recogía todo aún latente. El momento parecía una experiencia vital, su intensidad no creaba ansiedad ni apego a aquel estado de consciencia. Tita procedió a enumerar las Virtudes:

—La primera es la reverencia por toda vida; esta se manifiesta como el amor incondicional y respeto por uno mismo y por todos los demás Seres. Por supuesto, también por los animalitos e insectos que tanto apreciáis en vuestra casa.

»La segunda es la sinceridad natural; esta se manifiesta como la honradez, simplicidad y lealtad. Basta con serlo hacia uno mismo para serlo con todos.

Zero tosió, porque se le había olvidado tragar saliva con la atención, y Tita hizo una pausa. Los aldeanos asentaban los conocimientos del Coro de una forma más práctica, consciente e individual. Parecía una oportunidad que nadie podía rechazar. Miré a Teo y reconocí sus emociones al ver a Tita, el aroma de aquel ser familiar. Los Maestros se cruzaron unas miradas rápidas de aprobación. Cuando de repente, ocurrió algo que no esperaba. Sumergido en las esencias de todos, Tita, me observó, llamando claramente mi atención, y con una mirada tan tierna que me invitaba a la calma, me dijo:

—Lao, ¿serías tan amable de seguir?

Desde el lenguaje, mi mente se activó. No sabía determinar cuáles serían las otras Virtudes. En un instante que se me hizo infinito, no recordaba ninguna mención pasada de

las cuatro Virtudes cardinales, ni una lección de Teo en la escuela. Pensaba que era un conocimiento que solo dominaban los Maestros de la Aldea. El silencio no llegó a resultar incómodo. Serené mi Ser y pude percibir cómo aún sentía la armonía del Coro. Sentía a los aldeanos, y solo tuve que buscar en todas las emociones simultáneas las palabras precisas. Acepté la responsabilidad de terminar la sentencia de Tita, y guiado por la voz de la consciencia colectiva que habitaba en mi interior, dije:

—La tercera es la mansedumbre; esta se manifiesta como la bondad, la consideración por los demás y la sensibilidad hacia la verdad espiritual. No luchar, no interferir, no insistir. Los Seres solo pueden sentirse libres otorgándoles libertad a otros.

»La cuarta es la actitud de ayuda; esta se manifiesta como servicio a los demás sin expectativa de recompensa. Dándole a los demás, no tendrás que recibir nada.

No pude dejar así la respuesta. Los Maestros me miraban orgullosos, sintiendo una recompensa interior que solo ellos comprendían. Extremadamente calmado, concluí:

—Las cuatro Virtudes cardinales no constituyen un dogma externo, sino que forman parte de tu naturaleza original. Aarón, cuando se practican, originan sabiduría e invocan cuatro bendiciones: salud, felicidad, longevidad y paz. Cada paso del Ser será guiado por las prácticas del Camino Integral, y podrás distinguir el sutil proceder que lo une todo.

El silencio se hizo sobre la mesa. Zero se levantó para darme un abrazo paternal y respetuoso, Teo se alejó de la colina mientras encendía su pipa, y Tita terminó con su bella coetilla: «*Au son de la pluie, au milieu du silence*».

Al terminar, los aldeanos se mostraron felices. Algunos aplaudieron ligeramente. Zero, que era bastante efusivo, me besó y gritó:

—¡Muy bien, chaval!

Me levanté, recogí los platos y cubiertos que aún quedaban en la mesa, y acompañé a los demás para limpiarlos.

En la intimidad de la familia Ocho, Teo y yo practicábamos un ejercicio similar pero nunca de esta manera. Sentía la disponibilidad de las emociones de los Seres del entorno y, con práctica, se podía comunicar con el lenguaje. Mientras me iba, pensaba en la alegría de los Maestros, orgullosos y felices por la experiencia. Estaban empáticamente muy centrados en mí, demasiado quizás, reflexioné, mientras veía a mi Maestro Teo subiendo por las escaleras del barranco alejándose de la euforia. Limpiando los cubiertos, empecé a preguntarme cómo y de dónde habían venido las palabras, pues nunca me había pasado algo similar como si brotaran solas o como un conocimiento totalmente asentado como para poder expresarlo con tanta claridad. Cuando estaba solo con mis pensamientos, encontraba grandes reflexiones que seguro moraban en el camino hacia lo sutil, pero nunca era capaz de expresarlas con palabras. Simplemente disponía del conocimiento emocional, y no era capaz de transformarlo en lenguaje. Pero esta vez, cada aldeano había estado disponible para nutrirme de los conocimientos y sentimientos precisos.

Tita tardó poco en acercarse y me ayudó a limpiar la piletta, pues ya había terminado con los cubiertos y platos. Una vez creada la intimidad entre ambos, me dijo:

—Por favor, Lao, acompáñame porque quiero enseñarte algo más.



Fuimos de nuevo hacia el círculo de árboles donde habíamos celebrado el Coro de la Armonía, totalmente despejado ya. La alfombra de hojas estaba más compacta por haber aguantado el peso de los aldeanos.

—Presta atención a tus pies.

Yo aún iba descalzo. El tacto de mis plantas desveló mucho más que cosquillas, ya que percibí las emociones de todas las personas del Coro sin que estuvieran presentes. Sus esencias impregnaban el lugar. Continuó:

—Todas las acciones realizadas en esta u otra realidad dejan su rastro. Algunos rastros desaparecen por el paso del tiempo, otros se hacen diminutos en intensidad, pero son extremadamente valiosos en información. Percibirlos depende tanto del observador como de la intensidad del suceso acontecido. Es como el olor del frasco de especias: las especias están dentro encerradas, pero podemos olerlas igualmente, el aroma no puede ser confinado del todo. Ahora que has estado en el centro del Coro, has abierto una puerta infinita a esta maravillosa disciplina de lo sutil que puedes aplicar a diario.

»En los Seres ocurre de manera similar, y esto también afecta a las personas. Podemos seguir el rastro de lo experimentado en este mundo por ellos, llegando a su Alma. Dependiendo del grado de maestría del observador empático, se pueden conocer incluso los verdaderos anhelos de las Almas de los Seres. Los Agros conocemos este fenómeno como «rastrear», aunque el término más apropiado sería «percibir».

La Maestra Tita se mostraba especialmente sensible y cuidadosa, aunque sentía un marcado apego por mí, que me resultaba muy familiar. Con sinceridad, comentó:

—Yo no puedo escuchar al Cónclave de manera natural al igual que tú, pero he practicado mucho rastreando Seres, lugares y cosas. Cuando te miro, Lao, veo al Ser que realmente todos esperan que seas. Sé simplemente tú. Recuerda que la verdad sutil está siempre allí a donde tú te dirijas.

»Te animo a que experimentes con esta técnica en objetos, árboles, lugares, animales y humanos, es constructivo y gratificante. Al Maestro Zero le gustaría que rastrearas el Orbe, y más aún a tu amigo Toro, que muestra ilusión y te admira mucho.

Efectivamente, percibí en el medio físico información sensible; era difícil interpretarla incluso habiéndola vivido recientemente. Apelar a la mente o a un recuerdo para darle forma no era de naturaleza sutil, por lo que ella debía centrarse en una percepción más profunda. Al despedirse, mientras seguía rastreando el lugar, Tita dijo:

—Muchas gracias, Lao. El día de hoy da sentido a la fundación de esta maravillosa Aldea. Mi hermana estaría orgullosa de este hogar que todos los aldeanos hemos creado. Me gustaría morir aquí, y que mi Alma, ciclo tras ciclo, siempre esté vinculada a este lugar para que pueda seguir cuidando a todo lo vivo entre el cielo y la tierra de la montaña.

La tarde transcurrió rápido. La fiesta continuó en pequeños grupos, para algunos hasta con la Luna como invitada. Yo me fui a casa temprano, estaba agotado de tanto sentir, percibir, y a causa de los tomates, pero muy dignificado. Solo quería entrar en el refugio del hogar.

Al entrar en casa fui directo al Orbe y lo cogí concentrado en rastrearlo como último esfuerzo antes de descansar. Lo sostuve entre mis manos sensiblemente y pude percibir la

ilusión, trabajo y amor de mis amigos, que lo habían manufacturado. Pensé en mi amigo Toro. La sensación al volver a dejarlo fue evidente: «una piedra cubierta de musgo». Me fui a la cama sin más.

#### 2.4. El retiro de la Intérprete

Debía rondar los diez ciclos de vida cuando cambié de familia. Hablaba abiertamente con cualquiera que tuviese interés en las disciplinas y los mecanismos disponibles para vivir de acuerdo con el Camino Integral. No solo con los Maestros que sabían guiar mis emociones, sino con todos los aldeanos, tal y como me alentaba mi tutor Teo. Por aquella época todos ya me llamaban Maestro, a pesar de ser joven. Cuando hablada con un aldeano era importante no imperar, no interferir en las decisiones de los demás. La ayuda debía ser sutil y gestarse en el interior de cada Ser, naciendo de la misma naturaleza que el origen de todo, la Fuente. Teo decía que existían muchos riesgos en los que los humanos se veían atrapados a causa de los dogmas o doctrinas externos a dicha naturaleza, generalmente impuestos por alguien en una posición de poder a quien los demás delegaban este tipo de cuestiones de la propia consciencia. Muchos obraban lejos del sutil proceder, lo que podía llegar a atrapar al Ser en la dualidad, en la exaltación del Ego y los mecanismos de la mente, y eso les impedía respetar el Camino de lo Integral.

Los aldeanos admiraban mis capacidades perceptivas. Yo siempre había pensado que eran inherentes a todo Ser vivo. De hecho, los perros y otros animales de la Aldea conocían perfectamente las esencias de cada Ser vivo. Como ellos, sin mayor mérito, los humanos podían igualmente destacar en cualquier otro reino más allá de los cinco sentidos. Los niños percibían talento en mi persona, y me lo hacían saber a menudo. En general, los aldeanos cuidaban más sus comentarios. Tantas expectativas podían crear una división en la Aldea. Además, me era incómodo, lo que me animaba a la introspección. Con aquella edad aún no era capaz de asumir las emociones externas sin que estas afectasen a mi espíritu. Pasé un tiempo confinado con mis pensamientos, por lo que los Maestros tomaron medidas horizontales, sin ensalzamientos. Diferenciar mi persona del resto de los aldeanos carecía de sentido para mí, pues yo sentía a todos por igual. Mis emociones procedían realmente de cada uno de ellos. En parte, lo que yo era se lo debía a todos. Era una amalgama de todos los aldeanos.

Como primera medida, decidieron aumentar el número de integrantes de la familia Ocho con un par de niños de seis o siete ciclos y una adulta Agro, que se unieron a Teo y a mí. Un día, mientras comíamos compartiendo la mesa, surgió una charla que evidenció claramente la presencia del Ego entre los comensales. Discutíamos sobre el amor hacia nuestra Aldea y los Maestros. Conversaciones triviales de niños, pero de las que emanaba un aroma a competencia. Teo parecía permitir este comportamiento, y respetó la discusión en silencio mientras nos observaba a todos. Los niños se echaban en cara las tareas que habían llevado a cabo durante el día, comparándolas y otorgándoles un valor diferente a cada una. Decía uno:

—Yo he trabajado mucho en el huerto...

A lo que otro le contestaba:

—Yo he cargado estiércol y recogí la mesa ayer...

Hubo varias frases parecidas, todas precedidas por el Yo. Súbitamente, Teo cogió los platos de comida de cada uno de nosotros y los vertió en el suyo. Bastante enfadado, pero muy calmado a la vez, dijo:

—Yo tengo más hambre que vosotros.

Nos quedamos con la cuchara en la boca. Fueron los últimos nutrientes que ingeriríamos en el día. A lo largo de la jornada, el hambre nos ayudó a asentar y entender lo sucedido. Teo sabía que el origen de las divisiones nacía de las diferencias emocionales entre los niños.

Otro problema que me alejaba del balance en aquella época era dar forma comprensible a las informaciones que llegaban sobre mi persona, a los rumores y habladurías de los aldeanos sobre Sofópolis y el Orbe, tanto de forma empática como lógica. Evocaban deseos de conocimiento, de asentar el pasado y dar forma al futuro, que yo asimilaba de los aldeanos como parte de mi Ser. Estos posicionamientos en mi mente no permitían que profundizase en las prácticas de lo sutil, no escuchaba a mi consciencia como debería, a pesar de que practicaba las Virtudes a diario. Me sentía algo distanciado, envuelto en expectativas ajenas. Teo observaba atentamente, avizor. No perdía detalle sobre la Aldea y sus habitantes.

Un día pasé por la Plaza, donde los pequeños de la escuela se encontraban disfrutando del recreo. Mientras mordía una pieza de fruta para reponer fuerzas y continuar la jornada, vi al Maestro Zero y a Craso charlando acerca de Sofópolis. Últimamente el ermitaño bajaba a la Aldea mucho más a menudo, al menos para dormir o ayudar en el taller, pero sus faenas y responsabilidades, de las que no sabíamos nada, se situaban en lo alto de la montaña, en la ermita. Discretamente me acerqué para escuchar su charla, con frecuencia muy difícil de seguir, más aún si contenía referencias al exterior de la Aldea. Zero escuchaba atentamente mientras Craso susurraba con tono serio:

—He recibido noticias de Sofópolis. Aurora dice que se va a un retiro rodeado de naturaleza, y que no interpretará el Oráculo nunca más. Sabes lo que eso supone, ¿verdad, amigo?

—¡Increíble! —dijo bastante sorprendido el Maestro Zero—. ¿Argumentó su decisión en el comunicado?

—Bueno, más o menos. Ya sabes que es difícil interpretar las palabras de la Intérprete. —El juego de palabras me resultó gracioso, y relajó ligeramente la conversación. Guardaron un breve silencio, y Craso continuó—: Cuando nos veamos esta tarde en la ermita trataremos el tema en detalle, quiero escuchar a Teo.

El Maestro Zero asintió con la cabeza, delegando la tarea en mi tutor como mejor opción. Pensativo, pero en voz alta, añadió:

—Tita y Hadafri deben saberlo también. Ellas son bastiones para este proyecto, y sin su verdad y sus sentires esto no tendría sentido.

—¡Por supuesto! —contestó Craso—. En mi opinión, la Aldea debe permanecer armoniosa, pues se ha convertido en el hogar de todos. La gran familia de la montaña nunca debería ser considerada como un *proyecto*.

A pesar de que no obtendría respuestas certeras sin Teo, el Maestro Zero seguía conteniendo la intriga por el retiro de Aurora. Sus emociones perturbaban el presente, no podía evitar especular con ideas:

—Cierto, Craso. Si Aurora quiere retirarse, ¿por qué no viene con nosotros? La Aldea la abrazaría con amor infinito.

El ermitaño le dirigió una mirada que no daba lugar a dudas:

—¡No! Eso sí lo ha dejado muy claro, su presencia en la Aldea interferiría en el devenir y el sutil proceder de la experimentación real. Ella nunca se convertiría en un elemento distorsionador para su propia interpretación. No podemos comparar la presencia de Aurora con las entradas y salidas de otros aldeanos. Ella... no es un Ser al uso... Tú ya me entiendes.

En ese momento el Maestro Craso percibió mi presencia curiosa. Ya había escuchado anteriormente el nombre de Aurora en más de una ocasión, y no podía resistirme a intervenir en la conversación, pues sentía que había algo cercano que necesitaba descubrir, a pesar de saber que lo más sensato era no inmiscuirme. De modo que interrumpí bruscamente la charla de dos de los más respetados Maestros de la Aldea:

—¡Maestros! ¿Quién es Aurora, y por qué no quiere venir con nosotros a la Aldea?

El Maestro Craso, que aguardaba la pregunta, dijo:

—¡Lao! No deberías interrumpir a nadie cuando está entablando una conversación a la que no te han invitado, y menos de forma tan descortés. Eso empeora más aún tu comportamiento.

El Maestro Zero apoyó la reprimenda, aunque intentando suavizar lo ocurrido. Sin perder la ocasión, dijo con sinceridad:

—Es cierto, Lao. No es propio de nosotros este comportamiento. Siento haberte transmitido mi curiosidad, pero ya que preguntas... ¿Qué te ha motivado para que hayas osado interrumpirnos?

Los Maestros siempre aprovechaban cualquier suceso para ilustrar a sus alumnos sobre las técnicas y disciplinas de lo sutil. Era la forma más evidente y sencilla de predisponer al alumno al aprendizaje interior, en el que el Maestro aprendía tanto como el propio alumno. Me dispuse a contestar dignamente tras percibir de nuevo la calma:

—Lo siento, Maestros, no he podido controlar el impulso. Solo quería conocer más sobre Aurora, pues desde que tengo recuerdos he oído hablar muchas veces de ella. Quería conocer la verdad. Sé que es alguien muy cercana para Teo y para Tita, para vosotros, para mí... para todos.

Craso callaba, madurando ideas. Zero emitía afecto. Con sobriedad, nos dijo:

—La Verdad es un concepto muy amplio, Lao.

No sofocó mi curiosidad. De hecho, la aumentó. No pude guardar silencio y dije, casi gritando:

—¡La Verdad, sí!

La esencia de Craso se tornó en rabia. Sus palabras se mezclaron con la furia:

—¿La Verdad, Lao? ¿Por qué correr en aras de la Verdad? Esta vibra en cada cosa y en cada no cosa, desde la punta de tu nariz. ¿No puedes estar en calma y ver la Verdad en la montaña? ¿En ese pino? ¿En ti mismo?

Vi cómo se le hinchaba una vena en la frente y su gesto se tornaba raro, estaba muy confundido. Por un lado, el lenguaje parecía propio de Teo, porque conducía hacia una mirada interior. Pero sus emociones estaban claramente alejadas de la calma, parecía que ni siquiera iban dirigidas a mí. Todo estaba cargado de ironía. Zero, cabizbajo, esperaba el momento para anticiparse a un posible problema. Craso, casi escupiéndome, dijo:

—Quizás este sea el motivo por el que Aurora se retira. Es evidente que estamos lejos del camino, ¿no? —Hizo un leve gesto con la mano señalándome, decepcionado.

Zero lo silenció con un abrazo, como si apagara una candela con un río entero y, al cabo de un rato, fijó la mirada en mí mientras seguía consolando a su amigo. Noté cómo se incrementaba su esencia, pues sus emociones radiaban extraordinariamente limpias. Denotaba algo de decepción, aunque ya también en vías de ser sofocada:

—¿Verdad? ¿Duda? ¿Conocimiento? No creas que conocerás la verdad acumulando más conocimientos. Te lo digo por experiencia profesional. El conocimiento crea duda, y la duda te hace tener hambre de más conocimiento. No puedes saciarte comiendo de ese modo. La persona sabia se alimenta de algo más sutil. La Verdad es un concepto muy amplio, Lao, ni siquiera Aurora la conoce del todo.

Como si de un fantasma se tratase, Teo apareció en la plaza. Miré y tenía en la mano una pieza de fruta sin morder aún. Dirigiéndose a sus amigos, aunque sin esperar respuesta de ellos, dijo:

—Entonces, Craso y Zero: ¿cómo podemos contemplar el ajedrez del mundo y permanecer tranquilos? Los insensatos siempre están haciendo movimientos impulsivos, pero los sabios saben que la victoria y la derrota se deciden por algo mucho más sutil. Saben que existe algo perfecto antes de que se haga ningún movimiento.

»Esta percepción sutil se deteriora cuando se han aprendido acciones artificiales; así pues, contentémonos con no alterar la paz. Permanece en silencio. Descubre la armonía de tu propio Ser y acéptala totalmente, siendo consciente del sutil proceder. Si puedes hacer esto, lo obtendrás todo y tu mundo sanará de nuevo. No habrá dudas, ni ansias de conocimiento. La verdad habitará en ti sin que tengas que definirla.

Era imposible comprender en profundidad las sabias palabras de los Maestros. Pero mientras las pronunciaban, irradiaban emociones y sentimientos que respaldaban la verdad y las intenciones de sus Seres. Esa comunicación empática contribuyó a la comprensión, y el eco de sus palabras perduraría por siempre en mí, porque transmitía toda la verdad que necesitaba mi Ser, haciéndome sentir pleno y centrado. Me dio la certeza de que la verdad siempre estaría en mí obrando acorde a la Fuente, aunque no pudiera ser definida del todo. No pude aguantar las lágrimas a causa de la intensidad, y Craso tuvo que respirar profundamente un par de veces y tragar saliva. Zero y Teo se veneraban recíprocamente.

Se hizo una pausa. Craso les pasó la nota que contenía el comunicado de Aurora. Teo lo leyó en silencio sin inmutarse, y sin muecas de alteración en su esencia. Se sentó de pies cruzados en el suelo de la Plaza frente a nosotros, que tomamos asiento en el poyete que protegía del barranco. Nos hizo un gesto con la mano para que nos acercásemos, y dijo:

—Lao, nunca te habíamos hablado abiertamente de Aurora... ni queremos hacerlo ahora. Como sabes, Aurora es una amiga nuestra de Sofópolis que tuvo mucho que ver en la

fundación de la Aldea. Es una persona muy estimada por todos nosotros, fuente de verdad e inspiración para muchos. Dudo de que su movimiento esté relacionado con la Aldea. Ella mejor que nadie es capaz de interpretar el Oráculo y de oír al Cónclave. Ella es la Intérprete.

Sus pupilas dejaron de mirar directamente a mis ojos para dirigirse a sus amigos:

—No deberíamos preocuparnos por nada, seguiremos viviendo de una manera simple y armoniosa. Todo llegará si ha de llegar, no podemos acelerar ni decelerar los sucesos. De lo contrario, no tendríamos la certeza del sutil proceder.

Estaba afectado por la charla con los Maestros. A partir de aquel día apartaría la curiosidad más allá del presente. Sabía que no podía ansiar el conocimiento, saber más de Aurora, conocer a Aurora, y que todo llegaría si tenía que llegar.

Tita salía de la escuela con los niños, de camino a las plantaciones. Los acompañé hasta los huertos para practicar con la tierra lo teorizado en clase. Los niños más pequeños jugaban y aprendían con la arena y las plantas. Sobre todo, les gustaba manipular el agua y mancharse. Llegué a casa una hora antes del anochecer. La familia Ocho estaba al completo, preparando el fuego y la cena. Teo cortaba leña en su tocón. Me aseé y nos sentamos a cenar. Cada uno contó su jornada con mayor o menor énfasis, pero Teo y yo comimos en silencio. Al terminar, Teo dijo a la mesa:

—Familia, hoy es una noche especial porque será la última en la que Lao duerma en este hogar. Lo hemos decidido en el Comité. A partir de mañana ira a vivir con Hadafri, de la familia Siete. Será su tutora hasta que ella decida.

Se despidieron de mí antes de que yo me fuera a la cama, y ya con la luz apagada, Teo se acercó y se puso a mi lado. Muy calmadamente, me dijo:

—Lao, no sientas tristeza porque todos seguiremos siendo parte de tu hogar. Cada cosa y no cosa de la Aldea es tu familia y será siempre parte de ti. Hadafri es una Maestra extremadamente evolucionada. Comprende y aplica el sutil proceder sin perderse en las emociones humanas, que poco le interesan. Su comunicación está más cercana a lo sutil que el lenguaje. Aprenderás de su pasión por el reino animal, desde las hormigas de la tierra hasta los pájaros del cielo. Su motivación es hacer evidente que el mundo no es feudo exclusivo de los humanos, a los que respeta y por supuesto, con el objeto de mejorar la convivencia. Te adaptarás con facilidad, y Hadafri encontrará recompensa en tu trato.

Dormí profundamente. Desde aquel día, todos los aldeanos intentaron no perder el tiempo en historias ajenas o pasadas, para centrarnos en el presente, tratando de evitar separaciones y desviaciones del Camino Integral. Cada familia inculcó ese sutil proceder, y todos, incluido Maestros, dejaron de dedicar palabras y tiempo a asuntos ajenos a la Aldea. Se podría decir que se convirtió en una prohibición.

A la mañana siguiente, muy temprano, me levanté y recogí mis bártulos, desayuné y salí a respirar aire puro de la montaña. Justo al abrir la puerta me encontré a una gata de la Aldea, con manchas de tres colores, que tenía colgado del collar un frasco pequeño con una nota enrollada. El Maestro Zero decía que solo las hembras de los felinos podían lucir en su pelo tres tipos de colores, que era una cuestión genética. Me maullaba insistentemente, y me agaché para calmarla. Al tocarla, cambió el maullido por ronroneo. Vibraba y aportó tranquilidad a mi Ser. Se rozó conmigo bailando entre mis piernas, desde el hociquillo negro



hasta la punta de su larga cola, curvando su torso para encontrar el máximo contacto con mi piel. Dio varias vueltas seguidas en forma de ocho. Luego se alejó unos metros, se dio la vuelta y maulló como esperando mi respuesta. Me acerqué a ella y, antes de que pudiera tocarla, se alejó hasta la entrada del bosque.

No estaba permitido adentrarse en el bosque a solas, sin avisar. No pensé mucho en ello y me acerqué a la gata. La acaricié aceptando su invitación y emprendimos la excursión. Seguí los pasos elegantes del hermoso felino por un sendero empedrado que se adentraba en la vegetación, lo suficientemente ancho como para que la gata no se rozase con ninguna planta, pero estrecho para las piernas de un humano. Es increíble cómo los felinos siempre pisan con sus patas traseras sobre las huellas dejadas por las delanteras. Las piedras del firme del camino estaban posicionadas verticalmente, ocupando menos superficie por piedra, pero de forma que resultaba más duradero al paso del tiempo. No era una infraestructura labrada por los aldeanos. La vía era más ancha, pero casi no se podía ver por la densa flora que la cubría. La vegetación lo inundaba todo. Había llovido días antes, y el verde era extremadamente predominante. Cada vez había menos luz a pesar de que el Sol brillaba fuerte, tapado por las frondosas copas. Estaba disfrutando de la aventura. Después de un buen rato persiguiendo a la gata, empecé a sentir algo especial. Al menos, esa era la percepción para un chaval de piernas más bien cortas y arañadas. El sendero moría en un muro de vegetación y zarzas infranqueable, imposible de seguir.

Miré a ambos lados. A la derecha, un imponente árbol continuaba como parapeto del otro lado más allá de las zarzas, tan grande que no era capaz de concebir el diámetro de su tronco. Pensé que estaba viendo solo un cuarto de su perímetro, aunque no parecía una circunferencia en absoluto. Tenía múltiples pliegues arrugados, al igual que las arrugas de un anciano que había visto en los libros, ya que en la Aldea no había personas mayores. Me quedé solo y sin miedo. Fui a explorar el árbol, y trepé por sus raíces. Entre ellas cabía perfectamente mi pierna entera, la cadera y parte del torso. Fui de pliegue en pliegue hasta que no encontré apoyo en uno de ellos y caí entre dos grandes raíces que hacían un hueco camuflado entre las hojas secas. Este contenía un paso que cruzaba el interior del árbol. Me aventuré a seguir por aquella angosta gruta de madera, cuyo olor era como de barrica donde se guardaban las bebidas espirituosas.

Pronto salí por un resquicio, y me topé con una luminosidad que me obligó a cerrar los ojos. Fui abriéndolos lentamente hasta que las pupilas se hicieron muy pequeñas para captar solo la luz necesaria. El bosque había desaparecido, y ante mí se abrió un espacio muy amplio, amurallado a mi espalda por el bosque. Al frente, una gran pared de piedra negra con un caño de agua cristalina que se precipitaba por su centro. Flores de muchos colores y césped tupían el suelo. Levanté la mirada desde mi altura hasta donde caía el agua, estirando el cuello todo lo que pude. Parecía salir de la propia montaña. El cielo era de un azul intenso, y una nube pasajera facilitó mi visión con su sombra. El resultado fue maravilloso, pues pude ver una bandada de aves que bailaban en lo más alto de la cascada. La erosión había abierto una poza en la tierra con el paso del tiempo, formando un gran charco que extendía su orilla hacia el bosque. La fiereza del agua golpeando emitía un ruido

ensordecedor, pero pronto se integró en mis oídos y pasó a un segundo plano que no me impedía percibir otros detalles.

A cada paso que me acercaba al lago, este parecía crecer más aún. Las dimensiones engañaban a simple vista. Pronto pude vislumbrar en su orilla a una figura humana sentada y a la gata, que se revolcaba sobre la fresca hierba a su vera. Tenía intención de refrescarme, por lo que continué decidido. La mujer estaba en silencio, con una nube de mariquitas que volaban alegres en torno a ella, y que se separaron de repente de su cuerpo al sentir mi presencia. Se incorporó y reconocí a la Maestra Hadafri con su habitual vestimenta, muy ceñida al cuerpo. Una vez Teo me había comentado al respecto que, de lo contrario, se quedaba enganchada en las ramas de los árboles. Me miró fijamente a los ojos. Su mirada salvaje e intimidante me mostró una parte de mi naturaleza que también habitaba dentro de mí Ser, ligada al instinto. Nuestras miradas quedaron unidas y yo quedé paralizado, sintiendo que me daba la bienvenida a su forma de vida.

Se dio la vuelta y se quedó mirando al agua. Ella sabía que yo quería aliviar el intenso calor y el sudor de la excursión. Diestramente, con una mano, quitó un par de nudos de sus ropajes, que se deslizaron hasta tocar el suelo, y se quedó completamente desnuda. Con pasos muy cortos, con movimientos similares a los de la gata, un pie delante de otro, fue entrando en el agua lentamente, y el lago cubrió su cuerpo hasta quedar completamente sumergida. La superficie quedó plana sin ninguna perturbación ni rastro de la Maestra. Yo aún seguía paralizado. En el cielo, la nube llevó la sombra a otro sitio, dejando al Sol directo caer sobre nosotros. Sentí una liberación en mi cuerpo poco experimentado. El entorno único que se había creado provocó un estado de euforia en mi biología, anunciando que pronto sería adulto. Me desprendí de la túnica que me cubría e, impulsivamente, entré en el agua haciendo ruido y chapoteando. Nada que ver con la entrada elegante de ella, no podía evitar reír de felicidad y jugar. La Maestra Hadafri también reía con mi reacción.

Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo, miré hacia las aguas cristalinas que caían de la cascada, sumergí la cabeza, y puede apreciar cómo muchos peces de múltiples colores me acariciaban toda piel. Notaba como pequeños mordiscos. Posteriormente, supe que estaban eliminando de mi piel aquello que no necesitaba. El agua mojaba mi cuerpo de paz. Hadafri emergió lentamente hasta quedarse con el agua a la altura del ombligo, tocó la superficie del agua con sus manos, y de estas empezaron a emanar ondas que se fueron propagando sobre la superficie hasta la orilla. Chocaban con mi cuerpo generando otro epicentro. Parecía una metáfora de las emociones de mi Ser. Sentía que me estaba consagrando como miembro de la montaña, que me unía a algo más grande. Onda tras onda, sentía que aquel era mi lugar.

Al salir del agua, las mariquillas bebieron de mi piel. Sentía su aceptación. La gata volvió a rozarse con mis gemelos, y las aves bajaron mucho más cerca de mi cabeza. Noté un hormigueo en mis pies porque, efectivamente, las hormigas también me tocaban, y desde el bosque, varias ardillas y otros roedores llegaron portando frutos secos que amontonaron con cuidado cerca de nosotros. Nos dimos la bienvenida, nos sentamos y comimos algunos. Miraba con detalle a cada animal, fijándome en su comportamiento e intenciones. Al focalizar tanta atención en ellos, de alguna manera empecé a verme como parte de aquel reino,

sintiendo que debía cuidar de mis hermanos y convivir con ellos en este mundo, en la Aldea. Teo decía que la Maestra Hadafri era, quizás, el humano que más destacaba en la comprensión de la vida animal, pero yo no había imaginado este tipo de convivencia. La sensación de especie se disipaba en mí. Sin jerarquías, pude ver a todos los seres vivos como parte de la misma cosa. La percepción como humano también pasó a un segundo plano, como había pasado con el ruido del agua. El bautizo transformó mi Ser, y nos sentamos durante un largo rato para reforzar la unidad y reverenciar a cada animal del bosque.

Al levantarnos para irnos, los labios de Hadafri emitieron un silbido parecido al sonido del viento cuando transita por un paso estrecho, y todos los animales huyeron al instante. En el cielo apareció un majestuoso halcón que acudía a la llamada. Cayó en picado, paralelo al agua del caño, y frenó en seco con un amplio aleteo para apoyarse en su brazo alargado. Ella era extremadamente expresiva. Me lo acercó a pocos centímetros de mi rostro y, minuciosamente y con mucha delicadeza, me enseñó las funciones de las partes de su cuerpo: las plumas, el pico, las alas... El halcón movía la cabeza, denotando placer con el cálido roce de la Maestra. Quedé impactado con la belleza del animal y deseé volar como él. Pasadas las horas, salimos por el árbol. Ella lo escaló diestramente, como un felino, y yo entré en la cueva de madera. Pasamos por la casa de la familia Ocho, que estaba vacía, recogimos mis escasas pertenencias y nos marchamos a nuestro nuevo hogar.

Hadafri solo convivía con niños, porque si no se han aprendido las prácticas sutiles del reino animal siendo aún joven, difícilmente se pueden desarrollar en la vida adulta. Impartía sus doctrinas sin palabras, con comunicaciones simples como movimientos corporales, silbidos o con sus expresivas miradas, que parecían contener un lenguaje en sí mismo.

Entramos en la sede de la familia Siete, conocida como las cuadras. El interior del edificio era diáfano, con particiones para los animales de la Aldea, y al fondo descansaba Nerón. Tenía un techo que servía de segunda planta, donde estaban los aposentos de los integrantes de la familia. Estos dormían todos juntos sobre un lecho mullido enorme, aunque no siempre, porque era costumbre dormir en el bosque con bastante frecuencia y en soledad. También teníamos un palomar, con muy pocas palomas, en la cubierta.

Nuestras tareas consistían en coordinar a los animales para ayudar en las labores del huerto, transportes de cosas pesadas, tratamiento de los residuos, la caza, y un sinnúmero de tareas necesarias. Los mamíferos eran los más sencillos de entender y conectábamos bien con ellos; después, las aves y, por último, los insectos. Fabricábamos abonos y un ungüento que servía de combustible, todo con restos orgánicos de podas, de las letrinas, las cuadras y los corrales. El más pequeño de la familia iba con el burro, que había llegado a la Aldea, extraviado, hacía un par de ciclos. Ayudaba a los Agros con los materiales y herramientas. Otros dos niños cuidaban de las cabras y vacas, que comían malas hierbas en su mayoría, y tenían el césped siempre cortado. Los insectos eran feudo de Hadafri, y su único pupilo era Aarón. Sus máximas aliadas eran las mariquitas, que compartían una relación estrecha con ella además de doblegar a los pulgones. Yo me encargaba de dar soporte a todos y a pasar tiempo con Hada. Empecé a llamarla así para acortar su nombre, pero solo en mis pensamientos, pues no pronunciábamos palabra alguna.

La vida se convirtió en un ejercicio de instropección hacia mí mismo como parte del reino animal. Lejos parecían los asuntos vinculados a mi persona. Pasaron varias estaciones, mejoré mucho durante el primer ciclo interpretando a los animales y compartiendo con ellos. Los aldeanos respetaban las costumbres de la familia Siete y no se inmiscuían mucho, ni siquiera mi amigo Toro. Me sentía muy cómodo en silencio, observando la vida de los otros que, felizmente, cuidaban de la Aldea. Dejé de hablar por completo, incluso cuando me cruzada con Teo. Lo saludaba y lo abrazaba, ambos con los labios sellados, pues así nos sentíamos felices viendo que la Aldea crecía equilibrada. Nadie hablaba del exterior ni de otras historias, y no me preocupaba ni el pasado ni el futuro. Me despertaba con la alegría de compartir, sobre todo, con los animales. Sentía sus emociones, siempre simples, que eran por completo diferentes a las emociones humanas, complejas. Cada día me sentía más feliz viviendo con la familia Siete, mientras aprendía a desenvolverme y alimentarme en el bosque y en la montaña. Pasaba noches fuera, siempre en meditación y atento a cada estímulo de mi entorno, saboreando los momentos de soledad.

Debían de haber pasado un par de ciclos cuando un zorro atacó el gallinero. Hada me encomendó solucionarlo, y tuve que pasar muchas noches sin dormir hasta dejarlo encerrado en una trampa que preparé en el gallinero. Al cogerlo, noté que estaba muy nervioso, y pude sentir el terror que emanaba del animal hacia mi persona. Lo llevé a las cuadras, a un recinto cercado, intentando apaciguarlo con paciencia y alimentos, sin tratar de domarlo. La Maestra volvió a soltarlo lejos de la Aldea, y entendí que algunos animales solo saben vivir de modo salvaje, porque el trato con los humanos los distanciaría de la vida para la que están preparados. Solo podíamos relacionarnos a nivel empático con algunos animales que se ofrecen por curiosidad, interés o capacidades. No dependía de la especie, sino de una particularidad individual; en realidad, pasaba lo mismo con las personas.

Muchos días los pasaba por completo con Hada. Íbamos al bosque a recolectar frutos secos, y quizás alguna pieza de caza que después compartíamos con los aldeanos, nos encargábamos de los gallineros, los abonos, transportábamos objetos del taller, y realizábamos otras labores rutinarias. También pasaba temporadas viviendo de modo salvaje con la Maestra Hada, que me enseñaba todo sobre el bosque y la montaña, y a sobrevivir buscando agua y alimentos. A veces era necesario invertir mucho tiempo en ello cuando no eran de fácil acceso, y sentía una gran satisfacción cuando este era el único cometido del día. Ella no vivía en una comunidad antes de la Aldea, era nómada, y se asentaba en emplazamientos favorables durante poco tiempo, dormía en árboles, cuevas o en cualquier sitio... Antes de *invadir* una zona siempre se familiarizaba con los animales y creaba una convivencia temporal. Viajaba sola o en grupos muy reducidos. El mayor de la familia había querido irse de la Aldea para encontrar su lado más animal, pues era como el zorro al que liberamos, por lo que un día se marchó para siempre.

Mi nueva tutora no parecía participar del mismo modo que otros Maestros en mi educación, pues sus metas con respecto a mí eran puramente personales, sin un último fin que trascendiera a nuestra relación. Esto me desconectó por completo de tratar con el mundo exterior. Me insistía en que la atención plena era necesaria para comprender y compartir con

cada animal. Lo que el reino animal podía ofrecer era una definición del mundo compartido con hermanos en experimentación real, sin límites marcados por la diferencia de especies, ya que el ser humano dejaba de colocarse en el centro para integrarse como una parte más de la existencia, como cada cosa o no cosa. Vivir con la familia Siete me proporcionó disciplina interna para generar una convivencia armoniosa con el reino animal, cuyos miembros estaban plenamente integrados en una comunidad compartida con humanos. Se me daba muy bien y me resultaba enriquecedor. Vislumbraba un estado emocional propicio y lo impregnaba en el ambiente. Los animales, generalmente muy sensitivos y empáticos, se unían al mismo de forma gregaria. Tras alcanzar ese estado, la clave era inventar un sistema de comunicación oral y gestual: silbidos, señales emitidas con partes del cuerpo, manos, cejas, piernas y, sobre todo, ojos y miradas.

El tiempo transcurría rápido, y yo perdía la noción del mismo. En silencio, las desviaciones del Camino Integral eran nulas. Al no ser partícipe de las emociones humanas, mi mente era congruente con mi Ser. En calma solo existía el presente, sin que rondase la especulación en mis pensamientos.

De manera natural guiaba a Nerón por los huertos. Mi afinidad con los mamíferos de la Aldea era total, todos parecían encontrar la información justa para que fuera posible la comprensión mutua entre nosotros. Por medio de la observación, comprobé cómo los animales comprendían el movimiento ocular de los humanos y desarrollé un manuscrito con las pautas. Pasé mucho tiempo estudiando este fenómeno amparado por el silencio. A veces, en un estado de abstracción total desde posiciones alejadas, escuchaba y veía a los aldeanos, percibiendo su Ser y sus señales, y perfeccioné e identifiqué todos los matices que presentaban las peculiaridades de cada individuo. El movimiento ocular y cómo le acompañaban los párpados en los gestos del rostro era, sin duda, el lenguaje más usado entre nosotros, los animales y otros miembros de la familia Siete. El movimiento del ojo estaba asociado con la activación de distintas partes del Ser. Sus casi imperceptibles movimientos denotaban hacia qué departamentos de su interior se dirigía para hacer presente una emoción, un recuerdo, o una simple acción u orden. Lo complejo de este lenguaje no verbal era que no había patrones en los humanos, aunque sí tendencias, sino que era propio de cada individuo. En cambio, en los animales era mucho más reproducible entre los integrantes de cada especie: emociones simples indicaban gestos simples, y viceversa. Algunos aldeanos, cuando intentaban describir recuerdos, movían los ojos hacia arriba y la izquierda mientras hablaban; para crear imágenes nuevas, es decir, de aquellas cosas que no habían vivido, movían sus ojos hacia arriba y a la derecha, pues este era el canal de los sueños, de los proyectos y de la creatividad del Ser. Si la persona necesitaba resolver un problema o preguntarse acerca de alguna situación y sacar conclusiones, solía bajar la mirada hacia la izquierda. También cuando deseaba estar con sus sentimientos y encontrar su consciencia. Las generalidades eran escasas pero reconocibles en cada uno, y estas claves las fui descifrando como fruto de la experiencia y la observación. Aquel manuscrito se quedó en las cuadras, no llegué a compartirlo con los aldeanos.

Aquella etapa fue crucial en mi vida. Me gustaba estar solo y así me sentía incluso en medio de todos los aldeanos, pero nada entristecido por ello. Aprendí a dar importancia

justa a las palabras. Ponderaba el peso de las emociones en la comunicación de una manera certera, creando intercambios comunicativos muy ricos en información. La sutileza de la comunicación animal también funcionaba en los humanos como integrantes de la naturaleza, lo que parecía no ser una obviedad para los aldeanos. Este don era la sabiduría más profunda que poseía Hada en sus prácticas, porque con su dominio podía obtener información sensible y sutil de cualquier mínimo detalle, haciendo que las palabras sobraran. El tiempo pasó, y la Aldea siguió creciendo al margen de todo.

Había pasados ya varios ciclos con la familia Siete. Un día de cielo azul cristalino, subido al tejado de las cuadras para observar y controlar la Aldea como era habitual, divisé el vuelo majestuoso de un ave a un par de kilómetros que llevaba tiempo sin aparecer sobre las montañas. Era Halcón, el ave de la Maestra, que parecía también haberme detectado. Su relación con Hada era muy particular e íntima, así como profunda, pero poco asidua, más propia de los animales salvajes. Quise percibir su vuelo como había visto hacer a la Maestra alguna vez. Empecé imaginando su motivación para sobrevolar ligeramente más allá de las plantaciones, allí donde la ladera bajaba abruptamente. Me concentré e intenté trasladar mi visión a la suya, para lo que dibujé y recorrí un túnel en el paisaje de paredes curvadas que pasaban muy rápido, lo que me condujo a ella más rápidamente de lo que imaginaba. Frené en seco acoplándome a su vuelo, sintiendo el aire que me sustentaba. Los colores de mi visión se tornaron monocromáticos, pero con una definición absoluta. Veía las copas de los árboles, también sus frutos e insectos en sus hojas. Sentía la sensación de planear, el vértigo alertaba a mi estómago. Bailaba con las corrientes, podía incluso quedarme casi parado, apenas sustentado, para definir el horizonte que se extendía inabarcable. De repente, mi atención se focalizó en algún lugar bajo el manto de hojas de las copas. Descendimos. Algo se movía entre los arbustos del suelo, coincidiendo con el punto céntrico de la trayectoria del vuelo. Parecía un roedor. «¡Sí, es un roedor!», pensé. Mi visión empezó a descender vertiginosamente junto con la del ave que, sin sensación de control, se lanzó en picado aprovechando un claro entre copas al que estaba esperando que llegase, como madurando su táctica. El viento me azotaba ferozmente, todo daba vueltas. Volví al túnel y me parecía chocar con las paredes al tránsito, mientras veía todo pasar al revés, aún más rápido. Me derrumbé sobre el tejado de la cuadra y me fui deslizando sobre su poca pendiente. Mi estómago no aguantó más, y vomité frutos secos semi digeridos. Poco faltó para que sufriera un accidente más grave. Con dificultad, llegué a una posición segura en lo más alto, empecé a sentirme mejor y me limpié un poco con la manga al tiempo que veía en la lejanía, deslumbrado por el Sol, cómo el Halcón se acercaba lentamente, deleitándose con la belleza de su vuelo y trayendo algo fuertemente agarrado entre sus garras. Me preparé excitado. Cuando volaba a pocos metros de mi frente soltó la presa y pude atraparla fácilmente con las manos, sintiéndome muy recompensado por existir. El ave y yo disfrutamos del momento pausadamente mientras ella sobrevolaba mi cabeza emitiendo un canto con su pico, como si de una danza ritual se tratara. La despedida fue muy especial, sabedores de que nos volveríamos a encontrar. Compartiría la carne con mi familia, por lo que bajé felinamente a la cuadra donde Hada miraba al cielo, y le dije gritando:

—¡Hoy cenaremos conejo!



Esto le provocó a ella una risa larga y contagiosa, pues yo había roto mi silencio después de mucho tiempo sin pronunciar palabra.

Aquella noche vino Teo a cenar por invitación expresa de la Maestra. Teo parecía una más de la familia, tenía a Nerón tumbado en su espalda. Tras haber degustando el sabor de la carne impregnada en cada grano de arroz y beber más licor de la cuenta, mi Maestro descansó su espalda sobre el lomo del caballo. Ambos suspiraron a gusto. Aarón estaba melancólico, como si ya hubiera escuchado las palabras que Teo iba a pronunciar en la mesa:

—Familia Siete: el comité de la Aldea se ha reunido hoy tras el ejercicio de *cetrería* de Lao, y estima que él ya no debe estar bajo ninguna tutela.

Tras la frase, se hizo un silencio introspectivo. *Cetrería*. Recordé al instante la definición escrita en el diccionario que tanto había leído. Dudaba mucho que lo compartido con Halcón se asemejase a aquello, pero entendí el énfasis del sonido al pronunciarla. Sana ironía, quizás. La percepción de Aarón hizo omnisciente a la mía. Nada había cambiado al escuchar la decisión del Comité, pero parecía que algo estaba pasando. Noté perfectamente que Teo hablaba de mí como si yo no estuviera, aséptico, pero no me ofendió ni mucho menos. Solo liberó la visión holística de mi individuo para percibir sutilmente un boceto de mi futuro Ser que nadie conocía. Se dirigía a mí en tercera persona en escasas ocasiones, pero esta vez prefería hacerlo. De lo contrario, influiría en mí, y podía llegar a modificar mis intenciones. Hada también formaba parte del Comité, y radiaba feliz junto a nosotros.

Pensé en mi individuo como parte del colectivo, viendo cómo las sensaciones de los aldeanos moldeaban mi Ser, que se definía por aquellas interacciones. Vivía mi día a día devolviendo con amor y calma lo que me entregaban, y cuando el Ego no moraba en mi consciencia también podía hablar de Lao en tercera persona. Este estado de abstracción que trascendía a la persona en sí misma me entregaba paz y comprensión, pero de alguna manera me alejaba de lo terrenal. Con este sensible y necesario equilibrio conviviría siempre.

La simple frase de Teo contenía mucha información, tanta como tiempo pudiera dedicarle en el momento para obtenerla. La concatenación de motivaciones de las personas puede seguirse hasta lo profundo de cada Ser, ampliándose a medida que los apegos e intereses van apareciendo. Lloramos de melancolía y felicidad. El consuelo era obvio, todos éramos familia en la Aldea, luego no era una despedida, sino un cambio más. Nos abrazamos todos sobre la mesa. Nerón chupaba mi oreja, y Aarón estaba satisfecho por su premonición, de la que no alardeó en ningún momento. No sobró conejo alguno.

La noche era muy cálida. Salí a despedirme de gatos, perros y demás animales, incluso de las gallinas. Nada había cambiado en mí, la convivencia con el reino animal me había acercado mucho más a los humanos, con mucha más facilidad para llegar hasta sus Almas y nutrirme de una verdadera comprensión. Reflexionaba sobre mi capacidad como adulto. Durante los ciclos de armonía con la familia Siete no había tenido la oportunidad de analizarlo, pero aquella noche Teo había hecho que fuera consciente de ello, y sentí que efectivamente no necesitaba tutor, tal y como indicaba el Comité. Sentí fuerza para afrontar cualquier situación por adversa que fuera, como una noche fría sin alimento perdido en un bosque. Hada salió de las cuerdas. Me senté y le ofrecí un sitio a mi lado. Sus ojos estaban cargados de lágrimas, pero no sentíamos tristeza, solo la sensación de que cada período

había de pasar. Se sentó y abrazó mi cabeza, perdiéndose en mi cabello. Muy cerca de mi oreja me susurró unas palabras, y me presentó su voz por primera vez en ciclos de convivencia:

—Lao, las palabras no pueden describir la belleza del vuelo del halcón: para comprenderlo, debes verlo con tus propios ojos. El lenguaje no puede captar el canto de las aves: para comprenderlo, debes oírlo con tus propios oídos.

Nos quedamos en un silencio abrupto. Sus palabras retumbaban en mi consciencia. Escuché una voz familiar que decía:

—Lo mismo ocurre con Verdad Sutil, que define la verdadera interacción entre Seres de este mundo. La única forma de entenderla es experimentarla directamente. Esta mora de forma inexpresable e impensable y, sin embargo, claramente reconocible. Por ello, las enseñanzas supremas se realizan sin palabras. No acotes los límites de tu percepción, por muy alejado que estés siempre encontrarás el camino de vuelta, retornando al mundo sin cargar nada. Tus propias palabras no son la medicina, sino una receta; no un destino, sino un mapa para que lo alcances. Tendrás que usarlas para potenciar tu sociabilidad y ayudar más eficazmente a otros de tu especie. No analices la Verdad Sutil, todo brota de ella, esfuérzate por el contrario en vivirlo en silencio, sin división, con todo tu armonioso Ser y los que te acompañarán. No interpretes el Cónclave de tu consciencia, siéntelo como parte de ti. No temas por tus capacidades, porque también son fruto de la Fuente. Recuerda que la Verdad Sutil está siempre allí a donde tú te dirijas.

Hada me besó en la frente, se levantó y, velozmente, se perdió en la noche. Percibí a Aurora una vez más. Sus palabras, hasta entonces, nunca se habían materializado en mi interior de una forma tan evidente. También era la primera vez que escuchaba a nuestra Maestra Hadafri, y quizás la última.

## 2.5. La veintena de ciclos

Había brotado la barba en mi cara, poco poblada. Una tradición en la Aldea decía que todo buen aldeano que se preciase no tendría certeza de su edad; se suponía que vivir al margen del paso del tiempo te acercaba al Camino Integral. Por aquel entonces debía tener un par de ciclos menos de un par de decenas. Había llenado mi Ser de todo lo auténtico de la Aldea. Mi composición era una mezcla equilibrada de cada emoción y experiencia, era uno como parte de todos. Disponía de mis pensamientos y percepción como un río dispone de gotas de agua, recuerdos, frases, ideas y conceptos adquiridos, habitando en mi interior, resonando en mis jornadas.

Intentaba dar forma lógica a las grandes emociones que habitaban en los aldeanos. Era bastante difícil definir emociones precisas con el lenguaje solamente. En mi interior, jugaba a componer frases que expresaran una emoción concreta. Podía proyectar las situaciones y sentir nuevamente la experiencia, precisando la Verdad Sutil del instante, y haciéndola mía una vez más. Reconocía las motivaciones de los aldeanos, que por suerte siempre eran sinceras y constructivas. Estaba muy calmado.

Dominaba la energía armonizada de mi Ser, centrada en el corazón, expresada como percepción interior espiritual hacia mí mismo y los otros, y la compartía con toda cosa o no cosa. Empezaba a gestionar mi tiempo autónomamente, mis labores me las asignaba yo mismo. Todos encontrábamos nuestro sitio sin problemas como parte de la Aldea, dándonos a cualquier labor en la que pudiéramos ayudar.

Raro era el día que no pasaba tiempo en los huertos trabajando físicamente y viendo crecer las plantas. Tita manejaba la ciencia de la sanación, que incorporaba los diagnósticos, la acupuntura, las plantas medicinales, la dieta terapéutica y otros métodos empáticos de trato al paciente más que a la enfermedad. Generalmente, los aldeanos enfermaban poco, aunque durante aquel ciclo sufrimos unas epidemias víricas muy serias, por lo que me acerqué mucho a la enfermería. Me encantaba, había innumerables botecitos de plantas impronunciables, libros de medicina tradicional y avanzada, prácticas emocionales, gimnasia emocional, y mucho más. Leí y estudié mucho más de lo que podía aplicar. Disponíamos de otra biblioteca en la Aldea de la que aún no sabía nada.

Finalmente, los aldeanos vencimos a los virus, lo que me liberó para sumergirme en las disciplinas curativas, volcándome de pleno en la sanación. El Comité recibió con muy buenos ojos mi iniciativa. Estudiaba todo el día. Tita y otros Agros me ayudaron con las clases prácticas, preparando ungüentos y disoluciones. No todo estaba orientado a curar enfermedades de la carne, también a sanaciones mentales, o simplemente para obrar otras gestas, como una disolución que ofrecía un estado de consciencia alterado por el simple hecho de ingerirla.

Vivía con la familia Ocho, nuevamente solos Teo y yo. Ahora era un compañero de piso muy apreciado, ya no ejercía de tutor. No compartíamos actividades a lo largo del día, aunque siempre sacábamos un rato para saber el uno del otro. Cuando no tenía obligaciones, me encantaba estudiar lo que otros antes ya habían estudiado. Al coger los libros antiguos, los olía, los palpaba, rastreaba su pasado y llegaba a las personas que habían bebido de sus métodos. Estudiarlos era contribuir a la unidad, armonía y sabiduría universales, pensaba. También descubrí otra biblioteca en el taller con libros más especializados, e incluso leí algunos.

El tiempo lo pasaba modelando conductas para una fácil interpretación de las mismas, lo que permitía dominarlas asiduamente. Por ejemplo, una correcta atención al mundo permitía percibir las alteraciones de la Verdad Sutil con el objeto de tomar decisiones armoniosas sobre los aspectos manifiestos y los ocultos de una situación. La base de toda la práctica era el estudio de uno mismo, escuchar el interior conectado a la propia consciencia. Estudié un libro sobre disciplinas de revitalización del Ser mediante la respiración y las técnicas de visualización. Otro que teorizaba sobre la transformación de la esencia espiritual de una persona mediante el mantenimiento de sus pensamientos en armonía con la Fuente, afirmando que solo el Sutil Proceder era la forma certera de obrar armoniosamente. Practiqué el ayuno en días concretos, a fin de reunir la energía vital y comprender la necesidad de nutrirse. Los aldeanos aceptábamos totalmente la unidad trascendental integral con el objeto de aportar el propio Ser bondadoso a la Fuente, a través de nuestra existencia, la Aldea. Tita me enseñó la ciencia de rehacer y refinar la propia energía mediante alimentos puros y

hierbas medicinales. Por aquella época aprendí a distinguir las flores, algunas comestibles, otras medicinales, que son una explosión de vitaminas para el cuerpo.

En casa, Teo y yo practicábamos la visualización de la unidad del propio Ser interno y externo, lo que se podría llamar el espíritu. También dominábamos la purificación de la energía a través de prácticas ascéticas como medio para entablar conversación limpia con la consciencia. Mi Maestro dibujaba imágenes místicas acompañadas de escrituras y recitación de invocaciones, con el objeto de evocar una respuesta del ámbito sutil del medio. Eran técnicas muy antiguas que solo Seres sin Ego podían practicar. Su utilidad era incalculable, más allá de la obviedad de que a Teo le servía, pues cuando terminaba, se le notaba siempre reconstituido. Intentábamos elevar nuestros Seres concentrándonos en nuestra consciencia, que iba creciendo en mi Ser, más allá de los límites de nuestra ladera. Pasaron un par de ciclos más vertiginosamente. Teo me ofreció un libro sobre ciencias místicas para la articulación de la esencia con el objeto de influir sobre los acontecimientos externos e interferir en los demás. Personalmente pensaba que era una desviación del Camino Integral. Me recalqué que podía ser bastante peligroso si lo usaba en beneficio propio, pero mi Maestro me lo dio sabiendo que nunca lo usaría para tal fin.

A menudo, hablábamos para modelar la mística que sostenía la vida. Esquemáticamente y reducido al ámbito humano, las personas que poblamos el mundo disponemos de una consciencia, en la que conviven mente y Alma, esta última como portal hacia lo espiritual de sus Seres. Las Almas vivían la experimentación real encarnadas. Hablar en esos términos nos encadenaba rápidamente, al situar la perspectiva de la charla para la verdadera comprensión de lo que suponía el Cónclave como voz armoniosa de la consciencia, y la Fuente origen de todo lo que existe. Aurora lo impregnaba todo cuando el Maestro Teo plasmaba el sustento de la existencia en nuestras charlas, parecía que ella había definido gran parte de lo que comprendíamos.

Fueron ciclos maravillosos. Mis rutinas crecían en número y profundidad. Empecé a impartir clases en la escuela, y cuidaba de los más pequeños. Me encantaba ir al taller con Zero y Toro, reparábamos placas de energía solar, las ruedas de agua, preparábamos útiles, empedramos algunos caminos. Siempre que iba al taller me asignaban alguna tarea.

Algo que me apasionaba era ir con Nerón para recoger leña y alimentos por el bosque, disfrutando del paseo con mi amigo caballo. Una tarde que disponía de tiempo, recordé que entrando en el bosque, al norte, junto a la rueda subiendo la montaña, había un árbol a punto de morir que Teo había talado unos días atrás. Pensé que sería apropiado dar uso a su impotente cadáver de madera. Sería la viga principal de la ampliación de la cuadra, un honroso final, o un comienzo. El árbol había muerto simplemente de viejo, sin enfermar, por lo que la madera estaba sana y dura. Era un privilegio despedirse del mundo de esta forma, poco Seres vivos eran capaces de ello.

Un silbido bastó para que Nerón llegase a mi puerta. Le acaricé el lomo y lo besé justo encima del hocico. Cogí cuerdas, un carrito con dos ruedas de goma que me servirían para apoyar el tronco en el suelo mientras Nerón jalaba y, por supuesto, un hacha. Cargué a mi amigo con una bolsa a cada lado y, paseando, emprendimos el camino en dirección a la cima de la montaña. La tarde era roja con un Sol enorme y cálido. Aprovechamos para recolectar

frutos secos, setas, hierbas, piedras y todo que podía resultar de utilidad. Las ardillas nos acompañaban por las copas, la gata de tres colores paseaba con nosotros, sabiendo que no se alejaría mucho de la Aldea.

Llegamos a nuestro destino. El inmenso árbol medía más de dieciocho metros de altura, con un ancho considerable. Corté cada rama del árbol y fui amontonándolas para un futuro porte. La leña ya estaba seca tras las lluvias de días anteriores. El tronco quedó completamente pelado. Era prácticamente recto.

Fui a coger el carro con ruedas y observé que en la bolsa izquierda, al fondo entre hojas, estaba el Orbe. No pude evitar soltar una carcajada, no imaginaba cómo podía haber llegado hasta allí, aunque sí sabía que ya nada iba a ser normal. Mientras preparaba el transporte, vi llegar a Teo muy sonriente junto con Aarón. Finalmente, el tronco quedó descansando sobre el carrito. Por la parte delantera sobrepasaba medio metro por encima de la cabeza del caballo, enganchado con cuerdas fuertemente atadas a la montura de Nerón, que estaba presto a la orden de marchar. No era una montura normal, estaba diseñada por Zero, y tenía una pieza que rotaba para facilitar la tarea.

Rápidamente, Aarón se acercó al animal y, tras una caricia en el lomo, emprendieron la vuelta a la Aldea solos, con el tronco y la recolección. Había encontrado algunos gurutelos. Antes de que se marchara, Teo alargó su brazo, agarró un puñado de castañas, y después cogió alegremente el Orbe que estaba en el fondo de la bolsa. Lo hizo girar como una peonza sobre su mano con agilidad, como un juego de malabares. Me pasó el brazo por encima. Yo era ya ligeramente más alto que mi Maestro. Me ofreció una castaña ya pelada y me invitó a caminar, alejándonos. No me sorprendí del ambiente especial. Esperaba a Teo, que me miró felizmente y dijo:

—Lao, hoy eres mi invitado. Hace ya muchos ciclos que, por esta fecha, llegaste a la Aldea. Eras un bebé de trescientos días... Nacistes en un lugar al este de la península, como casi todos los aldeanos, que somos forasteros en nuestro propio hogar. Hoy es el día en el que cumples veinte ciclos. En Sofópolis es la única vez que se festeja el paso del tiempo. Las familias se reúnen para conmemorar la entrada del Ser en una época en la que el individuo debe valerse por sí solo y tomar sus propias decisiones, afrontando el propio destino que subyace bajo sus acciones. He de reconocer que eres una bellísima persona, Lao. Además, tus conocimientos son asombrosos en todas las disciplinas, desde la sanación hasta la comprensión mística de la experimentación real. En la Aldea, todos los aldeanos te amamos, y tú nos devuelves ese amor incondicional. Se podría decir que la Fuente te sonrío, me alegra ver en lo que te has convertido.

Sentía a Teo muy relajado, permitiéndose mostrar su lado humano sin tapujos, planteando la charla sin tutorizar. De algún modo, se dignificaba con su trabajo. Seguíamos caminado, dejando la Aldea a nuestra espalda por la ladera cada vez más escarpada. Íbamos por un sendero estrecho de tierra entre encinas. Un riachuelo nos acompañaba por la izquierda. Sin duda, nos dirigíamos a la ermita, en la que nunca había estado. Una emoción nueva, muy humana, me atrapó.

—Craso y Zero han preparado la cena, y pasaremos la noche allí, si te apetece. Toro vendrá también.

Ya podía divisar una luz, bocetando una ventana. Teo seguía jugando con el Orbe mientras hablaba, especialmente feliz y jovial.

La ermita se encontraba en una pequeñísima planicie en lo más alto de la ladera. La cima estaba totalmente ocupada por una gran encina situada en el extremo derecho, que cubría un edificio de roca no muy grade, vestigios de una civilización pasada. Me llamó la atención un cuadro de azulejos brillantes que mostraba la figura de una mujer humana con lágrimas en el rostro que, vestida de blanco inmaculado, decoraba el muro principal, como velando la entrada a un lugar sagrado. Al otro lado de la entrada, un campanario sin campana sobre el que crecía una estructura metálica piramidal que sobrepasaba la copa de la encina en altura. En lo más alto sostenía una bandeja circular con un brazo, que a su vez tenía algo en su centro, como un utensilio de cocina para cocinar arroz para muchas personas que parecía mirar al cielo. Unos cables colgaban buscando el interior de la ermita, atravesando toda la planicie por un tubo protegido.

Bordeé el edificio bajo la copa de árbol. Su cobertura de piedra se completaba para cerrar el habitáculo con una construcción de madera y materiales similares a los que usábamos en nuestros hogares; la ermita había sido claramente reformada como otros edificios de la Aldea. Casi no había espacio para pasar por detrás sin riesgo a caerse ladera abajo. Teo había entrado nada más llegar, lo vi por las ventanas. El porche estaba techado y cubría una mesa grande protegida por un mantel bastante curtido, con algunas manchas de té parcheando su superficie y pequeñas quemaduras. Estaba ocupada parcialmente con varios objetos, vasos, un cuenco con una mezcla para fumar en pipa, un par de libros, un trozo largo de papel arrugado, una botella de licor espiritual vacía, empanadillas varias mordisqueadas, un búcaro de barro con agua, y el Orbe. Una lámpara de luz artificial anclada al techo permitía ver el detalle. Una hoguera a pocos metros de la mesa aportaba calidez, y la inmensa Luna redonda parecía hacer sombra en la noche, pues su luz intensa hacía desaparecer a las estrellas. También había hecho desaparecer a Craso que, oculto y fumando en pipa, obnubilado en su interior, se encontraba en el extremo del porche con las piernas sobre un taburete y el respaldo inclinado. Parecía muy tranquilo, o dormido. No lo había visto al pasar antes, porque estaba completamente mimetizado con la escena.

Al otro extremo de la planicie se encontraban la instalación solar, un observatorio celeste, la estación meteorológica que había construido Toro tras una larga espera para encontrar las piezas que al fin llegaron en el último intercambio y, ligeramente apartado, un gran telescopio que alguna vez había visto en el taller. Era impresionante verlo montado. El Maestro Zero, encorvado, colocó su ojo derecho por la mirilla, dándome la espalda. Me acerqué sigilosamente. Con sus manos pequeñas y ágiles manipulaba el aparato, giraba unas ruedas pequeñas para posicionar una coordenada. Con un alto grado de precisión, quería localizar un objetivo. Apuntaba a la Luna, que colapsaba el cielo de luz blanca. Me quedé un rato observando hasta que el Maestro Zero se percató de mi presencia y me gritó:

—¡Me has asustado, Lao! Acércate, echa un vistazo.

Sus palabras resonaron como un trueno en el silencio, y gustosamente me acerqué a mirar. Se apartó para darme espacio e intimidad. Se sentó, encendió su pipa y, con un



gesto, me animó a acercar mi ojo derecho a la lente. Emulé la postura encorvada y mis manos se mantuvieron apartadas por miedo a estropear algo. Podía oler y oír su voz cargada de humo:

—El telescopio está centrado en un cráter. Si giras el foco en el sentido de las aguas del reloj, podrás apreciar al detalle su superficie, Lao.

Me colocó la mano en el lugar indicado, y con cautela lo giré. Todo estaba borroso, y distinguía la Luna como si fuese la pupila de un ojo con el iris negro. Giré al revés, alejándome, y ahora veía el astro como un punto muy pequeño. Enmendé el error y giré en el otro sentido. Pensé que, realmente, en la Aldea no disponíamos de relojes. Solo en el taller era necesario medir el tiempo, evidentemente, para controlar sus procesos y estudios. Hice el esfuerzo de visualizar el reloj, emulando el girar de la muñeca con el pulgar para indicar el sentido de giro necesario. Con muy poco giro, crecía y crecía hasta que pude apreciar la superficie blanca del astro, con tonalidades grisáceas, agrietada y plagada de perfiles de cráteres circulares como anillos montañosos. No paraba de aumentar. Lo hacía muy lentamente, regodeándome en la belleza del momento, aproximándome a un cráter muy grande pero sin distinguir formas concretas. El Maestro Zero me acompañaba apasionado, y yo lo miré con fascinación, aprovechando para estirar la espalda, sintiéndome muy pequeño y reconfortado. Me dijo:

—Aún puedes acercarte más, Lao.

Devolví mi ojo al telescopio, girando más lentamente si cabe. Entré en el cráter, distinguiendo una bóveda de cristal rota sobre una estructura metálica y, en su interior, diferentes construcciones que parecían edificios enormes con muchos ángulos rectos e interconexiones entre zonas. Todo parecía estar ruinoso. Se notaba que aquellas formaciones no podían ser naturales, los patrones eran claramente humanos. Sin embargo, no percibí ningún rastro de vida, todo era desolación. Me alejé, fascinado con la idea de que otros humanos pudieran haber poblado la Luna. De aquella manera asenté el concepto de experimentación real en un instante: hacía que mi existencia en el tiempo fuera como un parpadeo. Me encontraba perplejo. Me di la vuelta y miré a Zero sin articular palabra. Asintiendo apenado, observó mi rostro absorto y me dijo:

—Sí, Lao, han existido millares de civilizaciones humanas que vivieron su paso por el mundo, y el mundo siempre les sobrepasó. En algunas épocas exploraron la Luna y otros planetas del Universo. Las diferentes civilizaciones han intentado innumerables existencias, todas con algo en común: todas fueron extintas. Algunas civilizaciones fueron destruidas por agentes externos, como impactos de meteoritos que afectaron al clima. Otros mundos fueron exterminados por ellos mismos. Pero los ciclos siempre acaban y empiezan. Aquí, Lao, es donde encuentro el consuelo de existir. Soy consciente de que la vida sobrevive a pesar de los humanos.

Seguí apreciando los detalles por el telescopio mientras me deleitaba con las palabras del Maestro Zero, que seguía con el apasionante relato:

—En concreto, esta civilización está muy bien documentada. Se tomaron mucha molestia en dejar legados de su paso por el mundo. Más que vivir en armonía entre ellos, se dedicaron a explorar sus límites sin tener definido cómo vivir en su interior. Arrastrados

por ese deseo insaciable, iniciaron expediciones para explorar la Luna y posteriormente, por necesidad, fueron a habitarla. Estos seres antiguos vivían de una manera insostenible. Tanto, que consumieron al límite los recursos del mundo. Pero su motivación tecnológica les dio la capacidad de apoderarse del astro como parte de sus dominios. Todos eran conscientes de que el modelo de vida de la sociedad se comía a sí mismo, pero nadie lo frenaba. Se gastaban infinidad de recursos en la exploración del Universo, sin percatarse de que el mundo se desmoronaba. Pronto se convirtió en un símbolo de la aceptación de que la vida en el mundo era obsoleta, y que la esperanza radicaba en perpetuar la especie en la Luna, como punto de partida para la colonización de otros planetas. Creaban riquezas vanas, disponían de un sistema de referencia monetario que, basado en leyes y juicios, asignaba un valor a cada cosa. Lo referenciaban todo, incluso lo que no les pertenecía. El capital regía el sistema, y las personas vivían obviando el problema, amparados por la grandeza de su especie. Aun así, los humanos no paraban de reproducirse cual plaga en las lechugas. No había control demográfico. El mundo no era capaz de renovar los recursos, y esto originaba conflictos y clases.

No sentía pena. Sin duda, los aldeanos estábamos lejos de aquella especie. Ni siquiera sentía afinidad como raza, parecía una historia con final. El Maestro Zero tampoco impregnaba sus palabras de tristeza, y simplemente continuó compartiendo su charla:

—Totalmente separados de la unidad, en división, en dualidad, los humanos compartían el mundo moribundo entre guerra y guerra por el poder y los recursos. Eran tan conscientes de lo que sucedería que inventaban excusas, regiones, política para tener justificación al matarse. Nada estaba equilibrado, pues unos pocos vivían rodeados de abundancia. Otros, en cambio, no disponían ni de nutrientes para pasar el día, por lo que estaban obligados a no existir. Muchos partieron a la Luna buscando esperanza, pero mantenían sus negocios en el planeta. Grandes constructores sellaron cráteres para hacer el aire respirable, pues su tecnología era asombrosa. Los emigrantes lunares pertenecían a los grupos más privilegiados, y vivieron sosegados en el astro. Pocos ciclos después de asentarse en la Luna, desde la superficie del planeta lanzaron varios proyectiles que destruyeron las bóvedas, lo que provocó que perdieran la atmósfera y sus vidas, pues sus sistemas de defensa no fueron suficientes. Después siguieron matándose en el mundo, pero por suerte, la devastación humana se frenó a sí misma y la vida no murió del todo. Esto me reconforta, el mundo siempre tiene la capacidad de recuperar la vida en su interior, porque el tiempo lo sana. ¡Esto ofrece siempre una nueva oportunidad para los humanos...! ¡Otro Ciclo...! Otro día hablaremos de otra civilización más reciente y cercana a la nuestra, por ahora sigamos en la Aldea...

Las palabras de Zero me sonaron cómplices. Parecía que, efectivamente, cumplir veinte ciclos te daba otro estatus social. Emití una sonrisa. Verdaderamente, la Luna estaba preciosa allí donde se encontraba. Se acercó a mí, me palmeó un par de veces la espalda y se fue con sus amigos. Pensé: «¡qué destino tan fútil, sin sentido para los humanos, y qué final tan elaborado para una historia de una civilización pasada! Sobrepasado el punto límite del planeta, la única forma de comer lechugas era eliminar la plaga». La charla hizo que

me sintiera aún más privilegiado por el mero hecho de existir. Me reconstituyó y afianzó mi convencimiento a favor de la vida.

El Maestro Zero se acercó sibilamente a Craso, que aún estaba concentrado, y le besó la frente jocosamente. Este dio un respingo y estuvo a punto de caerse de la silla, pero acomodó su trasero con un cruzamiento de piernas imposible. Nos sentamos en torno a la mesa, me terminé las empanadas mordisqueadas, y me quedé en silencio. El ambiente era alegre y estaba cargado de humo denso. Teo llegó con una nueva botella de espirituoso. Pronto empezaron a concatenar conversaciones simpáticas, recordando vivencias previas a la Aldea y sus viajes, lo que provocó que los tres rieran en armonía. Se podía notar el respeto mutuo que imperaba en las anécdotas y referencias. Sinceramente, no era capaz de seguir sus charlas, aunque me impregnaba de sus emociones.

Nunca había visto a los Maestros compartir en aquel tono tan humano y repletos de cariño hacia lo que habían vivido juntos. Pensé en lo distintas que me parecían sus vidas fuera de la Aldea con respecto a las que llevaban como aldeanos. Era inevitable que al hablar del pasado no surgieran dudas sobre el futuro. Una vez que la mente se alejaba del presente, generaba planos de posibles realidades futuras; los Maestros hacían un intento infructuoso de obviarlo, o un esfuerzo por compartir conmigo sus vidas de una manera adulta.

Después de comer las empanadas, levanté e incliné el búcaro para beber un jugoso buche de agua. Desde la ermita, disponíamos de capacidad técnica para emitir o recibir comunicados bilateralmente con el Clan de los Sabios, pero no estaba permitido informar de las evoluciones de la Aldea. No se tenían noticias de Aurora desde aquel comunicado en la que informaba de su retiro. El día era especial por muchos motivos. Craso vibraba enérgico, y contaba las nuevas de Sofópolis leyendo un papel arrugado y sucio que había recibido en el día, y que había estado sobre la mesa desde el principio. Creo que incluso lo usé como servilleta. Craso leyó a todos el comunicado:

—Hermanos que habitáis en la Aldea, el Oráculo ya no está entre nosotros. No sabemos nada de Aurora. Hemos perdido el gobierno de Sofópolis. El funcionariado del Clan Hermano ha venido a ayudar para sofocar las revueltas e instaurar el nuevo orden. Es el inicio de la invasión que ya fue vaticinada. Aurora, antes de marchar, me indicó que os trasmitiese toda la información que considerara oportuno, sin que esto interfiriera en vuestras voluntades. Firmado: Mayor Fer.

En la ermita se hizo el silencio. El Maestro Craso parecía feliz de poder hablar sin tapujos en mi presencia. Al cabo de unos segundos, dijo:

—¡Vaya! Desde luego, Aurora es clarividente. La Intérprete predijo que el Clan de los Sabios se rompería, siempre enfatizando que sería de *forma inevitable*. Ahora que hemos creado la Aldea nutriéndonos con las mejores intenciones, en la que los aldeanos vivimos acorde con el Camino Integral, el Mayor Fer decide informarnos de que todo va como debe ir. No sé qué pensar, amigos. Evidentemente no podemos volver: el Orbe sigue siendo una piedra cubierta de musgo.

La tensión vertiginosa no llegó a gestarse, porque ninguno de los amigos pudo aguantar la risa y las carcajadas, que eran contagiosas. Mi atención era total y seria, porque el comunicado parecía riguroso. Sin embargo, me resultaba curiosa aquella situación *propia*

*de la vida adulta*, pensé un tanto desubicado. Tras serenarse y beber agua, Craso preguntó a la mesa:

—¿Podría ser una prueba?

El silencio volvió durante un instante, pero Teo lo rompió, presto:

—Por favor, Craso, desarróllanos un poco más la pregunta.

Se conocían perfectamente, y la respuesta solo pretendía demostrar cortesía para que iniciara sus argumentos:

—Gustosamente, amigos míos —dijo feliz, como si no le preocupase el comunicado—. Seamos francos. La Aldea no es simplemente el emplazamiento donde vivimos, la Aldea se fundó como proyecto Aldea. La Intérprete visualizó un modelo sostenible de existencia en armonía con toda cosa o no cosa, donde los Seres más empáticos evolucionasen a regiones humanas donde primase lo emocional. Los aldeanos solo debíamos interferir si el sutil proceder nos llevaba a hacerlo. Lo contrario sería partidista y alejado de la interpretación. Este comunicado viola un concepto fundador del proyecto Aldea, que no ha de verse afectado, tal como indica al final respecto: *nuestras voluntades*. Los tres sabemos que el Mayor Fer es el portavoz del Clan de los Sabios, y que siempre ha destacado por ser un hombre coherente, sabio y uno de los responsables del proyecto Aldea. Él nunca dudaría ni firmaría un comunicado, por muy grave que fuese la situación, si no estuviera obligado a hacerlo.

Nunca había sabido del exterior, pero aquella noche incluso había visto civilizaciones en la Luna, y el pasado tenía la misma importancia que el presente. Escuché la conversación, pero no estaba muy centrado. Craso respiró y dijo:

—Por eso, reitero: ¿podría ser una prueba?

Todos hicimos un inciso. Algunos bebieron, y yo me serví un vaso de espirituoso, que me calentó la garganta y focalizó mi atención. Zero no contestó a la pregunta. En cambio, halagó a su amigo:

—Siempre me ha encantado cuando tus conjeturas, que a primeras pueden resultar peculiares cuanto menos, van cobrando sentido en tu mente. ¿Te lo inventas sobre la marcha?

Craso sonrió y dijo:

—La mente lógica también forma parte de mi armonioso Ser. De mis reflexiones se produce la información en tiempo real. Nace y yo la divulgo claramente sobre la marcha, con vosotros. No vale la pena quedarme en silencio.

Zero me llenó el vaso y me integró en la mesa como un amigo más, mientras animaba a Craso a seguir:

—¿En qué consistiría la prueba?

Me gustaba el vaivén de la conversación. Craso, sin dudarle, continuó desarrollando su idea:

—El comunicado hará que brote en nosotros un futurible, que estará basado en nuestras conjeturas, por lo que falsas ideas serán creadas en la mente de cada uno de nosotros y de todos, pudiendo afectar a los aldeanos. La energía mental fluye por caminos equivocados, y cuanto más se utiliza la mente, más confuso se vuelve uno. Sin más, el

comunicado en sí es la prueba. Nuestra respuesta o no respuesta es la información oculta en la nota. En mi opinión, el comunicado es un intento desesperado del Clan de los Sabios de repatriarnos, de informarnos de que el tiempo pasa, y nosotros seguimos en la Aldea. Creo que el proyecto Aldea debe continuar por sus derroteros, por lo que la opción más acertada es no hacer nada.

Zero le llenó el vaso y, mirando a su amigo gloriosamente, le ofreció la pipa. Parecía que había consenso, pero mi Maestro aprovecharía la oportunidad para compartir con nosotros sus reflexiones. Teo tomó la palabra:

—Venerable Maestro Craso, nunca dejaré de sorprenderme. Tus habilidades escudriñando las mentes humanas son maravillosas. El sutil proceder no puede ser invocado, ni controlado, simplemente surge, por lo que la mente nada debe aportar en la decisión. Los sabios lo llamaban *disolver la mente*.

»Luego para eliminar la contrariedad de la mente, no sirve de nada hacer algo; esto solo refuerza los mecanismos de la mente. Por el contrario, disolver la mente es un asunto de no-hacer. Evitemos simplemente apegarnos a lo que pensamos. Abandonando el concepto de que estamos separados de la mente omnisciente, el Cónclave, solo nos aseguramos proceder sutilmente. Con esta certeza, ni la muerte te desvía del Camino Integral. Entonces podremos recuperar la percepción interior pura y ver a través de todos los espejismos. No sabiendo nada, serás consciente de todo. Como la claridad y la iluminación están dentro de nuestra propia naturaleza, se recuperan sin que te muevas ni un centímetro. Del no-hacer nacerá la respuesta.

Craso prendió fuego al comunicado como muestra de máximo entendimiento. Rastree entre mis pensamientos y emociones, y sentí que la respuesta de Teo vibraba armoniosamente y podía extenderse a todos los ámbitos de la vida, especialmente con las relaciones humanas. No había dudas de que aquella era una respuesta posible.

Mientras estábamos absortos en la charla, Toro interrumpió de repente y dijo:

—Buenas noches, siento el retraso. Tengo hambre, ¿me he perdido algo?

Zero respondió:

—*Hambre, perderse y algo* son conceptos muy amplios. Siéntate con nosotros y celebremos la veintena de ciclos. Esta noche, ambos sois nuestros invitados en la ermita.

Todos reímos un buen rato. La noche continuó con hipótesis de las posibles respuestas a la nota del Clan de los Sabios. Propuestas inverosímiles, graciosas, y cada vez más rebuscadas, rozando lo absurdo a modo de comedia, que trivializaban con el comunicado serio. No para mofarnos, sino porque habían aceptado su sino de aldeanos que solo sería quebrado por sus propias voluntades. Zero se desternillaba. Los tres amigos continuaron dentro de la ermita hasta bien tarde, cuando ya refrescaba y el fuego se apagó.

Dormí bajo el cielo oscuro junto a las ascuas, envuelto en mantas de lana muy pesadas. Amanecí con la luz crepuscular del Sol oculto por la montaña, sintiéndome

disponible para seguir viviendo. El Orbe yacía en la mesa con su cristal mojado por el rocío del alba. A nadie le inquietó su presencia.

## 2.6. El proyecto Aldea

Mi barba finalmente se tupió, gané algo de musculatura, y ya con veintitantos ciclos mi participación en el mundo adulto de la Aldea era total. Niños e infantes se dirigían a mí como Maestro, aunque eso no era novedad, y yo les contestaba:

—Maestros sois vosotros, limpios y armoniosos. Por favor, llamadme Lao.

Según Toro, era una coletilla de viejo. Adquirí más responsabilidad en las tareas necesarias para el bien común. Ya me había leído todos los libros de las bibliotecas, salvo los más complejos del taller. Acaparé mucho conocimiento de disciplinas dispares, pero me especialicé en la sanación. Esta se fundamentaba en el paciente como la mejor herramienta para curar la enfermedad. Abarcaba el mundo físico de los ungüentos, disoluciones, plantas, alimentos y otras ayudas, y también el plano emocional que creaba vínculos de influencia en los pacientes para aplicar la cura.

La Aldea había aumentado ligeramente en número de aldeanos, consecuencia de caravanas anteriores, que estaban siendo bastante frecuentes, quizás un par de ellas por ciclo. Por aquella época llegaron varios bebés y algunos niños con más edad de lo usual. El Maestro Zero y Teo habían ido a la búsqueda de los nuevos aldeanos, según lo acordado en el *proyecto Aldea*. Después no acudimos a ningún encuentro más en varios ciclos. La Aldea cada vez se hacía más sostenible, y no teníamos ningún otro compromiso adquirido con el proyecto Aldea. Parecía que tenían establecidos una serie de encuentros cronológicamente ordenados con otros participantes del proyecto Aldea o con comerciantes. Por el momento no eran temas de mi incumbencia, y esperaba que nunca lo fuesen.

Ya no disponía de más libros de historias de otras humanidades o civilizaciones. Parecía que el mundo hubiera estado eternamente a disposición de los Seres vivos. Parecía que los mismos sucesos se repetían de diferentes formas: guerras, conquistas, épocas de esplendor, catástrofes o cualquier otro asunto provocado por la propia condición humana. Reduje los muchísimos ciclos de existencia del mundo a una sola vida de casualidad, mía o de cualquier otro humano que pudiera habitar en cualquier fragmento de la eternidad. Como si nuestra existencia fuera totalmente fortuita y necesariamente ligada a los tiempos que te tocara vivir. Sentía que existir no debería ser muy diferente a no existir. Vivía la cotidianidad con espiritualidad total, observando lejos de mi Ser, sin distinción de mis estados de consciencia, y pasando los días en armonía con todos los aldeanos, animales y plantas, al tiempo que respetaba cada cosa o no cosa. Veneraba el silencio de la comprensión, en la que generalmente nada tenía que decir. Cuanto más holístico se volvía el Ser, más fácil era comprender lo efímero de existir. La primera barrera era superar la propia vida, el Ego, para después pasar el tiempo. Entender que solo existiremos un instante, un parpadeo. Vivía desapegado de mí mismo. No obstante, estaba muy implicado en existir y compartir con la Aldea la belleza y la paz



de sus momentos. No sentía apego por nuestra forma de vida, solo enriquecía el instante vivido, y eso me hacía consciente del presente absoluto. Personalmente encontraba mi mente serena. En silencio, aumentadas mis capacidades empáticas y niveles de percepción gracias al estudio con todos los Maestros, mi vida era la Aldea, y mi Ser, la vida de la Aldea.

Participaba en el Comité de gestión de la Aldea, formado por representantes de cada familia y Maestros. Sin resistencia y con amor, se asignaban tareas cada semana, que eran realizadas felizmente por cada uno de nosotros y dignificaban nuestro Ser, pues lo acordado en el Comité era prioritario. Por aquella época se habló de que los Maestros Teo y Zero acudirían por última vez a las caravanas de intercambio, según lo establecido en el proyecto Aldea.

Plantas y animales convivíamos sin interferir, el cielo nos cubría y la tierra cargaba nuestro peso. Me sentía parte de la ladera de la montaña. Un día lluvioso me desperté algo más tarde de lo normal, y me encaminé a mis labores en el huerto. Con tanta agua cayendo desde el cielo, los niños e infantes se quedarían en las aulas. En cambio, en días cálidos y lluviosos como el que se nos había otorgado los Agros celebraban una fiesta bastante divertida en las plantaciones. La tierra muy mojada se trabajaba mejor, y las escorrentías se usaban para surcar la tierra, manipulando el cauce del agua. Podían sentir a las plantas felices, por lo que ellos crecían y evolucionaban en su compañía. Además, no faltaban a sus obligaciones, sino que lograban una mayor productividad en las tareas.

Dispuesto a mojarme, fui a reunirme con Tita, que estaba hablando con unos Agros pequeños antes de ponerse a podar. Me puse a trabajar con ella, codo con codo, durante varias horas. Estaba empapado y muy manchado de barro, pero Tita no se manchaba. Yo sentía los brazos cansados, y notaba a Tita silenciosa, obnubilada por la inquietud de su mente. Hice un esfuerzo para percibir sus emociones, con la idea de poder ayudarla en caso de que fuera necesario. No era normal notarla tan distante. Zero y Teo habían salido al encuentro de la caravana de intercambio. Llevaban varias jornadas fuera, y aquel sería el último intercambio establecido en el proyecto Aldea. Quizás eso era lo que le ocasionaba incertidumbre. Estaba triste y melancólica pensando en los tiempos de la fundación de la Aldea y la razón de nuestras vidas en ella. Esto era desconocido para mí, que nunca había existido fuera de la Aldea. Sin embargo, las generaciones que llegaron al principio, con capacidad para recordar otra forma de vida más atrás, a veces dudaban sobre su cometido o implicación en el proyecto Aldea. Pero aquel día, la preocupación de Tita era compleja de desvelar. Seguí podando, esperando el ansiado descanso que la Maestra establecía en su debido momento. Necesitaba el ejercicio físico, y seguirle el ritmo me tenía muy cansado.

Finalmente, nos fuimos a casa de la familia Cinco, nos cambiamos de ropa y nos sentamos solos a comer. ¿Temía por los Maestros Zero y Teo? Carecía de sentido, ambos eran Almas viejas experimentadas, cualificadas y evolucionadas de la experimentación real, por lo que no habría que temer nada por ellos, ni tan siquiera sus muertes. Eso nos lo enseñaban desde muy pequeños. Me concentré, conocedor de que Tita sabría de mi rastreo en su Ser, para detectar la emoción que más profundamente habitaba en su interior y que, escondida, protagonizaba su estado de ansiedad. No encontré lo que buscaba. En cambio, vi un reflejo de mi persona como centro de su preocupación: el candidato perfecto para ver cumplido

parte del propósito del proyecto Aldea y ayudar a la interpretación de Aurora, muy querida para Tita y para todos.

Sentí un breve colapso en mi interior, como pocas veces me había pasado. Había hecho más sus preocupaciones sin capacidad de filtrarlas. El sino de mi Ser turbaba su estado, nuestra quietud. Llevaba varios ciclos sin hacer preguntas, nadie de mi entorno había comentado nada al respecto desde que me fui con la familia Siete. Tras convivir con Hada me había costado acostumbrarme nuevamente a entablar una charla, y no era propenso a participar en tertulias sobre algo que no fuera el presente en la Aldea. De hecho, me marchaba voluntariamente del Comité cuando hacían referencia al Clan de los Sabios o a asuntos de sus vidas en Sofópolis. Tita me miró, súbitamente localizado en su interior. La comida se desarrollaba en un silencio sepulcral, donde solo se escuchaba la cuchara golpear con la cerámica. Recogí los platos y me acerqué a ella, no podía resistir invocar la pregunta:

—¿Cómo puedo ser fuente de tristeza si todo lo que siento es amor por vosotros?

Tita miraba mi Alma de la misma manera que yo la suya, y con sutileza me abrazó para hablarme más de cerca:

—No pretendo nada más que no interferir en ti, Lao, y el tiempo pasa para todos inevitablemente.

—¿Interferir?

No pude entenderlo. Apoyé la cabeza en su hombro y encontré descanso. Solo podía delegar en ella el siguiente paso, mi naturaleza me indicaba que no podía presionar, que una vez entendida la vida también había que entender el mundo. Ambos nos calmamos, y Tita comentó:

—No es momento de hablar, hay que actuar.

Miraba al suelo. Estiré el cuello y vi que tras la ventana caía una lámina de agua. Llevaba un rato lloviendo con intensidad. Me levanté a mirar, los huertos se estaban inundando. Salí alertado y vi que una acequia a mis pies llevaba muy poca agua, algo impropio para un día tan lluvioso. Entonces, nuevamente mojado, vi llegar a Toro alterado, corriendo en mi búsqueda y gritando desde lejos:

—¡La rueda de arriba se ha atascado! Las escorrentías pueden haber dañado el engranaje. Voy al taller a por piezas y herramientas, nos vemos arriba. No tardes.

Rápidamente le silbé a Nerón que, presto, ofreció su ayuda. Mientras subía, pude ver los destrozos en la plaza y los senderos. Sin duda, el sistema de distribución de agua había fallado arriba, cerca de mi hogar, que había quedado sin atención por la ausencia de Teo. Subí lo más rápido posible para minimizar los posibles daños. Efectivamente, la rueda no giraba, y expulsaba el agua por todos lados. El cauce del riachuelo llevaba demasiada agua. Como llovía tanto, el fluido se abría paso por todas partes para bajar violentamente hasta los huertos.

Pensé en Toro y en cómo afrontaría una crisis de este tipo. Llegó cargado con herramientas, y nada más vernos se le iluminaron los ojos. Me dijo que siguiera el cauce colina arriba hasta encontrar la desviación con el otro riachuelo. Conocía perfectamente la orografía de la ladera, y sabía bien dónde estaba el problema. Me dirigí arriba con Nerón, llevando las herramientas parar arar y crear una zanja que separaría ambos cauces. Con las tierras

sobrantes cerraría temporalmente la conducción del agua hacia la rueda para poder arreglarla. Necesitaba ayuda de otros aldeanos que, como convocados por una deidad superior, aparecieron en el lugar ataviados para aquella obra civil. Toro empezó la faena. La rueda estaba atascada por maderas, no había giro para repartir el agua por el sistema de acequias y drenajes. Efectivamente, no había fallado en su diagnóstico. Me dijo que no dispondríamos de mucho tiempo antes de que los daños fueran cuantiosos. Era eso o implorar al cielo para que parase de llover. Alcé la mirada, pero la lluvia golpeó mi rostro con mayor intensidad aún. Era de día, pero la luz era gris y se veía poco. Mi amigo ejercía de líder y asignó las tareas. Los más pequeños supervisarían las acequias para dejarlas limpias de posibles escombros arrastrados por las lluvias, varios se quedaron con él en la rueda, y los más fuertes vinieron conmigo, con picos y palas. Aarón, que ya no era un niño, se encargó de Nerón, que cargaba con los cachivaches para arar.

Llegamos al punto de unión entre ambos cauces. El agua rebosaba por todos los alrededores. El de arriba venía con mucha fuerza, y toda el agua de la montaña dañaba a la Aldea en su bajada e inundaba los huertos, haciendo peligrar nuestras cosechas. Pronto llegó Hada, que se limitó a mirarme y se fue directamente al lago de la cascada. Desde la rueda no llegaron buenas noticias, necesitaban que terminásemos cuanto antes porque la presión del agua les impedía aliviar el atasco, y la rueda completa estaba a punto de quedar destrozada. Empezamos a cavar y recoger piedras para hacer un dique con el que cerrar el cauce de la arteria de agua de la Aldea, solo para ganar tiempo. Tardamos una hora en hacer una zanja, abriéndonos paso en el barro para desviar el cauce y asegurar la Aldea.

Bajamos y vimos que la rueda giraba sin resistencia ni fuerza que la presionase. Seguía lloviendo pero con menos intensidad, como símbolo de tregua. Toro se encontraba en el interior, y ya calmado me explicó que aprovecharía el incidente para hacer unos arreglos y mejoras tanto arriba como en el sistema de distribución de acequia. El plan serviría para prevenir este tipo de situaciones, aumentar las opciones de drenaje y el sistema de acumulación de agua potable. Parecía muy motivado, mientras trabaja con sus manos también lo había con su cabeza. En los siguientes días tendríamos mucho más trabajo por delante para crear la infraestructura que Toro proponía. No había tiempo de acordarlo en el Comité, decía que era el momento de hacerlo.

Tras el incidente, apenas recordada cómo había sido la mañana en los huertos con Tita. Mientras me duchaba dispuesto a pasar la noche en la solitaria casa de la familia Ocho, recordé la sensación de angustia y sus palabras, y dudé. «¿Estarán vinculadas al suceso o a mi persona?». Me sequé, cogí ropa limpia y, aprovechando unas ascuas aún latentes, me fue fácil encender la candela. Aunque no hacía frío, apetecía. El Orbe descansaba encima de la chimenea. Se daba un aire a Sofópolis, pensé. Lo miré con desdicha, sin comprender por qué.

La siguiente semana la pasamos muy ocupados con las obras hidráulicas que finalmente implantamos. Estuvimos una semana sin agua en las casas, por lo que los aldeanos acarreamos cubos incansablemente ladera arriba y ladera abajo. Sin embargo, todos éramos felices con el trabajo. Los aldeanos participaron y convirtieron un estado de emergencia en una excusa para compartir felices una tarea, parecía que la pasión de Toro contagiaba

al resto. Seguía lloviendo sin tregua. Poco después volvimos a abrir el cauce original que llegaba a la rueda, pero no surcando la tierra, sino desde una arqueta de construcción que actuaba a modo de pozo para remansar el agua. Luego salía por una compuerta en la que podíamos regular el cauce, e incluso dirigirlo a unas pozas ladera abajo. El trabajo venía bien para no pensar. Aún no habían llegado los Maestros, y su retraso había creado una preocupación generalizada entre los aldeanos. Teo y Zero debían estar ya en la Aldea, se celebraría el Comité sin ellos.

Aún faltaba media hora para vernos. Me encontraba postrado, mirando hacia el fuego frente la chimenea. Por la ventana, las gotas de lluvia no cesaban de caer. Sonó la puerta y Hada entró tras sacudirse, quitándose de encima la poca agua que acumulaba y que nunca llegaba a mojarla. Me abrazó y se sentó en el suelo, apoyando su espalda en mi pierna lo más cerca de la chimenea posible. No la esperaba. Todo indicaba que el Comité se celebraría íntimamente en el salón de la familia Ocho, y esto quedó confirmado con la entrada de Tita y Toro. Dijeron que esta vez seríamos solo los cuatro quienes nos reuniríamos.

Tras saludarnos y llenar los vasos de té, empezamos con el primer punto del orden del día, la infraestructura hidráulica y el sistema de acequias y drenajes que estábamos probando. Toro, que ante la ausencia de Zero ejercía de voz de la familia Seis, desarrolló los arreglos pertinentes necesarios para evitar tragedias mayores, de modo que todos conociésemos cómo funcionaba. El segundo punto para tratar fue la petición de Hada, que solicitó una yegua para Nerón. Así su semilla siempre habitaría la Aldea; era necesario, y también deseo del caballo. Tita continuó valorando los destrozos de las inundaciones en los huertos, que por suerte no fueron críticos. Trabajarían los siguientes días con pasión para que las plantas no se viesan estropeadas. Continué dando las nuevas de la ermita, donde Craso disponía de la poca información que llegaba del exterior: no había novedades, ni de Teo y Zero. El Comité fue corto, pero una vez concluido charlamos ampliamente de una manera reflexiva, intentando no especular con los motivos de la tardanza de los Maestros, aunque a todos nos inquietaba bastante. En cambio, yo tenía la certeza de que volverían sanos y salvos, y que el motivo de su tardanza estaría justificado. De algún modo sabía que volverían en breve, pero portarían cambios para algunos de sus aldeanos, incluso para mí. Pensé que no debía inquietarme, que los aceptaría de buen grado sin más para ofrecer mi transformación al mundo, pero resultaba muy difícil apartarlo del presente. Me mantuve en silencio y no dije nada.

Habitualmente, los Comités eran muy divertidos. Después de aclarar los problemas rutinarios, cada interviniente ofrecía sus opiniones relativas a la mejora de la Aldea. Se trataban temas de la escuela como las materias educativas, asuntos de los cultivos... Otras veces, una nueva infraestructura monopolizaba la agenda. En los anteriores, cuando charlábamos sin guión sobre cualquier tema, yo hacía el esfuerzo de intervenir recogiendo el legado de Teo, pero en este estuve distraído. Tita me miraba con cara de preocupación, como cuando habíamos estado podando días atrás. Pronto mis emociones llegaron a los asistentes y reflexionaron interiormente. Seguía recordando la conversación con Tita. En mi mente flotaba la pregunta que no había hallado respuesta: *¿cómo puedo ser fuente de tristeza, si todo lo que siento es amor por vosotros?* Nada de lo que ocurría era un secreto para los asistentes.

Hada, siempre silenciosa a pocos metros de la chimenea, me agarró del brazo. Ella mejoraba su percepción a través de la carne. Pude sentirla fluir en mi cuerpo, como una terapia que calmaba mi Ser mientras desvelaba mis emociones. Me sorprendieron mucho sus capacidades. Tita, finalmente, aspiró una bocanada de aire profundamente y luego vació por completo los pulmones. Siguió respirando larga y pausadamente, me miró a los ojos y aceptó la responsabilidad de iniciar la conversación:

—Las inquietudes brotan de la mente como consecuencia de la experimentación real en la que estamos sumergidos, son inevitables por el hecho de habitar el mundo físico. Las cotas y límites de la mente están definidos y son infranqueables, pero no es menester que la mente vea más allá del presente, sino del Alma. Y ¿qué os dice vuestra Alma?

Todos escuchábamos. Tita nos dio unos segundos para encontrar los vínculos interiores que teníamos con aquellas personas que amábamos. Toro encontró la certeza que buscaba y, eliminada la inquietud sobre el paradero de Zero y Teo, emitió una sonrisa. Se la devolví, pero Hada seguía inquieta, al igual que Tita, que continuó hablando:

—La mente es una herramienta para el mundo físico, y no puedo negar que resulta muy útil, pero no funciona para interpretar el sutil proceder de la Fuente. Para esto no hay guión, todos debemos adaptar el Camino Integral a nuestro mundo sin variar un ápice su verdadero mensaje.

»Lao, cada día que veo pasar, desde el bebé que fuiste hasta el hombre que eres ahora, percibo la evolución de tu Ser, de la Aldea. No tengo dudas que, como creadores del proyecto Aldea, nuestra forma de vida ha sido y es un éxito. Se ha convertido en el hogar para el que estaba diseñado. Aurora creía en un mundo en el que practicar la elevación del Ser fuese la verdadera motivación de las personas, donde sus habitantes escuchasen su consciencia interior y la de sus hermanos con la misma intensidad y conveniencia. Los primeros Seres empáticos biológicamente destacables que ahora pueblan la Aldea y otras regiones de la península son una muestra de esa evolución. Esto llamó la atención de las mentes y científicos más brillantes y fue objeto de estudio, que dio lugar a un método científico para ello. Toro podría hablar más sobre la materia...

»Volviendo al proyecto Aldea... Como un medio propicio para fomentar la espiritualidad necesaria para el desarrollo del Ser, criados en convivencia bajo el Camino Integral, los más pequeños solo han conocido la Aldea y a sus aldeanos. Usarían todo su Ser sin distracciones y límites de la mente y el mundo físico, empáticos y evolucionados no solo a través de la reproducción genética fruto de la descendencia, que era una meta a largo plazo, sino por medio del desarrollo de las facultades ya existentes, para llegar a fronteras más amplias de la percepción humana. Los primeros hombres que oyeron ya podían componer música, pero nadie les enseñó... Es evidente que Aurora merece el título de Intérprete del Oráculo.

Sin duda, Tita profesaba un amor fraternal hacia la Intérprete. Hada y Toro, que tenía la intención de intervenir pronto, escuchaban con atención dejándome intimidad y mostrando complicidad hacia las palabras de Tita, que continuó:

—Hasta ahora, todas las civilizaciones que han poblado el mundo, todas las Almas que han pasado por la experimentación real, han sufrido ciclos que definían su comienzo y su final. Ella tenía fe en una nueva humanidad, en nuevos Seres empáticos y emocionales,

en su ciencia y tecnología. En una civilización que supiera gestionar las tendencias cíclicas logrando un mundo sostenible, con el objeto de cumplir el final del ciclo de manera poco traumática. Del proyecto Aldea debían nacer personas altamente evolucionadas que dispusieran del Cónclave en sus consciencias sin necesidad de interpretar al Oráculo, obrando acorde al Sutil proceder. Aldeanos como vosotros, Lao y Toro, que serían los guías de las nuevas generaciones llamadas a cambiar el mundo.

Mi amigo y yo estábamos fundando un vínculo como compañeros espirituales que perduraría siempre. Hada me hacía sentir su apoyo con su presencia silenciosa, y la Maestra Tita parecía hablar desde la distancia cuando lo hacía en boca de Aurora, sin una total comprensión hacia el proyecto Aldea y la interpretación, pero con la completa seguridad y certeza en la Intérprete y su camino. Toro creía incondicionalmente; su pasión hacia la Aldea, los Maestros y los aldeanos reforzaban su sitio como parte de todo. Aceptaba nuestros posibles destinos con motivación. Instantes después, se dispuso a completar la charla:

—Por alusiones... Sí, el Clan de los Sabios, siguiendo indicaciones de Aurora, financió el proyecto Aldea con dicho objetivo. La Intérprete también contaba con la ayuda de Tecnos, una sociedad de científicos con los que siempre guardó una buena relación. Ellos estimaban que las destrezas empáticas podían ser canalizadas y potenciadas con tecnología. De la misma manera que la ciencia explica la física del mundo con modelos, también se podía dar forma a las conexiones emocionales entre individuos. La idea se desarrolló y se crearon las primeras máquinas de simulación emocional, receptores y emisores sencillos con conceptos básicos. Tras estudiar las inferencias entre la tecnología y las personas, los artefactos fueron perfeccionados, y como consecuencia de esa evolución... ¡el Orbe!

Toro alargó un brazo y lo señaló sobre la chimenea, como haciéndole una reverencia. Para Hada y para mí fue toda una sorpresa. Ella había sido fundadora del proyecto Aldea por sus capacidades, no por una verdadera implicación, aunque Teo siempre consideró que era una Maestra única y necesaria para la existencia del mismo. No le gustaba el Orbe, pensaba que era ridículo. Toro siempre me había ayudado cuando era niño a definir mi percepción y a interpretar las motivaciones. Diría que él era una parte de mi Ser muy importante, que también me definía en muchas ocasiones. Continuó, sin pausa:

—Lao, todos creemos que tú eres el que más cerca está de la Fuente. Tu Ser evolucionado me ha sorprendido desde muy pequeño. Al principio pensaba que eras muy introspectivo, casi autista, pero donas tu vida interior a los demás desinteresadamente. A todos nos cuesta muy poco impregnarnos de tu esencia, Lao. Tu consciencia recurre al Cónclave como a tu mente, llevas una vida sin división. No digo que el resto no lo hagamos, pero en ti parece que el origen de la propia naturaleza sutil está evidentemente en la naturaleza de tu Ser... No estás sujeto a conceptos exteriores ni humanos, ni al Ego. Tus emociones siempre son limpias, sinceras, estables y dignas, independientemente de los estímulos. Ningún Maestro ha detectado en ti desviación alguna. Tu percepción holística de la existencia, sin apegos hacia lo que vemos, pensamos y sentimos, siempre me había confundido, pero ahora sé que es el camino, porque tú me lo has mostrado. Del proyecto Aldea puede brotar el primer fruto, Lao, y desearía que fueras tú quien hiciera funcionar el Orbe.



Sentía la expectación de mi amigo y, como tal, la descartaba. Ni siquiera entendía el propósito, y aunque lo entendiera, cualquier objetivo, por noble y justo que pudiera ser, estaba confeccionado por un Ser humano. La Fuente carecía de todo propósito al crear la experimentación real, por lo que el Orbe no encajaba. La utopía que planteaba la Interpreté era fabulosa pero, nuevamente, el Orbe no encajaba. Nada más pensarlo, noté cómo perdía la omnisciencia, como si un error perturbase mi visión holística. Reconocí a mi individuo como un aldeano con un sino incierto. El ambiente se tornó más distendido, y me animé a compartir lo que sentía como parte del mundo haciendo una de mis pocas confesiones:

—El proyecto Aldea, las personas que habitamos la península, el mundo, todo... es una creación de la Fuente, no persigue un mayor objetivo que el de existir. Lo que vaya a pasar es un supuesto inevitable que no ha de preocuparnos en el presente. La Fuente nos conecta con el sutil proceder de las cosas, se gesta inconscientemente por el mero hecho de ser. Los métodos para obrar conforme a ello los conocéis perfectamente, es lo que practicamos y divulgamos en la Aldea a diario. Si intentas representar su imagen en tu mente, la perderás. Es como clavar una mariposa con un alfiler: se capta la forma, pero se pierde el vuelo y, con ello, todo lo demás.

No quería explayarme con el asunto del Orbe, tenía una mala sensación con respecto a él que no sabía explicar. Por suerte, las innumerables lecturas de textos me proporcionaban el vocabulario necesario para abordar el tema aportando la información oportuna. No tenía dificultades para expresarme una vez encontrados los motivos justificados para poder hacerlo. Mi respuesta era insuficiente para Toro, que no insistió. En cambio, la charla fue balsámica para Hada, pues encontré recompensa en su mente calmada que recuperaba la paz.

Llenamos los vasos de té. Yo estaba alegre por el cariño que me profesaban. Tita, consciente de ello, me animó a seguir desarrollando mis ideas de forma más abierta hacia mi amigo Toro, sin mayor gozo que el de compartir con un familiar, sin pretensión ni transcendencia. Simplemente como lo sentía:

—Amigo Toro, cuando era niño no distinguía el origen de las emociones que se gestaban en mi interior. Con el tiempo supe reconocerlas, fácilmente hacía mías las emociones de otros aldeanos, llegando a componer mi propia personalidad mediante la asimilación de estas por parte de mi Ser. De alguna manera, mi consciencia se componía de lo mismo que la tuya, de un poquito de cada uno de vosotros.

—Veo el Cónclave como una congregación de Almas que aportan sus vivencias a la experimentación real, como una biblioteca que alberga todas las emociones simultáneas, presentes, pasadas y futuras, sustrato de todos los procesos cognitivos del mundo. La mística dice que la Fuente bebe del Cónclave y crea las realidades a voluntad de las Almas que habitan la experimentación real y, como consecuencia, el mundo que poblamos los Seres.

»No hay nada más poderoso que el ejemplo, desarrolla entonces tu Virtud y compártela con el mundo. Practicaremos la bondad inquebrantable y la paciencia sin fin del Camino Integral. No creo que el Orbe pueda suplir la interacción humana, Toro, abandona las historias del Clan de los Sabios sobre nosotros los aldeanos. Hay que seguir realizando los trabajos cotidianos para el bien de la Aldea y practicar el Camino Integral. Si el sutil

proceder nos guía, sabremos siempre que nuestros pasos no han sido en vano. Abandona todo conflicto o expectativa, evitaremos seguir los impulsos y perseguir las ambiciones que destruyen la plenitud de la mente. Nunca debemos obsesionarnos con las circunstancias ni renunciar a tener consciencia de ellas. Para dirigir la mente, hemos de saber que no existe nada; por tanto, abandonemos todo apego en la nada.

Sin interrumpir, Toro repitió en voz baja las palabras *interacción humana* a modo de pregunta, como quien procesa para consolidar una idea. Desde la primera vez que lo vi, no me había tomado ninguna molestia para intentar usar el Orbe. Verdaderamente quería contentar a mi amigo. Apuré el último sorbo de té, y me levanté de súbito hacia el Orbe. Mientras desplazaba mis manos hacia el artefacto, la emoción exultante de Toro golpeaba el ambiente. Lo agarré firmemente. Su cristal era rugoso, con sensación de humedad. Afincado entre palma y palma, su temperatura se adaptó a la mía. Los puntos brillantes volvieron a aparecer, me concentré hasta encontrar la reflexión de mi consciencia y una sensación evidente se hizo voz:

—Una piedra cubierta de musgo. Lo siento, Toro.

Tita alabó mis molestias. Toro sonrió y dijo:

—*Lao, el Orbe me lo llevaré de nuevo al taller. No creo que te importe, aunque le da un aire a Sofópolis sobre la chimenea a este hogar.*

Hada en cambio reía a carcajadas, y todos acabamos riendo sin medida como ella, tenía la risa más contagiosa de la Aldea. Fue muy agradable terminar el Comité así. Nos despedimos y cada uno ocupó alguna de las camas libres de la casa de la familia Ocho, emplazándonos a reunirnos cuando llegasen Teo y Zero con las nuevas.

Antes de fundirme en sueños, asenté lo feliz que había sido al compartir aquellas inquietudes sobre mi individuo. No me había resultado incómodo ni tabú. No estaba habituado a realizar esa práctica, aunque debía hacerlo más a menudo. Daba forma a las intenciones del proyecto Aldea y a las interpretaciones de Aurora como los antecedentes de un sueño plácido. Todo era un conglomerado de imágenes y conceptos que giraban en torno a un observador silencioso que, sin interferir, proseguiría hasta el fin de sus días. El sueño acabó en un descanso profundo y reponedor.

## 2.7. La visita del mundo exterior

Habían pasado un par de días cuando vi llegar a Halcón surcando los cielos encima de las plantaciones, como ojos al servicio de nuestra comunidad. Pensé que portaría nuevas de los Maestros, pues el ave fue al encuentro de su amiga Hada. El camino de la última jornada era largo y dificultoso, las montañas que ocultaban la Aldea del mundo suponían un gran impedimento para el viaje. «Mañana llegarán», pensé al desnudarme para asearme.

Me levanté con el cantar de las alondras, y una vez preparado fui al sendero de salida de la Aldea, más allá de los huertos al sur. El sendero estaba bien empedrado desde la salida hasta el bosque, donde Tita se encontraba sentada en el dolmen gigantesco de roca dura que parecía tan antiguo como el propio mundo. Aquel monumento veneraba y daba la bienvenida a la Aldea. La Maestra miraba hacia el hueco que se abría entre los árboles que se

comían el sendero desde su posición elevada, con un té entre sus manos humeante al alba. Presto, fui junto a ella, saqué unas galletas y descansé sobre mis tobillos. Besé a Tita en la cabeza a modo de saludo cariñoso.

—Buenos días, Lao. Quería hablar contigo antes de que lleguen. Hada me ha comentado que Teo y Zero vienen acompañados. No habíamos previstos en el Comité ninguna incorporación más. Cargan a caballo a una niña en mal estado. Vamos a traer un kit de auxilio y agua, y a Nerón con un remolque. La trasladaremos a la familia Tres. Lao, el mundo exterior puede ser muy cruel, preparémonos.

Era importante valorar las emociones externas de una manera equilibrada. Estaba nerviosa desde nuestro encuentro en los huertos unos días atrás. Sus intenciones siempre eran dignas, se preocupaba por igual por todas las cosas. Llegaron al dolmen Hada, Aarón y Nerón para dar la bienvenida a nuestros hermanos y ayudar. Ya veíamos salir del bosque a Teo y a Zero, muy cargados con mercancías de la caravana, a la vera de un caballo que transportaba a una niña desplomada en su lomo y un baúl cerca de la cola.

Fuimos rápidamente a su encuentro. Tita, concentrada en ayudar; Hada, atenta para comprobar los genitales del caballo; todos con ganas de abrazar a nuestros amigos, que nada más vernos pararon fatigados dejando caer la mercancía en el suelo, como si pesaran una tonelada. Ya a pocos metros, Tita aceleró el paso y, sin decir nada, ni saludar siquiera, se acercó a la niña con la intención de valorar su estado. Hada aplaudió con manos sordas un par de veces seguidas, acompañando rítmicamente con un par de saltitos, para celebrar la ausencia de testículos de la hermosa yegua. Yo fui a abrazar a los Maestros, y Zero fue el único que articuló palabra con un simple *hola*, lo que me permitió ver toda su fatiga. El ambiente era denso y agotador, pesaban las palabras innecesarias. Aarón y Hada comenzaron a cargar el remolque, y de los párpados de Tita se desprendieron varias lágrimas que resbalaron por su mejilla.

—¡Lao, ayúdame! —dijo con intención de trasladar a la niña al remolque, pues estaba inconsciente. Al instante, Nerón ya tiraba por el empedrado hacia la Aldea.

Nos separamos del grupo y llegamos a la sala de curaciones. Todo estaba preparado: baño caliente, ungüentos, medicamentos y un par de asistentes. El cuerpo oscuro, muy amaratado y magullado, con muchos eccemas de quemaduras mal curadas y el brazo derecho fracturado, estaba en estado crítico. Tita empezó a limpiar sus heridas mientras recorría su pasado. Al menos seis manos trataban el cuerpecito inmóvil, ya desnudo, tras cortar sus harapos y vendas sucias. Parecían filtrar el daño, se impregnaban de la causa y canalizaban el dolor hasta expulsarlo de ellos mismos. Nada afectaba a sus cuidados profesionales.

De repente, me vi observando una escena en la que no participaba. Había atendido a aldeanos, pero nunca a nadie de fuera. Reconocí en la Maestra una tristeza oculta, más allá de lo evidente del estado de la niña, y una falta de compasión por mi parte que me mantenía al margen. Recordaba las emociones de Tita podando antes del incidente de la rueda con las fuertes lluvias: *no pretendo nada más que no interferir en ti, Lao, y el tiempo pasa para todos inevitablemente.*

Entendí de algún modo que aquel momento crearía un precedente que originaría todo lo demás, todo lo que sería y estaba llamado a ser; la vida me ofrecía una experiencia vital que definiría a mi individuo para siempre. Una vez replicada su tristeza en mi Ser, lo que despertó la compasión, mis manos necesitaron participar, intervenir. Sentí que algo ocurría por primera vez para mí. No perdí más tiempo en profundizar. Sin más, me lavé manos y brazos con agua caliente, me acerqué y puse mis palmas sobre su cuello con intención de palparla. Me vi obligado a apartarlas cuando múltiples emociones golpearon violentamente mi Alma de manera primigenia. La niña había sufrido un dolor desconocido para mí. Terroríficas e inadecuadas para ser narradas, las escenas agrietaron mi interior perdiendo las pocas referencias que tenía. Habían violado la voluntad y la carne, castigado sin motivo, por placer, por diversión. Imágenes de crueldad eclipsadas por la desesperanza de la pérdida de una madre en un hogar calcinado por las llamas. La niña era portadora de unos traumas imposibles de ser concebidos por mi Ser, mostrándome y abriendo los límites de la existencia a regiones que nunca había imaginado.

Miraba mis manos, perplejo. De fondo, la niña yacía inmóvil. Lo que había vivido llegaba a mí de una manera insoportable. Me transporté a sus recuerdos, donde unos vándalos la golpeaban y forzaban, larga y pausadamente, sin motivo aparente en un combate desmedido, violada una y otra vez. Mucha carne de varón humano contra muy poquita de niña, una atrocidad desoladora. Escena tras escena de su pasado traumático y sus dificultades, un hogar en llamas, noches frías y solitarias, hambruna, un padre ausente, demasiadas dosis de realidad. Desbordado y preso, me hallaba cautivo en un dolor que no habitaba en la Aldea. Incapaz de seguir, caí derrumbado sobre mis rodillas con las manos temblorosas y lágrimas en los ojos. Tita agarró mis manos y las abrazó con las suyas colocándolas entre ambos rostros. Calmada y serena, me dijo:

—Lao, debes aceptarlo y elegir tu camino... ¿Lao...? ¡Lao! Coge aquel tarro de la estantería.

Su voz imperiosa me devolvió al presente. Sin rechistar, cumplí instrucciones, me aproximé adonde indicaba su dedo, lo agarré con intención de entregárselo y leí en su etiqueta: «ESPECIAL: MULTIPROPIEDADES». Conocía perfectamente el medicamento y la terapia que debía aplicar, pero me sentí cobarde e indispuerto. Creía estar preparado, pero la evidencia me sobrepasaba. Miré a la Maestra y alargué lentamente el brazo con el tarro como una prueba de fuego, hasta que su trayectoria topó con mi otra mano para abrir la tapa, como primer paso de los muchos otros que debía recorrer. Finalmente, una comprensión profunda me guió y proyecté la sanación que ejercería sobre la niña. Tita sonreía, se había disipado su tristeza. Su gesto me reconfortó.

La motivación se hizo tangible, y embadurné mis manos con el ungüento. Su base era aceitosa, de aplicación cutánea. Su efecto calmaría su dolor y le ayudaría a cicatrizar. Traté a la niña con cariño y concentración. Se estaba gestando un afecto desconocido, quería curarla para darle paz. Mientras acariciaba su cuerpo maltrecho podía ver cómo la niña sanaba, imágenes de su periodo de adaptación a la Aldea y de sus conflictos como parte de los míos. Sin razón aparente, un apego nacía en mi Ser. Estaba destrozada en cuerpo y Alma,

suponía un verdadero reto recuperarla. Pasaron varias horas hasta que la niña recuperó la consciencia; su carne mostraba síntomas de mejora, y su Alma respiraba en una tregua. Tita le administró un denso jarabe que era capaz de hacer dormir a un oso, y nos dispusimos a reconstruirle el brazo, colocando las piezas en su sitio para después fijarlas con la extremidad inmovilizada. Terminamos de coser y vendar zonas supurantes, nutrimos a la niña con un suero milagroso, la vestimos y la desplazamos a unos aposentos muy cercanos pertenecientes a la familia Dos.

Me quedé en solitario velando a la niña. Sentía las emociones de la pequeña y se las devolvía sin dolor. Las imágenes terroríficas las asimilé pronto como parte de la existencia, lo que ampliaba mi concepto del Ser humano. Esto me afectaba tanto a mí mismo como a la raza en su contexto; los horizontes, hasta ahora inexplorados, me proporcionaban mayor entendimiento del pasado, presente y futuro. Observé la cara de la niña mientras me gratificaba con la comprensión de la experimentación real. Nunca había tenido una conexión tan cautivadora rastreando a un Ser. Cada gota de alivio de la niña manchaba mi Ser de amor, de apego. Nuestro vínculo crecía. No me aparté de su cama en todo el día. Tuve tiempo para asentarle todo, madurarlo, e incluso para dibujar mi transformación. De algún modo, el mundo de fuera de la Aldea se me había mostrado concentrado en la niña. Aprendí mucho más de lo que podía imaginar. Ya sin luz natural limpié sus heridas y le apliqué las últimas terapias. Un Agro de la familia preparó una cama junto a la de la niña, facilitándome la estancia durante la noche. Reflexioné sobre la maravillosa naturaleza de aquel Agro y de los aldeanos. Sobre cómo, de algún modo, todos velábamos los unos por los otros. Nunca me sorprendía por este tipo de comportamientos usuales, pero el mundo exterior a la Aldea que había conocido de súbito evidenciaba el sutil proceder como único camino que había que seguir, aquí o donde quiera que mi Ser pudiera estar.

Llegó la hora 1 del día siguiente. La niña empezó a mover su cuerpo, no tenía fiebre, y sus gestos de dolor parecían soportables. La sanación de impacto recibida daba alegría a su rostro, con un leve tono rojo sobre su pálida piel. Abrió los ojos, muy grandes en proporción a su cara, e hizo ademán de incorporarse, pero no lo logró. Me miró como si me conociese desde siempre, como a un hermano, y dijo:

—Gracias, Lao. Me llamo Mar.

Rápidamente, se durmió de nuevo. No me había presentado, pero ella ya conocía mi nombre.

Me tumbé en la cama mullida sintiéndome bastante fatigado. Pensé en los habitantes de la Aldea, que eran virtuosos, emocional y empáticamente estables y doctos. Nuestras vidas simples, así como el respeto comunitario a cada cosa o no cosa proporcionaban sentimientos equilibrados y hacían que las interacciones siempre fueran armoniosas. Nada que ver con el mundo de fuera. Tras unirme a la niña, la asimilación de aquellas nuevas emociones y de los nuevos límites que habían establecido, la maldad como contraposición a la bondad... Todo parecía claramente diferenciado, y esto hizo que, por primera vez en mi vida, entendiese profundamente un concepto que no habitaba en la Aldea: la *dualidad*. Era un concepto en lucha con la visión holística. Pospuse el debate para otra ocasión, porque el

proyecto Aldea y el objeto de su fundación empezaban a tener sentido. Los Maestros fundadores, concedores de las comunidades de la península donde estaba ubicada la Aldea y quizás del resto del mundo, siempre que sus mentes los alejaba del momento presente, mostraban unos matices propios de alguien que defiende un posicionamiento: la Aldea y su forma de vida frente al exterior y sus problemas. La única forma de comprender el proyecto Aldea era conocer su porqué, y la respuesta solo se hallaría más allá de los límites de la propia Aldea. «Quizás sabría cómo usar el Orbe si conociera más del exterior...», pensé sin proponérmelo. Mi mente estaba feliz y ávida, y pronto la silencié con paciencia para que no se desbocase. No pude hacer lo mismo con mi estómago, que rugía desesperadamente por alimentos tras toda una jornada sin comer. Me sentía muy vivo, de una manera muy diferente hasta aquel momento.

Como un milagro, Teo entró por la puerta con una bandeja metálica amplia, de fuertes asas, que contenía una tetera humeante, dos platos con guiso y arroz, y media pieza de pan para cada uno. Se sentó en una mesa camilla y puso la bandeja encima. Mi Maestro velaba por mí desde un plano sin interferir, con la dosis justa para poner en orden mi Ser. Me incorporé como un rayo, lo acompañé a la mesa y comí con ganas. Degustaba los alimentos dando gracias por poder disfrutarlos. Teo parecía parte del mobiliario de la habitación. En su presencia silenciosa se escondía un hombre en profunda meditación, reflexivo, con mente analítica y completa, integrado en la calma. No tenía dudas de que había captado mi nuevo Ser transformado por la llegada de Mar, y apreciaba cómo devoraba la cena. Sirvió té en mi vaso vacío para calmar mi sed. Al beber, el calor me llevó a una parte íntima, a emociones de niño, a todas las experiencias vividas con aquel hombre, mi familia, mi padre. Profesaba un verdadero amor y respeto hacia Teo. Cómo poner palabras a la emoción precisa que definía el amor por mi Maestro, un Ser integral que, como un faro, extendía su luz y su virtud con ecuanimidad sobre quienes le aprecian y también sobre quienes no. Me había dado forma en su molde, me había bañado en su nutriente irradiación y reflejaría esto al resto del mundo, ciclo tras ciclo. Me sentía inusualmente repleto de motivación.

Llegué a comprender una verdad eterna: *siempre hay un hogar pacífico para ser virtuoso si estás en paz contigo mismo*. Una vez rebañados ambos platos, y tras esperar un tiempo prudencial para asentar los alimentos en el estómago, Teo decidió hablar en relación a lo que se estaba gestando dentro de mi Ser:

—El proyecto Aldea no tenía nada previsto más allá, Lao. Simplemente demuestra que la Aldea puede ser un fractal de un modelo mayor, sin nexo entre fractales, sostenible y autosuficiente. Si el mundo está desequilibrado pronto invadirá la Aldea, pues hoy ha sido Mar, pero tarde o temprano nos veremos afectados, y los aldeanos iremos eligiendo nuestros destinos. Es la certeza del Sutil Proceder en cada una de nuestras acciones: ese es el objetivo del proyecto y el rol de los aldeanos en la Interpretación. Aurora establece que el desequilibrio es propio de la naturaleza del ser humano, inevitable, aunque puede ser paliado o canalizado con los métodos oportunos y la aceptación. ¿Cómo? Enseñando el Camino Integral de unidad con la gran y misteriosa Fuente. Con su obrar y con su ejemplo se ha de extender a todos. Como sabes, sus enseñanzas son simples; pero si intentas hacer



de ellas una religión o una ciencia, estas te eludirán. Profundas, aunque sencillas, contienen toda la verdad del mundo. Quienes desean conocer toda la verdad, disfrutarán realizando los trabajos y servicios que les llegan. Cuando los hayan acabado, disfrutarán limpiándose y alimentándose. Después de darse o entregarse a sus semejantes, cuidarán de sí mismos. Conduce a la paz, a la virtud y a la abundancia espiritual. Poco más hemos de enseñarte, Lao, nos conoces como parte de ti. Tu consciencia y el Cónclave habitan el mismo espacio. Creo sinceramente que los pasos acertados serán los que den tus pies.

Las palabras de Teo me emocionaron de una manera nueva. Sentía una calidez humana que me acercaba a la comprensión de la experimentación real. Quise comunicarle mis bellos pensamientos con respecto a su persona con palabras concisas, pero debía seguir escuchando a mi Maestro, que continuó así:

—En Sofos, hacía tiempo que los Sabios y los gobernantes solo trasmitían los conceptos del Camino Integral, pero no lo practicaban, de manera que sus ciudadanos tampoco. Recuerdo que cuando Aurora anunció la caída del Clan de los Sabios le obligamos a consultar de nuevo al Oráculo. Muchos fueron negacionistas, e incluso acusaron a la propia Intérprete de ser la causante de la primera fractura antes de que se resquebrajara por completo. Aún muchos niegan su Interpretación.

»Bueno, Lao, el proyecto Aldea concluye con el éxito de aldeanos iluminados. Los aldeanos de nuestro hogar hemos conseguido seguir el Camino Integral como forma de vida y disfrutado de las bendiciones de la Fuente con una vida armoniosa. Pero la verdadera comprensión del Ser nunca finaliza, y se rige por dos atributos: ¡conciencia y acción! Juntos constituyen el motor natural de la persona. ¿Quién puede disfrutar de la iluminación y permanecer indiferente a los sufrimientos del mundo? Eso no está en armonía con el Camino Integral. Solo quienes aumentan sus servicios a los demás junto con su comprensión pueden ser llamados Seres Integrales, cercanos al Sutil Proceder y a la Fuente madre de la creación.

Imaginar la desaparición de la Aldea me entristecía y desvelaba mi apego por nuestra forma de vida y un aroma emocionalmente humano que parecía embriagarme. Mi consciencia parecía muy concienciada: miraba a Mar en la cama, dormida, y me alegraba de haber actuado a tiempo. Me alentaba para seguir el Camino Integral sin obviar los sufrimientos del mundo. Teo estaba cansado, pero aún le quedaban palabras para mi motivación personal:

—Si hemos de despertar a toda la humanidad, despertémonos a nosotros mismos. Una vez logrado, despertemos a otros que a su vez despierten a más. Si ha de disiparse el sufrimiento del mundo, eliminemos todo el dolor de nosotros mismos, y después irradiaremos con la evidencia del ejemplo. En verdad, el mayor don que tienes para ofrecer es el de tu propia transformación, por eso estoy seguro de tus pasos, mi querido Lao.

Se levantó sin esperar respuesta y se acercó a Mar, le puso su mano curtida en la frente y sonrió mientras decía en voz baja:

—Es un privilegio ser atendido por sanadores de vuestro nivel. Estará en plena forma en pocos días. Me alegro de que hayas aceptado a esta niña, será una más de la familia Ocho. Tú serás su tutor, Maestro Lao.

Se incorporó, se inclinó hasta besar mi frente, recogió la mesa con la enorme bandeja, la cogió firmemente por las asas y se marchó sin interferir ni dejar rastro, haciendo que mi Ser quedara pleno y preparado para continuar mi camino. Acomodé a Mar, cambié su suero y me metí en la cama, que pareció acunar mi descanso. Horas después, un sanador entró e intentó atender a la niña cautelosamente para no despertarme, aunque no pudo evitarlo. Cambiamos las vendas de las supuraciones y aplicamos nuevos ungüentos.

A la mañana siguiente salí de la casa de la familia Dos, quizás la más grande de la Aldea. Fui a desayunar a la plaza donde servían a los niños antes de entrar en la escuela. No había casi nadie en los huertos ni en las casas. Al llegar estaba muy concurrida; los adultos y los pequeños estaban desayunando, comían felices ajenos a todo lo que no fuera la Aldea. Preparados, entraron en el aula, y nos quedamos los integrantes del Comité y bastantes aldeanos adultos, interesados por saber de primera mano lo que había ocurrido. Más que un Comité parecía una fiesta por el número de asistentes. Empezamos a comer, otros servían. Me sentía feliz por el reencuentro, y poco tardó el Maestro Zero en comenzar a narrar lo acontecido en el viaje:

—*Tardamos seis días en llegar al lugar del encuentro, tal y como estaba planteado desde el principio. La verdad es que hacía tiempo que no disfrutaba de la soledad y de la compañía de mi amigo Teo... Bueno, que me desvió. En las anteriores caravanas de intercambio habíamos notado indicios de su crecimiento, cada ciclo duplicaba el número de asistentes. Encontrábamos pocos mercaderes con productos elementales, y algunos viajeros procedentes de Origen, siempre grupos nómadas y reducidos. Pero esta última vez, el lugar se ha convertido en un asentamiento permanente de mercaderes de todas las regiones de la península, incluso de las zonas del Clan Hermano, que parecen estar tomando el control de los territorios donde se hacían las caravanas de intercambio.*

»Como curiosidad, le pregunté a un mercader si se estaba celebrando una feria o algo así, y me contestó satisfecho: “tú límitate a venir, que siempre hay alguien vendiendo lo que necesitas en la Cruz”.

»El crecimiento ha sido inmenso durante los ciclos que no hemos acudido. Ahora a aquello lo llaman la Cruz. Pasamos varias noches allí esperando a encontrarnos con nuestra cita, pero nadie llegó. Mucho me temo que ya no se acuerdan de la Aldea, ni del proyecto Aldea...

Los Maestros sintieron pena, alivio y alegría momentánea, todo consecutivamente. El ambiente se relajó y se intercambiaron sonrisas y miradas de entendimiento. Teo delegaba en su amigo sin aportar su vivencia, y todos escuchábamos con interés:

—Esto nos brindó una oportunidad para conocer la Cruz, pues pronto descubrimos que su crecimiento se debía a que el Clan Hermano había puesto en marcha una estación de levitación magnética en la ruta, y estaban ampliando la ruta norte. Dicen que la ruta tiene capacidad masiva para transportar todo tipo de materiales y personas, algo propio de tiempos pasados. Por si fuera poco, el Clan Hermano ha instaurado el uso de la pecunia, haciendo casi imposible el trueque justo. Hemos tenido problemas para pagar sin monedas...

Había leído sobre el uso de monedas y billetes, los antiguos lo llamaban *dinero*. Consistía en cambiar productos por monedas de un material con un valor asociado. Sus fundamentos eran complicados de entender, pero resultaba extremadamente práctico. Se hizo con oro, con plata, y finalmente sin un respaldo físico, con un sistema de deudas como mecanismo para crear dinero. Era realmente complejo y muy diferente de una civilización a otra. No pensé en las implicaciones asociadas a su uso en aquel momento, mientras seguía escuchando a Zero pensaba en lo afortunado de vivir sencillamente en la Aldea.

—En la Cruz, unos dicen que sin pecunia no hay intercambio. Otros, en cambio, no la aceptan y practican los métodos del trueque. Mercadear es su forma de vida. La confusión reina en cada intercambio, y muchos se aprovechan de la situación y hacen de mediadores para que no les timen. Todo está distorsionado, en división. Solo a seis días de camino de la Aldea, el mundo nos acecha...

Los aldeanos latían al unísono, el futuro parecía atraparnos. Sentirnos acechados hacía que la mente se impusiese al Alma, dejando brotar la especulación sobre lo que podía llegar a pasar. Los aldeanos quedaron en silencio, obligados a ser parte del mundo más allá de la Aldea. No todos, porque para Toro todo aquel nuevo horizonte y percepción del aldeano como parte del mundo no era sino una oportunidad de mostrar al mundo su transformación. Los Maestros quedaron impactados, y yo me uní a mi compañero espiritual para abrazar cualquier destino. Ambos compartíamos el vaso de té caliente. Zero cambió el ambiente y la conversación:

—Encontramos las piezas para la instalación de baterías solares que buscábamos, la yegua compañero de Nerón y algunas cosas más que compramos de paso, aprovechando la ocasión. ¡Es increíble el surtido de piezas!

»Dado que no se celebró el encuentro acordado, y visto el panorama, decidimos irnos cuanto antes. Ese día llegó un bullicio de personas entre las que se encontraba Mar, sostenida por dos hombres uniformados que la dejaron desplomarse en el suelo frente a nosotros. Le gritaron “¡nunca volverás a ver tu padre!”. Y tal cual, se marcharon.

»*Observamos desconcertados, pero como no la atendían y a nadie parecía importarle, Teo se acercó a ella y la cargó en el caballo, y luego cogimos los demás bultos. Tratamos de atender a Mar con urgencia, pero el negocio de sanación no funcionaba sin pecunia. Poco pudimos hacer más allá de decidir traerla a la Aldea. Enfermó, y sus heridas no sanaban; su brazo empeoraba, las últimas jornadas casi no pudo mantenerse consciente. Por suerte, llegamos a tiempo, ¿verdad, Lao? —Respondí gesticulado con la cabeza. Nadie comía ni bebía, solo había oyentes para oír su relato sobre la niña.*

»*Tardamos más de lo esperado porque íbamos muy cargados, lo que sumado a la espera en la Cruz explica nuestra demora. Mar nos contaba en las primeras jornadas, cuando tenía fuerzas, episodios de los que había vivido, cada historia más terrible que la anterior. Parecía sentirse cómoda con nosotros como confidentes. Había perdido la esperanza de vivir con tan solo diez ciclos...*

Todos estábamos muy afectados y eso se notaba en nuestras esencias poderosamente, salvo en Teo, que no estaba siendo conducido por la narración. Quizás porque la había vivido en primera persona, aunque más probablemente por una causa distinta, o por ambos

motivos a la vez. No obstante, aguardaba silenciosamente y escuchaba a su amigo Zero que, repleto de emoción, contaba:

—La niña es oriunda de Origen, el comienzo de la ruta al oeste. Tras ser anexionada por el Clan Hermano, la población se ha convertido en un núcleo importante para su crecimiento. Su actividad principal es la extracción de minerales y piedras de las cordilleras cercanas. Al menos el cincuenta por ciento de las materias se obtiene de ahí; la otra mitad procede de antiguos vertederos de metales, pertenecientes a una civilización pasada, que ya había explotado las bondades del enclave para dicha actividad metalúrgica. El padre de Mar se dedicaba al transporte, y hacía la ruta hacia el Clan Hermano constantemente, idas y venidas. Nos contó que ella y su madre solían estar solas en casa a menudo, porque el padre siempre estaba de viaje. Parecían muy felices cuando el padre retornaba, siempre cansado y con intención de cambiar su forma de vida por el dolor de la distancia. El esfuerzo del padre permitía disponer de pecunia para comprar bienes y servicios, y llevaban una vida digna. Pero un día de los que el padre se encontraba ausente por trabajo, y al parecer se había metido en algún lío relacionado con su desempeño, ellas fueron abordadas en su casa por unos malos tipos con intención de robarles y castigarlas. Quizás como reprimenda por el comportamiento del padre, o por diversión y placer, o ambas cosas... De algún modo, Mar consiguió escapar antes de que le prendiesen fuego a su hogar con... con... su madre dentro... No podía dar detalles de lo acontecido por el dolor que le producía...

Los hechos encajaban perfectamente con el trauma de Mar. Enlazaba las imágenes dando aún más sentido a su pasado y presente, que se desvelaban perfectamente con la narración del Maestro. Él tampoco pudo continuar la charla, y el silencio en la atmósfera sobrecogedora ahogó a los presentes, muy afectados y ansiosos, como si tuvieran que enfrentarse a algo maligno que ya estaba cerca del dolmen de la Aldea. Nada y nadie parecía estar a salvo del mal que nos acechaba. Teo seguía calmado y en paz. Cómo no, mi gran amigo Toro, con una voz titubeante, formuló la pregunta que contenía la verdadera preocupación de los aldeanos, dando por formuladas otras muchas, inevitables, sobre hechos que ocurrirían tarde o temprano:

—¿De cuánto tiempo pensáis que disponemos hasta que la Aldea se vea afectada?

Muy pocas veces se hablaba del tiempo en la Aldea, y menos en aquellos términos. Hacíamos un esfuerzo por olvidar el paso del tiempo. Los aldeanos empezaron a cuchichear. Nadie respondía, y el ambiente se hizo más pesado, casi imposible de respirar para algunos. Algunos aldeanos miraban desconsolados al cielo o negaban con su cabeza una y otra vez. Se escucharon algunos comentarios derrotistas. Me concentré en mi amigo Toro. Su timidez oral no tenía nada que ver con la actitud de su Ser, porque no tenía miedo, solo una necesidad pasional de combatirlo. El Maestro Teo parecía dormido, meditando sobre algo más allá, y ante la crispación de la escena se dispuso a intervenir. Su esencia desvelaba las emociones precisas, los sentimientos oportunos que los aldeanos necesitaban para proseguir por la senda de lo sutil. Abrió los ojos y se puso de pie. Todos quedamos a la espera. Se acercó a nosotros cogiéndonos de los hombros. Admiré a mi Maestro, previendo sus palabras, y fue entonces cuando nos respondió a todos:

—Quienes desean ser bendecidos por la Fuente deben aceptarlo todo. Aceptarlo todo significa, en primer lugar, no tener cólera ni resistencia hacia ninguna idea o cosa, viva o muerta, con forma o sin forma.

»La aceptación es la verdadera esencia del Camino Integral. Aceptarlo todo también significa apartarse de cualquier concepto de separación: hombre y mujer, yo y otro, vida y muerte. La división es contraria a la naturaleza de la Fuente. Renunciando al antagonismo y a la separación se entra en la unidad armoniosa de todas las cosas. En momentos extremos, recordar y aplicar estas enseñanzas es verdaderamente difícil. Aceptar la muerte hace que el tiempo importe poco, concebir el tiempo desestabiliza el Ser y el presente.

»Quizás nuestra querida Aldea nunca se verá afectada, o quizás nos toque vivir atrocidades como a la pequeña Mar en breve. Lo que está claro es que todos viviremos un fin de ciclo. Pero quien pueda disolver su mente, descubrirá de nuevo el Sutil Proceder, y tendrá la claridad a mano. No especulemos, y que cada uno obre como su interior le reconforte en la medida de lo posible. Ya conocemos qué ha pasado; ahora, decidamos cada uno cómo continuar con nuestras vidas.

Todos nos miramos y comprendimos la situación. La reunión se disolvió como la mente de los individuos, que se dirigieron a sus labores con paso firme, sin fisura en nuestra comunidad, calmados y en aparente paz, aunque algunos necesitarían más tiempo para encontrar su equilibrio.

Pasaron los días y Mar, muy mejorada, dio sus primeros paseos por la Aldea. No interactuaba con nadie, simplemente se dedicaba a observar nuestras costumbres. Se la veía sentada en diferentes escenarios del decorado de la ladera de la montaña. Era muy aconsejable que saliera a caminar para su recuperación. Se vino a vivir con la familia Ocho, tal y como se le había asignado. Al tiempo, y curada por completo, empezó a mostrarse especialmente simpática. Disfrutaba de la Aldea, se sorprendía con nuestros procedimientos y formas de compartir, y parecía ajena a todo sufrimiento pasado.

En el siguiente Comité se estableció que una pareja iría a la Cruz cada mes, y volvería para informar de las nuevas. La primera vez fueron Hada y Halcón en solitario, ya que ella poseía más ventajas que nadie para habitar los bosques. Estableció rutas múltiples, señalizadas con lana, alertó de la fauna y las aves, y se encargó de preparar refugios y anotaciones para hacer más fáciles los siguientes viajes. Siempre habían acudido a las caravanas de intercambio los Maestros Zero y Teo, por lo que era una oportunidad para todos los aldeanos el hecho de ver con sus ojos otra comunidad. Sin embargo, no había muchos candidatos.

Informaba de la tutela de Mar. A pesar de no estar educada en las técnicas empáticas, fue fácil llegar a ella. Tenía notables habilidades para captar al Ser propio y el de otros individuos, y se maravillaba de sus propias capacidades y de las de los aldeanos, por lo que pronto empezó a entablar conversaciones con ellos. A todos nos gustaba charlar con ella y, por sus emociones humanas a flor de piel, pensábamos que se había hecho un lugar en la Aldea.

Yo dedicaba mucho tiempo a descubrirle a Mar los asuntos de las Almas que habitan la experimentación real, toda la mística que subyace, la Fuente, y también asuntos más mundanos como el proyecto Aldea, el Orbe y todo lo que envolvía mi vida. Me sentía muy

cómodo, y aunque lo que le contaba le era ajeno, lo hacía suyo al instante. Nunca había encontrado un rincón tan cálido donde sentirme humano que compartiendo con Mar. Ella me hablaba de esperanzas, ilusiones, grandes metas, retos y otros sentimientos elaborados con una esencia perfecta pero lejos del entendimiento de lo sutil. Aun así, no quería educarla: sentía que, viniendo de fuera de la Aldea, sería imposible que aquello pudiera ayudarla, por lo que callaba y finalmente acababa siendo yo el alumno. A pesar de que no hablada de su vida pasada, muchas veces surgían oportunidades en las que desvelaba sus emociones y sentimientos, generalmente mediante silencios en los que no expresaba palabra alguna. Para mí era como estar viendo más allá de la Aldea. Nunca hice por forzar o indagar en Mar más de lo que ella quisiese compartir conmigo. Comenzó a ver la Aldea mucho de un modo mucho más profundo, apreciando sus rincones y a sus gentes. Estaba serena, se reía en los huertos y disfrutaba en las cuestas empinadas. Poco a poco iba eliminando restos y contaminación de su pasado. Convivimos casi un ciclo hasta que decidió mudarse con los Agros, cerca de Tita. Decía que le recordaba a su madre.

Ya habíamos ido en varias ocasiones a la Cruz. La población había seguido creciendo, pero en dirección contraria a los límites de las montañas que escondían la Aldea. Se respetaban las señales y directrices de Hada cuando viajábamos, y también Halcón solía acompañarnos y velar nuestro camino. Los aldeanos que retornaban de la Cruz no mostraban grandes cambios en sus personas, todos volvían sanos y saludables. Las historias que contaban eran estrambóticas y de todo tipo, algunas violentas y peligrosas, pero nada parecido a lo que Mar había experimentado de forma tan brutal.

La última pareja que volvió de la Cruz estaba formada por Agros adultos, fundadores de la Aldea junto con Tita muchos ciclos atrás. Llegaron un tanto alarmados, informando de un encuentro con un anciano vecino de la comunidad de la que eran oriundos. Lo había visto en la plaza más concurrida de la Cruz. No parecía estar de paso, así que, por prudencia, la pareja se marchó de nuevo a la Aldea sin que él pudiera verlos. Tita dijo que era amigo íntimo de Aurora, y reconoció que había parecido que su comportamiento era algo extraño. Teo lo ratificó, aunque más que inquietarlos, eso pareció calmarlos. Estaba observando a los Maestros cuando recordé que el siguiente viaje a la Cruz lo haríamos Toro y yo. Seguramente, aquel amigo de Aurora era la persona con la que no habían llegado a reunirse cuando fueron a su encuentro.

Cuando Mar se enteró de que iríamos a la Cruz se dirigió a mí, serena. De algún modo, deseaba que partiese para que pudiera ver con mis propios ojos el mundo fuera de la Aldea y portar en mí una esperanza. Me suplicó que, si tenía oportunidad, preguntase a los encargados de la ruta por su padre. Sacó del bolsillo una foto curtida con la imagen poco nítida de un hombre feliz, con su nombre detrás y su número de empleado, y me la dio. Era la primera vez que yo veía una foto fuera de un libro. Nunca había sido sometido a un ruego de ese calibre, ni a ningún otro en realidad, y lo acepté con cariño. Rastree a Mar con la idea de adquirir información sensible sobre su padre y localizar su amor en su interior. Era muy especial y único, como la propia niña.

Zero solicitó algunas células más de silicio cristalino para la generación fotovoltaica de electricidad, y otros elementos que Toro se encargaría de buscar. Teo nos acompañaría.



Con este listado de tareas, el Comité estimó que el viaje debería durar cuatro semanas: una de ida, dos de estancia y una de vuelta. Partiríamos en un mes.

Por suerte, estábamos de cosecha, por lo que trabajamos duramente los campos de cereales. Me iría con la satisfacción de dejar terminadas las tareas, y a la Aldea con provisiones de alimentos. La recogida del grano era un momento festivo para los aldeanos. Aunque las plantaciones de la ladera eran pequeñas, y no era nuestro sustento nutricional fundamental, los Agros veneraban ese período como vestigio de tiempos pasados en las comunidades de sus antiguos, que vivían en regiones mucho más secas donde el cereal sí era su alimento prioritario. La verbena que hacíamos todos los ciclos culminaba con la recogida y el fin de la cosecha. Aquel ciclo se celebraría un par de días antes de nuestra partida a la Cruz. Mi amigo Toro llevaba estudiándola todo el mes.

Los aldeanos vivíamos la verbena de una manera muy especial. Todos encontrábamos muchos motivos para festejarla. Los niños siempre hablaban con ilusión cautelosa sobre la verbena de la Aldea, intentando no desvelar el deseo que les producía, aunque sinceramente todos la esperábamos con emoción. Los Maestros no reprendíamos a los niños, solo los sofocábamos para permitir que todos siguiéramos percibiendo la realidad presente. Pero cuando la verbena estaba próxima, todos sucumbíamos a los encantos de la festividad y nos volcábamos en ella con pasión.

Los preparativos para la celebración se terminaron el día anterior. La plaza del pueblo era el epicentro de la festividad; todas sus estancias estaban habilitadas para actividades o para que los aldeanos tuvieran ambientes más íntimos. El día era estupendo, nublado a ratos, cálido y con una brisa suave. Nos encontramos a la hora de desayunar para juntar toda la comida que se serviría durante la verbena. A la sombra del torreón de la rueda y en frente de la fuente, instalamos una copiosa mesa con alimentos y bebidas que los aldeanos degustaríamos durante todo el día. Se oía el agua forzar el giro con fuerza para ser distribuida por las acequias de la Aldea. El muro que nos protegía del barranco servía para apoyar los platos y vasos, y ofrecía además las vistas de la parte baja que mostraban las plantaciones en solitaria paz: el descanso como recompensa tras la cosecha.

Zero había sacado del museo una reliquia que leía unos discos negros. Para nuestros oídos era complicado entender algunas de las piezas de música que sonaron; otras, en cambio, eran melodías para soñar; algunas animaban al cuerpo a moverse, otras evocaban emociones, atmósferas e introspecciones. El Maestro Zero solía escuchar música en el taller, aunque no le gustaba reconocerlo, dado que ningún otro aldeano tenía oportunidad de hacerlo. Sin embargo, el privilegio no era ofensa para ninguno de nosotros. Pasé gran parte de la verbena junto a la máquina que reproducía la música, observando que algunas piezas contenían la misma belleza que la contemplada en un amanecer. Otras, con un ruido rítmico, abrían nuevas dimensiones en mis oídos, sonidos alejados de lo orgánico compuestos por notas muy vivas. Además, percibía que aquel grado de atención a la música me permitía llegar hasta el origen de su creación.

De forma ininterrumpida, cada aldeano vino a despedirse de mí de una manera muy personal. No me sorprendió, porque en las anteriores partidas a la Cruz, yo me había despedido de los viajeros de la misma manera, pero supuse que recibiría a toda la Aldea durante

la verbena. Era un día para compartir con los otros miembros de nuestra afable y armoniosa comunidad. Toro, Teo y yo seríamos la décima expedición a la Cruz, era casi una rutina de la Aldea misma, pero rápidamente noté que sus despedidas contenían matices, más o menos explícitos, relacionados con nuestra partida. Las expectativas me inundaban por doquier. Todo lo que podía pasar durante nuestro viaje me golpeaba, como una suposición centrada en el futuro, tanto daba si eran suposiciones realistas o no. Pensaba en las expectativas de los aldeanos como una herramienta de la mente muy peligrosa, porque cualquier resultado menos ventajoso o alejado de lo esperado ocasionaría una decepción. Pero el tiempo compartido con Mar me había ayudado a asimilar emociones gestadas por el Ser humano. Ya fueran ajenas o propias, podía escucharlas amablemente sin apenas gesticular, las entendía sin grandeza en ello, sentía que dejaba guiar mis pasos sin ningún acto en mente.

La palabra más repetida fue *suerte, que tengas suerte en el viaje, suerte en la Cruz, suerte en tu viaje*. Me gustaba sentir la aleatoriedad que suponía dicha palabra dentro de mi vida. Hacia que el paso por la experimentación real de mi Alma misma fuera tan fortuito como el mero hecho de existir. El humano que habitaba su Ser aparecía a ráfagas, solo para ayudarme a dar los pasos con mayor fundamento. Sentía que las emociones de los aldeanos eran limpias y estaban repletas de amor hacia mi persona, por lo que la comprensión de aquellas evocaciones llenaban de motivación mi viaje a la Cruz. Por supuesto, la compañía que me respaldaría. Toro estaba feliz e ilusionado por emprender el viaje. Teo, simplemente, preparado.

La verbena estuvo repleta de armonía, los comensales estuvieron espléndidos, más aún a cada sorbo de espirituoso, y cayó la noche con un ambiente adulto. La hoguera y sus humos nos acompañaron de nuevo, y encontramos un clima idílico, calmado y silencioso en el que poder charlar, donde participaron todos los aldeanos. Algunos estábamos ligeramente afectados por el licor, y cada vez quedábamos menos. Hada no asistió, ya casi nunca estaba, pues prefería vivir salvajemente desde que había considerado concluido su compromiso con el proyecto Aldea. Sin embargo, eso no me apenaba, más bien me alegraba mucho saber que la Maestra Hadafri existía, casi como una especie única. Quedamos los más allegados en la noche cálida, incluso Craso había bajado de la ermita. Los Maestros habían percibido el carácter emocional y las expectativas que creaba nuestra partida entre los aldeanos como un hito que marcaría un período diferente. La verbena se centró en nuestra partida.

Los Maestros contaron historias sobre el mundo fuera de la Aldea, de cuando eran jóvenes y habían vivido un mundo que yo no conocía. Zero comentó que en la ruta, antes de llegar a las regiones del Clan Hermano, había una parada en un gran asentamiento llamado Tecnos. Toro contó historias sobre su especialización en materia de creación tecnología, ingeniería y otros conceptos de la ciencia que estaban desarrollando. Habían levantado una gran Cúpula sobre un cenote ancestral, en un oasis en medio del desierto. Eran ellos los que habían desenterrado y reparado las vías de levitación magnéticas por las que transcurrían las cápsulas de transporte que circulaban por la ruta, tiempo atrás. Me sorprendió que mi amigo supiese tanto sobre aquella comunidad, aunque era un tipo bastante curioso con los temas que le apasionaban. Tita comentó una anécdota sobre los peregrinos que iban desde una región llamada la Meseta hacia el norte, para llegar a Sofópolis. Allí veneraban las

tradiciones y la cultura del Clan de los Sabios como medida de salvación del Alma y para una vida pacífica. A Teo pareció no gustarle mucho el comentario. Llevaba implícito emociones muy personales, por lo que sin perder ni un ápice de calma, elocuente y sereno, dijo:

—Tita, como sabes, la mayoría de las religiones del mundo solo sirven para reforzar los apegos a falsos conceptos, como los del yo y los otros, vida y muerte, cielo y tierra... Quienes quedan atrapados en estas falsas ideas, quedan impedidos para percibir el Sutil Proceder. Esto ha quedado demostrado con el proyecto Aldea. Convivimos en armonía, y no impera ninguna tradición, cultura o religión.

—Disculpa, Teo... —dijo Tita. Habiéndolo entendido perfectamente, y con afán de demostrar su implicación y comprensión hacia todo lo que subyacía en las palabras de Teo, se dirigió a mí—: Lao, la suprema Virtud que se puede ejercer es aceptar la responsabilidad de descubrir y transmitir la verdad total. Ser portavoz del Cónclave y acercarlo de manera clara al resto de los humanos, con la esperanza de que algún día todos, de una manera armoniosa, sigan el Camino Integral y estemos bendecidos por la Fuente.

Teo se fundió en un gran abrazo con Tita, con el recuerdo compartido de un ser querido que siempre se hacía presente: Aurora.

Cuanto más hablaban de aquellos lugares, más me sincronizaba con las emociones de los Maestros, aunque todo lo que acontecería estaba por definir. Cuando alguien intervenía, parecía ofrecernos un posible destino para nuestro viaje. De alguna manera, las expectativas aparecieron como un subterfugio en el que no había ningún tipo de problema. Estaba cansado, cerré los ojos sin perder mi atención a las conversaciones. Una oscuridad meditativa me envolvió; escuchaba sus voces, que se mezclaban en mi consciencia, y otras voces de Almas no presentes aportaban su palabra con nitidez, todas a la vez, perfectamente comprensibles. Entendí que debía devolver al mundo todo lo bueno que habitaba en mí. Me encontraba preparado para expresar mis emociones de una manera comprensible, asumiendo la voz del Cónclave. Pensaba que un Ser Integral no tenía la ambición de iluminar a otros Seres. Para este no existía el yo y el otro y, por ello, nadie a quien elevar y, por tanto, ningún destino. En consecuencia, su única preocupación debía ser su propia sinceridad. Intentaría moverme en aquellos términos allí donde tuviera que hacerlo, ya fuera en la Aldea o durante mi viaje.

Teo sonreía orgulloso cuando me dejó en la cama, poco consciente tras ingerir más espirituoso de la cuenta. Nunca lo había visto beber tanto, en un estado tan afectado.



## La emancipación del Ser



*La máxima recompensa que puede experimentar un Alma en la experimentación real es practicar el Camino Integral en sí mismo, haciendo evolucionar su Ser. Así es posible realizar una metamorfosis completa, trascender las limitaciones propias, emocionales y biológicas, y evolucionar hacia un estado superior de consciencia para compartirla con todos, acercando el Alma a la Fuente para una existencia mucho más precisa, concreta, sostenible y armoniosa.*

Extracto del libro *El Cónclave de Almas*.

### 3.1. Primeros pasos

Salimos de la Aldea muy temprano, con los bártulos justos y necesarios para un viaje cómodo y tener posibilidades en la Cruz de hacer algún trueque o ganar algo de pecunia. El objetivo principal del viaje, como los anteriores realizados por otros aldeanos, eran valorar e informar sobre la evolución del asentamiento de cara a la seguridad de la Aldea. Nunca había salido de la ladera y las montañas que la rodeaban, un cuarto de centenar de ciclos me amparaban y me unían a la Aldea. La vida adulta solo suponía un régimen permanente por el que transcurrían nuestros días, pero parecía que el viaje alertaba a nuestra mente para que estuviera preparada. No hubo despedida, todo estaba en silencio. Los aldeanos aún no habían salido a la ladera. La Aldea iba en nuestro corazón y latía a cada paso que nos alejábamos de ella. Toro me miró y sentí su ilusión y, pronto, también una añoranza por algo que estábamos dejando a atrás.

Debíamos alcanzar el primer refugio aún con luz, siguiendo el camino que empezaba frente al dolmen. Era un paso por un bosque que discurría entre montañas a ambos lados, que pronto empezó a ser escarpado y dificultoso. Cada pocos kilómetros veíamos lana blanca atada a árboles, o las margaritas blancas que Hada y los Agros habían plantado en los primeros viajes, estratégicamente visibles a los lados del sendero, para indicar que todo iba bien. Por el contrario, la lana roja y las amapolas alertaban de que no debíamos adentrarnos en una senda determinada, para que no hubiera dudas. Cierto es que los animalillos de la zona que se encontraban merodeando en nuestras paradas, muy amablemente, podían indicarnos por dónde ir, pero como Teo había hecho el camino antes, fue nuestro guía. La jornada transcurrió en silencio por parte de los tres. Mi Maestro estaba en mejor forma que nosotros a pesar de ser mayor.

Llegamos a unas ruinas semi enterradas. Disponía de un caño de agua que nos vino muy bien. No habíamos parado para comer nada, solo algunas pastas, frutos secos y frutas.

Habilitamos un fuego y cocinamos algo de la recolección del viaje, completando la comida con alimentos preparados por los Agros, pastas deshidratadas y panecillos energéticos. Con el estómago lleno y aún atisbando el crepúsculo rojo tras la montaña, Teo se animó a contar una anécdota:

—Cuando estuve en la Cruz, me adentré en uno de sus negocios de comidas, donde dos viajeros provenientes de distintas comunidades de la península, que tenían intención de seguir la ruta a Origen en busca de trabajo, juntaron la poca pecunia que tenían para compartir un almuerzo. Entonces, el primero dijo: «Quiero comer *chícharos*». El segundo contestó: «no, amigo, yo quiero *alubias*».

»Obcecados, en vez de disponerse a aclarar la situación, intentaron imperar el uno sobre el otro e iniciaron una acalorada discusión sobre si chícharos o alubias. El anciano que servía en el local, cansado de oírlos, cogió la pecunia que había sobre la mesa y se marchó. Los viajeros se quedaron atónitos. Al cabo de un rato, el hombre regresó con aquello que ambos habían pedido sin saber que se referían a lo mismo. Los viajeros rieron y almorzaron en calma, aprendiendo una lección que seguro no olvidarían con facilidad.

Sonreímos. Teo era un excelente narrador, y le gustaba regodearse en los detalles. Nunca había moralejas en sus historias. También contó que nos encontraríamos con muchas otras culturas, más o menos sensibles a las emociones o a practicar la empatía hacia los demás, y que por supuesto nada tenían que ver con los vínculos establecidos entre los aldeanos, por lo que íbamos a sumergirnos en un mar de experimentación que deberíamos aprovechar para ampliar nuestro conocimiento de la condición humana.

Como nos encontrábamos fuertes y motivados, decidimos coger una ruta alternativa definida por Hada que ampliaba la jornada siguiente varias horas más de camino, pero se saltaba un refugio y ahorra casi una jornada. La montaña fue cambiando a paisajes, fauna y flora desconocidos para mí, y fui recolectando semillas y algunos alimentos no muy sabrosos. El itinerario no estaba indicado como los anteriores, aunque no tuvimos pérdida salvo en un tramo, durante el cual Halcón nos ayudó desde el cielo.

Los refugios solían estar emplazados en sitios elevados, por lo que el último esfuerzo de la jornada fue una ascensión y llegamos sin luz. Descargamos los bártulos. Cada uno llevaba una mochila con bastante capacidad, con botes de agua que rellenábamos siempre que podíamos, algo de ropa y alimentos. Y cargábamos en común un saco con ungüentos sanadores, otros medicamentos, semillas mejoradas, especias, un té potenciador y unos tomates deshidratados que mejoraban cualquier guiso. Con aquel catálogo no debía haber problemas en los trueques. Teo, además, portaba el Orbe. Decía que podía ser de interés para algún intercambio también, aunque Toro se negaba a ello porque aún conservaba esperanzas en el artefacto, aunque realmente que el Orbe saliese de la Aldea era una responsabilidad que mi Maestro tenía que afrontar. Todo lo que comentaban al respecto parecían bromas que yo no lograba entender.

El paisaje se había vuelto cada vez más boscoso e inexplorado, sin rastro humano moderno. Según Teo, en aquella zona siempre era fácil encontrar vestigios de civilizaciones antiguas que habían poblado las montañas antaño. Abundaban los edificios de explotación cárnica y alguna villa totalmente engullida por el bosque. Árboles y plantas usaban las

estructuras para erguirse, los paisajes eran desoladores y esperanzadores a la vez. El refugio era un caserón bastante bien conservado. En su interior había camas confortables y artefactos de otras épocas, cuya utilidad desconocíamos la mayor parte de las veces. Junto al caserón había otra estancia para los animales, parcelada, con herramientas oxidadas para trabajar con la carne. Toro examinó cada uno de los objetos con cariño y dedicación, inspeccionando cada rincón de la casa, y quedándose con algunos equipos o piezas de interés. Teo preparó la chimenea interior; era metálica y estaba en medio del salón. El hierro caliente irradiaba por toda la estancia, y tenía fugas de humo que se escapaban por los orificios de techo.

Nos acomodamos y preparamos una cena que nos sentó muy bien, y luego tomamos té mientras comenzamos una charla tranquila. Toro estaba especialmente reflexivo desde que habíamos llegado al refugio. Se levantó y cogió el Orbe de una de las mochilas, y se quedó observando el artefacto profundamente. Con convicción, Teo y yo observamos a mi amigo, que levantó los ojos y dijo:

—El Maestro Zero me contó que fue precisamente Aurora la primera Intérprete que abrió las puertas al desarrollo de las tecnologías empáticas, que hasta entonces siempre habían estado recluidas y al cuidado del gobierno de Tecnos, que como custodios del preciado poder esperaban a que el mundo estuviera preparado para usarlas. Este artefacto es consecuencia de su aplicación, y también es único. Dentro del ámbito del proyecto Aldea estaba la creación del Orbe. El Clan de los Sabios y, en su nombre, la propia Intérprete, aceptaron los términos para que el gobierno de Tecnos diera su apoyo, ayuda y financiación para el proyecto Aldea. Ellos necesitaban a los aldeanos para finalizar el diseño del Orbe...

Teo escuchaba muy inquieto, con los ojos abiertos y atentos, esforzándose por sentir a Toro. Parecía estar molesto, como si estuviera recibiendo aquella información como nueva. Era un asunto delicado que a mi Maestro le inquietaba, y esa inquietud, inevitablemente, también se gestaba en mi interior. En cambio, mi amigo estaba ajeno a todo eso, alzaba el artefacto para atraer la atención de ambos, y continuaba charlando, a sabiendas de la responsabilidad de sus palabras:

—El Orbe permite trasladar las consciencias de los Seres a una atmósfera donde no existe el individuo, para que se vean obligadas a definirse como una sola esencia. Es una réplica del Cónclave mismo aquí en nuestro mundo físico. Las personas que participan en el proceso se ven sometidas a un balance de voluntades, y obligadas a entenderse como consecuencia de su nueva consciencia y el nuevo individuo que nace tras... su uso.

Teo interrumpió, acalorado:

—¿Qué pasaría si el que usa el Orbe no es un Ser evolucionado? Si es un Ser alejado de la Fuente y dominado por el Ego, ¿tornaría las voluntades según los intereses de su individuo? En lugar de un fin elevado, ¿perseguiría su propio fin? Las consciencias nocivas habitarían el mundo, creciendo sin medida, todos alineados sin voluntad propia.

Toro, pensativo al no encontrar respuesta que pudiera defender sus argumentos, titubeó haciendo un pequeño ruido, pero sin llegar a hablar. Después de un rato, dijo con algo de duda:



—En teoría, el balance de voluntades no asegura el buen uso del Orbe. Llevas razón, Maestro: un Ser egoísta poderoso podría modificar las voluntades de otros a su voluntad, pero está claro que eso no puede pasar, dado que Lao es quien debe usarlo. O si no, algún otro aldeano... ¿no?

Sus palabras sonaron humorísticas. Teo se relajó, pero no continuó con la charla sobre el Orbe, y yo no pude evitar reírme y contestar con una pizca de ironía:

—¿Usar el Orbe? ¿Sobre quién? ¿Por qué iba a querer modificar la voluntad de otros? Toro, ¿no serás tú el aldeano elegido?

Le arrebaté el Orbe con mis manos. Nada había cambiado, lo sentía una vez más como *una piedra cubierta de musgo*.

Pasamos la noche en el caserón confortablemente. Pensé que algún día podría volver allí y, por qué no, hacerlo mi hogar. A Toro le gustó la idea. Al levantarnos, emprendimos rápidamente la última jornada, pero dejamos buena parte de la mercancía escondida a buen recaudo. La noche la pasaríamos en unas cuevas a un par de horas de la Cruz, que visitaríamos a la mañana siguiente. Durante el trayecto podíamos ver a Halcón siguiendo cautelosamente nuestros pasos desde la Aldea. Su presencia alegraba al grupo, de alguna manera sabíamos que Hada también nos velaba a través de sus ojos, cuidando de nosotros desde lejos y desde mi interior.

Ya más cansados, tras cuatro jornadas de caminatas, subidas y bajadas, llegamos en un tiempo récord a las cuevas. Eran tan pequeñas que solo nos resguardarían del cielo frío de la noche. A pesar de lo cargado que iba, recogí algo de leña pero no hicimos hoguera en ese momento. Tomamos comida fría y eché de menos el té. Estábamos situados en lo alto del cerro, y en el horizonte se vislumbraba una planicie con sus detalles aún sin definir por la poca luz de los últimos rayos de Sol. Al caer la oscuridad pudimos ver una luz que brillaba no muy lejos. Soñé con el camino de vuelta a la Aldea, ajena a todo lo foráneo y escondida entre las montañas. Fue una noche plácida y de un solo sueño.

Me desperté bastante antes del alba. Teo y Toro aún dormían profundamente. Me vino bien la leña para preparar té caliente e ingerí algunas pastitas mojadas, y después unas piezas de fruta. Me senté en posición de flor, dirigiendo mi visión hacia el este, y una extensión nueva se abrió ante mí. Esperé al amanecer para consolidarme en la existencia con aquel acto imperecedero y eterno. La meditación fue fructífera.

Al abrir los ojos, vi que Halcón se me ofrecía en los cielos claros con un vuelo bajo sobre mi cabeza. La clave era no pilotar, sino mecerse presto en el aire. Cerré los ojos y me transpuse dentro del ave, que a su vez disfrutaba de mi Ser en el suyo. Lo dejé hacer de cicero, tal y como habíamos hecho en ocasiones anteriores. Miré hacia abajo y vi mi figura aún en flor de loto. Teo ya se había levantado y bebía té junto a mi cuerpo ausente. Al fondo se encontraba la Cruz. Su visión era nítida; miré nuestro destino ya con la luz tenue del amanecer y distinguí un asentamiento de colores metálicos y telas ancladas, desordenado y caótico. Había muchas caravanas habilitadas como comercios, colocadas sin ningún orden concreto y creando formas parecidas a granos de arroz flotando en leche. Unos toldos entre las caravanas protegían del calor. Más hacia el centro, había una plaza con una gran carpa

circular formada por enormes telas triangulares de colores, rojas, azules, amarillas y verdes, que coincidían en el centro por uno de sus vértices.

Cerca de la Cruz, al noreste, se podía ver un gran complejo con el suelo surcado de metal, con un mar de placas solares como las de la Aldea, aunque allí no teníamos más de diez unidades. Quise aprovechar la predisposición del ave para aumentar significativamente la altitud del vuelo, casi al límite, para poder surcar el cielo de forma segura. Las capacidades oculares de Halcón dibujaban casi más allá del horizonte. Al noreste parecía crecer una cordillera que moría al sureste con una gran montaña roja. Junto a su falda, lo que supuse que era la ciudad de Origen. Al otro lado, un mar de arena con un punto negro que concentraba la luz del Sol como una mota en una lente. Fue apasionante crear el mapa de la península en mi mente. A mi espalda, otras montañas y entre ellas, escondido, mi hogar. Halcón se desprendió y se despidió de mí pausadamente, sin sobresaltos. Entonces pude percibir mi entorno. Teo seguía sentado a mi lado, en silencio, y me dijo:

—Buenos días. Siempre me he alegrado de haber tomado la decisión de que te fueras a vivir con Hada, muy pocos son capaces de sincronizarse con un ave. —Esbozó una sonrisa que no contenía emoción paternal. Yo pensé que ya lo había hecho en muchas ocasiones en la Aldea, como juego o durante las lecciones de Hada, y no le di mucha importancia—. ¡Vamos...! Vamos a la Cruz.

Toro ya había recogido el minicampamento. Con decisión, emprendimos nuestros pasos hacia la caravana de intercambio, ahora conocida como la Cruz. Toro llevaba una lista de piezas que quería conseguir. Lo más importante eran las células fotovoltaicas. Cargaba el saco con el catálogo de productos y el Orbe; yo cargaba el resto y la ilusión de Mar de encontrar a su padre. Teo iba más ligero.

La bajada fue muy rápida. Pronto la arboleda dejó de acompañarnos. En los últimos metros de bosque pude ver cómo un árbol gigante disponía sus ramas formando cunas entre ellas, acolchadas por un manto de hojas. Me tomé la molestia de rastrearlo, pensando que quizá podíamos dormir allí por la noche y disponer de un punto de descanso más cercano, y dejamos en aquel lugar gran parte del equipaje, escondido a buen recaudo. Seguimos caminando por una planicie de sombras fugaces con la vegetación no muy alta, ya no podíamos librarnos del Sol, que empezaba a calentar con justicia. El suelo era duro y arenoso, y las plantas muy agresivas, secas y con poca flor. A medida que nos acercábamos al asentamiento, el olor se agriaba. Al poco, nos encontramos en la entrada sur de la Cruz. No quedaba nada de verde en el terreno, solo arena y piedras que se metían por mis sandalias, pues no llevaba el calzado adecuado. Vimos una decena de caravanas en la primera fila, muchos toldos blancos y de colores que daban sombra a los huecos, y algunos animales entre vallas, ya que los hogares y los negocios compartían algunos de aquellos espacios. Toro describió a las caravanas como carcasas metálicas con ruedas, a veces tiradas por un motor eléctrico o de combustión, adaptados a combustibles más rústicos, y otras veces de tracción animal.

Nos metimos bajo sus toldos. A modo de escaparate, los mercaderes mostraban su género, algunos especializados y otros con productos muy diversos. Gritaban para llamar la atención de los transeúntes, disponiendo de carteles informativos de los productos y

precios en pecunias. «SE ACEPTA TRUEQUE», se podía leer en algunos puestos. En ocasiones, era difícil distinguir dónde acababa una caravana y empezaba la contigua; la luz se filtraba con sombras de diferentes colores, y de pronto no había sombra durante el tránsito hasta la siguiente aglomeración de caravanas, a unas decenas de metros.

Seguimos a Teo sin mirar a los ojos a ninguna persona, pero ya habíamos visto una cantidad de gente equiparable a la población de la Aldea. Los mercaderes menos madrugadores estaban preparando su género en los escaparates. Nosotros estábamos cómodos pasando inadvertidos, y pronto llegamos a la plaza central, amplia y despejada en su centro y muy ocupada en su perímetro. En el lateral, había un puesto que servía té y unas tortas calientes de maíz. Al acercarnos, su aroma nos sedujo. Al otro lado de la plaza destacaba el edificio más grande, una carpa con muchos colores anclada con cuerdas al suelo, que en mi vuelo con Halcón había reconocido desde el aire. En un cartel podía leerse: «CASA DE LA PECUNIA». Nos decidimos a disfrutar tomando un té en el local, y nos acomodamos en unos cojines bastante rígidos junto a una mesa. Pronto, un anciano casi doblado por la mitad se acercó a nosotros y, amablemente, dijo:

—Buenos forasteros, bienvenidos a la casa de Tod. Yo soy Tod. Si necesitan ayuda o un té caliente, estoy para servirles.

El anciano emanaba seguridad y voluntad, era verdaderamente feliz mientras pronunciaba sus palabras. Le pedimos té y tortas de maíz, y no tardó en volver con todo. Al servirnos, dijo:

—*Entiendo que no puedan pagar con pecunia, pero Tod invita a los señores. Y si no les importa, compartiré una taza de té en su mesa, porque es de buena costumbre atender a los que llegan por primera vez a la Cruz. Después pueden llegar a convertirse en tus vecinos y buenos amigos... Dejen que les vea bien... je, je, je...*

Le animamos a sentarse. Teo pareció alejarse de la escena sin dejar de estar presente y no se pronunció. El anciano Tod, muy afable, se reía de sus propias bromas, y cuando paró de sonreír, hizo un esfuerzo por estirar sus párpados arrugados proyectando sus ojos profundos hacia cada uno de nosotros hasta encontrar nuestra Alma. Tod debía ser viejísimo, muy por encima del centenar de ciclos. Era empático, muy empático, sus emociones eran honestas, de todas las gamas y de amplia comprensión. Nos sentíamos claramente, nunca pensé que mi primer encuentro con alguien que no fuera un aldeano sería así. Toro entabló conversación con el anciano Tod de una manera directa y práctica:

—Muy amable, Tod, hace que nos sintamos como en casa. Quizás pueda ayudarnos, hemos venido a buscar unas células fotovoltaicas para arreglar la instalación de nuestra comunidad. ¿Sabría dónde podemos localizar una caravana con este tipo de artilugios?

El anciano volvió a reírse antes de comenzar a hablar, no se esperaba una pregunta como aquella.

—Claro, amigo. Al este encontrarán ese género, son mercaderes del Clan Hermano. Esas gentes tienen de todo.

Toro, con intención de pagarle el té y las tortas, que estaban excelentes, y su buen trato y la información, abrió la bolsa para mostrarle artículos de la Aldea y permitir que el anciano eligiese algo de su interés. El aroma de los ungüentos entró por los orificios nasales

de la nariz del anciano, que parecieron ensancharse apasionadamente con las inhalaciones lentas. Toro desplegó los frascos por la mesa, para lo cual tuvo que sacar el Orbe. El anciano lo miró fijamente, lo analizó unos segundos y aparentemente lo obvió al instante. Acercó la mano a un frasco que contenía un ungüento de menta, se lo llevó a la nariz, lo respiró en repetidas ocasiones embriagándose un recuerdo afectivo, lo guardó en su bolsillo, y dijo antes de marcharse:

—Gracias, aldeanos. He de atender a otros clientes.

El anciano se incorporó sin ayuda, sorprendentemente ágil. Me había agradado mucho conocerlo, no me habría importado que se quedase más tiempo con nosotros.

El local se llenó de gente de todo tipo, y de algunas personas muy sucias y malolientes. En el puesto había una chica que le ayudaba con las comandas. Al terminar, decidimos separarnos y encontrarnos una hora después en la plaza; miramos la sombra de nuestras figuras y acordamos el ángulo que debían tener al completarse la hora fijada. Esta vez yo cogí el saco, y Toro me miró sorprendido por la iniciativa. Metí el Orbe en su interior con cariño, para no ofender. Él iría directo al este en busca de los mercaderes del Clan Hermano, y yo al norte con la idea de bordear unas carpas de colores muy llamativas. Teo siguió sentado, dándonos total libertad. No quería inmiscuirse en nuestros asuntos. Su comportamiento nos parecía extraño pero, a la vez, rutinario. Si hubiéramos estado en la Aldea no me habría llamado la atención, pero allí en la Cruz sí. Nos miramos, y el gesto de elevar los hombros de mi amigo aclaró el asunto. Me marché alegre tras mi primer encuentro con un no aldeano, e incluso me reí de algunas de las bromas del anciano Tod.

Ya estaban las caravanas preparadas, pero aún no había muchos clientes; la oferta del género que mostraban no correspondía a la demanda. Las primeras caravanas a la que me acerqué disponían de muchas herramientas de hierro para cultivar la tierra o manipular el fuego, cubos, bisagras y otras piezas, incluso una puerta. El mercader estaba sentado y no se alertó por mi presencia. Crucé al siguiente aglutinamiento de caravanas, cerca ya del medio día. Los artículos que ofrecían estaban fabricados de diferentes tipos de barro cocido: platos, vasos, búcaros, vasijas... incluso se ofrecía el barro fresco al peso. Las siguientes se especializaban en artículos de madera, así que al parecer se agrupaban por gremios. La última caravana al norte de la Cruz era la más grande, y estaba casi vacía y desordenada. Dos personas muy aceleradas estaban montando el escaparate. Uno le decía al otro:

—En menos de una hora llega una cápsula de levitación de Origen completamente llena, en torno a mil quinientas personas. Tenemos menos de media hora hasta que lleguen, así que date prisa, que se nos cae el pelo si llega el dueño.

Pensé que aquella cifra quintuplicaba la población de la Aldea. Busqué un camino perimetral que me llevó a la parte este de la Cruz, donde se encontraban los agricultores según indicaban unos carteles de madera que difícilmente se soportaban con el viento. La arena golpeaba mis espinillas. La entrada estaba cerca, sus toldos parecían de telas opacas gastadas por la luz, y el aire parecía no entrar entre las caravanas de pasillos angostos. Los mercaderes ofrecían semillas, esquejes secos, granos, cereales, y todo tipo

de productos imperecederos agrícolas como abonos y otros fertilizantes. Olía a cuadras lavadas con jabón.

Una caravana aislada, bastante grande, disponía de aceites vegetales y minerales. Me acerqué al sentir los vapores de los aceites, tan característicos. Tita me había hablado de los olivos y las aceitunas, pero nunca los había oído. Se estaba produciendo un intercambio entre el cliente y el dependiente, y presté atención con una curiosidad propia de un aldeano. El cliente traía una vasija de barro recién comprada, y no estaba seguro de su capacidad; necesitaba quince litros de aceite, estaba comprando el de más calidad según el dependiente, y pagó al aceitero con pecunia. El aceitero empezó a echar medidas de litro de aceite en el cántaro del comprador, y percibí una intención deshonesto como futurible en la esencia del dependiente. Cazo tras cazo, fue contándolos en voz baja. Cuando hubo vertido ya catorce litros, el cántaro estaba lleno hasta el borde, y entonces le dijo:

—Este litro de aceite que queda es tuyo, ya que lo has pagado. Dime qué hago, pues tu cántaro está lleno y no disponemos de cambio.

Quería conocer la motivación del aceitero, cuya Alma prisionera sentí rápidamente. A veces, decía que era un acto ruin. El aceitero, aún con el cazo en la mano, notaba hablar a su conciencia, como si estuviera ocurriendo algo nuevo en su Ser, pero mi presencia le inquietó y me gritó:

—¡Tú qué miras, flaco!

Miré a los ojos del aceitero sin miedo, sabía que era débil y estaba dañado. Mi mirada calmada e intencionada penetró en su interior y sintió mi comprensión. Le mostré mis emociones bien canalizadas, algo similar a las técnicas de relajación animal que practicábamos con las gallinas de la Aldea. El aceitero quedó físicamente rígido, pestañeó varias veces como ubicándose, observó la cara del comprador aún reflexivo con respecto al litro de aceite que ya había pagado, y dijo:

—Señor, vaya usted a la casa de la pecunia y cambie esta moneda por diez pequeñas. Así podrá devolverle la pecunia de aceite que no se puede llevar.

Sonriente, el comprador se fue. El aceitero, mirando hacia el suelo, se despidió de mí. Estaba contemplativo, dolido y a la vez sanado. Ambos nos sentimos bien. Le devolví el saludo con cariño. Mi segundo encuentro con un no aldeano había sido también muy gratificante.

Proseguí circularmente hasta encontrar, aislado de la que quizás era la aglomeración más grande de caravanas, un puesto de curación donde además vendían productos relacionados: medicamentos, pomadas, vendas y algunas cosas más, todo muy sencillo. Encontré a un hombre al que le pregunté si él era sanador, y me hizo un gesto con la mano indicando una pizarra donde estaba escrito: «VISITA MÉDICA DESDE LA HORA 5 A LA 6». El dependiente se limitaba a despachar, y no con especial dedicación.

Muy cerca, llegué a una zona donde casi todos los negocios servían comidas, bebidas, prendas de ropa y artículos de otras caravanas, pero más caros. Crucé por varios negocios hasta encontrar una calle recta que las caravanas parecían respetar. Era la más concurrida y ancha, y un cartel en forma de flecha indicaba el camino que se alejaba de la Cruz hacia el este. Podía leerse: «ESTACIÓN DE LEVITACIÓN». Seguí la dirección, sin duda era la parte más

grande del asentamiento, pues conté más de doscientos negocios en la calle. Curiosamente, el último negocio no era una caravana, sino una gran casa de madera, como una especie de establo rehabilitado para acomodar a los viajeros. Presentaba tarifas por noches y semanas.

Observé que el camino proseguía hasta una colina por la que se aproximaba una nube polvorienta. Cuando adquirió mayor definición, vi que estaba formada por una turba de personas y vehículos. El aire arrastraba también una llamada de auxilio. Un grupo de ellos se habían adelantado, y cargaban con varios quemados que se retorcían de dolor sobre unas camillas mugrientas, gritando:

—¡Por favor! ¡Un médico! ¡Hemos sufrido un accidente!

Se pararon frente a mí e inmediatamente observé varios heridos por fuego, parcialmente quemados en rostros, brazos y piernas, y también algún hueso roto. Trozos de la tela de sus uniformes se mezclaban con la piel abrasada en las supurantes llagas. Estaban sufriendo muchísimo, y sentí cómo el horror me inundaba pero no me doblegaba. Dejaron a los heridos en el suelo para descansar, exhaustos. Tras ellos, el polvo desapareció, y llegaron muchos hombres y mujeres procedentes de Origen, caminando ajenos a los llantos y gemidos de dolor. En su mayor parte, la turba parecía feliz.

El grupo de hombres que portaba los heridos vestía uniformes iguales, decorados con detalles individuales. Uno de ellos, tras inspirar un poco de aire, me dijo:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Chaval...! ¿Conoces a un médico?

—Bueno, yo soy sanador, podría...

Inmediatamente cortó la frase, diciendo:

—¡Eso me vale!

No sabía adónde acudir, por lo que los conduje directamente a la caravana de curación de aquel *simpático* dependiente. Pude ironizar en aquel momento, estaba motivado por poder ofrecer mi ayuda. Al verme llegar con el grupo, rápidamente me permitió el paso a la zona de atrás, donde el establecimiento disponía de una sala de enfermería. Al dependiente no le había hecho gracia verme llegar, pero los señores de uniforme que me acompañaban le inspiraban terror y respeto, por lo que la predisposición era total. Solicité varios cubos de agua, uno de leche, un kilo de harina, vendas, alcohol y yodo. Los uniformados, pres- tos, obedecieron. Agarraron al dependiente por el cuello y lo sacaron de la sala no muy amablemente. Me quedé solo con cuatro heridos, y pronto llegó quien parecía ser el dueño del negocio, que me saludó y no quiso ni preguntarme mientras dudaba si yo era parte del grupo de hombres uniformados. Recordé que en el saco tenía un par de frascos pequeños de una solución extraordinariamente paliativa, que casi suprimía el dolor. Tita sustituía la anestesia por esta destilación, e inducía al paciente a un sueño guiado. Administré a cada enfermo la dosis apropiada para su peso. Concentrado, proyecté la certeza de que pronto mejorarían, calmando su desesperación, y susurré en sus oídos mantras sanadores. La solución hizo efecto pronto y los gritos fueron sofocados. Entonces, escuché conversaciones acaloradas al otro lado. Recordé que iba a faltar a la cita con Teo y Toro.

A través de la puerta, sentía las miradas de algunos curiosos, fascinados por la tranquilidad que moraba en la enfermería. Empecé a trabajar sobre los cuerpos quemados. Corté sus ropas para separar las heridas, dejando cubierta la piel sana. Solo entró el hombre que



se había dirigido a mí inicialmente con todo lo que le había pedido. Los otros uniformados hacían de espectadores desde el otro lado. Practiqué una sanación clásica para aquel tipo de heridas: preparé una pomada con leche y harina, que mezclé con un potente cicatrizante, calmante y regenerador. Lo unté sobre las heridas, cubriendo cada cráter originado por el fuego y sofocando las llagas. Pasaron varias horas, y ya no podía hacer más. Me acerqué al grupo de uniformados y les comuniqué mi marcha:

—Vendré a pasar la noche con ellos y velaré por un sueño sanador. En una semana estarán mejor, pero deben reposar.

El que parecía liderar el grupo se dirigió a mí de manera imponente:

—¡Sanador! Permítame invitarle a cenar y al menos poder presentarnos. Agradezco de corazón que haya atendido a mis compañeros. Sus técnicas curadoras son impresionantes y muy peculiares. Por favor, sería un honor que nos acompañara.

No me negué, aunque él no esperaba una negativa por respuesta. Estaba hambriento. Me condujo entre caravanas hasta una enorme junto a la calle que llevaba a estación. El local estaba cerrado para nosotros exclusivamente, como me hicieron saber. Una enorme mesa para varios comensales nos esperaba ya servida con alimentos. Nos acomodamos, y me senté en frente del que era el líder. Con su aroma a mandato cada vez más evidente en sus instrucciones, dijo:

—Permítame presentarnos: somos funcionarios del Clan Hermano, estamos controlando la ruta este y la inminente ruta norte. Yo me llamo Max, y los que me acompañan son mi grupo de leales compañeros. Por favor, sírvase.

El que estaba a mi derecha hacía un esfuerzo por no mostrar ningún gesto de disformidad. Los otros, en cambio, secundaron emocionalmente las palabras de Max. La mesa estaba repleta de alimentos, pero yo opté por sopa y pan. Serenos y expectantes ante la comida, llenaron el estómago con carnes y fritos. Los funcionarios solo paraban entre cada bocado de nutrientes para respirar. Max parecía estar menos hambriento, o estar educado para no comer con avidez, por lo que era el único que hablaba para los comensales, continuaba hablando de lo que entendí que podía ser su trabajo.

—no se si sabéis que las rutas este y norte parecen existir desde tiempos ancestrales. Por suerte, las vías de levitación se conservaban enterradas en buen estado, como una reliquia del pasado intacta y operativa. Desde que la ruta este es una realidad, e incluso antes de las labores de su puesta en marcha, hay mucho tránsito de personas, materiales, recursos, e innumerables mercancías que van de Origen al Clan Hermano, y viceversa, tanto por los caminos, en vehículos de transportes normal, como por debajo, en las cápsulas de levitación. Gracias a Dios y a nuestro gobierno en Núcleo, los tiempos están cambiando y podemos acercar la prosperidad a la gente y liberarlos de las miserias de sus hambrientas vidas... La sociedad ahora tiene más tiempo para su ocio, los comunidades disponen de alimentos todo el ciclo y de medicamentos, la tecnología llega a cada casa... En definitiva, ¡vivimos mejor!

Sentía a mi derecha al otro funcionario muy inquieto, que apenas comía. Nadie parecía percibirlo. Sus compañeros seguían comiendo, y el único gesto que les distraía de la comida

era asentir cuando Max los miraba mayestáticamente. Este bebió de la jarra con bravura y, con la garganta humedecida, apostilló el comentario anterior:

—Bueno, bastante mejor en el Clan Hermano que en Sofópolis, donde el obsoleto Clan de los Sabios sigue con la inercia de tiempos pasados, aunque su pueblo sufra y grite pidiendo libertad. Los oprimen forzando a vivir como a ellos les place. Sabemos que sus habitantes aspiran a vivir con nosotros, esperemos que la ruta norte ayude a sus gentes en unos pocos ciclos, como ya pasó en Origen.

El resto de los funcionarios seguía rumiando, porque era evidente que no iban a poder mostrar su opinión. Pero su discurso no agrió mi sopa. Místicamente, me parecía comprender a los individuos en su sociedad, a pesar de no conocer nada de ella. Distinguía claramente cómo toda la esencia de verdad llegaba a mí desde ellos. El funcionario de mi derecha disponía de un nivel cognitivo elevado, y su consciencia parecía no poder ser domada. Su Alma luchaba por su libertad, su voz valiente se hacía patente en la cena y, tratando de que no pareciera una réplica, se aventuró a hablar:

—Bajo este escenario, en las regiones de influencia del Clan de los Sabios, llegando hasta al sur de la península en Origen, se están creados grupos que divulgan que el mundo se está desequilibrando muy rápido, y que vamos a un precipicio como antaño, tratando de oponer resistencia. Sofocar las posibles revueltas e impedir que el movimiento crezca es otra de nuestras labores también.

Aquella intervención atrajo el interés de los otros funcionarios, que aguardaron, sin masticar con sus bocas llenas de carne de animales muertos, a las duras palabras de Max:

—¡Kili! Eso son asuntos sin importancia y carecen de sentido, no hay nada malo en nuestra forma de vida. Nuestro gobierno vela por nuestra prosperidad, y acabaremos con los rebeldes.

Sentí claramente una ira sofocada para mantener de forma interesada el clima pacífico de la conversación. Kili quedó en silencio, sabiendo que ya había concluido su trabajo; se sentía feliz, mis emociones estaban vinculándose a un no aldeano de una manera orgánica y empática: Estaba sorprendido de la capacidad de crear una amistad con alguien a través de su esencia sincera: sin conocer nada de su vida ni su pasado, conocía su Ser presente y futuro. Max era muy inteligente, y aprovechó la ocasión para saber más sobre mí, sin seguir abordando directamente la intervención de Kili. Era evidente que intentaba ocultarlo con subterfugios, para su propio beneficio. Me preguntó:

—Dado que ha salido a colación, por favor, Sanador, dígame: ¿dónde se posiciona usted con respecto a este asunto?

No entendía la pregunta, ni su contexto, pero el carácter genérico de la misma podía interpretarse como una suerte, dado que cualquier respuesta podría servir para escapar de la pregunta, o como una oportunidad para entregar con ella un conocimiento sutil que pudiese rozar la comprensión verdadera de existir. Kili sabía perfectamente todas las vertientes de las respuestas que podrían contentar a Max, y parecía mostrarme el camino para elegir las palabras propicias que dieran forma a emociones que pudieran calmarlo. Hice el esfuerzo de darme al servicio de existir como Ser humano:

—¿Posicionarme? Por desgracia, no soy un árbol, no tengo raíces. Puedo moverme y cambiar de posición. Cualquier forma de vida armónica con uno mismo y con cada cosa o no cosa que cohabiten, es susceptible de ser venerada.

»Es un peligro que la sociedad viva seducida por sus deseos, emociones y egos. Los seres se convierten en esclavos de sí mismos cuando se ponen al servicio de los deseos, el poder o la religión. Entonces empieza el reino de las desgracias y de la confusión, nada tiene que ver esto con la prosperidad.

Los funcionarios asimilaban con contundencia la información. Algunos recuperaron un brillo de libertad en sus ojos, en conversación íntima con su Ser. Los demás luchaban con sus mentes para respirar su realidad conocida, mientras nuestra presencia sincera apelaba a la voz de su Alma, que exigía abrirse paso en sus conciencias. Los no aldeanos parecían estar prisioneros de sus mentes, confiaban en ella como la herramienta más adecuada para explicar su mundo de supervivencia. Pero se equivocaban, dado que no lograban completar la naturaleza del Ser. Cada paso debía ser una conjunción de la realidad que se teje en cada proceso cognitivo, en paz con el Alma y con la mente. Intentaba proyectar la esencia de esa verdad, sin intención de convencerles de la misma. Todos los comensales guardaron silencio; no comían, solo bebían a sorbitos, observándose entre sí. Kili, muy apasionado y sin importarle la compañía, tenía un montón de preguntas que querían ser saciadas, y pronunció la que más le quemaba en la lengua:

—¿Cómo puede uno despertar y liberar a muchos?

La inercia y la esperanza en el interrogante me encaminaron a la respuesta:

—Primero, liberando su propio Ser. No hacer esto elevándose a sí mismo, sino rebajándose a sí mismo. Se rebaja uno mismo a lo que es simple, modesto y verdadero, integrándolo en sí mismo. Así llega a ser Maestro de la simplicidad, de la modestia verdadera, desapegado del Ser. Emancipado totalmente de su previa vida falsa, descubre su naturaleza original pura, que es la naturaleza pura de la Fuente que da origen al mundo.

Kili vibró emocionalmente, estaba profundamente sincronizado. Max entendió la reflexión, pero su mente cristalizada luchaba por obviar la verdad. Su Ego, a flor de piel, desarrollaba aversión por mi persona, solo por ser uno mismo. Sentí cómo se arrepentía de haberme invitado, deseaba castigar a los presentes. Los comensales, confusos, intentaban no hacer ningún gesto. No insistí. Max fue a replicar, deseoso de descubrir quién era yo, como un juego de yoes que no sabía cómo jugar. Antes de completar la pregunta, otro funcionario se adelantó, también ilusionado:

—Perdona, Maestro, ¿cuáles son las enseñanzas?

A Max le incomodaba cada vez más la situación. Me apresuré a contestar antes de marcharme, para no intervenir más. Me levanté y dije:

—Yo estudio y vivo el Camino Integral de unidad con la gran Fuente. Mi vida es compartir con todos de forma indiscriminada. Las enseñanzas son simples: si intentas hacer de ellas una religión o una ciencia, éstas te eludirán. Profundas, aunque simples, contienen toda la verdad del mundo, manifestada como Verdad Sutil.

»Quienes desean conocer toda la verdad, disfrutan realizando los trabajos y servicios que les llegan. Cuando los han acabado, disfrutan aseándose y alimentándose.

Mientras apartaba una cortinilla que cubría la salida, terminé la frase mentalmente, en silencio: «Cuando se han cuidado a sí mismos, vuelven al maestro para instruirse». Con la idea de ir a buscar a Teo y no ser presuntuoso, me despedí finalmente:

—Señores, el camino simple conduce a la paz, a la virtud y a la abundancia. Esta noche iré a ver a sus colegas para atenderlos. Gracias por la cena.

Kili se levantó rápidamente para salir a mi encuentro antes de dejarme machar, agarró mi brazo y dijo:

—Venerable Maestro Sanador, Max propuso gratificarle por sus servicios en nombre del funcionariado del Clan Hermano. Por favor, acepte este presente.

Depositó en mi mano un pellejo de cuero con una cuerda que lo cerraba. Era una bolsa pesada, y la guardé en el saco sobre la marcha sin dar las gracias verbalmente.

Nada más salir me encontré con Teo, que ya me había localizado y aguardaba a que terminase el encuentro. Comentó que había oído rumores de la multitud de la Cruz sobre lo acontecido. Se le veía radiante de felicidad por el hecho de existir, y orgulloso y esperanzado, haciendo que yo también lo sintiera en mi interior. Me comentó que Toro seguía por la zona, maravillado con el género de las caravanas de los mercaderes del Clan Hermano. Nos veríamos en un rato para descansar, poner en común el plan, y quizás buscar aquel árbol que iba a servir de refugio, aunque yo tenía la intención de pasar la noche con los funcionarios quemados. Teo se maravilló de mi iniciativa, pero yo sabía que era sobre todo porque tuviera una motivación fuera de la Aldea. Anduvimos muy pausadamente, su presencia siempre serenaba mis emociones. Mi Maestro conocía bien la condición humana y a los no aldeanos. Aceptó mi compromiso para interactuar con ellos, y fuimos charlando sobre la Cruz y sus gentes mientras íbamos al encuentro con Toro. Mientras nos dirigíamos al puesto de Tod, nos dimos cuenta de que varios transeúntes mencionaron mi persona, y otros hacían referencia a mi figura señalándome con el dedo índice. Los funcionarios del Clan Hermano eran muy respetados en el asentamiento, y todos sabían de sus movimientos, era una información valiosa para los mercaderes. Teo sonrió y dijo:

—Te ha bastado medio día en la Cruz para hacerte famoso.

Una opinión pública sobre alguien era simplemente una reputación generalmente aceptada. Nunca había sentido ese concepto en mi individuo, y como tal no pude hacerlo mío. Llegamos al local, Toro estaba sentado sobre el mismo cojín de la mañana, era un animal de costumbres. Descargué el saco y me senté. Se puso a hablar de las virtudes de lo que los mercaderes ofrecían, y lo que más le había sorprendido fue un dispositivo procedente de Tecnos que un traficante le había enseñado en un lugar apartado. Aclaró que era como un mercader ilegal. Contó que en ninguna caravana permitían trueque. Los mercaderes del Clan Hermano, para no frenar el libre comercio, habían puesto medios, de modo que la Casa de la Pecunia era el único lugar permitido para hacer trueque por pecunia, para pagar con ella bienes o servicios. Mientras el viejo Tod se acercaba encorvado a la mesa, mientras servía té nos comentó muy alegre:

—Buenas tardes, aldeanos. Buenas, venerable Maestro Sanador, ¡ha logrado el premio gordo! Se topa con funcionarios del Clan Hermano, sin duda las personas más influyentes que puede uno encontrar en la Cruz, y le salva sus pellejos tostados. Todos hablan

maravillas de sus métodos de sanación y otros comentarios de calado... No hay sanadores en la Cruz y, como verás, tampoco secretos...

Sus palabras contenían una información que no nutría mi interés. Tod lo sabía, pero ni siquiera pretendía valorar mi reacción, simplemente se dirigía más a Teo y Toro. Aquel anciano curvado emitía una energía limpia y sutil como solo los Seres altamente evolucionados podían irradiar. Yo estaba seguro de su vínculo con Aurora, aunque nada lo delataba. Nos sirvió y se marchó. El Maestro Teo, siempre ausente en presencia de Tod, emitió una carcajada aparentemente incomprensible. Al mirarlo estupefacto, comprendí que había, o quizás habíamos, reconocido al anciano. Mi Maestro encajaba piezas en su cabeza que parecían hacerle feliz, evocando la esencia de su siempre recordada Aurora. Toro también podía seguir lo que acontecía en los planos más allá de los sentidos físicos, y preguntó directamente a Teo:

—¿Qué hace el anciano Tod sirviendo té en la Cruz?

Ahora parecía encontrarse capacitado para opinar. Él era muy riguroso en ese sentido, no decía nada que no considerase que valiera la pena hacerlo. Con un leve preámbulo, contestó:

—La verdad sutil puede ser señalada con palabras, pero no puede ser contenida por ellas, hay que tomarse el tiempo de escuchar lo que se dice sin palabras, de obedecer una ley demasiado sutil para ser escrita, y de aceptar todo de corazón. Aldeanos, ¡amad vuestras vidas con confianza, haced el amor con el invisible origen sutil del mundo y os daréis a vosotros mismos lo que necesitáis!

»El anciano Tod es un bondadoso y contemplativo gerente de un negocio de té en la Cruz, justo aquí, en medio de todo, sin que su esencia se vea afectada por el mundo, totalmente sostenido y recompensado por las prácticas integrales del Camino Integral, que ha adaptado a su medio, entorno, contexto o sociedad. El Camino Integral debe adaptarse a las circunstancias que nos toca vivir. Tod vive y anima a los demás, dándose libremente a todos, despertando y purificando a cada cliente de su local de té con cada movimiento y acción. Ascende al reino de lo divino a plena luz del día, la voz del Cónclave habla en su consciencia. Quien está en armonía con él lo oye con toda claridad, porque en el anciano Tod habitamos todos. Sin duda, es el viejo amigo de Aurora, el proyecto Aldea abarca más allá de la ladera. Cuando hable con Tita sobre el asunto, podré deciros más. Ahora me marcharé al árbol con nuestras pertenencias, vosotros haced lo que os plazca. Hasta mañana.

Ahora la emoción evidente era de asombro por nuestra parte, de perplejidad, todo era extremadamente enigmático. Mi amigo y yo nos miramos y pensamos en nuestra motivación como aldeanos que, sin tenerla claramente definida, entendíamos. Mi Maestro vibraba de emoción enamorado de la vida, con un extenso futuro que aportar, y sintiéndose transformado como en tiempos más joviales en los que se recordaba junto a Aurora.

Toro decidió acompañarme esa noche. Me dispuse a atender a los heridos durante las últimas horas del largo primer día en la Cruz. Las terapias habían sido las oportunas, y todos progresaban adecuadamente. Solo estaba Kili velando a sus compañeros funcionarios. Se presentó a Toro con un gesto familiar, y ambos me ayudaron a mover a los heridos para

tratarlos. Kili canturreaba imitando los mantras sanadores y remedando los sonidos guturales, era muy divertido sin pretenderlo. Se movía diestramente, sin hacer ruido.

Al poco, nos dispusimos a dormir, agotados. Mis plegarias me dieron un sueño repenedor que no tuvo nada que ver con lo vivido en el día. Simplemente me vi pasear por la ladera de la Aldea, sin esfuerzo, como si todas las sensaciones físicas se sobreentendieran. Solo sentía las emociones y la certeza de las palabras. Saludé a Tita y le hablé de Tod, monté a Nerón camino al lago, charlé con Mar de mi primera impresión en el mundo del que ella venía, y le comenté a Zero las inquietudes de Toro en la Cruz. Dormí como en casa tras compartir con mi Alma la experimentación real.

### 3.2. Reflejos de uno mismo

Me desperté en la trastienda de la caravana de curación, sin sobresaltos. Me aventuraba en mi segundo día en la Cruz. El techo estaba cubierto por lonas, y la luz ya era intensa en el exterior. Toro dormía acomodado sobre una esterilla en el suelo, miré a los funcionarios al fondo y tuve una sensación de amplitud. Fui a atender a los heridos, algunos ya habían incorporado su tronco superior. No cruzamos miradas.

Nos dispusimos a salir por la parte frontal de la caravana, donde estaba el encargado hablando con un tipo cuyo cuerpo estaba deformado por la opulencia, más flácido que prieto, como un flan de huevo con la carne bamboleante. Sus extremidades torpes dificultaban sus acciones; nunca había visto a una persona así, y quedé impactado. Gritaba sin cesar al empleado con el que me había encontrado la noche anterior, recordándole insistentemente que era un inútil. Cuando por fin me decidí a mediar, Kili se adelantó y sofocó la reprimenda con pecunia.

Me acerqué igualmente en silencio. Un grupo de al menos diez clientes y acompañantes solicitaban servicios de sanación. Al verme, todos empezaron a llamarme. El tipo grande resultó ser el mercader propietario de la caravana, se llamaba Moja. Se acercó, con intención de aprovechar la oportunidad. Se veía claramente que su intención era ofrecerme un trato injusto, incluso desde su propia percepción. Toro, siempre alerta, se interpuso entre nosotros, y yo simplemente me limité a atender al primer cliente de la mañana, sin desayunar. Al rato volvió mi amigo con té y unos dulces de hojaldre. Finalmente establecieron un trato: trabajaríamos en el local solo durante aquel día, y nos repartiríamos los beneficios proporcionalmente por cada cliente atendido.

—Esta noche veremos cómo nos ha ido y decidiremos —me dijo.

No pronuncié palabra al respecto, y él lo entendió como una respuesta afirmativa. Al cruzarme con Moja, percibí ambición y oportunismo, se mofaba de sus sentimientos impuros, como un gesto de repulsa absoluta a su propia consciencia y a su Alma. Aquel no aldeano empujaba aún más lejos las fronteras de mi concepto del Ser humano. En cualquier caso, no puse resistencia, y él quedó muy satisfecho.

La mañana la pasé atendiendo a enfermos de diferentes dolencias. Toro estuvo conmigo, y Kili también, que cuidaba de los funcionarios. Aquel día trabajamos intensamente,



pues los clientes no paraban de llegar. Tal y como había dicho Tod, no había sanadores en la Cruz, y eso se notaba.

Moja se quedó para vigilar la pecunia. Sus ojos brillaban como si hubiera encontrado una fortuna. Yo atendía, e intentaba delegar rápidamente en los que me ayudaban para atender al siguiente. Necesitaba charlar con cada uno de ellos para intentar ayudarles. Recibí a muchos enfermos de dolencias físicas, en su mayoría poco graves. Era todo un reto saber aplicar la medicina de la Aldea fuera de la misma. Las personas que acudían eran una muestra amplia e intensa de emociones y sentimientos. Algunos estaban tristes, arrepentidos, podía sentir sus vidas vacías no en el sentido de la falta de apego, sino de expectativas no cumplidas que ahogaban su felicidad. Achacaban sus dolencias a su estilo de vida deprimente, lo que era cierto en muchos casos.

Los no aldeanos eran completamente diferentes de los aldeanos. Aquel nuevo enfoque merecía ser entendido, por lo que encontraba en ello mi motivación. Los aldeanos disponíamos de mecanismos emocionales para definir los sentimientos, utilizábamos nexos sutiles, no sufríamos ningún tipo de conflicto en nuestras decisiones. No podíamos responsabilizarnos de ningún trauma, porque la decisión que se tomaba siempre era la más precisa y la que debía ser, según el sutil proceder de las cosas; esa certeza imposibilitaba el trauma. Pero el nuevo escenario de convivencia con las personas fuera de la Aldea por el que transitaba mi Ser, necesitaba aprender un nuevo Camino Integral adaptado a la superficie propia del medio social en el que me encontraba, aunque sin cambiar nada de su esencia. Reconocía las palabras del Maestro Teo sobre Tod en mi evolución.

A algunos enfermos solo pude tratarlos con medicamentos paliativos y la comprensión de su dolencia, para minimizarla. Sin duda, aún tenía mucho que recorrer como sanador y como persona. Me tomé la licencia de hablar de mí mismo, como individuo, apropiándome de todo lo que los aldeanos habían hecho de mí. Recordé las expectativas de los aldeanos en la verbena, lo que me había hecho reflexionar profundamente sobre la existencia humana, y más concretamente sobre mi existencia. Me quedé absorto pensando en que adaptar el Camino Integral a la vida fuera de la Aldea suponía un reto complicado. Era una conjetura muy humana que empezaba a aflorar en mi Ser. Toro era consciente de lo que pasaba, para él era algo cotidiano.

Kili se ofreció de voluntario, ya me había ayudado a atenderlos en varias ocasiones y sabía qué hacer. Estuvimos trabajando juntos sin descanso. Al terminar, su uniforme de funcionario estaba completamente sucio a causa de diferentes fluidos. Su compañía fue muy gratificante, sentí a su Ser descansar entre nosotros. Teo, que se había unido por la mañana, también charló con los clientes y con Kili, me ayudó dentro y con recados para conseguir algunos artículos. Parecíamos un equipo que llevaba trabajando mucho tiempo junto. Toro ayudaba y no paraba de pensar y hacer cálculos, cruzando unas mirabas bastante simpáticas con Moja.

Cuando cayó el Sol, todo empezó a tranquilizarse. Todo indicaba que el segundo día en la Cruz estaba acabando, y además la luz en el interior era escasa. Entonces, Moja hizo pasar al último cliente, un conocido suyo bastante desagradable en el trato y las formas que tenía una enfermedad vírica poco común en los adultos. Le había provocado fiebre, llagas

dolorosas en la boca y un sarpullido en las manos y los pies. Kili llegó de comprar el jabón indicado para que se lavase manos y pies con frecuencia, y también le indicamos que practicara buena higiene bucal dándole un elixir que yo estaba preparando para mezclarlo con agua. Como remedio funcionaría, y estaría sanado en un plazo de dos semanas.

Kili, agotado y reflexivo, se acercó a nosotros muy emocionado y sincero. Teo lo miraba sabedor de la importancia del momento. Kili ya no vestía su sucio uniforme, y me pareció que era otra persona. Sacó un papel de su bolsillo y, confidencialmente, nos confesó:

—Maestros, desde hace tiempo vengo buscando mi sitio en este mundo, pensando sobre la insustancialidad y la transitoriedad de mi existencia como funcionario del Clan Hermano. No soy feliz desde mi niñez, he visto muchas cosas que me han alejado de mí mismo. He tomado consciencia de que hay mucho encuentro y separación, alegría y pesar, placer y dolor en este mundo que siempre había pasado por alto. Los ciclos pasan, y mi dicha está vedada. Cuanto más vivo, más consciente soy de que en esta realidad no puedo hallar la felicidad si no me adapto...

El hombre desagradable se rio, como no podía ser de otro modo, de forma desagradable. Teo brillaba con su Alma cristalina, equilibrado, fuertemente asentado en lo sutil. Entonces, interrumpió y dijo:

—Kili, por favor, prepara un tazón de leche dulce y dásela a probar al señor mientras espera su elixir.

Su voz firme sonaba a reprimenda, y el hombre desagradable ocultó sus dientes. Kili obedeció sin rechistar, confuso; creía que Teo podía haber sido grosero sin pretenderlo en un momento como aquel, o quizás quería librarse del hombre desagradable y ganar intimidad. Yo sonreía en silencio, dado que el elixir lo estaba preparando con mis propias manos. Kili se marchó de la caravana a cumplir su cometido. Reflexioné sobre lo ocurrido, ¿por qué Teo había cortado aquella charla sincera? Mi Maestro no hacía nada en vano, sabía que no pretendía más que aprovechar la circunstancia para mostrar la valía del momento, para aportar algo de calado a nuestro Ser. Teo se acercó a mí percibiendo mi sonrisa, y me dijo:

—Es importante adaptarse a la comprensión de las personas, no todos han desarrollado su empatía ni han convivido en la Aldea. El mundo fuera de la ladera tiene sus propias normas, la comunicación debe estar bien interpretada y adaptada. Lao, no tengas reparos en experimentar a tu modo, puedes expresarte en cualquier término, si estimas que es el método apropiado, probablemente lo sea. La mente de Kili no para de luchar por ubicarse. Hago esto fundamentalmente por él, por vosotros. Espera...

Mi Maestro se acercó al hombre desagradable, que estaba cansado de esperar. Kili entró por la puerta, se dirigió directamente al enfermo y le dio de beber la leche dulce. Teo sonrió. El hombre hizo una mueca de asco y se quejó:

—¡Por Dios! ¡Qué amargo está esto! ¡Vaya elixir de mierda!

Desconcertado y triste, Kili se acercó a nosotros. Inmediatamente, Teo lo consoló y le habló para transmitirle una enseñanza:

—Querido Kili, cuando se está enfermo, hasta lo más dulce sabe amargo. Cuando la mente no ha hallado su libertad total, se enreda con lo placentero y lo desagradable, y al final hay amargura, porque todo contento termina siendo reemplazado por el descontento.

Simplemente calma e ignora a tu mente cuando te perturbe, aprende a silenciarla. Persevera en tu búsqueda. No desfallezcas. En la raíz de tu mente, donde el mundo exterior se desvanece, hallarás la paz que hasta ahora se te ha negado. Solo quería decirte que junto a nosotros siempre tendrás tu sitio.

Kili, se sincronizó con las palabras y las emociones de Teo, su Alma se tornó en paz, y su Ser evolucionó. Adquirió una verdadera comprensión en su Ser, podía sentir de una manera firme el Camino Integral y las emociones de los aldeanos. Teo nunca había obrado así en la Aldea, sus enseñanzas eran más suaves, aunque igual de efectivas. Kili y yo recibimos mucho. Miré a Teo y sonreí tímidamente para mostrar mi comprensión, y nos abrazamos con contundencia. Descansamos hasta la mañana siguiente. Creo que nunca había dormido tanto tiempo seguido.

Los enfermos que acudieron a primeras horas del día siguiente solo venían a por medicamentos, en su mayoría. Kili se ausentó muy temprano. Toro se levantó inquieto por la cita con Moja, que no llegó puntual. Apenas les dio tiempo a saludarse cuando fueron interrumpidos por Kili que, vestido con su uniforme impoluto, solicitó a Moja los papeles legales de asentamiento en la Cruz, impuestos por el Clan Hermano para hacer uso de la infraestructura comunitaria. Moja desarrollaba su actividad sin los permisos oportunos, ni siquiera la caravana era de su propiedad. Sus quejas y amenazas resonaron en toda la Cruz. Se marchó disconforme, dando una tregua antes de su venganza, que sería pronto. Se armó una revuelta en el negocio con los clientes enfadados. No entendí nada de lo sucedido.

Fui a almorzar con Teo y Toro como un comité, pero fuera de la Aldea, para coordinarnos. Toro tenía localizado al mercader que le suministraría las piezas, debía entregar una señal y conseguir un permiso para iniciar el trámite de compraventa, así como reunir las pecunias necesarias, por lo que propuso ir a la Casa de la Pecunia. La carpa de colores al lado de la plaza era grande y puntiaguda, tenía un aspecto muy llamativo y divertido. Toro llevaba el saco con todas las mercancías de la Aldea. Unas lonas recogidas con unas cuerdas en una estructura de madera hacían de entrada. Esta estaba custodiada por un hombre corpulento a cada lado, con vestimentas reforzadas, que portaban unas lanzas gruesas como columnas. Al acercarnos, nos saludaron amablemente y nos invitaron a entrar.

Un primer mostrador tenía un cartel que ponía: «ADMINISTRACIÓN». Toro se paró a preguntar por los papeles para la compraventa, y lo resolvió sobre la marcha con un pago de la escasa pecunia de la que disponíamos.

Proseguimos al interior diáfano, la luz era tenue y de un color impreciso. Solo había dos zonas iluminadas con unos potentes focos colgados de la carpa. A la derecha y a la izquierda, unos carteles indicaban, respectivamente, «AGRICULTURA» y «OTROS». A la derecha, un mostrador enorme con herramientas, básculas, papeles y, a su alrededor, objetos más grandes donde había depositados frutas, granos, plantas y objetos de labranza. Por la parte de atrás, una puerta se abría y cerraba con personal que iba llevándose y trayendo productos varios. A la izquierda, el mostrador más pequeño contenía muchos objetos extraños y otros más habituales de todo tipo. Un señor atendía en cada uno de ellos, ambos vestidos de uniforme, y claramente reconocibles como funcionarios del Clan Hermano, aunque sus ropajes eran diferentes a los de Kili, Max y sus compañeros. No había más de cinco personas

esperando delante de nosotros, que aguardamos nuestro turno. Justo encima de nuestras cabezas había un cartel enorme que rezaba: «TASE SUS ARTÍCULOS SIN COMPROMISO. GRACIAS».

Esperamos en silencio, mientras Toro planeaba. Su mente era brillante y a veces inalcanzable. Al tocarnos, dijo tremendamente decidido:

—Tasemos el Orbe.

Parecía como si se forzara a desapegarse del Orbe. Dejándose llevar por un impulso que nacía desde sus vísceras, ahora ofrecía aquel artefacto que con cariño y tiempo habían creado en el taller de la Aldea para conocer su valía. O quizás era curiosidad, no supe desgranar bien las emociones e ideas de mi amigo, y no tenía intención de hacerlo porque, sin duda, su decisión era siempre la más acertada. Los errores pueden serlo solo en apariencia. En cambio, Teo se comportaba en la Cruz de una manera inusualmente distante hacia nosotros. Si su cometido en aquel viaje llegaba más allá, no dijo ni una palabra al respecto. Nos situamos junto al mostrador de «OTROS». El funcionario nos saludó:

—Buenas, ¿en qué puedo ayudarles, caballeros?

Toro metió la mano en el saco y agarró firmemente el Orbe, lo depositó sobre la mesa, y pidió por favor que lo tasasen. El señor cogió unos anteojos de varios cristales que se superponían unos sobre otros, y se lo colocó descansando sobre su frente. Fue un gesto rutinario, ni siquiera había visto el Orbe todavía. Lo acercó a su cara, seleccionó una lente propicia y, balbuceando con curiosidad, dijo:

—Hummm... ¿Qué es?

Los aldeanos intercambiamos miradas. Toro, astutamente, dijo:

—Es una reliquia de nuestra Aldea, pensamos que podría tener algún valor.

El funcionario miro desconfiado el Orbe de nuevo, con mayor profundidad. Sus manos parecían estar fuertemente agarradas al artefacto. Vimos los habituales brillos en su oscuro cristal. Lo colocó en una balanza y, meticulosamente, fue colocando pesas al otro lado, primero grandes y después más chicas, hasta no sin esfuerzo encontrar el equilibrio, y apuntó su peso. El funcionario, extrañado, se agachó para buscar algo y sacó otro artillugio que también disponía de una lente, esta vez más larga y ancha. Examinó el Orbe a través de ella, y fue girando la lente despacio. De pronto hubo un fognazo de una luz intensa que me cegó. Teo y Toro sabían lo que estaba haciendo el funcionario, pero para mí era toda una sorpresa. Esta vez ambos rieron, eliminando todo rastro de tensión. Al instante, del artillugio emergió una lámina que reproducía al Orbe con total realismo: era una máquina de hacer fotos. Recordé la fotografía que guardaba del padre de Mar. El funcionario parecía una persona sincera. Un tanto atónito y confuso, nos dijo:

—Hummm... Lo siento, caballeros, no puedo tasarlo. Nunca había visto algo similar, a pesar de que he visto objetos raros y reliquias de tiempos pasados. Voy a hacer algunas consultas, y en unos días podré decirles algo más certero. Si lo desean, podemos custodiarlo hasta que acordemos una tasación.

Todos nos quedamos sorprendidos por la respuesta. Nos despedimos con un simple y contundente no, gracias, y nos apartamos del mostrador. Toro agarraba con determinación el Orbe. Otro cliente importunó al funcionario que registraba y archivaba la foto. Nos

agarramos de los hombros con las cabezas muy juntas. Podía notar cómo llamábamos la atención, sin saber por qué lo hacíamos. Toro, en voz baja, dijo:

—Muy bonita la cámara de fotos. En el taller teníamos una, pero nunca logramos hacerla funcionar. Perdóname, Maestro, por mentir sobre las funcionalidades del Orbe...

Todo me resultaba tremendamente simpático. Teo le respondió:

—Que una persona camine firme por el Camino Integral no quiere decir que no deba desarrollar una sabiduría práctica para saber conducirse también con acierto y perspicacia en la vida cotidiana. Fuera de la Aldea las normas no están hechas por todos. Las creamos sobre la marcha, sentíos libres de obrar.

Sentía que Teo reforzaba sus argumentos tras lo acontecido aquella misma mañana. No ponía ni una pizca de iniciativa, todo lo que hiciéramos le parecía bien. Sus enseñanzas y emociones para mí eran nítidas, se asentaban armónicamente en mi Ser. Nunca había estado tan motivado como humano, casi parecía estar siendo parte de un juego. Toro me arrebató el saco para guardar el Orbe, aún en sus manos. Deslizó su brazo al fondo para dejarlo con cariño, y entonces palpó algo que no reconocía y sacó la bolsa de cuero que me habían dado los funcionarios del Clan Hermano. Me miró muy extrañado. Salimos de la casa de la Pecunia velozmente. Algunas personas giraron sus cuellos para seguir nuestros pasos. Nos apartamos y salimos a un hueco entre caravanas. Me cedió nuevamente el saco y Toro se apresuró a abrir la bolsa de cuero. Su cara era muy divertida, cómicamente perpleja. Teo reía como un niño al salir al patio de la Aldea, con los ojos muy abiertos. Me miró fijamente y dijo:

—Querido amigo Lao, es una fortuna convivir junto a ti en esta existencia.

Decidimos ir al refugio que estaba a una jornada de viaje. Merecía la pena tras la intensidad de los dos días vividos en la Cruz. Además, habíamos dejado allí parte de la mercancía. Todo estaba intacto al llegar, teníamos frascos de pistos deshidratados y té. Fui a por agua e hicimos un fuego, y serví a mi familia bajo una gran copa tupida que parcheaba la Luna en el cielo, en el patio exterior. Aquella noche, mi amigo elaboró un plan de transición, en el que los aldeanos nos estableceríamos en la Cruz, y rehabilitaríamos el caserón en el que nos encontrábamos. Toro tenía intención de quedarse una temporada larga sin ningún propósito concreto. Creía que era la manera más sutil de experimentar su vida. Alababa la franqueza y decisión que percibía, su implicación era total, y pensé que yo también era afortunado por convivir junto a él en la existencia. Le pregunté a Toro sobre cómo lo habían despedido los aldeanos en la verbena. No superficialmente, sino emocionalmente. Mi amigo había notado ilusión, esperanzas y expectativas sobre su figura en todos los aldeanos. Exactamente igual que yo, le contesté. En cierta manera parecía que estábamos asumiéndolas, aunque su carga no parecía pesarle en absoluto.

Teo seguía al margen. Tanto, que se había marchado a pasear con su pipa. Lo siguiente de lo que habló Toro fue de Kili, contaba con él para seguir nuestro camino. Dijo que tenían una cita para cerrar una colaboración a largo plazo. Primero, cambiar el modelo de negocio: reformaríamos la caravana de sanación de la Cruz y trabajaríamos en ella. Kili sería el propietario, los aldeanos evidentemente no estábamos censados, y los trámites eran mucho más complejos. Hablarían para gestionar las licencias administrativas necesarias

para declarar, y así tributar un impuesto al Clan Hermano. Sobre todo, por los enganches a las tomas de agua y luz artificial, que constituían casi las mínimas infraestructuras de las que disponía la Cruz. El atuendo apropiado para ello era el de funcionario: tenía pensando incluso la ropa que íbamos a utilizar. En un futuro, pensaba que algún otro aldeano vendría seguro a ayudar, para poder delegar y tener algo de tiempo libre. El segundo objetivo: vivir. Ese era su plan. Dio muchos detalles que respondían a cualquier interrogante. Toro no comió nada, era la primera vez que lo veía así. Teo y yo disfrutamos de su conversación; era sorprendente que mi Maestro no tuviera nada que opinar. Ya habíamos terminado de comer nosotros, cuando mi amigo probó el primer bocado, tomó aire y, con la boca llena, le preguntó abiertamente:

—Bueno... Maestro, ¿no dices nada? Casi parece que estoy fantaseando, sin tus réplicas. ¿Crees que el Comité lo aprobará? ¿Y el proyecto Aldea? ¿Ni si quiera vas a hablarme de la interpretación de Aurora?

Teo estaba tremendamente satisfecho, y solo dijo:

—Tu plan es perfecto, Toro, relájate. Simplemente sé consciente de que lo que vivimos no es más que ser parte del proyecto Aldea. Aurora siempre estará feliz con tu aporte a la Interpretación.

Sin duda era mi compañero espiritual, un bastión para mi individuo. Ahora, fuera de la Aldea, lo sentía más evidente. Mi Maestro disfrutaba de la disertación de mi amigo. Vi que sus esperanzas en el proyecto Aldea eran las mismas que volcaba en Toro y en mí, como toda la Aldea. Teo consideraba a mi amigo como un hijo, estaba orgulloso de ver a su amigo Zero reflejado en él, aunque se notaba que era otra generación diferente a la suya, y mi Maestro lo sabía. Era maravilloso estar allí, me mantuve en silencio casi ruborizado por tantos halagos que se decían sin palabras. Me ayudaba a constituir una identidad en el mundo, sin engendrar Ego. Pasamos un día completo allí, planificando.

Al día siguiente volvimos a la Cruz, y fuimos directamente a la caravana de sanación. Había un nutrido grupo de clientes y curiosos. No nos sorprendió ver a Moja, que se encontraba de mal humor discutiendo con Kili. Al parecer, también portaba unos papeles que le concedían los permisos sobre la caravana. No entendí nada, una vez más. Toro invitó a Kili a salir, y se marcharon para conversar sobre el negocio. No tenía dudas de que rápidamente llegarían a un acuerdo, y volvieron sin mucha dilación. Toro le comunicó a Moja nuestras intenciones de regentar la caravana de sanación. Su respuesta fue increparnos con comentarios soeces y vulgares sobre nuestra moral y compromiso, y luego se dirigió a mí personalmente:

—*¡Has roto el trato que hicimos, me siento ofendido por tu ausencia de palabra! ¡Además, vais a arruinar mi negocio!*

El tipo grasiento estaba muy irritado, furioso y dolido. Comprendí sus emociones, que eran bastante sinceras, y me mantuve en silencio esperando a que se calmase para poder salir de allí cuanto antes. Mi amigo Toro se percató y vino rápidamente, con gallardía y calma, tomó sus manos con firmeza y, comprendiendo sus emociones, le dijo:

—Hace siete días, tu negocio era una ruina. Vendías artículos medicinales, vendas, alcoholes, y otros productos; acudía un médico eventualmente, pero no había clientes.



Sinceramente: el azar o el destino hicieron que Lao se topase con tu caravana. Has ganado más pecunia y reputación en estos días de las que podías esperar.

»Nuestro negocio no será tu competencia. De hecho, te propongo que proveas de los artículos medicinales y otros portes. Así serás también parte del negocio, y nuestra prosperidad también será la tuya. Te agradezco mucho tu ayuda, y te deseo lo mejor en tu vida.

Kili le dio una palmadita en la espalda a mi amigo. Moja, rápidamente, nos reconoció como aliados. Estuvo de acuerdo con todo, y aseguró que trabajaría eficientemente, satisfecho de nuevo con el trato. Parecía tener habilidad para hacer negocio con los aldeanos. Sentí a Toro pleno, limpiando nuestros pasos y dejando gente feliz tras ellos. Entré directamente a atender a los clientes y, rápidamente, cogimos las riendas.

Traté a los funcionarios quemados, que se encontraban muy mejorados, y a un enfermo que había llegado por la noche y yacía en el suelo durmiendo. Estuvimos todo el día separados. Llegada la noche, regresaron muy contentos y satisfechos a nuestro nuevo negocio de sanación. Kili venía vestido de funcionario y satisfecho de poder darnos una oportunidad en el mundo fuera de la Aldea. La idea de ayudar a las personas motivaba a todos los presentes. Teo tenía la sensación de que el proyecto Aldea también tomaba la iniciativa. A los pocos días, los funcionarios partieron muy agradecidos, y se despidieron de Kili reconociéndolo como un amigo para siempre.

Moja, muy motivado, nos ofreció una cuadrilla para hacer las reformas a cambio de un precio justo en pecunia. Hicimos ampliaciones y aportamos más medios; poco tardó en asentarse como uno de los negocios más reconocidos de la Cruz. La caravana, ahora conocida como la *casa de Sanación*, era muy espaciosa, y disponíamos de casi todo, con un gran mostrador y unas tiendas colindantes con literas para numerosos pacientes y residentes. La caravana se comunicaba con varias estancias, y también teníamos un depósito de agua abundante, con instalación de lámparas solares para iluminar de noche y facilitar los tratamientos. Finalmente, una letrina propia y un cuarto apartado para nosotros. Gastamos casi todas nuestras pecunias, aunque Kili fue el que invirtió todo su capital para legalizar el negocio. Kili y Toro entablaron una profunda amistad, creando vínculos estables y de aprecio. Ambos eran prácticos y conocían los métodos externos para codearse con el mundo fuera de la Aldea. Tasaban de manera sencilla las cosas, y se comunicaban con facilidad con sus semejantes. Teo fue el único que marchó a la Aldea para cumplir con los plazos establecidos y poder transmitir los planes de Toro.

Al poco de establecernos en la Cruz, los días empezaron a pasar muy rápido, estaba totalmente entregado a mi actividad profesional. Toro, en cuanto pudo, volvió a la casa de la Pecunia para preguntar por la tasación del Orbe, pero el funcionario que nos había atendido pareció haberse evaporado. Kili había aprendido mucho de la convivencia con los aldeanos, se sentía integrado. Su presencia me alegraba. Tratábamos a todos los enfermos indiscriminadamente; no disponíamos de horas suficientes para atender dolencias, quejas o simplemente charlar con los clientes, aceptábamos a tantos como podíamos atender en la jornada. Al ser todo tan diferente a la Aldea, me fui adaptando para comprender a los no aldeanos, y nuevas emociones empezaron a formar parte de mí; algunas suaves, otras tan

intensas que turbaban mi Ser. Pero como consecuencia de la experiencia, fui aprendiendo a depurarlas fácilmente sin que generasen trauma o desvío en mi camino. Me sentía una herramienta al servicio de la vida.

Pasaron un par de meses y yo casi no salía de la casa de sanación. ¡Vaya forma de conocer el mundo fuera de la Aldea!, bromeaba conmigo mismo, aunque sabía que el mundo vendría a visitarme allí donde estuviera. Estábamos desbordados de trabajo, pero aun así, nadie se quejaba. Un día, recibí una visita inesperada en el negocio: dos Agros de la Aldea, Dam y Bin, que eran expertos sanadores. Llegaron cargados de provisiones medicinales, tantas como habían podido cargar, perfectamente catalogadas y muy variadas. Sus únicas palabras tras abrazarnos, fueron: «venimos a ayudar». Portaban un regalo de Tita, su botiquín de viaje, optimizado en sus compartimentos para albergar los tratamientos indispensables para administrar. Era precioso y preciado, labrado a mano y perfecto para su fin, con mucho espacio disponible, aunque el verdadero presente fueron ellos mismos, mis amigos aldeanos.

Finalmente, la Aldea se abría al exterior de una forma cauta y silenciosa. Como primer acercamiento, la Cruz. Durante los días sucesivos disfruté mucho sabiendo de la Aldea y sus aldeanos. Fue curioso notar que no tenían recomendaciones de los Maestros que guiaran nuestros pasos. Pronto lideraron el negocio, y esto me permitió disponer de tiempo y hacer otras cosas, como acudir al local de Tod, que siempre me atendía con cariño aunque nos limitáramos a tomar el té en silencio. Observar la vida de la gente de la Cruz se convirtió en mi única afición. Era un asentamiento en el que sus habitantes tenían esperanzas: algunos de prosperar, otros lo usaban como trampolín para metas más altas. Se notaba el peso de las expectativas en su día a día. No obstante, era muy difícil generalizar, porque por el asentamiento pasaban muchas personas de otros lugares, frecuentemente de Origen o de las regiones más al noreste del Clan Hermano. Toro decía que era la otra opción para aquellas personas que no estaban preparadas para migrar y triunfar en su capital, la megalópolis conocida como Núcleo. La ruta traía muchos viajeros. Las llegadas en cápsulas de levitación se producían a diario, y las instalaciones estaban siendo ampliadas, por lo que el tráfico de mercancías y humano aumentó destacablemente. Apreciaba toda esta transformación allí sentado, desde la plaza en el local de Tod, mientras degustaba su fabuloso té.

Vivíamos centrados en el presente. Pasaron varios meses más hasta que otro aldeano llegó a la Cruz, aunque este estuvo poco tiempo y se marchó a Origen. Las nuevas de la Aldea eran que no había noticias: la vida transcurría ajena a nuestra partida, nada que resaltar de los Maestros, ni de Teo, solo nos mandaba un simple abrazo. Era justo lo que necesitaba, saber que mi partida no creaba ningún vacío en los aldeanos, ni en mi Maestro, ni siquiera en mi ahijada Mar. Toro había apartado el asunto de la tasación del Orbe, aunque nunca llegó a olvidarlo del todo.

El espacio de mayor encuentro social de la Cruz era el local de Tod junto a la plaza, al otro lado de la casa de la Pecunia. A todos les agradaban el té y las tortas, además del servicio. Toro, Kili y yo acudíamos a diario, era nuestro momento íntimo y reservado para forjar sinceramente nuestra amistad. Las historias del mundo que narraba el exfuncionario

eran increíbles, no por inverosímiles sino por lo ilógico e insustancial de las actuaciones de sus protagonistas.

El anciano Tod siempre mantenía conversaciones sencillas, aparentemente triviales, pero de un impacto en la consciencia totalmente enriquecedor. Todos se marchaban serenos y con la comprensión de algo que necesitaban saber. El resultado siempre parecía fortuito, como si el anciano nada tuviese que ver en ello, aunque realmente siempre obraba de forma sutil. Por ejemplo, un día se sentó un hombre junto a mí, procedente del mismo Núcleo. Su aspecto era complejo de describir, parecía un hombre de negocios. Estaba anotando con un lápiz muchos números y letras en su agenda, que parecía acompañarle siempre. Decía que disponía de mucha pecunia para comprar madera a los mercaderes. Había oído hablar mucho de la preciosa y aromática madera de sándalo, pero nunca había tenido ocasión de verla. Quería montar un negocio de ebanistería, y por eso había venido a la Cruz. El hombre le preguntó a Tod si conocía algún mercader noble para que no le timase con la madera, o si sabía dónde encontrar muestras, o de alguien que supiese localizarlas. Le hizo varias preguntas de ese tipo sobre madera de sándalo, pero no llegó ni a mirarle a la cara. El anciano parecía absorto, como si no se enterara de nada. El hombre siguió escribiendo en su libreta, y mordisqueando el lápiz con aires de prepotencia, insistió:

—Viejo... ¡Viejo...! ¿Me oyes?

El venerable anciano Tod le dijo:

—¿Qué muerdes, amigo?

Y se marchó, dejando su vaso repleto de delicioso té. Pensativo, el oriundo del Clan Hermano volvió a mordisquear el lápiz con el que tantas anotaciones había reflejado en su gastada agenda. Lo mordía insistentemente, degustándolo. Lo secó con el puño de su camisa y lo acercó a su nariz. Sus ojos, muy abiertos, vislumbraron una mayor comprensión que se apoderó de su sique. Más allá de reconocer la madera de sándalo con la que estaba hecha aquel lápiz, entendió que, si la percepción estaba embotada, se estrellaba en las apariencias de las cosas. Dio una generosa propina, aunque sin pretender pagar el gesto altruista de Tod.

El asentamiento crecía igual que la reputación del local de Tod, hasta el punto de que el anciano no podía atender a todos los clientes. Muchos de ellos, maleducados, mostraban sus protestas apoltronados en sus asientos. Para solucionarlo, le animamos a extender su negocio y delegar el local junto a la plaza a terceras personas que fueran de su confianza. Hecho esto, adquirió un terreno cerca de nuestra casa de sanación. Estableció unas jaimas con unas telas muy bellas, no muy grandes, pero con todo lo necesario y comunicadas entre ellas. Era un sitio más reservado que el local central, y siempre disponíamos de intimidad. Los asistentes solían ser invitados de Tod o frecuentes lugareños de la Cruz. Casi ningún viajante de las rutas entraba. Se entablaban tertulias mientras se compartía un buen té. El ambiente era muy acogedor, y acabó siendo nuestro retiro en medio del asentamiento. Establecimos unos turnos en los que atenderíamos el negocio, pero mi amigo me insistió en que encontrase mi tiempo de ocio en la Cruz. En la Aldea no había muchas diferencias entre el ocio y el trabajo, por lo que frecuentaba a diario las jaimas de Tod. Observaba, escuchaba y sentía todo lo que sucedía, generalmente sin inmiscuirme demasiado.

Cuando estaba solo también acudía al local de la plaza. Cada vez más personas de diferentes regiones, con vidas abiertas y desordenadas, llegaban desde la ruta este, que partía de Origen, de donde era Mar, y paraban en la Cruz antes de llegar al Clan Hermano. También la Cruz era la intersección con la ruta norte que llegaría cerca de Sofópolis, aunque no estaba en servicio todavía. Este tránsito hacia el norte solo se podía realizar por caminos y vehículos rodados, poco eficientes y poco usados. Mis amigos comentaban que los convoyes de levitación magnética eran cápsulas de levitación que se desplazaban en fila por las vías del subsuelo. Portaban personas del este, es decir, de Origen, o del oeste, de zonas gobernadas por el Clan Hermano. Solían transportar en torno a mil personas. A la Cruz llegaba como mínimo un convoy al día. Me sorprendió que las vías de levitación eran en realidad varias en paralelo, por lo que otros muchos convoyes podían circular al mismo tiempo bajo nuestros pies. La mayoría no paraba en la Cruz y continuaban su camino directo, cargados de materiales debido a la creciente y próspera relación entre Origen y el Clan Hermano, al menos desde el punto de vista comercial. La información que podía adquirir de las charlas de los viajeros era variopinta, aunque todas confluían cuando se hablaba del crecimiento de la región del Clan Hermano.

Una instalación solar colindante con la estación fue puesta en funcionamiento de forma completa; estaba casi totalmente enterrada por la arena, y requirió mucho trabajo liberarla y, por ende, mucho personal. La gente migraba al Clan Hermano o a Origen buscando una nueva vida y esperanza. Decían que eran tierras de oportunidades para ganarse la vida, aunque nunca entendí aquel concepto, dado que la vida se gana al nacer, de la misma manera que la perdemos al morir. Solo un instante de lo eterno define nuestra existencia, y esta obviedad me animaba a experimentar sin carga ni presión.

Muchos funcionarios paraban a vernos. Los quemados, que habían retornado a sus ocupaciones, volvían siempre con regalos. Parecían admirar a Kili por su cambio de vida. Algunos estaban cansados, aunque conformes con su trabajo; otros, simplemente cansados. De vez en cuando, Halcón aparecía surcando el cielo por encima de mi cabeza, controlando el asentamiento y a los aldeanos.

Un día agotador acudí a descansar a las jaimas de Tod. Antes de entrar leí un cartel que rezaba: «CERRADA AL PÚBLICO. CELEBRACIÓN PRIVADA. DISCULPEN LAS MOLESTIAS». Dispuesto a marcharme, sentí la mano de mi Maestro Teo que frenaba mi partida. No sabía que estaba en la Cruz, fue una sorpresa increíble. Pasamos a la primera jaima, el ambiente era cálido, aún con un par de horas para la caída del Sol. La luz se filtraba por la tela y las ventanas estaban levantadas. Proseguimos a la siguiente jaima y nos sentamos bajo la más espaciosa, sobre mullidos y cómodos cojines y junto a una enorme bandeja donde humeaba el té. Los acompañantes de la celebración privada eran el Maestro Zero y el Maestro Craso. No pude contener la emoción y abracé a Teo, que aún tenía su brazo sobre mi hombro, como fundiéndose con mi Ser. Después, a cada uno de ellos, que se levantaron prestos. El aroma de familia me embriagaba, besé y saludé a uno tras otro. Aún quedaban huecos por cubrir, y pronto entraron Kili y Toro. Parecía que nos habíamos situado en torno a la bandeja en un corro. Nos acomodamos sin ningún orden. Yo estaba cerca de Kili, coloqué varios cojines a mi espalda, y me incliné ligeramente, sintiéndome muy cómodo y reponiendo fuerzas,

dispuesto a compartir. Encendieron una buena pipa y el humo se escapó rápidamente de la jaima como por una chimenea, dejando el olor en el ambiente.

Tod se acercó a servimos y se acomodó junto a mí sobre sus piernas cruzadas, en flor de loto perfecta. Ya no volvió a servirnos, y se convirtió en un invitado más. Teo, a modo de anfitrión, presentó a sus amigos haciendo especial reconocimiento en su maestría y sabiduría. Primero se formaron tertulias entre varios, cortas y diversas. Después, dos grupos claramente diferenciados: un grupo formado por los tres amigos, que disponían de su tiempo como el cielo las estrellas, pasaban la pipa y vibraban felices. Era muy difícil distinguir la individualidad dentro de la emoción que emanaba del grupo. Los tres brillaban por igual, pues disponían de una mente colectiva, eran un Cónclave en sí mismo. Parecía que llevan tiempo sin verse, a pesar de que venían de la Aldea, o eso pensaba yo. En el otro grupo, Toro y yo explicábamos a Kili y a Tod asuntos de la Aldea, encajando nuestros vínculos afectivos hacia los presentes. El anciano pintaba en su cara una sonrisa plena, que emanaba como de un Ser Integral. Guardaba silencio y escuchaba con mucha atención como en anteriores ocasiones, pero sentí que era un día especial. Comimos y nos sirvieron espirituosos. La noche se intuía, asomándose desde el exterior, por lo que iluminaron la jaima tenuemente y encendieron inciensos. Teo no perdía de vista al anciano desde el otro grupo, a pesar de que nunca lo miraba. Sin duda, sabía de su relación con Aurora. Estaba muy intrigado, y esa motivación nacía de un vínculo profundo que no alcanzaba ver. Miré sutilmente a mi Maestro y percibí exactamente la misma esencia del anciano Tod: esto era lo que generaba su curiosidad.

Toro empezó a llamar la atención de todos para que escuchasen la conversación que mantenía Kili sobre una de las preocupaciones del gobierno del Clan de los Hermanos. Lo principal era que los funcionarios estaban encontrando más resistencia de la esperada, decía que había aumentado el número de fieles que luchaban en contra de las políticas invasoras del Clan Hermano. Los focos estaban localizados alrededor de las Jorobas, unas cordilleras al este, y el más grande de ellos emergía de Origen, lo cual era un problema añadido, dado que era una ciudad muy importante para mantener la productividad de su sistema capital y social. Kili, tras su larga experiencia como funcionario, conocía el problema porque lo había vivido de primera mano: encuentros, altercados, interrogatorios, revueltas y demás. Como algunos de sus fieles, tenía mucho dolor y arrepentimiento en su voz. Su charla emotiva era una purga necesaria para el Alma. Toro lo consoló. Cuando pudo recuperarse, continuó:

—El caso es... que el gobierno del Clan Hermano quiere controlar a los fieles para que no desestabilicen a Origen con sus ideas, muy alejadas de sus intereses, y sofocar el problema antes de que sea crítico... Han declarado a los fieles del Equilibrio como una organización religiosa ilegal en el Clan Hermano. Aunque Origen no entra dentro de su jurisdicción, sin duda esta postura enrarecerá el ambiente.

Al escuchar la expresión *fieles del Equilibrio*, muy sorprendido, Teo sintió fluir los procedimientos de la Fuente. En general, a todos nos impactó mucho, quizás a mí algo menos, y casi nada a Tod, que no perdía la sonrisa radiante. Descansamos ligeramente de tanta atención. El ambiente pareció animar a Kili a continuar:

—*Los fieles del Templo del Equilibrio provienen del norte de las Jorobas. Siempre han tenido relaciones con la gente de Origen, de hecho, existen caminos de peregrinación hasta*

*la Meseta, donde se encuentra el Templo. Predican un mundo sencillo y equilibrado, para no volver a incurrir en errores pasados de civilizaciones antiguas. Es la antítesis del sistema del Clan Hermano, que lo devora todo a su paso.*

Kili parecía estar muy documentado, reflejando que la relevación y transformación que había sufrido su Ser se venía produciendo desde tiempo atrás. Nuestro encuentro fortuito tenía mucho sentido. Las emociones y sentimientos de Teo olían a recuerdos de su hogar, impregnados de patriotismo. Eran similares a los que emanaban de mí al recordar la Aldea. Pero lo más sorprendente fue notar a Tod reconocerse en su Ser pasado que, como un fantasma, reaparecía en su interior. Su Alma recuperó matices propios del individuo. Las palabras de Kili estaban provocando que se produjeran procesos cognitivos en cada Ser, convirtiéndose en una realidad paralela en el interior de cada uno de los comensales. Sus esencias podían ser interpretadas como si el tiempo no existiese. Retroactivamente, me nutría de cada uno de ellos devolviendo mi comprensión, replicando una mente colectiva, un Cónclave que percibía claramente el presente como consciencia que gobernaba mi Ser al servicio de todos. Teo y Tod eran muy empáticos, y sus silencios meditativos desvelaban su participación al escuchar las palabras de Kili, que proseguía así:

—Los fieles luchan por vencer pacíficamente esa tendencia de imposición por parte del Clan Hermano. Son los únicos que han entendido el problema de la península y del mundo hacia el que nos dirigimos nuevamente. El gobierno de Núcleo es el máximo responsable del desequilibrio, acentuado aún más por el uso excesivo de las vías de levitación, que está transformando la sociedad a pasos agigantados, solo para llenar vidas vacías de consumo y satisfacer deseos y ambiciones de estatus, Egos, poder, división... La Religión del Equilibrio es el único camino para la salvación.

No era capaz de seguir centrando mi atención en Tod y Teo. Solo podía reflexionar sobre la confesión de Kili. Caí en una meditación espontánea, algo dentro de mí me alentaba a pensar en voz alta con un deseo irrefrenable de compartirlo con todos. Sin dirigirme a nadie, sin pensar, nació de mí una voz que provenía del sitio donde confluyen las emociones y sentimientos. Concentrado, como si mi Ser fuera un oyente más, con la cabeza gacha y con la mirada perdida, mi boca empezó a pronunciar palabras entendibles que llegaban a mi mente desde aquel plano donde participaban todos:

—La mayoría de las religiones del mundo solo sirven para reforzar los apegos a falsos conceptos como los del yo y otros: vida y muerte, cielo y tierra... Quienes quedan atrapados en estas falsas ideas, quedan impedidos para percibir el Sutil Proceder. La suprema virtud que se puede ejercer es aceptar la responsabilidad de descubrir y transmitir la verdad total.

»Algunos ayudaremos a los demás para recibir recompensas y admiración. Esto carece simplemente de sentido. Algunos se cultivan a sí mismos, en parte para servir a los demás, y en parte para servir a su propio orgullo. En el mejor de los casos, entenderán la mitad de la verdad. Pero a aquellos que se mejoran a sí mismos por el mundo, a esos les será revelado el sutil proceder de la Fuente, creadora de realidades.

»Así pues, buscaremos esa verdad total, practicándola en nuestras vidas cotidianas y compartiéndola humildemente con los demás. Sé fiel al Camino Integral, te hallarás asentado en la Fuente. Así entrarás en el reino de lo divino. Nuestro yo interior se fundirá con el



Cónclave, sofocará la falsedad de la mente dejando limpia la consciencia para que el Alma participe de las emociones y respuestas que buscamos, y estas siempre las hallaremos disponibles en el interior del Ser.

Fue la primera vez que experimentaba aquella sensación: como carentes de intencionalidad, las emociones y palabras brotaban de mí para cualquiera que quisiese sentir u oír. Sin duda, la vida fuera de la Aldea había transformado a mi Ser, abriéndome de otra manera al mundo. Kili, verdaderamente, se sentía hermano de la causa de los fieles y de su religión. Lejos de ofenderse, parecía haber comprendido tanto como yo mismo. Su asimilación lo calmaba, su Ser se sentía con la compañía indicada. Tras un silencio calmado de todos los asistentes, reflexivos, todos hicieron suyas las emociones y palabras. En Tod desapareció toda muestra de individuo, su esencia pura era reconocible de nuevo. Su asistente entró en la jaima para retirarlo a descansar, pero él seguía sonriendo inalterado, sin cambiar su posición. Mi Maestro estaba muy orgulloso y alegre. Se acercó a mí y agarró las manos de Tod para llamar la atención del anciano. Los párpados de este se abrieron y sonrió más si cabe, casi usando todas las arrugas de su cara. Y, como si una gran verdad fuera a ser revelada, le dedicó unas sinceras palabras:

—Venerable Maestro Tod, nosotros somos Maestros del proyecto Aldea. Finalmente encontramos la ubicación perfecta para llevar a cabo nuestro cometido, de frondosa vegetación, agua en abundancia, temperaturas suaves, una planicie de cultivo perfecta, y una hermosa ladera en una montaña escondida. Eres un anciano de naturaleza complaciente y hermosa, tu recompensa es ayudar a los demás, a sus mentes compungidas, y liberar sus Almas. Pocos como tú quedan ya en esta realidad, capaces de mostrar el devenir a los que quieran escuchar. Tu presencia es capaz de invocar al Cónclave que habita silencioso en cada Ser, tu presencia nos ilumina.

Tod, más despierto, hizo gestos para desentumecerse. Su asistente, con mucho amor, se situó tras él para ayudarlo. Tod se despidió con leves gestos.

Dam y Bin entraron también tras terminar de atender el negocio de sanación y tomaron asiento. Toro les sirvió la cena y les llenó el vaso de té. La asistente de Tod volvió sola, y muy tímidamente se sentó. Todos la saludamos armoniosamente y la integramos para que estuviera calmada. De paso, mi amigo le sirvió té. Su preciosa voz preguntó directamente a Teo sobre las palabras que le había dedicado al anciano, que ella también había escuchado:

—Maestro Teo, sirvo con pasión a Tod desde que lo encontré. Él me ha dado todo lo que soy, sé que es un hombre único y venerable. Dicen que llegó de las Jorobas siendo ya tan anciano como lo es ahora. Últimamente está peor por las noches, dice que no quiere atención, y respetaré su voluntad hasta el final... Pero, por favor, Maestro, parece que lo conocéis bien. ¿Sabrías decirme quién es?

Teo tenía mucho que decir, pero debía satisfacer a aquella mujer con un resumen a modo de respuesta que contuviera las emociones y la comprensión que se habían desvelado en su interior. Optó por una contestación directa:

—Tod es un Ser sin Ego, un recipiente del Cónclave que permite a nuestras Almas hacerse presente en nuestras consciencias.

Todos nos quedamos muy satisfechos, con ilusión de existir y de haber conocido al venerable Tod. Su implicación con el proyecto Aldea era toda una incógnita para mí, pero no me importaba en absoluto, Teo sabía quién era perfectamente. Todos nos quedamos en la Cruz salvo el Maestro Craso, que marchó hacia la montaña. Decía que no quería pasar ni una noche más en la Cruz, le gustaba estar solo. Al despedirse, le dio a Toro una nota que había llegado de Sofos. Iba en un sobre ya abierto. Luego se marchó bajo la noche estrellada, como si la ausencia de luz velara su tránsito entre las caravanas de la Cruz. Parecía delegar el devenir en el propio devenir, en calma y en paz. La nota decía:

«Hermanos que habitáis en la Aldea: sabemos que el gobierno de Núcleo ha localizado el Orbe en la Cruz. Esto es información, vuestras voluntades no deben verse afectadas. Firmado: Mayor Fer».

Rápidamente, vinculamos la nota con la tasación de la Casa de la Pecunia. Esta vez los Maestros tampoco compartieron sus impresiones sobre la nota. Toro no dijo nada, y ni siquiera asumió la responsabilidad, tarde o temprano había de pasar algo. No hicimos nada, ni especulamos con hipótesis, como si aquella comunicación pasara desapercibida en la maravillosa noche que acaba de acontecer. El día había sido agotador, la noche, gratificante, y el sueño, plácido

### 3.3. La aventura de estar vivo

Una atmósfera onírica bañaba el ambiente, me senté en un local desconocido en el sitio indicado. Miraba al cielo y el tiempo seguía seco. Había hecho calor últimamente, las lluvias serían bienvenidas. Una mujer estaba sentada cerca de mí, ocupando dos mesas cuadradas que hacían un rectángulo, su escueto desayuno arrinconado en un vértice frente a su mano derecha. Miraba la escena con mucha atención mientras comía una torta de trigo que intercambiaba con sorbitos de zumo de fresas, rojo como sus labios en contraste con su piel clara. Una bandeja con dos vasos y té, que parecía estar muy caliente y en reposo, a la espera de ser tomado. Tenía la cara manchada de maravillosas pecas, su rostro reflejaba la luz de la luna en pleno día, su frondoso y largo cabello negro, como el fondo oscuro donde tintinean las estrellas. El resto de la superficie de las mesas la ocupaban varias herramientas que desplegaba intencionadamente frente a ella: un punzón, un martillo pequeño, un lápiz, dos puntillas y una segueta más pequeña que una palma. Sobre una silla tenía una bolsa bastante amplia, su estampado parecía un hermoso jardín, y disponía de varios compartimentos exteriores, uno de ellos con una pared rígida que parecía su reverso, acolchado para apoyar en la espalda.

Sacó muchos palillos todos decorados con motivos florales, como aquellos que algunas personas usan como cubiertos para comer y que requieren de una destreza digna de un titiritero. Con la mano izquierda los depositó sobre la mesa sutilmente, después rozó cada uno de ellos con la yema de sus dedos mientras los contaba, como si estuviera bailando con los palillos. Dieciocho conté yo. Al llegar al último lo sostuvo con decisión, alzándolo al sol y con su mano derecha lo ahondó en su pelo, obligándolo a adquirir la forma deseada. Su cabello quedó sorprendentemente recogido, permitiendo deleitarme con su largo

cuello. Fue finalmente el palillo de las flores del cerezo que lucían coronando su hermoso moño, el fundamento de la acción no era la belleza en sí misma, sino la utilidad o practicidad de lo que pretendía hacer. Obnubilado por toda ella no lo había percibido: noté la mirada valiente de aquella mujer. Con los ojos negros cubiertos por unos párpados rasgados, con la tranquilidad del que se dirige a un conocido, me dijo suavemente:

-Un palo de lluvia... eso es lo que voy a hacer. ¡Ven! ¡Ayúdame!

Con una leve reverencia acepté la invitación. Desplazó el bolso del asiento para que me sentara junto a ella, siempre es mejor que sentarse enfrentados para entablar una conversación, es más íntimo y cercano. Bajo su asiento mostró una ancha caña de bambú, su perímetro, posiblemente de más de un metro de largo, solo era abarcable con sus dos manos, y estaba totalmente hueca. Degustaba cada detalle que tuviera que ver con ella, sentía intensamente como en un sueño sin calibre, entonces me ofreció el extremo del bambú apoyándolo sobre la mesa. Con la mano derecha cogió el lápiz y marco una fila de puntos exactamente separados unos de otros, sentía su intención de rotar el bambú como si de un engranaje sincronizado se tratase, y mi mano respondió a la suya. Volvía a marcar otra fila empezando por el extremo más alejado y llegando a estar tan cerca de mi mano que se me erizó el vello del brazo. Hizo cuatro filas más, desplazadas unas de las otras con una medida exacta.

Dejó el lápiz para coger una puntilla aprisionándola entre el dedo meñique y su pulgar oponente, mientras sostenía el martillo con la otra mano. Situó la puntilla sobre las marcas hechas en el bambú, golpeando tres veces con la misma intensidad, y a la cuarta dio el toque justo para traspasar la cara del cilindro sin romper el bambú. Las extrajo con facilidad haciendo dieciocho orificios en los puntos anteriormente marcados. Después engrosó el orificio con el punzón enroscando ligeramente, no dañaba la superficie que fácilmente podía agrietarse. Yo acompañaba todas sus acciones, agarraba firmemente esperando la fiereza del golpe del martillo, giraba la muñeca para ayudar a posicionar en la marca, podía sentir la pasión en sus detalles, el amor que volcaba hacia lo que hacía. Un palo de lluvia, daba las gracias porque existiese algo así.

Sentí cómo quería arrebatarme el bambú y lo cedí antes de lo esperado. Golpeó sin mucha fuerza en la mesa y le brindó su sonrisa a mi gesto torpe. Lo apoyó por su base y lo puso verticalmente, se veía perfectamente una espiral de orificios que bajaba como hormigas en un árbol, mirando satisfecha el trabajo realizado. Nada ocurría más allá de nosotros. Serví té para ambos muy galantemente, vertí el azúcar y daba vueltas con la cuchara para endulzarlo. Ella giraba la cuchara en la otra dirección, ambos lo notamos, la miré y sonreí también, en sentido opuesto a las agujas del reloj, pensé, aunque todo indicaba que ella estaba pensando en algo diferente, más peculiar.

Cogió el primer palillo y lo introdujo en uno de los orificios, golpeó con el martillo nuevamente hasta encontrar su punta con la cara interior del cilindro, el diámetro del orificio ensanchaba con la forma del palillo y quedaba embebido en el bambú tras usar la sequeta para cortar el sobrante, dejando la parte más ancha donde se veía el motivo floral con claridad, después lo rasuraba con una lija para borrar cualquier junta. Hizo un par de veces más la misma operación y me dijo:

-Por favor sigue tú.

Con delicadeza y rigurosidad repetía sus movimientos. Notaba calor mientras procedía, tenía una camiseta de tirantes y un pañuelo que se quitó, dejando ver su piel tatuada, estaba pintada con bellos y evocadores dibujos, desperdigados por su cuerpo sin orden, las pinturas tupían sus sinuosas curvas, como una creación en un lienzo de una historia vivida, que formaba parte de ella y habitaba como un recuerdo en su cuerpo.

-Un palo de lluvia, es un instrumento que imita el sonido de la lluvia -susurró con voz melodiosa e intención de motivarme en mi tarea.

Iba por el palillo diecisiete, solo quedaba un agujero. Mi atención era plena pero no solo hacia el palo de lluvia. No había más palillos, a pesar del orificio por tapar. Me arrebató el bambú decididamente, cuando lo cogió me alivié. Ella me lo puso en el ojo, a modo de catalejo, para ver cómo los palillos formaban un laberinto en su interior hasta encontrar la luz de su cara al otro lado. De súbito se levantó, soltó su pelo con un simple gesto al tirar del palillo, lo que antes parecía firme en un instante fluyó mostrándose dúctil, meció su cabello negro al viento con movimientos serpenteantes que se transmitían por todo su cuerpo curvado de mujer, cubriendo sus pinturas hasta donde la espalda se dividía en dos. Introdujo el palillo, cortó y lijó: ningún orificio sin tapar. Cegó un extremo del bambú con una tela dura y la abrazó con cuero, fijándola firmemente, lo selló con una de las puntillas. Sacó dos saquitos que colocó frente a mí, uno con arroz y otro con lentejas, y, puñadito a puñadito, introdujo las semillas en el bambú. Degustaba cada instante, uno de arroz que sonaba como un desprendimiento de piedras por una ladera y otro de lentejas con un sonido más acolchado. Cuando estimó suficiente cerró el otro extremo del mismo modo, quedando las legumbres confinadas por siempre en el interior del palo de lluvia.

Sin dilación me lo ofreció, para que le diera la vuelta. Lo agarré por su centro, con una mano lo giré y lo puse en horizontal, frené con brusquedad para girarlo muy lentamente, empecé a sentir el peso de las legumbres en el extremo que iba venciendo al equilibrio, derramándose por las paredes interiores del bambú. Notaba los granos de arroz y lentejas golpear el laberinto de palillos de madera, su forma y su peso daban forma a un ruido completado por la propia fricción entre las legumbres y el bambú. Sobrepasé un ángulo crítico a partir del cual debería contenerlo para seguir girando lentamente, mi muñeca aplicaba una fuerza proporcional al peso alejado del centro, no quise aguantar mucho más para girar más rápido. El sonido se transformó, empezaba tornarse fluido, indistinguibles los ruidos que los componían, solo se podían escuchar las gotas caer de cielo y golpear el suelo, de manera única y verdadera, como si estuviera lloviendo sobre nosotros. Lo repetí en varias ocasiones analizando las interacciones que ocurrían en el interior del palo de lluvia. La mujer me miraba recompensada por la vida y finalmente me comentó:

-Existen personas que al escuchar el complejo sonido que emite el palo de lluvia generan en sus mentes una idea de semejanza con la lluvia. Otras suponen crear el sonido de la lluvia permitiendo una coordinación de la caída de las legumbres en el

interior del bambú, siendo el sonido creado sincero con su oído. Y otras, en cambio, saben que ambas opciones son posibles... Lao, ¿qué tipo de persona eres tú?

Cuando dijo mi nombre noté cómo iba recuperando la consciencia, sentía cómo me despertaba de tan plácido sueño, yacía relajado en la cama. Me incorporé con ilusión y pasión, muy propias de estar vivo, pensaba que, si alguna vez se me concediera un deseo, ella sería mi deseada, quise soñar con esa mujer todas las noches de mi vida, quizás de otra vida que pudiese experimentar, en otra realidad cosas maravillosas podrían nacer de nuestro amor.

Nuestros hermanos Agros de la Aldea, Dam y Bin, estaban muy felices y asentaron el negocio magistralmente. Otros aldeanos se animaron a venir al asentamiento, siempre podían ayudar a la casa de la sanación, se atendía por igual a aquellos que se lo merecían y a aquellos que no. Un grupo de aldeanos migraron al refugio más grande para darle vida y formar una pequeña comunidad anexa a la Aldea, desde allí en una jornada a caballo se llegaba a la Cruz. Pasado ampliamente el ciclo noté mi vida estanca, sin que eso supusiese un problema, sentía a Toro muy vinculado a Kili y a las causas que estaban creando en común.

Mi rutina consistía en vivir desde un prisma ajeno, como un observador de mi presente. Me levantaba en busca del primer convoy que llegaba a la Cruz, casi al alba. Me ponía mi mejor calzado deportivo y me dirigía a la zona de puestos de comida, donde la muchedumbre de gentes llegadas desde otras regiones de la península desfilaba calle abajo. El ejercicio matutino empezaba recorriendo la calle principal en sentido a la estación, me chocaba y desplazaba entre la multitud, sin importarme el contacto de cuerpos, algunas veces incluso tenía el torso descubierto. En la Cruz no realizaba tareas muy físicas por lo que el deporte estaba justificado, además desprendía una sinergia que me nutría de un sinfín de emociones diferentes recorriendo un mundo de sentimientos alejado de los que conocía hasta el momento, mi percepción me permitía comprender las experiencias y motivaciones de mis semejantes. Posteriormente, bordeaba corriendo las últimas caravanas y edificios que, cada vez más, se iban construyendo en las periferias, y terminaba el deporte con el bombeo del agua, llegaba sudado, por lo que el aseo me sentaba de maravilla. Después desayunaba, generalmente fuera, y muchas veces en un local que servía unos desayunos muy decentes, incluso con huevos y carne, era casi lo único que comía al día, salvo algunas piezas de fruta o mendrugos de pan y siempre regado con té o infusiones de cafeína.

Casi parecía no haber estaciones en la Cruz, el calor persistía en el asentamiento. Tenía una vida constituida, podía valerme por mí mismo fuera de la Aldea, pero aún sentía vivir lejos de ella. La Cruz parecía seguir siendo un sitio por el que los aldeanos estábamos de paso, como otros muchos que llegaban y se marchaban a diario. Estas emociones solo me eran reconocibles en presencia de Toro, que, como compañero espiritual, caminaba junto a mí, él me recordaba el pasado y dibujaba el futuro. Me produjo una mala sensación impensable dentro de la Aldea, pero el mundo fuera de ella tenía otras reglas y metas, el Camino Integral se mostraba nítido pero obligado a adaptarse a las circunstancias y tal cual se plasaba en mi Ser. Recordaba las Cuatro Virtudes: la reverencia por toda vida, la sinceridad natural, la mansedumbre y la actitud de ayuda. Todo era fácilmente aplicable en la Cruz, solo que los procedimientos eran diferentes, al igual que los escenarios y los problemas. De

algún modo fue sencillo adaptarme, observando holísticamente, con la justa implicación para que una pizca de humanidad fluyera por mi Ser.

Múltiples personas que llegaban a la Cruz eran bondadosas, otras eran Ego puro, había sanos, enfermos, altos, bajos, muchas razas, tan dispares que podrían catalogarse como otras especies. Intentaba sanar la mente de los enfermos y de los sanos por igual, aunque no me solía inmiscuir en asuntos que no me concerniesen. Había asimilado la forma de vida del asentamiento y sus gentes, emociones dispares y complejas, pero rápidamente reducidas a sencillas con el prisma holístico. A veces usaba la verborrea para paliar alguna trifulca entre personas. Mi transformación estaba basada en el cambio que supuso en mi vida el pasar a compartir con aldeanos a hacerlo con no aldeanos: sus trazas de apego, frivolidad, Ego y demás sentimientos me ayudaban a conocer sus existencias y vivencias, pudiendo ser usadas para computarlas en el presente y hacer algo bueno con ellas. Me surgían compromisos, como invitaciones a comidas o cenas de algunos miembros de la comunidad, a los que generalmente me acompañaban mis amigos; en realidad no sabría distinguir si era yo el acompañante. La realidad era coincidente con mi interpretación de esta, efímera, en cualquier caso, pero pesaba en mis congéneres y en que la compartíamos como única.

Con el paso del tiempo estar en la Cruz suponía un continuo esfuerzo de meditación para gestionar las emociones de la sociedad de mi entorno, tanto que en algunas vivencias llegaba a un estado de reflexión absoluto, no tenían por qué ser trascendentes, diría que incluso en apariencia eran banales, los sucesos contenían toda la información necesaria para valorar la condición humana, evidentemente sin poder ser juzgada. En varias ocasiones entré en meditación espontánea, como aquel día en la cena con Tod y la visita de los Maestros, donde palabras y emociones emanaban de mí de forma no intencionada, la compañía y el momento definían la viabilidad del suceso. Había quedado impresionado con la identidad de Tod y su anciano Ser, me identificaba mucho con él. Todo era Verdad Sutil, el Cónclave hablaba usando mi carne como portavoz en esta realidad experimental y mi consciencia era clara. Los presentes adquirirían empáticamente las emanaciones y las hacían suyas, compartíamos las esencias de nuestras Almas de una manera suave, como si aflorasen del interior de uno mismo, sin atisbo de imposición o conflicto, solo nos elevábamos compartiendo mutuamente.

Solía llegar a ese estado emocional cuando algo entraba en conflicto con mi consciencia, se necesitaba una energía de activación y algún reclamo de Alma. Teo se volcó mucho en ayudarme. Adquirí la responsabilidad de transmitir la voz de mi interior, intentando adaptarme a los presentes en el presente, en función del estado empático, emocional y cultural. Me dignificaba mucho compartir la experiencia con otros, aunque estaba agotado y sentía una rutina que pesaba, tanto como les ocurría a mis semejantes en sus quehaceres diarios. Vivir en el mundo fuera de la Aldea Cruz requería un coste emocional importante. Soñaba con la Aldea y sus nuevos aldeanos, especialmente soñaba con paseos por los huertos con Mar, explicándole la sencillez de gozar en las pequeñas acciones, conversaciones con ella en la Plaza, miraba la foto de su padre a menudo, como ofreciéndome para que algo ocurriese al respecto.



Muchas personas que venían desde la estación de levitación eran de Origen, llegaban generalmente agotadas y tristes, descontentas con su forma de vida, cedían su tiempo y trabajo, recibían su jornal valorado en pecunia. Un día tras otro llegaban muchas personas, cada vez más. Un nuevo perfil de visitante, los llamados “turistas”, también decidieron venir a la Cruz, se distinguían de los otros por su disposición a dar y recibir, era una suerte dar con ellos porque generalmente estaban felices y todos los mercaderes los buscaban insistentemente.

Me encontraba en la plaza junto a Toro y Kili, bebiendo té. Ese día cerramos la casa de sanación en la que solo se atendían urgencias, la idea era mezclarnos con la gente y observar, oír, sentir y rastrear sus gestos, sus palabras, sus emociones y sus vidas, compartirlas entre nosotros y así pasar tiempo juntos los tres. Recibimos una oleada de gente que instantáneamente abarrotó el puesto de Tod, pudimos escuchar varias charlas de los viajeros, un grupo había venido caminando desde Origen, tardaron varias decenas de días sin mucha prisa, tras visitar la Cruz tenían intención de ir a las Jorobas y cambiar sus vidas por otras más acordes con sus sueños. Un par de amigos que trabajaban en las minas de reciclaje y querían experimentar el viaje en las cápsulas de levitación comentaban que la sensación se asemejaba a estar bajo el agua constantemente, pero pudiendo respirar. La conversación que me dejó estupefacto fue la de una mujer que mercadeaba y hacía la ruta muy a menudo, a la postre cambiaría todo. Conversaba con un grupo de amigos, muy dramáticamente, narrando una historia sobre un hombre que se había encontrado en la estación del volcán de Origen, su voz era elegante y parecía no respirar entre frases:

-¡Qué impresión me dio verlo! Tanto que le di algo de pecunia, aunque no estuviera pidiendo, ¡ay, niño, que penita más grande! Le pregunté al funcionario de guardia sobre él, me dijo que por trabajo siempre estaba fuera, se veía obligado a viajar, y tuvo que dejar a su hija y mujer en casa, el pobrecito nunca estaba con ellas. El padre solo vivía para su familia, era muy bueno. Vaya historia... Un día de esos, unos vándalos aprovecharon su ausencia para entrar en ella y robar todo lo que contenía, perdió su trabajo y posesiones. Descubrieron a la hija y la madre, no sin antes incendiar la casa con ellos dentro. Pasaron unos días. El hombre regresó a su hogar y se encontró con la casa calcinada por el incendio y nadie en su interior. Alarmado, buscó entre los restos calcinados y halló unos huesecillos aun sin consumir por las llamas, eran los de los cuerpos abrasados de su amada familia. Con ternura infinita los introdujo en un saquito que se colgó al cuello, junto al pecho. Lo vi salir de un armario que olía fatal, agarrado a la bolsita del cuello, casi desnudo y sucio.

Sobrecogedor. Toro me miró con la certeza de que el padre de Mar era el protagonista, muchas emociones se hacían una, me pidió la foto que siempre llevaba conmigo. Sin dilación interrumpió la conversación y le preguntó a la mujer si podía ser ese hombre, el gesto atónito de su rostro le impedía hablar, por lo que balanceó su cabeza levemente hacia abajo y hacia arriba. Algo que no podíamos ignorar hizo presencia y, por ende, Toro obraba en consecuencia.

Los aldeanos ayudarían a Mar, Bin marchó a la Aldea para informarles. Ella vendría a la Cruz acompañada de Teo. Fue todo muy rápido. No tardaron mucho en llegar y al reencontrarme con ella vi a una mujer transformada que se sentía plena y feliz en la Aldea

y que no partiría de allí por ninguna otra causa, me dijo. Estar con ella me hacía sentir un padre.

Habíamos reservado la noche para cenar juntos, al llegar a las jaimas de Tod, Teo estaba charlando con unos conocidos, bebían, comían y fumaban, entre risas. No se sentó con nosotros, fue extraño. Tras cenar y ver que estábamos pagando se levantó tambaleándose, cuanto más se acercaba a nuestra bandeja, más erguido y sereno se le veía, nos dijo:

-Quien es clarividente puede ver formas que están en todas partes, pero no puede ver lo que no tiene forma. Puede vislumbrar imágenes futuribles, pero no puede precisar la acción adecuada que le garantice la mejor opción. Por tanto, dicha capacidad solo tiene sentido en el reino de la experimentación real. En consecuencia, carecen de sentido para un Ser Integral.

»La clarividencia es feudo de la mente, en cambio, el sutil Proceder te permite ver todas las cosas, comprender todas las cosas, todas las cosas están para siempre en su lugar. Existe una gratificación en ayudar y elevar a otros Seres, sin forzar la acción e imponer percepciones futuras, dejando libre la interpretación. Cuando las decisiones las toma otro, la mejor opción es siempre empujar todos en esa dirección, como una familia, un equipo, compañeros espirituales.

Comprendí que estaba celebrando nuestra partida y que no le gustaban las despedidas. Pensé que era algo común entre los aldeanos, había abusado de los licores. Toro y yo nos sentimos como parte de algo que estaba naciendo. Pasamos un par de días en la Cruz hasta preparar el viaje a Origen. Cogimos algo de pecunia, adquirimos unas mochilas increíbles, muy bien preparadas para llevar cómodamente las provisiones, algo de ropa, agua y el botiquín regalo de Tita al que tanto cariño profesaba. Toro llevaba el Orbe, tras la nota del Mayor Fer estimó que era la mejor opción llevarlo con nosotros, también le profesaba cariño. La idea consistía en viajar en cápsulas de levitación, Kili había hecho unas gestiones previas con los funcionarios, evidentemente su conocimiento de los núcleos de población y, de las personas y su antiguo uniforme ayudarían enormemente en el viaje; además su presencia daba alegría a nuestras vidas. Al alba desayunamos los cuatro abundantemente. Mar, la más menudita, comió más que nadie, a pesar de que parecía no gustarle, a juzgar por los desagrazos comparativos con los alimentos que preparaban los Agros. No sabíamos cuándo tendríamos la oportunidad de comer nuevamente. Toro tenía interés en ver Origen y, sobre todo, usar las cápsulas, de las cuales decía que eran una reliquia tecnológica maravillosa. Me intrigaba su interés. Mar sentía que aún podría recuperar a su padre, era lo que motivaba su vuelta a un mundo que parecía despreciar, su odio era tangible. Su comprensión y visión por un momento fueron mías, la miraba con consuelo recordándole que portar ese odio lleva consigo cargar dolor gratuitamente.

Nos dispusimos a salir entre las caravanas de la parte noreste del asentamiento, que había crecido más de lo que recordaba, llegando la calle de negocios de restauración mucho más cerca de la estación de levitación, incluso la calzada estaba arreglada. Resultó que había un problema importante, los aldeanos no estábamos registrados en las listas de censados, pero era necesario estarlo para viajar. Esto era frecuente entre los transeúntes, por lo que se estaba creando un mercado negro en torno a ello. Mis amigos tenían un plan.

Desde que se acabaron los últimos edificios el camino fue corto, polvoriento y con paisajes de vegetación escasa. Subimos una pequeña colina, en su punto alto pudimos vislumbrar lo que Toro denominó “huerto solar fotovoltaico”. Como si de plantas se tratasen, los rectángulos de un cristal azul y negro cubrían el desierto, no dejaban escapar a los paquetitos de luz solar para transformarlos en la energía que usábamos para iluminar, mover algunas máquinas o hacer funcionar las vías de levitación. De algún modo los ingenieros se sentirían como agricultores, grato honor, pensé. Justo en el centro se podía diferenciar la estación de levitación en una plataforma gigantesca ligeramente sobreelevada, de forma rectangular y con una valla metálica que definía el perímetro. Más allá de eso no había nada, solo un inmenso desierto que se perdía por todos los horizontes posibles. El huerto solar era más grande de lo que parecía desde arriba, tardamos un buen rato en cruzarlo hasta llegar a la estación que parecía llevar allí millones de ciclos, enterrada aún parte de ella, esperando a ser encontrada. Una gran torre junto a unas puertas de doble hoja nos recibía, la valla estaba fortificada dificultando la salida o entrada no reglamentaria por la puerta. Había un gran número de funcionarios, un par de ellos en la torre y, bajo la misma, unas carpas que hacían de punto de control. A varios viajeros disgustados no se les permitía el paso, se quejaban junto a una barrera fuertemente custodiada, los funcionarios inmutables, ni oían sus suplicas, pero los improperios se sancionaban con severidad. El complejo era muy sobrecogedor, nunca había visto una infraestructura de ese tipo. Toro dijo que estaba construida con hormigón, una mezcla de arena, grava, agua y algún aglutinador, que se vertía en unos cofres con diversas formas y en su interior un esqueleto de metal que formaba el conjunto final al secarse. Lo había visto en la Aldea, pero no de ese calibre y complejidad.

En su interior, al fondo, podía ver cómo unos tubos muy anchos de un metal rojizo salían del suelo en un extremo para volver a entrar en la tierra metros después, como una lombriz apoyada en el suelo con los extremos enterrados. Distinguía, al menos, cuatro lomos de lombrices. Parecía no haber mucho movimiento en sus alrededores. Kili paró al grupo y propuso acercarse solo para preguntar, pues quería cerciorarse de que todo iba a ir bien. Iba vestido de forma ilegal, dado que no ejercía y llevaba puesto el uniforme de funcionario, esto parecía crear tensión. Nos quedamos junto a un arbusto que daba algo de sombra en las pantorrillas, Mar y Toro estaban expectantes y nerviosos, yo no sentía mayor emoción que asimilar las nuevas experiencias cualesquiera que fuesen, ya que suponían una oportunidad para sintetizar la naturaleza y motivaciones humanas fuera de la Aldea y ayudar a ampliar mi concepto de realidad. Me sentí observador en el océano de emociones y experiencias que me proporcionaban mis amigos, entregado a ellos. Procuraba que en mi interior la vida transcurriese como en la Aldea, simple, profunda y calmada, ellos me ayudaban a emprender la aventura con los pies firmes en el Camino Integral. Cuanto más diferente era la vida fuera de la Aldea, más complejo era poder aplicar correctamente las disciplinas para acceder al Sutil Proceder, pues suponía un reto y una motivación, por lo que cualquier ocasión era propicia para vivirla.

Pasados unos minutos Kili volvió con una mueca de alegría en su cara, dijo:

-En un par de horas debe llegar un convoy desde el Clan Hermano con destino a Origen, en principio solo transportará maquinaria y otros artículos, aunque podrían introducirnos

de polizones en la cápsula de personal, dado que viajan solo dos funcionarios en las cápsulas de los extremos. Claro, por una cuantía de pecunia negociada, va a costar un ojo de la cara.

Mi amigo rápidamente dijo:

-Por favor, Kili, no seas insensato. ¡No lo hagas!

Entre risas se dieron un abrazo de amigos, muy alegres, generándome mucha ilusión por esa amistad sincera. No supe si Toro estaba de broma o en serio, y lo mismo con Kili, pero me resultó muy gracioso y reímos todos, descargando la tensión. Como colofón, Kili comunicó que el jefe de la estación era el hermano de uno de los funcionarios que atendimos en nuestro primer día en la Cruz, por lo que siempre podríamos tener un apoyo y que, como agradecimiento, nos enseñaría la estación al detalle. Nos dispusimos a acercarnos calmados, apartamos a los viajeros que se amontonaban en las puertas esperando algún milagro y al llegar junto a la barrera, esta se abrió para nosotros, escuchándose gritos de indignación por nuestro trato especial. Me paré a mirarlos cuando sentí un empujón que me forzó a seguir caminando hacia delante por un pasillo entre vallas de metal. Unos cien metros más adelante una casetilla cubría la mitad del camino, junto a ella había ocho filas y varios funcionarios, separadas por barandillas metálicas y una especie de torno que debíamos girar al pasar. Desde una ventanilla nos pedían identificación, pero no hizo falta hablar porque Kili llevaba unos papeles que entregó. Al leerlos les pareció suficiente para dejarnos pasar, las paredes estaban cubiertas por retratos o fotos de personas, creí ver a mi amigo dibujado a carboncillo en uno de ellos. Los funcionarios estaban despreocupados, en general las emociones eran muy normales. Desde dentro, un señor con un uniforme de otro color diferente, pero del mismo corte, nos invitaba a entrar, cruzamos por el circuito angosto haciendo girar las barras, el hombre aguardaba a que llegáramos los cuatro, nos recibió con alegría, parecía sincero y dispuesto, dijo en voz alta dirigiéndose al grupo:

-Buenos días, amigos, me llamo Migue, soy el responsable de este complejo llamado La Estación de Levitación Magnética de Cambio. Ante todo, quiero agradeceros la atención que recibieron mis compañeros tras el incidente, mi hermano habla maravillas de las técnicas de sanación que aplican en su negocio. Durante un rato del que dispongo seré vuestro cicerone y os presentaré la estación de levitación magnética, Kili me comenta que es de vuestro interés. Por favor, parad mi charla si queréis preguntar algo, no os quedéis con las dudas.

Se le notaba suelto y orgulloso de la tarea encomendada, disfrutaba con su trabajo y responsabilidades. Migue vibraba limpio y apasionado, transmitía confianza, fuimos tras él, Toro era todo oídos. Mientras andábamos muy lentamente daba tiempo de apreciar los detalles, y él iba comentando.

-La estación de levitación magnética en la que nos encontramos no solo es una parada, sino que también es posible hacer cambios de ruta, en este caso al norte. En los últimos ciclos hemos sido capaces de restaurar esta reliquia tecnológica de civilizaciones pasadas que constituyen el conjunto de vías de levitación, cápsulas, mecanismos de control y todo lo necesario para que esto funcione. He de decir que el estado de conservación en el que se encontraba la infraestructura era bueno, aunque hemos reconstruido tramos en los que las vías sufrieron derrumbamientos y quedaron enterradas en el desierto. Pero, sorprendentemente, la instalación fotovoltaica que nutre a la estación de energía se encontraba en perfecto

estado, ya que una vez la luz incidió en el silicio monocristalino comenzó a trabajar de forma autónoma. Como sabéis, los ingenieros de Tecnos asesoraron técnicamente, dado que la ruta pasó muy cerca de la Cúpula. Esto fue una negociación necesaria que fomentó el gobierno del Clan Hermano, pero en realidad solo ellos son capaces de replicar la tecnología. Por ahora nosotros podemos explotarla con nuestras deficiencias. Después hablaremos un poco más de sus fundamentos, cuando veamos las vías de levitación.

Nos acercamos a un gran mapa donde todos pudimos situarnos con claridad dentro de la península. Sobre él, Migue desarrolló:

-En el mapa podéis ver las ciudades más importantes de la península. Mirad a la derecha: al sureste, la ciudad de Origen, al oeste la ruta finaliza en el Clan Hermano, desde la estación hay pasarelas al centro de Núcleo. Primera parada empezando desde la ruta partida Origen destino Núcleo, nos encontramos nosotros en la Cruz, desde aquí al norte la ruta llega a Sofópolis, aunque actualmente se encuentra parada y no sabemos cuándo podremos ponerla en funcionamiento. Segunda más al oeste, se sitúa Tecnos y finalmente Núcleo.

Con el dedo iba señalando cada punto en el mapa. Un dispositivo que tenía en la oreja emitía una luz roja intermitente. Suspiró y se disculpó porque tenía un asunto que atender.

Nos quedamos junto al mapa que tenía un suficiente nivel de detalle, los lugares de interés disponían de su nombre escrito, podíamos apreciar la orografía de la región, Origen tenía agua al norte y una imponente cordillera llamada Las Jorobas, más para arriba una planicie elevada conocida como la Meseta, y coronando el noreste de la península, Sofópolis, también delimitado por mar. Toda la zona sur la formaban montañas y bosques, por donde se encontraba la Aldea y terminaba el mapa. Al oeste la región del Clan Hermano estaba sombreada, resaltando claramente sobre las otras regiones por su envergadura.

Pronto volvió a llegar Migue, que continuó con la presentación.

-Por favor, seguidme, vamos a ver una cápsula que tenemos en el taller en mantenimiento, me han informado de que un grupo de funcionarios de Núcleo llegará en el siguiente convoy. Vamos, que no dispongo de mucho tiempo.

Nos alejamos entrando en un gran hangar que conectaba con el grueso de la estación, que parecía ser subterránea. Suspendida en el aire por unas grandes cadenas ancladas a una estructura de vigas metálicas se encontraba una cápsula cilíndrica, ovalada en sus puntas como un grano de arroz. Era enorme, yo diría que no cabría en la plaza de la Aldea. Varios operarios trabajaban por allí atareados, desplazándose en vehículos extrañísimos o caminando. Herramientas colgaban de las paredes, sistemas hidráulicos, grandes ventanales por los que entraba mucha luz y aporte de focos. Toro me miró y, sonriendo, dijo:

-Como el taller de la Aldea.

Migue nos situó a varios metros de la cápsula colgada, miró a la derecha e hizo un gesto a un operario para que la bajara.

-Veamos, la cápsula está suspendida en el puente grúa para facilitar las labores, estos puentes pueden cargar varios cientos de toneladas. -Su tono de voz era muy alto por el ruido de las cadenas, una vez la cápsula paró a un metro del suelo, prosiguió-. Como veis, la cubierta de la cápsula es rígida, podéis tocarla. Está compuesta por un material metálico no magnético, las bandas que cilíndricamente rodean el tronco son electroimanes, que

procuran mantenerla siempre sin contacto con el tubo o vías de levitación, eliminando el rozamiento. Los extremos de la cápsula también son electroimanes de otro calibre, con la funcionalidad de desplazarla horizontalmente; son regulables en intensidad magnética. -Mientras tocaba, rastree el artefacto, y pude percibirlo como un objeto fuera del tiempo en el que vivíamos, antediluviano, civilizaciones pasadas que impregnaron la cápsula, muchos viajeros, muchos tránsitos, muchas historias de Seres que poblaron el planeta-. Por otro lado, las vías de levitación son conductos circulares que albergan las cápsulas en su interior y que, con certeza, visteis antes desde arriba. Estos tubos son elementos activos en el sistema de transporte, inducen un campo magnético constante generado con corriente eléctrica que por repulsión de campos desplaza, o más bien empuja, a las cápsulas en una dirección.

Me percaté de cada una de las emociones de los asistentes. Kili no estaba muy cómodo, quería que emprendiésemos el viaje cuanto antes. A Mar no le interesaba mucho la explicación. Toro, muy atento y casi tomando nota, porque siempre en su familia habían estado muy interesados por esos temas. Migue, humilde y orgulloso, continuaba.

-Hasta ahora podemos imaginarnos cómo se desplaza la cápsula, aunque no su carga. En su interior mercancías y personas deben ir seguras. -Migue tocó un panel y se abrió una puerta hacia arriba mostrando su contenido-. El revestimiento interior varía en función de las cargas, en este caso está diáfano, pero lo importante es esto. -Señaló con su mano el espesor de la carcasa de la cápsula-. En su interior hay confinado un fluido de goma, extremadamente viscoso y magnético, que aporta la sustentación e impide el rozamiento en el desplazamiento. También sirve para amortiguar y absorber cualquier tipo de fluctuación entre el exterior e interior, se podría decir que hay una cápsula dentro de otra, la interior no se entera de lo que le pasa a la de fuera. Bajo el suelo, el sistema de climatización que permite controlar la temperatura y la entrada o salida para la renovación del aire. Sobre el techo, baterías y mecanismo de control. Cuando unimos varias cápsulas formamos unos convoyes. Vayamos a ver la nueva infraestructura de cambio a ruta norte.

Salimos del hangar y nos subimos a una torre desde la que podíamos apreciar cuatro grandes plataformas circulares dentro de otra aún más grande que contenía a las pequeñas. Todos los giros eran posibles, por lo que se intuía que por su interior unos codos unían las vías de levitación con el norte. En un poste había un gran reloj que medía el tiempo con precisión de minutos, Migue lo miraba cada pocos segundos. Comentaba:

-Como veis, este mecanismo permite todos los acoplamientos entre las vías y con su tramo norte. La capacidad que puede albergar cada conducto, en su tramo recto, es de máximo diez cápsulas, por lo que son los convoyes más grandes. Por favor, apartémonos y vayamos a una zona de seguridad. Me informan de que está a punto de llegar el convoy que esperamos, he de recibir a los funcionarios. Disculpad.

Nos salimos y se marchó a la sala de control para velar por la correcta parada del convoy. Bajamos de la torre, cruzamos el hangar de nuevo y llegamos al mapa, nos aproximamos a la parada y esperamos sentados en una zona con bancos a la sombra, apartados, pero con visión directa hacia donde supuestamente salían los pasajeros de las cápsulas: el andén. Cerca había un puesto donde servían bocadillos y bebidas frías. Pasado un instante, un sonido salió de la tierra, como aire escapándose a gran velocidad por muchas rejillas de



ventilación. Por la variación del sonido, parecido a llenar una botella con agua hasta el final donde el sonido se hace cada vez más agudo, podías deducir que el convoy se acercaba. Sentía su freno, hasta quedar todo en silencio. Aparentemente no podíamos ver la llegada del convoy, nada pasaba. Migue corría desde el hangar hacia el andén. Se escuchó un ruido seco metálico, como dos piezas desencajando, y un ruido del aire que, forzado, se obligaba a ocupar un espacio después de algún mecanismo hidráulico que levantaba la parte superior del conducto, quedando totalmente al descubierto varias cápsulas de levitación aún cerradas.

Solo se abrió una cápsula, de la cual salieron cuatro funcionarios del Clan Hermano perfectamente uniformados. Pude reconocer a Max entre ellos. Kili apretó su estómago, Toro parecía invocar su gallardía. Mar, ajena. Noté cómo el presente se deformaba para decidir nuestros sinos. Varios operarios rápidamente empezaron a trastear en los diferentes sitios. Migue, presto, los recibía amablemente con cara de confusión. Los funcionarios estaban cansados. Max no nos reconoció hasta estar muy cerca de nosotros. Al hacerlo se dibujó una sonrisa en su cara, extraña pero sincera, tanto que me incliné a percibirlo en detalle. Estaba feliz de vernos, pero no por el hecho de reencontrarse con nosotros, sino por un interés desconocido. Nunca había recibido esa información empática, pronto esclarecería las dudas. Se vanagloriaba de su suerte, sintiéndose un elegido divino. Una vez cruzamos varias miradas, mientras el grupo de funcionarios frente ante nosotros nos observaba con desconfianza, Max tomó la palabra.

-Buenos días, amigos, me alegra veros en la estación, sabía que volveríamos a vernos, mi intuición no me ha fallado. ¿Qué tal vosotros?

Migue contestó sin darnos tiempo a pensar siquiera si le dábamos respuesta.

-Por aquí muy bien señor. La estación de levitación sigue operativa, que no es poco. Nos hemos esforzado mucho para cumplir plazos. Espero que el Gobernador esté satisfecho.

Notaba un intercambio dialéctico en apariencia amable, pero, en el fondo, punzante. Max prosiguió sin interés hacia la charla con Migue:

-Ok, ok. ¡Gracias! ¿Qué tal vosotros, amigos del negocio de sanación?

Una vez más, no hubo tiempo para responder, Kili se adelantó:

-Oficial Max, me alegra veros por aquí de nuevo. Vamos a Origen a acompañar a nuestra amiga Mar, que tiene un familiar enfermo. El Maestro sanador lo atenderá *in situ*.

Max miró con agresividad. Su charla superficialmente discernida tornó a severa, dijo:

-Ah, ya veo, a Origen a tratar un familiar enfermo, todo el séquito. Debe de ser una persona muy importante para que os movilice a todos. Sabemos que tu negocio prospera en la Cruz. Quizás, Kili, no deberías llevar el uniforme si no ejerces como funcionario del Clan Hermano, ¿no crees?

Sus palabras sonaron muy amenazantes, amedrentó la integridad de los presentes, todos silenciamos y la presencia de Max se impuso inspirando temor. Dijo:

-Bueno, sin rodeos, ¿conocéis a este individuo? Se presentó en la Casa de la Pecunia para tasar un artefacto que es de interés del gobierno del Clan Hermano, el susodicho debe ser similar al de este boceto. -Sacó un pergamino y mientras lo extendía alargaba su brazo hasta ponerlo a menos de un metro de nuestras narices.

Claramente el boceto reflejaba como un espejo la cara de Toro, mi sincero amigo sin dudarlo le contestó:

-Claro, ese hombre soy yo. Y el artefacto del que habla es el Orbe de nuestra Aldea.

Max sonreía cada vez más, su sonrisa parecía no caber en su rostro, contestándole:

-Me alegra tu sinceridad. Tenemos instrucciones de llevar el artefacto y al portador a Núcleo como invitado en presencia del gobierno de Núcleo, desde luego es un privilegio.

Sus palabras amables eran tan falsas como la invitación, Kili sabía que los funcionarios no se doblegarían, estaba muy confuso con el tema del Orbe, desconocido hasta el momento. Toro, con su infinito corazón limpio, repuso:

-Por supuesto, será un honor acudir tras volver de nuestro viaje.

Se produjo un corto silencio en el que Max encajaba las palabras, pensaba que la comunicación podía no ser la indicada para un aldeano, contenía un aroma de superioridad y Ego. Con palabras muy simples y vocalizando claramente, dijo:

-¿Lleváis el Orbe con vosotros?

Toro no tuvo reparos en sacarlo de la mochila y enseñárselo al grupo. Los funcionarios abrieron sus ojos gozosos de la existencia de la misión encomendada. Max brillaba dichoso de su suerte, estaba muy interesado en observar y percibir las emociones y reacciones de cada uno. Intentando mostrarse muy generoso y santo, dijo a modo de ultimátum:

-Las instrucciones del Gobernador del Clan Hermano son claras, aunque sabiendo todo lo que habéis hecho por los funcionarios en el desafortunado incendio creo que podré justificar la ausencia del portavoz, pero el artefacto se viene con nosotros. Por favor dadnos el Orbe.

Migue desprendía tristeza y oposición. Era muy evidente que Max quería forzar la voluntad de Toro y que su interés era el artefacto, no el portador, y él no estaba dispuesto a darle el Orbe. Pronto las emociones de mi amigo fueron mías, mi estómago sentía un dolor que nada tenía que ver con una mala digestión. Pasé la mano por la nuca de mi amigo, estaba caliente, pude oír su interior, su mente, sentir su apego al Orbe, su valentía, su fuerza y voluntad, preparadas para luchar. Nunca un aldeano había vibrado así, al menos que yo hubiera percibido. Mi caricia reforzó el posicionamiento de Toro, no quise intervenir, simplemente apoyaría a mi amigo, que dijo calmadamente, pero firme:

-El Orbe pertenece a la Aldea y en todo momento estará con un aldeano, al menos hasta que decidamos lo contrario. Por favor, respeta nuestra voluntad. Iremos a ver al Gobernador nada más terminemos nuestras obligaciones en Origen.

Max levantó la mano, los funcionarios estrecharon el espacio entre ambos grupos, uno de ellos puso su mano sobre el bastón colgado en su cintura, sus emociones eran dagas que desgarraban mi Ser. Ese prisma humano de conflicto tan evidente llegaba nuevo a mí. Miraba a Mar, que estaba calmada y con ganas de luchar, la situación le era familiar y no parecía estar muy preocupada. Solo percibía, no era capaz de interpretar ni actuar. Yo pensaba que no ella habría tenido problemas en darles el Orbe, pero Toro no estaba por la labor. Todo dentro de mí indicaba que la opción de mi amigo era apropiada, a pesar de que originase una cruel disputa. Delegaba en Toro no por cobardía, sino por desconocimiento sobre las reglas e intereses del mundo fuera de la Aldea, mi compañero espiritual debía sentir mi apoyo.

Kili estaba bastante timorato esperando un final catastrofista, como tiempo atrás, aunque tenía esperanzas de ganar el conflicto luchando con su bravo amigo. Max insistió por última vez:

-Estáis en una instalación del Clan Hermano, luego debéis someteros a las leyes del gobierno de Núcleo, somos la autoridad en esta instalación, no nos forcéis a actuar y dadnos el Orbe.

Migue, sabiendo a lo que se exponía, no pudo contenerse y replicó:

-La autoridad en la estación de levitación magnética de la Cruz soy yo, estos señores son mis invitados y pasajeros, por favor, Max respeta esto. Se han comprometido: aceptan su invitación, por lo que acudirán a Núcleo en breve, cuando atiendan sus asuntos personales.

Max, creyéndose en su derecho, gritó:

-¡Creía haberlo dejado claro! -Levantó la mano y una funcionaría lo agarró con violencia y se lo llevó. La tensión en el ambiente era tan intensa que todos parecíamos encerrados, prisioneros de la situación. Toro, muy valiente, sujetaba el Orbe con sus manos, inamovible. Tanta era la convicción que ya había aceptado cualquier fin, de manera que su Ser estaba calmado, ya esperando cualquier resolución, sin miedo, y dijo:

-Max, este es el Orbe y pertenece a la Aldea y sus aldeanos. Siento no poder darte lo que quieres.

Los funcionarios sacaron sus bastones con la clara intención de agredir. Observaba en quietud gestos y emociones aparentemente paralizado por el miedo, pero desplazándose por las emociones del mundo. El Orbe, piedra cubierta de musgo, causa del conflicto, en las manos de mi amigo Toro; los funcionarios del Clan Hermano y Max, sometiendo su autoridad. La existencia arbitraria del mundo era inconcebible en la Aldea, desde el presente mi mayor vínculo con esa realidad era observar calmadamente lo que acontecía. En ese momento el Orbe me pareció bellissimo, su cristal oscuro, teñido de brillantes como estrellas en el cielo de la noche, místicamente parecía contener el sino de todos y la voluntad indoblegable de mi amigo que lo alzaba en lo más alto para dificultar que se lo arrebataran, nadie perdía ojo al artefacto. Los ojos de Toro se cerraron, pronto las estrellas empezaron a crecer, más y más, tanto que la oscuridad se tornó en luz. Desde su cristal irradió un gran destello, como el último trueno al terminar la tormenta. Cegados, nos vimos sumidos por un infinito lienzo blanco en el que no existían las dimensiones del espacio y tiempo, imperceptibles, justo enfrente el Orbe y su cristal ahora transparente, que no destacaba del fondo. Como si llegaran de un más allá, los protagonistas aparecieron en torno a él con el escenario cada vez más ausente, Toro a un lado y los funcionarios liderados por Max al otro. Yo era un observador de lujo de que lo que acontecía. El Orbe modificó la visión, la realidad, aunque podía ser una ilusión en las mentes colectivas, o quizás solo en la mía, ya no había estación, ni cielo, la atmósfera que nos encerraba era un horizonte vacío, el Orbe se hacía grande o los personajes se hacían chicos, flotando, y a ambos lados solo se podía ver a Toro y al otro los funcionarios, el Orbe enorme, en medio de la escena, transparente, sin horizonte, ni suelo ni cielo.

En su interior un vórtice empezó a gestarse y a hacerse cada vez mayor, a medida que absorbía las esencias de los participantes. Como si de un sumidero se tratase, no paraba de crecer dentro del cristal. Sentía y visualizaba las emociones, voluntades, intereses, ilusiones, Seres y Almas en un estado puro sin deformar por la realidad de existir. De alguna manera distinguía colores y texturas que definían la esencia que giraba en el interior del Orbe, desde un lado Toro emitía un azul claro como el cielo, con trazas brillantes, en abundancia y fluido; desde el otro lado, los funcionarios emitían esencias muy densas de un rojo casi maduro con manchas como piedras negras, desde Max nacía la mayor fuente, su esencia llenaba de rojo el vórtice. Las esencias eran succionadas y recludas en el interior de su cristal transparente, se mezclaban en una espiral que no paraba de girar, intentando homogeneizarlas. Las caras de los partícipes eran inexpresivas, Toro estaba firme, alzado. Con la cabeza levantada, desprendía en abundancia. No quedaban funcionarios, solo perseveraba Max. La mezcla parecía cada vez más roja, notaba el cansancio de mi amigo, empezaba a agachar su figura encorvada, se hacía pequeño, emitía cada vez menos. El Orbe, cada vez más teñido de rojo. Kili apareció de la nada, con fuerza, sincronizado de azul y brillo, indistinguible en esencia con la de su amigo al que su ayuda le dio un aliento de esperanzas, entró como un río que pronto sofocó de rojo el vórtice. Parecía frenarse, girar con menor intensidad, hasta quedar por completo parado, la pausa, solo el Orbe azul, que, como un parpadeo, se volvió a hacer pequeño y oscuro, opaco y sin estrellas.

Apareció el horizonte, la estación de levitación y las cápsulas al fondo, yo iba recuperando la percepción de mundo, Mar parecía la más consciente y observaba fascinada la escena, Kili y Toro de pie, uno junto al otro, mi amigo sujetaba el Orbe en el extremo de su brazo derecho que estaba relajado verticalmente, con la palma de su mano derecha adherida a su piel y sus dedos que no parecían cubrirlo suficientemente. Los funcionarios y Max, con figuras calmadas, y todas aún ausentes, presas en un plano interior ahora imperceptible. La experiencia vivida, el ambiente meditativo y extraño creado por el Orbe fue gratificante, me fue similar a una fusión entre mi mundo interior y el físico en el que nos veíamos obligados a vivir, el mecanismo quedó impregnado en mi Ser con tanta intensidad que quizás podría ser capaz de replicarlo o, al menos, emularlo. Al instante pensé en la complejidad de crear la situación y motivación adecuada para el correcto uso del Orbe en lo efímero de existir, y quizás esta percepción era la causante de mi relación con la piedra cubierta de musgo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero por el entorno, la geometría de las sombras y los operarios de más allá de la plataforma circular, concreté que muy pocos segundos. Los ojos de los presentes empezaron a desentumecerse, con amplios parpadeos, con caras de incompreensión sobre lo sucedido. Comenzando a ser totalmente conscientes de la realidad, todos seguimos en silencio. Las rejillas de ventilación evacuaron aire rompiendo la introspección por completo. Max y los funcionarios, muy desconcertados y dóciles, se miraron, quizás buscando una autoridad, pero no encontraron nada, sus Seres no emitían conflicto alguno. En armonía, aunque confusos, se alejaron como una compañía de Almas en peregrinaje. Toro estaba pletórico, tenía que apartar tantas emociones de su Ser, estaban impactándole, y era consciente de lo que había pasado, en apariencia sin mucha curiosidad

por lo inhabitual de lo sucedido, pero animado para marchar. Kili estaba felizmente en estado de shock, mudo. Mar parecía haber vivido la escena desde la consciencia de los sentidos, lo confirmó al decirme:

-¿Otro truco de magia de aldeanos?

Toro y yo reímos, Kili se incorporó a la risa. Como un efecto manada, nos liberamos del todo la tensión. Toro pudo ser paciente y dejar el tema para otro momento más apropiado, era una muestra de su crecimiento personal. Los Maestros valoran siempre sus emociones y sentimientos antes de compartirlas para madurar el impacto en los demás.

La cápsula de levitación parecía estar preparada, los pocos pasos que dimos antes de entrar fueron lentos y pausados llegando los últimos al andén, paseando con el brazo encima de los respectivos hombros, todos como una piña, sin prisas. Llegando a la cápsula, Toro me abrazó, incluso levantándose los mis pies del suelo, y me besó en el cuello. Verdaderamente nos queríamos mucho, éramos familia, mi hermano Toro y yo nunca nos defraudaríamos, era mi compañero espiritual. Me susurró felizmente en la oreja una pregunta retórica:

-¿Piedra cubierta de musgo?

### 3.4. Lo efímero de existir

El viaje en cápsula de levitación fue muy tranquilo, nuestros sentidos estaban aislados, solo percibíamos el interior y un zumbido que pronto se convirtió en un ruido imperceptible por los oídos. Las primeras horas las pasamos despiertos con pocas charlas; después, decidimos comer algo. La atmósfera comprimida de la cápsula y el cansancio nos amedrentaron y aprovechamos para hacer un ejercicio de meditación tras la intensidad de las horas previas al viaje, intentando fundir el tiempo en abstracción, conscientes de nuestro Ser interior. Cada uno de mis acompañantes tenían su mente revuelta, presa del futuro inminente e incierto de nuestra llegada a Origen. El Orbe también estaba merodeando en sus pensamientos.

Sentía a cada uno y les ayudaba proyectando profundidad y calma, buceando por ese mundo empático que compartíamos. Todos quedamos en apariencia dormidos. Pasó el tiempo, tuve ensoñaciones sobre futuros viajes con mis amigos, como si el presente no fuese nada más que una etapa de un viaje más grande, quizás lo que los no aldeanos llaman “la vida”. La Aldea siempre era fuente de definición, guiaba mi armonioso Ser y me desvelaba el sutil proceder. Pronto el zumbido desapareció, alertando nuestros sentidos y despertándonos del inciso. Una voz no humana, robótica, informaba de nuestra pronta llegada a la estación de levitación magnética de Origen.

La parada fue suave, casi no notamos la frenada, solo un ligero bamboleo como al montar en barca. La puerta se desplazó hacia arriba arrojando una mortecina luz en nuestros rostros. No había cielo azul ni nubes que lo cubriesen, el espacio que se abrió frente a nosotros era muy grande y diáfano, el techo estaba alto, con luminarias artificiales, y parecía intuirse algo de luz natural mucho más arriba. Lo primero que nos llamó la atención fue el gran número de funcionarios que trabajaban en la estación, Kili conocía las instalaciones, estábamos dentro de la inmensa infraestructura bajo tierra, concretamente bajo un volcán

inactivo en sus extractos superiores. En las paredes de más allá de donde acababa el suelo metálico que pisábamos, se veían los muros de piedra natural de lo que parecía ser la gigantesca cueva que contenía todo. Íbamos rápido, sin hablar, siguiendo a Kili, que parecía estar evitando algunos problemas con los funcionarios que vestían uniformes similares, pero de diferentes colores. Bajamos unas escaleras desde la que vimos una gran muchedumbre a la derecha bastante irritada, encerrada entre vallas y controlada por varios funcionarios que parecían esperar la salida de otro convoy. Vimos a varias personas por metro cuadrado, enjauladas y conducidas lentamente con amenazas y malos modales. Se escuchó la voz robótica de la cápsula en todo el recinto:

-El convoy con destino al Clan Hermano partirá en breve desde el andén principal.

Seguimos bajando por la escalera que pasaba a la altura de la plataforma donde se escuchaba un tumulto de quejas. Eran diferentes a las anteriores y aunque las personas también estaban fatigadas y enojadas, sus ropajes eran oscuros y más sucios, el olor era humano pero mezclado con algo similar a los botes de pegamento, aceites u otros productos del taller de Zero. Continuamos bajando escalón a escalón como si atravesásemos el suelo y proseguimos hacia la zona más profunda de la instalación subterránea. Estaba absorto con todo lo que percibía, ni siquiera sabía a dónde iba ni recordaba para qué. Llegamos al fondo hasta una barandilla, solo pude echar un simple vistazo hacia arriba, era aún mayor de lo que me podía imaginar, estábamos dentro de una estructura cónica que se hacía más grande a medida que bajábamos. Miré hacia abajo y parecía haber varios niveles más. Entramos en una zona alejada de los viajeros, más tranquila, Kili frenó en seco y Toro chocó con su espalda, este se giró y dijo:

-Acompañadme, vamos a saludar a un buen amigo que trabaja en estas instalaciones. Seguro que puede ayudarnos en nuestra búsqueda.

Teníamos que encontrar al padre de Mar. Yo había olvidado el presente y no era más que un observador. Mar me miró con cariño, la sentía como una aldeana más. Seguimos andando por una zona angosta entre pasillos con muchas estancias cerradas, sus paredes eran transparentes y se podía ver la actividad de su interior, también innumerables máquinas. Mi amigo Toro estaba fascinado con el paseo subterráneo. Cambiamos de dirección varias veces, incluso subimos y bajamos niveles, en tramos muy cortos. Para un aldeano era muy difícil no perder la orientación porque no se disponía de referencias típicas como árboles, piedras o paisajes, ni por supuesto el cielo y sus astros. Llegamos frente una sala acristalada donde muchos operarios ocupados iban en la misma dirección y otros estaban sentados en escritorios o mesas muy amplias, colapsadas de papeles y documentos, con pantallas en las que trabajaban. Había una fuente de metal donde las personas bebían; probé su agua, salía muy fría y sabía a estiércol, me entristecí y recordé los caños de la Aldea que nunca parecían saciarte recordando el no sabor de sus aguas. Kili se aproximó al cristal haciendo aspavientos con las manos, lo golpeó con los nudillos intentando llamar la atención de alguien en su interior, un señor notó su presencia, rápidamente emitió una gran sonrisa de hombre bueno. Alegre, se acercó, y con el dedo indicó que esperásemos. A los minutos apareció en el pasillo junto a nosotros, no pude ver como salió de los cristales.



-Os presento a mi amigo Doye, nacido y crecido en la periferia de Núcleo, en zona 4, cuna de muchos funcionarios del Clan Hermano. Está altamente cualificado. No os dejéis engañar por su uniforme, este hombre solo obedece su propia voz.

Las palabras de Kili sonaron humorísticas, sinceras y llenas de aprecio, ambos rieron y se abrazaron, Doye lo hizo desaparecer entre su pecho y brazos, era más grande que cualquier aldeano. Al separarse dijo:

-Los amigos de Kili son siempre mis amigos. Por favor, acompañadme a comer algo, quiero salir de debajo del volcán y respirar el aire sucio de Origen.

Efectivamente, la cueva era el interior de un volcán. Toro me miró fascinado preguntándose cómo existían instalaciones de este calibre. En el tránsito de salida iban charlando sobre asuntos típicos de la vida rutinaria, se preguntaron por conocidos comunes, pero nada fuera de lo normal. Cogimos un camino aún más rebuscado que evitaba los cauces normales abriendo puertas con una tarjeta, con escaleras metálicas, puertas cerradas, pasillos cortos y largos. Era sorprendente cómo hablaban y sentían los dos amigos, sin perder el humor en sus palabras, que estaban cargadas de melancolía, de felicidad de otros tiempos, esbozaban claramente disconformidad con el presente y, sin embargo, vibraban felices. La última puerta que abrimos no era diferente a ninguna de las anteriores. Justo antes de salir, Doye se colocó unas gafas oscuras que nos impedían ver sus ojos, sacó un paquete y encendió un cilindro perfectamente rulado en papel, el humo no olía como los aromas de las pipas de los Maestros. La luz cegó nuestra visión por completo, pero lentamente pudimos ir abriendo los ojos.

Salimos a un corredor metálico muy elevado anclado a la piedra, parecía levitar. A nuestra espalda, la ladera del volcán oscuro y árido, rojizo, sin vegetación y con innumerables estructuras metálicas que invadían su superficie desde dentro. Miraba al cielo y no era capaz de ver la cima, eché de menos a Halcón. Era extraño: tanta luz y sin poder ver nítido y apreciar los contornos, había una neblina que difuminaba el horizonte. El aire húmedo olía denso, anduvimos el corredor que lentamente se iba separando del volcán transformándose en un puente. Los corredores parecían ser pasos para el mantenimiento, pero Doye lo usaba como sus tránsitos habituales. Nos sentamos en las carcassas de unos ventiladores de aireación. Hacían un suave ruido, pero su voz se sobreponía sin esfuerzo.

-Sentémonos a esperar a que se vaya la bruma que provoca este bochorno. Para vuestra información, el volcán respira un par de veces al día, esta nube que nos cubre es el resultado de la exhalación de la central geotérmica del volcán. Dura menos de una hora, dependiendo de cómo sople el viento. Bueno Kili, preséntame a tus amigos.

Con cariño, Kili fue introduciéndonos a Doye uno por uno, lo justo para transmitirle que éramos personas bondadosas y de confianza. Utilizó la charla para agradecernos públicamente todo lo compartido. Con sinceridad comentaba cómo había cambiado de forma de vida gracias a nosotros. Con orgullo y admiración, en pocos minutos había resumido un ciclo vivido en la Cruz, que me pareció un suspiro. Doye, por alusiones miraba a cada uno de nosotros y sonriente hacía un gesto, no vibrada como el resto de los funcionarios que había conocido, más bien se asemejaba al actual Kili, despierto y consciente.

La bruma se disipó casi de súbito, la luz era intensa aunque estábamos a la sombra. Ahora el horizonte era nítido. Bajo nuestros pies, a cientos de metros, ligeramente a la derecha, vimos la entrada principal al volcán que, como un túnel, se adentraba en su interior, pero no en su base, sino en un punto más elevado que estaba precedido de una majestuosa plaza a un centenar de metros del suelo natural. A los pies del volcán crecía Origen, las construcciones empezaban nada más terminar la falda del volcán, sin mucho orden aparente en las zonas próximas, y, más allá, bloques perfectamente distribuidos casi formando una matriz que se difuminaba en el cielo. Mirando a nuestras espaldas veíamos una suerte de brazo que, a modo de arteria, unía el volcán con el macizo montañoso a lo lejos, cubriendo el horizonte. Nos encontrábamos a gran altura. La parte norte de la ciudad estaba limitada por la cordillera, se podían ver carreteras y vías que buscaban las montañas desgastadas hasta llegar a zonas industriales en sus puntos más altos. Al sureste se veía el mar, más allá de las últimas construcciones. Al sur, la ciudad moría rápido en el desierto de arena infinito. El aire arrastraba polvo y olores de procesos extraños, vapor que se pegaba a la piel. Doye percibía una sensación que claramente reconocí como sutil y apropiada, con calma empezó a presentar todo lo que nuestros ojos podían apreciar y que definían el núcleo o ciudad de Origen.

-Los antiguos siempre han poblado esta región. Como prueba de ello veis toda la infraestructura que nos legaron, parece que casi todo está de nuevo en funcionamiento. Los tecnólogos del Clan Hermano que trabajan para la corporación del gobierno han sabido sacar provecho de Origen en las últimas décadas. Los antiguos cegaron el volcán, instalando una central geotérmica que aprovecha la energía del magma bajo la tierra. La estación de levitación magnética parece que fue construida a posteriori en su interior. Las infraestructuras junto a la cordillera son industrias de mineral y puntos de reciclado. Se encontraron una cantera de varios cientos de hectáreas a modo de almacén, de donde extraían minerales o elementos de interés, sacados de artefactos y máquinas en estado ruinoso; a veces aparecen metales muy escasos y valiosos. Aún se sigue con esa actividad, a lo que se ha incorporado todo lo que va sobrando en Núcleo, porque cada vez se despilfarra más. Esta más próxima dispone de parada propia, la planta de clasificación como principio de la cadena... -Estábamos disfrutando, señaló las cordilleras más cercanas a nosotros al fumar y continuó hablando mientras expulsaba el humo de sus pulmones- es una instalación que combina procesos de selección automáticos y manuales con el objetivo de separar las fracciones recuperables de la mezcla de residuo y prepararlas para la comercialización y, evidentemente, futura manufacturación, en su mayoría de metales. Los materiales no separados se preparan para ser procesados con un tratamiento finalista, actualmente enterrados hasta que el tiempo olvide que están allí. Las labores no productivas sin capacidad de generar pecunia no son una preocupación para el gobierno de Núcleo. Digamos que extraemos riquezas de los desechos, muchos trabajan en estas plantas y, por supuesto, en el volcán. -Una nueva calada.- Posteriormente, la línea de selección, zona de prensado y embalaje, zona de almacenamiento de materiales y carga de nuevo a las regiones del Clan Hermano. La estación de levitación del volcán no es más que una parada para personas y poco más, la mayoría de

los convoyes llegan a la zona industrial de las cordilleras, allí está el área de recepción de residuos, la verdadera estación de levitación de Origen. Siempre ha existido una de las vías en funcionamiento para abastecer a Tecnos, ahora están casi todas operativas para nutrir al Clan Hermano donde la pecunia fluye del mismo modo que los recursos.

Hizo una parada reflexiva y señaló al otro complejo claramente reconocible pero más alejado, esta vez el cigarrillo se consumía solo entre sus dedos. Continuó:

-Por otro lado, la cordillera es una reserva natural de materiales varios. Encontraron canalizaciones y elementos de transporte para la extracción de minerales vírgenes en el interior de las montañas. Evidentemente esta actividad también crea muchos puestos de trabajo, cada vez somos más los que vivimos en Origen, muchos vienen de manera temporal y otros encontramos nuestro hogar en estos lares. Bueno, no quiero aburrirlos más, marchémonos.

Seguimos caminando por el corredor que sostenía el brazo y se dirigía al norte. Al poco entramos en unas escaleras rectas que bajaban en espiral, parecían no acabar nunca, quizás bajamos unos doscientos metros hasta encontrarnos en el suelo; la salida y el acceso estaban custodiados por un candado con una serie de números que permitían abrirlo, la clave era "0008". Salimos a un callejón maloliente entre bloques de edificios empujados cuyas bases crecían en diagonal. Nos cruzamos con tres o cuatro personas, llegamos a una calle principal ya en llano, muy concurrida, con cientos de personas, la seguimos unos minutos hasta introducirnos en la ciudad.

Llegamos a un local que era una gran nave de chapa metálica con cortinas plásticas que hacían de puertas y en su interior el aire frío artificial contrastaba con el del exterior. Había muchas mesas ocupadas por personas, compartiendo sus almuerzos y haciendo bastante ruido. A la derecha, una gran barra donde la gente arrastraba por unos carriles bandejas que iban llenando de alimentos, los asiduos pagaban con unos papeles como parte de su jornal y los foráneos con pecunia. Era el comedor principal de la regencia de Origen; según Doye, siempre parecía haber alguien que se levantaba porque había otro que había terminado. Fuimos invitados. Degusté los alimentos, no sabían a comida, pero parecían nutrir y no eran desagradables. Comí en silencio mientras observaba cada rostro, gesto o emoción de mi entorno. Kili y Doye charlaban, Toro participó algo en la charla, Mar no paraba de mirar alrededor, no parecía muy feliz con su retorno. Me dijo:

-Lao, dame la foto de mi padre.

Me sentí torpe y se la di. Mar, inquieta, relató su historia con muchos detalles. Después, Toro puntualizó sobre la pista que nos había llevado hasta allí y el encuentro con los viajeros en la plaza de la Cruz y ella lo cortó. Relató la historia de aquel hombre que había sufrido la pérdida de sus seres amados como si lo hubiera escuchado ella misma, se le paría el alma pensar en su padre agarrado a un saquito de huesos que creía lo único que le quedaba de su familia, sabía que era él. Le puso la foto en sus narices y Doye, sin dudarle, focalizó la posibilidad, se notó claramente la predisposición a ayudar, comentó calmado:

-La estación subterránea es muy grande; casos de personas extraviadas, por desgracia, hay muchos. Incluso hay familias enteras que viven en lo más profundo del volcán, subsisten de la caridad deambulando sin hogar, comen de las sobras de los viajeros o ayudan en

trabajos poco cualificados... Consultaré con los compañeros de mantenimiento que conocen toda la instalación.

Mar no pudo evitar crearse expectativas. A pesar de las pocas esperanzas, sabía que el viaje no podía haber sido en balde. Todos queríamos ayudarla. Con el estómago lleno, decidimos volver al volcán, al salir del comedor nos topamos con tres hombres y una mujer, todos vestidos igual, con ropajes anchos de color rojo tierra y una guita en la cintura a modo de cinturón que parecían regular la altura de la falda. Repartían unas notas, a modo de octavillas, con la cabeza agachada, en silencio. La gente lo percibía como un acto rutinario, muchos no las cogían ni se percataban de su presencia. Al cruzarnos con ellos, me percaté de que Doye los apreciaba, incluso intercambió una mirada cómplice con ellos, parecía ser muy discreto. Solo el cabello enredado sobresalía de la capucha de la mujer, me agarró el brazo y me ofreció la nota con la otra mano. Incluyó la cabeza para mirarme con sus penetrantes ojos, gesto que no había hecho en ningún momento con ningún transeúnte. Cruzamos las miradas, notaba cómo quería llegar a mi interior, yo hice lo mismo. Era joven, casi una niña. Sus emociones eran bastante globales, no desprendía aroma a individuo, aunque tampoco los pensamientos eran una confluencia de paz, dado que claramente reconocí conflicto en su interior. No obstante, era evidente que era una mujer empática, su buen corazón y de presencia sustancial, implicada con su consciencia, era una muestra de que el Alma seguía participando en la experimentación real. Quedé quieto junto a ella, en varios segundos parecía haber recorrido una vida, me entregó la octavilla y se despidió haciendo una reverencia y diciendo:

-Hermano.

Agaché la mirada y leí: "No hay futuro sin Equilibrio. La salvación habita en nuestros interiores. Sucursal de Templo de Equilibrio de Origen".

Proseguimos, a pocos metros varios funcionarios se acercaban violentamente en dirección contraria a la nuestra, nos empujaron pidiendo paso. Quedamos paralizados por el miedo. Rápidamente forzaron a los miembros de la Sucursal del Templo a marcharse con empujones y malas palabras, agarraron a la mujer, que no se resistía, pero tampoco se desplazaba ni un milímetro. La arrastraron cogida desde sus hombros. Al pasar junto a nosotros me miraba sonriente, pasiva, su rostro alegre, sus emociones justas. Doye parecía indignado, pero obvió lo sucedido y nos alentó a seguir hacia el volcán. Kili me comentó al oído:

-Maestro, estos son los extremistas religiosos de los que hablaba Max, a la vista está que no son peligroso; ahora, no se les permite expresarse públicamente.

-Por favor, Kili, llámame Lao.

Recordaba cómo mi Maestro me decía lo mismo. Cuánto de mi Ser pertenecía en esencia a Teo y a los aldeanos... supuse que casi todo, aunque ahora me adaptaba a otro entorno en el que era un recién llegado. Kili era un verdadero apasionado. Siempre justo con las posiciones humanas, luchaba por el Equilibrio, se le notaba dispuesto a la causa. Respetaba los valores del Camino Integral ajenos en su hábitat natal, pero su renuncia al funcionariado denotaba que su Ser necesitaba alimentarse de algo más sustancial, sutil y esencial. En cierto modo, él y Toro guiaban mis futuras experiencias, mis futuras emociones, mi futuro Ser,

aunque realmente todos estábamos allí por Mar. La miraba y entendía que ella había llegado a la Aldea trayendo consigo una determinación que me arrastraba a participar, sentía un deber hacia ella que había adquirido como tutor, pero para ella la Aldea y sus costumbres eran un paraíso dentro del mundo atroz del que nunca se podría purgar. Esa sensación era tangible en mi Ser.

Volvimos a la estación directamente a buscar al jefe de vigilancia de turno. Solo entró Mar con Doye. Salieron siguiendo a un operario con muchas prisas, sin tiempo para comentar, como si la descripción hubiera encajado perfectamente y supieran dónde estaba. Nos encaminamos a los niveles inferiores, ya no apreciábamos ningún indicio del exterior, hacía mucho calor y el aire estaba viciado. Algunos transeúntes con muy mal aspecto deambulaban sin rumbo, otros jugaban a las cartas y bebían entre tuberías, apoltronados. Había zonas habilitadas con muchos cartones que hacían de camas, alguna mesa y sillas. Existían unos suburbios dentro del volcán entre la estación y la central de generación geotérmica hacia donde nos dirigíamos. El ruido de las máquinas lideraba el ambiente, forzando a respirar lentamente. El operario que nos acompañó nos dejó frente a una puerta y dijo:

-Aquí está.

Forzó la empuñadura que estaba cerrada por dentro, un aroma pestilente se desprendió desde el borde inferior de la puerta. Estaba atrancada, nos miró y dijo:

-¡Nos vemos!

Mar se abalanzó sobre la puerta golpeándola, mientras gritaba.

-¡Padre! Padre, por favor. Padre, abre, ¡soy Mar!

Ella sabía que dentro estaba su padre, no tenía dudas. No había respuesta desde el interior, aunque hacía un esfuerzo por percibirlo desde la puerta. Los gritos de desconsuelo y desesperanza de Mar inundaban mi cabeza. Pensaba en cómo la realidad de mi vida había cambiado tanto: de vivir una vida sencilla en la Aldea a presenciar la crudeza del exterior; en cambio no sentía apego hacía mi pasado, encontraba el presente emocionante, aunque muy incisivo, tanto que el dolor de Mar perforaba mi estómago. Escuchamos un pequeño golpe dentro, sorprendente entre tanto ruido de máquinas.

Sentía un rastro de ternura, tristeza, apego incondicional, era evidente que aquel hombre se sentía perdido esperando la muerte. Mar se agarró a mí llorando desconsoladamente, todos estábamos en shock. Muy concentrado, puse las manos sobre la puerta y a través de ella detecté sus trazas en sus emociones, visualizando las caras sonrientes de una mujer y una niña amadas, dentro de una mente atormentada y frágil. Mar leía a través de mi esencia, llorando aporreaba la puerta y gritaba con más intensidad, desde el interior no había respuesta, el hombre estaba perturbado en su realidad, sin opción a volver, parecía negar la posibilidad. Cuando las emociones reventaban mi interior, Mar, desconsolada y agotada, me abrazó desde atrás creyendo lo peor, mojándome la espalda con sus lágrimas sinceras. La intensidad de su dolor y tristeza se canalizaba por mi Ser, los presentes se agacharon sin consuelo, todos compartimos su dolor como si fuera el nuestro propio de una manera descontrolada. Desde dentro de la sala algo cambió, todos lo percibimos. El rostro de Mar se iluminó con un semblante serio se levantó, se acercó a la puerta y calmadamente dijo:

-Padre, soy Mar. Abre la puerta.

El silencio de espera fue breve y eterno a la vez. Se escuchó una voz muy débil:

-No, no puedes ser mi hija. Mi hija ha muerto, mi mujer ha muerto, llevo sus huesos en mi pecho.

Mar repuso esperanzada rápidamente:

-No, padre, soy tu hija Mar, conseguí escapar del incendio.

El hombre, negando la realidad, sin querer escuchar nada más, gritaba

-¡Vete! ¿Me oyes? Vete y no me molestes. Mi familia está conmigo. Déjame morir en paz. Mi familia murió y está conmigo. ¡Vete!

Mar no tenía fuerzas para insistir, abrazada a mi torso. Ambos nos sentamos en el suelo. Sentí algo nuevo en mí, desilusión, esperanzas frustradas, todo muy humano: la realidad negada y el apego a la desesperanza del mundo fuera de la Aldea eran comprensibles para mí, una comprensión de algo que no se podía concebir sin la experiencia propia de perder a la familia. Entonces pude dar forma a las emociones con palabras, desde dentro, sin mente en ello, brotando sin permiso.

-El apego a los Seres amados no nos deja ver, no nos deja oír, no nos deja comprender, tanto en la vida como en la muerte. El dolor de esa pérdida te aferra a lo irreal e ilusorio y cierra tus sentidos a lo real y trascendente. Amar, odiar, tener expectativas: todas estas cosas son apegos. El apego impide el crecimiento del verdadero Ser. Por ello, el Ser Integral no está apegado a nada y puede relacionarse con cualquiera con una actitud sin estructuras. Por esta razón, esta misma existencia beneficia a todas las cosas. Como puedes ver, lo que está vivo es igual a lo que está muerto. Esta es la verdad sutil, no un invento religioso, deja a tu padre morir en paz. Marchémonos, no hay fracaso ni victoria de la experiencia, solo la experiencia en sí misma.

Todos en silencio, arrastrados por la reflexión, asimilamos palabras y emociones, interpretándolas de manera precisa para tasarlas con su realidad. Sufrí una revelación que casi contradecía a existir, más aún fuera de la Aldea, donde el mundo dañaba constantemente el día a día. Entendimos la complejidad de ser humano y vivir sin apego a los Seres que amamos, entendiendo la muerte como algo necesario e inevitable. No era una condena para sufrir en vida, el entendimiento de las palabras evocaba una liberación, que no era más que comprender lo efímero de existir y la verdad del momento como parte del todo. Sentí claramente que no tenía preferencias entre seguir viviendo o morir, tal como el padre de Mar nos había transmitido de forma sincera. Mi cuerpo luchaba por apegarse al mundo físico, síntomas de enfermedad aparecían por mis vísceras, como indicios del conflicto emergente entre mi Ser que había abandonado todo el apego a la vida y el animal aferrado a ella.

Vi claramente al padre Mar luchando por existir, náuseas, mareos, dolores, maltrataban mi cuerpo sano, no podía ni quería obviarlos dado que la comprensión de esa verdad quizás debía ser así de dolorosa, como aquel hombre perturbado que se negaba a enfrentarse a la vida nuevamente. Todos se disponían a marcharse, no pude levantarme por el dolor, me apoyaba en la puerta con intención de hacerlo.

De súbito sonó la cerradura y la puerta se abrió, cayendo sobre un hombre muy delgado y decrepito que agarraba en su pecho un saquito. El golpe hizo que nos revolcásemos por el suelo. Dejando caer lo que agarraba con fuerzas junto a su pecho, los restos de su familia

se esparcieron entre basuras. Mar lo reconoció al instante, lo abrazó y él desfalleció sobre sus brazos con una leve sonrisa en la cara. Toda la insalubridad de la sala me abofeteaba en la nariz, olores nauseabundos infectos. Vomité, no era capaz de levantarme del suelo, me arrastraba para llegar al saco. Kili tomó la iniciativa para administrarle una disolución clásica para calmar a los enfermos y minimizar su dolor induciéndole un sueño profundo. Estaba muy débil, parecía estar llegando a su objetivo de morir en paz. Yo no tenía capacidad de salvarlo ni intención de hacerlo. Mi inoperatividad y fatiga alertaron a Toro, que pronto organizó todo. De fondo escuchaba los planes para salvar al padre de Mar, todos lo siguieron mostrándole su ayuda. Yacía en el suelo como si no fuera parte del mundo, con un dolor que me sobrepasaba. Me quedé a las puertas sin poder moverme, solo, alejado de todo apego del mundo, casi no podía mantener los ojos abiertos. Me desplomé sobre restos de comida, heces, vómitos de aquella sala maloliente, antes de desfallecer todo lo que pude hacer fue recoger los huesecitos y meterlos dentro del saquito agarrándolo para abrazarlo con fuerzas junto a mi pecho hasta perder la conciencia.

### 3.5. Como pez en el agua

Era ligeramente consciente de mi entorno, podía reconocer la presencia de mis amigos junto a mí. No obstante, aún estaba muy cansado y tenía los párpados cerrados, no sabía dónde estaba, escuchaba a mi amigo Toro con aire melancólico, casi pensando en voz alta.

-Salimos de la Aldea hace ya un ciclo, hemos satisfecho los objetivos iniciales, incluso nos hemos asentado en la Cruz. A pesar de que echo de menos la Aldea, siento que no es el momento de volver, una vez visto el mundo exterior mi joven espíritu me alienta a seguir en busca de mi futuro. ¡Me gustaría ver y conocer otras regiones, ooohhh! Y qué maravilla sería poder visitar la Cúpula de Tecnos, para aprender de su tecnología y forma de vida. Pasar los ciclos aprovechándolos, viviendo intensamente y morir de viejo en la Aldea. Mañana veremos Origen y podremos charlar, quizás emprender un viaje a las Jorobas, quiero ver el mar...

No paraba de encadenar pensamientos, con la mente muy activa. Muchas emociones y vivencias hacían aflorar las expectativas humanas en Toro, quizás en todos. En cierta manera me apenaba, sentía que nos alejábamos de la sencillez de la vida, la Aldea se le quedaba pequeña. Sus palabras me hicieron reflexionar. Yo me sentía parte de la Aldea, entendía que era la forma de vida más precisa para poder evolucionar a un Ser Integral, en armonía y equilibrio con cada cosa y no cosa de la experimentación real, alejado de las extravagancias y conflictos del mundo, para aprender las disciplinas empáticas, cultivar, sanar, sentir y amar. La motivación de mi salida de la Aldea nació como consecuencia de las emociones de los aldeanos y fue definitiva con la llegada de Mar. Todo lo que ellos sentían quedaba impregnado en mí, constituyéndome como individuo. Pensé que para un Ser Integral no debería haber diferencias entre vivir aquí o allí, ahora o como parte de otras civilizaciones, o en otra experimentación. No había dualidad. Recordaba las palabras sobre el viejo Tod que me alentaban a calmarme: “Puedes ser un bondadoso y contemplativo

eremita justo aquí en medio de todo, sin ser afectado en la esencia, totalmente sostenido y recompensado por tus prácticas integrales”.

Toro seguía especulando sobre qué hacer, cuándo y cómo. Su mente era un volcán de dudas en erupción que inundaba el cuarto con su torrente de voz, desvelando a los presentes. Entonces reconocí a la mujer con la que me había topado, su voz llena de buenas intenciones cortó el monólogo.

-Junto a la Sucursal del Templo vive un agricultor pacífico y tranquilo que comparte su hogar con su hijo. Un día en el que su único caballo se escapó del establo, los fieles no dudaron en acercarse a su casa y condolerse por su mala suerte; quizás con intención de que se unieran a ellos, le dijeron: «Pobre amigo, qué mala fortuna. Has perdido tu herramienta de trabajo. ¿Quién te ayudará ahora con las penosas tareas del campo? Tú solo no podrás, y te espera el hambre y la ruina». Pero el hombre únicamente contestó: «Así es la vida». Los fieles que solían pasar por su granja vieron a su caballo dos días después, regresó acompañado de una yegua joven, magnífico ejemplar, que posiblemente había conocido en las montañas. Los fieles esta vez se apresuraron a felicitarlo. «Qué buena suerte, ahora tienes dos caballos. Has doblado tu fortuna sin hacer nada. Nos alegramos por ti, hermano». El hombre solo musitó: «Así es la vida».

La sensata historia meció mi sueño. Despidiéndome de la voz de aquella mujer pude escuchar:

-Nos marchamos, hermano Toro. Silencia tu mente y descansa, todos estáis invitados a la Sucursal del Templo del Equilibrio.

Seguí durmiendo, reponiéndome, haciéndome el ausente, sin dolor ni malestar y solo con la certeza de que aún disponía de vida que debería vivir.

Con la luz del alba abrí los ojos, estaba tumbado en un gran sofá, Kili y Toro dormían junto a mí en un confortable suelo mullido por telas. Mar no estaba, ni su padre. De algún modo supuse que mis amigos se encargaron de hacer lo mejor para ambos. No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado. Me incorporé y pregunté de inmediato por ellos, me comentaron que se montaron en el primer convoy hacia la Cruz para que lo atendiesen en la casa de la sanación. Hicieron las gestiones pertinentes, Doye pidió algún favor, gastamos algo de pecunia, era la opción más plausible. Mis amigos se alegraron mucho al verme totalmente repuesto.

Varias personas compartíamos la casa, había turno para usar el aseo. Tras agradecer a Doye por todo y, particularmente, su hospitalidad, partimos con nuestras pertenencias a la espalda. El mundo que se mostraba ante mí era ahora mucho menos intenso. Contrastaba con la visión de mis amigos, muy animados, que estimaron invertir el día en recorrer la ciudad de Origen. Disponíamos de pecunia suficiente para varias jornadas. Mientras desayunábamos decidimos separarnos para vivir la experiencia de forma individual, creímos que sería la forma más indicada de que el camino se mostrara por sí mismo. Cada uno planteó diferentes lugares para visitar, Toro quería ver procesos de reciclado y extracción mineral y Kili quería dirigirse a la Sucursal del Templo; yo no tenía preferencias. Nos veríamos por la tarde, junto al comedor, pasaríamos la noche juntos y puede que cenáramos algo. Cogimos nuestras mochilas y marchamos cada uno por su lado.



Paseé sin rumbo por los alrededores de donde habíamos dormido. Doye vivía cerca de la estación subterránea de Origen, no muy lejos del volcán donde trabajaba. Casi todas las construcciones de la zona eran dormitorios para empleados que sustentaban la actividad de la ciudad. Me acerqué al acceso del volcán. Al parecer había llegado un convoy desde el Clan Hermano, me aparté y me senté junto al paso principal, en silencio y observando. Varios cientos de personas salieron por la boca del volcán, parecían cansados y no muy felices, venían para trabajar por largas temporadas, portaban el anhelo de sus familias. La variedad de emociones humanas cada vez me fascinaba más. Tres personas me arrojaron unas pecunias de cobre pensado que mendigaba, no asocié su confusión a ningún indicio relativo a mi vestimenta, aseo o cualquier otra cosa. De entre los últimos viajeros del tumulto que salían de la estación, un señor mayor con un bastón que no usaba para apoyarse se acercó y me preguntó:

-Por favor, buen hombre, ¿sería usted tan amable de acompañarme a sentir el mar? Soy casi ciego y me resultaría muy difícil llegar solo. Por supuesto le gratificaría.

Nunca había visto el mar, pensé en porqué no se me había ocurrido en el desayuno. Sin dudar no me negué a tal experiencia, desconocía cómo llegar, pero sabía que se encontraba al este, por donde estaba aún levantándose el Sol.

Me ofreció su brazo, juntos caminamos cruzando Origen. Fue sencillo pero muy largo. Una gran vía dividía el núcleo en una parte elevada junto a las montañas y otra plana mirando al desierto. Tardamos en recorrerla gran parte de la mañana y una vez salidos del hormigón se podía oler el agua salada. El último edificio fue una estación de vehículos que circulaban rutinariamente desde el volcán hasta allí por la periferia, también a otros destinos. El mar se intuía a lo lejos. El anciano estaba en forma, el bastón lo usaba para no tropezar y parecía no estar ciego del todo. Se trataba de un hombre que nunca había tenido ocasión de ver el mar, al igual que yo. Vivía en un pueblo del interior, agrícola fundamentalmente, muy lejos de las costumbres de la gente de Núcleo. Hacía pocos ciclos que el Clan Hermano se había atribuido la región a su propiedad, él había vivido tiempos de lucha de los que hablaba con orgullo, no era amigo de los funcionarios, obviamente. Fueron ciclos difíciles, comentaba, su estilo de vida se vio forzado a cambiar. Sin familia, una idea se instaló con firmeza en su mente: no podía morir sin ver el mar. Para ahorrar algo de pecunia y poder viajar hasta Origen, tomó otro trabajo además del suyo habitual, decía que ahorraba todo aquello que podía y suspiraba por que llegase el día de poder estar ante el mar. Me contó su vida al completo. Por fin, ahorró lo suficiente para hacer el viaje en las cápsulas de levitación magnéticas y tomó un convoy que le llevó hasta Origen. Se sentía entusiasmado y gozoso.

No había pérdida, seguimos entre arbustos el suelo pisado que se intuía y llegamos hasta divisar claramente la playa, aunque solo lo percibieran mis ojos. Un sol cálido y una brisa animosa nos acompañaban. El camino empezó a hacerse cada vez más costoso, los pies se hundían en la arena; esquivamos juncos, cruzamos una gran duna y desde lo más alto pudimos observar el maravilloso espectáculo: la inmensidad de agua que se perdía en el horizonte, por ambos lados. Nos íbamos acercando con quietud, disfrutando del momento, ambos en silencio. ¡Qué olas tan mansas! ¡Qué espuma tan hermosa! ¡Qué agua tan bella! La pasión del anciano me obligaba a describirle la escena, disfrutando enormemente. Nos

acercamos hasta el agua, nos descalzamos, sentimos un hormigueo amable en nuestros pies y la frescura del agua parecía recuperarnos de la caminata. El señor cogió un poco de agua con la mano y se la llevó a los labios para degustarla. Entonces tornaron sus emociones, muy desencantadas y abatidas, comentó:

-Qué pena que pueda saber tan mal con lo hermosa que es. Amigo, muchas gracias por traerme. Acepte este pago. Y ahora me gustaría estar solo.

Se quedó sentado en silencio con dos infinitos azules que se unían en un horizonte que solo levemente podría percibir.

Me alejé paseando y pensando en aquello, miraba atrás y todo parecía haber sido un sueño. Me sentía un espectador del mundo que acontecía. Fuera de mi sitio, la Aldea, nada era prioritario. Pensaba en cómo encajar el Ser Integral en este mundo, supuse que solo debería esperar aquello que ocurre como simple objetivo. La ilusión de la mente abatía el corazón de las personas, ¿cómo podría encontrar un equilibrio en el que participar? Mis pies felices guiaban mis pasos por la orilla, la calma era total y mezclaba realidad con visiones, estaba como en meditación profunda y consciente mientras caminaba en dirección a las montañas. La playa era espectacular, el entorno era nuevo para mí, los olores, las aves, la flora, el tacto... era bello y onírico.

Debía de ser más del mediodía, el calor apretaba y decidí bañarme. Me desnudé y sumergí en ese estado de reflexión que de algún modo invocaba una plegaria esperando respuesta. Peces curiosos nadaban alrededor de mi cuerpo, entré en contacto con ellos, hice un esfuerzo por aplicar las disciplinas de comunicación animal y la inmensidad de la vida subacuática que debía albergar aquel mar me acongojó. Flotaba con facilidad. El sol se reflejaba en las aguas del mar de Origen. Dejé mi cuerpo libremente al son de las olas que me acunaban, cerré los párpados cegado por la intensa luz y quise sentirme pez.

Mi visión se zambulló en el agua salada, mis oídos escucharon la vida bajo el mar, fluía con las aguas sin necesidad de respirar. Me frené frente a un pez de gran tamaño, mucho mayor que yo. Con miedo miré mi torso, reconociéndome como un pez más, me sentí desconcertado e inquieto con la situación, que había dejado de controlar. Ya no me movía ni me sentía flotar. Presto, con su nadar elegante, se acercó mostrándose majestuoso. No sabría describir con definición la comunicación, cuanto más se acercaba más afable parecía; cauteloso, me miraba intrigado. Otros varios peces curiosos se acercaron, veía una gran boca de pez articulando palabras con unas comisuras que le llegaba de ojo a ojo, entonces se conformó su voz:

-Amigo de fuera, presiento que hay sabiduría en tu corazón y quiero hacerte una pregunta por si puedes ayudar a este ignorante pez: ¿qué es el agua donde habitamos?

No respondí al instante, estaba sorprendido con lo real de la situación. Me sentía sideral, no podía creer la ensoñación.

-Por favor, contéstame, ¿qué es el agua donde habitamos? -insistió.

No debía demorar la respuesta. El majestuoso pez giraba sus ojos, quedé preso de los mismos, la respuesta que solo yo esperaba se hacía voz:

-Amigo pez, has nacido en el agua, en el agua estás viviendo y en el agua hallarás la muerte. Alrededor de tu cuerpo hay agua y agua hay dentro de tu cuerpo. Te alimentas de

lo que en el agua encuentras y en el agua te reproduces. ¿Y tú, pez ignorante, me preguntas qué es el agua por ser de afuera?

Notaba las palabras salir de mi boca, sentía mi cuerpo flotar al bamboleo de las olas, abrí los ojos sin estar alterado. Muy enriquecido asimilaba la vivencia y gratamente debía ser recordada. Necesitaba formular una enseñanza de la experiencia empática y que no quedase en un limbo de información sutil, hacer el ejercicio de darle lenguaje.

-Los Seres humanos, ignorantes, nacen, viven, se reproducen y mueren en el mundo; sin embargo, son desconocedores del mundo en el que moran. Ignoramos la realidad que habitamos.

Entendí que no debía sentirme como un aldeano fuera de la Aldea, sino como un aldeano en el Mundo.

Me había alejado bastante, miré a la orilla y tenía un hermoso acantilado que maravillaba mi visión. Salí del agua y me sequé mientras iba en busca de mi mochila. Estaba muy lúcido, pensaba que para algunos individuos la realidad solo puede concebirse como lo dado en la experiencia, muy vinculado al mundo de los sentidos, al mundo humano. Desde un punto de vista práctico, la realidad debería ser un concepto generado por una comunidad, entendida como una agregación de individuos con sus realidades, cada uno con sus mentes e ilusiones. La realidad no era plasmable a una definición, no podía confinarse, en una palabra: la realidad no es real. La realidad nace del individuo y aceptarla como real en términos colectivos hace perder la visión holista. Un Ser Integral entiende y acepta este sutil proceder y no siente conflicto con otros como consecuencia de esa divergencia, todos los conflictos nacen del disentimiento sobre la realidad. Las diferencias surgen de las interpretaciones de las vivencias; en cambio, los acuerdos sinceros crean las realidades, por lo tanto, la Fuente deberíamos ser todos: existir de una manera consciente permite crear una realidad que compartimos. Sin duda, la única posibilidad era mantenerme firme en el Camino Integral, que nada tiene que ver con la realidad de los sentidos, sino que habita y se alimenta del Alma.

Me vestí y respiré profundamente, se me erizó el vello de los brazos. Metí la mano en la bolsa y saqué algunos frutos secos, miré atrás, hacia el núcleo de hormigón que parecía más cerca una vez conocido el camino. Armoniosamente decidí caminar hacia las montañas, bebí algo de agua para recuperar fuerzas. Aún disponía de varias horas hasta el encuentro con mis amigos para compartir con ellos lo acontecido, la ensoñación, las enseñanzas, todo. La realidad me sonreía. El mar y la montaña arropaban el paseo, pronto llegué cerca del acantilado que había visto y la playa aún continuaba unos cientos de metros, haciéndose cada vez más estrecha y con menos arena, hasta morir en la roca. Me sentía parte del todo, como en la Aldea, pero muy lejos de allí. Iba siguiendo los rayos de energía sutil que se canalizaban con mis propios pasos, interpretando el relieve. Encontré una zona muy escarpada, pero en una primera impresión pensé que no debía darme la vuelta; me quedé parado analizando los salientes, entonces, como si estuvieran mimetizados con la piedra, vi unos escalones: detecté una escalera esculpida en la roca. Fui en busca de su base. La escalera en algún tramo era sinuosa, no parecía haberse usado en ciclos, ni sabría decir si fue labrada por algún humano o era natural. Pronto pude alcanzar una plataforma en

piedra negra sustentada en la montaña, levitando con el mar debajo, ahora en calma. Era amplia y generosa, parecía un balcón al mar, una oquedad techada como una cueva ciega se introducía en la montaña. Un caño de agua de filtración goteaba incansablemente sobre una pila esculpida en la roca con la perseverancia de la gravedad. Las vistas eran únicas. Miraba las paredes del acantilado, parecían una amalgama de rocas grandes entre una masa de arena que los aglutinaba, había vegetación por las hendiduras entre rocas y la cima no parecía estar muy lejos. Allí pasaría la noche. Necesitaba encontrar un lugar donde estar cómodo, las experiencias vividas me alentaban a experimentar el mundo con prudencia. Sabía que no había nada real salvo ser consciente de que la realidad la creamos todos.

Aún disponía de tiempo, por lo que bajé a recolectar leña y algunos juncos que servirían para acomodarnos sobre ellos, aunque también disponíamos de las esterillas y sacos. En la medida de lo posible dejé preparado el lugar y partí al encuentro sin carga a la espalda; ligero y vivaz daba zancadas veloces y precisas, no tardé ni una hora hasta la puerta del comedor, aunque llegué flaqueando y a menos ritmo. Aproveché para ver la ciudad, las calles estaban más cargadas, el grueso de la población de Origen volvía de sus puestos de trabajo, cansados pero ilusionados de poder disfrutar de unas pocas horas para su libertad. Como consecuencia de separar el trabajo del ocio sufrían una carga, como recompensa disponían de la dignidad y justificación de sus malos hábitos, era la forma de sobrellevar las rutinas del día a día. El ambiente por la tarde a la sombra del volcán parecía festivo, las personas charlaban, bebían y comían en las calles, su ocio lo consumían tomando bebidas destiladas y fermentadas que les animaban el espíritu en lugares de encuentro alrededor de algún local y siempre en los exteriores, en cualquier sitio podía escucharse música, los niños golpeaban pelotas en cualquier callejón... Origen tenía mucha vida y el perfume a familia en sus calles se podía respirar por las esquinas mientras todos compartían sus vidas.

Mis dos amigos me esperaban, Toro algo preocupado por mi tardanza, aunque muy contentos de su jornada invertida en Origen. Nos saludamos con un abrazo los tres, como si hiciese mucho tiempo que no nos veíamos. Estábamos alegres, ellos muy charlatanes, con ganas de intercambiar sus experiencias del día, ninguno había tenido tiempo de prever dónde pasar la noche y plantearon buscar un albergue para compartir habitación, lancé mi propuesta de pasarla junto al mar. Me miraron con caras raras, no supe distinguir si por lo insólito del plan o simplemente por haber tenido la iniciativa. No se negaron, accedieron con ilusión. Toro me golpeó en la espalda muy afablemente, a mi compañero espiritual lo que más le animaba era verme participar, de algún modo a mí me pasaba igual. Compramos algunos enseres y simplemente empezamos a caminar hacia el emplazamiento sublime que había preparado con cariño. Intercambiaron conversaciones sobre lo vivido en Origen, yo iba contagiándome de la ilusión de mis amigos en silencio, escuchando con atención e interés sus anécdotas sabiendo que la realidad se formaba bajo nuestros pies al andar.

Aprovechamos el viaje para comentar sus impresiones en Origen. Kili fue directamente a visitar la Sucursal de Templo del Equilibrio, siempre había unas salas habilitadas para practicar diferentes actividades para los fieles y recibir a cualquier visitante. Estuvo presenciando cómo impartían clases de meditación guiada, una charla dedicada a la concienciación de la masa para vivir de una manera sostenible, también se asesoró sobre

los mecanismos legales instaurados por la Regencia para hacerse habitante reconocido de Origen. Me trajo unos folletos de la Sucursal con mucha información que leí por encima. Impartían, por ejemplo, clases sobre cómo despertar al individuo su empatía natural, otro sobre la facultad del Ser para procesar información a partir de la percepción, del conocimiento adquirido en la experimentación real y las características subjetivas que permiten valorar la información, fundamentalmente de las disciplinas cognitivas. Había fotos de los fieles que ejercían de ponentes. Uno proponía un taller de técnicas en procesos tales como el aprendizaje, el razonamiento, la atención, la memoria, la resolución de problemas, la toma de decisiones y el procesamiento del lenguaje para la mejora del lado empático del individuo. Mucha teoría compleja y útil, solo asimilable por la práctica. Kili enfatizó que el orador insistía en que había que volver a las ideas iniciales de los antiguos portavoces del Templo del Equilibrio que predicaban en la Meseta, al origen del equilibrio armonioso y la vida sencilla, como por ejemplo la dignificación del Ser dándose a los demás desinteresadamente, apaciguar la mente, y con medidas como el control demográfico, etc. Me sentí muy reconocido en lo que contaba; Teo y los otros Maestros seguro que habían bebido de esas enseñanzas. Posteriormente le invitaron a participar en la elaboración de la comida, en la cocina y como comensal, en la que pudo intercambiar impresiones con los presentes; allí comentó su renuncia al funcionariado, nuestro último ciclo en la Cruz y nuestra venida a Origen, hablándole al grupo de Toro y de mí como parte de su viaje. Comentaba que tenían mucho interés en conocernos. Tras una mirada insinuante de Toro hizo hincapié en que no dijo nada del Orbe.

La Sucursal estaba a las afueras de la ciudad, al norte del volcán, a la vera de las Jorobas. Realmente estaba cerca del núcleo de la ciudad, pero para llegar había que darle la vuelta al volcán. Decía que el emplazamiento y la Sucursal del Templo de Equilibrio en Origen siempre habían estado allí, las nuevas construcciones se hicieron porque era la salida de la ruta que llega al Templo del Equilibrio atravesando las montañas por senderos y caminos entre las Jorobas. Muchos fieles históricamente hacían lo que se conoce como “la peregrinación”, que consistía en un trayecto de bellísimos paisajes, con refugios para pasar las noches, que cruzaba el gran lago bajo el M8000, era una peregrinación casi obligatoria para los miembros del equilibrio, un viaje espiritual, donde vivencias, encuentros, reflexiones y emociones compartidas elevaban el Ser y purificaban las existencias de los peregrinos, últimamente muy concurrido con el nuevo auge de los fieles de Origen. Comentaba que la Sucursal era bastante grande, construida en ladrillo y elementos reciclados, cimentados sobre antiguas ruinas aún funcionales por partes, con terrenos colindantes cultivados y muchas granjas de particulares que vivían en comunidad sin mucha jerarquización, pero que parecía estar guiada por Fides, la cual ya conocíamos del comedor y de la visita a casa de Doye. Insistió en la invitación a la Sucursal de Templo que nos había hecho anteriormente nombrándola en varias ocasiones. Al marchar de allí donó pecunia a la causa como otros muchos fieles por la convivencia pasada, Kili había encontrado su hogar y parecía haber encontrado su sitio.

Toro, siempre muy interesado por lo vinculado a la tecnología y a la ciencia, fue a visitar los procesos de reciclado y catalogación de materiales, a las minas de extracción,

donde no le dejaron entrar, y, por último, a la oficina de empleo, donde cada ciudadano tenía la capacidad de optar a algún tipo de trabajo, sin exclusión, siempre había cualquier tarea para cualquier cualificación, decía que la Regencia gestionaba los organismos técnico-administrativos asombrosamente. Me gustó la idea de conocer otros trabajos, pensé en pasarme en los días venideros. Hizo amistad con el funcionario de la oficina, que le explicó los procedimientos y pagos del jornal, siempre asociados a la productividad, así como la estructura de la Regencia de Origen. En la oficina se publicaban noticias, propaganda y servicios demandados. Se encontraba en la edificación más grande de Origen, donde la cúpula de gestión o gobierno moraba, pero aquí se le llamaba la Regencia. Por lo que comentaba, interpreté que el Clan Hermano tenía parte de control sobre la Regencia de Origen, estaban un tanto disociados, como si fueran organismos independientes, pero con vínculos más fuertes entre ellos a nivel de infraestructura que de actividad conjunta. Se notaba la presión con la que vivían para luchar contra las políticas económicas e impositivas del Clan Hermano, la corporación del gobierno de Núcleo estaba apoderándose de las empresas mineras y esto constituía la lucha fundamental entre ellos., Toro decía que el funcionario bromeaba un poco con el asunto y que era un tema que suscitaba tensión, era un sindicalista que luchaba por los derechos de los trabajadores.

Entre charlas llegamos a la periferia y ya podía oler la playa, arriesgué callejeando y salió bien, ahorrando tiempo en el desplazamiento. Había percibido a mis amigos como si los hubiera acompañado en su primer día por Origen. Kili comentó entre risas que la siguiente vez cogeríamos el transporte público. Nos dirigimos al norte, pero sin llegar a la playa, giramos en busca de la montaña, por un camino más rígido y confortable que el utilizado por mí. Los días eran muy largos y cálidos, tendríamos algunas horas de luz difusa con el astro ocultándose al oeste tras el volcán. Al llegar a la escalera, dije entusiasmado:

—¡Aquí es!

Me miraron extrañados, parecía estar oculta en la piedra de la ladera a simple vista. Les indiqué el camino y se sorprendieron. Subimos ágilmente. Mis amigos, contagiados de ilusión por la expedición, no se percataron hasta entonces de que no llevaba mochila y por eso había llegado mucho más rápido que ellos. Les recibí en la plataforma con los brazos abiertos a modo de bienvenida. La paleta de colores que ofrecían las vistas nos fascinó, el cielo parecía inundado de luz naranja, sobre las pocas nubes se proyectaban los últimos rayos crepusculares, definiendo el contorno de estas nítidamente. El azul oscuro de mar que se fundía con el horizonte en un contraste en la superficie chispeante parecía un prelude de una noche estrellada, las olas chocaban debajo de nosotros generando un ruido que nos mecía, no tuve duda de que el emplazamiento era fuente de energía sutil, ideal.

Nos acomodamos sobre los lechos, esterillas y sacos, hicimos té con un pequeño fuego que mantuvimos hasta bien entrada la noche. Mis amigos, tras haber narrado sus vivencias de la jornada, quedaron en silencio mientras comimos y bebimos té, sumergidos en el marco maravilloso, en lo alto, entre el cielo y el mar. Contemplamos todo, observando cada detalle, cada color. La luz se apagaba desde el perfil de la montaña. Mis amigos me miraron, parecía que era mi turno, empecé a narrar mi historia del día, cómo había llegado a la playa acompañado, el baño y la ensoñación del pez, cómo me sentía, mi transformación. Quería

crear la realidad aplicando el Camino Integral, esta motivación se plasmaría en nuevos vínculos con el mundo físico que compartíamos. Sin llegar a formalizar un Coro de la armonía íbamos induciendo una atmósfera similar, propicia para la comunicación y compenetración, para compartir emociones y sentimientos, para hacernos más uno solo. Toro y Kili escucharon con mucha atención las palabras y notaba cómo empáticamente absorbían las emociones e, igualmente, conocimiento y sentimientos en pequeños paquetes indivisibles. Kili, aprovechando un inciso mientras sorbía té, preguntó:

-¿A qué te refieres cuando dices que la realidad no es real?

Vinculado a las conclusiones de mi experiencia con el pez, intenté afinar emociones y precisar argumentos, simplificando la idea y cómo el Camino Integral es el faro que nada tiene que ver con las interpretaciones:

-Dado que la realidad se define individualmente y la sociedad la acepta como un concepto global, podemos concluir que la realidad es efímera, no es referencia universal, no es única, deja de tener consistencia, ¡no es real! Pero nada de eso importa porque, a pesar de que existen tantas realidades como individuos, el Camino Integral es siempre único y aplicable a toda vida. La realidad es un concepto que pretende hacer entendible el mundo, es un recurso de la mente por agilizar los procesos físicos necesarios para interactuar y ayudarnos a sobrevivir en nuestro medio, es una forma desesperada y astuta de dar forma a la experimentación real. En cambio, el Camino Integral es una expresión profunda del Alma, unida a un todo, el Cónclave que reside en las consciencias de los Seres. Transciende al individuo, por eso no tiene forma, eleva la mirada holística fundiendo al Ser en un todo.

»Por tanto, para definir la realidad nos basamos en la manipulación hipnótica de las mentes humanas; el Camino Integral se basa en la libre transmisión de la simple e inmutable verdad natural, la Verdad Sutil. Es una realidad total, no una práctica oculta, que habita en cada cosa o no cosa, todos como parte de un todo. El Camino Integral se abstiene del fanatismo conceptual, de la vida extravagante o lujos sociales, todo esto perturba la serenidad de la mente y obstruye el desarrollo espiritual. Renunciando a lo que se manifiesta lejos de lo que es sencillo, honrado y virtuoso, el Camino Integral te hace regresar a la esencia sutil de la vida, aceptándolo de corazón. Adopta sus prácticas y te volverás como él: honrado, simple, verdadero, virtuoso, total.

»Como veis, en propósitos parciales la propia transformación es siempre parcial, como una realidad definida por el individuo. Pero en el desarrollo integral de sí mismo es posible realizar una metamorfosis completa, trascender tus propias limitaciones emocionales y biológicas y evolucionar hacia un estado superior, cerca de la Fuente, con la voz del Cónclave en tu interior. Manteniéndote apartado de las sombras y siguiendo este simple camino, te vuelves extraordinario e insondable, un Ser de profunda sutileza cósmica. Sobrevives al tiempo y al espacio dándote cuenta de la sutil verdad del mundo.

Cada vez era más difícil distinguir cuándo mi Ser estaba hablando en meditación desde la naturaleza de mi consciencia o mis palabras eran fruto del análisis. Evidentemente, esta duda carecía de interés. Cónclave, consciencia, Alma y Ser eran la misma cosa. Mis palabras podrían ser las de Teo o cualquier otro Maestro, me gratificaba ser consciente de ello, me sentía pleno y feliz cuando mis amigos asimilaban las emociones e ideas, cuando

compartíamos y nos consolidábamos como familia, de la misma manera. Mi parrafada era muestra de mi transformación, Toro estaba muy concentrado encajando todo como parte del proyecto Aldea, experiencias, aspiraciones y perspectiva de la realidad parecían mostrarse a él; al tener la pasión de su lado humano latente era una tarea compleja, pero sin duda encontraba su espacio de comodidad en su Ser. No tenía dudas de su buena voluntad, de su enorme contribución al mundo y su equilibrio, siempre aportando a su forma, tan práctico que quizás no necesitaba escuchar tanta entelequia, aun así, oía con atención.

Kili encendió una pipa, con hierba de la que fumaba Teo, el humo se mezcló con los gases de la pequeña hoguera, después Toro dio varias caladas, y me ofreció, no dudé en degustarlo. El humo denso filtrado penetraba en mí, llevándome a un plano en el que mi percepción estaba aún más alejada de mi individuo, podía verme como otro Ser en la inmensidad, era como mirar a un desconocido. La Luna parecía emerger del agua, la paleta de colores se tornaba en azules y plateados, iluminando el acantilado. Kili estaba calmado, pero sentía que era una gran oportunidad para expresarse libremente y obtener recompensa fructífera y práctica. Seguimos con la charla, humidificábamos nuestras gargantas con té dulce que revitalizaba nuestras Almas. Él quería confesar algo que guardaba.

-Maestro Lao, siento algo místico hacia tu Ser, es una creencia que no está sustentada en pruebas, pero ciertamente tengo Fe en que tenemos mucho que aportar a este mundo. Nuestro encuentro y amistad no han podido ser casuales, siento la predisposición de algo superior que nos guía, quizás sea muy religioso, o incluso una clara muestra de Ego, pero lo siento... Yo no soy un aldeano, pero creo en las historias sobre sus aldeanos, sobre el Cónclave de sus consciencias y la Fuente como creadora de realidades -dijo Kili muy prudentemente.

Toro asentía con la cabeza en silencio, feliz de escuchar lo que decía, no miraba mis ojos quería darnos intimidad, además ya conocía los antecedentes de la conversación que me otorgaba. Se miraron ambos complacientes haciéndose un leve silencio, el humo de la pipa alteraba nuestra consciencia, estábamos calmados y muy perceptivos, continuó la charla sin cambiar el tema en esencia, pero alejando el foco de mi persona, relacionándolo con su visita realizada en el día.

-Hoy he tenido la oportunidad de escuchar a varios fieles en la Sucursal de Templo de Origen. Había muchos de ellos escuchando las charlas y sermones de los oradores. Fides dice que sería un privilegio que acudieseis... creo que puede ser una buena praxis ir a conocerlos.

La brisa arrastraba el aroma del mar, su humedad era apacible. Habría descartado rotundamente la propuesta de Kili pocas horas antes por lo irrelevante de mi presencia, pero en ese momento lo escuché sin rechazo, no pronuncié palabra, miré a Toro buscando algún indicio. El paso de cómo una teoría pasa a ser una realidad. Pensé que quizás creía que mi mundo interior era vasto, tanto como para no compartir en un supuesto mundo exterior, enlazaba pensamientos, concatenaba emociones, todo en unos breves segundos donde Kili aún esperaba respuesta. Toro, alertado por ser conocedor de mí Ser, y quizás por la insistencia de Kili sobre la visita a los fieles de la Sucursal, esperaba mi reacción, que no llegaba. Sabía perfectamente qué ocurría en mis procesos cognitivos,



era transparente para mi amigo. Tomó las riendas de la conversación y descansé mientras escuchaba atentamente.

-¿Praxis? A diferencia de la teoría, que es desarrollada con el estudio y se focaliza en la abstracción intelectual, la praxis se hace presente cuando dichas ideas son experimentadas en el mundo físico para continuar con una contemplación reflexiva de sus resultados. La praxis aparece como una etapa necesaria en la construcción de conocimiento válido, de ideas, estrategias, hipótesis, etc., no hay mayor praxis que seguir los pasos del Camino Integral, omnipresente en todas las vidas.

Fue glorioso escuchar a Toro, cómo aplazaba la invitación por mí, con rotundidad, amor y serenidad. Kili parecía afectado, sensible, aunque no debería porque sus intenciones eran nobles. Su vida en el Clan Hermano había sido muy diferente a la nuestra en la Aldea, se sentía parte del conflicto del mundo y esto le generaba una ansiedad que debía superar para alcanzar una verdadera comprensión de su Ser. Lo miré como el que mira a un hermano y reconocí un vínculo que verdaderamente sobrepasaba lo efímero del mundo físico, lo abracé. Toro, para paliar su aflicción y librarnos de responsabilidad, nos dijo:

-Realmente el equilibrio no se puede recuperar con lucha, quizás el desequilibrio sea parte de la experimentación real y es sino inevitable, inherente a la raza, y en tal caso ¿por qué luchar? No digo que los fieles de la Sucursal estén errando en este planteamiento, pero la participación de los aldeanos no está sometida al interés de los fieles. Solo la Fuente proveerá y siempre salvaguardando el interés holístico de todo. Quizás los fieles consigan cambiar el mundo en pos de uno más equilibrado, pero los aldeanos no son nada extraordinario, ni elevado, ni sublime, ni trascendental como para ir a orar a la Sucursal del Templo, y, aunque pueda llegar a serlo, tampoco sabría certificar si es el canal más indicado de transmitir. Solo el Camino Integral está más allá de todo eso, es simplemente la verdad directa, esencial y total, la única educación o enseñanza donde la praxis es clave para la evolución de éste.

Finalmente, la conversación pareció terminar plácidamente. Los tres amigos, muy felices de experimentar los unos junto a los otros, y tras una pausa para llenarnos los vasos y estirar el cuerpo, volvimos junto el tenue fuego, ya en una noche cálida. Las olas golpeaban con más fuerza el acantilado de rocas. La pipa la apuramos entre todos, la atmósfera oscura era aún más mística, las estrellas estaban muy cerca, su brillo iluminaba perfectamente nuestro refugio desde el firmamento. Kili rompió el silencio.

-Cuando participé en lo que aconteció con el Orbe sentí que la causa era justa, en principio mi intención fue levantarme y ayudar a Toro al posible forcejeo, fue una acción totalmente física, ese impulso pasó a ser un sentimiento profundo de altísima comprensión de uno mismo y de todos los que participaban, las emociones de todos parecían llegar con nitidez a mi entendimiento, muy amplificadas, incluso llegaba a entender la naturaleza de la motivación de Max, que parecía desplazar a su propio Ser a un plano irrelevante sobre lo que acontecía. La buena voluntad que emanaba de Toro posicionó en mí el deseo de ayudar a la causa justa. Después, parece que el Orbe juzgaba, y sentí cómo la consciencia de Max se quebraba por la evidencia en la comprensión de su Ser, sentí su arrepentimiento y cómo en pocos instantes doblegaba su voluntad de arrebatarse el Orbe, a pesar de estar infringiendo

una orden directa del Gobernador de Núcleo. Nunca había sentido a Max tan cercano y sincero... Toro, ¿qué es el Orbe? ¿Cómo lo hiciste funcionar?

Mientras Kili detallaba sus palabras, entendí que con los pies en el Camino Integral es evidente que la Energía Sutil se manifiesta. La charla aplazada sobre el Orbe nacía de manera precisa, independientemente de quien la formulase. Era capaz de percibir que posibles vivencias estaban encaminadas a elevar mi Ser. No obstante, el ansia de iluminación no es diferente al ansia de riquezas materiales, por tanto, siendo meticuloso, las situaciones propicias deberían nacer por sí mismas, así como el conocimiento. Todo ocurría lento, se podía degustar y disfrutar, Toro se pensaba la respuesta, desvelaba que aún no conocía el funcionamiento del Orbe. Se animó:

-Cuando todo indicaba que Max y los funcionarios no iban a respetar mi decisión, sentí perder el Orbe, después sentí defraudar a Zero, a la Aldea, al proyecto Aldea... A Lao. De manera que todo lo que me apega al mundo parecía quedar confinado en el Orbe que sin piedad e inexorablemente me arrebatara. Quedé atrapado en un lugar donde la única posibilidad de sobrevivir era renunciar al Orbe y a todas las buenas emociones que contenía. Entonces se manifestó. Después sentí que mi esencia se iba disipando, se diluía, como mi Ego, engullidos por el Orbe, nada importaba y se lo daría sin resistencia. Kili apareció en escena, su apoyo moral me dio fuerzas. Distinguir tu esencia hizo mi voluntad inquebrantable. Aunque, sinceramente, no creo que nadie sepa más del tema que nosotros actualmente, salvo una persona...

Dejó la incógnita en el aire. La conversación era muy interesante y, cuanto menos, peculiar. Toro estaba muy preocupado por el Orbe y su uso, el desconocimiento sobre el artefacto perturbaba a mi amigo. Kili se levantó como un resorte y abrazó a Toro, se sentaron juntos, se miraron y ambos parecían dirigirse a mí en boca de Toro. Prosiguió:

-Lao, yo también vi cómo observabas, alejado y sonriente, de algún modo estabas en la escena, pero el Orbe no tenía efectos en tu Ser. En cambio, Mar nunca llegó a estar involucrada en lo que acontecía. Por favor, Lao, comparte con nosotros: ¿qué sentiste tú?

Estábamos intentando destripar los misterios del Orbe e hice el esfuerzo de describir claramente mis emociones.

-El tiempo se detenía, espontáneamente entré en meditación, era un observador, no muy diferente a mi día a día, solo que todo más onírico y rico en información. Me sentía ajeno a todo conflicto y lucha. Con paciencia sin fin, con todo el tiempo disponible, entendí que todo llegaría. Siendo consciente de las circunstancias, pero sin renunciar a tener consciencia de ellas, independiente del conflicto, cualquier final hubiera sido bueno. Hay emociones que solo se pueden describir con nuevas palabras, palabras que aún no poseo. El Orbe se hizo grande y en su centro un vórtice iba atrapando vuestras esencias, que se manifestaron azules. Max y los funcionarios las emanaron en rojos colores, ambas se mezclaron en el Orbe, hasta que el cristal se tiñó de azul. No sentí nada en el momento; después, al verlo y compartir las emociones, mucha felicidad. -Empecé a divagar como pensando en alto; mis amigos escuchaban atentamente-. Quizás pueda inducir y proyectar en otros esa emoción intensa y reproducir el balance de voluntades en sus propios interiores de una manera con-

junta, llegar a sus conciencias para acariciar las Almas. Pero, sin duda, el Orbe no pretende más que replicar esa disciplina, que de seguro algunos Maestros dominan, por lo que no estoy inventando nada nuevo.

Toro ceñía su gesto, como si hubiera descubierto un gran hallazgo, lo que parecía preocuparle aún más, dado que reforzaba sus dudas hacia el Orbe. Kili, eléctrico, dijo:

-Me ofrezco a ser yo quien active el Orbe la siguiente vez, sé cómo hacerlo.

A Toro le emocionó la iniciativa de Kili, como si descansara. Emocionados e ilusionados hermanaron sus posturas, deseaban presenciar el futuro, unidos, con Fe, sin maldad. El deseo humano se mostraba de una forma contundente, apasionada. Mi Ser se dejó llevar a cualquier destino que mis amigos decidiesen, sería un observador a merced del futuro, sin intervenir, delegando esa responsabilidad en mi familia. Me fundí con ellos en el abrazo. La imagen de los Maestros Craso, Zero y Teo se superponía a nuestro abrazo en mi memoria, provocando un sentimiento alentador y una feliz redundancia. Fuimos a descansar en nuestros lechos, cubiertos bajo la roca negra. Aún estuve despierto un rato para bucear en mi interior. La llegada a Origen había estado inspirada por una vida de comprensión, los métodos del Camino Integral se transformaban sin perder la esencia sutil que portaba la Fuente, mi consciencia percibía el paso sobre la experimentación real como si no perteneciera a mi Ser, mi Alma parecía habitar en paz. Nos sentíamos unidos creando la realidad, nuestra realidad.

### 3.6. El jornal justo

Las semanas siguientes las pasé recluso en el refugio sobre el mar, exploré los alrededores, la parte alta por encima de la cornisa disponía de una arboleda donde encontré frutales, viñas y parras en su mayoría, incluso un pequeño terrenito con tierra y agua suficiente para plantar un huerto. El litoral estaba abarrotado de vida, algunos habitantes pescaban a menudo en la zona más próxima del camino recto al núcleo de Origen, pero casi nadie se acercaba a las montañas donde empezaban los acantilados abruptos. El mar al este de Origen se convirtió en mi hogar por un tiempo, instalé un campamento más serio en el acantilado, extendí la oquedad en la montaña con un cerramiento de madera creando una estancia más amplia, preparé un lecho mullido, y un depósito de agua sobre un pedestal alto que recogía agua de filtración de la montaña algo más arriba, siempre fría, e instalé una especie de ducha. Acomodé leña para quemar en un recipiente de hierro perforado que mis amigos me trajeron. Me ayudaron bastante.

De vez en cuando me gustaba bajar a la playa, donde encontraba pocas personas, solo los pescadores habituales. Mantuve algunas charlas con ellos, gente sencilla, por lo que me encontraba muy cómodo, incluso me animé a pescar. Me regalaron una caña vieja totalmente operativa, aprendí a manejar dicho arte y, además, obtenía la recompensa de poder degustar la carne de pescado que era como saborear el mar, un sabor imposible para un aldeano. Desde los primeros días en los que nos asentamos, que ya quedaban muy atrás, no había visto a Kili ni a Toro, pensé que, indudablemente, también estaban ocupados en hacerse su sitio en Origen, por eso no venían a verme. Tampoco había hecho nada por buscarlos.

Decidí bajar y encontrarlos, sabía dónde estarían. Al bajar tropecé con ambos por las dunas de los alrededores, estaban perdidos. Al parecer habían intentado localizar las escaleras varias veces, pero estas estaban talladas en la roca de manera casi imperceptible, además, la vegetación parecía esconderlas aún más y el paisaje parecía cambiar con el movimiento de cada grano de arena.

El tiempo pasaba rápido mirando al este, no me cansaba de observar el mar, pues mi vida solo había sido la Aldea, cuyo bellissimo paisaje nada tenía que ver con el litoral. Desde entonces quedamos en vernos, sabíamos cómo localizarnos, cuando venían solían traerme algunos víveres y algo de pecunia, por mi parte también iba a Origen para verlos y disfrutar de su compañía y de algunas comodidades. Era muy fácil buscarse tareas en el acantilado, siempre disponía de la herramienta indicada y el asesoramiento de Toro. Tenía que subir al acantilado con facilidad para acceder más allá de la cornisa y encontré un camino, pero me obligaba a bajar para volver a subir. Por lo que hice una escalera vertical anclada a la roca con cuerdas, que accedía como primer paso a una pequeña superficie de montaña plana con tierra. La experiencia de escalar de este modo me motivaba y era un gran deporte.

Me sentía plenamente instalado, aunque no era autosuficiente. Había cuantificado mis necesidades de pecunia para llevar una vida sencilla y disponer de nutrientes para pasar los días, solo necesitaba entre ocho y diez pecunias de cobre. Por si quería pasar el día en la ciudad, comprar pan o leche, herramientas, o lo que sea, también compré un calzado apropiado. Aún tenía intacto en mi mochila el botiquín con los medicamentos que Tita me había enviado. Toro decidió que yo fuera custodio del Orbe, parecía querer esconderlo y a veces también percibía que quería esconderme a mí también.

Mis amigos se fueron a vivir juntos los primeros meses. Doye preparó un escrito dirigido a la oficina de empleo de la regencia de Origen recomendando la inclusión de Toro en el departamento de mantenimiento de instalaciones del volcán, era una persona bastante influyente y honorable, pero parecía llevar en secreto su vinculación con la Sucursal del Templo del Equilibrio. Toro se encontraba feliz poniendo en práctica los conocimientos técnicos, aplicaciones y nuevas tecnologías y arreglando lo que iba haciendo falta, con eso le bastaba. Me decía a menudo, refiriéndose al él mismo: "Con ser verde, al pimiento le basta", me encantaba, pues era muy apropiado. También le dieron un uniforme de funcionario, en este caso de empleado técnico: verde oscuro. Me dijo que era el que usaban los funcionarios de la Regencia, nada que ver con el Clan Hermano, aunque me parecían iguales.

Kili iba a trabajar con sus hermanos de la Sucursal del Templo. No disponía de jornal, aunque sí de donaciones o limosnas de los visitantes del templo y de los fieles, que se asignaban en comunidad. Vestía de rojo con sus ropajes típicos. Estaba ganando reputación como fuente de verdad, todas las semanas se pasaba por la playa para verme, incluso muchas noches dormía allí, intimamos mucho. Nunca me insistió para que fuese a la Sucursal, desde la primera noche en el refugio. Manteníamos charlas místicas sobre la existencia, religión, sociedad y demás asuntos del Alma y cuerpo. Me traía libros que leía con calma, a ratos. Sin haber ido, conocía historias e ideas de todos los fieles, me encantaba escucharlo y sentir que había encontrado su sitio, no obstante, para él pasar tiempo juntos también era su refugio personal.

El tiempo parecía pasar vertiginosamente. Toro prosperó muy rápido, mi amigo aldeano era un hombre excelente, trabajaba como un artesano y aprendía solo, solucionaba cualquier problema con inventiva y usando pocos recursos. El trabajo y el ocio eran una única cosa para él. Pronto le atribuyeron otras responsabilidades más complejas. Ganaba suficiente pecunia para alimentar a un par de familias. Era muy generoso conmigo y con otros muchos, me regaló una linterna solar que iluminaba con distintas intensidades y podía ponérmela en la frente dejando libre las manos. Estaba muy ocupado, pero también lo veía, aunque menos asiduamente que a Kili.

En Origen el clima era suave y cálido, pero la cercanía al mar alegraba los días calurosos. Las brumas de las respiraciones del volcán se veían desde lo más alto del acantilado. No teníamos noticias de la Aldea, ni de Teo, lo último que supimos de él era que iba y venía a la Cruz desde otros destinos, aunque nadie estaba informado de dónde. No vino a Origen, sentía que me otorgaba tiempo para crecer solo, mi vínculo me indicaba que todo seguía en armonía. A veces Toro dudaba sobre si el proyecto Aldea seguía su curso, otras, sentía que estábamos obrando para ello. Sí recibimos noticias desde la Cruz, que seguía creciendo en población y negocios, al igual que los enfermos con necesidad de acudir a la casa de sanación. La sala de té de Tod funcionaba estupendamente, aunque ya sin Tod. Mar y su padre vivían en la Aldea, este parecía una persona nueva, con una nueva vida en un mundo nuevo, estaba muy integrado y esto hacía pleno mi corazón. Nos comentaron que el padre se quedó mudo, o, al menos, no quería hablar por decisión propia, a pesar de su integración y su fabulosa contribución a la Aldea. Algunos aldeanos, especialmente Mar, persistían en que tratase de articular palabras, Tita, lo diagnosticó: “este hombre no habla porque realmente no tiene nada que decirnos”.

Cuando pensaba en la Aldea afloraban emociones indescriptibles y puras. Consciente de que esa realidad existía, sabía que ya no me correspondía, evocando un sentimiento de renuncia a mi hogar que me dignificaba y me desapegaba de todo, de algún modo me empujaba a seguir inexorablemente viviendo el presente que se me otorgaba cada segundo vivido.

Muchas veces iba a pasear por la playa, los primeros meses fueron solitarios, en los siguientes se hizo más frecuente ver pasear a la gente. Era maravilloso no distinguir el paso del tiempo. Sobradamente vencido el primer ciclo, recibí una visita muy especial. Kili llegaba agarrado de la mano de Fides, y tras ellos, otros dos fieles portando a un hombre atado, que parecía no tenía fuerzas para resistirse. Y, por último, Doye, tranquilo y curioso. Lo soltaron, cansados de cargarlo, nada más alcanzar el último escalón. Resultó ser un adolescente, hijo del fundador de la Sucursal, llamado Kundo. Lo examiné antes de entablar conversación. El sanador que llevaba dentro salió deseoso. Lo encontré bien de salud corpórea, pero había decidido acabar con su vida irrevocablemente. Kundo se sentía especialmente empático con las emociones ajenas y su entorno, esto le había conducido a una situación irresoluble en su Ser, de rechazo al mundo: tanto como para querer partir. Preparamos té y nos sentamos. Kundo tenía la mirada perdida en el suelo. Los fieles estaban sentados en contacto con él. Doye merodeaba por la escasísima superficie del refugio en el acantilado. Fides guardaba silencio y solo estaba presente, Kili me contó la historia por la que se había obligado a traer a Kundo a mi morada.

Era un fiel devoto, muy concienciado con la causa del Templo del Equilibrio, como hijo de uno de los cargos importantes. Sus padres eran oriundos de la Meseta y él fue reclutado para unas misiones de exploración por las regiones del Clan Hermano, que parecían haberle conducido a ese estado de crispación. La culminación de su instinto suicida se engendró con las experiencias asimiladas en su último viaje, visitando zonas de conflicto más allá de la península donde el gobierno de Núcleo intentaba colonizar, sometiendo militarmente a pequeñas comunidades sin capacidad de defensa. Su Ser vino cargado de miserias y tristeza, su cometido como informador veraz de la situación fue un éxito, pero le costó su propio sacrificio. Había perdido la motivación en la experimentación real, como había perdido la Fe en el equilibrio y los humanos, en su causa. Su influencia en otros fieles estaba siendo muy perjudicial para la Sucursal, su carisma y respeto iban de la mano de la desesperanza y la extinción. La situación se volvió incontrolable cuando entró en conflicto con unos fieles que intentaron discutirle, decían que increpaba a cualquiera, totalmente descontrolado, por supuesto algo impropio de él.

Kundo seguía ausente. Intenté rastrearlo para llevarme sus experiencias. Fue realmente aterrador: preso de una posesión empezó a revolcarse por el suelo, como con espasmos, estaba extremadamente alterado, giraba el cuello descontroladamente e intentaba zafarse, gritando.

—¡No tiene sentido! ¡El equilibrio es un timo! ¡La raza no perdurará! ¡Dejadme cumplir mi voluntad! ¡No quiero seguir existiendo en este mundo!

Tenía localizado siempre el botiquín con la sapiencia y medicina de la Aldea y le administré una disolución, pocas gotas. Su cuerpo se calmó, pero su cabeza y sentidos estaban más presentes que nunca, dejándolo en un estado de consciencia alterada que permitía la fácil comunicación con su consciencia. El nivel de tensión aumentaba, aún más cuando lo cogí y lo llevé junto a la cornisa; nos sentamos en posición de loto mirando al mar, uno junto al otro. Buceé como si rebuscase en mi propia consciencia, con una facilidad asombrosa, me sentía como pez en el agua. Fornido y con la carne en perfecto estado, su decisión parecía sensata, estaba bien fundamentada, sus experiencias indicaban una catástrofe a largo plazo, no era una invención de su mente. En cambio, su Alma destrozada había cegado su percepción de la realidad haciéndola insoportable, quería dejar de experimentar la realidad. Supuramos juntos el dolor, pronto sentí a Kundo bucear en mí, nuestras Almas se encontraron compartiendo ese sufrimiento y agotamiento de experimentar, aceptar esa realidad es parte de la comprensión de la Verdad Sutil. Sentí algo innecesario, la omnisciencia me mostraba futuras transformaciones de mi Ser, similares a las que experimentaba Kundo, dudaba si vivir a través de sus experiencias realmente definirían las mías futuras.

Sin comunicación, mirando al mar, el hilo de la percepción que nos unía no se rompía. Cayó la sombra de la montaña en el refugio. Todos en silencio. Entonces Kundo se levantó muy calmado, dándonos la espalda a todos, apuró el par de pasos de los pocos que le quedaban para desprenderse por el acantilado, ninguno tuvo voluntad de reaccionar, sentía a todos detrás temer lo peor. Muy cerca del precipicio se giró sin prisas, percibía sus intenciones, simplemente sometió una pregunta a juicio.

-Maestro Lao, entonces... ¿con qué disciplina podremos lograr alcanzar la Verdad Sutil?

Apliqué el temor con todo lo vivido fuera de la Aldea. Profundamente comprendí que solo con los recuerdos de la Aldea no iba a poder sobrevivir en el mundo, y que algún día Kundo sería yo. La trivialidad de mis pensamientos sobre mi existencia fluía esperando respuesta, no solía inmiscuirme en asustos que están por llegar, creía que eso era alejarme de la Verdad Sutil. Me levanté junto a él y unas palabras salieron de la voz de mi consciencia.

-Alcanzar la Verdad Sutil no ha de considerarse como un logro. Pensar en términos de logro es colocarla fuera de tu propia naturaleza, formada de la misma sustancia que el Ser. Esto es erróneo y engañoso. Tu naturaleza y la naturaleza entera del Mundo son la misma cosa: indescriptible, pero eternamente presente. Pero esto no importa, ahora puedes saltar.

Recordé a Teo decir que debería adaptarme a las nuevas experiencias, mi Maestro seguro que comprendería a Kundo y sabría ilustrarlo. Los presentes se atemorizaron respirando varias veces muy rápido, seguían paralizados creando mecanismos de visualización interior para comprender mejor la realidad. Imitando al Orbe para ilustrar lo acontecido, este modelo me permitía comprender al instante la experimentación real. Las esencias de las personas envolvían a sus creadores, esta herramienta plasmaría mejor las vivencias y las haría más entendibles. Podía sentir a Doye y a los dos fieles muy inquietos, a punto de intervenir, y a Fides muy impactada, sentía su mano fuertemente agarrada a la de Kili, de la que emanaba un aroma de amor. Mi amigo no estaba nada preocupado, comenzó a acercarse a mí, noté su mano en el hombro. Kundo no cambió su rostro, solo volvió a sentarse dando la espalda al vacío, muy muy cerca de precipitarse al mar, como muestra de su restablecida voluntad y comprensión de su existencia, de algún modo parecía mostrarnos su desapego a su vida. Se desprendieron un par de piedras de la cornisa, se escucharon varios suspiros temblorosos, yo tenía la confianza en la resistencia del saliente de la montaña. Después de mirarme desafiante y sofocar todo vestigio de Ego, me levanté y, gallardamente, me senté a su vera. Noté el viento húmedo en mi nuca, y le susurré, sin contacto visual:

-Eres un Ser cuya percepción externa ha estado siempre focalizada en el origen humano, obviando todo lo que existe, cada cosa y no cosa que son creaciones de la Fuente: animales, plantas, insectos, organismos diminutos que ni si quiera sabemos que existen, todo eso lo has obviado. Los fieles, el Clan Hermano y otras muchas comunidades de nuestro presente y pasado, siempre han considerado el mundo como su feudo. Si los humanos te han decepcionado, crees que el mundo es una decepción. Ahora ya no hace falta que saltes, quizás si esperas, la cornisa decidirá por ti.

Escuché cómo otras piedras se desprendieron. Kili estaba en estado de alerta felina, presto a intervenir si lo consideraba oportuno. Me sentía seguro con su presencia. Entonces recordé cuál era la postura en la que más cómodo me sentía en el mundo, y le propuse ese reto, le dije:

-La disciplina que debes aplicar es la Observación. Nada escapa a un Ser, en mente y corazón, observador y perceptivo. La Observación misma se convierte en la enseñanza. Tus habilidades producirán sinergias con la disciplina y silenciosamente la Verdad Sutil te llevará al Camino Integral. Ven, te lo demostraré.

Los ojos de Kundo se iluminaron, parecía no recordar por qué había llegado a mi presencia, sentía la pasión limpia de un niño. Me dirigí hacia la hoguera para preparar té caliente. Súbitamente se levantó, el saliente resistió, pero con tal torpeza que resbaló perdiendo el firme su pierna izquierda, en un instante la parte inferior de su cuerpo estaba en el vacío. Kili saltó como el que se tira a su cama mullida y, al instante, agarraba el brazo derecho de Kundo como única parte sobresaliente de la cornisa. Poco tardó Doye en socorrer a ambos; Fides, petrificada, sentía todo con la intensidad de un momento que recordaría siempre. Puse las hierbas en la tetera y después, al fuego. Mientras cogía lo necesario, el personal se recuperaba del susto. Nos sentamos con los vasos llenos en la emergente noche. Kundo, humilde, me preguntó:

-¿Qué me aconsejas hacer Maestro?

Rápidamente le repuse:

-Observa. Siéntate en la playa, a la orilla del mar, y observa cómo el Sol se refleja en sus aguas. Permanece observando tanto tiempo como te sea necesario, tanto tiempo como te exija la apertura de tu comprensión. Sin contacto humano.

Sin más, apuré el té y me metí en el refugio. Oí cómo se marcharon ya con los ojos cerrados. Los días siguientes pude ver a Kundo, sentado a la orilla del mar, durante jornadas enteras, silenciosamente mantenido en completa observación. Observó el Sol reflejándose sobre las aguas del mar, unas veces tranquilas, otras encrespadas. Observó las leves ondulaciones de sus aguas cuando la mar estaba en calma y las olas gigantes cuando llegaba la tempestad. Algún fiel le acompañaba, y mantuvo su rutina tanto tiempo que sembró precedentes, incluso el espectáculo llegó a cobrar fama entre los fieles, que, como plantas, yacían desperdigados por la playa mirando la mar. Kundo observó y observó, atento y ecuánime, meditativo y alerta. Y así, paulatinamente, se fue desarrollando su comprensión. Su Ser comenzó a modificarse y su consciencia a hallar otro modo mucho más rico de percibir, donde su vida ya no era prioridad.

Doye y Toro se fueron a vivir juntos, ambos trabajaban en el volcán y se compenetraban bien, iban asiduamente a la Sucursal donde solía estar Kili si no venía a verme a la playa. En Origen los fieles hacían vidas normales, casi todos tenían puestos de trabajo en las minas de reciclaje, en el volcán o cualquier otro negocio. Además, desde que los funcionarios no permitían predicar por las calles parecían estar siempre ocultos; en cambio, los fieles de la Sucursal de Templo de Equilibrio de Origen no hacían más que aumentar en número. Mis paseos por la playa dejaron de ser solitarios, raro era el día en que no me encontraba a un fiel o curioso. Contemplar a fieles meditar dispersados en torno a Kundo se había convertido en una atracción turística. Esto acarreó que muchos se acercaran a mi morada en la cornisa del acantilado, mi hogar. La dificultad de encontrar las escaleras y la prudencia de los fieles permitía que fuese Kili quien seleccionara las visitas. A mí no me importaba recibirlas, siempre me traían un pedazo de mundo en sus charlas. Todas daban donaciones, yo, personalmente, hacía caso omiso de gesto y no aceptaba pecunia, pronto ninguna visita me lo ofrecía, ya Kili o a la Sucursal se habían encargado de gestionarlo.

Kili me contó que su vuelta a la Sucursal del Templo del Equilibrio, así como la de los otros fieles, estaba impregnando a la comunidad de un ambiente común y de dedicación,



que las cosas fluían casi sin estructuras, estaba viviendo días felices con Fides. Los fieles parecían conscientes en las limitaciones de Ser y aún más en su habilidad, muchos dejaron partir sus conflictos y ofrecieron su transformación a la comunidad.

Un día como otro cualquiera volví a coincidir con Kundo en la playa, no habíamos cruzado palabras hasta entonces, muy agradecido, regresó junto a mí y me dijo:

-Llevaba ciclos efectuando los ritos, asistiendo a las ceremonias más sagradas, leyendo las escrituras, pero no había comprendido la Verdad Sutil. He viajado y he visto las demencias del Clan Hermano y de los humanos, pero unos días de observación me han hecho comprender. El Sol es nuestro Ser interior, siempre brillante e inafectado. Las aguas no le mojan y las olas no le alcanzan, es ajeno a la calma y la tempestad aparente. Siempre permanece inalterable en sí mismo. El mundo humano es como el mar que fluctúa en un estado de vaivén, un Ser elevado debe ser consciente pero no olvidar lo efímero de la vida y que esta siempre prevalecerá como el mar, en calma o tempestad.

La disciplina fue perfecta, sutil y precisa, hice mías sus palabras y emociones de manera profunda, me sentí muy gratificado, contesté emocionado:

-Kundo, esa es una enseñanza sublime, la enseñanza que se desprende del arte de la Observación. Tú la has definido perfectamente y quizás encontrar esa enseñanza y proyectarla sea una nueva disciplina. Todos los grandes descubrimientos se han derivado de la observación diligente. No hay mayor descubrimiento que el del Ser. Observar y comprender.

Estaba afianzado en Origen, me sentía cómodo en la playa, pero cada vez iba más a la ciudad para visitar a mis amigos, allí pasábamos tiempo entretenidos con juegos de naipes o juegos de mesa que, generalmente, consistían en adquirir puntos, consolidando una estrategia que permitiesen las reglas y poniéndoselo difícil al adversario. Lo pasábamos bien y me gustaba porque todos nos alegrábamos de las victorias ajenas.

Nunca cogía el transporte público, por lo que pasaba mucho tiempo paseando por Origen. En cierta ocasión, al pasar junto a un edificio oficial de la Regencia, un señor ofrecía pecunia por ir a los vertederos a recoger metales y acepté el trabajo, me gustaba dedicarme a labores físicas. Los trámites fueron sencillos. Nos montaron en un vehículo enorme, pero con solo cuatro ruedas, rodeamos la periferia confinados en aquel vehículo compartido por una veintena de personas donde podía catalogar los diferentes aromas humanos. Nos alejamos de Origen en dirección a las montañas y llegamos a una cantera a cielo abierto. Fue demoledor ver cómo un gigantesco valle había sido perforado en la tierra, estaba totalmente cubierto de dispositivos destrozados. Nos bajamos. Nos enseñaron el vertedero, senderos entre los montones de chatarra llegaban a puntos de encuentro de selección de elementos, un responsable indicaba dónde debíamos dejar la pieza o si disponía de valor. Había muchas personas rebuscando, un niño que solía dedicarse a esto me ilustró sobre las piezas de interés, generalmente las cosas que más brillaban. Pagaban por productividad, un baremo mixto entre el tiempo que pasábamos seleccionando y lo buena que era la selección. Acabé la jornada muy feliz. Al día siguiente me presenté en la oficina de empleo a primera hora, y así durante semanas, me parecía una buena práctica ir a los vertederos, era un trabajo muy relajante y a la intemperie, también valía como ejercicio físico por las caminatas que

hacíamos cargados y cuando movíamos objetos. Se formaban grupos para tareas más grandes y después se repartían las ganancias.

Todo estaba cuantificado, las pecunias que ganaba y las pecunias que necesitaba. Después cambié de trabajo entre los muchos que ofrecía Origen, por lo que establecí una rutina de ir a trabajar cinco días de siete, siempre trabajos físicos y de poca responsabilidad. Cuando nadaba en el mar antes de subir al refugio pensaba en por qué establecerían siete días para la semana, nunca supo nadie darme explicación a eso y ni siquiera lo pude leer en ningún sitio.

Toro y Kili siempre me traían y se llevaban libros que leía en mis tránsitos o antes de dormir con mi linterna en la frente, me nutría de conocimiento, me venía bien leer lo que otros habían escrito. También seguía teniendo visitas, pero menos frecuentes por mis ausencias en la playa. Algunos días me encontraba a algún fiel, muchos me buscaban por la playa, también lo hacían algunos compañeros de trabajo, parecía que Origen era una comunidad muy afable.

Durante nuestros desplazamientos laborales había cotilleos que llamaban mi atención más que el libro de turno, escuché que la Regencia estaba manteniendo una lucha con el gobierno del Clan Hermano por autogestionarse, sobre todo por el tema de los funcionarios que establecía el organismo de control de los habitantes, que eran la minoría peor vista de Origen y de gran transcendencia. Tras salir de los vertederos un responsable de mi sección con el que entablé amistad, conocido de Kundo, me invitó a una reunión sindical que trataba asuntos relativos a la mejora de la calidad de los trabajos y reestructuración de la asignación de pecunia; era un alto cargo de la organización, notaba su necesidad de decirme algo importante y le acompañé. Llegamos a una plaza de las afueras totalmente abarrotada; había varios fieles dispersos entre la multitud de obreros de Origen y un nutrido grupo de funcionarios muy firmes guardando la compostura y controlando la situación, así como empleados de la Regencia. Un señor hablaba alterado desde un atril, totalmente bañado en Ego, muchos le espoleaban y levantaban las manos para aplaudir, apasionados, enfrentados con el sistema y con ellos mismos. El orador, con la excusa de hablar en el nombre del pueblo, imponía sus ideas como una justicia casi divina, sus palabras parecían cargar con la verdad de todos los presentes cuando en ningún caso era así. Me quedé de pie entre los fervientes asistentes, inmóvil. No sabía por qué, pero notaba a los fieles cruzar la masa acercándose, situándose en torno a mi figura, y con calma se mantenían a mi vera, a algunos ya los conocía de la playa o de alguna visita. Percibía el ambiente, pronto la isla de figuras paradas entre la masa fue creciendo, hasta dejar a todos los asistentes silenciosos y reflexivos. Los más alterados nos miraban curiosos, nuestra calma parecía destronar su ira, uno a uno iban quedando en silencio. El señor del atril se enfureció y usó frases cada vez más agresivas y malsonantes, hasta que, frustrado, se retiró. El público se quedó mudo.

El sindicalista que me había invitado me suplicó que subiese, los fieles que me abrigan me pedían con ojos abiertos y oídos prestos que complaciese su ruego, pude recibir una emoción colectiva que me incitaba a intervenir. Sentía mi figura ajena al aldeano que llevaba dentro sin que eso ocasionase un conflicto con mi Ser. Casi guiado, me vi atrapado

en un proceso cognitivo que una vez más me impulsaba a obrar como si mi voluntad careciese de mandato. Desde mi encuentro con el Orbe, en estos estados mi mundo mutaba para convertirse en el del artefacto de la Aldea. La atmósfera era propicia, visualizaba las esencias y saludaba a las Almas de todos los presentes. Con la facilidad del que habla con su consciencia, reproduje las palabras desde el interior:

-¿Es sagrada tu práctica y profano tu trabajo? Entonces tu mente está separada: de sí misma, de la unidad. Mantén tu mente libre de divisiones y distinciones. Cuando tu mente es simple y está desapegada y silenciosa todas las cosas pueden existir en armonía y puedes empezar a percibir la Verdad Sutil que subyace en las interacciones del mundo. ¿Quién puede alcanzar la claridad y la simplicidad por huir del mundo? El camino es claro y simple y no huye del mundo. ¿Por qué no te limitas sencillamente a honrar a tus padres, amar a tus hijos, ayudar a tus hermanos y hermanas, ser leal con tus amigos, cuidar de tu pareja con devoción, completar tu trabajo de forma cooperativa y alegre, asumir la responsabilidad de los problemas, practicar la Virtud sin exigirle primero a los demás, y comprender las verdades supremas, pero manteniendo una forma ordinaria de proceder? Eso sería verdadera claridad, verdadera simplicidad, verdadera maestría.

Muchos no comprendieron las palabras, pero percibieron cómo de su interior nacían emociones que les conducían a la paz. Consideraba Origen un lugar apropiado para practicar el Camino Integral, evidentemente no era la Aldea, pero sus habitantes tampoco lo eran, de cualquier modo, los presentes encontraron un aliento para seguir sus jornadas dignamente. No hubo más charla, no oí ningún aplauso, solo quedó clausurada la reunión sindical y todos marchamos silenciosos. Toro me contó que aquello llegó a oídas de los funcionarios que lo interpretaron como un gesto positivo por apaciguar la tensión del núcleo, la Regencia lo entendió de la misma manera; en cambio, la parte conservadora del sindicato me vetó de por vida considerándome un usurpador de los derechos de los trabajadores, de “nuestros” derechos.

Kili vino un par de días al refugio, parecía cansado de tanto trabajo, volcaba sus días e ilusión en la Sucursal, pero eso le estaba pesando, me alegré al saber que portaba esa carga gustosamente y que no venía a librarse de ella, simplemente a descansar un poco de ella. Comentó que la Sucursal del Templo del Equilibrio en las semanas siguientes había aumentado el número de fieles y visitantes de manera exponencial, no solo de la gente de Origen, sino que la transformación de la comunidad estaba atrayendo a peregrinos del Templo del Equilibrio en la ruta norte que cruzaba las Jorobas. Tuvieron que hacer ampliaciones y las donaciones crecieron, muchos consideraban la Sucursal como su hogar, familias enteras llegaban a instalarse e intentaban conciliar su vida laboral y personal. La Regencia reconoció a la Sucursal como comunidad en Origen y formalizaron la paz entre las partes. Al gobierno de Núcleo pareció no gustarle, pero estaba centrado en otros propósitos. Kili decía que la tregua del Clan Hermano se debía a su ocupación en aplicar sus políticas expansionistas más al norte de la península, por lo que era una oportunidad excelente para aprovecharla.

Ya casi no tenía visitas, mi amigo las derivaba a la Sucursal, donde fieles preparados atendían y ayudaban a todo el que acudiese. Hizo un guiño relativo a lo ocurrido con el sindicato. Como la vida de Kili giraba en torno a la Sucursal conocía todas sus historias, los

fieles perdieron el pudor, vistiendo sus túnicas rojas con orgullo por Origen, haciendo de sus calles un desfile rojo, el núcleo parecía vivir tiempos felices.

Pasó una larga temporada sin que fuese a trabajar, viviendo recluso sobre el mar. Leía mucho y experimentaba con la meditación y la mente. No me aburría. Aprendí a escalar vertientes escarpadas, con cuerdas y sistemas de fijación, incluso con mis propias manos, mi cuerpo se hizo fibra. Compré un kit necesario para realizar escaladas verticales. Exploré las cornisas cercanas encontrando lugares maravillosos. Toro tuvo que venir a verme porque hacía tiempo que no iba a Origen, estaba muy centrado en su trabajo y en los estudios que estaba cursando en paralelo, parecía tener la vida de dos hombres, siempre muy centrado. Estaba muy feliz, eso era lo importante.

Llevaba noches rememorando en mi interior los tiempos felices en la Aldea, sentirme allí me posicionaba en el Camino Integral con facilidad. Amor y dedicación, darse a los demás, sin importar a quién y ahora sin importar de qué forma. En ese aroma transcurría mi vida, cuando una tarde pude oler la esencia de una persona muy querida que, sonriente, subía la escalera oculta en la piedra. Mi Maestro, mi familia: Teo interrumpió en mi refugio. Traía un saco de cáñamo cargado de diferentes productos de la Aldea y elaboraciones de los aldeanos, incluso los ingredientes para preparar una cena, vestía envuelto en una capa roja, que se parecía a la de los fieles de la Sucursal, pero más apagada, sin duda no eran los mismos ropajes. Me encontró preparando té y con un libro sobre cuentos clásico en la mano. Para quitarle transcendencia al momento y no vernos embriagados por la pasión, nos servimos té y me senté a leer como si de una visita asidua se tratase, ni siquiera nos saludamos. Teo se mantenía de pie, mientras sorbía traguitos pequeños respiraba los vapores para degustar la infusión de hierba, observaba como si viniera de vuelta de todo, su percepción profunda se podía sentir. Hasta el momento era el único que había encontrado las escaleras sin ayuda.

-¿Qué lees? -La voz de mi Maestro resonaba una vez más en mis tímpanos y la reconocí como si todos los días la escuchara en mi interior. Leí para él.

-«La incipiente claridad del día comenzaba a disipar las tinieblas de una noche tibia y hermosa. Una paloma, revoloteando y revoloteando, penetró en un pequeño y recoleto templo. Todas las paredes estaban adornadas de espejos y en ellos se reflejaba la imagen de una rosa que había situada, como ofrenda, en el centro del altar. La paloma, tomando las imágenes por la rosa misma, se abalanzó contra ellas, chocando violentamente una y otra vez contra las acristaladas paredes del templo, hasta que, al final, su frágil cuerpo reventó y halló la muerte. Entonces, el cuerpo de la paloma, todavía caliente, cayó justo sobre la rosa.»

Teo miraba al mar mientras oía atentamente. Se giró con una clara intención de dirigirse a mí, me levanté súbito buscando su enseñanza y el contacto. Mi Maestro dijo:

-Para eso estamos aquí, Maestro Lao. Para saber cómo no distraernos con las apariencias, reflejos de lo insustancial, y volcarnos de pleno con la realidad. Ahora, más que nunca, en este mundo lleno de variables, hay que saber no extraviarse en la diversidad creada por la mente de los hombres, debemos establecer la realidad en el Camino Integral, lo que ocurra en consecuencia serán solo los mecanismos de los Seres que pueblan la

experimentación real para comprender y llevar a cabo esa nueva realidad. El mundo necesita mística y héroes, no es fácil aprender sin tener en quién fijarse.

Sus palabras finalmente me perforaron, penetrándome como una conclusión aún no procesada del todo, pero de segura aplicación. Sus emociones grabadas a fuego me guiarían en la enseñanza. Impactado, me quedé contemplativo un rato hasta que desde una cornisa cinco metros arriba apareció velozmente un animalillo, como un ratón con alas, muy pequeño, como el puño de una mano, y se abalanzó planeando sobre mí. Al instante sentí la esencia de Hada en el animal, el ratoncillo estaba impregnado de mi Maestra, era otro aldeano, casi nos enamoramos al instante. Entonces, ahora sí, Teo, sin pronunciar palabra, me abrazó. Uniendo cuerpo y Alma, nuestras orejas entraron en contacto, ambos emanamos la misma esencia, sin saber dónde terminaba yo o empezaba él.

Mientras nos despegábamos ligeramente, con las manos aún apoyadas sobre mis hombros me dijo orgulloso:

-La transformación de tu Ser es tangible. -Me miraba fijamente a los ojos-. Estaré contigo unos días e iré a la Sucursal como invitado a la Ceremonia, vengo de la Meseta del Templo del Equilibrio al norte de las Jorobas. Obviando el reencuentro con vosotros, tengo que ver a un viejo amigo que está enfermo, el regente Bill. Y también aprovecharé para hablar con el Mayor Fer, que ofrecerá el discurso de apertura, y ejerce de representante del Clan de los Sabios, como un último intento por recuperar la cooperación entre Sofópolis y el Templo del Equilibrio. Mi presencia en Origen parece que era imperativa y aquí estoy.

Estaba muy sorprendido, ni siquiera pensé que su visita podía tener otros intereses, esto me alentaba a vivir, mi Maestro estaba cumpliendo su papel en la Interpretación, había dejado de esconderse en la Aldea y participaba activamente fuera de esta. Entramos en el cobertizo de madera que acompañaba el hueco en la montaña, dejó sus pertenencias en un rincón y salió a contemplar las vistas del mar y el astro Sol. El ratoncillo alado planeó hasta el tejado y emprendió una escalada para reconocer el terreno. Unos pájaros blancos de varios quilos de peso que los lugareños conocían como “pavanas” pescaban frente a nosotros sumergiéndose velozmente en el agua, parecían no estar mojadas al salir, a veces con algún pez sujeto en sus fornidos picos, brillantes, plateados, de pequeño tamaño. Teo respiró profundamente llevándose todo el aire fresco del mar. Yo, un par de metros detrás, parecía ver en él una proyección de mí. Ambos sincronizados desprendíamos amor. Teo, sin girarse, empezó a hablar, hablaría mucho, como nunca lo había hecho conmigo, una conversación adulta que debía compartir.

-Lao, cuando emprendimos esta aventura del proyecto Aldea no podíamos imaginar los asombrosos resultados de la convivencia entre aldeanos. Mi visita a la Sucursal me ha abierto los ojos. La interpretación de Aurora diría que va cobrando forma por sí sola. Aún hay muchos más intervinientes que han de entender su participación. -Ambos nos sentimos aludidos de un modo afín e incomprensible-. La armonía de la Aldea y la selección de sus aldeanos diría que ha sido perfecta, todos éramos parte de un engranaje que con amor movía el día a día, una ilustración del Camino integral como única enseñanza. Una de las premisas para que funcionase fue el minimizar la información del exterior, aunque siempre ha sido la verdadera causa de la fundación de la Aldea; esto simplemente lo olvidamos y otros ni

siquiera sabéis de qué estamos hablando... Pero no importa, ha de ser así. Todo lo percibido siempre había sido interpretado por otros, muchos hemos delegado esto en Aurora y es el momento de ver sus resultados.

Parecía que estaba leyendo el prólogo de uno de los libros de la Sucursal que Kili me traía, Teo sentía gran responsabilidad mientras hablaba, prosiguió:

-Aurora ha sido la encargada de interpretar el Oráculo en Sofópolis desde hace varios siglos. ¡No es que sea eterna, jeje! Me explicaré... En la familia de Aurora siempre hubo dos Auroras, es una familia constituida por la Aurora tutor e Intérprete y la Aurora discípulo y futura Intérprete. No como madre e hija, sino más bien como la misma cosa, la misma esencia. Los primeros Maestros del Clan de los Sabios las numeraron desde la primigenia hasta la actual. Aurora30 es nuestra Aurora, Intérprete y creadora del proyecto Aldea, o de otras comunidades como en la que naciste. Aunque realmente no se le puede atribuir mérito a una sola Aurora. Esta mística da forma a nuestras vidas, a las motivaciones de los Seres, y el mundo se define paso a paso bajo sus normas.

»El Clan de los Sabios, pierde fuerza y el Clan Hermano se apodera de la confianza de los que habitamos la península, ofreciéndoles un camino de competencia y supremacía de poder. El sistema fomenta una competencia entre vecinos para prosperar, por lo que en sus vidas han establecido la dualidad, división, perspectivas, conflicto. Solo los fieles del Templo del Equilibrio que habitan la Meseta y ahora la Sucursal de Origen defienden otro modo de vida, más cercano a las políticas de comunidad y armonía sin discriminación.

»Ha pasado mucho tiempo desde la disgregación del Clan de los Sabios. En ambos Clanes, vividos en tiempos de la Aurora fundadora, se viene forjando la Interpretación, los planes del Cónclave necesitan muchas vidas para completarse y nuestra Aurora carga con el peso de cerrar el ciclo para salvaguardar el Equilibrio. Todas las Auroras han dicho que nada se puede sostener para siempre y que los ciclos empiezan y acaban, solo ha de hacerse de forma oportuna para que emerja una nueva experimentación real, un nuevo mundo.

Hizo una pausa y se sentó. Vio mi mano ofreciéndole té, era una satisfacción poder servirle de nuevo.

-Esta etapa comenzó de una manera amistosa, se repartieron bienes y la gente de Sofópolis se quedó dividida en dos grupos, unos conservando el nombre del Clan de los Sabios; otros migraron a Núcleo y fundaron el Clan Hermano. De una manera muy somera, resumiendo ideas, el Clan de los Sabios creía en un sistema que valora al individuo como parte de una comunidad, los recursos eran controlados y repartidos por los Sabios, así como otras políticas intervencionistas. Mucha artesanía y servicios esenciales, aunque siempre había gente que cultivaba los huertos y otros leían libros. La Intérprete ayudaba a la gente a encontrar su sitio en esa comunidad, a sentirse un bien de la sociedad, que dignamente aporta su trabajo y dibuja el acontecer. En cambio, el Clan Hermano postulaba que la sociedad debía estar regida por un régimen de intercambios valorados en un libre mercado sin restricciones, en el cual la titularidad de los recursos de producción pertenece al individuo, no a la comunidad. Razonaban que esto destacaría más el esfuerzo y, por tanto, la recompensa del individuo. Constituyeron el trabajo asalariado, crearon la pecunia como referencia de valor, escalado, fabricado y controlado por el gobierno del Clan Hermano. Pronto se establecieron

clases sociales, a más alta más pecunia, siempre fruto de su esfuerzo, más dignificación y recompensa. Menos esfuerzo: menos pecunia, menor dignificación y recompensa. Parecía justo. Al valor de las cosas, referenciadas por pecunia, se le suponía establecido y condicionado por alguna forma de libre intercambio de bienes y servicios. Pasaron pocos ciclos hasta que el sistema cobró vida por sí solo, como lo es actualmente de manera desmesurada. Todos los implicados actúan y se comprometen de acuerdo con los intereses que poseen en dichos intercambios, aunque todo el interés es la pecunia, porque genera poder y, consecuentemente, la sublimación del Ego. Quien dispone de los recursos pretende ampliar su beneficio por medio de la acumulación y reproducción del capital; el trabajador, por su parte, cumple con su labor para recibir una retribución material, el salario, el jornal, convirtiéndolo en consumidor de productos que necesita para vivir cómodamente, luego de segunda necesidad, luego de lujo, todo en función de la pecunia disponible, siempre supuestamente merecida. Los fundadores del Clan Hermano tenían buenas intenciones intentando regular justamente, pero el sistema es ingobernable, y ahora no recuerdan absolutamente nada de esto e imponen sus métodos allí donde van.

»A grandes rasgos, este sistema permite evolucionar al Ser humano siguiendo las exigencias de su naturaleza: racional y libre. La justificación moral residiría en que en este sistema el Ser humano tiene el derecho a la vida y a la propiedad, considerado fundamental para desarrollarse como personas libres. Una vez constituida y definida la sociedad de clases, surge la propia contradicción del sistema, que reside y se ampara en medios de producción individuales que el trabajador ofrece, como su tiempo y fuerza productiva. Los que generan la posibilidad de que eso exista asignan y gestionan los beneficios, es decir, mientras que el sistema crece y se reproduce en forma colectiva, las riquezas que se logran obtener son propiedad individual y llegan a las manos de muy pocos que las acumulan y traspasan a sus herederos; en cambio, los obreros solo subsisten forzando a sus descendientes a llevar la vida de sus padres. La política del mérito dejó paso a la especulación y aglutinamiento de poder por parte de las élites que manejan la pecunia y las decisiones.

Teo se alzó para avivar el fuego sorprendiéndose por el recipiente de metal que contenía las ascuas, no disponíamos de algo parecido en la Aldea; cogió leña; se sirvió más té, terminando la tetera; sacó los tarros de pisto cocinado y pan. Me levanté a por una tapa de recipiente que lo convertía en una hornilla, puse un cazo generoso. Estábamos muy felices. Preparé otra tetera con hierbas muy especiales seleccionadas por los Agros, ya que esa noche también era muy especial. Ya acomodados, mientras esperábamos a que se calentase, continuó, literalmente hablando, con aquella historia que mi Maestro me contaba por primera vez.

-Volviendo a los albores de las sociedades de nuestra península, he de decir que Núcleo también sufrió revueltas antes de asentarse el actual gobierno en los primeros ciclos. Muchas familias del Clan Hermano estaban disconformes, no solo la clase baja. Estudiosos de otros modelos de sistemas quisieron modificarlo; viendo frustrada su causa, algunos regresaron a las faldas del Clan de los Sabios para volver a empezar y de alguna manera convencieron a Aurora. Fruto de este acuerdo nació Tecnos, muchos científicos e intelectuales la situaron en un asentamiento privilegiado, donde sus dirigentes gobernarían desde

la Lógica. Sus leyes estaba fundamentadas en unas escrituras que asentarían las bases de una sociedad justa, equitativa, lógica, definidas con un horizonte temporal y amplio. Aurora también estuvo muy presente por aquellos tiempos, pero este tema no está muy documentado, pasó a ser olvidado. Tecnos decidió aislarse de perturbaciones externas durante muchos ciclos, pero acordaron en las escrituras que no debería mantenerse así por siempre. El objetivo previsto era definir un tiempo establecido: el tiempo lógico para constituir y testar el funcionamiento de una sociedad sostenible marcaría los límites de su apertura. Entre sus fundadores estaban todos los académicos, ingenieros, médicos y demás personal cualificado y seleccionado. Todo el proceso fue acordado y financiado por el Clan de los Sabios. Idearon un sistema de captación de simpatizantes, encumbrando la verdad en la Lógica, en la inteligencia y el conocimiento como medio de vida, sin más ambición que esta. Muchos encontraron descanso en esa definición y aceptaron ser parte del movimiento. Fueron severos en la selección, examinando los conocimientos lógicos y del medio, vetando a todo aquel no apto. Pasaron muchos ciclos donde desarrollaron su sociedad, es verdaderamente increíble ver la Cúpula...

»Desde que recordamos se podría decir que Heny es la cabeza del gobierno Lógico, antes del proyecto Aldea estimó que se había acabado el momento de permanecer herméticos y se abrió al intercambio comercial con el Clan Hermano y Origen de una manera muy controlada. El actual líder del gobierno Lógico (bueno, lo que queda de él) es un buen amigo de nuestra Aurora... Heny tiene mucho que decir en todo esto.

Teo se quedó reflexivo, como cerrando la charla sobre el pasado del cual debía suponer tanto como si fuera el futuro, suspiró como si no le gustase tener que hablar de él mismo, sentía que esta charla se la debía a Aurora. Parecía descansar al saber que realmente lo que me contaba no despertaba mi pasión. No tenía intención de continuar. Quería mostrarle a mi Maestro lo mucho que había aprendido, pero recordé que esto era solo una visita y que no duraría mucho. No me importó, mi mente no me envenenaba con apegos. Teo era portador de más noticias, todas del presente ya. Sin cambiar la intensidad del momento, me dijo:

-Te he mencionado lo de la Ceremonia... Yo he sido invitado y acudiré para ver a uno de mis Maestros, el Mayor Fer. Es el historiador más reconocido del Clan de los Sabios, impartía clases magistrales de psichistoria, sobre sistemas pasados y tendencias futuras de la sociedad. Siempre es gratificante compartir con él. Un hombre de corazón bueno, limpio y generoso. Le debemos mucho, seguramente sin su ayuda el proyecto Aldea no se habría llevado a cabo... Otro tema: Kili está deseando que acudas a la Ceremonia en la Sucursal, pero su deseo no es en absoluto nocivo, más bien es parte de su cometido, espero que aceptes su invitación.

Apartó la comida y colocó la tetera en la hornilla, dijo:

-Estas hierbas necesitan al menos una hora.

Empezamos a comer usando el pan de cuchara. Era maravilloso compartir el anochecer y el pisto sublime de los Agros, con toda la esencia de la Aldea. Mojaba el pan apurando el plato. Estaba tan relajado con la presencia de Teo que la satisfacción me inundaba. Sus palabras narraban historias pasadas que en ningún momento modificaban mi presente, no reflexioné sobre ellas, ni hice conjeturas, mi conciencia era inalterable a especulaciones,



mi mente en silencio, solo concentrado en el momento. Teo se sentía orgulloso de que no hiciera preguntas, la ausencia de indicios le daba a entender que no me desviaría del Camino Integral. Nos miramos alegres, tímidamente. Una pavana, la cual ya conocía, se acercó a nosotros, Teo le ofreció un mendrugo, bastante confiada no le hizo ascos al bocado.

Decidimos dar un paseo para ver cómo se ocultaba el Sol más allá de Origen, nos levantamos, bajamos las escaleras para pasear la cena por la playa. Antes de subir la última duna se encendió la pipa entre unos juncos. Comenzó otra charla tras caminar por una zona llana.

-Hacia mucho tiempo que no veía el mar, solo estuve una vez en el mar del norte, lejos de Sofos. Pero este es mucho más cálido y tiene amplias playas de arena. El sitio está cargado de energía sutil, podría haber encontrado el refugio con los ojos vendados. Lao, te has convertido en un gran Maestro, afamado en Origen, reputado en la Cruz. El Clan Hermano ha oído historias sobre ti. Te vinculan a la Sucursal del Templo del Equilibrio, aunque yo sé que eso no es verdad, no por el contenido, sino más bien por el continente. En la Meseta conocen lo que hiciste por Kundo y otros fieles, su familia es influyente y respetada en el Templo del Equilibrio, todos te veneran como Maestro. Las personas son más empáticas, sensibles a las esencias que brotan del Ser, muchos encuentran la revelación con tu presencia. De ti, en cambio, no brota ni pizca de Ego, eres como aquel niño de la Aldea. ¿Qué hay de tu Ego, Lao, más allá de la Aldea?

La pregunta fue tan directa que penetró en mi consciencia, llegando a mi Alma, donde nacen las emociones. "No podía haber Ego en el Maestro Lao", escuchaba desde allí donde se reafirmaba mi personalidad de individuo. Quizás la propia conjetura era una prueba de la existencia a ojos de cualquiera, pero no me importaba. Percibía cómo mi esencia fluía a disposición de mi Maestro que extraía las palabras de mi Ser.

-El Ego es un mecanismo que se rige por el deseo: totalmente fascinado por el reino de los sentidos cambia de un deseo a otro, de un conflicto a otro, de una idea centrada en sí misma a la siguiente. Si lo amenazas, realmente teme por su vida. Hay que dejar partir a esas mecánicas, dejar partir los sentidos, dejar partir los deseos, dejar partir los conflictos, dejar partir las ideas, dejar partir la ficción de la vida y de la muerte. Permanece simplemente en el centro, observando...Y después olvídate de que estás en él.

Reconociendo algo más las palabras en mi voz, conscientemente concatené con la charla:

-No aprendí el Ego en la Aldea, no lo llevo conmigo, creo saber qué significa a nivel teórico, simplemente. Mis sentidos están deformados por las percepciones emocionales, visualizo las esencias pudiendo llegar a interpretarlas como un trazo en un lienzo, esta percepción está mezclada con el mundo físico que acontece, que, como un dueto, me proporcionan la realidad de la que soy consciente. Si me abstraigo al mundo empático podría quedarme allí por siempre; en cambio, el mundo de los sentidos me proporciona un medio para existir, no rige mi destino. Siento que soy composición de todos vosotros. Todo Ser con el que me he encontrado acarrea el peso de vivir consigo, responsabilizándose de su vida, cargando los problemas de otros y del mundo. Mirando profundamente el interior de las emociones humanas se aprecia con claridad la más profunda incomprensión de sus

existencias, de sus vidas, de mi vida. Cualquier opción en la experimentación real es válida, si existiese una deidad superior que rigiese nuestras vidas seguro que perdonaría a cada uno de nosotros.

La salida de la Aldea había extendido claramente mis horizontes. A pesar de no conocer el mundo estábamos muy capacitados para habitarlo, tanto que era sorprendente, parecíamos salidos de una universidad donde sus alumnos aprenden a ser aldeanos. Pensaba en proseguir hasta cualquier fin. Reímos bastante, el reencuentro me afirmó como aldeano en mi praxis actual. Seguimos hablando hasta bien entrada la noche de todo un poco. Dijo que Tita decidió moverse a la Cruz en un par de ocasiones, pero siempre volvía. Contaba que en el último comité del ciclo pasado se dio por concluido el proyecto Aldea, por lo que los Maestros podían disponer de su tiempo para cualquier actividad sin vínculo moral. Zero no quería salir de la Aldea, y Craso se instaló abajo subiendo solo a la ermita un par de veces a la semana. Hadafri partió sin ningún destino en particular, le insistió mucho a Teo en que me entregase el ratoncillo blanco, parecía importarle mucho que llegase a mí.

Le conté, a mi modo, las experiencias vividas en los últimos ciclos, parecía que todo lo que me acontecía era fortuito, como si se estableciese a cada paso. Teo ya había oído hablar de varias historias que contadas en bocas de otros parecían mucho más amplificadas emocionalmente, a veces sacadas de contexto, y muy alejadas de la realidad. Fue muy divertido. Me sentí una persona diferente al niño de la Aldea, esencialmente invariable pero adaptada a mi entorno más extenso. Las experiencias vividas fuera de la Aldea me dotaron de otros límites y prismas que ampliaban mi observación, que, inalterada, podía comprender y formular de una manera más plausible el presente, materializándose en habilidades, conocimientos y disciplinas. Ahora me sentía más congruente.

Ya en el lecho, resguardados, en silencio, con los ojos cerrados, recordando épocas en las que era un niño que vivía sin oír mi voz y compartía cama junto con otros animales; como una manada de cachorros alrededor de su madre, nuestra amada Hada parecía buscar su hueco. Pude sentir el leve peso del ratoncillo blanco acomodándose, hormigueando hasta hacerse una bolita sobre mí. Oníricamente mi Ser se fundió en esa época vivida en la Aldea, donde los humanos no eran más que otros seres vivos, la sensación fue tan profunda que trivialicé todo lo acontecido en los últimos ciclos, recuperando una referencia no humana que quizás se hubiese visto desplazada. El ratoncillo empático me hizo sentir nuevamente como un cachorro paseando por la ladera rodeado de los suyos, junto a Teo me acercaba a mi familia, a lo que soy, a la Aldea, pudiendo conciliar un sueño puro y armonioso.



## El camino de la Interpretación



*El caminar con otra Alma está enraizado en el Ser, lo hemos visto a lo largo de toda la historia de la experimentación real. De este instinto arraigado surge la peregrinación, como un mecanismo de la Fuente para fomentar el sincronismo entre participantes que buscan ayuda para encontrar su aportación con la transformación del Ser y, así, posibilitar la creación de la experiencia real de manera conjunta. Se forman unos nexos que no siguen política, religión ni ideología, solo el Sutil Proceder que emana como recompensa de practicar el Camino Integral, consecuencia de vivir con amor y dedicación. El peregrino tiene un punto de partida, su tierra, su mundo, y va a la búsqueda de otro, en el que reconoce una presencia, un acontecimiento de gracia, un sentido místico de calado en su Ser. Esto se hace posible cuando se comparte con Almas afines, su familia y Seres amados, caminando por la peregrinación de su propia vida, como otros peregrinos que participan en la Interpretación.*

Extracto del libro “El Cónclave de Almas”.

### 4.1. Visitas programadas

El evento en la Sucursal del Templo de Origen sería en unos días, por lo que dispuse de tiempo para compartir con mi Maestro Teo. Había viajado por la ruta de las vías de levitación, parecía haber recorrido la península entera y más allá, incluso visitó Núcleo. No me contaba muchos detalles de sus motivaciones, aunque sí su visión de los habitantes de las regiones que visitaba. Estuve presente en una charla con Toro, en la que mi Maestro detallaba su visita a Tecnos. Tardó varios días en entrar porque no tenía invitación; finalmente, recurriendo a que era íntimo de Aurora, lo hizo. Disponían de controles genéticos que aseguraban el tránsito al interior de la Cúpula, comentó que fue lo más parecido a pasear por otro planeta, realidad o civilización antigua. Su visita al gobierno Lógico. Me confesó que disfrutaba viajando por la península ahora que ya estaba donde sabía que debía estar, que le ayudaba a comprender su aporte en la Interpretación, incluso reconoció que quizás ya nunca más volviese a la Aldea, hablaba de ella en pasado.

La Ceremonia en la Sucursal sería en un par de días. Esa mañana, muy temprano, casi sin el Sol en el horizonte, Kili trajo unas tortas recién hechas de un artesano de Origen y leche de unas granjas de los fieles. Agradecemos el desayuno y la compañía, lo vimos muy feliz porque asistiríamos todos, estaba muy centrado, su pasión por la búsqueda de la verdad gobernaba su vida, era bueno y amable, su mente inquieta y frenética, servía a un corazón lleno de buenas intenciones en un mundo que estaba moldeando a su esencia. Compartir

con Kili aportaba ilusión a mi realidad, otra forma más activa y cooperativa de entender la sociedad tan diversa en la que vivíamos. Desayunamos con pocas palabras. Una vez que hubimos terminado nos comentó cómo iba a ser la Ceremonia del Equilibrio. Sería el mayor evento que se recordase en Origen, el núcleo entero estaba enterado, sus habitantes lo secundaban en mayoría, también los diplomáticos de la Regencia, que incluso consiguieron que una comitiva del Clan Hermano aceptase la invitación como semilla de entendimiento. Una amalgama de asistentes que intentaban crear expectativas en torno al éxito del evento mostraban una alineación casi mística para que la Ceremonia cumpliera con lo esperado. Entendía que sería como una convivencia empática abierta a todos, simplemente para compartir. Todos, excepto yo, parecían haber participado de una manera activa en la Ceremonia; me sentía unido a cada uno de ellos y a otros que también sabía que estarían allí. Quedé absorto por la clarividencia que una vez más debía alejar de mi Ser, unas fuertes carcajadas me devolvieron a mis sentidos. Teo hablaba.

-Además del Mayor Fer, desde el Clan de los Sabios viene la Mayor Cel, que desde muy joven ha destacado. Ahora es la encargada del departamento de sostenibilidad, una mujer en igualdad con todos, práctica y pragmática; es, quizás, la verdadera gestora del reducto de comunidad que queda, inteligente y diestra, elegante en sus formas cuando la ocasión se presta y rudamente. Por favor, prosigue, Kili -dijo gesticulando a modo de teatrillo con una reverencia, realizando con sus manos un simpático giro de sus muñecas.

Kili, con tono cantarín, continuó con la lista de asistentes, como si lo anunciara para un grupo de turistas:

-Muchos peregrinos de las Jorobas se han acercado, muchos fieles de la Meseta, entre ellos el Maestro Teo -Otra reverencia-. Pero cabe destacar que desde el Clan Hermano asistirá el Ministro de Interior, responsable de todo lo que pasa en Núcleo, conocido como Ote. En este punto hay que lamentar la ausencia de Bigo, hermano menor y Ministro de Exteriores del Clan Hermano... Maestro Teo, por favor, puntualice.

Sin dudarle, Teo cogió el testigo continuando con la presentación:

-Ambos hermanos son las dos caras de la moneda, de casta política familiar, gobiernan el Clan Hermano con dos cabezas claramente distinguidas desde que llegaron al poder. El hermano mayor, nuestro invitado, Ote, sobrepasado por el hermano menor decidió abandonar todo reflejo del hermano. Ahora dedica su vida a la fiesta, farándula, ocio y, labor más importante, entretenimiento de los habitantes de Núcleo y su aristocracia. El hermano menor, el ministro de exterior, Su Eminencia Bigo, es afamado por su cultura, capacidades varias, inteligencia y dotes de mando. Dedicó su vida al control y prosperidad del Clan Hermano, acatando las responsabilidades del gobierno de Núcleo. Se dice que es el verdadero Gobernador del Clan Hermano, de hecho, todo el mundo le llama así, Gobernador Bigo. Nuevamente entendemos que su ocupada agenda no le permita acudir a Origen.

Mi amigo Toro estaba obligado a relacionar a las personas en el mundo, sus visiones se convertían en las mías, mi compañero espiritual aún estaba turbado con el siguiente invitado. Entonces Kili, dijo:

-Gracias a la intervención de Teo, al cual todos los fieles de Templo le estarán agradecidos. También asistirá Heny, el Director de Tecnos. Siendo la primera vez que sale de la

Cúpula desde la fundación de su comunidad. Para algunos de los habitantes de Tecnos, la Lógica en su estado más puro y, para otros, simplemente Dios.

Mi Maestro no recibía las palabras de Kili con alegría, Toro maduraba calmadamente la información, lo miramos preocupados, Teo levantó la cabeza y compartió con nosotros:

-Solo Aurora ha tenido el placer de conocerlo personalmente, nunca ha salido de la Cúpula. Que se sepa, nadie fuera de Tecnos conoce su verdadera edad e identidad, solo me comunicaron que un representante acudiría en señal de buena voluntad, pero que no participaría activamente de ningún modo.

Kili se quedó un tanto frío con el comentario. Toro aguardaba sabiamente, intentado pasar desapercibido. Teo no estaba preocupado, tenía la certeza de que obraba bien. Dado que la Intérprete velaba sus decisiones, el aroma de Aurora siempre aparecía entre nosotros y nos retrotraía al interior del Ser. Apuramos el té, se levantó, hizo varios estiramientos, y perdió la mirada en el mar; evocaba una melancolía sensata, que parecía llenarlo de orgullo. Sonriente dijo:

-Recuerdo, Lao, cuando fuimos a buscarte, la primera vez que te cogí en mis brazos... Tú no tendrás memoria de ello, pero igualmente pasó. -Hizo un silencio para procesar por dónde seguir, un lugar eterno y más alejado del presente, para focalizarse en mí. No estaba acostumbrado a improvisar como lo estaba haciendo- Una vez, en la Aldea, vivimos tiempos de felicidad y armonía, sentía tu Ser buceando en mí, un niño pequeño descubriendo un mundo muchas veces imperceptible. Eras un bebé asombroso. Todos los Maestros teníamos asignadas las horas de convivencia contigo, cada uno de nosotros nos dimos a ti. Cada cual, a su manera, tenía la certeza de que todo lo regía el amor. Pocos llantos escuchamos, eras calmado, algo serio, pero con una comunicación trascendente, cualquier emoción o necesidad la conocíamos nada más brotar de ti. Los aldeanos sentíamos que tu llegada a la Aldea era una fortuna, de algún modo eres hijo de cada aldeano.

»Cuando ya fuiste más consciente de tu persona, emprendiste la vida de un niño descubriendo su naturaleza y moldeándola a su entorno. Tus sentidos se mostraron fuertes, pero no dominantes, en ningún momento tomaron el mando, tu mundo era completo, repleto de esencia sutil, compartir contigo era una lección para nosotros por mostrarnos con precisión la manera de hacerlo. Siempre observando o participando, aparentemente sin iniciativa, pero todos querían compartir contigo, el compañero ideal para jugar. Tu comunicación verbal escaseaba respecto a la de otros niños, aunque eso no te limitaba porque siempre la comunicación fue perfecta.

»La salida de la Aldea te ha completado, definiendo un poco más nítidamente tu sitio, sin que eso te importe... Veo a un hombre que no dista mucho de aquel bebé. Lo que quería decir, Lao, es que hacía tiempo que no te veía en mi interior, y sentirlo hace que me broten bellos recuerdos.

Con su rostro sereno desprendía mucha emoción, tan visceral como fundamentada. No pude contener mis lágrimas, que lentamente resbalaban por la mejilla. El Sol ya empezaba a calentar. Pasamos el día en la playa, tranquilos, charlamos de muchas cosas, sobre todo de la Aldea y, por supuesto, de la comida de los Agros.

Cuando volvíamos decidí darme un baño en el mar, como de costumbre. Mi amigo Toro estaba muy inquieto, existía una relación entre Heny y el Orbe que solo él develaría como parte del proyecto Aldea. Le di intimidad para hablar con Teo cuando salí corriendo desnudo hacia la orilla. Dormiríamos todos en el refugio y estaba deseando tumbarme en la cama.

Me entretuve un rato en la playa, gozoso, antes de subir. El ratoncito blanco voló a mi hombro sin saber su procedencia, emitía mucho calor, continué andando en busca del refugio, notaba que mi percepción se había afinado, mi caminar era preciso y atento. Peldaño tras peldaño podía oír la conversación que acontecía arriba, aún muy estaba muy alejado, pero era asombroso cómo escuchaba sus voces. Toro y Kili le contaban a Teo la historia de lo ocurrido en la estación de levitación de la Cruz, cuando activaron el Orbe; conjeturaban sobre cómo activarlo, su uso y consecuencias. Subía las escaleras muy lentamente. Teo no decía nada, confiaba por completo en ambos, y a Toro lo quería como un hijo más. Finalmente, llegué, fatigado. Kili, muy animado rápidamente me quiso hacer partícipe de la conversación. No dije nada porque nada tenía que decir al respecto. Rápidamente intuyeron mis intenciones de encontrarme con mi lecho.

Kili se quedó estupefacto. Toro lo vio tan claro que se levantó y me acompañó a la cama. Teo dijo:

-Apuraremos la pipa y la tetera, deja a estos dos ancianos descansar.

Me obligó a reír, Toro hasta tuvo que beber agua porque se atragantaba.

Ya en la cama acariciaba el pelaje blanco que protegía el pequeño cuerpo del ratoncito con el dedo corazón. Tardé tiempo en conciliar el sueño, mi percepción era nítida, sentía el viento de un modo diferente en mi cuello, el sonido del mar rompiendo en la roca, algún piar, escuché las conversaciones de Teo y Kili entre ronquidos de Toro y todo lo que la noche ofrecía. En cambio, el ratoncito estaba profundamente dormido sobre mi pecho y me proporcionaba calidez. Me sentía de nuevo mudo, sin tener nada que decir ni pensar, escuchando en silencio la madrugada, percibiendo las esencias, las respiraciones y el vuelo de algún insecto. A través de mis párpados la luz de la Luna parecía alumbrar mis sueños. El roedor llenaba holgadamente sus diminutos pulmones de aire, adquirí su ritmo en las inhalaciones duraderas, nada me impedía descansar profundamente. Esa noche Hadafri se impuso en mi Ser, sintiéndome velado por siempre, relativizando todo lo que acontecería; su mirada nunca reconocía al humano como líder del mundo, y esto me ayudaba a entender la vida, nuestras vidas, me repetía que esto era importante para no perder nunca la verdadera percepción.

A la mañana siguiente me levanté cuando se intuían los primeros rayos, y enérgicamente me fui al mar a nadar, me sentía totalmente revitalizado. Todos dormían aún. El agua estaba fría, vencida por el cielo de la noche. Recordaba a mi pez ignorante. Me sequé con la brisa de la mañana, al llegar al refugio agradecí el té caliente y el pan tostado que Teo había preparado. Era estupendo que te atendieran y poder atender a otros. Kili salía del techado de madera y sin demora se fue a colaborar en los preparativos de la Ceremonia de Equilibrio que acontecería al día siguiente, iban a instalar asientos, cocinar guisos, estimaban recibir

varios miles de asistentes. Me quedé tranquilamente con Teo, emitía un halo de esperanza en torno su Ser empático, me comentó que aprovecharía la mañana para encontrarse con amigos de la juventud, me preguntó si me gustaría acompañarle, a lo cual contesté fácilmente que sí.

-¡Perfecto, tu compañía me ayudará! Bill está enfermo, ¡toma! -Teo me dio un informe descriptivo sintomático. Me sorprendió. En el papel, escrito con tinta, ponía:

«Constante necesidad de orinar  
Sed inusual  
Hambre extrema  
Pérdida inusual de peso  
Fatiga e irritabilidad extremas  
Infecciones frecuentes  
Visión borrosa  
Cortes/moretos que tardan en sanar  
Hormigueo o entumecimiento en las manos o los pies  
Infecciones recurrentes de la piel, encías o vejiga»

Iba cavilando, llegamos a la parada donde cogeríamos un vehículo público. Compartí con Teo mi diagnóstico, sus síntomas podían estar asociados a problemas para asimilar los nutrientes en sus digestiones, especialmente los azúcares, de manera que la mejor cura era una dieta de limpieza, donde se removieran toxinas y grasas nocivas acumuladas en el cuerpo, las cuales solo lo enferman y debilitan. Debería evitar totalmente todos los productos azucarados, dulces y pastas, todas las harinas blancas, y las carnes. Era indispensable incluir vegetales frescos en la dieta, agua pura, jugos de frutas, siempre evitando mezclar las frutas con los alimentos, que se deben tomar con el estómago vacío y esperar media hora a que se hayan digerido... Mientras le soltaba la parrafada médica a Teo llegamos a Origen, paramos para hacer un recado en una tienda de librerías y escribanos, se llevó un par de libros técnicos que por la temática parecían para Zero. Yo aproveché para escribir mi diagnóstico en papel, me esforcé en la caligrafía.

Seguimos avanzando hasta llegar a mitad de camino entre el volcán y el extremo cerca del mar, justo en la parte de atrás de la oficina de empleo. Era el mismo gigantesco edificio de ladrillo rojizo donde hacía las gestiones de cobro de pecunia tras las jornadas laborales, tenía una estancia redonda que techaba la parte al oeste. También había una chimenea muy alta de la que salía humo y sus paredes repletas de ventanas equidistantes con cristales gastados. Entramos por una puerta custodiada por varios oficiales de la Regencia. Teo dio su nombre y nos invitaron a entrar sin dilación. El recibidor me recordó al taller museo del Maestro Zero, con muchos artefactos, había un mostrador desde donde nos indicaron subir al último piso. Las escaleras morían en una puerta de dos hojas, con unas vidrieras amarillas, escrito en su cristal, que filtraba una luz dorada, se leía: "Despacho de Origen, Regente Bill". La puerta se abrió por completo, un señor mayor ataviado con una capa blanca y la capucha sobre sus hombros se abrazó con Teo, sus sentimientos coincidentes eran

verdaderos, afables, y compartían una verdadera amistad. El espacio era luminoso y amplio, con sofás, mesas y un par de escritorios, todos cubiertos por papeles, libros, planos... Las paredes decoradas con más papeles, solo se respetaba la espectacular ventana al oeste, que cerraba la estancia circularmente, ocupando un cuarto del interior al fondo. En frente, un señor algo más joven, pero más maltratado y delgado, fumaba en pipa y hablaba bastante alterado con varios artilugios, que respondían con voces de otras personas. Teo me presentó al primer hombre, Fer, y nos sentamos los tres, en el escritorio del fondo una chapa indicaba simplemente "Bill".

-Es sublime que nos veamos de nuevo, verte evoca en mí alegría de otros tiempos, de otros aires -se aventuró a decir el Mayor Fer. No era el mismo tipo de amistad que le profesaba a Zero o Craso; además, había una diferencia notable de ciclos vividos. Oí superficialmente las novedades de Sofópolis, la marcha de Aurora, otros tiempos de escuela y demás. Yo escuchaba más la conversación del regente Bill, hablaba de las producciones y la asignación de salarios a los operarios de los vertederos. Sabía de qué hablaba porque un día me habían asignado un jornal completo y mitad, el máximo permitido, pero fue muy cansado. Su voz alterada parecía transmitir la solución y, sobre todo, una orden a ejecutar de manera inmediata y sin dudas. Hablaba muy rápido, pero siempre desde el respeto. Llevaba dos conversaciones en paralelo. Bill me miró a los ojos, vertiginosamente entró en mí, notándonos ambos. Dijo:

-Perdonad, tengo una visita.

Se alzó calmado, se acercó a nuestra mesa, al paso octavo Teo se estaba levantado, al paso décimo ya tenía los brazos abiertos. El encuentro fue muy emotivo, ambos acariciaron sus caras y cuellos buscando contacto. Teo, abriéndose ligeramente, me expuso al resto y dijo:

-Os presento a mi amigo, mi familia, antaño mi discípulo, Lao.

Hice un gesto casi reverencial para saludar a ambos. El Mayor Fer, al oír mi nombre, musitó, cogió una caja de madera que estaba en una mesa apartada y la puso sobre su regazo, parecía que la situación estaba siendo muy propicia. Nos acomodamos. Bill se sentó en un asiento, al otro lado del escritorio, con la cristalera a su espalda.

-Desde que acordamos con los sindicatos la reforma laboral la producción de Origen ha aumentado. Los operarios son más felices y trabajan más. Además, disponemos de más personas ofreciéndose a trabajar. Tanto que no somos capaces de vender todos los recursos por las vías, esto me preocupa, dado que tendremos que aplicar medidas restrictivas en la selección de operarios. Eso o reducir el jornal, lo cual, por ahora, ni lo contemplo. Es difícil encontrar el equilibrio en un sistema que solo aspira a crecer... Hablando de equilibrio, todos somos conscientes de la Celebración de mañana. Representantes y dirigentes de diferentes regiones vendrán, todos intentaremos encontrar nuestro sitio en este mundo, que tiende a ampliar sus fronteras. No quiero problemas en Origen, ¿de acuerdo, amigos?

Continuó hablando prolongadamente y con precisión sobre la Regencia; sus palabras no llegaban a mi comprensión, en cambio, analizaba su Ser: era un hombre bueno, preocupado por el pueblo, carente de Ego, su rostro indicaba que su salud era delicada. Profundicé en sus preocupaciones y encontré la carga del mundo con la que lidiaba desde dentro,



consecuencia de su profundo conocimiento de los mecanismos del mercado que subyacían al sistema. Parecía temer el paso de tiempo que su enfermedad le arrebatara con tanto por hacer. Sentí que ese hombre necesitaba librarse de parte de carga, sentí que Teo me alentaba a que lo hiciese y sentí cómo debía actuar. La conversación se tornaba seria cuando el Clan Hermano se hizo fuerte en la charla. Fer y Teo escuchaban con atención las preocupaciones del regente de Origen. No quería molestar ni participar en la conversación, por lo que estaba esperando a poder ejercer de sanador. Torpemente, pensando que el regente Bill había terminado, dije:

-Nadie es responsable del devenir del mundo, cargar con ese peso es vivir con una mochila de piedras en la espalda. El propósito de mejorar uno mismo es el mismo propósito de mejorar el mundo. Nadie dispone de su tiempo, simplemente somos conscientes de que, igual que nacemos, morimos. No hemos de afligirnos por eso, ni siquiera esa dualidad es real. Evitemos pensar en esos términos. La sabia naturaleza del cuerpo tiene una capacidad autosanadora extraordinaria, se puede reorganizar, regenerar y curar por sí solo si se le dan los elementos necesarios. Cualquier enfermedad es tan solo la conclusión de una serie de desequilibrios y toxicidad acumulada en el cuerpo, pero el organismo puede volver a su armonía y salud si se consideran nuevas actitudes ante ella. Por favor, acepte este diagnóstico con recomendaciones y posibles métodos sanadores en caso de crisis. Estará mejor en unos días.

Bill, con el rostro descompuesto, agradeció el gesto sin parar de mirarnos. Sorprendido, leía con sorpresa el diagnóstico en silencio. Hice el ademán de incorporarme para marchar, el Mayor Fer se puso nervioso y rápidamente dijo:

-Vengo a Origen para representar por última vez al Clan de los Sabios en la Ceremonia de la Sucursal y ver cumplida mi palabra con la Intérprete. Por favor, nos están esperando en la sala contigua, la reunión con el Director Heny empezará en pocos minutos.

Bill se levantó con rapidez y abrió unas puertas correderas ocultas en la pared que desvelaron una gran mesa ovalada con muchas sillas, papeles y lápices, también algunos cachivaches tecnológicos. Una silueta de un hombre inmóvil, envuelta en una capa azul oscuro, encapuchado, descansaba rígido en la silla, inerte. No pude percibir esencia. Nos invitó a aproximarnos, nos acercamos con pasos desconfiados, nos sentamos en frente, la silueta no reaccionaba. El regente corrió las puertas de nuevo, se aproximó a la figura y levantó ligeramente su capucha durante un instante, mostrándonos su rostro brillante. Una cabeza formada por dos piezas metálicas, una superior plateada con una prominente frente con seis luces amarillas que lucían tenues, tres a cada lado, y bajo ellas un par de aberturas a modo de ojos rasgados, y otra pieza inferior dorada que encajaba perfectamente, como una mandíbula, formalizando un rostro. La capa tapaba gran parte de su cuerpo, pero no cubría sus manos metálicas, apoyadas una sobre otra eran como una herramienta muy pulida que simulaba dedos, palmas y un pulgar oponente. Bill se sentó junto al esqueleto robótico y excusó la situación de la reunión imprevista frente a mi Maestro.

-Esta mañana apareció preguntando por ti, se presentó como Heny tras esa apariencia metálica, su cuerpo lo dejamos aquí hace varias horas y no se ha movido. Dijo que quería hablar con vosotros tres, pronunció cada uno de vuestros nombres.

Se hizo un silencio curioso, todos miramos con detalle a Heny, no emanaba vida. Bill se retiró del despacho disculpándose. Estábamos estupefactos. Nos quedamos en silencio mirando el imponente rostro de aquella máquina. El Mayor Fer, que quería darle sentido al encuentro, nos dijo:

-Aurora ya me alertó de que todos teníamos nuestro papel y debíamos aceptar armoniosamente la participación de todos. Ella fue la única persona fuera de Tecnos que hacía visitas asiduas a la cúpula para ver a Heny y a otros del gobierno Lógico. Ambos se apreciaban. Los científicos necesitaban a Aurora para intentar hacer ciencia y tecnología de la compresión empática de los Seres humanos, más allá de una manera química, y Aurora los necesitaba para ver realizada la Interpretación. Y mientras esperamos... tengo un presente que darte Lao, me lo entregó Aurora antes de retirarse, solo me dijo que me encontraría contigo al sur de las Jorobas. Y aquí estoy.

Fer me entregó la caja de madera que había traído consigo. Un lazo la precintaba con un sello de cera, la apoyó en la mesa y la desplazó frente a mí. El Mayor me miraba y me hacía gestos con el cuello, curioso e insistente para que lo abriera, entonces noté la palma de Teo sobre la pierna indicándome que era oportuno hacerlo. Estaba duro, hasta que la cera seca crujió y se desprendió del lazo. Olía a cedro intensamente, desplegué su tapa y saqué una capa blanca, al tocarla puede sentir mucho más de lo que se puede retener, fue tan amplia la percepción que no cabía en mi Alma obligada a experimentar por sí sola. Obvié la situación y me centré en su tacto agradable, disponía de varios bolsillos amplios y ocultos, parecía una prenda muy útil. Los ojos de Teo y Fer se salían de sus cuencas, ambos se contenían para no mostrar impresiones. Debajo de la capa, en el fondo de la caja, yacía un tubo rígido de madera que usaría más adelante.

El encuentro no podía ser fortuito, lo que acontecía parecía que en muchos supuestos debiese pasar. Sonó la puerta corredera, trajeron té. Justo al oír cerrarse la puerta, las seis luces de la frente de Heny se encendieron y se tornaron en amarillo intenso. La máquina se movió, hizo un gesto para acomodarse en la silla y quitarse la capucha. El ruido de su movimiento era suave. Justo debajo de las luces que estaban en la frente, las dos ranuras a modo de ojos brillaron sin destacar en su rostro. Una voz humana sonó y la mandíbula dorada pareció acompañarle con algunos movimientos faciales.

-Ensayo y error. Es un método añejo para la obtención de conocimiento, tanto proposicional como procedimental. Consiste en probar una alternativa y verificar si funciona. Si es así, se tiene una solución. En caso contrario, resultado erróneo, se intenta una alternativa diferente. En eso quedamos y por eso estamos aquí. El hombre siempre ha sobrevivido a su propia naturaleza, pero a costa de someter al mundo a su destino. Para el gobierno Lógico la interpretación de Aurora muestra una inferencia plausible.

Estábamos impresionados por el discurso en contenido y forma. El orador hizo una leve pausa para que pudiéramos respirar y comprender por qué una máquina que decía ser Heny se comunicaba con nosotros en esos términos difícilmente comprensibles. Notaba cómo el ambiente se transformaba, mi percepción disponía de las esencias, se parecía a la ensoñación a la que el Orbe inducía. Sin ser una esencia humana directa de carne, simulaba perfectamente los atributos de quien estaba detrás, pero la esencia no olía a humano. La

información era la misma, era difícil reconocer a un individuo, sabía que hablaba desde la verdad de su Ser con carisma y omnisciencia. Estaba perplejo. No me intimidaba, quería seguir escuchando lo que tenía que decir. Las luces de la frente empezaron a parpadear tenuemente. Con los brazos apoyados sobre la mesa e inclinado hacia nosotros para reducir el hueco que nos separaba, gentilmente amenazante, Heny continuó hablando:

-¿La Realidad? Es algo propio del Ser, no llega a extramuros del mismo, por tanto, no se aplica a todos. Por suerte, la propia biología se encarga de acotarla y hacerla medible por todos, el cerebro humano interpreta el mundo de los sentidos a través de los sensores que albergan sus cuerpos de carne, sin duda es el mejor computador y más universal dentro de esta diminuta existencia colectiva que estamos abocados a experimentar en forma de Realidad. El cerebro ya se ha encargado de definir una supuesta realidad mutua, pero la verdad es que la inmensidad del cielo azul, no es tal: ni es azul ni es inmenso, solo lo asumimos así en nuestras mentes y la presunción se extiende a nuestros semejantes.

»Hasta ahora muchas civilizaciones han intentado una y otra vez poblar el mundo, todos los planteamientos de esas civilizaciones siempre llegaban a colapsar, detonando un comportamiento cíclico inevitable, como un sino común. La supuesta evolución que siempre había primado ejercía de mecanismo a la adaptación al medio y los más dotados se proclamaban legítimos para gestionar las riquezas y recursos de su entorno. Muchos modelos en los que la Realidad del mundo físico ha imperado han tenido el mismo destino. Las Auroras siempre han sido involucionistas, creen que la evolución del Ser debe guiarse por un imperio emocional que defina nuestra Realidad común, en la que cada vez más sus participantes perciban un mundo para compartirlo con todo lo que habita. Los Seres que poblaban el mundo con el firme objetivo de seguir el Camino Integral permitirían crear un nuevo ciclo utópico cerrando el actual de una manera pacífica. Para ellas todos debemos aceptar nuestro destino final, la muerte del individuo como parte de existir. Su lógica es sólida, pero la práctica es compleja, en cierta manera para fomentar esta forma de vida emocional se necesita domar a la propia naturaleza del Ser Humano, vencer a su condición y biología. Para ello, el individuo debe crear la mística que subyace en sus días y motivaciones vitales con tanta intensidad que venza a su mente, a su propia supervivencia. Este modelo de Ser, en el que Alma y mente comparten la experiencia del mundo confiando en una consciencia, en esencia constituiría la mística que el individuo necesita para dar forma a sus decisiones. El modelo espiritual de Alma y mente es un modelo plausible para la comprensión del individuo. La mística que subyace entre los Seres es lo que nos ayuda a consolidar la Realidad.

»A pesar de mi larga existencia, no soy tan viejo como las Auroras, aunque es cierto que esta Aurora, vuestra Aurora, ha visitado Tecnos más que las anteriores y está mucho más activa. Varios cientos de ciclos llevo escuchando que esto pasaría y aquí estamos, en el primer encuentro.

Heny llegaba a mi interior sin filtros, mostraba de una forma tan racional y evidente lo efímero de nuestras creencias, destacando sus bondades y puntos débiles, que reafirmaba el desapego hacia todo lo que creemos que somos y sentimos. La comprensión del Ser para un aldeano era algo que no podía ignorar, cuanto más experimentaba, más real se hacía. La Intérprete no solía ser tan explícita, pero de algún modo Aurora había convencido a Heny

para involucrarlo directamente. En ningún momento nos sentimos ofendidos, sus palabras eran tan precisas que no había posibilidad de respuesta. Nos sentíamos inmersos en un ambiente inexplicable de comprensión elevado, Heny nos deleitaba con su magia:

-Evidentemente Tecnos se ha asegurado de que los indicios de que esto es posible son aplicables al modelo. La creciente tasa de nacimientos de Seres dotados empáticamente provenientes de los diferentes proyectos del Clan de los Sabios nos alertó, obligando a tener que supervisar lo que sucedía; la evolución del lado empático de la raza humana era evidente, confirmado tras el paso del tiempo y de las Auroras. Muchos Seres empáticos empezaban a brotar como vestigio de la evolución. La nueva Realidad bajo la Cúpula ponía en riesgo el poder casi divino que ha cobrado la ciencia en nuestra sociedad. La ciencia se considera el único método legítimo para acercarse al conocimiento, una reputación basada ciertamente en su capacidad de generar tecnología y manipular la naturaleza. Pero confinar a la ciencia al imperio de los sentidos era trasladar la propia naturaleza a nuestros modelos, entonces se decidió investigar bajo sus principios la naturaleza de la realidad, sin imbuirle nuestras propias creencias.

»Hicimos esfuerzos en entender y medir las interacciones emocionales para empezar a aplicar el método científico, creándose las ciencias empáticas, que, con las dificultades propias de una investigación rigurosa, pronto llegó a modelar lo que acontecía en esos planos. Sin entrar en tecnicismos, el Ser como fuente radiante de ondas de diferente naturaleza proporciona una medida distinguible, no perceptible por los sentidos de forma individual, pero sí con todos a la vez y con la consciencia gestionando como vosotros, aldeanos. -Noté que me percibía en todos los planos-. Científicamente, como consecuencia de la vida interior del cuerpo en el Ser, se emite una composición de onda magnética y térmica, es distinguible y tangible, medible, tiene la capacidad de inferir en el fenómeno que acontece. De algún modo la naturaleza del Ser interfiere en el presente o en lo que interpretamos que acontece de una manera transferible a otros. Este es su gran poder, el observador afecta a lo observado, creando la Realidad a cada paso. Tengo entendido que vosotros, aldeanos, la denomináis "esencia", no porque hablemos de que tengáis la capacidad de percibir las ondas, sino que en esencia es lo mismo.

Hizo un silencio humorístico. Echaba de menos a Toro, quería que estuviera presente porque habría degustado cada palabra que emitía aquella máquina. Mi Maestro Teo y el Mayor Fer parecían llevar toda su vida esperando para escuchar las palabras de Heny.

-El problema es que un paradigma de pensamiento dominante se encumbra sobre el mundo, proyectando su visión de la Realidad, y eso es lo que vemos ya en toda la península. La solución es una fusión del imperio de los sentidos con el imperio emocional para que todos los Seres que pueblan el mundo dispongan de sus consciencias fuertemente unidas a un todo, el Cónclave de Almas. Es el objetivo final de la Interpretación de Aurora, que, sin duda, plasmaría una Realidad basada en el Camino Integral.

Heny se levantó de la silla. La capa azul cubría casi por completo su esqueleto de metal, su estructura superaba nuestras alturas holgadamente. Su presencia imponía. Se dedicó a contemplar por la ventana la vida de Origen. Nos sentimos salir del ambiente meditativo, sus palabras reforzaron mi existencia, parecía encajarme en un mundo que desconocía pero

que sin duda era mi hogar. Todos estábamos deseando escucharle, ninguno de los presentes le quitaba ojo ni articulaba palabra, no había diálogo porque no era necesaria la discusión. ¿Cómo un artefacto disponía de estas capacidades perceptivas empáticas tan familiares?. Desde luego era la prueba evidente de que todo lo que decía era cierto. Heny se giró hacia nosotros y dijo, con su dialéctica perfecta:

-Más allá de todos los sentidos físicos esta unidad está dotada de un tipo de tecnología empática, similar a la del Orbe. Dispone de un captador que permite visualizar valores empáticos de varias categorías e interpretarlos para poder percibir de una manera similar a la de vosotros. Una proyección que intenta definir un individuo, para que la comunicación sea más justa desde el lado empático. Por cierto, mis felicitaciones por el proyecto Aldea, ahora que puedo apreciar sus frutos. Por favor, sírvanse té.

Ya más relajados nos sentamos en torno a la mesa de reuniones. Al rato la apariencia robótica dejó de predominar y ya solo fui capaz de percibirlo como Heny.

-El método de gobierno de Tecnos es la Lógica, como ciencia formal que estudia los principios de la demostración e inferencia válida. Así como el objeto de estudio tradicional de la física es la materia y el de la biología la vida, el de la lógica es la inferencia o el proceso por el cual se derivan conclusiones a partir de premisas. La lógica investiga los principios por los cuales algunas inferencias son aceptables y otras, no. Cuando una inferencia es aceptable lo es por su estructura lógica y no por el contenido específico del argumento o el lenguaje utilizado. Por esta razón, la lógica se considera una ciencia formal, como las matemáticas, en vez de una ciencia empírica fruto de la experimentación. No aplica ensayo y error.

»Con la inestimable colaboración de las Auroras definimos, a través del desarrollo del análisis como método científico de pensamiento, los temas que van a marcar el desarrollo de la lógica consciente. Es de especial importancia la idea de la conciencia como lenguaje universal que habita en todos los Seres y el conocimiento que brotará de la lógica como ciencia consciente, asentada sobre la idea de que la sintaxis de sus disciplinas debería estar en correspondencia con las entidades designadas como individuos, en armonía con el Ser, lo que haría posible un cálculo o computación mediante algoritmo en el descubrimiento de la verdad, de modo agregado por todos. Aún estamos en ello, el proyecto Aldea ayudará mostrar los primeros resultados, y quizás definitivos.

Intentaba comprender sus palabras, inalcanzables para mí. La simulación de su esencia indicaba verdad y profunda comprensión del mundo. Notaba a Teo carente de emociones propias frente al diálogo; premeditadamente ausente, parecía evitar una posible influencia, todo lo que tenía en común con Heny estaba sustentado en Aurora. En cambio, Fer estaba participativo y acumulaba dudas sobre sus palabras, escuchaba con una percepción muy crítica, se notaba su disconformidad hacia la sociedad de Tecnos en algunos aspectos. Heny repentinamente terminó la conversación y el rostro metálico inexpresivo fijó su atención en él. Entonces, preguntó abiertamente, con afán de esclarecer sus inquietudes:

-Mayor Fer del Clan de los Sabios, por favor, ¿puedes comunicarnos qué te preocupa? Impetuosamente, contestó con una retahíla de preguntas:

-¿Cómo Tecnos sigue hermética bajo la Cúpula, aun sabiendo que es el máximo responsable del crecimiento sin medida del Clan Hermano que afecta a todos? ¿No es el equilibrio el motivo de Interpretación? Con tanto como apreciáis a Aurora, ¿por qué actuáis de esta manera?

-Entiendo, Mayor Fer, su preocupación y dudas sobre nuestro comportamiento. Primero, sobre el hermetismo de nuestra sociedad: está justificado lógicamente para salvaguardar nuestra forma de vida, mezclarnos con humanos ajenos a la Cúpula puede originar problemas de adaptación. El mero hecho de estudiar las ciencias empáticas sembró inestabilidad en nuestra forma de vida y también es la evidencia de que el hermetismo simplemente es parcial. Está demostrado históricamente que las personas que comparten motivaciones comunes de forma gregaria tienden a definir su comunidad y, generalmente, si no comparan acaban en un enfrentamiento de identidades; nosotros no obviamos esa tendencia y, en vez de esforzarnos en la convivencia entre diferentes como en tiempos pasados, decidimos maximizar esa tendencia, de una manera eficiente y sostenible entre iguales. La única forma de vida humana que puede perdurar en el tiempo debe huir de la globalización, por ejemplo, comunidades autogestionadas y con miembros afines, sin interferir entre ellas, que vivan y sientan de forma local. Eso es Tecnos: hermético y eterno. En esencia intentamos albergar la lógica, otros asuntos morales fueron acordados con el Clan de los Sabios y constituyen parte importante de nuestras bases fundacionales, que hoy en día respetamos y veneramos como parte de nosotros. Por eso desde el inicio de nuestra sociedad siempre hemos considerado a los Intérpretes como importantes en las decisiones del gobierno Lógico. Realmente creo que un hombre de su situación ya debería haber entendido que la Interpretación de Aurora no ha de someterse a juicio.

El Mayor Fer, aludido, arqueaba las cejas como indicio de que había resuelto parte de sus dudas. El robot carcajeaba, emulaba felicidad humana y continuaba alegremente:

-Los procesos lógicos han de valorarse de forma independiente. Y otra lógica para ponerlos en común, paciencia. Segundo, y contestando a la pregunta inicial, por supuesto el desarrollo del Clan Hermano se debe a nuestra intervención; de hecho, esta decisión se tomó desde las bases fundacionales y fue un asunto recurrente en tiempos de las primeras Auroras. Si el ciclo ha de cumplirse de algún modo, el desequilibrio es tan importante como el equilibrio, no se pueda dar uno sin el otro. Además, existe una obiedad sobre el Clan Hermano: su sistema se nutre del crecimiento, no tiene más que ese objetivo, su sociedad es el reflejo de su forma de vida, no hay una conspiración del gobierno sobre los habitantes de sus regiones. El sistema no es más que el reflejo de la propia naturaleza humana. Una vez sobrepasado el umbral de lo superficial, las personas se ven abocadas a perderse en un océano de decisiones triviales. Independientemente de sus jaulas existenciales, el sistema crea una sociedad estratificada, basada en la propiedad privada, imperando el orden de la pecunia. Tal como acordamos en las bases fundacionales, Tecnos podría explotar en su totalidad las vías de levitación magnéticas, siempre hemos mantenido una de ellas con las cordilleras de Origen. Ahora la gestión de las vías para el servicio de los habitantes de la península, incluido lógicamente el Clan Hermano, proporciona a Tecnos los bienes y servicios

necesarios para seguir explorando los límites del conocimiento físico y empático del Ser y su entorno.

Mi Maestro simplemente estaba presente, bloqueado a cualquier experiencia, incapaz de sentir y ser sentido. Nunca lo había percibido de este modo, su esencia parecía no estar disponible. Fer parecía defraudado y confuso. Heny tenía intención de acabar de charlar sembrándonos sus inquietudes:

-He de deciros que nuestra información recopilada sobre las relaciones comerciales y de explotación de los intercambios del Clan Hermano con otras sociedades al norte de la península está siendo muy fructífero para su causa. El sistema parece existir cómodamente, extendiéndose en sus dominios y la península, es una parte poco útil para el sistema. Aunque vital para el devenir, la ausencia de lógica del sistema es su propia debilidad. Aurora discutió mucho con el gobierno Lógico sobre las implicaciones de meter un elemento tan crítico como el Orbe en el proyecto Aldea. Como bien sabe usted, Mayor Fer, muchos de los Sabios del Clan se oponían a su inclusión. Pero nuestros modelos predictivos y los hechos consumados indicaban que es un elemento necesario para poder forzar la situación antes de que el sistema del Clan Hermano sea incontrolable. Ahora si me disculpa, hemos de ir finalizando, tengo unos asuntos privados que tratar con los aldeanos.

El Mayor Fer se despidió y se fue malhumorado, corriendo la puerta con fiereza, emanando disconformidad con destellos de incompreensión sobre la implicación de Tecnos en el proyecto Aldea y en el mundo. Heny se levantó e hizo un gesto reverencial muy elegante en la despedida. Luego, la máquina se volvió a sentar y dirigió su atención hacia mí:

-Maestro sanador Lao, espero que todo esto merezca la pena. Rápido, por favor, no disponemos de mucho tiempo y he de comunicarte un par de asuntos. El primero es que el Gobernador Bigo es conocedor de que el Orbe existe y, lógicamente, invertirá esfuerzos en localizarlo. Esto te atañe. El segundo: Aurora no ha establecido los futuros encuentros, aunque si este se diese físicamente debería poder llegar a ella y, finalmente, descansar en paz, y esto me atañe a mí. Por favor extiende la mano. -El imponente cuerpo de metal de Heny abrió la capa por su pecho, como el que entrega su corazón, mostrando grabado en el metal un símbolo de la cúpula de Tecnos-. Coloca tu mano aquí, no dolerá.

Metí la mano en su interior, era como una caja fría y hueca. Rebuscaba algún atisbo humano. Intentando encontrar su Ser sentí una invitación a presenciar su destino, la esencia que emanaba el metal se tornaba carne. Frágil, pero casi omnisciente, lo percibía muy lejos. Apoyé la mano derecha con fuerza, la cúpula se iluminó, parpadeando varias veces, sentí un ligero pinchazo, y después otro. Su esencia era cada vez más tangible, su percepción fue intensa y única. Casi succionado por un túnel, similar al acaecido justo antes de emprender el vuelo con Halcón, recorrí mucha distancia en poco tiempo, no sé a través de qué medio, pero mi Ser encontró el interior corpóreo de Heny, sus emociones y lógica conscientes sentidas desde su origen. Se percató desde allí donde estuviera por un canal fuera de lógica, a través de la consciencia que daba vida al esqueleto de metal. Se sobresaltó y emitió un grito que parecía una respiración profunda. Mi mano salió de su pecho, con la izquierda cogí la muñeca derecha acercándomela, miré mi mano fría,

insensible. Dos gotas de sangre muy pequeñas goteaban por la muñeca, al limpiarla sentí como un grano interior minúsculo. Al instante no percibí nada más.

Miré a Teo, que no se había movido ni un milímetro. Heny volvió hablar, pero con una voz de mujer que no le pertenecía. Repitió varias veces:

-¡Desconexión no programada!... ¡Desconexión no programada!... ¡Desconexión no programada!

El cuerpo de metal se desplomó, golpeándose con fuerza con la mesa hasta llegar a quebrarla. Quedó en el suelo, inerte, parecía un cuerpo sin vida. Teo, como despertando de un mal sueño, miró la escena como si acabara de llegar. Finalmente rio y marchamos de la habitación procurando no llamar la atención.

Ya habíamos consumido la mañana, tenía hambre. Al salir del despacho, que estaba vacío, bajamos las escaleras y recobramos la ubicación en el mundo. Sentí una gran plenitud tras la reunión, todo lo compartido y vivido saciaba mi Ser. Teo, muy alegre, susurro en mi oído:

-Esto no pasaba en la Aldea, tendríamos que llamar a Toro, a ver si es capaz de arreglar a Heny.

Su humor hizo que llegásemos riéndonos al recibidor, donde nos esperaba el regente Bill, que comentó:

-Se nota que ha ido bien la reunión.

Esto provocó más risas. Teo chistó:

-Amigos, eliminemos dualidades como bien y mal del lenguaje, que es un asunto complejo de discernir. Bill, llévanos a comer.

Fuimos a un comedor cercano. Estuve observando con alegría cómo Bill y Teo charlaban sobre su amistad. El regente parecía otro hombre fuera de su oficio, compartía de una manera muy cercana. Me comentó que tenía profunda admiración por mi Maestro en reiteradas ocasiones. La gente nos saludaba por la calle, muchos abrazaban a Bill, era muy querido por los habitantes de Origen. Algún fiel reconoció a Teo brindándole respeto. Finalmente nos despedimos con abrazos.

De camino a la playa pensaba en que no existen las coincidencias, simplemente caminamos hacia ellas sin darnos cuenta, hacia los lugares y personas que siempre han estado esperando para encontrar una visita programada con otra Alma en la experimentación real.

## 4.2. La Ceremonia de Equilibrio

Me desperté calmadamente. El día se levantó nublado, las nubes amenazaban lluvia. En Origen había muy pocas precipitaciones como para que coincidiesen con un día tan especial. Los rayos de luz filtrados parecían alejar el agua por el momento. Esperaba que eso no fuese un impedimento para los fieles, aunque consideraba la lluvia como un buen augurio para las plantas y, por tanto, para todos. Acudiríamos al gran evento del día en la Sucursal del Templo del Equilibrio. Vestiría mi capa blanca, regalo de Aurora. Era como el pijama más cómodo, su peso y tacto propicios, como una prenda moldeada a tu figura, y, sin duda, le daría mucho uso. Kili y Toro subieron temprano la escalera en la roca.



-¡Vamos, que llegamos tarde! -gritaban desde abajo. Me puse nervioso, “¿tarde?”, me preguntaba sin sentido. Mi Maestro fumaba lentamente mientras veía y percibía todo lo que me envolvía. No sabía qué llevar a la Ceremonia del Equilibrio, así que cogí la mochila entera, incluso con un bote de pisto de la Aldea y algo de pan. Mientras bajaba escuché cómo el Orbe se golpeaba con el tarro, haciendo un ruidito a cada escalón, por lo que redistribuí la maleta para evitarlo. Kili vino a cerciorarse de que acudiría; había limpiado su capa roja de la Sucursal. Toro nos esperaba sonriente vestido impecablemente de personal técnico de la Regencia; me pidió amablemente la mochila para meter unos papeles que tenía, y de paso también quería cerciorarse de que llevaba el Orbe. Teo saludaba desde arriba vociferando:

-¡No lleguéis tarde! -Me tuve que reír a carcajadas. Mis amigos se serenaron.

A buen ritmo llegamos a las primeras edificaciones. Se notaba el ambiente de festividad en Origen, los habitantes irradiaban felicidad y muchos fieles y simpatizantes vestían motivos rojos. Se había declarado fiesta oficial desde la Regencia, por lo que no había de trabajar. Los edificios estaban decorados con telas rojas en sus balcones y sobre el tendido de cables había paredes pintadas con los carteles que publicitaban el evento. Una marea roja de personas caminaba hacia la Sucursal. Hicieron un comentario sobre mi vestimenta que resultó ser una broma. Mezclados entre todos, muchos fieles nos saludaban agradeciendo nuestras labores, no supe a qué se referían. Saludé a mi amigo del sindicato, del que desconocía su nombre, iba a la Ceremonia con un nutrido grupo de trabajadores. Por el camino, Kili sacó un papel, parecido a los que repartía Fides en el comedor, y me lo entregó. Por una cara, una balanza, símbolo de los fieles del Equilibrio; por la otra, el programa del evento primero habría un desayuno a modo de recibimiento; después, un acto de apertura y, posteriormente, las intervenciones de los representantes, así como otras participaciones, haciéndose un llamamiento expreso a la participación del público. También servirían comidas y bebidas para pasar todo el día en una zona habilitada para ello, y habría algunas actividades disgregadas por toda la Sucursal: artesanía, productos alimenticios, música...

Kili comentaba que los fieles habían acordado hacer un esfuerzo emocional y social para crear una atmósfera de armonía e integración en la Ceremonia, notaba mucha ilusión en todos, pero de una manera sólida y existencial, no era la ilusión de un capricho momentáneo o un aniversario de cualquier ciclo. Seguíamos caminando y cada vez había más gente por las calles de Origen. La verdad es que a floró en mi interior expectación tras el paseo. Cruzar la urbe fue muy gratificante y había abierto mi apetito, por lo que intercambié una pecunia de cobre por bollos calientes en un puesto de la estación exterior del volcán. Kili indicaba con su dedo índice a un punto más allá del muro que hace de brazo montañoso entre el volcán y las montañas. Dijo:

-La Sucursal está detrás.

Nos alejamos hacia la estación para vehículos rodados y algunos carros de caballos. También cabía la posibilidad de hacer el viaje andando, bordeando la falda del volcán en el sentido de las agujas de un reloj. Básicamente, para llegar a la Sucursal había que dar la vuelta a casi todo el perímetro del volcán. Toro, que estaba de muy buen humor, dijo que deberíamos recorrer aproximadamente Pi radianes, mi amigo se reía de su propia gracia y

contagiaba a todos. Evidentemente fuimos andando. Pensé en que el camino habría sido más corto, mucho más corto, escalando por dónde indicaba Kili.

El camino nos otorgaba hermosas vistas, tierras rojas oscuras, con muy poca vida vegetal y orificios con bocas metálicas descargando gases como consecuencia de la vida interior del volcán. El camino de por sí era una convivencia, los fieles y curiosos participaban de una festividad muy especial. Continuábamos animosos.

Paramos en unos puestos donde se vendían zumos naturales deliciosos. El cielo estaba cubierto por un manto nuboso que hacía grato el paseo. A la izquierda del camino desierto, siempre mirando al oeste, a medida que nos acercábamos a la Sucursal situada en la parte noreste, podíamos ver crecer la cordillera. Finalmente dejamos el volcán a la espalda. Se atisbaba más vegetación cuando el camino se despegaba de la falda del volcán, como un preludio de la de las montañas. Continuamente los asistentes que caminaban nos saludaban con cariño, reconocí muchas caras, pero pocos nombres: no solía acordarme de los nombres.

Se abrió un claro tras nosotros y pudimos ver el resplandor en el cielo iluminado, nos giramos para ver el volcán pelado, destacando el rojo de la tierra, que destellaba luz de su ladera; pronto las nubes pesadas y bajas lo cubrieron de nuevo.

A lo lejos pudimos ver la Sucursal. Parecíamos haber entrado en otra región, ya que cuanto más nos acercábamos a ella, la umbría que la protegía de Sol y el agua de la cordillera hacían crecer las plantas de la zona. El templo estaba en lo alto de un llano casi pegado al muro de piedra que hacía de brazo entre volcán y montaña, pero por la otra cara. A su alrededor había huertos, establos, edificios residenciales, algún taller, lavaderos... Todo estaba muy cuidado, el camino ahora estaba bien empedrado, telas rojas ondeaban al viento colgadas en postes que velaban el paso. Nos recibían con bebidas, flores y alimentos.

Aún estábamos subiendo, ya se veía a las personas disgregarse para hacer alguna actividad o unirse a alguna en curso. Entramos en unos jardines floridos que rodeaban la Sucursal del Templo del Equilibrio. Nada más alcanzar la planicie se veía el edificio, era fascinante, construido con materiales reciclados como vidrio fundido, respetando una antigua construcción en ladrillo que destacaba como la más predominante. No tenía un estilo uniforme, más bien parecía haberse levantado con ampliaciones y con los materiales disponibles en cada momento; aun así, todo parecía muy integrado con decorativas telas rojas. No había puertas. Unas columnas circulares no muy anchas, muchas más de las que pude contar, sostenían un enorme edificio de ladrillos que acababa con una cubierta curvada; esta estructura central sobresalía de unas construcciones a cada lado de menor envergadura y muy diferentes en estilo y materiales, ligeramente más al fondo, pero unidos con el edificio principal. Nos metimos a la sombra entre columnas, el espacio era como un recibidor con pasillos a ambos lados y el final parecía volver a salir al exterior. En su interior había muchos fieles esparcidos por todas partes, compartiendo amistosamente. Tardamos en cruzar, Kili atendía a todos los fieles que nos saludaban. Al final del recibidor todas las puertas estaban abiertas, mostrándonos un gran recinto interior ajardinado. Al salir sentí una brisa húmeda en la cara y vimos el cielo nublado. Miramos en detalle el recinto, con varias fuentes

de agua, parras enrolladas en estructuras metálicas de barras circulares que cubrían a trozos su extensión, otros espacios con varios frutales. El Sol escondido proporcionaba una luz difusa que no daba nada de sombra. El lugar era tan grande que la gente formaba pequeños grupos dispersos, permitiendo el fácil tránsito en su interior. Ocupando la zona más alejada de la entrada, una gran carpa, mucho más grande que la de la casa de la Pecunia de la Cruz, con telas rojas y blancas. Largas mesas llenas de alimentos y bebidas, con fieles que servían, asientos y bancos distribuidos en diferentes rincones, bastante gente expectante, algunos intercambiando charlas con pasión y otros con pocas ganas de hablar, muy reflexivos y concentrados, felices y nerviosos o calmados.

Nos servimos té. Los fieles de la Meseta que vestían de rojo más apagado eran los más silenciosos y solitarios. Mi capa blanca parecía ser atípica y llamaba mucho la atención, demasiado: sentí algunas miradas evidentes, cada uno las interpretó y respondió a su modo. Kili informó de que en la primera hora los asistentes y fieles deberían armonizarse con la Sucursal, después las conversaciones surgirían de manera franca. El cielo seguía amenazante. Muchos fieles montaron cobertizos con bobinas de plástico para proteger las mesas, la lluvia parecía inminente y armaron una extensión en la entrada a la carpa, dado que no todos cabrían en su interior. Muchas lonas estaban abiertas para que su interior se viese desde fuera. Cada vez llegaba más gente desde el recibidor, todos con un vaso de té caliente que apetecía. Muchos depositábamos pecunias en los buzones destinado para donaciones; otros donaban alimentos, ropa o enseres en zonas habilitadas para tal fin.

Miré al cielo con afán de ubicarme en el mundo, mi visión se alejaba de la Ceremonia atravesando el cielo cubierto de nubes grises. De repente una gota menuda golpeó mi frente con rotundidad, devolviéndome a la tierra y posicionando mi Ser en el presente que me forzaba a vivir. Había empezado a llover con violencia. Mire a mi alrededor, todos con la nuca encogida miraban el firmamento valorando la intensidad de la lluvia, sin saber cuándo escamparía. Unos fieles al fondo alzaron a un par de hombres que agarraban por un asa un cubo cónico, lo pusieron en sus bocas por el extremo pequeño, que amplificaba sus voces profundas y armoniosas, canturreando al unísono a modo de convocatoria: “¡La ceremonia del equilibrio!”, el canto era lento y calmado, e intenso, como para llamar la atención de todos, que se iban silenciando rápidamente. Entonces repitieron: “¡La ceremonia del equilibrio!”. Todos estábamos en silencio, escuchando. A la tercera, todos los fieles disgregados por la Sucursal acompañaron con sus voces, cantando a la vez, haciendo retumbar en el seno de propio Ser: “¡La ceremonia del equilibrio!”. Otros no fieles se unieron al canturreo y pausadamente se dirigieron a la carpa. Las esencias de los presentes se apreciaban similares, mayoritariamente humildes, pero se percibían las divergencias de algunos individuos en la masa más protagonista. Las palabras de convocatoria de la Ceremonia del Equilibrio resonaban como un mantra, las divergencias empezaron a ser imperceptibles, se estaba logrando una conexión empática colectiva sin ausentes. La carpa se iba llenando al canto de: “¡La ceremonia del equilibrio! ¡La ceremonia del equilibrio!”. Todos gratamente ubicados en su interior, y en la entrada los que no cabían, conectados por un sentimiento común que pretendía asentarse, la predisposición era total. El entendimiento entre fieles era tal que la

última repetición del canturreo fue la última para todos, el silencio se formó de forma programada, la esencia colectiva se espaciaba como una niebla entre los presentes. Me fascinó la técnica de empatía aplicada a masas, nosotros la practicábamos en la Aldea como forma de vida, en clases, en el huerto, en fiestas, casi siempre que hubiese un par de Agros, pero la captación era libre y armoniosa, no nos distraía de nuestro Ser, ni mucho menos de nuestras labores, era la mejor forma de arar la tierra y parecía no tener la relevancia del momento que se vivía en la Sucursal.

Se desplegaron dos lonas interiores al fondo, que ocultaban una plataforma de madera con un púlpito elevado en el centro, y detrás varias sillas y mesas con invitados de excepción. Había gente acomodándose, distinguí a Teo entre ellos. Nos sentamos sobre un agradable suelo alfombrado, adopté una postura de pies cruzados, cabeza encapuchada y gacha, con las manos descansando sobre las piernas, mano sobre mano palma arriba, propicia para la meditación. Algunos fieles ancianos en sillas, muchos fieles iban sirviendo té caliente y algunos dulces; el té era bueno y, a diferencia de los anteriores, tenía leche, y notaba una hierba que no predominaba, pero formaba parte del brebaje, “ayudará en la ceremonia”, pensé.

Nos situamos no muy cerca y, pegado a la lona de la carpa, escuchaba las gotas golpear con la tela, veía el púlpito de lado, esquinado. La luz era blanca, con iluminación artificial mezclada con la natural filtrada por las lonas. Mis amigos me acompañaban gozosamente responsables, un nutrido grupo de fieles de Origen constituían el grupo principal de los presentes en el escenario, Kili los conocía a todos. Fieles llegados del norte de las Jorobas que vestían un rojo más apagado parecían estar muy serios. También me dijo que había fieles de Lago Grande, me llamó la atención ver a uno de ellos junto a Kundo, su parecido físico era asombroso. Fides se levantó de su sitio y se situó en la parte delantera del púlpito, que se adentraba entre los asistentes para acercar su voz a los oyentes. Se dirigió a todos, voces aisladas de los fieles le daban las gracias por estar presente.

—En primer lugar, quiero expresar en nombre de los fieles de la Sucursal el agradecimiento a toda comunidad reunida este día; en particular, quiero hacer extensivo mi agradecimiento a las representaciones de otras regiones de la península, su presencia da sentido a este evento y nos brinda la oportunidad de participar en la Ceremonia de Equilibrio de una manera productiva...

Continuó de una manera muy política, *grosso modo* presentó las comunidades que presidían la Ceremonia, primero al Clan de los Sabios, representado por el Mayor Fer y una mujer que debería ser Cel, ambos vestían de blanco; un nutrido grupo de fieles de la Meseta y mi Maestro, casi escondido al fondo entre ambos grupos, sentado solo en una mesa; representantes de la regencia, incluido Bill; un hombre que cubría su cuerpo de metal bajo su enorme capa azul que no fue presentado, intenté cerciorarme de que era Heny, pero más bien confirmé lo contrario. Sin rastro de los representantes del Clan Hermano. Ninguno de los aludidos gesticuló ni lo más mínimo.

Fueron unas palabras bonitas de Fides a los asistentes y al pueblo de Origen. Tras el sentido aplauso invitó a subir a Fer, las palmas continuaron mientras el Mayor caminaba

hasta el final de púlpito. La capa blanca del Clan de los Sabios desveló en su espalda un símbolo que brillaba destacando de su tela mate: tres líneas verticales como columnas destellaban reflejando la luz de la carpa. Toro nos susurró:

-Es el símbolo del Clan de los Sabios, las Tres columnas de la Gran Biblioteca que representan la trinidad en la que está fundamentada su mística, el Cónclave, el Oráculo y la Intérprete.

Kili, sorprendido, miró la parte de atrás de mi capa, había poca luz, no vio nada. El Mayor Fer, dirigiéndose a los fieles de la Sucursal, habitantes de Origen y muchos viajeros de otras regiones, calmadamente y con una mirada inexpresiva, comenzó su intervención:

-Gracias a todos los fieles de la Sucursal del Templo del Equilibrio por contar con el Clan de los Sabios para este magnífico evento y con vuestros hermanos de la Meseta, los fieles del Templo del Equilibrio, siempre han sido aliados de nuestra gente, viviendo todos en verdadera convivencia. Pero hoy siento abrir esta maravillosa Ceremonia con malas nuevas. La fragilidad de nuestra sociedad se está viendo presa de las influencias del Clan Hermano, arrasan con nuestra forma de vida calmada y pacífica, en Sofópolis poco queda de nuestras rutinas y tradiciones. Los pocos Sabios que aún ejercen están cada vez más centrados en el estudio y la evolución del Ser, deambulando por la Gran Biblioteca, alejados del pueblo, siempre ocupado en distracciones rápidas y superfluas. En cambio, estar hoy aquí me recuerda a tiempos pasados donde los Sabios vivían por y para el pueblo, no para el estudio y los libros, hoy me habéis hecho sentir una verdad que sostiene todo por lo que el Clan de los Sabios ha venido luchando. Los fieles del Templo del Equilibrio y los de Origen representáis la materialización y esperanzas por todo lo que hemos estado defendiendo. Vuestras vidas son necesarias para abrir un nuevo ciclo, este que parece extinto ha de acabar de la mejor manera posible, y finalmente he entendido que vosotros sois el medio. Por tanto, para ello os digo... -La carpa lloraba de emoción, aplausos incontenibles hicieron callar al Mayor Fer, mi Maestro miraba al suelo, también estaba definiendo su destino en la Interpretación, todos los presentes lo hacíamos. Fer recuperó su voz, con potencia y carisma se sobrepuso a las palmas, haciendo parar a todos-. ¡Por tanto, para ello os digo...! A menos que la mente, el cuerpo y el Alma estén igualmente desarrollados y plenamente integrados, no puede mantenerse ninguna cima de evolución del Ser, ni estado de iluminación para alcanzar el Equilibrio. Esta es la razón por la que las religiones e ideologías extremistas no dan frutos, ¡no caigamos en esta evidencia! Cuando la mente y el Alma son forzadas a austeridades artificiales o a adherirse a dogmas externos, el cuerpo enferma y se debilita, convirtiéndose en un traidor para todo el Ser. Cuando se pone el acento en el cuerpo con exclusión de la mente y del Alma todo se convierte en una especie de serpiente atrapada: frenética, explosiva y venenosa para la misma persona. Todos estos desequilibrios conducen inevitablemente a que la fuerza de vida se agote y expire. Las soluciones siempre han de aportarse desde uno mismo, desde la unidad de la consciencia del Ser, donde el Alma se hace partícipe de la experimentación real, que nosotros percibimos como el hecho de vivir. El verdadero desarrollo personal

implica la integración holística de mente, cuerpo y Alma. Con la consciencia en calma equilibrando la acción, mediante las diversas prácticas del Camino Integral, se logra la unidad completa dentro y fuera. Esto se manifiesta en el mundo como equilibrio y gracia perfectos.

El Mayor Fer era pura emoción, recibía muchos sentimientos, las esencias fluían en la carpa de la Ceremonia. Sin duda, la mística que mostraba sus palabras era un modelo plausible para explicar los procesos cognitivos del Ser. El Mayor se sentía liberado de cargas, con Aurora, con el proyecto Aldea y con todos los fieles del Equilibrio, el discurso sonó a despedida. Los asistentes, de alguna manera, pudieron aprender un camino a la liberación. Hablaba en términos muy parecidos a las enseñanzas de los Maestros de la Aldea, se notaba que muchos habían estudiado con alguno de los Sabios de Sofópolis en tiempos pasados.

Entre el público había muchas personas empáticas, algunas eran fácilmente reconocibles, otras eran capaces de ocultarse. Muchos se emocionaron y aplaudieron. Fides humildemente anunció que la ceremonia estaba inaugurada y dio una leve pausa. Los funcionarios y Bill salieron de la plataforma, también laureados. Kili comentó que estaba previsto que el órgano de gestión de Origen participase, pero no representando al sistema, sino desde el público.

En la pausa Kili y Toro se acercaron a saludar a Teo, hablaron rápidamente y con precisión. Me quedé en un lado, pegado a las telas de la carpa, notaba una presencia tras ella; saqué la mano por debajo, la lluvia caía, notaba esa amada presencia de Hada pidiendo refugio del agua, abrí la palma de mi mano y, cerrando ligeramente los dedos para protegerlo, introduje al ratoncillo bajo la carpa, lo puse en el bolsillo interior de la capa, cerca del pecho.

Fides, como encargada del guion del evento, se acercó al púlpito nuevamente:

-Ahora, el Mayor Fer dará paso al siguiente invitado, y cada participante al siguiente.

Simplemente se incorporó lo justo del asiento y pidió la presencia de los hermanos del Templo de Equilibrio de la Meseta. La carpa estaba en silencio, se escuchó una leve discusión en la mesa, nadie acudía a la llamada. Antes de que la situación llegase a ser incómoda, un anciano, quizás el de más edad, se alzó con esfuerzo y con una voz grave y temblorosa sin acercarse al púlpito, dijo desde la mesa:

-Los fieles del Templo del Equilibrio prefieren rehusar a la palabra, dado que no hay mayor comunicación que la del ejemplo. Aguardaremos pacientemente como en otras ocasiones

Los asistentes se quedaron estupefactos, fríos y reflexivos. El anciano rápidamente lo notó y dijo:

-Los fieles del Templo del Equilibrio no tememos ningún fin.

Se sentó, sentimos una esencia firme y robusta que sofoca las expectativas. Fides se acercó al anciano y le murmuró algo al oído. Con esfuerzo adquirió la verticalidad nuevamente, esbozaba una sonrisa en su rostro, como si la fortuna estuviera de su lado, y dijo, completando la charla con la fiel:

-Perfecto. Seamos nosotros quienes demos entrada a nuestro siguiente invitado, hijo de la Meseta y conocedor de nuestras tradiciones. -Su ausente mirada buscaba la presencia de la que hablaba, se giró mirando hacia donde estaba mi Maestro que pretendía pasar

desapercibido; claramente percibí que lo había encontrado, podía sentirlo-. Doy el turno a aquel que conocí cuando solo era un crío y paseaba por el Templo. Por favor, Maestro Teo.

Mi Maestro se levantó sin sorpresa y se dirigió al púlpito. La acústica era muy buena, a pesar de que fuera llovía. Vestía sus ropajes típicos de aldeano. La voz de Teo resonó suave, como la de un amigo o un familiar que te habla en tiempos difíciles.

-¿Deseas liberarte de los nudos mentales y emocionales y hacerte uno con la Fuente? Si es así, existen dos posibles caminos para ti. El primero es el camino de la aceptación. Afirma a cada uno y cada cosa. Extiende libremente tu buena voluntad y tu virtud en cualquier dirección, cualesquiera que sean las circunstancias. Acepta de corazón todas las cosas como parte de la Unidad Armoniosa, y entonces empezarás a percibirla. El segundo camino es el del rechazo. Reconoce que todo lo que ves y piensas es una falsedad, una ilusión, un velo sobre la verdad. Quita todos los velos y llegarás a el Equilibrio. Aunque estos caminos son totalmente diferentes, te conducirán al mismo lugar: la conciencia espontánea con el Equilibrio. Una vez que llegues, recuerda: ya no es necesario luchar para mantenerse en ella, todo lo que tienes que hacer es participar en el proceso.

La gente, reflexiva, se analizaba para buscar la mejora, reconocer sus velos y la falsedad de nuestra mente. El anciano de la Meseta asentía con la cabeza, feliz. Mis capacidades sensoriales y cognitivas parecían estar a unos niveles inalcanzables sin un estado de consciencia alterada. Me volvieron a servir té. El ratoncito calentaba mi pecho. Analizaba todo en detalle, la presencia de Heny entre los asistentes era evidente, intrigaba a los presentes sobremedida. Teo miró hacia el público invitando a un reconocido fiel de la Sucursal. Habló de cosas sencillas y de las labores del templo, cómo encontraba la paz en sus tareas rutinarias y, sobre todo, habló de percibir las evoluciones de los Seres que habitaban la Sucursal. Este invitó a otro fiel, que salió del fondo. Después, un obrero de la Regencia, al menos seis personas hablaron, nadie se movía. Empezó a llegar más gente que se aglutinaba en la puerta, algunos con paraguas, incluso por los laterales de la carpa que levantaban prudentemente. Teo bajó unas escaleritas y se acomodó junto a nosotros con té calentito, no volvió a su sitio, estaba feliz y motivado. Kili también llegó con alguna fruta. Toro no hacía más que pensar calmadamente. El ambiente se relajó. Algunas actividades a la intemperie se habían aplazado, por lo que todos estaban en torno a la carpa.

A la séptima intervención, un rostro familiar subió al púlpito. Kundo estaba en un estado de salud espléndido, alegre y armonioso, muchos fieles le seguían, pero no hicieron aspavientos. Ya en el púlpito, como si hablase con un vecino, compartió:

-El ansia de iluminación y de inmortalidad no es diferente al ansia de riquezas materiales. Es egoísta y dualista y, por tanto, un obstáculo para la verdadera realización. Por ello, estos estados nunca son realizados por aquellos que los codician; por el contrario, constituyen la recompensa de las personas virtuosas. Si deseas convertirte en Ser Integral, restablece las cualidades del Ser mediante la virtud y el servicio a cada cosa o no cosa que habita en esta realidad, más lejos de la mirada del hombre. Este es el único modo de obtener la atención de un verdadero Maestro que enseña los métodos de la Fuente, que lleva el Cónclave como voz interior de su consciencia, solo para compartir la esencia necesaria para alcanzar el reino de lo sutil. Estos Maestros no pueden ser buscados, pero son ellos quienes

buscan continuamente al discípulo. Este es el camino que los Seres toman hacia el reino de lo sutil...

Se hizo un silencio profundo, Kundo resaltó las esencias de todos los que estábamos allí. Supe que era mi turno en la intervención porque mis amigos también lo sabían, antes de que acabase ya estaba de pie. Heny se incorporó mostrando sus luces en la frente. Mis amigos me miraron con sorpresa por mi anticipación al incorporarme, lógicamente conocían un posible orden de los participantes. Me giré para devolverles una sonrisa, apuramos el té, Kili extendió su mano hacia mi mochila. El cuerpo de metal, que ahora sí portaba vida, no perdía ningún detalle de lo que acontecía. Parecía llamar poderosamente mi atención. Articuló su estructura fijando su foco en mi Ser. Llovía más intensamente, cayó un rayo que hizo que nuestros corazones palpitasen. Kundo suplicó:

-Por favor, Maestro, ruego que simplemente compartas con nosotros el momento.

Fue tan sincera la invitación que me desplazaba sin posibilidad, la vida me brindaba la ocasión, la atmósfera reconocible del Orbe, que junto con el ruido de la lluvia empezó a envolver el presente, las distancias, tiempo y emociones nítidas, dúctiles y tangibles. Kundo no dijo mi nombre, aunque lo iba escuchando mientras pasaba entre los fieles que me saludaban en busca de las escaleras por donde Teo había bajado. Los invitados empezaron a apartarse, pero no evitaban el contacto con alguna parte de mi cuerpo, algunos y algunas me abrazaron, solo emanaba mi Ser, sin descripción. Parecía que el camino entre los asistentes era muy largo, lo recorría lentamente, todos parecían moverse con movimientos pausados, iba sintiendo cómo mi Ser a cada paso estaba acercándose a un plano de meditación profunda, en mi pecho el ratoncillo se acomodaba, fue la última sensación física que sentí.

Heny no apartaba su mirada, lo reconocía con claridad, observando. Ya podía ver el púlpito, el entorno iba difuminándose, subí los escalones y en la plataforma no había nadie salvo el esqueleto metálico envuelto en la capa azul como oyente y el Orbe. Miré alrededor y no había nada. Mi percepción física ausente, la carpa se hizo infinita. Sentí un vacío emocional que me acongojó; por suerte, noté la presencia de mis dos amigos ocupando un lugar junto a mí. El artefacto se hizo grande, sumergiéndonos en una oscuridad momentánea como un parpadeo, después visualicé a mis amigos Kili y Toro con las palmas abiertas dirigidas al cristal, emitían una esencia que entraba en el Orbe, como humo de una pipa, llenaba el vacío de su interior; cuanta más esencia, el humo se hacía denso blanquecino. Contenía ilusión y fe por mi Ser. Definían al Maestro Lao, no era la primera vez que me reconocía como otra persona, no sentí peso por tanta responsabilidad y devoción, ni comprensión ni incompreensión, simplemente lo asumí.

El tiempo se paró por completo, sentía la meditación profunda de todos los asistentes que, uno a uno, se incorporaban a la escena alrededor del Orbe, junto a mis amigos. Todos volcaban su esencia, depositando lo que se les solicitaba sobre mi persona, el Maestro Lao. Heny se situó como observador sin intervenir, percibiendo lo que ocurría desde el otro lado del cristal. La esencia confinada en el Orbe se llenaba de matices, el humo dentro del Orbe no se ordenaba, pero empezó a mezclarse el color, fluía en su interior. Cada vez más asistentes aparecieron junto al Orbe, inertes en meditación, expectantes, hasta que una esencia demoledora acabó definiendo por completo el vórtice de esencias dentro de este. Teo



apareció como una luna llena en la noche oscura, con una esencia traslúcida, sin color, como agua para los huertos de la Aldea, portando todo el sentir de los aldeanos hacia su familia, sin aspirar a algo más que ayudar a los suyos; su esencia transformó el humo en blanco sin matices y casi líquido, más bien como leche que giraba en su cristal. Una vez toda la esencia quedó contenida, el Maestro Lao parecía haber nacido. Entonces noté la presencia de Heny junto a mí, o en mi Ser, no sabría precisar. Le tocaba intervenir en el proceso. Parecía no estar sometido a nada de lo que ocurría y me proporcionaba una comunicación sincera.

-Es maravilloso contemplar tal espectáculo, el Orbe es creador, puede ser un instrumento perfecto, como un pincel en las manos de una ilustradora. Desde luego, actúa por sí solo, no se somete a reglas, se define en el estricto presente, en función de los participantes. Lógicamente, si la ilustradora es buena hará bellísimas obras de arte, pero si el artista es malo creará un lienzo horripilante.

Finalmente, el Orbe desapareció liberando un lago de esencia blanca que se extendía entre los asistentes muy lentamente, impregnando a todos de una sola esencia. Pausadamente contactaba con los fieles que, ofreciéndose, parecían nutrir su Alma de liberación y comprensión. Volví a ser consciente de la respiración, Heny prosiguió:

-Si Aurora no falló en su Interpretación, aún tendremos que vernos una vez más. Y si consigues tu propósito, yo cumpliré el mío. Maestro Lao, la lógica forma parte del juego, el Ser también es corpóreo, biológico, hay otras disciplinas a ser tenidas en cuenta. ¿Qué tienes que decir a todo esto? ¿O quizás no debes decir nada? ¿Observas o intervienes?

-No había explicación ni respuesta posible, mi consciencia aceptaba lo que era ajeno a su comprensión. Desde el Cónclave, humildemente, sin mayor muestra de comprensión, pronuncié palabras precisas escritas en mi interior con verdad:

-La suprema verdad no puede expresarse en palabras... -Mientras pronunciaba la frase una luz blanca me cegaba y me obligó a parar; siendo más consciente de la carpa, continué-. Por ello, el Maestro supremo no tiene nada que decir. Simplemente se dona a sí mismo como servicio y nunca se preocupa. En la realidad o en una ilusión, en la vida o en la muerte, la luz del Camino Integral te guiará como el Sol que brilla sobre nuestras cabezas.

Iba recuperando la visión, mi voz aún resonaba como un eco en la carpa, la luz entraba con intensidad por las telas, se tornaba en suave rojo. Los asistentes contemplaban el púlpito con devoción, todos aguardaban inmóviles, la lluvia había cesado, y, como en un nuevo amanecer, el Sol volvía a brillar. Se escuchaban plegarias incontroladas de asistentes que parecían haber presenciado un milagro. Todo estaba en silencio, creo que miré a los ojos a cada uno de ellos reconociéndolos en mi Ser, en esa inmensidad de tiempo que tardé en llegar junto a mis amigos a los que abracé, con precaución y afablemente. La Ceremonia del Equilibrio en el interior parecía haberse tomado un descanso, los asistentes salían con sus miradas puestas en el cielo (como si una plegaria se hubiera obrado, ninguna nube), sorprendidos de tal proeza, “de tal casualidad, más bien”, pensé. El ambiente se tornó festivo, sirvieron comidas y sacaron todos los productos, empezó a sonar música y comenzaron a hacer diferentes actividades como ejercicios de estiramiento y meditación. Todos disfrutábamos de los alimentos e infusiones, lejos estaban los bollos de la mañana.

Teo me comentó que vestía la capa del revés y por eso no brillaron las Tres Columnas en mi espalda. Todos reímos, ninguno mostró mayor interés en lo ocurrido, disfrutábamos de una comida con un ambiente muy especial, me atrevería a decir que nos sentíamos orgullosos de nuestra amistad. Pasamos un rato en tranquilidad a la sombra de una parra, solo los más atrevidos o entusiastas se acercaron a nosotros para mostrarnos sus respetos y sin incordiar.

Tras la multitudinaria asistencia en la carpa para la inauguración pasada por agua, el programa siguió sin mucho orden. El púlpito volvió a llenarse de voces, la Ceremonia continuaba, pero con los asistentes disgregados, envueltos en la convivencia o en otras actividades. Nos separamos de Teo, que decidió darnos intimidad. Después, Kili nos llevó a charlar con varios fieles que nos esperaban mientras tomábamos algo. Las charlas eran protocolarias, o presentaciones, conocimos a mucha gente. Saqué mi tarro de pisto y lo comí con pan; aunque había muchos alimentos tenía ganas de recordar la Aldea, probaría los guisos que olían mejor en la cena. Algunos que me vieron no entendieron por qué traía mis propios alimentos, casi ofendidos. El saludo a Kundo fue muy puro y simple, perfecto, me sentí muy feliz de haber ayudado a recuperar la vida de quien quisiera ser. Todo era armonioso, no tuve dificultades para sentirme integrado en la Ceremonia. El ratoncito quería salir, paseé con él sobre el hombro un buen rato hasta que marchó.

Salimos del edificio por el recibidor de columnas. No muy lejos vimos una polvareda que se acercaba, unos carruajes metálicos con ruedas transportaban a la comitiva del Clan Hermano. Cruzaron a varios metros de nosotros y se apearon de los vehículos, los curiosos hicieron un corro en torno a ellos. Al bajar aquellas personas llegadas de Núcleo se escuchó un murmullo de sorpresa: los asistentes que quedaron impactados por los visitantes. La comitiva del Clan Hermano nos miraba como si hubieran llegado de otro mundo, los fieles los miraban de la misma manera, ambos grupos reconociéndose mutuamente con miradas vacías. Tomaron la iniciativa: uno de ellos levantó el brazo para apuntar en nuestra dirección. A lo lejos se veía a Fides correr hacia nosotros, hacía gestos enérgicamente llamando la atención. La sensación de calma tornó cuando se acercaban a nosotros, de repente los nervios aparecieron en Kili y Toro. El grupo del Clan Hermano parecía muy revoltoso y colorido, hacían mucho ruido ininteligible, hablaban sorprendentemente rápido; sus vestimentas lucían telas brillantes y muchos colores chillones, formas raras, algunas muy ceñidas al cuerpo y otras holgadas, prenda sobre prenda, con artilugios decorativos que colgaban por sus ropajes y apéndices. Sus cabellos, parecidos a sus ropas: con múltiples posibilidades de colores y formas. En sus rostros, pinturas alegres, con gafas de cristales de colores que impedían ver sus ojos.

-¡Eh, vosotros! -Se dirigía a nosotros el más adelantado de la comitiva, vestido de tonos amarillos.

Enmudecieron para mirarnos en detalle, pude percibir sus esencias, casi no se apreciaba Alma; en cambio, desprendían un torrente de banalidad y soberbia, nos miraron con falsa pena, como si necesitásemos su caridad, apiadándose de nosotros como si de ellos dependiese nuestro estado. Fides llegaba exhausta, intentando llamar la atención con el poco aliento

que le quedaba. Un acompañante le dio un saco de pecunias. Antes de saludar siquiera, el hombre de amarillo nos agarró; con un aldeano debajo de cada una de sus axilas, nos dijo:

-No quiero nada de formalidades, visitaré la Ceremonia con la gente común viviendo la convivencia tal como se presupone. Es todo muy rural, pensaba que la Sucursal del Templo del Equilibrio de Origen sería un majestuoso templo. Me llamo Ote. Por favor, llámame Ote, pues, no como estos que me acompañan.

Una dama con sombrero lo interrumpió:

-Por favor, Ministro, modere su lenguaje. Sabe que, por ley, el séquito no puede llamarle por su nombre.

-Bueno, necesito algo de beber. Amigos, ¿podrías invitarme con algo? Vengo del norte de la península y vengo seco, tengo la garganta como un erial.

Estaba sorprendido por sus palabras sin empatía, no porque no hicieran referencia a la Ceremonia, que también, sino por cómo se establecía en una supuesta relación social con otro Ser. Un mozo le acercó té, al olerlo puso una cara como si oliera huevos podridos, lo tiró al suelo y amenazó:

-Por favor, algo más fuerte.

Toda la comitiva esbozaba una sonrisa desconcertante. Uno de ellos sacó de un bolso una pantalla rectangular; emitía una luz que cambiaba su brillo cuando interactuaba con sus manos. Estaba muy distraído, como si su mente pudiese vivir otra vida tras la pantalla. Pronto llegó otro fiel con varios vasos de un licor espirituoso, bastante fuerte. Lo ingirió de un trago.

-¡Joder! -pareció gustarle mucho. Ote volvió a decirle al mozo-: ¡Más! Sírvales también a mis nuevos amigos y déjele un par de botellas a estos que me acompañan.

Sus palabras estaban llenas de desprecio evidente. Nos liberamos de su axila amarilla y, acepté de buen gusto el licor, que se evaporaba en mi boca dejando un resto de flores, dando calidez a mi interior; rápidamente me ayudó a trivializar. Él se lo bebió de un trago y cogió otro vaso lleno

-Enseñadme de qué va esto de la Ceremonia del Equilibrio, no me he pasado dos días encerrado en esa maldita cápsula para nada -dijo.

Nos apartamos del grupo, su séquito le seguía de cerca a pocos metros comentando lo que veían continuamente y con un tono humillante, parecían dirigirse a sus pantallas en muchas ocasiones. En cambio, Ote, a su modo, realmente tenía interés por lo que acontecía, parecía un hombre con el Alma rota tan decepcionado como asqueado. Fides nos acompañaba con un nutrido grupo de fieles, pasamos por el recibidor, muchos descansaban sobre el firme a la sombra, cruzamos los jardines del interior en dirección a la carpa. Durante el paseo permanecemos en silencio, la comitiva del Clan Hermano no daba crédito a lo que veía, eran todo sentidos: olían, veían, oían y nada más. Íbamos a entrar en la carpa, para escuchar a cualquier interviniente que estuviese orando en el momento, cuando algunos del séquito se adelantaron bloqueando la puerta. Nos colocaron en diferentes posiciones como si fuésemos jarrones decorativos en frente de un caballete que nos apuntaba hostilmente; mientras, uno del séquito se acercó con una pantalla y me explicó sobre ella:

-Cuando Ote se acerque a ti le saludas como si lo acabaras de conocer, os agarráis afablemente como antes y entramos.

Pude ver y escuchar la escena presente de lo que acontecía en la entrada, pero visto desde otro ángulo, la pantalla mostraba el presente. Nos mirábamos sorprendidos y colaborativos por supuesto.

-¡Acción!

Ote se aproximaba con una sonrisa extraña, uno del séquito le seguía encorvado, como apuntando con sus gafas, me agarró exactamente igual que hacía unos minutos, pero esta vez me dijo:

-Estos cabrones quieren hacerme famoso. Se escuchó una voz femenina gritar:

-Da igual, ya arreglamos el audio.

Pasamos la puerta y nos sentamos apartados del púlpito.

-¡Corten!

Ya se había apurado el vaso de licor, el mozo rápidamente le servía, a mi aún me quedaba, pero de un trago vacié el vaso también, ofreciendo como Ote para que me lo llenasen otra vez. El gestó pareció gustarle, permitiéndome ver el primer gesto sincero en una mueca alegre. El séquito cogió sillas que nos ofrecieron para que nos levantásemos de la alfombra, mi negativa la secundó Ote con un gesto que indicaba que el ofrecimiento molestaba.

-Escuchemos que está diciendo ese tío-pronunció el Ministro. En el púlpito, un operario del volcán que trabajaba en unas instalaciones de mantenimiento de las vías de levitación; en uno de sus asiduos viajes al desierto tuvieron un percance que les obligó a pasar unos días fuera de las instalaciones, llevando al límite sus capacidades de sobrevivir. Contaba una historia curiosa que había vivido.

-Un compañero se perdió en el desierto cuando buscaba un punto para poder comunicarse. Al cabo de unos días volvió ya a punto de morir de sed. Vi cómo se acercaba a nuestro encuentro. Como pudo, llamó la atención de los dos operarios que nos llevaban, que, presurosos se dirigieron hacia el necesitado. Este, con un hilo de voz, apenas pudo decir: «Agua». -El señor era muy expresivo como en un teatro. Ote reía como si fuera una comedia-. «Pobre hombre, parece que quiere agua, rápido, trae un pellejo», reclamó uno que parecía el jefe. Se habían pasado el viaje discutiendo sobre asuntos laborales y el compañero le contestó: «Ve tú si quieres, ya te he dicho que no mandas», interpeló el otro, «además, si fueras jefe sabrías que no tiene fuerzas para beber en un pellejo, ¿no te das cuenta? Traeremos una botella y un vaso para que pueda hacerlo cómodamente». «Aaaguaa...», susurró el moribundo.

La representación del Clan Hermano al completo reía. Desde atrás notaba irritado a alguno de los asistentes en la carpa, incomodando a los fieles, incluso al orador, que hizo una pausa y prosiguió casi obligado.

-A los operarios no les dio tiempo a discutir más, aquel hombre acababa de fallecer a sus pies.

Salió por la escalera de la plataforma triste. Aquella carpa estaba repleta de energía sutil, todos los que participábamos habíamos quedado hermanados, la tristeza se propagó por

los presentes, sin piedad. No hubo comentarios a la historia. Varios de la comitiva de Núcleo quedaron gachos y compungidos, parecía que sus Almas aún sentían la experimentación real cuando esta les abrumaba. Ote seguía bebiendo sin parar, muy afectado, en silencio.

Kili, siempre impecable y con ilusión, decidió ocupar el púlpito. Era la segunda vez que subía; contó una historia muy profunda sobre un aprendizaje suyo en la Cruz, atendiendo a enfermos. También fue emotivo. Todos los del séquito, más relajados, escuchaban sensiblemente afectados y empezaron a beber el té de la Ceremonia. Pasaron varios participantes que oraron, la mayoría con sus capas rojas, de una manera profunda y secundada por los asistentes, la atmósfera de la Ceremonia era tan real y sincera que afloraba la sensibilidad de los invitados del Clan Hermano. El Ministro Ote bebía y bebía a mi par, mientras se emponzoñaba interiormente. Notaba cómo se gestaba una necesidad de verdad, que nacía en su interior. Sabía que disponía de una liberación a costa de disolver su Ego en el espirituoso. Decidió acercarse a las escaleras y, justo al bajar el orador, subió él. Varios del séquito se levantaron para captar la escena, no sin dudas sobre lo que haría. Junto al púlpito compartió:

-Mi padre era miembro de una familia rica y poderosa de Núcleo, pronto la corporación lo colocó como Gobernador, acumuló gran fortuna y poder antes de morir. Recuerdo un día en el que veíamos en la pantalla un programa de ocio que hablaba de las profesiones del futuro, mi hermano Bigo le preguntó a nuestro padre cuál era la diferencia entre 'virtual' y 'real'. «Bueno, pregúntale a tu madre si se acostaría con otro hombre por un millón de pecunias». Mi hermano obedeció y tal cual le preguntó: «Mamá, ¿te acostarías con otro hombre por un millón de pecunias?», «¡Por supuesto!», contestó mi madre, mirando a mi padre con ganas de estrangularlo. Se odiaban... -Ote se mostraba veraz y se burlaba de sí mismo, de su familia y de sus vidas. Parecía confesarse a los fieles. En cambio, pretendía ser cómico y humorístico-. Mi padre le dijo a mi hermano Bigo que me preguntase a mí. «¡¡¡Pues claro!!!»: eso contesté. Mi padre vanagloriándose, finalmente explicó a mi hermano: «¿Ves Bigo?, 'virtualmente' tenemos dos millones, pero 'realmente' solo tenemos un par de putas». Nuestras vidas son un mal chiste...

Solo se escuchaba al séquito reír ligeramente sin saber si debían, los fieles se compadecían de Ote, comprendiendo todo el trasfondo y el dolor de su Ser. Lo narraba de una manera cómica e infantil, rencorosa pero liberadora. Mientras bajaba se secaba las lágrimas con sus ropajes amarillos. Salimos de la carpa de la Ceremonia para pasear, estaba mareado de tanto licor, pero muy feliz. La comitiva del Clan Hermano chismeaba alterada; decían:

-Tendremos cuidado al editar los vídeos, no creo que al Gobernador Bigo le guste verlo, perderíamos nuestro trabajo, o quién sabe...

-¿Por qué no? Es un notición, seguro que lo hacemos más popular, podríamos darle un aire fresco a la imagen de Ote, además está siendo sincero, a mí me gusta. No subestimes el poder de los medios.

Nuestros invitados de Núcleo debían irse en el último convoy del día, estuvieron poco tiempo, pero nos dio para compartir algunas cosas más, la fragilidad de aquel hombre me conmovió, no paraba de beber, y yo con él. Ote adquiría una imagen afable de los fieles, casi reconstituyéndola desde lo profundo de su consciencia, no obstante, su sociedad era su medio y debía adaptarse nuevamente en éste. Lo atendí compartiendo mi amistad. Ote

no paró de hablar de él: su historia, su familia... su pasado le atormentaba, el paso del tiempo no le había favorecido, sus labores habían quedado recluidas a asuntos menores, pero tenía ideas nuevas para hacer resurgir su imagen frente a los habitantes. El séquito se mezcló con los fieles, e incluso mantuvieron conversaciones, algunas las capturaban con la pantalla «para la posteridad», decían.

Cené un plato del guiso aquel que olí por la mañana ya muy atrás. La cena me dio ganas de marchar para descansar, aún me quedaba un paseo hasta la playa. Ote, se ofreció a llevarme hasta la estación de levitación, asentí entusiasmado. Toro no se podía creer lo ocurrido, me acompañó todo el tiempo como una sombra que simplemente percibía sin participar. Nos montamos en el carruaje metálico, los fieles nos despedían sonrientes con sus manos al alza. Era cómodo, por la ventana se veía el desierto, muy extenso, con el cielo claro, el volcán emitía una luz cálida naranja al otro lado, como si la montaña estuviera caliente radiando en su contorno. Íbamos cansados en el coche, la comitiva del Clan Hermano se marchó de la Ceremonia relajada, estaban por primera vez en silencio, volviendo a sus vidas y concentrados en el momento, todos bicheaban pantallas más pequeñas con la que sus mentes divagaban y perdían sus vistas en el brillo de su cristal. Ote hablaba conmigo como si fuera su confidente más cercano, no sabía de lo que hablaba en ningún momento, pero comprendía sus emociones, muy humanas y desviadas. El que iba junto a mí no paraba de mirarse en la pantalla, una y otra vez, en diferentes poses, parecía recordar a través de las imágenes lo vivido en la Ceremonia, hacía escasos minutos que todo quedaba guardado en sus recuerdos. Una que estaba al otro lado, me enseñó mi rostro en su artificio y me dijo: «aquí sales guapo».

Sin más llegamos a las puertas del volcán. Empezaron a descargar bártulos, entre ellos una caja de licor espirituoso ofrenda de la Sucursal, todo el séquito preparado para dirigirse a las cápsulas, Ote no salía del vehículo.

-Ministro, el convoy de levitación nos espera -dijo un funcionario. Y Ote contestó decidido:

-Voy a acompañar a mi invitado más cerca de su hogar, a solas, el convoy puede esperar, seguro.

El funcionario salió corriendo al interior rápidamente, el séquito se echaba las manos a la cabeza, desesperados. Volví a entrar. Le indiqué el camino, la avenida que cruza Origen hasta cerca de la playa. Ote se pasó a la cabina de atrás, íbamos solos con el conductor. Quería acabar alguna charla, estábamos bastante intoxicados con el espirituoso que seguíamos bebiendo en el tránsito, patosamente me decía:

-Soy una farsa, ¡solo entretengo, como un teatro! La corporación me la ha jugado... pero me han subestimado...

Ote era dolor, su mente y sus recuerdos hablaban por él, en sus palabras no buscaba consuelo, ni enseñanza, solo quería a un amigo que escuchase con el corazón todo el veneno que le emponzoñaba. Su voz era temblorosa, pero parecía que había entendido algo trascendente. Lo abracé mientras balbuceaba en mi cuello, hasta quedarse dormido. El conductor dijo pensando en voz alta: «lamentable».

Llegamos a la playa, todo estaba en calma, la noche silenciosa y la Luna suficiente para mi paseo hasta el refugio, el ratoncito ya estaba esperando para acompañarme hasta la cornisa sobre el mar. Me sentí muy feliz de llegar a casa, de la soledad, no sentí presencia alguna, el mar frío bajo mis pies, y tan animado que encendí una hoguera, calenté leche y la bebí en silencio bajo las estrellas. Visualicé el día vivido, pero no desde el recuerdo, sino desde el resto de presente que permite la recreación de las emociones vividas. Por mi mente pasaban imágenes de lo ocurrido en la Ceremonia, muchas cosas y muchos intervinientes, era demasiado para hacer un repaso mental y empático, no merecía la pena. Estaba cansado, pensaba en lo lejos que quedaban los días en la Aldea donde la vida transcurría sin más entre los mismos aldeanos diariamente. Pronto me trasladé para caminar por los parajes de la ladera, sentirme en un bosque, subir una montaña o bañarme en un lago, disfrutando hasta el último suspiro de la jornada. Ya estaba soñando.

#### 4.3. Peregrinación forzada

Las semanas siguientes a la Ceremonia frecuenté la oficina de empleo y, de paso, hacía seguimiento al regente Bill. Había mejorado mucho y lo más importante, había comprendido su enfermedad, con la cual tendría que convivir en paz, domándola con rutinas saludables. Me asignaron trabajos de todo tipo, muchas veces los oficiales me distraían de mis labores para que compartiésemos impresiones sobre cualquier tema, todas las personas de Origen parecían conocerme. Los primeros días generé menos pecunia de lo normal, solicité que me desplazasen a las minas, donde me encontraría más concentrado y el trabajo era más introspectivo, además pagaban mejor. Por las tardes tenía muchas visitas e invitaciones para ir a la Sucursal, la gente por lo general me relacionaba con los fieles, todos me mostraban grandes cantidades de afecto y yo se lo devolvía de la misma manera, los conociese o no. En una parada rutinaria para comer y beber unos oficiales nos invitaron a unos refrescos muy fríos, nos sentamos en una gran mesa a compartir y descansar para seguir el trabajo después. El oficial más emocionado, fiel asiduo y gran orador, recordaba mi intervención en el púlpito de la Ceremonia del Equilibrio. Todos los de la mesa, que estuvieron en la Sucursal, irradiaban comprensión, estaba muy abrumado por tanto halago.

-La hermosa introducción de Kundo avecinaba que algo grande iba a ocurrir... El Maestro Lao, aquí, compañero de faena, se acercaba al púlpito entre fieles que reconocían su cariño compartiendo con ellos de una manera muy especial... Al llegar al púlpito cerró los ojos y proyectó una concentración profunda. Desconcertados, todos entendimos que debíamos meditar con él, en armonía, en equilibrio, los asistentes quedamos presos de una calma interior que nos conducía a nuestras consciencias donde claramente reconocimos el Alma.

Los más escépticos, no sabían cómo interpretar sus palabras. Me veía obligado a mirar al suelo para no cruzar mirada, era una sensación nueva que no habitaba entre aldeanos. A pesar de que nada malo ocurría, su charla me parecía innecesaria y me incomodaba, continuaba. Continuó:

-Aquel día diluviaba, fuera se escuchaban las gotas golpear en la tela de la carpa. De alguna manera mística los asistentes nos conectamos como una sola deidad, desde el

púlpito sentimos Fe e Ilusión, los presentes sentimos que nuestro propósito en el mundo era el correcto, los fieles y los asistentes quedamos hermanados. Íbamos saliendo de la meditación colectiva y su voz nítida sonaba en la carpa, simple y verdadera, mientras el Sol obedecía su mandado. Fue ¡increíble!, ¡asombroso! La Sucursal ha cambiado, el mensaje ahora es más claro, los fieles aumentan... Todo gracias a nuestro compañero Lao, que no solo sabe picar piedras.

Muchos me miraban en silencio; otros, emocionados, evocaban buenas intenciones, reían quitándole importancia al asunto, sabían que no me encontraba a gusto escuchando el relato. No me pronuncié. Terminé de alimentarme, nos levantamos y entramos en la mina, todos calmados y alegres.

La vida en Origen me gustaba mucho, había encontrado un hogar que me proporcionaba contacto humano y soledad con la compañía del mar. Además, el ratoncillo alado merodeaba mi vida, tenía la capacidad de desaparecer y aparecer, no pedía nada, ni alimento ni bebida, solo buscaba afecto de vez en cuando durante el día, y casi todas las noches dormía junto a mí. Su presencia me recordaba una parte de mí que no podía olvidar, lo llamé simplemente Blanco.

El núcleo de Origen cambió mucho en poco tiempo. Mejoraron infraestructuras y construyeron varias plazas y dos paseos, uno en dirección a la playa y otro para bordear el volcán con un mirador al desierto donde servían té, que se convirtió en parada obligatoria de camino a la Sucursal. Muchos habitantes continuaban yendo a la playa con familia amigos o solos, disfrutaban de la calma que el mar proporcionaba. Nadaba mucho y había mejorado bastante con la escalada en pared vertical, la roca de la montaña, sus pliegues y salientes eran mis apoyos, debía subir una pared para ir al huertecito que tenía en la parte superior de la cornisa, para evitar dar una vuelta bastante grande. Toro me proporcionaba cuerdas y otros útiles para la escalada, mi cuerpo era fibroso y ligero.

A pesar de que me insistían para ir a la Sucursal, pasaron meses hasta que acepté la invitación de un fiel que paseaba por la playa, tenía diez ciclos, poco más. No sé cómo, pero me conmovió su reclamo, su padre lo acercaba a la playa para que viniese a verme, el padre nunca se acercó, solo soltaba la mano del crío y se quedaba mirando al mar. El niño me contó que su madre había muerto y su padre la echaba mucho de menos. En asuntos relacionados con la muerte no disponía de emociones y palabras muy precisas para explicar oralmente, en la Aldea la muerte no era algo muy diferente a un nacimiento. Luego simplemente mi consuelo era devolverlo al presente con ilusión. Le prometí que iría a la Sucursal a la semana siguiente, aunque tenía pensado hacerlo por otra ruta que despertaba motivación en mi persona.

El volcán de Origen era un apéndice de la cordillera que nacía desde su lado suroeste con un muro escarpado de piedra a modo de brazo que unía con las montañas al noreste, iba creciendo hasta hacerse cuerpo de la primera montaña de la Jorobas. El volcán parecía ser una hermana desterrada de la cordillera, de otro color, sin vegetación. Me dirigía hacia el volcán cargado con los equipos de escalada, antes del amanecer ya estaba en la playa con Blanco en mi hombro, era un día festivo y el núcleo no tenía vida en sus calles al alba. Había quedado con Toro y Kili para desayunar, estaban muy motivados con mi propuesta.



Teníamos claro el trazado que queríamos coger, pretendíamos llegar a la Sucursal desde Origen escalando el brazo y evitar bordear el volcán por el desierto. Toro tenía grandes ideas resolutivas y desde que trabajaba como personal del volcán disponía de herramientas asombrosas, como por ejemplo un artilugio que clavaba clavos en la roca como un cuchillo en mantequilla. Mis amigos me esperaban en la puerta de la estación, fuimos a un puesto y pedimos churros de papas con café; no era té, pero enardecía. Mirando el volcán desde Origen hacia la derecha subimos una escalera metálica que conducía a un pasillo de mantenimiento anclado en la pared, muriendo casi donde empezaba el brazo que le unía a las Jorobas. Tuvimos que sortear varios escapes de vapor que podían producir heridas graves en la piel; fue sencillo, estaban talados de tal manera que seguían un patrón claro. Cuando el corredor de metal terminaba dejamos el aparataje allí, ahora debíamos estudiar cómo preparar la escalada. Retrocedí para ver el perfil más de lejos, el brazo de piedra era muy grande, deberíamos avanzar subiendo en diagonal, no demasiado escarpado, pretendíamos escalarlo por el mejor sitio posible. A unos diez metros sobre la plataforma creí ver un posible tajo de inicio que parecía remontar, unas piedras sobresalían ancladas a la ladera escarpada, no muy lejos unas de otras; entonces Blanco empezó a trepar sin dificultad, trazando el camino que tenía pensado, era como ver mis futuros pasos. Recorrió el tajo entero, desde lo lejos vino planeando, parecía aprobar mi plan.

Nos pusimos manos a la obra, los primeros metros eran verticales y peligrosos por la caída al vacío, aunque tomamos las medidas de seguridad oportunas con cuerdas ancladas a la plataforma de metal. Los salientes ayudaban, clavé puntos de anclaje con apoyos fuertes, alcancé el tajo rápido gracias a la ayuda de mis amigos. Kili se subió conmigo portando las herramientas y cuerdas, Toro no paraba de repetir que tuviéramos cuidado, lo recorrí con precaución, clavando a cada metro que avanzaba, llegué a la mitad, mi amigo entrelazó una cuerda con la intención de hacer una barandilla de agarre en los tramos difíciles, en los cuales casi no encontramos apoyos con los pies. Pasó la mañana y no había alcanzado el final de la primera subida, bajamos al comedor a descansar y reponer fuerzas. Toro fue a por más material para adecentar el primer tramo desde la barandilla, un encargado de mantenimiento y varios amigos le ayudaron a soldar una escalera. Volvimos sin pereza a la faena, el Sol ya alcanzaba la ladera tras el brazo del volcán donde estábamos trabajando por lo que todo era sombra. Toro trajo una máquina de cortar piedras. Seguíamos avanzando por el tajo, subiendo con paciencia. A medida que me alejaba del volcán la piedra se tornaba grisácea, se percibía algo de vegetación, encontré algunos nidos de aves y reptiles. Estudiamos la siguiente subida vertical, sin tener muy claras nuestras posibilidades porque no divisamos la cima del brazo, ni mucho menos la Sucursal. No pudo ser.

Sin desistir y motivado aún más temprano de lo habitual me dirigí hacia el volcán. Kili tenía compromisos ineludibles en la Sucursal. La escalera soldada era firme, un amigo de Toro estaba allí esperándome para ayudar, pidió el día libre; la compañía de mi amigo me hizo muy feliz, me hacía sentir en la Aldea arreglando el molino. Hablamos mucho, estaba contento con su trabajo, pero quería profundizar en el conocimiento tecnológico, decía que le gustaría crear en vez de arreglar las cosas, olía una insatisfacción laboral. Habló de Zero, la ilusión que se respiraba en el taller recordaba al contexto en el que se forjó el Orbe, y le

hacía feliz, pero el presente del artefacto aún le turbaba. Yo le comentaba que Origen había llegado a ser mi hogar, de una manera suave había entrado en mi vida, pero seguía con ganas de perderme en la naturaleza, no para hacer una excursión sino para vivirla. Toro me miró sibilinamente, me conocía muy bien, tanto como para adelantarse a mis planteamientos. Fue una jornada espléndida, además el tajo estaba quedando perfecto, ya parecía una pasarela aceptable.

Finalmente invertimos tres días más de trabajo, el último lo terminé solo. Recorrí varios tajos, puentecitos, escaleras ancladas... Cualquiera persona en forma podría recorrerlo sin problemas. Tenía varios peldaños al subir, en todo momento disponía de una cuerda que hacía de barandilla. En menos de media hora podías pisar la cima del brazo de las Jorobas. Ya en plano fácilmente transitable, a la izquierda se veía el volcán, aún mucho más alto, pero se divisaba su difunto cráter, tenía unas vistas al desierto espeluznantes con la caída de Sol. La Sucursal del Templo del Equilibrio se veía no muy lejos abajo, era sencillo recorrer la parte superior, parecía un puente que te adentraba en la cordillera, lo recorrí por lo más alto intentado encontrar una bajada segura, no veía nada, seguí caminando dejando la Sucursal abajo tras mis pasos. De repente la cima del brazo parecía estar obstruida por una enorme piedra negra rectangular, como un bloque, cegaba el camino y no se correspondía con la morfología de las piedras de las Jorobas, desde luego parecía venir de otro sitio y haber sido manufacturada para conseguir esa forma tan perfecta. Había trozos de la piedra que había sido extraídos de la pieza principal. Me giré cabizbajo con la intención de buscar otra solución para cruzar y me senté observando el precipicio. Era increíble ver en miniatura toda la vida que los fieles habían establecido tras el volcán, la carpa de la Ceremonia parecía muy chica desde las alturas; a lo lejos, divisé al fondo de los terrenos de la Sucursal un pórtico de madera decorado con telas rojas y un inicio de escalera que parecía presentar una subida hacia el brazo. Alegre, pensé que las escaleras siempre suben y bajan, por lo que debía vencer el obstáculo del camino, coloqué las piedras a modo de taburete lo justo para alzarme de un salto sobre el bloque de piedra.

La escalera que había divisado moría justo tras la piedra. Me encontré con un cruce empedrado de terminación muy cuidada, un murete de rocas delimitaba el camino hacia las montañas, la pared de la piedra era completamente lisa, salvo por tener labradas con unos trazos muy cuidados y artísticos la frase: «Camino de la Peregrinación al Templo del Equilibrio». Con mi visión dirección a la cordillera divisé a un grupo de fieles a lo lejos, más allá de un torreón junto al camino casi donde se pierde la vista. Las escaleras bajaban en zigzag a la Sucursal. Tuve un momento de reflexión, miraba todo a mí alrededor, aún se veía una parte de Origen abajo, pero no el mar. Aproveché para refrescarme un poco y descansar a la sombra con la espalda apoyada en la piedra fría. Empecé la bajada, que terminaba en la parte trasera de la carpa, una zona que no pudimos visitar en la Ceremonia. Las vistas eran hermosas y hogareñas. Al poner el pie en el último escalón tres fieles me recibieron con té y alegría:

—Maestro Lao, bienvenido, tenemos la costumbre de recibir a los fieles que llegan de la peregrinación. Gracias por venir a visitarnos. Vamos a informar a Kundo.

Les comenté que simplemente venía a pasear, que no era necesario informar a nadie. Se fueron extrañados, aunque parecieron entenderlo. Recorrí la zona y muchos fieles me miraban, estaban bien organizados y el ambiente era muy bueno, el aroma a comunidad vinculada y armoniosa me recordaba a la Aldea, pero vi que los huertos no estaban del todo sanos, y algunos mal ubicados según la variedad de plantas que tenían plantadas, la luz de las primeras horas de Sol era vital para ellas. Me acerqué a un fiel que parecía ser el encargado, le enseñé algunos trucos para nutrir la tierra con estiércol de gallinas, y compartimos impresiones. Pronto se agregó otro fiel muy interesado en la charla, y así hasta que congregué a todos los que parecían ser responsables de los huertos, plantaciones y jardines. Comimos juntos y pasamos toda la mañana en el interior, por los recintos que me eran familiares. Allí coincidí con Kundo, al que parecía reconocérsele liderazgo en la Sucursal. En un instante en que me separé para ir al aseo se me acercó, y sin mediar muchas palabras de agradecimiento me dio una bolsa con mucha pecunia por colaborar en la Ceremonia celebrada dos meses atrás, parecía ser un asunto innegociable.

Había muchos fieles que se dedicaban a diferentes tareas, muchas tiendas de tela que en su mayoría ofrecían todo tipo de servicios, había un par de sanadores, había oradores, había alimentos, libros, artesanía muy variada, en la carpa se estaban impartiendo clases de meditación guiada y concentración plena. Fuera de las murallas instalaron más puestos porque habían superado la ocupación en las zonas interiores de la Sucursal. Había buzones por todas partes donde los fieles depositaban pecunias que no daban en mano. El saco pesaba mucho y lo vi claro, fui desalojando pecunia a pecunia, buzón por buzón, arbitrariamente, mientras paseaba después del almuerzo. Más de cuarenta buzones repartidos por la Sucursal fueron necesarios para vaciarlo, cuarenta y tres pecunias de oro, prácticamente lo mismo que hubiera ganado en dos meses de trabajo en las minas. Muchos visitantes también vaciaron generosamente sus bolsillos. Tras pasar toda la mañana me marché.

El siguiente mes no acudí a la Sucursal nuevamente. La playa volvía a estar concurrida. Los habitantes de Origen estaban integrando su trabajo con su forma de vida, parecían felices, era difícil no encontrar a alguien con quien charlar, muchos me esperaban rondando las escaleras hacia el refugio. Invertía todas las mañanas en pasear y compartir con los fieles que se acercaban, aunque no aceptaba gratificaciones, pero siempre encontraba presentes junto a las escaleras que subían al refugio. Kili me convenció para que pusieran un puesto con un par de fieles mañana y noche que velasen por conservar la intimidad de mi hogar sobre el mar. Nunca subían sin ser invitados, estaba feliz por ello. No insistió en que fuese a la Sucursal. Disponía de mucho tiempo, ya no iba a trabajar, bajaba a la playa al alba donde siempre había fieles esperando al amanecer, pusieron un par de puestos de desayunos bastante cerca del refugio. Por la tarde hacía vida más íntima por los acantilados y me adentraba en la montaña desde la costa, tenía un acceso muy sencillo preparado. Mis amigos venían ya tarde, tras cumplir sus obligaciones para compartir el atardecer y la cena e incluso dormir allí. Me sentía transformado, habiendo encontrado un equilibrio en la vida presente que intencionadamente se iba mostrando, como el camino que se hace al andar.

Un día como cualquier otro, no muy temprano, me dirigía a la playa, cuando en el puesto al bajar del refugio, me esperaban Toro y Bill muy preocupados, pues se acababan

de encontrar y aún estaban intrigados por la coincidencia. El Regente estaba en un buen estado de salud, se había tomado la molestia de desviarse de las obligaciones de su trabajo para venir a verme. Toro se sentía agorero a pesar de no quererlo, sabía que su cometido era afrontarlo, evocaba responsabilidad, sin duda decidiría mi destino. Bill, apresurado, me entregó una carta en mano, sin más me dijo:

-Me alegro mucho de haber venido y poder ayudar -se giró hacia mi amigo, ambos apoyaron una mano en el hombro del otro, las miradas cómplices delataban que el presente no era fortuito, compartieron un simple agradecimiento.

Ni siquiera quise dirigirme a Toro, no quería que la intriga del mundo me golpease bruscamente, quería pasear un día más por la playa, di varios pasos sosteniendo la carta en la mano. Sentí cómo me agarraba el brazo impidiendo que avanzase, debíamos actuar rápido, forzándome a vivir la realidad impuesta por el hecho de existir. Mi amigo desplazó su mano hasta mi nuca y me dijo:

-Lao, está mañana, nada más llegar al volcán, el responsable de la estación se dirigió a mí. Era la primera vez que hablaba con él, me invitó a su despacho y me pasó un teléfono: es un artilugio para comunicarse con gente que está muy lejos, al otro lado. Oí una voz que me costó trabajo reconocer, era el ingeniero Migue de la estación de la Cruz, me dijo que varios convoyes con transportes especiales y funcionarios militarizados del Clan Hermano se dirigían a Origen. No dijo mucho más, pero decía que sentía que debía comunicármelo, aun sabiendo que Max estaba entre los pasajeros. Vine corriendo hacia la playa y me he encontrado con Bill muy cerca de aquí. Por favor, lee la carta, me ha comentado que esta mañana a primera hora un mensajero de Núcleo le esperaba en su despacho.

Dubitativo desplegué la hoja, estaba escrita a mano con mala caligrafía, leí en silencio.

«Dirigida a: Maestro Lao del Templo del Equilibrio.

Amigo, quería informarle que el reportaje de la Ceremonia del Equilibrio está causando sensación en Núcleo. Personalmente, nuestra convivencia con los fieles de Origen fue más gratificante de lo que podía pensar, ha calado en mi persona y pienso ayudar a otros a despertar. No podrán silenciarme, mis asesores dicen que estamos creando tendencia. El problema es que los medios del gobierno venden que los fieles pueden ser peligrosos, más aun por su crecimiento y presencia por toda la península. Mis contactos me filtran que el gobierno de Núcleo va a actuar. Me han imputado un delito de sedición en el Clan Hermano y he perdido todas las atribuciones de Ministro, aunque no siento vergüenza por ello.

Gracias.»

Me quedé en silencio, triste, con la cabeza gacha y con la mirada perdida en la tinta de la hoja. Sentía a Toro analizar todo dentro de mí, de repente rememoré cuando en la Aldea íbamos de excursión y nos adentrábamos por los límites de la montaña, éramos niños que se divertían explorando el mundo como adultos, su compañía era muy confortable y

bondadosa, me hacía sentir seguro, su gallardía vigorizaba mi Ser. Sentíamos que el tiempo se apoderaba de nosotros y que teníamos que actuar con celeridad, mi amigo destacaba por sus capacidades mentales a la hora de resolver problemas, era inquieto y autodidacta de forma natural, preciso con las manos y la cabeza, había terminado su proceso mental y quería exponerlo, sin dudas, ni posiblemente réplicas.

-Debemos apresurarnos para coger el transporte y dirigirnos a la estación cruzando Origen, los funcionarios nada más llegar se dirigirán a la Sucursal en tu búsqueda, cogerán el camino este bordeando el volcán con sus vehículos, nosotros iremos por el brazo de roca, subiremos y bajaré. Espero llegar para avisar a los fieles, tú te quedarás en lo más alto de las escaleras de la ruta de las Jorobas, nos llevaremos todas las provisiones para dormir a la intemperie y preparados para cualquier decisión.

La idea de pasar la noche bajo las estrellas con mi amigo me apetecía mucho, además había Luna llena, aunque las circunstancias no eran para obviarlas. Recogí todo, me di cuenta de que lo necesario me cabía en la mochila, no solía acumular nada, solo lo verdaderamente útil. Blanco me miraba dispuesto, en un saco aparte cogí algunos alimentos.

Marchamos. Toro tenía preparada su mochila en el vehículo que Doye le había prestado, llegamos justo a las puertas de la estación subterránea tal como había previsto, en transporte de ruedas. Subimos por las escaleras de metal de servicio. Desde una calle escondida accedimos al pasillo de mantenimiento donde, al finalizar, escalamos el brazo del volcán. Había indicios de que algunos fieles lo habían usado, telas rojas decoraban e indicaban el paso desde lejos. Desde lo alto vimos salir de la puerta principal de la estación de levitación varios transportes oficiales. Estaban cargados de funcionarios muy bien ataviados y equipados, pudimos ver a Max entre ellos organizar al grupo. Llegaron más, un par de decenas. Los vehículos rápidamente emprendieron el camino para bordear el volcán. Tardamos lo mismo en llegar a la cima que los funcionarios en presentarse en las puertas de la Sucursal. Varios fieles los recibieron, lo observábamos desde arriba antes de llegar al bloque de piedra negra. Toro no pudo llegar a tiempo para avisar, se oía lo que acontecería, su tristeza delataba que no iba a ser nada bueno.

De los vehículos salieron muchos funcionarios que, tras una breve charla con varios fieles en la puerta, violentamente entraron apartando a todos los que se les cruzaban. No pudimos ver lo que acontecía en el interior, pero debió de ser terrorífico por los gritos y ruidos que se escucharon. Fue todo muy rápido. De forma impulsiva empecé a bajar las escaleras para ayudar, sabía que me estaban buscando a mí y sentía esconderme mientras otros sufrían en mi nombre. Toro intentó pararme verbalmente, aun así me acompañaba. Rápidamente saltamos un bloque al que habían anclado una escalera a ambos lados, bajamos peligrosamente a la Sucursal. Vimos a todos los fieles huir despavoridos, atemorizados, eran gente pacífica no habituada a ese tipo de lucha. Las capas rojas de los fieles disimulaban las manchas de sangre, otros portaban a heridos, el horror era respirable. Parecía vivir una de esas pesadillas propias de noches de fiebres muy altas, los delirios me golpeaban. Caminamos con cautela por la pared exterior. En el interior los gritos y lamentos parecían menguar; entonces, en un leve silencio, escuché a un fiel llorar. Nos asomamos por la ventana,

sus lágrimas pesaban en mi cuerpo, el dolor fue muy intenso. Estábamos cerca de la puerta principal, vimos los vehículos y el repliegue de los funcionarios, y con prisas, Max gritaba:

-¡Vamos, vamos! ¡A la playa!

Se marcharon todos. La Sucursal seguía llorando. Entramos, la escena de destrucción y sufrimiento denotaba que no hubo oposición de los fieles: heridos, sangre, cuerpos que yacían sin vida, gritos... Todo había sido una excusa innecesaria. Sentí algo nuevo en mi interior, una impotencia de obrar, a pesar de que de ninguna manera podría haber evitado el suceso. Sentí la realidad de los fieles, por la que luchaban, esta vez la misma para todos. Quise estar en la Aldea, Toro me sacaba del trauma con golpes en la cara. Vimos a Kili muy magullado intentando atender a otros fieles, al vernos rápidamente se acercó a nosotros y me agarró para que saliéramos cuanto antes de allí, no me permitió inspeccionar a los heridos, ni atenderlos. Nos dirigimos a las escaleras sin dilación y, sin pronunciar palabra, tiraban de mi brazo arrastrando mi cuerpo sin esperanza. Pasó a ser parte de mis emociones, conociendo antes la ausencia de esperanza que la esperanza en sí misma, la dualidad era tangible. Subimos las escaleras en zigzag, leí en el bloque «Camino de la Peregrinación al Templo de Equilibrio», continuamos en dirección a las Jorobas. Anduvimos todo el brazo, incluso pasamos el torreón. Recorrimos la extensión del brazo de roca que como apéndice me acercaba a la Jorobas, largo, estrecho y empinado, se iba haciendo grueso, grande, hasta llegar a ser montaña. Nos apartamos para descansar, no encendimos fuego alguno, montamos un pequeño campamento para pasar una triste velada con una potente Luna en el cielo. No hacía frío, pero estábamos tiritando.

No entendía cómo las vidas podían ser truncadas en un instante, sin culpa, sin recompensa, privándoles de un futuro. La aleatoriedad de la experimentación real era más sólida que nunca y nuestras vidas, efímeras. Quería encontrar algo de consuelo teniendo pensamientos sencillos, en los que las dualidades no existían, vida o muerte en esta experimentación eran conceptos mentales, del mismo modo que nadie pide nacer, nadie pide morir. No comimos nada, no dije nada, mis amigos charlaban a intervalos, intentábamos ir purgando los pensamientos, aunque de esto nunca nadie se liberaría del todo. Emitían su apoyo y comprensión intentado reconfortarme. Con la noche cerrada nos separamos, ambos volvieron a la Sucursal, para evitar males mayores. Kili se levantaría en la Sucursal; Toro, fingiendo normalidad, se presentaría en su trabajo del volcán al día siguiente, estaba seguro de que Max iría a buscarlo y a preguntarle por mí, ya tenía la excusa preparada: diría que había emprendido la «Peregrinación al Templo del Equilibrio» días atrás. No podrían perseguirme con vehículos y las montañas me arroparían, me dijo. Antes de marchar me dio algunas cosas de su mochila: bastante agua, encendedores para fuego, linterna, baterías solares, una esterilla, unos prismáticos nuevos, un saco impermeable, unas magníficas botas, una capa roja de los fieles de la Sucursal, un panfleto de la Peregrinación y el Orbe protegido con unas telas acolchadas que se cerraban con una cinta de velcro. Tenía todo pensado, quería protegerme y protegerlo, no hubo debate, guardé el artefacto en la mochila con todo lo demás. Tal cual, nos despedimos, esta vez sin previsión de cuándo nos volveríamos a ver, ambos compañeros espirituales nos mirábamos con amor y tristeza, reconociéndonos como

aldeano entre tanto sufrimiento. Blanco parecía estar feliz por el inminente viaje, salió de la capa y olisqueó mi rostro, bebió varias lágrimas que caían por mi mejilla. Para animarme visualizaba los paisajes de las montañas verdes, paisajes de flora nueva, cielos estrellados, agua de manantial...

No esperé al alba para tener luz e inspeccionar el panfleto, tenía mi linterna en la frente y la Luna en el cielo. Estaba plegado, pero una vez abierto era casi como una sábana. En el centro se veía un mapa de las cordilleras desde la Sucursal hasta al Templo del Equilibrio en la Meseta, el itinerario cruzaba las Jorobas y discurría por más de cien refugios. Había algunas reseñas de las ubicaciones por la periferia del papel plastificado, perfectamente numerados, con indicaciones particularizadas. Grosso modo el primer tramo transcurría desde la Sucursal hasta el refugio más cercano, después se adentraba en las montañas siguiendo un camino principal y algunas rutas alternativas que siempre desembocaban nuevamente en el principal. Salteados se podían ver sitios donde poder descansar o pasar la noche, numerados en orden decreciente a medida que avanzaba la peregrinación desde Origen, de cada refugio tenía una reseña. Después se encontraba un gran valle a los pies del M8000 con una destacable extensión con agua, muchos refugios concentrados en su entorno. La zona denominada Lago Grande parecía parada obligatoria, estaba a medio camino, justo en todo el meollo de la cordillera en su ladera oeste, donde moría con el desierto. Era como un punto de encuentro donde todas las posibles rutas de la peregrinación confluían como un reloj de arena en su cintura. El mapa estaba bien indicado, con elementos de referencias, como lagos, ríos, valles... Decidí emprender el camino. Me tomé la molestia de plegarlo perfectamente para que cupiese sin problemas en el bolsillo de la capa que Toro me había dado, llevaba ambas encima, para protegerme del alba, rojo sobre blanco.

El brazo de roca que separaba Origen de la Sucursal quedó ya fuera de mi visión a mi espalda. Al frente, las montañas se iban haciendo grandes, el Sol ya había nacido tras las cordilleras. El camino de la peregrinación empezaba con subida, anduve hasta tener el Sol en la espalda y seguí subiendo. Me di la vuelta para ver el volcán desde mi posición elevada, permitiéndome ver su cráter, estaba totalmente construido, como gran parte de su ladera. Una neblina empezó a cubrirlo por completo, consecuencia de la respiración de su vida subterránea, como hormigas en su hormiguero. La vegetación había cambiado, el viento arrastraba un aroma a limpio, a flores, a tierra mojada, que llegaba frío desde las montañas a mi rostro, siendo bienvenido.

Estaba cansado, me encontraba en un punto donde una montaña bifurcaba el camino, había un cartel con dos flechas, una indicaba a la izquierda y otra a la derecha, en ambas, labradas en sus maderas se leía: «refugio 108», un trozo de tela roja ondeaba al viento. La montaña no era muy alta, miré a ambos lados y di un paso al frente, después otro, subí la ladera por el centro, en lo más alto las vistas me permitieron hacerme una idea más clara del recorrido. La ladera opuesta por la que había subido era mucho más vertical, no pude bajar rápidamente, fue complicado. Blanco planeó sin dificultad, me esperaba abajo. Ambos caminos bordeaban el mismo macizo, encontrándose de nuevo en el camino que seguía entrando en la cordillera de las Jorobas que eran todas de alturas similares, no muy altas. Miré el mapa, el refugio 108 debería estar junto al camino, no muy lejos, no había pérdida.

Me crucé con varios peregrinos, iban haciendo voto de silencio, no medié palabra, aunque sí pude percibirlos, casi no disponían de mente solo avanzaban en su camino con pasos automáticos centrados en la esperanza de llegar en esa jornada a la Sucursal.

Finalmente, con la poca luz crepuscular vi un foco más adelante, el refugio 108, junto al camino nuevamente unas telas rojas agarradas a unos árboles indicaban que todo iba bien. Era una cabaña de madera muy simple. Esa noche Blanco durmió fuera, no había nadie, varias placas solares proporcionaban luz y agua caliente. Su interior, casi vacío, unas repisas con libros y escritos, madera apilada junto a la chimenea, un par de tumbonas, mantas y almohadas. Era mucho más de lo que necesitaba. Llevaba despierto dos jornadas.

Me desperté tarde, aunque dormí poco. Me di una ducha que me sentó muy bien. Decididamente proseguí mi peregrinación. En mi recuerdo, latente, lo acontecido en la Sucursal. Intentaba canalizarlo con los pasos que me alejaban de Origen, seguía el camino que se me había encomendado, sin pensar y sin dilación. Durante los primeros días de caminar me encontré con varios peregrinos, generalmente nos parábamos a saludar e intercambiar alguna charla o emoción, hablaban de todo tipo de historias, entre ellas alguna de abuso de autoridad por parte de los funcionarios al norte de las Jorobas. Era reseñable que ningún peregrino iba en dirección al Lago Grande, supuse que todos los fieles estarían en la Sucursal sin motivación para emprender la peregrinación al Templo del Equilibrio. Por las noches, cuando me quedaba solo, volvían los gritos e imágenes de la Sucursal por el dolor sufrido y ese sentimiento de culpabilidad, cada vez más acuciante. Parecía que mis caminatas no me alejaban de Origen, no podía obviar pensar en mis amigos y en cómo estarían. Me despertaba deseoso de proseguir para centrarme en el andar, pasaron varios días más y las jornadas de la peregrinación se convirtieron en rutina, los pensamientos también invadían la marcha, sin descanso ni de día ni de noche. No tenía sentido huir peregrinando, en busca de qué, el mundo sería igual allí a donde fuese, ni la Aldea podía estar protegida, sentía un vacío apático que parecía pesar mucho más que el cansancio de las jornadas caminando.

Había pasado varios refugios así en varios días. Las siguientes eran las etapas más largas según el mapa, refiriéndose al espacio entre refugios. Después, cerca de Lago Grande eran más numerosos. Casi siempre dormía en el exterior, sobre todo si tenía que compartirlos con otros fieles que iban a Origen; no es que su compañía me molestase, pero quizás mi estado sí pudiera enturbiarlos. Prefería estar solo. No llevaba mucho caminado esa jornada cuando la carga se hizo pesada, me quedé inmóvil. Desmotivado, agaché mi cabeza, la tristeza hacía que lágrimas brotaran sin cesar, estaba muy cansado, decidí no seguir caminando hasta que mi Ser se librara de esa carga, o al menos supiera lidiar con ella en el presente. Eché de menos a mis amigos. Entonces encontré una energía sutil que me guiaba lejos del camino a una ubicación propicia para poder esconderme del mundo. Cuando lo alcancé hice un té de hierbas muy preciso para recuperarme, al abrir el botiquín pude oler la Aldea, ahora que la sentía tan lejos. Encontré confort en mi postura, cerré los ojos, la luz no se filtraba por mis párpados, me fundí con el viento y parecía fluir entre los árboles. Empecé a confundir la meditación con el sueño, no era capaz de oír mi interior, ni mucho menos el Cónclave. Lejos de un proceso cognitivo de maduración, mi mente se adueñó de las emociones, aflorando el dolor punzante. Empecé a visualizar a fieles heridos, a Max atacando



la carpa con sus compañeros, la pesadilla se repetía al detalle, gritaban «¿Dónde está Lao?! ¿Dónde está Lao?!» una y otra vez. Me sentía responsable de todos los peligros a los que se vieron expuestos, culpable y cautivo recurrentemente en esas visiones de devastación y traumas humanos. Como colofón, sentí miedo de alejarme de la Fuente y caer en la desgracia por siempre. Perdí el conocimiento.

Me desperté, no sé el tiempo que habría pasado, había vomitado haciendo físico mi crudo sentimiento y estaba muy caliente, posiblemente había enfermado al sufrir tal desequilibrio. El malestar me impedía conseguir la verticalidad, el cuerpo y cada uno de sus apéndices me dolían. Me quedé dos días maltrecho. Blanco velaba las horas. La enfermedad no aclaraba mi consciencia, solo impedía que continuase la peregrinación. Me esforzaba por comer sin apetito.

La fiebre había cesado. Sin fuerzas físicas intenté reanimar la marcha, con todo en mi mochila, y la culpa seguía pesando. Miedo, peligro, traumas...

Me dirigí al refugio más cercano, el 103. Debía de estar cerca cuando escuché como un eco, una voz que cantaba desde una parte más despoblada de árboles, en lo alto, que se apartaba ligeramente del camino. No tenía una melodiosa voz, pero parecía que su letra sonaba a las canciones que cantaban los Agros cuando trabajaban los huertos. No hablaban una lengua común. Me acerqué con dificultad, a punto de desfallecer, hasta ver a un hombre de mediana edad y un burro anciano en la sombra de un frondoso árbol. Estaban surcando la tierra, en un huertecito muy bien cuidado. Fatigado, me apoyé en un tronco cercano, escuché al hombre decir:

-Mi pobre amigo burro, hoy estás cansado, suficiente trabajo has tenido en tu vida para castigarte, más ya viejo.

Miré al burro, que estaba bastante arrugado y delgado, di unos pasos más para acariciarlo. Su esencia era purísima, como nuestro caballo Nerón. El hombre no se inmutó, siguiendo sus labores y haciendo caso omiso de mi presencia. El animal se había dado como servicio a sus compañeros humanos, sin pedir nunca nada a cambio, sin pereza y presto. El anciano burro se alegró mucho de mi rastreo y caricias fatigadas en su lomo curtido, hizo varios gestos de felicidad, entonces el hombre dijo:

-Nadie le gusta a mi burro, suele alejarse de todos, dispongan o no de empatía animal, eso le es indiferente. Nos es indiferente.

No cruzaba palabra conmigo, parecían ser comentarios para cualquiera que los escuchase, incluido su amigo animal. Dejó las herramientas y cogió algunas verduras de las matas. El hombre se acercaba, su esencia esa similar a la de cualquier habitante de nuestra Aldea. Estaba muy cansado.

-¡Vamos amigo! Volvamos a casa.

Pasó a un metro de mí, acarició al animal en el lomo, y cargando la cesta con el brazo derecho, usó el izquierdo para ir guiando a su burro. Noté como el hombre se iba hacia el camino, emanando incomprensión ajena y mucha paz. Su esencia era maravillosa, mi presencia no llamó su atención. Mi estado lamentable imploraba caridad. Los seguí a varios metros sin intención de espiar, simplemente el camino era el mismo para nosotros y necesitaba llegar al refugio. Cada vez me costaba más andar, deseé yacer, mi temperatura subía, la fiebre

parecía no haberse ido, volvía a estar enfermo y el cuerpo lo notaba, apuraría mis fuerzas hasta encontrarlo. El hombre se giró para mirar mi figura curvada. No podía seguirles el ritmo, proseguí, rezando auxilio. Vi cómo se apartaba del camino, gasté las pocas energías que me quedaban, ya veía el árbol puntiagudo, muy alto que nacía junto a un sendero, en su tronco, escrito: «R103». Recordaba en el mapa la referencia perfectamente indicada. Seguí los pasos en cuesta hasta encontrar una cabaña con varios habitáculos de madera, un caño que recogía agua de la montaña y al anciano burro bebiendo en un abrevadero. El sendero seguía subiendo. El hombre estaba sentado sobre una mecedora en el porche de la cabaña principal. Se balanceaba mientras fumaba en pipa como si nada existe, seguía parsimonioso. Necesitaba descanso y consuelo, a duras penas podía hablar, mi malestar físico estaba totalmente ligado con la tragedia y la responsabilidad de mi Ser. Me arrastraba cargando el dolor de los fieles, cada vez más mío, solo puede llegar a decir:

-Ree-fuu-gio.

Como un rayo pasó la definición de la palabra por mi mente: lugar donde encuentras protección o amparo que te libera de un peligro que portas contigo. Emitía esencia del dolor, culpa directa, rogaba por ayuda, aquel hombre seguía impasible, como una roca, su esencia era pura, no se manchaba de mis lástimas. Amplifiqué todo lo que emanaba de mi interior, con la esperanza de liberarme y crear misericordia. Eso no hizo más que dañarme más. Se mecía y daba una calada profunda observándome con una mirada impasible. En ese momento no sabía por qué reaccionaba así, lo miraba incomprendible de su no acción, de rodillas, a punto de vomitar de nuevo, pregunté entre balbuceos, como excusa para formular mis verdaderos males:

-¿Cómo es posible que un Ser pueda permanecer tan sereno a pesar de las terribles tragedias que padece la humanidad? ¿Cómo es posible estar ajeno a todo eso y seguir viviendo?

El hombre se levantó, bajó varios pedestales de madera y se sentó en el escalón más cercano al suelo. Tomó entre las suyas las manos de este Maestro roto y me explicó:

-Tú estás durmiendo. ¡Supóntelo! Sueñas que vas en un barco con otros muchos pasajeros y amigos. De repente, el barco encalla y comienza a hundirse. Angustiado, te despiertas. ¿Acaso te duermes rápidamente de nuevo para avisar a los tripulantes de tu sueño pensando en salvarlos? No, el Ser Integral es como una flor que no deja de exhalar su aroma y, suceda lo que suceda, no se marchita.

Notaba cómo mi sistema empático se ordenaba, cómo buceaba acercándome a mi consciencia y una vez allí, la calma. Me desplomé sobre la escalera.

Cuando me desperté estaba dentro de la cabaña, tumbado, me había limpiado y cambiado de ropa, tenía una gasa húmeda en la frente. El hombre estaba preparando un guiso de papas con una liebre en una gran marmita. Me incorporé ligeramente y le di las gracias con gestos, nos mantuvimos en silencio. Estaba totalmente restituido, sentía mi Ser intacto, escuchaba mi interior, el recuerdo de mis amigos y de los fieles estaban armonizados, no renunciaba a la realidad, solo era consiente de ella. Me sentí de nuevo parte de todo, aceptando las condiciones impuestas de esta experimentación real. No debía preocuparme por nada, simplemente por mi propia sinceridad. La aceptación verdadera en su máxima expresión significaba apartarse de cualquier concepto de separación: yo y otro, vida y muerte.

Sirvió dos platos y los colocó en la mesa. Por la ventana casi no entraba luz, la cabaña estaba iluminada con velas, algo de luz solar y la hornilla donde el guiso se mantenía caliente con un leve fuego. Dejó la cuchara junto al plato caliente sobre la mesa, comenzó a hablar:

-Es una suerte que en el día de ayer no llegara nadie, generalmente desde hace poco aquí tenemos muchas visitas y no hubiera podido atenderte, a mi viejo burro no le gustan demasiado las visitas, aunque contigo está tranquilo. Bebe agua, tendrás mucha sed. -Con el mismo cazo sacó agua del barril junto a la mesa y lo vertió en mi vaso sin derramar gota alguna. El guiso estaba caliente, sentaba fenomenal a mi estómago, «bendita liebre», pensé.

Empezó a comer, no percibía ninguna variación perceptible en su esencia, llegaron a mi mente las charlas en la casa de la Familia 8. Súbitamente me presenté y empecé a narrar mi historia desde el principio, no escatimando en detalles; no había salido de la Aldea cuando había terminado su primer plato de guiso. Repitió. No paraba de hablar de mi vida, nunca había tenido una sensación parecida. En un instante aquel hombre se convirtió en mi mejor confidente. Progresaba recordando todos los detalles emocionales, mi narración era como una fábula. El hombre, silencioso, cuchara tras cuchara, escuchaba lo que le decía, inmutable. Hablé de mis Maestros, del día que vi el Orbe por primera vez y de que lo portaba en mi mochila. Animado, iba describiendo mi vida paso a paso hasta el momento. Ya no entraba luz por la ventana, ni guiso en el plato. Sacó una botella de algún vino dulzón y puso dos vasito. Sabía a miel. Proseguía, justificando la salida de la Aldea como algo fortuito para ayudar a Mar, sonaba a excusa. Ya había llegado a la Cruz, la época de sanador, mi amigo Toro, las nuevas personas que conocí, como Kili y el viejo Tod. Empezó a acompañar el vino con una pipa, intercalaba calada con sorbo. Me detuve en Origen y mi narración era más pausada, hablé de mi maravilloso hogar en la playa, del jornal y el trabajo, de su volcán y, por supuesto, la Sucursal y la Ceremonia del Equilibrio. Sorbía y retomaba fuerzas. Por último, el suceso sangriento con los funcionarios y la peregrinación forzada, hasta llegar a sus pies. Le volví a dar las gracias.

El hombre seguía sin alteración, su participación se limitaba a escuchar muy atentamente. Me sentí aún más relajado y libre del pasado. Volvimos a estar en silencio. Llevaba un rato hablando de mi vida con un desconocido, como nunca había hablado con nadie, no sabía nada de su vida, ni siquiera su nombre, me sentí egoísta y guardé silencio como indicio de humildad. El hombre rio a carcajadas continuadas, se levantó de la mesa para aclarar la garganta y de vuelta a su asiento dijo:

-Ahora soy R103 y puedes llamarme R. Soy el único residente del refugio. Y ya sabes a qué me dedico. Estoy aquí para atender a los fieles.

Sentí una armonía que invadió la cabaña. El burro, desde la ventana, rebuznó de gratificación. Volvió a hacer una referencia al animal.

-A mi viejo amigo le gustas, su opinión es la que más me importa, él suele ser más crítico que yo.

La puerta se abrió y entró un grupo amplio de malolientes fieles tras jornadas de peregrinación. Sin dilación se ofreció a ellos, ese día lo pasé sirviendo junto a R. Necesitaba descansar, me levanté al día siguiente y todos los fieles marcharon a primera hora. Yo, en cambio, no pude, me quedé aquel día y las siguientes semanas en el refugio 103. Los

peregrinos llegaban desde el norte por goteo, cada uno contaba sus vivencias, que escuchábamos en silencio, mientras se nutrían y descansaban. Todos hablaban de sus viajes, de sus motivaciones, de sus vidas. Fumé varias veces también. Las conversaciones cansadas de los peregrinos por las noches me reconstituían, parecían no conocer el ataque que había sufrido la Sucursal, algunos se lamentaban de no haber asistido a la Ceremonia que estaba en boca de todos. Por el día seguía a R103 como una sombra, le ayudada en todas las labores que realizaba, observaba su comportamiento y replicaba sus métodos en apariencia distantes, pero profundamente cercanos. Siempre estaba equilibrado, era como parte del mobiliario del refugio. Sin que nadie se percatara actuaba cediendo toda la intimidad a los huéspedes que depositaban pecunia o algún intercambio como pago por su estancia. Cierta vez interrumpió un peregrino malherido en mitad de la noche, R. casi no dormía, yo intentaba hacer lo mismo. Ambos le atendimos, estuvo allí dos días y dejó mucha pecunia. Era una constante la felicidad que evocaban cuando describían algunas escenas de su peregrinación, los bellos paisajes, y abruptas montañas, senderos entre bosques profundos y ríos feroces. La naturaleza de las cordilleras era como un reclamo para mi Ser.

La noche antes de partir, una fiel de la Meseta contó que estaba maravillada con Lago Grande, ya que había cambiado desde la última vez que estuvo. Ahora el servicio a los peregrinos y a los pocos turistas era mucho más adecuado. Decía que era zona de confluencia para artistas que retrataban la belleza del lugar o buscaban la inspiración allí. Existían muchos refugios por sus alrededores para atender a todos, con diferentes comodidades, desde una choza sin luz y agua hasta un servicio completo de reposo. Me sentía un anónimo para emprender mi camino, aquellos días me ayudaron a estabilizar mi esencia, podía sentir sin verme alterado por ello de una manera mucho más eficiente, era una forma de curtir al Alma, eso aprendí de R103 y su viejo burro que formaban una familia única, ellos eran su comunidad, su unidad mínima de gestión. Poco pude enseñarle a ese hombre y mucho me llevé de él.

En la mañana de mi marcha me despidió como cualquier otro peregrino, entonces pensé que muchos otros habían sido sanados en el refugio 103. Me fui infinitamente gratificado. Al volver al árbol puntiagudo desplegué el mapa vislumbrando mis siguientes pasos, tenía ganas de ser parte de la naturaleza de las Jorobas y perderme entre sus montañas, sin prisas, ahora que no era nadie ni tenía a mis amigos que me guiaran por la vida. Esa sería mi motivación. Proseguí mi camino sin dificultad. Veía que Lago Grande estaba al norte y conocía por dónde nacía el Sol, guardé el mapa en la mochila y simplemente caminaría en esa dirección.

Las jornadas permitían silenciar mi mente por completo, tanto que ya no tenía el pensamiento recurrente de por qué había emprendido el viaje, vivía el presente completamente, mis objetivos consistían en dar pasos firmes y recolectar algunos alimentos para complementar mi dieta, ya que aún disponía de provisiones secas en la mochila y algo más del refugio 103. Pasaron semanas, caminaba o descansaba días sin moverme del sitio cuando detectaba algún lugar interesante para pasarlos allí, siempre guiado por la energía sutil. Era afortunado, también disponía de la ayuda de Blanco y mi capacidad de ayuno. Encontré muy buenos emplazamientos alejados, era curioso cómo había montañas enteras cercadas por

muros de piedras en un estado pésimo de conservación; en el interior de las parcelas solía haber alguna ruina de edificación. La flora y fauna eran abundantes, no tanto como como un vergel, pero suficiente.

En mi avance hacia el norte no solía pasar por los refugios, empecé a moverme más salvajemente, aunque siempre dirección al lago Grande. Mi peregrinación proseguía, pero no disponía de plazos. Estaba integrado en las Jorobas, tanto que avanzaba parsimoniosamente, la peregrinación se estaba convirtiendo en una forma de vida nómada a la que me había habituado. Las noches refrescaban, un fuego y Blanco en mi bolsillo me calentaban. Era un Ser andante silencioso y armonioso, asilvestrado. Finalmente pude encontrar placidez en mi sueño, el dolor de los fieles había cicatrizado dejando una marca imborrable. Me repetía a mí mismo: «Permanece en silencio. Descubrirás la armonía en tu propio Ser. Acéptala totalmente. Si puedes hacer esto, el mundo sanará de nuevo. Si no puedes hacerlo, te perderás para siempre en la sombra».

#### 4.4. La barca sobre lago Grande

Las montañas del interior de las Jorobas estaban boyantes de vida, conseguir alimentos no era difícil. Blanco iba a y venía a sus anchas. Pasaron muchas jornadas en las que vivía recluido en la cordillera, lentamente seguía caminando al norte, pero siempre me distraía cuando encontraba emplazamientos que me incitaban a pasar algunos días por la zona. No sentía la peregrinación como un inciso en la vida, no tenía percepción de que iba o venía de ningún sitio, simplemente deambulaba nómada por la naturaleza. Me conocía el mapa de la peregrinación de memoria, estaba suficientemente detallado como para no perderse, con referencias cerca de las vías normales y lugares de interés para visitar, siempre alguna tela roja indicaba el camino y te podías cruzar con algún o algunos peregrinos.

La zona más laureada de la peregrinación antes del Templo en la Meseta era Lago Grande. El mapa era más preciso y mostraba más detalle por la zona, estaba situado varias jornadas al oeste del M8000, la montaña más imponente de las Jorobas. El lago estaba en una de las grietas que se habían abierto en la falda de la cordillera mirando al desierto, parecían desquebrajar su base. El agua provenía de las altas montañas al este que protegían al M8000, representado en el mapa con el verde de la flora y el blanco de la nieve de sus cumbres.

Algunos refugios estaban tachados con una cruz simbolizando su mal estado de conservación, comprobé en un par de ocasiones que algunos no estaban habilitados y, por supuesto, estaban vacíos; en otros simplemente el camino de acceso había sido vencido por la vegetación, pero estaban operativos. Cuando avanzaba siempre culminaba en algún punto elevado con intención de mirar alrededor de mi entorno e intuir la parte sur de las Jorobas que ya había recorrido, así como la que estaba por recorrer, haciéndome una idea mental de la orografía.

Estaba en un punto muerto, sin rumbo establecido, cualquier camino sería favorable. Miraba el mapa nuevamente. La primera posibilidad era el camino de la peregrinación que seguía al norte hacia Lago Grande, fácilmente accesible. La segunda, a la izquierda, varias

jornadas me acercarían al desierto desviándome bastante de Lago Grande, no era posible continuar posteriormente al norte desde el este. La tercera posibilidad era caminar varias semanas hasta acercarme a las montañas al sur del M8000, que estaban situadas en el extremo oeste del mapa, tras ellas se intuía el mar. La cuarta quedó descartada: era volver atrás a ver a mis amigos en Origen.

Finalmente elegí dirigirme al este e intentar ver el desierto desde las montañas. Varias jornadas pasaron y la vegetación se hacía más robusta, los alimentos eran menos escasos, arbustos y plantas agresivas agarraban mi capa al pasar entre ellos. En el mapa no había ningún tipo de referencias ni detalle, solo podía imaginar el perfil de las montañas al llegar al desierto, según estaba dibujado en el mapa. Suponía que llegaría al día siguiente y así fue, subí una ladera buscando su cima hasta que me permitiese divisar el desierto y abruptamente las Jorobas parecieron terminar. Encontré un gran número de acantilados escalonados a modo de muralla separándose del desierto, muy escarpadas y castigadas, como si la montaña hubiera curtido su frontera para protegerse. Proseguí mi camino al norte siguiendo el perfil de la cordillera, se me hizo largo e incluso tuve que dormir a la intemperie junto a una piedra, estaba bastante preocupado por los reptiles que había visto de día y parecían acecharme. La siguiente jornada mis pasos se vieron truncados por una gran grieta que se adentraba en la montaña, como si el desierto hubiera arrancado una porción de la cordillera con una garra. Podía ver el otro lado bastante lejos, más allá de un abismo infranqueable. Apreciaba los colores pálidos en la tierra, sentía contrastes en los vientos, cálidos y fríos, en cada una de mis orejas; tenía una sensación rara, ajena e incomprensible al respecto, como si la cordillera y el desierto mostrasen su guerra en el aire. En el fondo de la grieta se podía ver la ausencia total de vegetación, como si el desierto entrara en la cordillera. De vez en cuando se levantaba una columna de arena que ascendía desde abajo lijando sus paredes, para después quedar un polvo en suspensión que tardaba bastante en desaparecer.

No había paso posible al norte, la grieta me forzaba a ir al este para encontrarme con la ruta de la peregrinación nuevamente, muy cerca del refugio 91, a pocas jornadas del Lago Grande, cerca desde donde partí. Recorrí la grieta hasta el vértice donde se vuelve cordillera, cada cierto tiempo había un desprendimiento que ensanchaba ligeramente el abismo, miraba con ojos desolados cuando el polvo lo permitía, no percibía armonía en el lugar. Una jornada más al este y todo cambió nuevamente, a medida que me acercaba a la ruta de la peregrinación la vegetación se volvía más verde, me sentó muy bien encontrar agua con facilidad, recogí unas flores que hacían una infusión espectacular, parecía que mis objetivos eran elecciones instantáneas inducidas por un estado de calma, no era una zona indicada en el mapa, estuve allí reponiendo fuerzas varios días en un bosque con agua, frutales y espárragos.

Emprendí la marcha hacia el noreste hasta encontrarme con el camino principal de la peregrinación. El refugio indicado más cercano era el 91. Aunque había varios más pequeños alrededor, parecía tener mayor relumbramiento, al ser la antesala del Lago Grande. Llegué a un camino muy ancho y preparado, estaba muy concurrido por fieles y carruajes, banderas rojas parecían indicar que estaba muy cerca. Me alegré de ver a personas, llegué a unos comedores exteriores de madera, con muchas instalaciones entre árboles altos, chozas más

pequeñas alrededor, huertos, bebederos de animales, columpios para críos, bancos, era muy evocador. El refugio lógicamente destacaba entre las construcciones como una imponente cabaña de madera tan grande como la carpa de la casa de la Pecunia de la Cruz. Varios caballos y carruajes aguardaban en la entrada, hasta un par de vehículos rodados a motor. Muchas personas de diferentes apariencias se congregaban en la zona, aunque predominaba el rojo de las capas de los fieles. Había mucha vida alrededor. Estaba muy hambriento, me acerqué al refugio para comer algo con las pecunias que llevaba en la mochila, el olor de las hogueras con carnes y verduras a la parrilla me hacían salivar como un perro ávido. Parecían disfrutar del entorno y de la buena convivencia, los huéspedes eran muy variopintos, pero compartían un estado de relajación propia del ambiente, los propios fieles que gestionaban el refugio se mantenían al margen y daban un servicio excelente. Poco tardaron en ofrecerme comida y bebida en abundancia. Estaba dispuesto a descansar y a recuperar peso, ya que mi estado físico era excelente, pero había perdido mucho peso. Dormí sobre una cama y comí unos guisos deliciosos durante los siguientes días. Tenía mucha pecunia, tanta como para no preocuparme por mis gastos, aunque más de la que imaginaba, seguro que mi amigo Toro se había encargado de ello. El refugio 91 más bien parecía una posada, era habitual dar donativos a los fieles que servían a los otros, más que pagar con ayuda en las faenas, como servir, limpiar y preparar las habitaciones, que estaba restringidas a los empleados, pero en el refugio las bienes y servicios que adquiría tenían una tarifa.

Era muy normal hacer voto de silencio entre los peregrinos, por lo que adopté dicha aptitud y no contestaba verbalmente a las conversaciones que me planteaban, me mantenía en silencio sin que esto fuera ofensivo para nadie. Por otro lado, era un excelente oyente, mis emociones siempre estaban disponibles para ser captadas. El anonimato parecía haberme llegado de manera natural. Mi ocupación durante esos días fue escuchar las conversaciones de los huéspedes, todos con sus matices, la gente generalmente se mostraba feliz, algunos venían expresamente a charlar conmigo. Llegaba a empatizar de tal manera que accedía a mi consciencia como si experimentase la vida del otro. No expresar verbalmente me permitía alejar cualquier opinión, pudiendo sentir a las personas de una manera profunda, sin opacidades en la comprensión del Ser, permitiendo una revelación de su consciencia. Debía ser exigente con el nivel de percepción, no valorando nada de forma trivial, recordando que las minúsculas partículas que forman el vasto Universo no son en absoluto minúsculas y que tampoco el vasto Universo es vasto. Desde un plano holístico analizaba cada asunto sin importar su naturaleza. Siendo profundo en las conversaciones interiores podía aprender mucho del entorno, respetando cada cosa o no cosa, su implicación como parte del todo. Las personas que acudían al refugio 91 estaban predisuestas a tener experiencias emocionales. Me mantenía en sacro silencio, aunque no era un voto en sí, más bien constituía mi personalidad; observar en medio de todo era como más cómodo me sentía entre otros humanos, y mis pocos semejantes que compartían conmigo parecían irse siempre satisfechos.

Finalmente estuve muchas semanas hospedado, paseaba por los bosques de alrededor recolectando flores y plantas aromáticas y después hacía té que compartía con los que se acercaban a mi hoguera. Llamé la atención del cabecilla del refugio 91, que me ofreció

preparar té como empleado del refugio. Recibíamos a fieles de todas las regiones, salvo de la Sucursal Origen, por eso el anonimato silencioso en el que vivía me ayudaba a encontrar mi sitio en la sociedad, donde empecé a sentirme cómodo, un lugar donde no existía el Maestro Lao y sí un mozo que preparaba un excelente té.

Un día brillante me encontraba en unos bancos bajo un árbol que daban al camino que bajaba a Lago Grande y sucedió algo que activó mi mente, haciéndome nuevamente sentir un peregrino. De sopetón un compañero me agarró del brazo y zarandeó todo mi cuerpo.

-¡Eh! ¡Despierta! Por ahí llega Xen. Prepara té, el mejor que puedas hacer. Hoy tendremos mucho trabajo.

Sentí un impulso que me vigorizó, haciéndome individuo nuevamente. Miré hacia el camino por donde llegaba un hombre en un caballo percherón alto y fuerte, los fieles le saludaban y, con admiración, se dirigían a él como Maestro.

Velozmente fui a preparar el té. Subí al cuarto, sobre la litera descansaba mi mochila, metí la mano y pude sentir el Orbe. Toro fue tajante cuando me lo adjudicó. No era lo que buscaba, pero erizó mi piel. Del fondo saqué el botiquín de Tita, en el que había guardado té mezclado con aromáticos de la Aldea, respiré intensamente al abrirlo para no desperdiciar ni una gota de aroma. Me dirigí a la cocina para coger menta, miel, flores, agua y los avíos. El brebaje debía prepararse junto a los que fueran a beberlo, los aromas que despreñían las flores en el agua hirviendo preparaban el ambiente, existía todo un ritual que soportaba su correcta degustación. Xen estaba sentado junto a un tenue fuego en un butacón. Un fiel me había avivado la hornilla junto a él, aproveché para verlo mejor. No había dudas que era familiar de Kundo, por su esencia, por su biología y por sus vestimentas, lo reconocí en la Ceremonia del Equilibrio. Preparaba el té sin molestar, él no parecía cerciorarse de mi presencia, pues estaba concentrado en sus pensamientos, quise percibirlo, intentando rastrear en sus emociones, pero no pude: nada, solo una esencia negra infranqueable. Sentí algo parecido al miedo, a la pérdida, estaba desconcentrado y derramé té al servirlo. Mi torpeza fijó su mirada profunda en mi rostro y sonrió, alertó en mi capa roja, que parecía delatar mi anonimato. Sin tapujos cogió mis manos, una la puso en su frente y otra en su pecho, como invitándome a sentirlo. Me concentré buscando su Alma, pero de ninguna manera accedí a compartir, en cambio, Xen había entrado en mi Ser unilateralmente, nunca me había pasado algo así, ninguna disciplina empática de la Aldea era de esa naturaleza, me dijo:

-Eres el primer peregrino de Origen que vemos en Lago Grande tras lo sucedido en la Sucursal.

Mi mente se agitó con rapidez, me faltaba percibir su esencia para asimilar la información de una manera comprensible para mi Ser, sus palabras me llegaban ambiguas, amenazantes e interrogantes, llevándome a varios múltiples supuestos, pasado y futuro se presentaban mezclados, imaginaba nuevas imágenes que se formalizaban con mis recuerdos. La esencia negra de Xen frustraba mi percepción emocional, como si un perro perdiera su olfato. Hipnotizado, quedé preso de la tragedia y el sufrimiento. Miraba su rostro recurriendo a los sentidos para saber sus intenciones, pero era infructuoso. No decía nada, solo cogió el té y bebió, descansando su espalda en el respaldo. Con una rama avivé las ascuas, no sabía si me responsabilizaba de lo ocurrido o por el contrario no me había reconocido,



por un instante el miedo quiso invadirme, pero con sosiego y calma mantuve el silencio, centrándome en el té. Seguían llegando fieles que se congregaban en torno a él, todos le saludaban con un respeto disciplinario y esperaban a ser servidos. Llenaron todas las mesas de dentro y fuera, había muchos caballos y provisiones en carros, varios cientos de fieles se habían congregado en el refugio 91.

Xen siempre estaba rodeado, todos tenían semblante serio al acercarse, intercambiaban pocas palabras y se marchaban dejando paso a otros, todos mostraban admiración y respeto, acataban órdenes. Me aliviaba poder percibir a los fieles, sus esencias firmes vencían la incertidumbre con orgullo. No era consciente de lo que acontecía.

La mañana había pasado y no parábamos de trabajar, un compañero me reclamó para que le ayudara a guisar. Nunca había visto una olla tan grande. Después preparamos todas las habitaciones y camas disponibles, dimos de comer a los animales, y no parábamos de servir té. Las charlas de los fieles indicaban que marcharían antes del alba, irradiaban preocupación en sus semblantes, hablaban de que Xen era más que un guía o referente espiritual, más bien un líder de la comunidad de Lago Grande, nadie dudaba de sus decisiones y de algún modo todos estábamos a sus órdenes.

Los exteriores del refugio estaban plagados de fieles acampados, descansaban alrededor de las hogueras, cada vez se escuchaban menos charlas. El Sol estaba oculto tras el horizonte de montañas cuando me volvieron a llamar para preparar té. Me llevaron frente a la mejor habitación del refugio. Al abrir las puertas me invitaron a entrar, las puertas se cerraron. Xen me esperaba sentado junto a una mesa baja y un asiento para mí. Volví a hacer el esfuerzo por percibirlo emocionalmente, pero parecía estar ciego, mi Ser empático no era capaz de llegar a su interior, nada.

-Mañana partimos a la Sucursal de Origen, mi hijo Kundo reclama nuestra ayuda. Desde la Ceremonia del Equilibrio los fieles de las Jorobas quedamos hermanados, incluso al norte en la Meseta los fieles del Templo del Equilibrio son conocedores de la situación con el Clan Hermano y algunos nos acompañan. Aunque ellos son más pacientes y pasivos, mucho más propensos a la paz, esta en breve será negada para todos.

Sus palabras rigurosas no portaban duda. Los sentidos eran mi única fuente de información, su lado empático seguía bloqueado para mi acceso, mi mente jugaba a inventar emociones tras sus palabras, pero lejos de mi verdadera percepción interior. Seguía sin articular palabra. Los recuerdos y sentimientos del ataque a la Sucursal volvían a mí, amplificados por la duda de las palabras de Xen, que seguía explorando mi interior. ¿«Ayuda»? ¿qué le estaba ocurriendo a los fieles de Origen, ¿por qué? Mi partida no había sido suficiente para llevar la paz, y mis amigos... Sin demora concatenaba preguntas que iban desbocando mi Ser hacia el abismo de vivir, la guerra y muerte de mis amigos me sobrepasaban. Un aldeano quizás no estaba preparado para este mundo cruel. Entonces, desesperado por la incompreensión de la vida, rompí mi silencio, recordando balbuceantes las palabras de R103 que me salvaron en la crisis anterior:

-¡La vida es un sueño! ¡La vida es un sueño!

Xen estaba concentrado en mi Ser abatido por el peso de existir, observando desde todos los planos posibles. Su esencia negra de repente empezó a tornar en un flujo de

emociones, propias de un Maestro, transmitía su comprensión hacia mi desasosiego y sufrimiento, parecía haber roto el veto intencionadamente. Sus palabras, ahora cargadas de sentimientos llegaron a mí completas:

-Aunque es un sueño, se siente y se experimenta. Emociones y sentimientos. Pero cuando uno despierta sabe que ha sido un sueño. La vida es efímera y en su sentido holístico es ilusoria, pero en su sentido humano es bien real. Incluso los Seres más elevados espiritualmente han sentido, con su carga de humanidad, una gran pena cuando otros Seres se van o sufren un dolor, porque son ecuanimes, pero humanos y sensibles; aunque exentos de apegos no podemos librarnos de la carga de existir, es intrínseco a la experimentación real en la que viven nuestras Almas.

De repente, la calma. Miraba a Xen beber té mientras prolongaba el silencio que para mí era una reflexión absoluta. Con sus emociones ahora abiertas podía ver su interior de hombre libre, curtido por las experiencias, desapegado de sí mismo, focalizado en una causa hacia los otros. Ni reparé en la capacidad de Xen de inhibir su plano empático, en ese momento su intensa preocupación se centraba en los fieles de la Sucursal, en alguien muy querido, en su hijo. Sus emociones se trasladaron a mí trayendo los recuerdos muy vivos, me senté para seguir escuchando atentamente, la atmósfera era confidencial y anómala, propicia para lo que pretendía contarme.

-Mi hijo me insistió una y otra vez para que acudiésemos a la Ceremonia del Equilibrio en la Sucursal de Origen. Fue una suerte acudir y pude percibir cómo los fieles creyeron sentir la llegada de un mesías, la idea se inducía armoniosamente en todos los asistentes que parecían alinearse con tal esperanza, todos salvo tú, desde el púlpito parecía que nada de lo que acontecía tenía que ver contigo. Fue entonces cuando entendí las palabras que compartí con Aurora sobre el fin de ciclo que se avecina, y no me corresponde a mí valorar este asunto, el compromiso de los fieles de Lago Grande con la Interpretación no abarca el juicio, solo la protección de las Jorobas, de las comunidades que vivimos en la cordillera y de los caminos de la peregrinación, protegeremos el M8000 a toda costa. Las Jorobas guardan en su interior algo verdaderamente preciado.

Nuevamente Aurora aparecía en una charla. Esto ya no me sorprendía, ni que hablasen de forma desmesuradamente sobrevalorada de mi persona. Xen, calmado, reflexionaba sobre su trato y vínculo con su hijo. En silencio parecía encontrar paz al concluir con sus mejores intenciones, proseguía abiertamente:

-Casi pierdo a mi hijo por volcar mis pasiones en él. Kundo siempre ha sido un chico muy implicado en la causa de los fieles, pero su dedicación le llevó a un estado de crispación tal que no quería seguir adelante, a veces las palabras de un padre a un hijo no se comprenden de la manera que uno pretende...

Su tono alicaído, el recuerdo de su hijo en la Sucursal, la noche cerrada, pesaban en sus palabras cada vez más costosas. Me levanté mostrando mi intención de marcharme. Entonces, con esfuerzo, dijo para despedirse:

-Bueno, ya he hablado demasiado. Ahora he de descansar. Nosotros partiremos al alba hacia el sur, mostraremos nuestro apoyo a los fieles de la Sucursal con nuestra presencia. ¿Y tú qué harás, Maestro Lao?

No puede contestar ni valorar la intención de la pregunta. Salí de la habitación impactado por la charla y la autoridad que emanaba de Xen. Ya todos estaban descansando, el ambiente del refugio no era festivo como en noches anteriores, los fieles supuraban una amalgama de sentimientos que declinaban sus pasos hacia la Sucursal. Sin más, cogí la mochila y marché nuevamente a pasar la noche en la montaña. No dudaba sobre si era cobarde mi actitud de no volver a Origen a ayudar a mis amigos, sabía que mi camino no tenía retorno. Una tristeza invadió mi mente, que se despedía para siempre de la Aldea. Pensar y sentir en esos términos ayudó a mí Ser a purgarse del mundo y a desapegarse de la propia existencia.

A la mañana siguiente, tras una corta caminata, pude ver el lago desde lo alto de la montaña, no era capaz de divisar las orillas cercanas desde donde me encontraba, había islotes con construcciones como lunares en la superficie de agua, algunos puentes los unían. Cubría una extensión muy amplia. Desde la derecha soplaban viento frío de las montañas, desde la izquierda se notaba el aire más cálido del desierto. La inmensidad del agua estanca procedía de diferentes cauces de todos los montes que custodiaban el M8000, formando un río que caía por su ladera muriendo en forma de lago al encontrarse con el desierto. Las vistas eran asombrosas. Paradójicamente la muerte del río permitía la vida en el lago. Todo muy verde al este, lindando con las montañas, mostrándose más seca la orilla izquierda a la vera del desierto, donde las aguas terminaban como una playa inversa y donde la orilla era el agua calmada y un mar de arena como horizonte. Lago Grande estaba situado dentro de una de las grietas que había visitado al sur, en la que el desierto luchaba con las montañas y el abismo entre acantilados aún estaba lleno de vida.

La bajada al lago fue larga, más de lo que parecía a primera vista. Me encontré con un par de refugios muy cerca uno del otro, el 90 y 89. Aún estaban elevados y ocupados por peregrinos más serios y silenciosos. La vegetación se hacía selvática y frondosa. Blanco se colocó en mi hombro, olisqueando, saltaba a alguna rama y volvía al hombro, nunca había estado tan juguetón. Me crucé con varios fieles que empezaban a subir el camino por el que yo llegaba, intentaron llamar mi atención un par de veces sin éxito. Estaba entusiasmado con el paisaje, con la caminata, el lugar era maravilloso y distinto a lo que había visto anteriormente. Finalmente, los árboles dieron paso a una planicie que rodeaba el lago. Extensa y muy fértil, la orilla sur por la que llegué era muy amplia, había un gran trecho hasta el agua, sobre todo mirando al desierto donde se ensanchaba la grieta que contenía al Lago Grande. A medida que miraba al este la orilla se hacía estrecha y las paredes, verticales, con mucha vegetación muriendo. El lago formaba un triángulo, no podía ver la orilla norte sin disponer de altura. Seguí avanzando por el camino que me acercaba a las puertas de una comunidad, había casas disgregadas y mucho espacio utilizado para uso humano, los huertos y frutales abundaban entre caminos empedrados, había muchos animales pastando. Estaba acostumbrado a la vegetación, pero era sorprendentemente densa, había plantas con hojas de varios metros, plantas enredaderas que tenían totalmente cubierto el tronco de los árboles más altos. Me encontré con una agrupación de al menos veinte casas o chozas en torno a una gran plaza aún lejos de la orilla del lago, mucha gente con sus labores, todo muy silencioso. Me crucé con personas que no se desconcentraban de sus ocupaciones, ni mostraban interés por mí u otros transeúntes, a lo máximo hacían un gesto cortés. Las buenas gentes del lago

estaban acostumbradas a convivir con peregrinos, irradiaban calma y nada de aversión a los foráneos que en algún momento pasado fueron ellos.

Cada vez más sentía que el lugar era idóneo, oportuno, desprendía energía sutil de sus rincones y vecinos, como una fusión arquitectónica de vida humana integrada en la naturaleza salvaje. Todo parecía armonioso y necesario. Seguía el camino que se acercaba a la orilla hasta encontrarme con una bifurcación a varios cientos de metros del agua, sus caminos recorrían la orilla sur en ambos sentidos; frente a la disyuntiva me encaminé a bañarme y, de paso, asearme. No duró mucho la zambullida, el agua estaba fría, aunque una vez seco me sentí en plena forma y gratificado.

Emprendí la marcha por la orilla hacia el este, hacia donde debía nacer lago, el camino se hizo cuesta arriba rápidamente dejando el agua debajo, devolviéndome al camino izquierdo de mi intersección anterior. El tramo concurría por un camino a modo de mirador sin orilla, formando un resalte casi vertical, después me sorprendí con varias casas de madera que en su base ocupaban tierra y agua a la vez, en las que algunos de sus pilares de piedra se hundían en el lago permitiendo disponer de algunas estancias por encima del nivel del agua y de las barcas aparcadas. El camino se hizo de piedra y empezó a transformarse en una pared que contenía el agua a modo de dique, había un embarcadero con gente pescando, algunos lanzaban muy lejos las cañas y otros simplemente las dejaban caer. A modo de calas, la montaña incurría en el agua impidiendo bordear la orilla, haciendo al camino empedrado retornar a una parte más alta. Subí y bajé una colina para encontrar la orilla de nuevo, esta vez mucho más grande y arenosa. Pude ver al menos una veintena de barcas de diferentes tamaños que flotaban pacíficamente sobre las aguas mansas, sin prisas ni pasajeros. Un cartel indicaba una senda de arena marcada por las huellas de los transeúntes y animales, discurría entre arbustos de menos de un metro y llegaba a la barquería.

Era un gran caserón de madera oscura de varios niveles, de techos alto y puntiagudos, asentada sobre una gran losa de piedra que parecía ser parte de una enorme roca enterrada. Parecía llevar allí tanto tiempo como el lago, estaba a pocos metros de la orilla. Un puente de madera sobre pilares de piedra se adentraba desde allí a partes más profundas. Ligeramente apartados, una carpa de color gris y un par de huertos y unas chozas, también bastante amplias, con unas mesas y bancos exteriores entre ellas; no muy lejos de la orilla la vegetación volvía a comerse la arena fina. Como si mis pasos tuvieran plena certeza de hacia dónde me dirigía, me acerqué a la barquería, no vi a nadie por sus alrededores. Me asomé por la puerta tras llamar y vi una gran estancia con varias mesas, chimenea, ahora sin fuego, y una escalera hacia la parte superior. Salí por la parte trasera, donde había una pequeña carpa, me asomé entre sus telas y encontré un par de mujeres meditando, no interrumpí. No me paraba a rastrear en profundidad a cada individuo que me encontraba, solo adquiriría sus rasgos emocionales superficiales, del mismo modo que podía apreciar sus vestimentas o su olor; sería muy cansado y en cierta manera se podría interpretar como violar su intimidad, además mi encuentro con Xen me había dado una cura de humildad al respecto. Pensé que este tipo de reflexiones nunca las podría haber conjeturado si no hubiese conocido otras sociedades, de niño en la Aldea, rastrear era

parte de la comunicación y solo servía para compartir y elevarse mutuamente, ningún aldeano lo usó para un fin concreto, y mucho menos egoísta.

Volví de nuevo a la orilla con la intención de esperar, de manera que me encontré con un hombre que parecía llevar allí bastante tiempo afanado lijando una barca, no entendía cómo no me había percatado de su presencia si había pasado anteriormente por ese punto. Parecía estar ciego porque no dirigía su mirada a la lija, lo miré en detalle, sus manos arrugadas parecían duras, el sonido de la fricción resonaba en el silencio del lago, enfrente había varios islotes, la atmósfera era sutil. Me acerqué curioso, estaba con las rodillas en el suelo ligeramente echado sobre la barca que lijaba sobre su curva madera, sin prisas. Se paró un instante para mirarme sin palabras, sin emoción. Proseguía en su labor. Me senté no muy lejos, preso de un estímulo existencial. Lo miraba delicadamente con la esperanza de encontrar lo que iba buscando, aunque no quería importunarlo. Me acerqué a él, como el que acude a la llamada de su Maestro. Nada, me volví a chocar como el día anterior, su esencia era negra sin brillo, ni aura, solo una sombra oscura, impenetrable. Mi percepción, nublada. Para mí era como quedarse ciego o dejar de oír, pero al no ser gradual engendraba un atisbo de pánico. Me obsesioné intentando llegar a su interior. Como en un examen que debía aprobar a toda costa, probé de una manera insistente, sin éxito, frustrante. Me encontraba estupendamente, no había razón para que volviera ocurrir lo mismo. Me sentía cautivo por su esencia, que me impedía percibir las emociones. La incomprensión me llevó a una meditación introspectiva ajena a mi control, el temor intentó nuevamente imperar en mi Ser. Su contemplación concatenaba reflexiones propias sobre el sino de mi existir, sobre el sufrimiento de mis amigos, sobre el papel del Maestro Lao en la Interpretación, sobre todo lo que me inquietaba en lo más profundo, que, como un espejo negro, reflejaba convirtiéndolas en posibles y tangibles.

Era un contraste abrupto con mi realidad, que me impedía darme cuenta de que no era mi percepción la incapacitada, sino que su esencia era ininteligible, no estaba disponible para ser compartida o, aun estándolo, parecía estar codificada. No existía la posibilidad de culpar a la imagen del espejo, era solo una ilusión que poco tardé en comprender porque ya había caído preso de ella. Ante esos pensamientos aciagos de desesperanza en los que el sufrimiento y la vida vienen entreverados, no es tan fácil distinguir unos de otros, y hay que convivir con ellos simultáneamente. Hay muchas cosas que nos duelen hoy, tienen un sentido que solo el paso del tiempo y la experiencia permitirán descubrir; incluso los grandes sucesos de la vida, incomprensibles y tremendos, como aquellos en los que sí tenemos algún tipo de responsabilidad, traen asociada la fuerza de la redención, es decir, la misericordia y el consuelo personal de aceptar la existencia tal como es.

La sensación de miedo por existir fue pronto doblegada, sentí haber aprobado y comprendido, la esencia negra reflejaba mis debilidades. Al hombre no parecía afectarle ni tener ninguna intención, lo que ocurría sucedía de manera pasiva por su parte. Salía de la meditación en la que me había abatido el sonido de la lija, de un lado a otro. Lo ocurrido con Xen fue similar, aunque había diferencias en la técnica empática, pues aquel hombre era un desconocido para mí, y parecía no mutar a una esencia perceptible. Aun así, me animé a preguntarle:

-Buenos, días buen hombre. ¿Conoce a Xen?

Me miró con ojos desconcertantes y dijo sin aspavientos:

-Todo el mundo en lago Grande conoce a Xen.

Sin más, volvió a coger la lija, esa era toda la conversación que tenía intención de entablar. No me amedrenté y me acerqué a la barca con la intención de ayudar a lijar. No dijo nada ni percibí nada respecto a mi aproximación, cogí la lija y comencé por el lado opuesto.

Al rato llegó un grupo de personas sin relación aparente con los fieles, aunque también parecían llevar vestimentas representativas de alguna congregación. Directamente dijeron:

-Barquero, queremos ir al islote a visitar al eremita. Ya hemos pagado dentro.

Dejó la lija encima de la barca y se fue a un bote más grande, montó a todos y empezó a empujar, no avanzaba mucho y ningún cliente se bajaba para aliviar el peso, entonces me acerqué nuevamente a ayudar y entre los dos conseguimos que quedara flotando en el lago. Alguno de los tripulantes hizo muecas alegres y jocosas, percibía con finura sus esencias y sus naturalezas, me cercioré y nada tenían que ver con la de los fieles. El barquero me volvió a mirar sin expresión comprensible, alargó su brazo para coger un remo y me ofreció el otro. Empecé a remar, era difícil pero pronto creí controlar la situación al ritmo del barquero, copiando cada uno de sus gestos. El lago tenía varias islas, algunas con construcciones con mayor o menor grado de conservación. Uno de los clientes era un monje, el cabecilla del grupo, y no paraba de hablar de las bondades y santidad del eremita y de que su adiestramiento seguro que les ayudaría a reforzar su Fe en Dios. Hasta ese momento nunca había escuchado esa palabra de una manera convincente entre los habitantes de la península, aunque sí había leído mucho al respecto. En otras épocas ese tipo de conceptos regían la vida política y social del mundo. El monje predicaba con gran devoción e instruidamente, con una verborrea cultivada por la lectura. Avanzábamos lento, mucho más lento de lo que debíamos. El barquero aprovechó un leve inciso y empezó a canturrear, en su voz y palabras se intuían unas plegarias, los clientes escuchaban e incluso se mofaron de él. Se mantuvo inalterable, y con esfuerzo intentaba recordar la letra de una vida de antaño. El monje atribuía torpeza e inutilidad hacia el barquero, remedando su canto y vocalizando para que el resto lo comprendiese, mostrándose conocedor de su letra, entonces preguntó ambiguamente para referirse al barquero, sin nombrarlo y sin esperar contestación:

-¿Cómo es posible que alguien sea capaz de entonar tan mal? Este tipo de plegarias deben recitarse con la entonación adecuada, el ritmo y la musicalidad precisas, con la pronunciación perfecta. Es tal la potencia de estas plegarias que su correcta pronunciación permite que un hombre sea capaz de andar sobre las aguas.

Varios sonrieron. Algunos, a pesar de la sonrisa, no aprobaban su comportamiento, aunque no hacían muestra pública, intimidados por su figura. El barquero de aspecto sosegado seguía cantando con poco acierto, cada vez gritaba más, como si quisiera que se le escuchase. El monje por primera vez miró al barquero, que seguía remando sin pausa, pero sin prisas, yo repetía su remada embobado por lo que acontecía. De repente noté cómo el monje se debatía internamente sobre su comportamiento y sobre su vida, preso de un sepulcral e instantáneo silencio. Los tripulantes se miraron desconcertados. Sentía cómo el impacto de la esencia negra le forzaba a replantear su existencia. El tiempo que pasó fue

casi imperceptible para los otros que compartían el bote, pero dentro del monje se había fraguado una lección vital.

Llegamos al islote del eremita. Todos se apearon salvo el monje, que se disculpó con los otros acompañantes y les pidió tiempo, quedándose en la barca. Se marcharon algo desconcertados. Me quedé junto a él para ser partícipe de sus emociones. El barquero saltó a la orilla y con el impulso la barca se alejó bastante del islote. A él, con los pies en la tierra, parecía no importarle que estuviéramos a la deriva. La inercia nos separaba de la orilla. Pensé que el barquero quería que lo acercase nuevamente a la barquería, no entendía qué ocurría, metí la cabeza en la barca buscando los remos y al levantar la mirada me encontré con el rostro del monje, que parecía presenciar un milagro, sus sentimientos seguían tornándose cada vez más intensos, sus ojos parecían no creer lo que estaba viendo. Apenas habíamos recorrido unos metros con la barca a base de remar cuando oí la voz del barquero recitar la plegaria acercándose a nuestra posición, y quizás aún peor que antes. El monje, perplejo, parecía de piedra, al igual que yo cuando miré al barquero caminar sustentado sobre la superficie del agua, midiendo sus pasos meticulosamente hasta entrar en la barca con un salto bastante alegre. Sus ropajes estaban totalmente secos. Sonreía, era la primera expresión física comprensible por mí, sin emoción percibida por mi Ser empático, no tenía dudas de que estaba disfrutando. La esencia negra no me incomodaba, me acercaba a un mayor entendimiento sobre cómo vivir cerca y alejado de todo a la vez.

Volvimos a la barquería en silencio. En su interior el monje se cuestionaba todas las creencias y estudios que había adquirido durante su vida, visualizaba a su Ser empobrecido y confuso, su idea de Dios también parecía tambalearse. Al llegar a la orilla rápidamente se bajó, mojando su calzado para ser el primero en ayudar a encallar la barca en la arena. Antes de marchar se despidió con unas bellas palabras hacia el barquero.

-¿Qué no puede obtenerse con un corazón limpio? ¿De qué sirve todo lo estudiado en estos ciclos pasados como religioso si todo está disponible en nuestro interior?

Mi fascinación por el barquero de esencia impenetrable era el centro de mi atención, tanto que, como si del destino se tratase, había encontrado a un Maestro.

Este tipo de motivaciones asentaban mi individuo como parte del mundo, quizás fuesen las aspiraciones del Alma, pero me dotaban de un presente muy real. Pasé el día pegado al barquero, ayudándole en sus tareas, moldeándome para compartir adecuadamente, para que mi presencia solo le sumase. Sin tener certeza sobre su percepción e intenciones, en mi persona encontraría a un discípulo dispuesto. Esa noche dormí al raso, mientras el barquero entraba en el hogar, y pude ver una bella mujer le esperaba.

Los días siguientes me dediqué a merodear por la barquería. También estaba el monje, que ya vestía una capa roja. Me contó que, históricamente, los más religiosos del Clan Hermano siempre habían venido a las Jorobas para recuperar su espiritualidad y que Lago Grande era el único sitio donde los devotos eran bien recibidos en los tiempos hostiles actuales. El barquero estaba siempre ocupado de un lado a otro, incluso se podía interpretar que estuviera evitándonos. Los habitantes y fieles de Lago Grande no eran tan sociables como en otras comunidades, estaban acostumbrados a que hubiera diferentes personajes en la zona, por lo que no mostraban mucho interés, aunque no perdían la cordialidad en

ningún momento. Solo hablaba con Vir, la mujer del barquero, incluso me trajo comida un par de veces. Me decía que tuviera paciencia. Yo observaba la vida de la barquería y del barquero y cómo los fieles en las instalaciones colindantes trabajaban durante todo el día. Vir me dijo que otros muchos habían actuado anteriormente como el monje y yo, presos de la observación, por lo que el barquero estaba acostumbrado a esa situación.

Al cuarto día me desperté al alba y mis primeros pasos me llevaron hacia la barquería de nuevo. Llegué por la parte trasera donde estaba la carpa y me encontré con un grupo de fieles que estaban a punto de entrar, sus semblantes estaban alegres pero serios, podía ver a sus Seres a metros de distancia. Dejaron de hablar, sintiéndose incómodos, para fijarse en mí. Fue divertido sentir cómo impedían emitir sus emociones, emulando una versión de esencia impenetrable, pero sus negros no llegaban a ser ni opacos, permitiéndome traspasarlos sin dificultad. Como si se hubiera materializado a mi lado, el barquero palmeó con sus manos curtidas mi espalda a modo de buenos días, casi me caigo del susto. Sin pararse entró en la carpa, los fieles entraron prestos, conscientes de su suerte. Uno de ellos apartó la tela para que entraran sus compañeros, y, mirándome a la cara, seguía manteniendo abierta la invitación para mí. No dudé y entré. Al meter la cabeza sentí un aroma a madera, en el recibidor había una alfombra en la que ya estaban sentados los fieles. La carpa al fondo empalmaba con una estructura a modo de cobertizo transparente que daba mucha luz. Parecía un taller con mesas de trabajo, herramientas, cuerdas, tablones, trozos de barca, serrín y un sinfín de cachivaches. El barquero se desplazaba por el habitáculo como si se tratase de una estancia a la que acudía con rutina, se sentó a preparar varias maromas para las barcas, siempre sin prisas. Los fieles meditaban sin perder de vista al barquero haciendo sus labores, que parecía no inmutarse por nuestra presencia. Tardó poco en recoger unas cosas y marcharse. Los fieles hicieron comentarios sobre las prácticas ejercitadas para un correcto bloqueo y del poco tiempo que les proporcionaba el barquero para adquirir la comprensión de la esencia negra y aplicarla a gusto. Pensé en la maestría adquirida por Xen, que sabía aplicar la disciplina con solvencia. Le deseé mis mejores pensamientos.

Me encaminé a la orilla a esperar, reflexionando sobre lo que acontecía en mi interior, como si mi Ser estuviera madurando una nueva transformación. Por otro lado, pensaba que en la Aldea ningún Maestro voluntariamente bloqueaba la percepción empática de un aldeano, esta se entendía como un sentido más de los disponibles por el Ser. De hecho, para un aldeano mostrar total sinceridad en su esencia era motivo de reconocimiento social como Ser evolucionado, recordaba las esencias cristalinas de los habitantes de la Aldea. No obstante, en absoluto extrapolaba este concepto al barquero, su nivel de evolución nada tenía que ver, una esencia negra impenetrable no debía entenderse como un Ser involucionado, solo era una respuesta de adaptación que tenía utilidad entre los fieles de Lago Grande y ninguna aparentemente en el barquero. Según la mística las Almas aportan este tipo de peculiaridades a los Seres dependiendo de su motivación en la existencia, por eso el barquero me ayudaba a entender mucho sobre el Alma que habitaba mi Ser, hasta ahora indistinguible en mi consciencia, pero que me vinculaba al interés por vivir. Al no tener a mis amigos o Maestros, me faltaban mis guías, era como dejar mi sino en manos de la entidad que moraba en mi consciencia, mirarme en el espejo negro que posibilitaba el barquero me permitía darle



nombre a mi individuo intentando encajar en la experimentación real, su terapia parecía sanarme. Entonces, noté la áspera mano del barquero en mi hombro, y su voz seca me dijo:

–¡Despierta! ¡Tenemos clientes! –Me brindó una sonrisa, parecía caerle bien.

Las siguientes semanas las pasé íntegramente en la barquería como si fuera la sombra del barquero, que hacía mucho más por la comunidad que remar. A primera hora íbamos a los huertos antes de recibir a los primeros clientes en la orilla, atendíamos a las aves de corral, varios cerdos y un caballo poco doméstico que rondaba por la zona, después un vecino se pasaba a dejarnos comida y pan, otro, leche fresca de vaca, todo lo pagábamos con pecunia que parecía el elemento de cambio más usado. El barquero también pasaba por el taller donde varios fieles le esperaban para poder mirarse en su esencia. A pesar de que el terreno era propicio, las plantaciones no estaban muy saludables, una vez más no pude dejarlo pasar por alto, por lo que los siguientes días me dediqué a atenderlos. El barquero se alegraba de que no le persiguiese. Al poco llegó una mujer que era la responsable de los huertos y había estado ausente por una enfermedad, se alegró mucho de que las plantas estuviesen en buen estado.

Pasaron algunos días más, el caballo pareció volverse loco y corrió desbocado por la barquería, lo traté para tranquilizarlo, jugándome la integridad física. Quise hacerle ver cuál era su cometido como miembro de la barquería, por lo que pasé tiempo con el animal. Posteriormente atendí a las gallinas, que a la semana ponían los huevos en su sitio. Muchos fieles venían a la carpa a practicar o simplemente a observar al barquero, era increíble percibir cómo un primer contacto con la esencia del barquero era como un reflejo de sus propios miedos, como ver su Ego eficientemente. Cada vez que alguna persona empática decidía rastrearlo se veía sometida a un juicio de sí misma, todos quedaban presos de una reflexión, y después salían corriendo o quedaban cautivados, como me pasó a mí. Rápidamente me acostumbré a no percibirlo y su compañía era muy grata. No disponer de las emociones de otros era más liviano. Era un señor tosco, pero siempre muy afable y disponible. Los asiduos a la carpa algunas veces pedían por favor al barquero que simplemente se sentase en el centro mientras varios intentaban entrar en el interior de su Ser, como un ejercicio de la propia comprensión de sus Seres. El buen hombre accedía como una estatua o haciendo cualquier rutina, el barquero no meditaba, solo observaba a los demás hacerlo, creo que se sentía feliz de ayudar, aunque podría apostar a que lo hacía como parte de su trabajo, incluso a que no tenía consciencia de que su esencia era una anomalía. Tenía la certeza de que el barquero no había aprendido esa disciplina de ningún otro Ser, dado que le era innata.

Intentaba pasar desapercibido, había cambiado mi aspecto físico y era capaz de dominar mi esencia, no obstante, nunca había hecho el ejercicio de simular al barquero. La barquería siempre estaba concurrida, pero en calma, decían que generalmente era punto de encuentro de los fieles pero que la mayoría de ellos habían partido a Origen. También el islote del lago recibía cada vez más devotos de Dios, curiosamente todos tenían mucha pecunia a pesar de que los servicios que se ofrecían en la barquería eran muy baratos. Para los fieles de la barquería era imperativo que los visitantes se enfrentaran a la prueba de Barquero, como un espejo negro en el que ves tus más profundas emociones; después eran bienvenidos, si no salían corriendo dominados por su mente intentando olvidar lo ocurrido como

una mala pesadilla. Otros sufrían la revelación, se entendía que habían pasado su propio juicio por lo que habían conseguido ser sinceros con ellos mismos y que, por tanto, seguían los pasos de la verdad, evidentemente al tiempo casi todos marchaban o continuaban con la peregrinación, como finalmente sería mi caso.

Su mujer, Vir, estaba contenta con mi presencia. Tenía un puesto de artesanía que montaba un par de días a la semana junto a la barquería, con muchas cosas útiles como zapatos, ropajes, cinturones... También transformaba objetos inútiles en cosas bonitas que vendía como recuerdos. Todo lo que allí nacía giraba en torno al barquero, que era ajeno a tal hecho, en cambio, era el elemento que todo lo sustentaba, un desinteresado y no ilustrado Maestro, pero con enseñanzas tan sutiles y profundas como las entonaciones de grandes oradores. Disponía de un carisma natural e inconsciente, su esencia siempre negra, infranqueable su interior.

Los meses pasaron rápidamente, no había rastro de Xen ni de ningún otro peregrino de Origen, la gente echaba de menos al que parecía el líder de Lago Grande, se rumoreaba que algo había sucedido en la Sucursal nuevamente. Mi amistad con el barquero y la comunidad pronto se convirtió en una relación familiar, estaba dispuesto a compartir con ellos de una manera muy abierta emocionalmente, pero la influencia del barquero hacía que la convivencia fuera más introspectiva. Era bastante diferente a la Aldea, pero parecía funcionar del mismo modo. Estaba perfectamente, podía escuchar mi consciencia sin problemas y no me perdía en océanos de emociones ni especulaba con ellas.

La fama empezó a preceder al eremita que vivía en el islote, era un hombre muy devoto que vivía en una casa sobre los cimientos de las ruinas reconstruidas, tenía muchas visitas, en mi opinión más por el paseo en barca que por él mismo, pero eso no molestaba a los fieles de Lago Grande, conocedores de lo que acontecía. Aun así, muchos creyentes de Dios frecuentaban la barquería para coger la barca hacia el islote, la última semana, aún más. Los devotos disentían con los fieles, que no procesaban un culto a su religión, pues no creían en Dios. La mística de los fieles estaba mucho más encaminada a lo que estudiamos en la Aldea, a las creencias del Clan de los Sabios donde todo lo sobrenatural del mundo se delegaba al interior del individuo, al propio Ser donde habitaba la conjunción de mente y Alma para dar forma a nuestras propias consciencias. El Cónclave seguía siendo un lugar donde las Almas tramaban los objetivos de la experimentación real y el nexo entre todo lo creado por la Fuente, es decir, todo lo que existe. Este modelo de la mística estaba deformado en función de las interpretaciones de los individuos, su complejidad imposibilitaba una manera unívoca de comprensión, pero la asimilación de esta proporcionaba un camino que recorrer; sin duda, el más próximo a la Fuente era el Camino Integral, aunque solo algunos lo conocían con ese nombre. En cambio, los devotos predicaban las palabras de un Ser sobrenatural que dictaba el camino y castigaba a los que se alejaban de él, olía a obra de la mente humana, que con tal evidencia se mostraba, aunque ciegos parecían algunos devotos. De alguna manera, ambas eran teorías humanas sobre existir y, por tanto, todas las opiniones tenían el mismo peso, por eso simplemente remaba y observaba en silencio.

Empezó a llover, gotas muy gordas golpeaban con brío el suelo. El microclima de Lago Grande era insólito, parecía que la lluvia se concentraba al este, como si las montañas

atrapasen las nubes, a medida que te alejabas las nubes desaparecían de sopetón; había veces en que solo llovía en la mitad del lago, creando una cortina de agua espectacular. La época de lluvias llegó con una fuerza desacostumbrada, tras una semana de llover sin parar, algunos vecinos de los islotes más grandes y de las orillas recogían sus pertenencias y se mudaban por peligro de inundación, pues el nivel del lago subía.

Seguía lloviendo. Un día en el que el agua calaba nada más mirar al cielo, varios devotos y monjes alquilaron todas barcas para intentar salvar la ermita del islote, remamos todo el día bajo la intensa lluvia, remaba con fuerza para ayudar, la situación era muy tensa porque el tan afamado eremita se negaba a abandonar su preciado islote. No se veía a pocos metros, parecía que llovía desde el lago al cielo, y chocamos con el islote sin daños. Todos bajamos de las barcas y fuimos hacia la ermita, sus acólitos le decían:

-Gran clérigo, dicen que todavía lloverá mucho más y esta es una zona que puede inundarse fácilmente. Sube a la barca y nosotros seguiremos cargando las cosas de la ermita.

A lo que el eremita replicó calmadamente y con devoción:

-Gracias, amigos, pero no estoy preocupado. Dios me ayudará si llega el caso. Seguiré rezando, pidiendo a Dios que nos mantenga fuera de peligro.

Estaba preocupado por aquel hombre, al que los devotos llamaban clérigo. Volvimos al islote tras toda la noche lloviendo y varios monjes volvieron a insistirle, gritaban desde las barcas al tiempo que remaban apresuradamente. La barca se calaba y teníamos que achicar agua, sobre todo a la vuelta, ya que volvimos cargados. Me bajé al islote para intentar dialogar con él, el lago ya había penetrado en la ermita y le llegaba hasta las rodillas. El hombre estaba aferrado a un libro, rezando, «Dios nos protegerá», decía. Era increíble cómo irradiaba Fe en una deidad divina, sin entender los sutiles procedimientos de la Fuente, sin oírse a sí mismo ni a los Seres que le amaban, entregado sin lógica a un destino no impuesto. Tórpemente le dije:

-Cle... cle... clérigo, no te demores ni un instante en venir con nosotros, no pierdas tiempo en recoger nada. Las aguas amenazan con subir aún más.

Solo un instante se desvió de sus rezos para decirme con amor:

-Gracias, pero no os preocupéis por mí. Marchad tranquilos, que Dios no me dejará desamparado, seguro que mañana deja de llover.

Y esa noche, cuando la lluvia cedió por un instante, salí de la barquería a llevarle provisiones. Remé al islote tan rápido que el té llegó caliente. Las puertas de la ermita estaban abiertas y el nivel del lago era tal que pude entrar con la barca, tuve que agachar la cabeza. La escena acongojaba: se había derrumbado una parte de la cubierta y la luz de la Luna iluminaba todas las reliquias, estatuas y obras de arte que aún colgaban por las paredes o flotaban por la ermita. El agua transparente dejaba ver el mosaico del suelo y algunos enseres de oro. Tuve una fugaz ensoñación de un futuro inminente que se dibujaba en mi horizonte. Subido en el púlpito pude ver al clérigo, oía sus rezos, pidiendo a Dios que no lo abandonara en aquella situación, sin duda ya angustiada. Me acerqué sigilosamente, no dejó de rezar ni un instante agarrado al libro que parecía contener toda la verdad, confiando ciegamente en la divina providencia.

-¡Clérigo! Le traigo té caliente y algo de comer.

Gracias a Dios paró de rezar, esbocé una sonrisa y le serví desde la barca. La escena se tornó bellísima, me miró a los ojos decididamente y se bebió el té de un par de buches. Era un observador y quería saber hasta dónde llegaba la Fe, noté un viento frío en la nuca, le comuniqué que me marchaba y le pregunté si quería acompañarme, el clérigo eremita me comentó:

-Mi vida solo está en manos de Dios, ya ha dejado de llover y en unos días todo vuelve a la normalidad. Esto es una prueba que Él me manda para medir mi Fe, pero yo confío en su infinita sabiduría.

Lo percibía nítidamente, su esencia era limpia en el sentido de que no tenía malas intenciones y certeza en su predicción. Me gustó la valentía con la que afrontaba la existencia, le miré profundamente vinculándome a su interior, degustando su Fe, no era fácil de digerir dado que no seguía patrones sutiles. Se aferraba a un concepto que moraba en su mente y le obligaba a aguardar, en cambio, de ella emanaban emociones fácilmente reconocibles, buenas y puras. Oído el mensaje del clérigo, empecé a remar con el brazo derecho para dar la vuelta a la barca. Nada más llegar a la puerta de la barquería empezó a granizar con fuerza, el ruido era ensordecedor, la lluvia siguió cayendo sin tregua durante toda la noche.

El cadáver del clérigo llegó a la orilla de la barquería a la mañana. Bajo la lluvia le dimos un funeral. Cavé dos horas sobre tierra mojada, el barquero me ayudó sin protestar. No había ningún devoto. Su cuerpo frío y mojado no albergaba nada de vida, sus manos rígidas abrazaban el libro. Percibía un rastro de tristeza en su encuentro con su Dios. Esa noche tomé sopa caliente y pan mojado, una pieza de fruta, y me fui a dormir. Tumbado en la cama escuché el incesable golpeo de las gotas en la casa, nada se veía por las ventanas en la noche, llevaba tiempo sin ver las estrellas e imaginaba el cielo de la noche en el mar de Origen, en la Aldea, recordaba a mis amigos en aquellas noches cálidas. El sueño se apoderó de mí profundamente. En el último momento, casi dormido, el rostro del clérigo hinchado y pálido se mostró frente a mí empapado, goteaba agua, ocupaba toda mi visión. Una potente luz lo envolvía todo. El clérigo, con una voz clara y apenada, decía:

-Dios, estoy frustrado, defraudado y desconcertado. ¿Por qué te negaste a socorrerme? Sabes que recé sin parar pidiéndote que no me abandonaras. ¿Por qué lo hiciste? Mi confianza en tu ayuda era absoluta.

La voz de Dios que nacía de la luz, sonó como un trueno.

-¿Cómo que me negué a ayudarte? Nadie tiene la culpa de que seas un completo idiota. ¿Quién crees que motivó a los devotos, monjes y fieles de la barquería para que te salvaran? La buena Fe de la gente es la única ayuda de la que dispones por mi parte.

Notaba a mi consciencia alegre, a pesar de que el asunto no era para reírse. Supe que el clérigo simplemente no supo encaminar su Fe de una manera práctica en vida, en cambio, me alegraba la experiencia para el aprendizaje del Alma en la experimentación real.

La época de lluvias fue larga, de al menos tres meses de los diez del ciclo. Ya llevaba en Lago Grande una larga temporada. Muchos fieles y devotos se alojaron en la

barquería por las inundaciones de sus hogares, convirtiéndose en un refugio provisional. Blanco no salía de mi capa, parecía estar en letargo.

Una noche de intimidad frente al fuego, Vir se atrevió a narrar la historia del barquero. La charla era de mi interés, dado que el barquero era toda una incógnita, no podía hacerme una idea de cómo podía haber llegado a ser así, dudaba de si era simplemente genético, condicionamiento o disciplina adquirida, o una amalgama de todas las hipótesis. Por lo visto, llegó a Lago Grande sin saber de dónde; por suerte, un fiel lo encontró con síntomas de haber sido fuertemente golpeado, sin ninguna posesión, y lo trajeron a la barquería. Después recuperó en parte el conocimiento durante la noche. Ante la mirada de un médico y una enfermera, el hombre murió. Xen le tomó los signos vitales y asintió confirmando su defunción. Entonces, y sin ninguna explicación, se produjo, según dijo, el milagro de su resurrección, pero no recordaba nada de su pasado, no sabía ni siquiera su nombre. Lago Grande y los fieles le facilitaron el comienzo desde cero de una nueva vida, sin influencias, ni mandatos familiares, ni cargas de ningún tipo. Xen y los fieles más empáticos se dieron cuenta de su particularidad, quedaban totalmente obnubilados por su esencia negra. El barquero forjó una gran amistad con la comunidad, convirtiéndose en el tótem de los fieles más empáticos. Su comportamiento era siempre cordial, fraternal, emprendedor, de buen ánimo, respetuoso y sincero, tal como era en el presente. Era normal que Vir se sintiese atraída por el barquero. Comenzó a nacer un amor puro, casi ingenuo, me decía mientras se sonrojaba. Terminó la historia con risas justo cuando el barquero interrumpió en la sala.

Probé en varias ocasiones a rastrearlo y siempre me veía reflejado. Fruto de la convivencia y observación, los fieles que se aventuraban a mejorar sus capacidades empáticas de lago Grande fueron capaces de desarrollar esa técnica de bloqueo en mayor o menor medida. Su uso lo justificaban con la presencia de muchos curiosos impertinentes, cada vez más presencia de personas dotadas de habilidades emocionales con capacidad de percibir las esencias. Me preguntaba cómo afectaría al Orbe. En la Aldea las disciplinas empáticas nunca estaban al servicio del interés propio, pero algunos Seres del mundo de fuera generaban sus propias motivaciones, iban siempre predispuestos a compartir y a mezclarse emocionalmente con todos, pero confusos por la verdadera motivación de la iluminación, de manera que perturbaban e interferían en otros, no necesariamente como guías del Camino Integral. La técnica del barquero era una manera de protegerse voluntariamente de la percepción, de hacerse hermético a distracciones e influencias y, de la misma manera, entendía el hecho de que la mezcla emocional podría derivar en una interferencia en el seno del observador, y que ese cometido no les correspondía, de manera que el bloqueo era una forma de salvaguardar la paz en uno mismo. Ningún fiel replicaba el reflejo del barquero, que sometía a un juicio propio, simplemente conseguían no ser penetrados por otros, tampoco ninguno era infranqueable, la opacidad de su esencia dejaba pasar siempre algo de luz.

Los días siguieron lluviosos, pero con treguas, parecía que el clima cambiaría en breve. Siempre intentaba percibir al barquero y sentir el reflejo, para posteriormente vencer el juicio moral propio; era una experiencia muy recomendada cuando sabías sacar provecho de la meditación, observarlo era una forma clara de hablar con la consciencia, los fieles así lo sentían y expresaban, pensaban que realmente todos los Seres podían optar a escuchar al

Cónclave sin deformaciones de la mente o el Ego, solo con la voz de su consciencia pura y el Alma disponible. Bromeaban con la similitud del Oráculo del Clan de los Sabios. También tenía una consecuencia parecida con Tod. Los días de lluvias nos obligaban a compartir espacios reducidos, todos los días el barquero era observado por todos nosotros, la atmósfera era armoniosa, calmada y pacífica. Los devotos que eran nuestros clientes muchas veces pasaban a Ser fieles, incluso los visitantes se confundían. Realmente era un tanto adictivo compartir tiempo con el barquero, al estado en el que me imbuía. Poco a poco puede entenderla, replicarla, por lo que lentamente me fui contagiando de su esencia negra hasta hacerla propia de mi Ser, disponible como otra gama en mi almacén de emociones, sentimientos y esencias, aunque no tenía voluntad de aplicarla conscientemente, como hacía Xen. La lluvia empezó a cesar del todo.

El lago recuperó su actividad vertiginosamente. Todos muy ocupados en diferentes labores, reconstruyendo, preparando los huertos y negocios, pescando..., en definitiva, retomando sus vidas donde las aparcó la lluvia. La climatología parecía muy estable, daba la sensación de que no volvería a llover en un tiempo, al menos hasta el siguiente ciclo. Las Jorobas lucían un verde recién gestado. El negocio de las barcas estaba muy concurrido, con las construcciones en los islotes todas las barcas estaban ocupadas durante casi todo el día. El nivel del agua recuperó la normalidad, mostrando sus destrozos. Pasaron un par de semanas en las que Sol brilló imperioso, los días fueron espectaculares, quedé prendido de la belleza de Lago Grande. Uno de esos días llegó un constructor renombrado del Clan Hermano. Alquiló muchas de las barcas para reconstruir la ermita, que se empeñaba en llamar «capilla», no paraba de corregir a todo el mundo. Iban a levantarla en memoria del clérigo ahogado, trabajaba directamente para una congregación de devotos de Dios y parecía estar a las órdenes directamente del mandamás, «Su Santidad», decía insistentemente. El emplazamiento de Lago Grande parecía de gran interés para su congregación. No paraba de hablar, ofendía siendo prepotente y soberbio, le gustaba que se dirigiesen a él como «señor arquitecto». No solo alquilaba las barcas, sino que requería de obreros. Al barquero le interesaban mucho los temas de construcción, y mientras remaba le preguntó una serie de asuntos sobre técnicas y materiales de construcción, se expresó con frases gramaticalmente incorrectas, como de costumbre. El constructor preguntó:

-¿Tú no has estudiado gramática?

El barquero, hermético, contestó:

-No señor, soy un iletrado.

-¿Tampoco sabes geografía, ni aritmética? -volvió a preguntar el constructor.

-No señor, nada de eso sé ahora -respondió el barquero aludido, sin inmutarse.

-Supongo que tampoco sabrás nada de historia, literatura o filosofía -lo interrogó de nuevo.

Notaba cómo ese hombre usaba al barquero para nombrar materias que dominaba e impresionar así a los presentes.

-No tengo ni idea de nada de eso, soy solo un barquero ignorante-. Mi amigo parecía fomentar su comportamiento grosero. El arquitecto torpemente sentenció:

-¡Pues, amigo, un hombre sin cultura es como si hubiera perdido la mitad de su vida!

Instantes después, muy cerca del islote, la barca golpeó, aparentemente, con unas rocas que habían quedado sobre la superficie del lago tras la bajada de las aguas, parecía ser una especie de muralla sumergida con algunas partes que salían a la superficie. La barca quebró, provocando una gran vía de agua en su interior. El arquitecto fue el primero en caer al agua, lloriqueaba chapoteando mientras se hundía, el barquero le preguntó articulando como un orador:

-Señor Arquitecto, ¿sabe usted nadar?

-¡Noooooooooo! -respondió alarmado el constructor. Y replicó el barquero:

-Entonces me temo que va a perder toda su vida.

Todos reímos mucho, aunque lógicamente no dejamos que se ahogara. Le dejamos chapotear patéticamente. Nunca había sentido alegría de tal infortunio, quizás fuese la única vez en mi vida. Finalmente, lo cargué como el que coge un cadáver flotando, pero este no paraba de llorar como un crío. Por un lado, nunca había visto al barquero comportarse de este modo: había estrellado la barca voluntariamente, y se le veía más feliz de lo normal; por otro, me percaté del truco que usó cuando anduvo sobre las aguas porque las ruinas sumergidas estaban bastante cerca de la superficie, se apreciaban bajo el agua turbia del lago, la muralla sumergida llegaba a unos pórticos ya en tierra como recibidor al islote. Me subí a las piedras replicando los movimientos del barquero aquella vez que caminó sobre las aguas, intentando hacer su magia. El resultado fue un golpe en la cabeza y un chapuzón tras no atinar con el paso indicado. Pensé que el barquero no podría no tenía intención de sorprendernos, pero vaya si lo hizo. Dejamos allí los enseres, a los obreros y al arquitecto para volver prestos a la barquería.

Al llegar vimos el caballo percherón gigante de Xen, así como muchos otros fieles de Lago Grande que habían retornado. Rápidamente fuimos a buscarlo, nos encontramos con Vir, que nos explicó que había llegado enfermo de gravedad, con mucha fiebre. Estaba en la parte superior de la barquería, desde abajo se le escuchaba toser ininterrumpidamente, sin intervalo para respirar. Decidimos ir a verlo, estaba acurrucado entre mantas, en muy mal estado. La vuelta desde Origen había sido complicada y muy húmeda, parecía que la lluvia le había calado hasta los pulmones, donde se le habría condensado líquido que posiblemente estaba infectado. Rápidamente me fui a mi habitación, que compartía con otros fieles. Nadie en la barquería conocía mi identidad, ni mucho menos que era un sanador. Saqué el Orbe de la mochila, algunos ropajes y el preciado botiquín de sanador que estaba debajo del todo, busqué un concentrado de ajo que Tita aplicaba siempre para tratar las infecciones, después le administré un jarabe para bajar la fiebre y disminuir la tos; por último, preparamos una cazuela con hojas mentoladas para facilitar la expulsión de las condensaciones. Poco hablamos, pasé la noche a su vera atendiendo a sus expectoraciones y controlando la fiebre.

Al par de días Xen se encontraba mejor, aunque la tos le duraría unas semanas y debía seguir guardando cama. En el desayuno nos congregamos junto a los fieles que nos contaron la situación de la Sucursal. Los funcionarios del Clan Hermano habían sitiado Origen, cerrando el camino de la peregrinación, estaban abusando de la autoridad con la fuerza, obligando a pagar unos impuestos por las actividades a los fieles y a cumplimentar unos registros administrativos. La llegada de los fieles de lago Grande alejó a los funcionarios

que controlaban la Sucursal en las primeras semanas, se entablaron acaloradas disputas y hubo algunas bajas; meses después los funcionarios se retiraron, parecía haber una tregua que aprovecharon para concienciar a los fieles de la inminente guerra. A medida que pasaba el tiempo los funcionarios se hacían cada vez más numerosos en Origen, montando instalaciones militares y, por supuesto, creando un problema para la Regencia. La situación era crítica para todos los habitantes.

El inciso acabó una vez que el Gobernador Bigo se hizo con el control del gobierno de Núcleo y, por tanto, del Clan Hermano. Esto era un grave problema porque su ambición no tenía límites y no tenía el adjetivo pacífico entre sus características. Su primer objetivo era aplicar políticas expansionistas más allá de la península, comentaron que, por suerte, esto daba tiempo a los fieles de las Jorobas para poder subsistir, parecía que aceptaban su aciago destino. No obstante, posteriormente los funcionarios volvieron con más fuerza y presencia, incluso con vehículos de combate, hubo amagos de enfrentamientos bélicos a gran escala. Tras unos meses convulsos de revueltas y emboscadas, la Regencia intervino para salvar la situación sin demasiada sangre vertida. El segundo objetivo de Bigo era asentarse definitivamente en Sofópolis, donde el Clan de los Sabios no tenía autoridad para aplicar políticas intervencionistas a su población, por lo que las grandes corporaciones habían llegado para quedarse, haciendo a sus habitantes dependientes de la pecunia e influyendo en su modo de vida. La ausencia de la Intérprete y del Oráculo mermó la espiritualidad de las personas, imperando rápidamente otros conceptos más sencillos para la mente humana, consolidándose en sus habitantes la idea de consumo y perdón de Dios cada vez más extendida y predominante en el Clan Hermano. El sistema se había apropiado de la moral, espiritualidad y religiosidad de las personas. Las narraciones de los fieles en tiempo pasado parecían ser presente consolidado, la tristeza de sus rostros pronto fue paliada con los alimentos de Lago Grande que les servimos en la barquería.

Varios días estuvieron viniendo fieles y ciudadanos para visitar al respetado Maestro Xen, que muchos estimaban como el líder de lago Grande. Él atendía a los fieles y amigos aun estando enfermo. Yo seguía aplicando los métodos curativos. Al ver la efectividad de la sanación aplicada pronto los fieles trajeron a sus conocidos enfermos para ser atendidos. Tras el período de lluvias nos visitaron varios enfermos, Vir me ayudaba mucho con las labores de enfermería. Pronto la barquería recobró la normalidad, mucho negocio con las personas que acudían por los servicios o a tomar té, era el centro neurálgico de los fieles de Lago Grande, lugar donde había morado y participado de la convivencia durante quizás más de un ciclo. Generalmente me mantenía en silencio, aunque compartía palabras con los allegados más interesantes, realmente no me sentía un aldeano del proyecto Aldea. El lago lucía hermoso y sus aguas empezaban a estar cálidas. La vida junto al agua pacífica me reconfortaba y equilibraba.

#### **4.5. El refugio de Dios**

El clima era fabuloso, paradisíaco. Las plantas crecían con el Sol. Hacía mucho tiempo desde que emprendí la peregrinación, el pasado parecía haber quedado atrás. Aún no había



salido de los alrededores de la barquería, aunque el lago desde su interior sí lo conocía bien, había muchas islas e islotes, algunos habitados, sobre todo en la parte más septentrional, cerca del desierto, donde la orilla era muy grande y llena de zonas recreativas. Un día Xen me alentó para que fuera a conocer Lago Grande, recomendándome un sitio para comer y que fuera a ver la cascada en barca, insistió durante varios días, levantando mi curiosidad, aunque se percataba e intentaba bloquear sus emociones al respecto para que no valorase sus intenciones tal como ocurrió en el refugio 91. Pero tras haber convivido con el barquero pude percibir su interior y traspasar la opacidad de su esencia. Finalmente hice míos sus sentimientos, impregnándome. Xen no estimaba para mí Ser una vida sencilla, quería que no olvidase mi condición de aldeano y esperaba que el sino que se me había asignado llegase a ser una realidad. Pensé que, posiblemente, el Orbe en la Ceremonia del Equilibrio tendría que ver con esa expectativa, o con la estima de Kundo hacia mi persona, o incluso con Aurora. De cualquier modo, Xen era el único que conocía mi identidad, pero no tenía intención de desvelarla. Llevaba nervioso unos días con aquel sentimiento intrigante, pero lo asimilaba transformándolo en emoción sobre un futuro que estaba por llegar.

Un día, al levantarme subí la colina y llegué al camino que bordeaba el lago, lo continué a la izquierda entrando en la parte frondosa de la orilla sureste, camino a la cascada y las altas montañas. Al principio seguí encontrándome casas disgregadas con embarcaderos pequeños, Lago Grande era verdaderamente grande, el agua seguía a mi izquierda muriendo entre árboles y plantas asentadas en los bordes, los desniveles respecto a la superficie del agua eran cada vez más escarpados y se formaban caños de una gran belleza, el agua era deliciosa, no tenía sabor. La zona empezó a estar deshabitada y el camino murió, era difícil proseguir, pero me las arreglé con una buena vara. Parecía que ningún habitante frecuentaba esos parajes, encontré emplazamientos sublimes para pasar el día donde la naturaleza salvaje te deleitaba con su belleza. Llegué a una zona en la que los caños de agua formaban piscinas a diferentes alturas en su borde. Me situé en un punto donde podía ver cómo el lago se estrechaba hasta morir en una cascada al fondo, aún lejos, de una gran verticalidad, con diferentes chorros que caían desde la pared. El agua llegaba con fuerza desde las montañas que custodiaban el M8000, mostrando la transformación del río en lago. No pude acercarme mucho más en la jornada, realmente la vegetación era tan frondosa que no estaba bien equipado.

Mientras volvía a la barquería con la ilusión de que aún me quedaba mucho por explorar en Lago Grande, ya cerca de los primeros asentamientos de casas me encontré con un fiel muy charlatán, pero que aportaba una valiosa información sobre las rutas del norte de la peregrinación que llegan a la Meseta. Tenía intención de emprenderla en breve y estaba ilusionado con el viaje. Caminamos juntos a mi vuelta. Me contaba que para ir desde Lago Grande hacia al Templo del Equilibrio disponía de varias posibilidades, había dos bastante transitadas y conocidas. La del oeste iba por un camino bien empedrado e indicado bajo la falda de las cordilleras desde donde en algunos tramos se podía ver el desierto y podía empalmar con una carretera para transporte rodado que permitía acortar las jornadas a los peregrinos más cómodos o a cualquier viajero. La otra ruta intermedia nacía en un sendero en la orilla norte, fácilmente reconocible e indicado, casi enfrente de la barquería; aunque

más larga y complicada, era la más popular entre los peregrinos más empáticos y calmados, así como los mejor preparados físicamente, ya que se hacía caminando, y algunos tramos a caballo, si se pretendiese. Por último, la ruta más incrustada en las Jorobas, que desde el lago llegaba cerca del M8000 y proseguía al norte, decían que fue el camino original de los fundadores. Su inicio nacía cerca de un refugio que ya no se habitaba, saqué el mapa, estaba tachado con una cruz en la orilla noreste, había que cruzar el lago, era el refugio 80, decían que muchos peregrinos habían fallecido en el intento de tomar esta ruta cercana a los picos más altos, por lo que estaba cerrada desde hacía mucho tiempo.

Al alba me alcé de la cama como un felino. Me sentía fenomenal, el paseo adentrándome en el lago del día anterior me había dotado de motivación, cambiar de hábito era una buena forma de cambiar de vida. Iba dispuesto a hacer las labores asignadas a primera hora para disponer de luz, cuando me encontré a Xen preparando té, la barquería estaba vacía, pero él ya había encendido la chimenea.

-Por favor, Maestro Lao, siéntate-. Nunca me llamaba así. Me sirvió té. Me agradeció los cuidados: -Tu fama te precede, aldeano -me dijo con énfasis.

Estaba pensativo y con su esencia disponible, parecía ofrecerme su Ser para mi análisis, pensaba que así sería más fácil contar lo que tenía que decir, me miró con ojos prudentes y me dijo:

-Hoy tenemos trabajo en la barquería, recibimos a un personaje de importancia y debemos atenderlo, no es que me guste la idea, pero mi hijo me lo ha pedido expresamente. Su santidad Flop es un desertor del Clan de los Sabios que se ha puesto al servicio del gobierno de Núcleo y lidera a los devotos de Dios, a los fieles de la Meseta. Esto no debería importarnos, pero al parecer importa. No soy muy diestro para las artes políticas, pero tú si deberías. Al fin y al cabo, tú eres el Maestro Lao, quién mejor que tú... Tú lo recibirás en representación de los fieles.

Mentía. El Maestro Xen, líder de los fieles de Lago Grande, no decía la verda, su esencia era clara para mí, también albergaba la esperanza de los fieles que acudieron a la Ceremonia del Equilibrio, también creía en Aurora. Me bastaba percibir los vínculos que le unían a la Interprete para saber que mis pasos estaban velados. No lo hacía por su hijo, ni siquiera por mí, creo que lo hacía por él mismo. No veía razón para negarme, Xen obraba así de una manera práctica; tal cual, se fue un tanto preocupado. Pensaba en mi amigo Toro, en qué opinaría, sentí que debía tener mucho cuidado.

Toda la mañana estuvimos llevando devotos al islote, estaban todas las barcas ocupadas. Al tercer trayecto unos monjes nos comentaron que el aforo se había superado. Al parecer, Flop venía a inaugurar la capilla que habían terminado, el arquitecto había quedado muy satisfecho de la integración sobre las ruinas que habían quedado en lo más alto del islote y, aprovechando la coyuntura de la muerte del clérigo, querían venerar el lugar como un símbolo de la Fe hacia Dios. Pensé cómo los humanos definimos y creamos la realidad en función de las interpretaciones o el sentido que se le den a los actos; en la Aldea ese lugar sería venerado como un lugar donde un hombre murió ahogado por su ceguera sobre el concepto de lo divino, sobre la idea de Dios. Al llegar de nuevo a la barquería me fui a duchar, me puse mi capa roja de la Sucursal y Xen se fue a descansar, alegando que se encontraba

cansado, estaba delegando su participación como representante de los fieles de Lago Grande en mi persona, lo cual le aliviaba mucho. El barquero me acompañaba como carabina. Un señor maduro entraba por la barquería acompañado de una comitiva, me miró como si nada pasara, me acerqué y les dije:

-Bienvenidos, serán dos barcas de las más grandes. Acompañenme.

No reparé en ningún otro detalle. Cuando ya me encontraba en el agua, el barquero remaba con fuerzas, como si quisiera que el trayecto fuese más rápido de lo normal. Le seguía a duras penas. Flop estaba en la barca con el barquero, parecía inalterado, como alguien que asume su verdadera naturaleza y da por perdido el cambio. Al llegar, los monjes y devotos le saludaron como si de una deidad similar a su Dios se tratase. El islote estaba plagado de personas, numerosas barcas llenas de gente a modo de palcos flotaban alrededor del islote. Una mente colectiva se podía apreciar en el ambiente. El barquero, inmutable, como siempre, seguía flotando sobre el lago. Su santidad Flop fingía no estar malhumorado, tardó tiempo en salir de la barca como esperando a algo o alguien que no llegaba, finalmente bajó y tropezó. Había remado en muchas ocasiones y me olvidé de mi cometido, se giró y preguntó:

-Entiendo que Xen sigue ocupado en Origen, ¿verdad? ¿Quién de vosotros, fieles del Templo del Equilibrio, nos acompañará a esta inauguración? El compromiso por vuestra parte fue que un respetado Maestro participaría, como muestra de entendimiento entre ambos cultos.

El barquero ni siquiera escuchaba. A Flop su soberbia le indujo a error, estaba molesto por el recibimiento esperado, aunque todo cambió cuando le di mi nombre, un simple «Hola, soy Lao». Nunca me había sentido tan participe en la sociedad como cuando pronuncié mi nombre. Él se sintió retado y honrado voluntariamente, como sometido a prueba, intentaba mostrar un entendimiento independientemente de las diferencias religiosas, fomentando un hermanamiento, era como un libro abierto, su santidad Flop se sentía parte de la sociedad y actuaba bajo un interés, pero a mí nada de eso me interesaba. Me encontraba especialmente sensible emocionalmente, con una percepción destacable, como si hubiera invocado al aldeano que dormía en letargo. No era sencillo percibir esa verdad que subyacía, lo devotos hablaban con una determinación extrema, y Flop era el más destacado de estos, era una peculiaridad que acongojaba.

El constructor había hecho un excelente trabajo, la arquitectura era asombrosa, no escatimó en detalles artísticos. Unas hermosas cristalerías filtraban la luz en colores, los devotos se congregaban alrededor de la capilla, no se podía ver el agua colmada de barcas en torno al islote. Se escuchó una invitación.

-Por favor, Santidad Flop, bendiga esta capilla que los devotos hemos levantado en nombre de la Fe y de Dios, en recuerdo de nuestro respetable clérigo, que siempre estuvo cerca del Todopoderoso -dijo un apasionado monje.

Estimé que debía cumplir mi cometido y lo acompañé. Sentí al barquero poner mi mano en la espalda para no perderse entre la multitud. Flop caminó hasta un asiento alzado en la base de la capilla como un trono, a ambos lados un par de monjes muy decorativos portaban bandejas con abalorios. Se sentó y todos hicieron lo mismo en la tierra del islote.

Me senté a los pies de su santidad. Todo en calma, estaba muy concentrado, en silencio valoraba la propicia armonía del entorno, el ambiente era sutil e idóneo, la luz maravillosa, parecía un coro de la Armonía, dejé que mi Ser fluyera con los devotos y Flop se mostró como un excelente orador para todos los presentes.

-Tener Fe es aceptar lo que Dios permite en nuestra vida, aunque no lo entendamos, aunque no nos guste. Si tuviéramos la capacidad de ver el fin desde el principio tal como Él lo ve, entonces podríamos saber por qué a veces conduce nuestra vida por sendas extrañas y contrarias a nuestra razón y a nuestros deseos.

»Tener Fe es dar cuando tenemos o cuando nosotros mismos necesitamos. La Fe siempre saca algo valioso de lo aparentemente inexistente; puede hacer que brille el tesoro de la generosidad en medio de la pobreza y el desamparo o en la mayor de las abundancias, llenando de gratitud tanto al que recibe, como al que da.

»Tener Fe es creer en lugar de recurrir a la duda, que es lo más fácil. Si la llama de la confianza se extingue, entonces ya no queda más remedio que entregarse al desánimo. Para muchos, creer en nuestras bondades, posibilidades y talentos, tanto como en los de nuestros semejantes, es la energía que mueve la vida hacia grandes derroteros. Pero todavía hay una forma más elevada de creer: saber que nuestra vida está en las manos de Dios y que Él es quien cuida de nosotros.

Cada sentencia sonaba más categórica, percibía a los devotos asimilar los mandatos, que como dogmas se grababan a fuego en la piel. Dios debía ser un tipo muy distraído cargando con tanta responsabilidad. Su Santidad Flop espléndido continuaba con su pregón:

-Tener Fe es levantarse cuando se ha caído en este mundo cruel. Los reveses y fracasos en cualquier área de la vida nos entristecen, pero es más triste quedarse lamentándose en el frío suelo de la autocompasión, atrapado por la frustración y la amargura.

»Tener ¡Fe! es arriesgar todo a cambio de un sueño, de ilusiones, de un ideal. Nada de lo que merece la pena en esta vida puede lograrse sin esa dosis de sacrificio que implica desprenderse de algo o de alguien, a fin de adquirir lo que mejore nuestro propio mundo y el de los demás, según los cánones de Dios.

»¡Tener Fe! Es ver positivamente hacia adelante, no importa cuán incierto parezca el futuro o cuán doloroso el pasado. Quien tiene Fe hace del hoy un fundamento del mañana y trata de vivirlo de tal manera que cuando sea parte de su pasado, pueda verlo como un grato recuerdo.

»¡Tener Fe es confiar! Pero confiar no solo en las cosas y en las personas, sino en el Dios que obra, actúa y habla a través de las personas. Muchos confían en lo material, pero viven relaciones huecas con sus semejantes. Cierto que siempre habrá gente que lastime y traicione tu confianza, así que lo que tienes que hacer es seguir confiando y solo ser más cuidadoso con aquel en quien confías dos veces.

La entonación era cada vez más impositiva.

-¡¡Tener Fe es buscar lo imposible!! Sonreír cuando tus días se encuentran nublados y tus ojos se han secado de tanto llorar. Tener Fe es no dejar nunca de desnudar tus labios con una sonrisa, ni siquiera cuando estés triste, porque nunca sabes cuándo tu sonrisa puede dar luz y esperanza a la vida de alguien que se encuentre en peor situación que la tuya.

»¡Tener FE es andar por los caminos de la vida de la misma forma en que lo hace un niño!! Tomados de la mano de nuestro padre. Tener Fe es dejar nuestros problemas en manos de DIOS y arrojarnos a sus brazos antes que al abismo de la desesperación. Fe es descansar en Él para que nos cargue, en vez de cargar nosotros nuestra propia colección de problemas, nuestra existencia.

»Que en esta capilla resuene por siempre esta palabra: ¡FE!

Mientras hablaba los oyentes se dedicaban a memorizar sus sentencias, eran de fácil asimilación para la mente, para la parte biológica de la comprensión. Delegando todo divinidad en el concepto de Dios, como algo ajeno al propio Ser, que lideraba nuestro sino y la existencia de todos. Concentrado, iba sintiendo y analizando. Las charlas parecían reglas cautelosas para pasar por la realidad sin caer en el vacío de la desesperación, para afrontar el dolor del mundo y de uno mismo. Su visión de la realidad era triste y peligrosa, Dios es la deidad que te protegerá de ese mal, todo estaba basado en la comprensión de la experimentación real a través de los sentidos, todos aspectos de la mente. Un aldeano no podía simplemente asimilar las palabras y digerir esas ideas.

Tanta era la Fe que creían oír la voz de su consciencia. Los dogmas ya estaban establecidos, el comportamiento frente a decisiones, siempre obrando acorde a Dios, invento de los hombres, una herramienta de control que había tomado vida por sí sola y estaba definida para el servicio del sistema del Clan Hermano. Esa creencia en Dios, la formalización de ese concepto en la mente colectiva de los devotos, era la verdadera herramienta de creación. Los devotos ajenos a ellos mismos como Seres creadores, sin conocimiento de que la experimentación real es fruto de la definición agregada de los individuos, de todos los que poblamos el mundo. Flop recitaba palabras como un loro, estaba trabajando, siguiendo un guion, su naturaleza humana había violado las reglas en innumerables ocasiones y ese desequilibrio era fácilmente distinguible para los Seres empáticos.

Durante la presentación tuve tiempo de mezclarme con las emociones fácilmente, consecuencia de la meditación colectiva y del baño de sentimientos que provocaba Flop. Estaba sumiso al destino al que me conducía sin planteármelo, el Orbe me había proporcionado un modelo para interpretar tantísima información emocional, compleja por sus asociaciones y sencilla por sus conceptos, como la sociedad misma. Mi mundo interior y exterior divergían bastante de lo expuesto, en el Camino Integral no hay dogmas, la sinceridad con uno mismo es lo que le dota de sentido. Las sentencias de Flop estaban cargadas de leyes y barreras con las que en un momento dado todo devoto habría de chocar. Salirse de ellas era un acto pecaminoso, pero aun así las aceptaban protocolariamente entre los presentes como algo que les unía a todos, al menos de una manera social, volviendo a crear un sentimiento colectivo muy positivo, pero carente de nexos emocionales. La fragilidad de los dogmas desvelaba divergencias caídas en las dualidades, en conceptos verticales que impedían una verdadera comprensión del sutil proceder, focalizados en la mente, en la percepción del mundo mediante los sentidos, tal como describe Dios; los alejaba mucho de ellos mismos y, por tanto, de la naturaleza creadora.

Todo llegaba a mi interior con tiempo suficiente para macerarlo. Creí escuchar mi nombre siendo invitado a hablar como representante de los fieles, estaba sumergido en

esa meditación que habita en todos los planos de la existencia, espontáneamente proyecté palabras, sentimientos e ideas desde mi consciencia, noté como fluían sin mayor dificultad, emociones desde la misma Fuente, disponibles para compartir con los devotos. Escuché mi voz lejos del islote, estando a los pies de su santidad, pero claramente, como si estuviera en cada oreja me oía decirles a todos:

-La naturaleza de la mente no iluminada se basa en los órganos sensoriales, que están limitados en su alcance y capacidad, recogen información al azar. Esta información parcial se convierte en juicios, que están basados en previos juicios, que, a su vez, están habitualmente basados en ideas insensatas de cualquier otra persona. Los dogmas externos no aplican en nuestro espíritu, sino que son impuesto por Dios ¿Y Fe es entregarse a esos dogmas? Estos falsos conceptos e ideas se acumulan así en un sistema de memoria altamente selectivo, haciéndonos pensar que la realidad es un concepto ajeno a nosotros, que el mundo es algo impuesto por una deidad superior. Distorsión sobre distorsión: la energía mental fluye constantemente a través de canales deformados e inadecuados, y cuanto más se utiliza la mente, más confuso se vuelve uno. Para eliminar la contrariedad de la mente no sirve para nada hacer algo; esto solo refuerza los mecanismos de la mente.

Los devotos presentes reconocían de una manera emocional la verdad sutil en las palabras y las emociones proyectadas, miraban a su interior agraciados de escuchar a sus consciencias hablar, las Almas a flor de piel. Su comprensión desvelaba la fragilidad de la mística que pretendía captar la Fe de los asistentes, todos los inevitables incumplimientos de los dogmas dañaban sus consciencias, ahora juzgadas por ellos mismos. Flop escuchaba aterrado a los devotos dudar de Dios, pero se resistía con ímpetu a doblegarse a la comprensión, su mente estaba firmemente asentada en su consciencia. Saliendo lentamente de la meditación iba reconociendo mi voz en mi boca, y mi mente, como aliada, pronunciaba las siguientes palabras ansiadas por los devotos:

-Si corriges tu mente, el resto de tu vida se armonizará. Esto es así porque la mente es el aspecto que rige la vida humana y define nuestra realidad. Si el río fluye con claridad y limpieza a través del cauce apropiado, todo estará bien a lo largo de sus riberas, y del lago brotará una nueva vida creada por nosotros. El Camino Integral depende de la disminución, no del aumento. Para corregir tu mente deja de pensar en complicaciones y de aferrarte a ellas, de ver el mundo como un lugar lleno de peligros y crueldad. Conserva tu mente desapegada y plena. Elimina la opacidad y la oscuridad mental. Mantén tu mente clara como el cristal. Evita fantasear y deja que emerja tu pura percepción interior. Calma tus emociones y mora en la serenidad. Si puedes cesar toda tu incansable actividad, aparecerá tu naturaleza Integral y serás bendecido por la Fuente. No te afanes en la adoración a Dios, ídolos, imágenes, ideas o conceptos religiosos, sería como poner una nueva cabeza sobre la que ya tienes. Tened Fe en vuestra verdadera naturaleza y hallareis la iluminación sin moveros ni un centímetro.

Una vez más, conseguí que los asistentes se levantasen desconcertados, sin Fe en Dios, aunque dotados de un Alma renovada. Empezaron el festín en silencio, era muy diferente a las reuniones de fieles de la Sucursal, aunque empezaban a irradiar su propio Ser y algunos se animaron a comentarlo con los demás. Se crearon algunas discusiones acaloradas,

incluso varios se marcharon a las barcas. El barquero ya se había marchado. Entendiendo que había terminado, observaba de pie sobre el asiento gastado por sus posaderas de remar, esperándome. Su Santidad Flop se acercó a mí, calmado y reflexivo, me agarró del hombro y me invitó a que le acompañase a la barca, me ofreció los remos y, tal cual, comencé a remar hacia la barquería. Esperó en silencio hasta la orilla y me comentó, irascible:

-Desde la Ceremonia del Equilibrio en la Sucursal no habías aparecido en público, una lástima que Ote no esté invitado a este evento, estaría muy feliz de poder retransmitir tu intervención -Hizo un silencio reflexivo, como una mirada atrás, cautelosa y protectora, estaba preocupado de haberse encontrado conmigo, la información le era valiosa y quería conservar la ventaja, nuevamente nada de eso me importaba. A pesar de su rostro afable en su interior existía inquina hacia mi persona y lo ocurrido; no sabría decir por qué, pero su despedida fue casi un desprecio: -¡Márchate!

Acepté su invitación, brinqué a la barca poniendo mis pies descalzos en la arena. Me sentía plenamente satisfecho, volviendo a sentir la energía sutil que lo envuelve todo. Blanco se animó y salió a disfrutar de los últimos rayos de Sol.

Al llegar a la barquería, Xen estaba espléndido, degustando un guiso preparado por Vir, un pollo con mucho ajo, me dio las gracias y me invitó a la mesa. No hablamos de nada de lo sucedido en el islote. Antes de conciliar el sueño, cuando uno está en calma con su consciencia. intenté buscar a Dios entre las Almas de la experimentación real. A pesar de no encontrar evidencia, las oraciones y rezos parecían tener fruto en mi Ser, me perdí en un sueño profundo confundiendo si me comunicaba con Dios o con la parte más pura de mi consciencia, el Cónclave.

Descansaba de maravilla. Cuando me despertaba con fuerzas, sentía la senda frente a mí y debía salir a exponerme al mundo en busca de una nueva transformación, el día evocador me hacía sentir útil como aldeano. Tenía intención de ir a la cascada y, de paso, acercarme al refugio 80, pero entonces Xen me dijo que fuese rápidamente a un encargo, a un negocio al oeste del lago que se llamaba Femen, era un local en el que servían y vendían muchos productos de alimentación o de artesanía, no sonaba ineludible. El padre de Kundo me volvía a mentir. Solté una carcajada. Evidentemente su mentira no escondía maldad para mi persona, por lo que debía sentirme ilusionado.

Debía bordear el lago por la parte izquierda. Más allá del punto de encuentro al que llegué por primera vez el camino se encontraba rápidamente con el embarcadero de los pescadores, después continuaba hasta cruzarse con la bajada que llega desde refugio 91. Hice una parada para visualizar todo lo vivido desde que puse un pie en Lago Grande, tenía la sensación de que el tiempo fuera de la Aldea transcurría mucho más rápido.

El camino se hizo mucho más ancho y rígido, tal como la propia grieta en las cordilleras. La zona era mucho más recreativa, el lago disponía de una gran orilla con arena fina donde muchos pasaban las horas disfrutando del entorno y realizando actividades de ocio. Un negocio que me llamó mucho la atención estaba especializado en buceo. Me acerqué curioso, el dueño de la tienda era un entusiasta, me lo mostró todo y me invitó a probar los equipos, acabé pasando un buen rato con él. Era un joven bastante emprendedor y alegre y estaba en un estado de salud impresionante, su capacidad pulmonar para aguantar sin

respirar era mayor que la mía. Se llamaba Nah. El lago ocultaba ruinas de civilizaciones pasadas sumergidas, contaban que en la antigüedad decidieron inundarlo intencionadamente. Impresionaba ver todo un pueblo sumergido habitado por peces y algas. Congeniamos bastante, me contaba que en la época de calor muchas personas frecuentaban el lago y turistas en general, y cada vez más, porque habían establecido un transporte a ruedas permanente desde el norte, que unía el lago con la Meseta continuando a Sofópolis. Para un habitante del Clan Hermano también era posible llegar, por lo que era fácil encontrarse con gente de cualquier procedencia de la península. Casi me olvidaba el encargo, pero había salido con tiempo suficiente para cumplir con mi cita. Nah quiso invitarme a comer en un local que le encantaba, donde servían muchas comidas variadas que ni las de las abuelas, decía. Resultó que el local se llamaba Femen: perfecto.

Llegamos y el sitio era fabuloso, una gran choza de madera negra junto al lago con un porche cubierto mirando al agua, muchas mesas altas junto a la orilla a la sombra de altos árboles, la gente alternaba compartiendo bebidas y risas. En su interior también vendían artesanía, productos agrícolas y quesos y yogures. Nah me contó una peculiaridad del local: siempre estaba regentado por mujeres de una comunidad muy especial, todas eran empleadas que rotaban. Las personas que lo frecuentaban eran de todo tipo: familias, peregrinos solitarios, grupos, pero dijo que existían unos clientes muy especiales y eran hombres en edad de procrear. Esto me llamó la atención y percibí a una mesa así, sus conversaciones eran todas relativas a la belleza de las empleadas y su deseo sexual hacia ellas y cuando alguna se acercaba todos lucían sus mejores poses. La presencia de las bellas mujeres inquietaba y gustaba a la vez a los clientes. La comida estaba deliciosa, se notaba cocinada con pasión, tenía especias y aromas exquisitos y las verduras y huevos me recordaban a los de la Aldea. Nah me contaba entre bocado y bocado que la comunidad de la que procedían estaba exclusivamente gestionada y habitada por mujeres, que solo elegían hombres para procrear, con una natalidad programada o por placer, pero a veces, y solo a veces, algún cliente era elegido.

Un hombre de la mesa del lado se sentó con nosotros, era impertinente y estaba bebido. Habíamos terminado de comer cuando una de ellas se acercó a servirnos té. Nah se quedó fascinado por toda ella, sonrojaba nada más verla y aún más cuando se sentó a su vera para compartir el té junto a nosotros, era una práctica habitual en los negocios de té, el viejo Tod lo hacía, y yo también. Su esencia fluía de una manera natural, firme y feliz, radiando toda su bondad interior, la calma en su Alma y total confianza con la que dominaba la situación. Nada más saludar el pesado que se había agregado a nuestra mesa empezó a comunicarse. Torpemente se dirigía a la mujer llamando su atención, ella, muy habituada a estas situaciones, no lo rechazó, sino que lo atendió, casi como a un bebé, disipando toda duda sobre un posible vínculo y devolviéndole algo de dignidad, fue tan suave y directo que el hombre se marchó. Ella se levantó y se fue. Nah me dijo que había sido el cortejo más lamentable que había visto. Realmente era una persona muy graciosa, retrataba el momento con explicaciones e interpretaciones sobre lo ocurrido, narraba el presente de manera divertida, me gustaba su forma de ver el mundo.



Bebimos el té delicioso, me intrigaba cómo de la separación entre los géneros se pudiera generar un cierto tipo de sociedad, reflexioné sobre si funcionaría de la misma manera en una comunidad de hombres, lo compartí con Nah y dijo:

-¿Por qué no? Establecerían acuerdos con la Aldea de mujeres.

Al entrar a pagar noté cómo me miraban. Salimos por el otro lado y se podía ver a lo lejos el lago, cada vez más arena y menos agua, convirtiéndose lentamente en desierto. A cientos de metros vimos llegar el transporte rodado que descargó a un numeroso grupo, varios fieles con capa roja al bajarse buscaron rápidamente la orilla para arrodillarse y venerar al lago. Me despedí de Nah emplazándole a otra cita próxima. Por el camino de vuelta adquirí un equipo para bucear.

Al llegar a la barquería no era consciente del encargo de Xen, fui a disculparme por el olvido y me preguntó:

-¿Has ido a Femen? -asentí sorprendido y respondí-: Pues ya has cumplido el recado.

A la mañana siguiente Xen volvía a sorprenderme al alba, esta vez no me atribuyó ninguna tarea, solo me preguntó:

-¿Dónde irás hoy, Lao?

Le comenté mi intención de ir a la catarata y bucear con mi nuevo equipo, incluso pasar la noche si era viable, por lo que metí todo lo pertinente en mi mochila. Sentí que la peregrinación estaba en pausa, no encontré ningún motivo para seguir caminando y Lago Grande se mostraba ante mí de una manera ilusionante. Como sea, a Xen le encantó mi idea, incluso hizo un comentario al despedirse, me dijo que solía haber una barcaza en la orilla sur para cruzar a la norte, era la única forma de llegar al refugio 80, desde hace mucho tiempo sin uso, al despedirse me comentó:

-No tengas prisas en volver. -Parecía que me animaba a emanciparme.

Antes de lo esperado me encontré en el punto donde me quedé el día anterior, podía ver la cascada donde el río muere en el lago. Llegar fue complicado, pero aproveché para abrir un poco el camino con la vara que me había agenciado. Aunque la mochila pesaba más de lo debido, finalmente pude acceder a una orilla medianamente plana. Los linderos eran muy frondosos por la zona, haría una parada para descansar y nadar un rato. El sonido de la cascada ya era notable, aunque no se veía bien. Comí alguna pieza de fruta sentado, envuelto por la atmósfera del lago. No veía a nadie. Blanco estaba merodeando la zona cuando oí un ruido no muy lejos que me recordó a su chillido, me levanté y me acerqué a un árbol de hojas gigantes, donde el sonido se hacía fuerte. Todo calló, Blanco intentaba salir de debajo de unas maderas, las levanté y resultó ser la barcaza totalmente cubierta por la vegetación. Una culebra coleteaba entre sus minúsculas mandíbulas, terminé sacrificándola. Le quité las hojas que la cubrían y parecía funcional, la madera estaba en mal estado, pero no parecía tener fugas, flotaría. El árbol tenía anclado en el tronco un cartel de madera parcialmente destrozado, era una flecha apuntando a la otra orilla con "R80" tallado, una cruz de pintura roja tachaba con brocha gorda la indicación. Un remo estaba también misteriosamente apoyado en el árbol en un dudoso equilibrio.

La vida me sonreía de una manera muy evidente. Dejé el reptil junto la mochila y me desnudé para darme un baño y acercarme a la cascada. Era el tramo más estrecho del lago e

intenté llegar al centro. La cascada me hipnotizaba, su sonido al sumergirme me trasladaba a otra dimensión. Me acerqué todo lo que pude, a una distancia prudente desde donde rompía el agua con fiereza. Bajo mis pies pude ver brillar algo no muy lejos de la superficie. Me cercioré y la luz reflejada del Sol se desprendía de la superficie del agua ondulante. Un zambullido y un par de brazadas impulsándome hacia abajo bastaron para tocarlo con mis pies, era metálico. Salí a respirar. Repetí, pero ahora con las manos. Respiré profundamente, al palparlo noté como un mástil que acababa en una bola, del tamaño de una calabaza. Lo agarré con mis manos, era muy resbaladizo y estaba anclado. Muy motivado fui a la orilla para equiparme, parecía un milagro que el día anterior hubiera conocido a Nah, me sentía vivo como él.

No se secó ni una gota de mi cuerpo cuando ya estaba en el agua de nuevo, con unas gafas de buceo puestas. Fui directamente al sitio, las corrientes parecían ayudarme a llegar sin esfuerzo. Tenía sumergida la cabeza y pude ver vagamente una cúpula redonda de la que solo quedaba una estructura de metal con un mástil vertical terminado en una esfera, se intuía un edificio al fondo, que aún resistía en ruinas. Respiré profundamente y profundo intenté llegar, me agarré al mástil con fuerza para ayudarme a bajar, después a una vértebra de la estructura metálica, como las de un paraguas sin tela. Era un edificio cuadrado, sostenía la antigua cúpula, con las paredes de piedra que pude tocar con las manos en la primera inmersión, el fondo no debía de estar lejos, aunque no se veía. Me quedaba sin aire y volví a subir, respiré calmadamente el viento limpio de las montañas, aguantando el aire más de lo normal, ensanchando mis pulmones. Miré al cielo y pude ver el Sol brillar fuerte, era más difícil flotar que en el mar de Origen, pero más fácil sumergirse. Me impulsé en el báculo con ambas manos, y después con los pies, entré como un pez. Todas las superficies estaban verdes, aunque se reconocían los detalles, había un altar y una escultura de un señor que sufría, apuntillado a una cruz. Llegué a unas mesas y cogí lo primero que pasó por mis manos, el suelo estaba abarrotado de objetos entre piedras de la cúpula, parecía que era un sitio inexplorado. Me quedaba sin aire. Aún estaba lejos de la superficie. En mis manos sujetaba una copa metálica dorada, cubierta de algas. Me impulsé en el altar con los brazos totalmente unidos y, ondulando mi cuerpo como una anguila, puse mis pies sobre el canto de la pared para impulsarme, noté cómo se desplomaba una parte, fue una torpeza, pero salí ya muy apurado; al llenar mis pulmones tuve la sensación de estar muy vivo. Limpié la copa y pude apreciar su artesanía, sus piedras de colores incrustadas que distorsionaban la luz, todo labrado con mimo, el metal era dorado y noble, la copa estaba en perfecto estado. Fui a la orilla y la metí en la mochila, al caer golpeó el Orbe con un sonido característico.

Lancé la barcaza al lago, flotaba, aunque no parecía fiable. La aparté y cogí algunas de las enormes hojas del árbol para plegarlas y encajarlas. Abrí el mapa para situar el refugio 80, se accedía por la orilla norte justo al otro lado de la cascada. Metí el reptil muerto, la mochila y la vara y me subí con Blanco. Remaba a izquierda y derecha, tanta práctica me permitió avanzar rápido, pero una madera no aguantaba y quebró. Empezó a entrar agua, tiré el remo y me sumergí para remolcarla hasta que pude tocar pie. Cogí la mochila alzándola al cielo y a Blanco como la guinda de un pastel, la culebra enrollada en el cuello y

afianzada entre mis dientes. La barcaza se hundió haciendo su último servicio a la peregrinación mientras me acercaba a la tierra firme.

La orilla norte era muy estrecha pero transitable, moría cerca de la cascada. No había rastro del camino, pisaba fuerte la vegetación con las botas de cuero que me había hecho Vir, su suela era de goma. Con la vara apartaba las ramas hasta encontrar una subida franca. Iba ganando altura, aunque no se veía todo Lago Grande aún. Estaba en el vértice de la grieta en la cordillera, que, a diferencia de las otras, estaba repleta de vida. Seguí escalando, la cornisa de la cascada era como un puño, el agua se escapaba entre sus nudillos. El orgulloso río chocaba con fuerza dividiéndose en hermosos caños que caían con fuerza al lago. El refugio 80 debía de estar en la parte superior, otra subida escarpada con una senda de piedras anchas indicaba que iba por buen camino.

Finalmente conseguí estar ligeramente más arriba, podía ver una gran planicie junto al río que llegaba de montañas donde las aguas se remansaban antes de caer al lago. El refugio estaba al fondo coronando la escena desde el costado en el que me encontraba. En el horizonte, los grandes picos de las Jorobas. La vista de la bajada del río era embriagadora.

Rápidamente me encontré frente a la puerta de madera gruesa muy bien conservada, sus paredes anchas de piedra y un techo de pizarra negra con tejas planas apiladas de manera escalonada. Estaba abierta y la empujé con mi palma, tenía unos ventanales como los marcos de la madera de la puerta. El interior era diáfano, había una mesa con un libro bajo una de sus patas, que era más corta, para que no cojease; una estufa circular de hierro en la esquina con tubería metálica a modo de chimenea que, anclada a la pared, buscaba el techo sinuosamente. Fue muy intensa la sensación, parecía que entraba en mi hogar, olía a familia. Dedicué lo que quedaba de día a limpiar el refugio y a explorar sus alrededores, a hacer un fuego y cocinar la serpiente, me acomodé para pasar la noche e impregnarme del lugar. Sentía que estaba encaminándome, que crecía, valiente y convencido. Sabiendo a lo que me exponía dejé volar mi mente, las hipótesis aparecían y las afrontaba sin miedo, en todas aparecían mis amigos y mi Maestro Teo. Echaba de menos a mi familia y no tenía noticias de ellos.

#### 4.6. Origen y Destino

La estación seca sea había asentado. En cambio, el agua brotaba de las montañas. Algunos días claros se podían ver las cimas nevadas si eras capaz de enfocar la vista entre los picos. La nieve de M8000 se hacía agua, buscando siempre el punto más bajo, cada gota que formaba parte del río acabaría siendo lago, esa transformación podía verla, sentirla, junto al refugio 80.

Un día quedé con Nah para bucear y expoliar la construcción sumergida junto a la cascada, nos dedicamos a sacar todo tipo de reliquias metálicas, monedas de diferentes metales, baúles, vajillas y otras cosas más dañadas. Trajo consigo un recipiente con aire comprimido dentro que te permitía respirar bajo el agua. Después uimos a la barquería con una muestra del botín. Vir se maravilló con las terminaciones e incrustaciones. Un monje

que estaba allí quiso comprar un plato de plata, se lo regalé, era para su mujer, que estaba embarazada. Al día siguiente fuimos de nuevo, así hasta que lo limpiamos todo. Nah me dijo que con las ventas de lo sacado del lago y mi estilo de vida ya no tendría que trabajar en varios ciclos, tenía pecunia de sobra. Amplió el negocio con artículos de artesanía, recuerdos y reliquias, después traspasó su tienda, estaba en la zona más concurrida de Lago Grande. La afluencia de gente se había incrementado notablemente. Muchas personas de las zonas pobres del Clan Hermano y obreros de Sofópolis se mezclaban con los fieles peregrinos y los frecuentes devotos, además de turistas que buscaban ocio, así como los que buscaban elevar su espíritu. Estaban haciendo construcciones en la zona colindante con el desierto, por lo que muchos trabajadores en sus días de ocio frecuentaban el lago también. Se hizo además un embarcadero en la orilla norte del lago, extendiendo el negocio del barquero, pues se optimizaban los viajes al cruzar pasajeros cargados en las barcas en ambas orillas, ya que estaba justo a la bajada de la ruta del medio hacia el Templo del Equilibrio, que últimamente traía muchos peregrinos y otros que venían a ganarse la vida con el auge de Lago Grande. No habían llegado peregrinos provenientes de Origen.

En el refugio ejercía de aldeano, era el único habitante de la Aldea; bueno, y Blanco, que nunca me acompañaba al lago, no le gustaba el agua. La presencia del ratoncito me recordaba a mi familia, por las noches velaba por mí. Bajaba a la barquería un par de veces por semana para trabajar si se terciaba, recoger ingresos, comprar herramientas o utensilios, así como víveres. Los siguientes meses realicé muchas tareas en torno al refugio. El huerto operativo como prioridad ya estaba en marcha, había arreglado y limpiado una fuente cercana que conducía agua hasta el refugio. Desmonté, limpié y monté nuevamente las conducciones de la estufa metálica porque metía algo de humo. Pinté y saneé las ventanas y puertas, amueblé el interior y preparé una letrina en el exterior. Me propuse recoger la leña para el frío que llegaría previo a la estación de lluvias y, de paso, exploré los alrededores, había una nutrida variedad de frutales y frutos secos, incluso maíz salvaje que se convirtió en el grueso de mi alimentación. También adecué el camino de subida desde la cascada en la orilla norte.

Exploré la supuesta ruta originaria al Templo del Equilibrio en la Meseta que estaba cerrada, era bastante peligrosa y la montaña se había derrumbado en el camino nada más empezar lejos del M8000. Miraba la montaña como si de un reto se tratase, todos los días en algún momento tenía un recuerdo para la montaña más grande de las Jorobas, pensaba que podría llegar en dos o tres semanas a su cima, aunque debía ir bien preparado, por lo que fui haciendo el equipo necesario para ello, con cariño y sin prisas, lo tendría todo preparado para salir cualquier día que notase el impulso necesario, aunque siempre me atrapaba la maravillosa rutina de Lago Grande.

El tiempo pasaba y empezaba a hacer frío, las visitas de los turistas decayeron, muchos negocios cerraron hasta la nueva temporada, aunque con las obras algunos continuaron abiertos o abrían solo cuando descansaban los obreros. El ritmo era diferente. Los lugareños a veces deseaban que llegasen el frío y las lluvias para disponer de más intimidad en el lago, parecía que las visitas incomodaban. No me solía encontrar con Xen, que había cambiado de residencia. Mi camino habitual a la barquería era por la orilla norte y aprovechaba para

pasar tiempo con el barquero que nunca me dejaba remar, siempre había algún fiel en el nuevo embarcadero para recibir a los peregrinos de la Meseta.

Un día no crucé, decidí dar la vuelta al lago. En el camino había surcos de ruedas un poco más al oeste, aunque no veía tránsito. El lago se ensanchaba. Muy lejos quedaba la otra orilla donde estaba el negocio de Nah. Continué y finalmente el lago desapareció, teniendo el desierto como horizonte. Me encontraba parado en un punto de encuentro de tránsito rodado: por la izquierda se iba a la orilla sur, bordeando muchos negocios junto al desierto; a la derecha, el camino se unía con otro que se alejaba del lago cerca de la estación y donde estaban haciendo las obras. Llegaban un gran número de fieles encapuchados con sus capas rojas que caminaban en silencio por el arcén del camino, portaban pancartas y octavillas, uno alargó su mano para entregarme una: «Rechazar el proyecto de la estación de levitación para proteger al lago».

No muy lejos se veía una gran carpa muy iluminada, con dos torreones metálicos que portaban grandes focos que incluso brillaban de día, se veía bastante polvo y vehículos en movimiento en el interior del recinto. Me quedé pensativo, cuando el ruido de un carruaje llamó mi atención, cargaba cuatro mujeres y varios sacos, lo guiaba otra mujer, estaba envuelta en una capa blanca, se quitó la capucha y fijó su mirada en mí, su presencia y esencia imponían, aunque era muy reconfortante sentirla dentro de mi Ser. Su capa me era familiar, apagué mi mente y esperé a que esa respuesta llegase por sí sola.

—¿Subes, Maestro Lao?

Su voz era armoniosa, así como sus facciones maduras. Sus acompañantes estaban felices y plenas, libres de cualquier peso ajeno, todas se sincronizaron radiando al unísono esa misma esencia que acunaba. Supe que debía subir, era irrechazable, todo lo que nacía de las mujeres del carro me olía a amor, a hogar. Los caballos empezaron a tirar, recorrimos la orilla norte en dirección al refugio. El viaje fue un parpadeo, había una tensión en el ambiente que no incomodaba, al contrario, deseaba que fuera a más. Empezamos a subir una cuesta empinada, no sé dónde dejamos la orilla norte del lago, estuve totalmente distraído. Me bajé del carro, fui junto a la mujer que dirigía y acaricié el lomo de los caballos caminando junto a ellos, no me había percatado de que no iban atados, estaban tan integrados como los animales de la Aldea. Recordé a Hada dándome lecciones silenciosas sobre armonía animal, me ocurría siempre que veía una bella mujer.

Fijé mi vista al frente, subíamos la primera fila de montes. Antes de divisar la cima, aún en la cuesta, paramos y escuché un silbido muy característico. A la derecha de una pared de yedras sostenida entre dos árboles se desvelaba un camino oculto, me quedé fascinado con el camuflaje y el mecanismo. Mientras pasaba por debajo miré hacia atrás, era un portón de maderas verticales que en sus extremos tenían ancladas poleas y unos sacos de contrapeso. Un par de ellas bajaron del carro, cogieron unas escobas para barrer el rastro del surco de las ruedas para impedir localizar la entrada. El portón de yedras empezó a bajar. La luz era suave y la brisa, fresca. Subimos un poco más, perdiéndonos entre vegetación, y continuamos por un sendero que lentamente iba disminuyendo en frondosidad e inclinación, hasta que se abrió en una planicie bastante bien delimitada por barrancos boscosos. Subí al carro junto a la guía. Había muchos animales pastando, árboles enormes y centenarios, varios

cobertizos de madera. El camino siguió empedrado en plano, huertos a ambos lados y varias mujeres trabajando por doquier muy sonrientes. Al fondo, un muro no más alto que un hombre protegía el grueso de casas en el interior del poblado de madera y piedra. El camino de llegada cruzaba por una gran puerta de hierro abierta de par en par, sobre sus anchos pilares descansaba un arco de hierro forjado que sostenía unas letras muy decorativas con pliegues como ramas de árboles que le daban forma a la palabra legible: «FEMEN».

Al entrar miré el edificio mayor, el campanario, y mis ojos se fueron hacia la campana, el badajo se columpiaba hasta que golpeó creando un sonido profundo y grave que se extendió durante varios segundos sostenido en el aire, pero no molestaba a los oídos, casi ni se escuchaba, sin embargo, hizo que vibrara mi consciencia y me erizó el vello de los brazos. Algo agitó mis recuerdos primigenios, reconocí claramente esa sensación que ya había vivido, me vi sumergido en tiempos en los que no existía el individuo, los más antiguos de esta existencia quizás. Desaparecí del presente en un instante, una atmósfera densa me permitió transportarme, el tiempo no pasaba. Observando desde un plano elevado reconocí al bebé que estaba acurrucado en los brazos de una pareja vestida con capas blancas, mientras el profundo sonido de la campana vibraba en el interior de todos los presentes en la escena. La mujer destapó su cara, feliz y cálida, y levantó al bebé hasta la altura de sus ojos, acercó su mejilla canturreando una melodía muy dulce. Reconocí el rostro de mi Maestro Teo, junto a ella. Ambos se abrazaron radiando amor, la mujer dijo:

—Lao, intenta ser siempre quien debes ser.

Me sentía en casa. Iba saliendo de aquella ensoñación retrospectiva y me sentía tranquilo. La luz era más tenue, ya estaba sombreado el poblado, el carro estaba vacío y seguí sobre él. El Sol se ocultaba entre montañas, las ventanas desprendían olores a guisos, pan horneado, familia, felicidad. La mujer de la capa que me había acompañado durante el viaje se acercó y se presentó alegremente:

—¡Ya te has despertado! Me llamo Mom y será el único nombre que te demos hoy, pero eso no debe preocuparte. Veo que ya sabes dónde estás. Todos volvéis al menos una vez. Esta noche festejamos tu vuelta y honramos tu pasado, presente y futuro. Por favor, acompáñame, Lao.

A modo de bienvenida acompañó con el gesto de sus manos la bajada del carro, que se alejó. Mom silbó, repitiendo dos veces tres tonos progresivos. De las casas salieron mujeres de todas las edades, ancianas, adultas y jóvenes en su mayoría, con varias niñas pequeñas y no más de tres bebés. Mientras caminábamos pausadamente iban acercándose para saludarme con sutileza. Crucé toda la calle principal del poblado y todas las mujeres de Femen honraron mi llegada. La última en saludarme, lo hizo abrazándome, mientras olía profundamente mi cuello, metía su mano en mi pelo y me estrujaba contra sus pechos. Los abrazos se iban agregando a nosotros como una piña, quedando todos unidos en un círculo conmigo en el centro.

Nada más dispersarse todas, el ambiente cambió. Varias mujeres se pusieron a cantar, todos bebíamos, mientras preparaban un gran comedor a modo festivo. Me pidieron que ayudase a encender las hogueras, me encantaba elegir los tamaños y formas de los troncos para que la candela siempre estuviera perfecta a medida que los troncos se consumían. Eso

les iba explicando a las jóvenes que me acompañaban, hablábamos de cosas comunes, sin más que describir el momento. Después me llevaron a charlar con las más ancianas, que pronto se despedirían de mí. La bebida entraba muy bien y calentaba mi cuerpo, aún no habíamos cenado, pero me sentí vigoroso y en paz. Fuimos al comedor, era fascinante ver como todo fluía, todas comían y servían a la vez, sin hablar del tema. Mom, sentada junto a mí, estuvo comentándome sobre su poblado, sus mujeres y sus costumbres. Eran exactamente cien mujeres de todas las edades y máximo cinco bebés, los varones necesariamente debían partir al ciclo de vida con la familia asignada. Los métodos para la gestión sostenible de la comunidad no diferían mucho de los de la Aldea. Eran muy empáticas y practicaban todo tipo de disciplinas para el bien común, todas eran importantes y necesarias, pero ninguna imprescindible. Mom no pretendía confesar los cometidos finales de Femen, por lo que poco más comentó sobre los bebés, aunque imaginé que siempre sus destinos estaban bendecidos por ellas, lo que me llenó de gozo. Los guisos y alimentos que degustamos eran como los del local de Lago Grande, excelentes.

Se iba despejando la mesa de comensales, pronto quedamos solo Mom y yo, junto a tres jóvenes que seguían charlando animadas a modo de sobremesa. Me unieron a la conversación, invitándome a beber un licor que nos tenía espitosos. Mom callaba pacientemente mientras las otras comentaban asuntos vinculados con el destino, el Cónclave y su Interpretación. Toda la mística común con otras comunidades ayudaba a integrarme como parte del mundo, como si la cultura que compartíamos trascendiese a nosotros, todos sentíamos del mismo modo la existencia y el cometido. El licor estaba avivando mi metabolismo, me sentía fuerte, de un modo poco frecuente. Mom se acercó a nosotros y nos pidió que le acompañáramos a una sala, parecía tener la intención de cambiar el tema para centrarnos en algo concreto. Caminamos por un pasillo y nos paró frente a una puerta, nos dijo sin tapujos:

-El enfoque de la sexualidad de una persona es un signo de su nivel de evolución. Las personas no evolucionadas practican la relación sexual ordinaria. Al poner todo el énfasis en los órganos sexuales, descuidan los demás órganos y sistemas del cuerpo. Cualquier energía física acumulada es rápidamente descargada y, de igual modo, quedan disipadas y desordenadas las energías sutiles. Es un gran salto hacia atrás. Para aquellos que aspiran a ámbitos superiores de vida, existe un aprendizaje sexual sutil. Como cada parte del cuerpo, de la mente y del Alma, anhela la integración con su biología, la relación es dirigida por el Ser y no por los órganos sexuales.

Escuchábamos con atención sus palabras. Mom desprendía sabiduría, experiencia y sensualidad. Por la parte baja de la puerta escapaba un aire cálido que olía a flores. Abrió sendas hojas de la puerta, mostrando una habitación con varios colchones en el suelo y una hermosa chimenea al fondo, el ambiente era muy cálido. Me acompañaban tres mujeres, dos de ellas más de más edad, que, muy animadas se adelantaron al interior, se desprendieron de sus ropas con un gesto sencillo dejando caer sus capas, que resbalaron hasta el suelo rozando sus pieles. Caminaban descalzas con pasos muy pequeños, el talón del pie izquierdo casi tocando los dedos del pie derecho, como siguiendo una línea pintada en el suelo, sus caderas curvadas y cálidos movimientos rogaban que las acompañáramos al interior. La tercera mujer más joven estaba nerviosa, Mom continuaba tranquila dirigiéndose a nosotros:

-Mientras que la relación ordinaria está llena de esfuerzos, el aprendizaje sutil es tranquilo, relajado, silencioso y natural. La relación ordinaria solo une un órgano sexual con otro, pero el aprendizaje sutil también une el Alma con el Alma, la mente con la mente y cada célula de un cuerpo con cada célula de otro cuerpo. El placer del otro se convierte en el tuyo propio.

Mom cerró la puerta tras nosotros. Hacía calor. Me desprendí de la capa quedándome solo con una prenda. El fuego bañaba sus cuerpos, que sugerentemente me ofrecían. Se acercaban. La más joven se apartó un poco. Pronto una de ellas me agarró de la cadera acercándose mucho a su cara, sus labios rozaron los míos, yo agarré a ambas mujeres y las aprisioné contra mi cuerpo desnudo. La noche fue larga, casi no pudimos dormir.

Al despertarme, estaba solo, con un magnífico desayuno preparado, mis ropas estaban limpias y disponía de una nueva capa que me habían regalado. Tras asearme me vestí con la ofrenda. Salí y el Sol lucía fuerte, pero hacía un frío húmedo de rocío. Las mujeres de Femen estaba ocupadas como para despedirme. Me marché en un caballo marrón que me acercaría al lago. Me encontraba extremadamente sensitivo y calmado., En paz y reflexivo, miraba el mundo y este parecía mostrarse hacia mí de una manera más relajada. Al llegar al cruce de la orilla norte me apeé del caballo que volvió a casa tras un leve relincho, sabedor de su retorno. Era temprano, pero quería descansar, por lo que marché al refugio. Al pasar por el embarcadero norte, me topé con un fiel que ayudaba al barquero y me comentó que había habido un altercado en las obras de la estación esa noche, perpetrado por varios fieles, los funcionarios respondieron violentamente también. Nada más llegar me tiré en la cama y me quedé dormido con la luz en mis párpados degustando la noche en vela.

Todos los días eran iguales: varias horas de meditación, un paseo y coger leña, trabajar en el huerto, preparar una taza de té, limpiar el refugio y asearme, hacer la cena, lavar los platos, bajar al lago... Así pasaban los días, las semanas de soledad, la vida ordenada y simple florecía en su totalidad en mi Ser interior. Nah fue el primero que vino a verme, era el único que había estado en el refugio, pero no fue capaz de encontrarlo, gritó tanto que lo oí junto a la cascada y fui a su encuentro. Nah no estaba acostumbrado al estilo de vida que llevaba, era una persona que necesita ilusiones para ver los colores del mundo, era un hombre bueno y sensible, aunque se aburría rápidamente en silencio. Los conflictos en Lago Grande persistían, la temporada fría daría paso a las lluvias, por lo que no había turistas ni ocio y las zonas recreativas estaban cerradas. Nah, aburrido, vino al refugio apesadumbrado. Hizo un comentario disonante y tedioso, sobre lo monótono de vivir, buscando respuesta en mis palabras. Intenté participar de un modo social sin más trascendencia de lo debido.

-Es la vida. Vives. ¿Y no te basta? ¿Te parece poco? La vida es una sucesión de hechos y acontecimientos, muchas veces repetidos o rutinarios y otras, las menos, más relevantes o extraordinarios, como las maravillas que el mundo puede ofrecer; pero hay que abrazar la vida y aprender de todos los acontecimientos, pues incluso los más triviales pueden vivirse desde la atención y la plenitud y convertirse en Maestros de la realización personal. Solo obrando así convives con la armonía de lo sutil.

-Quizás es que hoy me sienta un poco... pocho.



No pude evitar la risa, que fue muy contagiosa, se desternillaba junto a mí. Apuré la pipa mientras se calmaba, rápidamente el clima cambió a más animado. Pasamos muy buen rato, supongo que para eso quedan dos amigos, incluso Blanco se animó a coquetear con Nah, nunca había hecho antes ese ofrecimiento a otro humano. Nos despedimos hasta otro día.

La visita me animó a que fuese a recoger algunas cosas pendientes que tenía en la barquería y también a comprar provisiones para la temporada de lluvias. Paseé por varios negocios y casas de vecinos, a la vuelta tenía la mochila cargada de materiales, alimentos en botes, un par de botellas de licor y alguna hierba para fumar en pipa. Al llegar a la barquería el panorama en su interior era político, los conflictos se daban casi a diario entre los fieles de Lago Grande y los funcionarios. Las protestas pacíficas de los fieles que se congregaban cerca de las obras de la estación de levitación con la intención de interferir en los trabajos solían acabar con intervenciones violentas. Xen estaba reunido con un gran grupo de representantes y acólitos, hablaban de intentar formalizar una tregua con el Clan Hermano, que no tenía intención de demorar las obras bajo ningún concepto. La postura más apoyada postulaba seguir con la lucha, intentando unir todo el poder de los fieles desde la Meseta a Origen para impedir el avance de las obras. El Templo del Equilibrio disponía de un grupo de fieles que velaba por sus intereses incluso usando las armas con adiestramiento en el arte de la guerra, pero parecía que por el momento no intervendrían. Otros contestaban que los fieles de Origen no acudirían por los problemas en la Sucursal y los del norte de las Jorobas estaban armándose y preparándose sin más intención que esperar al enemigo en sus regiones. La reunión era acalorada y tensa, no había consenso claro, parecía que todo el destino del mundo se estaba jugando en el proyecto de la estación de levitación de Lago Grande, que tras la caída de Sofópolis y Origen suponía uno de los últimos bastiones de los fieles que custodiaban a la Jorobas. El conflicto presentaba el mismo problema de la propia naturaleza humana, era complejo de asimilar cómo una idea tan alejada de la Fuente podía generar un clima tan emotivo, tan real, donde la mente estaba obligada a intervenir por propia supervivencia. El Alma se veía doblegada por la autoridad de la mente, las conciencias debían asumirlo para que sus Seres no sufriesen.

El barquero, en silencio mientras todo ocurría, ayudaba a Vir en las manualidades del cuero. Me coloqué junto a él sin llamar la atención. Se hizo un silencio evidenciando que no avanzaban con las medidas oportunas. Un reflexivo Xen, sentado sobre una tarima alzada con todos al frente, finalmente tomó la palabra. Solicitó voluntarios, unos para ir al norte, hacia el Templo del Equilibrio, y otros al sur, a la Sucursal de Origen, para pedir apoyo. De los que se presentaron seleccionó a los necesarios y los otros fieles rápidamente se movilizaron para ayudar con los preparativos. Noté cómo su decisión trataba de proteger a las Jorobas y sus formas de vida, pero que estaban a punto de renunciar a la lucha. Cargué mi mochila hasta arriba, entendí que debía marchar, por lo que me despedí de Vir y el barquero con un sentido abrazo. Xen bebía té envuelto en sus pensamientos, me acerqué y puse la mano en su hombro. Su mirada me delató, sentía su decepción que también parecía ser la mía, el fracaso de los fieles se derrumbaba y mi figura con ellos.

La proyección de mi Ser en su persona no coincidía con mi autopercepción, ni siquiera podía plantear esos términos que intentaban definir al Maestro Lao, quizás mi Alma estaba imperando sobre la mente y no me permitía reconocerme en el mundo como los fieles querían o como los aldeanos pensaban. Reconocía como ficción lo experimentado en la Ceremonia del Equilibrio. Xen me miró sin intención de ocultar su decepción hacia el Maestro Lao y su inactividad. Salí con la consciencia palpitando, sabía que realmente no podía inmiscuirme en el conflicto de la manera en que todos pretendían, o estaban equivocados o aún debía seguir viviendo para que se crease por sí solo. Mi Ser necesitaba una transformación que no sabía cuándo llegaría, pero que imperiosamente necesitaba para cumplir mi aportación a la Interpretación de Aurora. Era la esperada por los aldeanos y seguidores del proyecto Aldea, y quizás los fieles eran el medio para ello. Esto constituyó los primeros atisbos y elucubraciones del Maestro Lao. En cierta manera me dio esperanzas.

#### 4.7. Eminencias naturales

Estuve varios días recluido en el refugio 80 tras mi visita a la barquería, sin salir de la zona. Aproveché para ultimar los preparativos para el cambio de clima del lago, que parecía que llegaría en breve. Miraba hacia el M8000 y sabía que debía posponerlo, disfrutaría observando la variación estacional de las montañas, cómo cambiaban el color de sus árboles y las distintas hojas, flores y plantas que cubrían el suelo. Parecía que en apariencia no estaba aportando lo que se espera de un aldeano del proyecto Aldea, sabía que la senda de mi Ser no debía estar sometida a interpretaciones de nadie, ni siquiera de mi mente, mi aporte a la Interpretación o al mundo llegaría de una manera armoniosa, sin apego a nada. El conflicto denotaba un posicionamiento o una corriente de pensamiento, esto no era una forma sutil de proceder, por lo que la paz no se podría crear como consecuencia de una victoria o derrota. Todo el entendimiento no evitaba el sufrimiento. Estaba en un estado de empatía muy elevado, creo que triste, solo distraía al pesimismo meditando mientras caminaba, absorbiendo todo lo que la naturaleza me ofrecía. Siempre había intentado imitar las técnicas de los Agros para la comprensión de la flora, Tita era capaz de percibir el estado de salud de las plantas, detectando las carencias que podrían sufrir, a veces el sustrato no era el idóneo, necesitaban más horas de Sol, o la planta simplemente estaba enferma o vieja. Percibía lo que ocurría en Lago Grande y que me perturbaba, el conflicto era una obviedad que no pasaba desapercibida y perjudicaba mi presente, era conocedor de que no muy lejos los fieles entregarían sus vidas a una causa y no podía ayudarlos. Pero mis preocupaciones no acababan con eso, también se extendían al lago, al río, al desierto. Mi Ser parecía estar siendo consciente de asuntos que quedaban impregnados en una sensación que lo envolvía todo.

Pasaron los días y el clima no tornaba, la cascada hacía poco ruido por el pobre caudal, las montañas necesitaban el cambio de estación, todo estaba seco y triste. La siguiente semana todo aparecía nublado pero el ambiente no llegaba a mojar la tierra. Miraba al cielo preguntándome cuándo llovería, había pasado tiempo desde la fecha estimada para las llegadas de las lluvias. ¿Sería posible que las Jorobas estuvieran afectadas por la lucha de los fieles en contra de las nuevas obras de la estación? Aunque sea una cordillera puede verse

inmiscuida en el conflicto que vivíamos todos, más allá de los problemas humanos, todo estaba imbuido de separación. La mirada de Xen respecto a mi incompetencia con la causa de los fieles me dañaba, no podía entender qué demandaban del Maestro Lao, aunque me dolía pensar que posiblemente mis amigos también podrían tener un sentimiento similar.

Necesitaba contactar con mi consciencia, no era capaz de explicar nada. Decidí meditar dejándome guiar por la energía sutil para encontrar el sitio propicio. Nada más salir del refugio los pasos me acercaron a la cascada, podía ver el agua caer como hilos escurriéndose por las rocas, sin fuerza. Al acercarme pude apreciar el nudillo de la cascada, eran rocas tan grandes que más bien parecían trozo de montañas que aún resistían a la erosión y desgaste del río, sobresalían como la proa de un barco surcando el mar. Fue sencillo llegar porque el agua casi no cubría. Me coloqué en el borde, sentado en posición de loto, cruzando mis pies bajo las persistentes nubes sobre Lago Grande, cada vez más pequeño en su extensión de agua. Las Jorobas guardaban mi espalda y el desierto como horizonte parecía estar entrando en el lago. Sentí en mi cuerpo el viento que venía desde el oeste, muy seco; por otro lado, minúsculas gotas frías rozaban mis mejillas, el ambiente era húmedo y mojaba mi figura. La sensación era incomprensible, un aire sin mezclar que me sirvió como canal preciso para caer preso de una profunda conexión cuando me trasladé a una gota.

Como si mi Alma se alejase del cuerpo físico, empezó a ascender lentamente, veía todo el lago y las arenas de más allá, mi cuerpo sentado, el humo de la chimenea del refugio 80 desvanecerse en el aire y el río caer por todas las laderas de las montañas hasta llegar a la cascada. Ascendía hasta las nubes más altas donde se gesta la lluvia, estuve allí poco tiempo, hasta ser llovida sobre la cima del M8000. Como una técnica armoniosa de meditación guiada por una deidad no presente, pronto empecé a perder altura precipitándome al suelo de la montaña, ahora como una gota de lluvia. El frío me hizo nieve, quedando atrapada sólidamente en lo más alto, eones de tiempo pasado confinado en el lugar donde las nieves eran perpetuas. Hasta llegar al presente, donde el aire seco me otorgaba movimiento otra vez. La gota bajaba violentamente hasta encontrar el río, allí sentí el remanso y el ser parte de un todo, como cada gota que forma el río, con un sentido común no muy lejos de ese sentimiento compartido por los fieles. Imparable, como una eminencia natural, seguía su curso, era caudaloso, se deslizaba majestuoso y tranquilo, sorteando con habilidad toda suerte de obstáculos, sin que nada pudiera frenar su curso. Atravesaba valles, gargantas, bosques y desfiladeros, hasta encontrar la cascada donde me encontraba meditando, pude ver mi figura antes de caer al lago como última parada a la no existencia, desapareciendo en la orilla bajo las abrasadoras arenas del desierto. Percibí la muerte del río y sentí lástima por ello. La existencia de la gota de agua truncada, el río apenado y furioso obligado a terminar su curso, anhelaba poder desembocar en otro río o mar. «¿Qué hacer?», pensé. Cada vez que las aguas llegaban a la arena, esta se las tragaba. Me sentí angustiado por no ser capaz de guiar la meditación. Reflejado en el conflicto del río, no hallaba la respuesta. La identidad del río era la mía, entonces una voz desde una región de la consciencia ilocalizable permitió dar respuesta a la pregunta: «Permite que el viento te absorba. Te diluirás en él y luego lloverás más allá de las arenas, se formará otro río y este desembocará en uno mayor, o quizás en el mar».

No esperaba que la meditación produjera este tipo de sensaciones. Caí en la cuenta del viento seco y la humedad del ambiente, en cómo no se mezclaban. ¿A qué se debía? ¿Por qué sentía esa analogía? Disponía de la respuesta, pero aún me era difícil asimilarla para darle forma. Como último reducto de autenticidad del individuo el dilema era el mismo que para cada Ser vivo, temer perder la identidad, renunciar por completo al Ego y dedicarte a una causa en cuerpo y Alma. Pero, ¿seguiría siendo el mismo? La simple formulación ya era un gesto de gallardía que anticipaba la respuesta sutil que provenía desde el mismo Cónclave: «Serás tú y no serás tú. Serás el agua que llueva, que es la esencia, pero el río será otro. Ese es el verdadero contenido, el resto carece de importancia». Salí de la introspección bruscamente.

Durante el camino de vuelta, estaba totalmente concentrado, analizando qué había ocurrido. No había dudas de que la meditación había destapado esos brotes ocultos de la existencia, no estaba siendo consciente de ello, ahora lo entendía a través de la analogía del río y el desierto, pero entenderlo no implicaba conocer la solución al problema del Maestro Lao. Lo ocurrido parecía haber quedado en pausa, avecinando algo que nos definiría. Seguía dudando, pero con muchas más variables a tener en cuenta. El río y sus gotas son una unidad: «¿Qué diferencia hay entre él y ellas? Cuando se mueve una gota, es de agua, y de agua es el río que se mueve con ella. ¿Dónde está, pues, la diferencia? ¿Deja de ser agua porque se la llamó río?». Entré en el refugio confuso.

Los días pasaron. Compulsivamente iba a meditar sobre la cascada, me solía sentar en la roca más grande. Iba todos los días, generalmente al atardecer, pero solo recordaba la sensación de haberme sentido río. Tras levantarme de la meditación contaba las luces de los negocios de ambas orillas, por lo que me hacía una idea de la ocupación del lago. Se veían aflorar las ruinas que antes estaban cubiertas por el lago, perdiéndose bajo las arenas. Al fondo, lindando con el desierto, se veía cada vez más luz procedente de las instalaciones del proyecto de la estación de levitación, que, a pesar de quedar ocultas tras la montaña, iluminaban el crepúsculo. El conflicto persistía en Lago Grande y sus habitantes, en las eminencias naturales, el río y desierto, y en mi Ser, como aldeano y Maestro Lao.

Llevaba tiempo solo en el refugio, por lo que decidí ir a la barquería muy temprano. En la orilla norte el barquero parecía esperarme, había un trecho desde el nuevo embarcadero hasta donde flotaba la barca. Al llegar volví a ver una escena similar a la acontecida varios meses antes, pero más numerosa y tensa. El tema, por supuesto, la estación de levitación y sus obras. Varios fieles casi increpaban a Xen por su mediación en el conflicto, Xen los escuchaba en silencio emulando la esencia negra del barquero, yo hice lo mismo desde el fondo, me alegré al sentir algo de curiosidad, un fiel gritaba:

—Ahora empiezan con la segunda fase de la adecuación, han localizado el lugar donde estará el punto de unión con las vías y van a hacer un gran orificio, dicen que estará en la grieta norte del lago. Van a volar parte de la montaña.

—¿Cómo?! ¡Volar la montaña! —dijo Xen rompiendo su silencio. La furia brotaba de sus palabras. Era la primera vez que lo veía tan iracundo.

-Sí -prosiguió el fiel sin miedo-. Usarán explosivos como método de perforación, quieren estar cerca de las vías y aprovechar una infraestructura enterrada. ¿Ahora entendedís por qué no debemos permitirlo? ¿Cómo podemos obviar esta atrocidad?

Xen, ejerciendo de líder, y muy apesadumbrado, respondió:

-Los fieles de Lago Grande no tenemos capacidad para enfrentarnos a los funcionarios del Clan Hermano. Lo siento, solo podemos aceptarlo e intentar que el cambio no nos afecte demasiado, creo que es lo más inteligente que podemos hacer. Para ello han venido desde la Sucursal y la Regencia, para entablar un acuerdo que nos beneficie a todos.

La noticia me afectó mucho: ¿explosionar la montaña? Además, en un punto bastante próximo a Femen. El estómago marcaba mi malestar, estaba muy apenado, como todos. Salí del fondo para acercarme más a ellos. Todos murmuraban tristes y enfadados. Un hombre envuelto en una capa roja estaba sentado mirando hacia el suelo, percibía pasión en la esencia, aunque estaba inmerso en sí mismo, dirigiendo toda su atención a su interior, aislándose de lo que lo rodeaba, reflexivo sobre lo que acontecía. Miré su rostro y encontré la cara de mi querido Kundo, cansada y con facciones más duras, los ciclos pasados desde la salida de Origen habían marcado su Ser y su rostro. Mi presencia lo sacó de la ensimismación, levantó la cabeza esperando verme, rápidamente su esencia y sus gestos se tornaron en felicidad y amor, junto a la mía, vibrando iguales, como si no hubiera conflicto ni problemas. Nos abrazamos sentidamente.

Hicieron un inciso, algunos fieles de Lago Grande me miraron como si antes no me conocieran, sabedores de que era el Maestro Lao, oculto todo este tiempo entre ellos. Nos retiramos junto a la chimenea y me hizo una leve síntesis de lo ocurrido desde mi marcha. Kundo estaba sorprendentemente maduro, se reconocía a su padre en su Ser. Me contaba que los funcionarios bloquearon todas las salidas de Origen: desde la estación del volcán hasta las rutas de peregrinación desde la Sucursal, estaban cerradas bajo la ley marcial del Clan Hermano. Aunque no se metían mucho en la ciudad estaban impidiendo el contacto entre fieles de la Meseta, Lago Grande y Origen. Por suerte, las Jorobas eran difícilmente controlables. La Regencia tuvo que intervenir para evitar una posible violencia a la que no estaban acostumbrados, accediendo a muchos de los requisitos del gobierno de Núcleo. Formalizaron una serie de tasas y registro de fieles, para controlar y recaudar del personal de la Sucursal. Los funcionarios esperaban que apareciese, pero con el tiempo dejaron de buscarme. Algunos fieles abrieron unas carpas en la playa, para atender a los muchos heridos de las trifulcas. Los habitantes de Origen parecían haberse unido por una causa, posicionados en contra de un estado impositor. Esto hizo que surgieran grupos de fieles belicistas, que constituyeron una facción dentro de la Sucursal y parecían ir en aumento. Esto no era nuevo para los fieles de la Meseta. Posteriormente empezaron las revueltas en el volcán. La Regencia, a espaldas de las negociaciones políticas protocolarias, se había convertido en un órgano político de los fieles de la Sucursal.

-De la mano de Bill y tus amigos sentimos que somos un equipo -dijo Kundo con sinceridad. Establecieron una estrategia bloqueando la estación de las montañas para cortar los suministros como modo de extorsión y presión. El Clan Hermano crecía, pero siempre vivía al máximo de consumo, sin previsiones, cualquier desequilibrio en su sistema quebraría sus

planes; además, la expansión al norte tiene un coste y oportunidad mucho más interesante que la península, por lo que el gobierno de Núcleo cedió nuevamente la gestión del volcán-. Por suerte, los fieles de Lago Grande acudieron a ayudarnos, y con un ataque conjunto con la Regencia finalmente pudimos liberar la Sucursal del asedio de los funcionarios.

Las emociones de Kundo eran verdaderas, repletas de bien. Cargaba con el dolor de muchos, pero no lo apartaba, sino que era motivación para continua. Lo admiraba mucho por ello. Comentaba que la falta de recursos también afectó a Origen, la economía la ciudad estaba íntimamente ligada a sus relaciones con el Clan Hermano, por lo que se debía encontrar un acuerdo más estable y que, al menos, evitase hambrunas a corto plazo. Por eso estaban en Lago Grande, para negociar las condiciones de una manera efectiva.

Con dolor decía que numerosos fieles y personas se habían visto obligados a cometer actos de violencia, como una reacción contra un estado de injusticia, o como un acto de disenso. El principal cometido era designar acciones más organizadas, más prolongadas en el tiempo o con proyección en el futuro, y con objetivos más generales o un propósito más claro de transformación social, buscando nuestra identidad y unificando a todos los fieles de las Jorobas. Comentaba que su presencia en Lago Grande tenía como objetivo fijar los términos de un acuerdo, desbloquear la situación de los fieles y preservar la identidad de Lago Grande para no ser arrastrada por la forma de vida del Clan Hermano, conservando la esencia de enclave único en las cordilleras como un lugar sagrado de la ruta del Equilibrio. Los fieles de Lago Grande, cuando hablaban de las Jorobas, parecían velar por la cordillera como si fuera el mayor cometido de su sociedad. Me impresionaba su devoción. Aceptaban que la progresión del Clan Hermano era inevitable y que la mejor solución era participar y moldear desde dentro, velando por el Equilibrio.

Siguieron charlando intentando definir y concretar los términos de un acuerdo global. Respecto a Origen, solicitarían la autogestión definitiva, pero manteniendo acuerdos comerciales con el Clan Hermano, y la vinulación a Lago Grande; los fieles no se negarían a la construcción de la estación de levitación junto el lago, ofreciendo la mano de obra y participando en el proyecto de una forma activa en la ejecución y futura explotación, así velarían por la identidad de Lago Grande. Tenía la certeza de que lo aceptarían como una gran oportunidad, del mismo modo que también sabía que cuando el Clan Hermano lo estimase volvería a crear un conflicto, por lo que tendrían que manejar muy bien la colaboración.

Me hizo unos cautelosos comentarios sobre mis apreciados amigos. Kili se había convertido en un pilar fundamental entre los fieles, muy ofrecido a la causa. Y sobre el otro aldeano, mi compañero espiritual Toro, no dijo gran cosa por guardar confidencialidad, pero las emociones de Kundo delataban que ya se había posicionado y tenía claro su papel en todo esto, su sino como aldeano en la Interpretación de la Intérprete, como parte del mundo, como aldeano del proyecto Aldea. Los fieles de la barquería me mostraron algunas reverencias distantes, percibiéndome como el Maestro Lao.

Me marché al refugio 80 nadando primero y después corriendo, necesitaba el ejercicio físico para digerir el encuentro. Entre brazadas pensaba y envidiaba sanamente a mis amigos, con admiración sincera. No sabía cuál era mi papel ni cómo participar para ayudar.

La gente de Lago Grande, el lago y el río, todos querían conservar su identidad y yo simplemente encontrar la del Maestro Lao, que parecía estar lejos.

Los días pasaron tristes, pensaba en cómo terminarían las conversaciones sobre la construcción de la estación del lago. Me refugié dejando pasar el tiempo como única sanación posible.

Me desperté de sopetón con un rayo de luz en mi retina, preludio de que la jornada sería vital, animándome a conciliar la paz entre las eminencias naturales de Lago Grande, río, desierto, montaña. Preparé un té especialmente calmante y desayuné fuerte, no llovía y el Sol se apreciaba a ratos.

Al llegar al nudillo grande de la cascada me dirigí, como otras veces, al extremo sobre la roca, me descalcé y crucé sin mojarme los pies, casi no caía agua a la superficie. Me asomé y vi brillar el mástil bajo el agua. El entorno era embriagador. Con todo el amor sincero de mi Ser crucé mis piernas en el borde, casi con los pies en el aire. Replicaba mi introspectiva como una gota más en remanso, me sentía como agua del río, solo me focalizaba en la esencia. Pronto apareció el conflicto en mis pensamientos, vinculado a los habitantes de la península, a los fieles, al Clan Hermano, todos en Lago Grande luchado por sus identidades, incluso el Maestro Lao como aldeano. Me sentía extremadamente perdido, sin guiar la meditación, sin extraer conocimiento y emociones sutiles, con muchos intervinientes relacionados era más complejo el conflicto y, por tanto, la resolución.

Totalmente inmerso en mí Ser, con tod Lago Grande y las Jorobas dentro, noté cómo desde las posaderas entraba en mi cuerpo una vibración, como una expresión de dolor de la tierra. Inmediatamente después llegó a mis oídos un estruendo fortísimo, como si del apocalipsis se tratara. Se produjeron cuatro detonaciones sucesivas sustentadas en el sonido de los derrumbamientos consecutivos, que parecían un grito de dolor espantoso. Las vibraciones aumentaban, igualmente, el dolor, la no comprensión y el conflicto en mi interior. Abrí los ojos para apreciar al fondo de la orilla norte una gran columna de polvo que se mezclaba con las nubes bajas, se levantaba vertical y parecía no tener fin, extendiéndose sobre el lago. A mi espalda noté el viento, arrastraba el ruido de las últimas nieves desprenderse a niveles inferiores, varias piedras y rocas de las laderas también emprendían su bajada. Todo vibraba. Oí un crujido. Sentí un dolor de naturaleza indescriptible, el dolor de los fieles y gentes de Lago Grande, las mujeres de Femen, sus llantos y lamentos. La tristeza absoluta me envolvió, deseaba desaparecer. Era muy intenso todo lo que la cordillera me transmitía, y el río y el desierto. Las eminencias naturales lloraban junto a mí. La ilusión de la realidad y la ilusión de la meditación convivían como una sola, unidas por el dolor.

Aún estaba sentado cuando no pude aguantar el llanto, emitiendo un pequeño lamento de desesperanza que se repetía como un eco. Las vibraciones parecían persistir con muy poca intensidad, la nube de polvo ya había ocultado todo el lago, se diría hacia donde me encontraba y me obligó a levantarme. El viento seco manchaba mi rostro, transformando en barro mis lágrimas, que dejaban su rastro por mi cara hasta perderse bajo mi barbilla. Quise volver a la Aldea, me sentía roto por dentro, tanto como para desaparecer para siempre, era un aldeano fracasado que no sabía cómo ayudar a sus amigos. Otro crujido a mi espalda y en un instante las rocas que constituían el puño vencieron, varias toneladas de montaña y

piedras empezaron a deslizarse por la pared de la cascada. Entonces lo vi claro y salté al lago preso de una desesperación infinita.

Al empezar mi vuelo, el viento que forzosamente cargaba polvo pareció sustentarme compartiendo mi dolor, haciendo de la bajada una lenta penitencia. El tiempo parecía ralentizado por la escena. Me coloqué de cabeza con los brazos hacia abajo, buscando la entrada al lago de forma punzante. En cada metro de bajada iba aceptando la vida, iba sintiendo mi liberación. No importaba nada, me despediría del mundo sin deseos. La cascada se derrumbaba inexorablemente. El río se escapaba sin control. Escuchaba el sonido de las raíces que se rompían, el rozamiento entre las tierras con tantos ciclos de amalgama entre rocas frenaban su caída. Al fin perforé la superficie del lago, parecía que las aguas no mojaran mi cuerpo, el viento que me acompañaba se adhirió a mí, como un vórtice alrededor de mi cuerpo, creando una emulsión de viento y río en torno a mi Ser. La velocidad que había adquirido me permitió llegar al fondo, noté la arena del desierto, el fondo del lago, en mis pies, levantado una nube acuosa de arena que se unió a la emulsión de viento y río. Miré arriba y el nudillo de la cascada estaba encima de mi cabeza y parecía caer inexorablemente para acabar conmigo. La cascada que se desplomaba golpeó el mástil doblándolo, el desprendimiento ocurría tan lentamente que parecía estar ajustándose para buscar un buen asentamiento en el fondo del lago sobre las ruinas. Me impulsé con la esperanza de llegar al exterior, alejándome lo posible. No me faltó el aire en ningún momento. Al asomar la cabeza sobre la superficie del lago, turbio como un lodazal, pude ver el agua del río desangrarse en el lago que descansaba en el desierto. El agua llegaba marrón al lago, los nudillos de la desaparecida cascada quedaron emergidos sobre la superficie, incluso sus arbustos y rocas. Los hilos de agua bajaban suavemente por los surcos de la pared desquebrajada, sanándola y mostrando su transformación.

Todo el dolor de las eminencias naturales, de la gente del lago, definían el dolor de la cordillera. Río, viento, desierto y mi Ser: sentimos un remanso de paz y calma, como si todo volviera a estar en marcha, firme en el Camino Integral, renunciando al Ego, más bien renunciando a Todo. La atrocidad del Clan Hermano resultó ser la fundación de un Lago Grande unido. No brotó ira de mi corazón. Empezó a llover barro, las gotas eran muy grandes y golpeaban felices limpiando el cielo que se cubrió por completo. Estaba muy oscuro, tronaba, los relámpagos se veían caer no muy lejos, su sonido lo arrastraba el viento, petrificando a Lago Grande. La intensidad de la lluvia era descomunal, en instantes mojó toda las Jorobas, volví al refugio 80 y dormí hasta el día siguiente acunado por la intensidad de la lluvia.

Salí a pesar de que llovía muchísimo. No había cauce para el río, el agua bajaba desparramada por la ladera como consecuencia de las intensas precipitaciones, pero no venía de las profundidades de las Jorobas ni de la cima del M8000. El clima había cambiado. Todo había cambiado. Haber vivido tal desasosiego como para renunciar a la vida pareció ser sintomático de un encuentro con mi transformación. Disfrutaba de la tormenta que mojaba mi cuerpo, giraba sobre mí mismo como si estuviera bailando con el todo, agradeciendo estar vivo. La paradoja del Ser que había estado a punto de morir.

La deseada temporada de lluvias llegó para quedarse definitivamente. Las siguientes semanas fueron, además, frías, la tormenta no se alejaba de la cordillera, estaba como



adherida a sus montañas. Viví aquellos momentos de manera muy contemplativa disfrutando de toda la naturaleza mojada que percibía desde los aledaños del refugio 80. No tenía noticias de nada ni de nadie. Estaba orgulloso de la estufa, su tubo de salida de aires de combustión calentaba el costal de mi cama mientras recorría la pared buscando la chimenea exterior. El refugio era un hogar cálido. Pasé varios meses solo. Cuando menguaba la lluvia se veía el M8000 totalmente cubierto de nieve en sus puntos más altos, se había recuperado milagrosamente.

La temporada de lluvias había llegado tarde y duró bastante poco comparado con la del ciclo pasado. El frío menguó por completo y las lluvias acabaron bruscamente, como si no hubiera una transición entre estaciones. El viento se transformó en una suspensión de partículas diminutas de agua que limitaban la visibilidad, formando una bruma muy densa, era difícil distinguir a varios metros de distancia. Empezó a hacer calor como si se tratara de una sauna, costaba respirar. La meteorología estaba siendo anómala.

Bajé del refugio con intención de ver en qué se había convertido la cascada desde la orilla del lago. Aparentemente no había indicios de un derrumbamiento, parecía que todo estuviera allí desde siempre. El agua parecía haber sanado las desquebrajadas paredes. Cruzar el lago con poca agua me resultó muy sencillo, dado que los nudillos quedaron bastante emergidos en la superficie y formaron un paso ondulado por encima, permitiendo un tránsito fácil hacia la orilla sur como un puente. Al poco me encontré con las primeras casas. Sus habitantes, familias que llevaban viviendo en Lago Grande varias generaciones, me saludaron sofocados por el calor. Nunca se había dado este fenómeno climatológico ni este cambio de estación repentina. Los vecinos estaban muy sorprendidos y culpaban a los derrumbamientos de la estación de levitación y al Clan Hermano, les parecía un augurio de tiempos peores, aunque mi sensación era más bien de un encuentro provisional de paz.

Llegué a la barquería feliz. Tras besar a Vir, que estaba sola, me comentó que todos estaban en la orilla norte intentado arreglar el embarcadero. Entraron un par de clientes que profesaban con devoción su Fe a Dios, así que remé con ellos hacia allí. La bruma no permitía ver nada y los clientes estaban nerviosos. De frente encontramos una barca que parecía que iba a chocar con nosotros, los clientes insultaban sin parar al barquero, hasta que pasó rozándonos y pudimos ver que estaba vacía, portando unos sacos. Esto me hizo percatarme de que los insultos vacíos no solo no aportan nada, sino que además son reflejo del estado de sus mentes. Los dejé en el islote de la capilla, reconocí que el lago había cambiado, no porque el nivel del agua hubiera subido o bajado, sino porque se habían producido desplazamientos, hundimientos y alzamientos de sus fondos. Después llegué a la orilla norte, muy cerca del camino de la peregrinación. Tardé en localizarlos, me guié por el sonido de los golpes al clavar enormes pilotes de madera. El barquero se encontraba en un punto elevado, nada quedaba del embarcadero. Lo miré buscando su reflejo y encontré el mío, imperturbable lo abracé y lo besé. Él hizo lo mismo.

Trabajé junto a él toda la mañana. La bruma se iba disipando, dejando un cielo azul cristalino, indicio del cambio de Lago Grande. Quedamos a la mañana siguiente para continuar los trabajos.

De vuelta al refugio disfruté mucho de las vistas. El campo había resucitado con un verde intenso y lo que antes era una cascada que desprendía el agua con violencia ahora era una bajada suave que depositaba cuidadosamente el agua en el lago. Aún quedaba luz y decidí adentrarme siguiendo su antigua cuenca. Pronto encontré zonas que también habían sufrido derrumbamientos, el cauce del río había cambiado. El día quedó muy luminoso, el viento soplaba fresco tras disiparse la bruma, parecía salir de las Jorobas hacia el desierto, extendiendo su verde hasta las faldas de las últimas montañas del lago.

Me desperté motivado, con la sensación de que el cambio continuaba flotando en la atmósfera de las Jorobas. Cuando llegué al nuevo embarcadero norte no había nadie y finalmente, el barquero no se presentó. En cambio, la primera barca que atracó en la orilla, más lejos del embarcadero de lo normal, transportaba a Xen con un grupo de amigos; eran fieles, pero sus capas mostraban una tonalidad de rojo propia de la Sucursal, más oscuro. Los miré con atención, quizás con la ilusión de ver a algún amigo de Origen. Me acerqué lo que pude para anclar la barca agarrándola a uno de los pilotes que habíamos hincado el día anterior. Xen, gratamente sorprendido, hizo un gesto con la mano indicando a modo de presentación.

—Buenos días, Maestro Lao.

Pude notar cómo los acompañantes se tornaron en un gesto de admiración y respeto. Vinieron flechados y a pocos metros se quedaron parados, mirándome perplejos y percibiéndome, me sentí como el barquero. Los fieles rápidamente veneraron al Maestro Lao que participó en la Ceremonia del Equilibrio, sabía que se referían a mi persona, pero eso ya no me inquietaba. Los fieles eran peregrinos de la Sucursal, iban camino al refugio 75 para unirse a otros que ya se habían asentado por la zona. Xen disculpó la ausencia del barquero y me invitó a que fuéramos a ver las obras de la estación de levitación, desde la parte más alta de la grieta al norte del lago, no dudé en acompañarlos. Todos estaban especialmente felices.

Por el camino me contaron que habían establecido una tregua permanente, por lo que Origen parecía haber ganado en estabilidad. El objetivo del Clan Hermano era restablecer las vías de levitación magnéticas y terminar el proyecto de estación de lago Grande. A consecuencia de ello acordaron con la Regencia permitir la libre circulación de personas, respetando su identidad e inclinaciones religiosas y, por tanto, un comercio más justo que sobre todo afectaba a los mercaderes y empresarios de Origen. Por otro lado, la mano de obra necesaria para construir la estación de Lago Grande era muy numerosa, por lo que muchos fieles y gente de otras procedencias de la península estaban trabajando con unos convenios previamente negociados. Hablaban muy bien del regente Bill y los mediadores de la Sucursal, Kundo y Kili. No pude evitar reírme de felicidad al escuchar sus nombres, aunque realmente los sentimientos alegres de los fieles a los que acompañaba claramente se debían a otro asunto. No quise indagar, sabía que acabaría por desvelarse.

Por el camino pasamos cerca de Femen. Pude percibir a sus aldeanas como reducto de paz en el mundo. Seguimos un tramo de la ruta de la peregrinación hacia el norte hasta que nos desviamos para acercarnos a la grieta. Algunos que ya lo habían visto vinieron fascinados con su nueva forma tras los derrumbamientos, el suelo estaba inestable y todo húmedo, las lluvias y la bruma del día anterior habían regado para mucho tiempo.

Continuamos camino al desierto por encima y llegamos animados, no había grieta, su fondo ahora parecía estar lleno de tierra fértil con vegetación aflorando. Sus paredes, que antes estaban erguidas casi verticales, con el desierto confinado entre ambas, ahora bajaban sin pendiente. Aparentemente parecía que todo estaba destrozado, pero el sustrato depositado en su parte más baja haría fértil un terreno para un hermoso valle. El olor a tierra mojada evocaba vida en mí. Seguimos camino al este buscando las obras de la estación de levitación. En la linde con el desierto se podía ver una mordida de un gran orificio que pretendía unirse subterráneamente con las infraestructuras de las vías de levitación existentes. Se apreciaban las consecuencias devastadoras de la explosión en la montaña y cómo la tierra de los desprendimientos había enterrado parcialmente las infraestructuras creadas, originando más daño del calculado. Las máquinas se dedicaban a mover arenas y tierras de las instalaciones, debía de ser una tarea muy difícil dado que eran poco consistentes y se hundían. Las paredes verticales se habían depositado en el orificio creado por la explosión, intentando formar el valle e integrar la grieta en la cordillera. Las estructuras de metal parecían una cicatriz sanada en la piel. Nos acercamos todo lo posible desde arriba y vimos muchas luces rojas que describían un perímetro y varios puntos del interior a gran altura, donde parecía vivirse un caos. Un grupo de personas paseaba por el recinto valorando los destrozos. El orificio principal había colapsado causando la ruina a las obras.

Xen estaba silencioso y no expresaba opinión. Los fieles de Origen sí estaban contentos con los destrozos y posibles demoras que esto ocasionaría. Pronto nos despedimos de ellos, que continuaron al norte en busca del refugio 75, donde decían que bastantes fieles de la Sucursal se habían asentado.

El camino de vuelta junto a Xen fue un asombroso ejercicio de silencio embriagador que nos arrastró a un estado de consciencia muy elevado. Me acompañó por la orilla norte hasta el final del lago y cogimos el nuevo paso hacia la orilla sur. Miraba la ausente cascada con aceptación. Antes de escabullirme hacia el refugio puso la mano en mi hombro y emotivamente, me dijo:

—Maestro Lao, acepta este regalo, lo he guardado todo este tiempo para entregártelo. Debes saber que las Jorobas conservan algo de valor incalculable en su interior que debemos proteger a toda costa. No tengas prisas por volver.

Me dio un presente que sacó de su mochila. Sentía curiosidad por el motivo e intenciones de este, pero Xen no estaba por la labor de ofrecerlo, así que no indagué. Era una pieza de madera de un par de palmos, como un corte circular de una rama de un árbol centenario, muy recto y vaciado en su interior. Sus exteriores estaban tallados con bellos detalles florales con ese surco quemado que deja la herramienta al entrar en contacto con la madera con sumo cariño, ramas y flores confluían en un trébol de cuatro hojas como motivo principal, se veía en relieve, era precioso. Lo moví con dudas, con la intención de percibir su contenido, pero parecía no tener nada. Una tapa fijada con una cerradura permitía acceder a su interior. Le agradecí el gesto y corrí hacia el refugio lleno de intriga.

Entré en el refugio bruscamente, me senté en la cama y con delicadeza abrí la tapa del regalo. Miré en su interior como si fuera el telescopio del Maestro Zero. Estaba vacío. No entendía que pasaba. Me dispuse a rastrear el objeto y descubrí que estaba impregnado de

una esencia muy reconocible, sabía que era trascendente y que Aurora quería que hubiera llegado a mí. Seguía observándolo con precisión. Metí los dedos para palpar sus paredes, noté que no había continuidad en la madera, una pieza cilíndrica presionaba la pared interior, la giré, y con varias vueltas más pude extraerla junto con otro cilindro que servía de paredes interiores de la caja. Entonces unas hojas plegadas se desprendieron. Las saqué con respeto. Sorprendentemente, tras varios ciclos enrolladas habían conseguido tomar forma plana al instante, como si no hubieran sufrido deformación. Eran unas hojas parecidas al papel, pero de un material que nunca había visto ni tocado, parecía que el agua no pudiera mojarlo, se veía muy resistente. Las desplegué en el suelo del refugio. Eran seis pliegues que al abrirse por completo, como una sábana, constituían un impresionante mapa de las Jorobas, se apreciaban al detalle sus caminos, ríos, picos y valles. El acabado era digno de elogios, parecía ser tan real como poder ver las montañas desde las nubes más altas. Me deleité con el mapa, pude trazar el camino realizado por la mañana hasta la grieta del norte, se veían perfectamente las rutas de peregrinación; al sur pude localizar la playa de Origen y su volcán; al norte de las Jorobas, la gran Meseta; hacia el desierto, en el perfil de la falda este de la cordillera, se veían las grietas, el desierto entraba por ellas secando vegetación en su suelo y paredes, solo la del medio contenía a Lago Grande en la zona más pegada a la montaña, y resistía con la vida que creaba la muerte del orgulloso río. Todo había cambiado. La zona del este, sin embargo, era inapreciable, estaba muy estropeada. Lo miré en detalle, aprovechando la luz de la linterna en mi frente, no se percibían indicios de un desgaste lógico del tiempo, sino que parecía haber sido dañado intencionadamente con algún líquido abrasivo. El M8000 presentaba por su ladera más cercana al lago detalles excelentes, dando una idea de sus relieves, incluso parecía disponer de otra dimensión fuera del mapa con la excelencia de su trazado. Casi en la cima del M8000, un símbolo de un trébol verde de cuatro hojas confinado en un círculo. Escuché un ruido y pronto sentí a Blanco entrar por la ventana, hacía tiempo que no lo veía, pero aparecía para acompañarme en mi inminente travesía. Pensé en ir al este, pero después pensé que quizás al oeste. Me dormí pensando que daba igual hacia dónde me dirigiese primero.

Nos despertamos antes del alba con intención de machar a la naturaleza. El ratoncillo rápidamente saltó a mi mochila. Saqué el Orbe y todas las cosas que no me llevaría. Estaba deseoso de caminar. Salí por la puerta y vi como el río había desaparecido por completo, era increíble: solo había algunos caños que llevaban algo de agua con pinta de desaparecer en la época seca. Quedé intrigado por el aspecto que tendrían las grietas tras la transformación de las Jorobas. Bajé y crucé por el nudillo, eran los primeros pasos hacia mi destino. La paz de las eminencias naturales se debía trasladar al entorno como ya estaba pasando en el lago. Me dirigí a la grieta más al sur donde ya había estado al peregrinar desde Origen. Tardé varias jornadas, pero estaba disfrutando del clima y de la compañía que me encontraba. Las paredes verticales, antes secas y carentes de vegetación, que constituían un muro infranqueable como un abismo de arena, estaban derrumbadas, casi llenando por completo la oquedad de tierra fértil, formando un pequeño valle aún no muy consolidado, pero con el verde naciendo con fuerza. El agua fluía regando apaciblemente el nuevo suelo. Portaba el mapa que de la mano de Xen había recibido. Como si el hito me estuviera esperando y

el momento hubiera llegado, sentía que todos inevitablemente participábamos en la Interpretación que aún estaba por resolver. Me dejaba llevar creando mi vida. Lo consultaba asiduamente, más por su belleza que por necesidad, dado que lo había memorizado como el rostro de un ser querido.

No solía caminar por los caminos de la peregrinación, pero a veces era inevitable hacerlo por el trazado. Había muchos peregrinos de Origen animados por el clima y la situación de calma, el ambiente era festivo. Paré en el refugio 91 de nuevo y repuse fuerzas. Tuve que preparar té de flores para todos. Escuché a varios lugareños y peregrinos, sus historias sobre los enfrentamientos de los fieles en Origen estaban llenas de fuerza y pasión. Las batallas en voces de sus protagonistas impactaban en mi Ser. La excelente labor del regente Bill como dirigente, gestor y político era recurrente, pero lo que más me impresionó fueron las reiteradas menciones a las artes tácticas y capacidad de liderazgo del Maestro Kili, parecía haberse ganado el corazón y confianza de los fieles de Origen. Me alegré mucho, mi amigo era como una balanza que declinaba mi sino para cualquiera de los lados, como todos a los que amaba, pero su pasión era especial y me hacía aferrarme a la vida.

Tardé en volver un par de semanas. Había escuchado rumores de que el lago se secaba y, efectivamente, su nivel había bajado muchísimo, tanto que los islotes se hicieron más grandes, como colinitas en tramos secos. Era precioso ver cómo las ruinas afloraban por la superficie del agua, descubriendo un poblado muy antiguo que en algún momento quedó inundado. Sus construcciones eran de piedra, muy robustas. Muchos bañistas se divertían subiéndose y lanzándose al agua aún acumulada en charcos o pozas.

Volví a descansar unos días para continuar con la peregrinación. Tenía pensado ir por la ruta norte al refugio 75, a donde se dirigían los fieles de Origen. Quizás Kili estuviera por allí.

Pasé por varios refugios de la peregrinación del camino central al Templo del Equilibrio. Al ser más interior era muy frondoso, muchos fieles de la Meseta se cruzaban con los de Origen, emanando hermanamiento. Varias jornadas tardé en llegar. El refugio 75 se encontraba en el interior de un fuerte, inaccesible y protegido por una fosa que formaban las laderas de dos montañas jóvenes de piedra gris que sobresalían del suelo. Para los peregrinos el acceso solo estaba permitido desde un puente colgante de madera y cuerdas. Un grupo de fieles custodiaba el puente y controlaba el acceso. Al acercarme pude percibir cómo los fieles estaban en alerta, uno de ellos portaba capa roja de la Sucursal. Yo no vestía capa, solo una camisa de manga corta de una tela que casi no pesaba y protegía del Sol, Vir las hacía en la barquería y me gustaba llevarlas por su comodidad. Me dispuse a cruzar, intentando pasar desapercibido cuando uno de ellos, me cortó el paso.

-¡Peregrino! El refugio 75 ahora está custodiado por los fieles de Origen, que velamos por la seguridad de las Jorobas y mantenemos a raya a los funcionarios. ¿No serás un funcionario? ¡Identificate!

Sin dudar, contesté honestamente.

-Me llamo Lao y soy un aldeano de la Aldea cerca de la Cruz.

El más empático me miró y, claramente, reconoció.

-¿Lao? Maestro, yo estuve en la Ceremonia del Equilibrio. Su intervención llenó de esperanza y pasión nuestra causa, sus enseñanzas fueron tan sutiles que resonarán por siempre en los corazones de los fieles. Sin la capa blanca no lo había reconocido, disculpad. Pasad.

Me mantenía en silencio. Me aventuré a dar un paso hacia adelante cuando una mano gigantesca volvió a pararme de sopetón. Era un fiel que sumaba el peso de los otros dos compañeros, era muy fornido. Comentó, con una voz muy grave y con acento norteño:

-Nuestro superior ha decidido establecer un control en el puente de acceso a nuestra comunidad. Revisamos a todo aquel que entra, es la ley.

Señaló un cartel con el dedo anclado al árbol junto al puente que sombreaba nuestra charla: «Toda persona que quiera entrar en la comunidad será previamente interrogada. Si dice la verdad, podrá entrar. Si miente, será conducida al patíbulo y castigada.»

El fiel de Origen interrumpió, casi difamando a su compañero por no reconocermelo y permitirme el paso sin más. Se apartaron y siguieron discutiendo un rato. Pronto el grupo estaba alborotado. Era absurdo, pero parecía tener importancia para ellos. Pensaba en cómo salvar la situación para contentarlos cuando el grandullón sacó un papelito con una batería de preguntas, que estudiaba cuidadosamente antes de formular.

-¿A dónde vas peregrino? -Tosió al terminar, con cara de pocos amigos.

Fue divertido y me sentí afortunado de que me brindasen la posibilidad de contestar paradójicamente casi a lo absurdo.

-Voy camino de mi castigo, que me espera en el patíbulo para que el superior pueda ver cumplida su ley -repuse sereno, sin pensar.

El grupo estaba en silencio, estaban pendientes. El fiel de Origen sonrió, el grandullón, simplemente atónito, contestó nervioso, tartamudeando.

-No... No... No le creo... -Volvió a toser enfadado.

-Pues bien, señor, si he mentido, castígueme.

Los fieles se miraron desconcertados. Empecé a proyectar las emociones precisas para que la comprensión fuera apropiada. El grandullón no sabía si continuar. Dudaba, pero dijo:

-Pero si te castigamos por haber mentido habremos convertido en cierto lo que has dicho y, en ese caso, no te habremos castigado por mentir, sino por decir la verdad.

-¡Así es! Absurdo y, no obstante, verdadero -repliqué calmado, riéndome de mi ocurrencia.

El juego de palabras y su reflexión, impregnada de las emociones, hacía que los fieles comprendiesen la paradoja de considerar la verdad como una metáfora de la vida. Magnitud y transcendencia llegaban a los fieles como una obviedad, en una escena totalmente rutinaria y absurda. Tras un silencio y varias miradas cómplices me ofrecieron pasar, aunque el grandullón me acompañaba a pocos metros. Caminando juntos con lentitud, a cada paso, hacía bajar y subir el puente al menos medio metro. Llegué mareado a tierra firme.

La comunidad era mucho más grande de lo que esperaba: un verdadero asentamiento de fieles del Templo del Equilibrio de todas las procedencias, un poblado completo. En el trayecto varios fieles de Origen me reconocieron, nuevamente parecía que disponía de

identidad. Finalmente, me acercó hasta una casa donde estaba su superior, abrió la puerta y lo encontré sentado en una gran silla de madera al fondo, pensativo, casi ausente. El grandullón se aproximó y le contó al oído la historia del control del puente. Lo percibía noble y empático. Notó cómo rastreada su Ser, estaba alegre de verme y me dijo, a modo de presentación:

-Puedo decirte que las leyes por sí mismas no bastan, en absoluto, para hacer mejor a la gente. El Ser humano tiene que cultivar ciertas actitudes y practicar ciertos métodos para alcanzar la verdad de orden superior y la clara comprensión. Esa verdad de orden superior tiene, desde luego, muy poco que ver con la verdad ordinaria, que entre estos muros es la ley de los fieles. De lo que no hay duda, es de que yo, Abob, al menos en la facción de acción del Templo del Equilibrio, puedo lograr que los fieles digan y compartan una verdad. Al menos puedo conseguir que sean veraces. Pero tú, siendo sincero, has quebrantado la ley. Si vienes a por tu castigo, en nuestra comunidad no lo encontrarás, Maestro Lao. Es un honor contar con tu visita.

Desplugué una sonrisa leve, pero nada dije a pesar de que sus bellas palabras me reconfortaron. Guardé un noble silencio junto a su presencia. Me invitó a cenar y a pasar la noche allí, la comunidad se había asentado en un punto estratégico, el más frecuentado, para controlar el camino de la peregrinación al Templo de la Meseta. También estaban creciendo en número, no paraban de captar fieles que se unían a la causa y defensa de las Jorobas. Abob constituía la ley en el asentamiento que pretendía ser un bastión en las cordilleras, disponía de dos puntos de acceso muy controlados antes de llegar a los refugios 75 y 74, que quedaban en su interior conectados mediante un camino escondido y el puente. Argumentaba que en los tiempos que corrían debían tener precauciones y ser cuidadosos con los viajeros de las Jorobas, decía que el enemigo tenía muchas caras.

Dimos un paseo por el poblado, había muchas armerías y fieles practicando técnicas de combate, estaban fuertemente militarizados y el orden imperaba. Fuimos a un torreón muy custodiado, entramos en una sala con todas las paredes colmadas de mapas y fotos, todas relacionadas con el Clan Hermano: sus regiones, territorios, noticias de las atrocidades como la ocurrida en la Sucursal, puntos de control, tránsitos de mercancías... Abob aprovechó para darme información del enemigo. Me fue explicando los procedimientos y políticas de expansión que estaba llevado a cabo el Clan Hermano, así como sus artes de la guerra y el cuerpo militarizado de funcionarios que tenían constituido. Sus dominios se extendían al norte de la península. Podía ver fotos de imágenes de su capital, Núcleo, propias de civilizaciones de las que el Maestro Zero hablaba, sin naturaleza que acompañase sus vidas, disociados y alejados de plantas y animales, gigantescas, basadas en el consumo desmesurado, industrias y vertidos, monstruosas construcciones verticales que rozaban los cielos. El crecimiento descomunal finalmente absorbió a Sofópolis. No sabría justificarlo, pero me invadió una sensación de aceptación y de comprensión hacia la causa de los fieles, era lo que pretendía y, de paso, justificaba su cometido y toda la información que Abob me daba en detalle.

Me gustaba su charla, lo contaba todo como parte de su vida, pero sin importancia, como rutina, contento de ser parte de la facción de acción. Era un hombre muy amable y

digno, distinguible por su tranquilidad. También era un verdadero estratega y guerrero: vi como desarmó a varios fieles con un bastón de madera para ilustrarlos acerca de cómo hacerlo correctamente. En la cena desarrolló algunas historias sobre la reclusión en Origen, bebimos y disfrutamos. Los fieles parecían celebrar una festividad. Por supuesto hablamos de las obras de la nueva estación de levitación de Lago Grande y de la transformación de las Jorobas. Nada conté de las eminencias naturales. En un momento de intimidad la conversación se puso más seria y, honestamente, compartió conmigo:

-Los fieles del Templo del Equilibrio, de la Sucursal y de Lago Grande nos oponemos a todo tipo de guerra o violencia, pero lo ocurrido en Origen no volverá a pasar sin resistencia. En la facción de acción del Templo intentamos que los adversarios vengan a nosotros, y de ningún modo invadiremos fuera de nuestros dominios. Las Jorobas, la Meseta y Origen son nuestro hogar y lo defenderemos cueste lo que cueste. Si haces que los adversarios vengan a ti para combatir, su fuerza estará siempre vacía. Si no sales a combatir, tu fuerza estará siempre llena. Este es el arte de vaciar a los demás y de llenarte a ti mismo. -Hablaba y sentía lo que decía. Me lanzó un consejo mientras continuaba su esbozo-. Lao, sé extremadamente sutil, discreto, hasta el punto de no tener forma. Sé completamente misterioso y confidencial, hasta el punto de ser silencioso. De esta manera podrás dirigir el destino de tus adversarios. Llega como el viento, muévete como el relámpago, y los adversarios no podrán vencerte. Cuando los adversarios llegan para atacarte, no luchas con ellos, mejor establece un cambio estratégico para confundirlos y llenarlos de incertidumbre. Lo mismo que el agua no tiene forma constante, la victoria se logra adaptándose al enemigo. Recuerda que la guerra vendrá a nosotros inevitablemente, por eso nos preparamos en las Jorobas, para esperarlos en nuestro hogar. No has de sentir miedo, aunque si te ves acorralado, ríndete: no hay vergüenza en la rendición, la vida ofrecerá otra batalla que permitirá ganar la guerra.

Sus palabras parecían ser clarividentes, alertaban de un futuro que tarde o temprano me llegaría. Pronto nos despedimos.

Pasé la noche en el refugio 75 y salí muy temprano por la parte noreste, sin llamar la atención. Iba lento, casi paseando. Abandoné el camino de la peregrinación, buscaba puntos elevados, intentando memorizar el nuevo relieve de las montañas. Subí casi todo el tiempo. Muchas veces, al llevar mucho caminado, perdía la noción de la realidad, mezclando pensamiento y sentimientos con la naturaleza. Encontré muchos puntos con vistas muy reveladoras. Las noches estrelladas me traían aromas de la Aldea. Me adentraba en las Jorobas, miraba al M8000 impactado porque, de algún modo, sabía que había llegado el momento. Entonces Blanco saltó de mi mochila. Situándose a mi espalda, a pocos metros, empezó hacer un ruido de alerta muy extraño. Me acerqué, pero se alejaba sin parar de hacer el ruido. Miré confundido hacia atrás. Sabedor de lo que pretendía comunicarme, decidí volver al sur en busca del refugio 80, a Lago Grande, y posponer la subida al M8000 nuevamente. Me dio pena volver a posponerlo. El ratoncillo se calmó de nuevo en mis manos.

Quise volver por un atajo. Era una zona inexplorada, el tránsito fue difícil. No estaba frecuentada por humanos. En cambio, su fauna era asombrosa. Al final de la jornada me topé con un hermoso bosque y decidí adentrarme al alba para no perderme en la oscuridad. Blanco no quiso entrar. Justo al cruzar unas filas de árboles nació un riachuelo por una



oquedad en la ladera. El bosque estaba plagado de cuervos recolectando alimentos que el bosque, generoso, les proporcionaba. Los cuervos no se inmutaron por mi presencia, más bien me animaron a sentirme como un integrante de su legión, sumergido bajo la sombra de los árboles, sintiéndome vivo, parte de bosque. Tuve tiempo de empatizar con los pájaros, se acercaban a mí sin miedo para compartir frutos secos. Estudié sus comportamientos durante todo el día mientras seguía el curso del agua. Un sendero apacible guiaba mis pasos, intentaba ver el Sol para no perder la referencia, aunque era difícil encontrar hueco entre los forrajes del bosque. Pasé por varios manantiales naturales que mojaban el suelo y perdí el rastro del riachuelo, por lo que empecé a caminar guiado por mi orientación. Divisé un gran guijarro en el camino, me dispuse a saltarlo; animado, cogí carrerilla y, justo antes de saltar, un cuervo fornido y de plumaje negro brillante, aleteó en mi cara de tal manera que me asustó y desvié mi trayectoria. Al caer, mi pierna izquierda quebró unas maderas cubiertas de ramas y hojas que escondían una gruta. Saqué la pierna sin daño del agujero, que era muy profundo y oscuro, tan profundo que, al tirar una piedra, sonó su choque dos segundos después. Le di gracias al cuervo, que contemplaba la escena sobre la piedra, consciente de que me había salvado de una lesión grave o incluso de la muerte.

Los días en las Jorobas eran largos. Por la tarde encontré una choza derruida donde establecería el campamento para pasar la noche, preparé leña e hice una pequeña hoguera y guisé unas setas con ajos tiernos, bebí té, comí algunas nueces y fumé en pipa. Realmente nunca había habitado un bosque tan particular. Los cuervos desaparecieron. Ya con la luz blanca de la Luna, filtrada por las copas de los árboles, se dejaban ver otras aves: los búhos que, armoniosamente, me aceptaron, velando mi presencia. Sus sonidos en la oscuridad eran esporádicos, pero se escuchaban por todos lados. Podía ver sus ojos brillando en la oscuridad, permitiéndome sentir su objetivo. Estaban pendientes de mí, como si mi presencia llamase demasiado su atención. Traté de empatizar profundamente; a pesar de no incomodarles, no era capaz de fluir, posiblemente era la primera toma de contacto con un humano para esas aves.

Un búho grande y majestuoso, miró fijamente mi posición. Era imponente. Se abalanzó hacia mí dándome un susto que casi corta mi respiración. Con su diminuto pero fuerte pico capturó un insecto de dimensiones descomunales que nunca había visto, pero que parecía peligroso. Parecía que me estaba rondando. Sentí que me había salvado de un gran peligro nuevamente. Estaba muy cansado, absorbido por el bosque. Ya tumbado, cerré los ojos. Podía imaginarme caminando bajo sus árboles eternamente mientras mi cuerpo yacía en descanso sobre una cama de mullidas hojas. El ambiente onírico confirmaba que la paz tenía cabida en aquel lugar. Me desprendí del mundo físico, me desplazé sin rumbo por el bosque hasta que aparecí en un claro en el que, sobre un gran tronco, las dos aves que me habían salvado de un accidente mortal intercambiaban impresiones. Un tanto acaloradas intentaban aclarar una disputa. Podía escucharla en palabras, como si de una fábula se tratara.

-¿Por qué tú y tu legión de búhos trabajáis por la noche? -decía el Cuervo.

El búho, sorprendido, replicó:

-Sois vosotras las que trabajáis por la noche. Nosotras trabajamos de día. Así que no mientas.

Las dos aves se enzarzaron en una trifulca, ambas convencidas de que trabajaban de día, hasta tal punto que la discusión comenzó a adquirir un carácter de violencia. Muchos pájaros aparecieron tras ellos. La legión de cuervos y la de búhos se dispusieron a entrar en combate, aguardando desde sus flancos. Pero cuando la situación estaba llegando a su momento más crítico, dejé de observar y, apaciblemente, quise extinguir la inminente guerra, intervenir. Aquello que no era capaz de hacer en el mundo humano, lo gestaba de una forma directa.

-Calmaos todas, queridas compañeras aves. No debéis en absoluto pelear, porque las dos tenéis razón: unas descasan y otras trabajan. Desde vuestra perspectiva, las dos trabajáis de día, es simplemente vuestro enfoque de la realidad percibido por vuestros sentidos. Luna y Sol, noche y día. Es vital discernir, como una virtud o valor moral por medio del cual percibimos y declaramos la diferencia que existe entre percepciones de un mismo asunto. Ambas habitáis el bosque y debéis encontrar vuestro equilibrio y armonía.

Pensé que, debido a diferentes enfoques de la realidad aparente, ideologías y ficticias divisiones, surgen las disputas y guerras, el malestar y el dolor en los humanos, que, como mis amigas aves, defendían y luchaban su verdad. Y aun así, el enfrentamiento sería irresoluble. Hemos de ser extremadamente abiertos cuando un semejante muestra su realidad. Una de las funciones más preciosas de la mente es el discernimiento. Discernir quiere decir desvelar, y el discernimiento bien ejercitado y claro es el que nos ayuda a ver las cosas como son, a desvelar su esencia y a proceder en consecuencia. Cuando la conciencia está embotada y el discernimiento tiende a distorsionar, la persona no ve las cosas como son y se halla incapacitada para llevar a cabo la acción diestra. Para esclarecer la mente es necesario aprender a detenerla y calmarla, y tal es la misión y objetivo del Camino Integral como forma de vida: detener, calmar y esclarecer. Del sosiego y la claridad mental surge el discernimiento y brota la sabiduría. De ese modo, la persona puede emprender la acción diestra, lo que no quiere decir que no pueda equivocarse. Pero, si lo hace, incluso de esa equivocación obtiene un aprendizaje y transforma el error en aliado. De la ofuscación mental solo puede surgir ofuscación mental y por tanto se desencadena la acción inapropiada y guiada por la confusión y el desorden. En la senda hacia la completa evolución de la conciencia es necesario trabajar sobre la mente para ordenarla, desarrollarla y purificarla. El desarrollo de la conciencia suscita sabiduría y de la sabiduría nace la compasión. La enseñanza sutil gestada en mi interior constituyó una motivación incomprensible sobre la existencia que me arrastró a un sueño profundo. La ensoñación reveló una emoción clara que consiguió hacerme más consciente de mi Intervención como Maestro Lao.

Desperté vigorizado y con la salida del Sol volví a orientarme. Los cuervos, felices, me mostraron la salida del bosque hacia la ladera de la montaña de enfrente, pelada, sin vegetación, rocosa y escarpada. Me aventuré a escalarla, como en el mar de Origen. Al encontrar su cornisa mi visión relativa respecto al M8000 me permitió ver un gran llano que se extendía como antesala de su falda, no podía ver la cima porque las nubes altas la cubrían a una determinada altura. La ladera estaba parcheada por la nieve, su vegetación era escasa, pero se apreciaban pequeños bosques confinados en algunas cimas planas, salientes o cualquier sitio donde la tierra podía depositarse y no ser arrastrada por el deshielo o el viento.

Algunos eran grandes y otros de apenas varios árboles. El refugio debía estar a una semana. Quise disfrutar tranquilo de la bajada, sabiendo que volvería. Era como ir enfocando el destino, ampliando a cada paso diferencialmente el horizonte, a pesar de que regresaba al refugio 80 de Lago Grande. El río no aparecía, en cambio sí muchísimos riachuelos bajando por la cordillera, repartiendo vida en sus cauces distribuidos por todas partes, empapando el suelo de toda la superficie bajante, acariciando la tierra, suavemente. De muchos orificios brotaba agua desde el interior de las montañas, otros riachuelos llegaban desde bosques o escorrentías de otros lugares. Por fin encontré el cauce seco del ancho río de antaño. No parecía un cadáver porque nueva vida se había formado en su fondo. No había pérdida, proseguí animado y feliz. Las horas de luz y calor con abundante agua transformaron la cordillera haciendo física la paz de las eminencias naturales, mostrando una belleza descomunal. Sentí a las Jorobas protegidas y en una calma propia de tiempos pasados, me sentía satisfecho y dignificado.

Increíblemente, Blanco se encontraba sobre mi cuerpo al despertarme, era sorprendente la capacidad que tenía para localizarme, estaba espléndido y juguetón, feliz de que la travesía se acabara en breve, debía de llegar al refugio en la jornada. Parecía mostrarme el camino más corto. Se posó en mi hombro, como de costumbre, pero inusualmente se subió a mi cabeza, me paré en seco, parecía llamar mi atención, miré alrededor pero no vi nada, incluso hizo un ruidito feliz, lo repitió varias veces. Lo agarré con mis manos y lo observé con detalle, levanté sus alitas por si hubiera algún insecto, inspeccioné las orejas... hasta que le miré a los ojos: tras un telón rojo se veían dos siluetas charlar, me concentré en las visiones de ratón que gustosamente mostraba, reconocí las emociones claramente, sentimientos de varios días de convivencia, risas y escenas de vasos de té. Sabía que Toro y Kili me esperaban en el refugio 80 desde hacía días. Una necesidad imperiosa de correr se apoderó de mí, a cada paso pude percibir más cerca a mis amigos.

Ya reconocía el lugar. Bajé el cauce seco, divisé la cornisa donde estaban las cascadas, se habían formado varias pozas de agua. El refugio se encontraba aún más cerca, pero debía llegar desde allí para no saltar un barranco. No veía la superficie del lago. El desierto de nuevo en el horizonte y las orillas, verdes y floridas. El Sol había castigado mi cuerpo, me metí en una poza profunda y al sumergirme colmó el agua, desplazándose hacia fuera, vertiéndose a la siguiente poza más abajo. El aseo me sentó fenomenal. Salí desnudo para secarme al aire y me acerqué a la cornisa donde estaba el nudillo de las cascadas. Lago Grande ya no era grande, era un hermoso valle, con ruinas secándose al Sol y piscinas naturales que parecían conservarse. Aún había lago, pero solo en la parte este, bajo mis pies. No distinguía hasta dónde llegarían sus aguas, pero intuí que la barquería se había quedado sin negocio. Pospuse todo para ir a ver a mis amigos.

La atmósfera de familia y amistad me envolvió, sentí a mis amigos sin incertidumbre ni miedo de encontrarme con mi pasado y con el futuro. Empecé a andar sigilosamente. Toro estaba sentado en una mecedora de basta madera, leyendo un libro, parecía interesarle mucho. Mi amigo se levantó y se adentró en el refugio, aproveché para acercarme. Kili estaba en el huerto, justamente parecía estirar su espalda con intención de hacer un inciso. Las plantas lucían hermosas, había muchos tomates. Seguí caminando. A pocos metros, Toro

salió, pude ver su rostro, ahora más adulto, su esencia sublime. No se percató, volvió a la silla y siguió leyendo absorto. Entré en la casa con intención de vestirme, había una especie de jarra que hervía el agua en su interior, sin fuego, con hierbas y té, le añadí cardamomo que había recolectado, la luz roja se apagó y el vapor emanó de un saliente, la serví en la tetera, cogí tres vasos y miel, que coloqué sobre una bandeja, y salí. Kili estaba junto a Toro, este hablándole del libro. Lentamente me acerqué a ellos, se dieron la vuelta y creyeron ver una visión o algo similar. Blanco salió hacia el hombro de Toro, sonriente les dije:

-Bienvenidos al refugio 80, mi hogar.

Dejé la bandeja como pude porque la felicidad del momento era máxima. Toro acaparó el abrazo que me levantó un par de palmas del suelo, Kili saltó sobre los hombros de él porque estaba más corpulento y grueso, abrazándonos a ambos con piernas y brazos, como un bebé mono a sus progenitores. Después, respirando profundamente, nos sentamos en el suelo, cerca de Toro, en la mecedora. Kili acercó la bandeja y sirvió té. Nos sumergimos en silencio, reconociéndonos, estuvimos al menos un minuto conscientes del reencuentro. Pronto empezamos a contarnos nuestras vivencias con mucha atención. Había pasado un lustro de ciclos desde la peregrinación forzada de Origen cuando nos separamos, cada uno de nosotros había vivido muchas experiencias. Pero a los aldeanos no nos gustaba demasiado hablar del pasado, sabíamos que era necesario entenderlo para comprender la transformación del individuo, pero, sinceramente, sobraba con sentir a su Ser para saber lo que necesitábamos, esencia pura. No obstante, disfrutábamos mucho compartiendo anécdotas.

Toro, tras varios ciclos trabajando en la estación de levitación subterránea de Origen, en la que destacó como técnico, fue reconocido con un alto cargo en la Regencia. Kili lo piropeaba de vez en cuando por su excelente labor para con sus habitantes. El Clan Hermano había acordado con la Regencia la participación en las obras de la estación de levitación de Lago Grande, algunos fieles de mano de obra y especialistas de la estación bajo el volcán, asesorados por un ingeniero de Tecnos y el equipo de dirección de Núcleo serían el equipo de trabajo, esa era la justificación de contar con la presencia de mis amigos en el refugio.

Kili asentía con la cabeza, denotando complicidad en los relatos en los que claramente había participado. No dijo mucho sobre la resistencia de los fieles a los funcionarios en la Sucursal, parecía que no quería hacer presente ese dolor, se saltó el relato hasta su encuentro con Xen y los fieles de Lago Grande. Hablaba de él como el padre de Kundo sin nombrarlo. Con su apoyo y el de la Regencia liberaron Origen de la presencia de los funcionarios, aunque estaban obligados a respetar los acuerdos comerciales y sus políticas económicas, que se habían establecido necesarias para la prosperidad de sus habitantes. El sistema se había adueñado de su forma de vida y vencer la inercia costaría muchos ciclos o un cambio que aún estaba por decidir y que, en cierto modo, era lo que los fieles perseguían.

Casi sibilinamente querían estar cerca del conflicto para poder disponer de la información, siempre en colaboración con los fieles del Equilibrio. No tenían intención de boicotear las obras, solo era un posicionamiento táctico. Pero el motivo de su presencia en Lago Grande se desvaneció porque el Clan Hermano, tras los derrumbamientos, había decidido abortar el proyecto de la estación de levitación, esgrimiendo motivos técnicos, fundamentalmente el hundimiento de las paredes de la grieta y su inestabilidad, lo que obligaba a

desplazar la ubicación de la entrada haciendo muy difícil empalmarla con las vías de levitación que llevaban enterradas cientos de ciclos. A esto había que sumarle el poco interés turístico que suscitaba un lago sin agua, decían.

Toro fue el primero que empezó a reír sin que aparentemente se dijera algo gracioso, aunque todos le seguimos contagiados. Servimos más té y Kili encendió la pipa de la victoria. Mientras preparamos la cena, unos deliciosos tomates, tortillas y pan, Toro me preguntó en seco:

-¿Has visto al Maestro Teo?

Me sobresaltó la pregunta. Negué en silencio y continuó:

-Llegamos hace dos semanas. Nada más encontrar el libro, pensé que estabas en M8000, suponía que tardarías mucho más en volver. Me estaba haciendo al refugio porque es un sitio maravilloso para vivir, las pozas arriba del lago son toda una experiencia -Kili reía junto a él, cómplice sabedor de la broma. No sabía a qué libro se refería, mi cara confusa y mis emociones claras para mis amigos crearon un silencio misterioso en torno al objeto. Me lo entregó rápidamente. Me quedé boquiabierto, envuelto en mis recuerdos y pensamientos de la ensoñación en Femen, abrí la cubierta y lo analicé, estaba escrito de puño y letra de mi Maestro, inconfundible, como en las pizarras de la Aldea, olía a él. Reflexioné sobre por qué la providencia no me había conducido a abrir el libro, o simplemente la curiosidad. Encontré felicidad en saber que quizás no era el momento y eso sentí en mi interior, que no me había traicionado. Lo ojeé rápidamente, en una de sus páginas había un trébol de cuatro hojas dibujado, corrí a por mi mochila, aparté el Orbe y cogí la vaina de madera del mapa. Estaba excitado, una sensación que podría llamarse ilusión, y quise aplazarlo para otro momento. Dejé el libro sobre la mesita, junto a la cama, observando el detalle de que una piedra plana impedía que cojease, en vez del libro. Corroboré que eran símbolos idénticos, necesitaba intimidad para leerlo y percibirlo.

La cena fue maravillosa, había recogido setas y espárragos que cocinamos con ajo, lo acompañamos con cerdo curado y pan, todo regado con té. El lago había encontrado su paz, se notaba en el ambiente. Toro no era capaz de comprender cómo unos explosivos en la ladera de la grieta podían haber afectado tanto al ecosistema de Lago Grande, incluso como para vaciar el lago y la cambiar la climatología. Entonces me animé a contar mi historia con las eminencias naturales y mis últimas jornadas por las Jorobas para informarles de que el cambio afectaba a toda la cordillera. Kili, en plan simpático, me reverenció al terminar de narrar la vivencia del río y el desierto. Cualquiera que no lo conociese pensaría que se estaba mofando, pero lejos de ello dijo sinceramente:

-Maestro Lao, percibir las eminencias naturales y compartir con ellas es muestra del elevado Ser que habita en ti. Aun así, libre de Ego, amigo.

Toro me hizo un comentario sobre el Orbe, quería llevárselo para trabajar con él. Vivía un conflicto interno al respecto que parecía pesarle y le motivaba. Sabía que yo no sentía nada por el artefacto salvo, lo que me ligaba a mi compañero, que lo estimaba como algo preciado y clave en la Interpretación. No me importaba que se lo llevase, más bien me aliviaba. No sé por qué mi amigo me asignaba la pertenencia de aquel artefacto cuando, por cariño emocional al objeto, me ganaba sobradamente. Fue tan clara la emoción que brotó de

mí que me preguntó cordialmente si me importaba que se lo llevara consigo, formulando la pregunta para que le respondiese jocosamente, le dije:

-Por favor, llévate la piedra cubierta de musgo para lo que estimes.

Entre risas y emociones los tres amigos estábamos felices de vivir esa noche estrellada que se abalanzó sobre nosotros sin darnos cuenta del pasar del tiempo. Por último, el cielo nos regaló una lluvia de lágrimas destelleantes en el firmamento sobre el desierto. El refugio 80 estaba concurrido, cálido de amistad y amor. Ambos amigos me cedieron mi cama, Blanco durmió sobre la panza de Toro.

#### 4.8. El plan truncado

Los días se iban de la misma manera que llegaban. Mis amigos se asentaron en Lago Grande. Me gustaba mucho poder ver a Toro cada varios días, generalmente venía al refugio. Kili también había establecido su residencia en la zona, aunque solo a tiempo parcial, dado que estaba siempre visitando a los fieles de la Sucursal e, incluso, de la Meseta. Pasaron varios ciclos en los que convivimos en Lago Grande. La climatología era muy buena y las estaciones se equilibraron, llovía en temporada seca alguna vez y en las épocas de lluvias había treguas. Muchas tierras emergidas fueron ocupadas. Las ruinas se reconstruyeron formalizando una arquitectura propia, un visitante que llegase por primera vez no imaginaría que antes allí había un lago. La barquería se convirtió en un lugar de encuentro para los fieles llegados de todos los lados de las Jorobas, se hicieron ampliaciones y también ocuparon varios islotes con diferentes infraestructuras y funciones, aunque ahora parecían colinas rebosantes de vida, dado que ya no había agua a sus alrededores. Los devotos de Dios, que en su mayoría provenían de Sofópolis y las zonas del Clan Hermano, pronto dejaron de frecuentar Lago Grande. La ermita del islote se convirtió en el Templo del Islote y se lo apropiaron los fieles.

El regente Bill nos hizo una visita al poco de hacerse público el aplazamiento y posible clausura de las obras de la estación de levitación. Estaba en un estado de salud formidable, era muy riguroso con sus comidas y forma de vida, porque nunca podría vencer la enfermedad, solo minimizarla. Su cometido era hermanar Origen con Lago Grande más allá de un vínculo a través de los fieles, incluyendo relaciones comerciales entre comunidades. Los habitantes del lago acogimos a muchas personas del sur de las Jorobas. La demanda de trabajo en el sector de la construcción era abundante, no solo se reconstruyeron las ruinas del lago, sino que las otras dos grietas también fueron habitadas. Evidentemente, las nuevas relaciones necesitaban nuevas comunicaciones, por lo que construyeron una carretera desde el volcán, lindando con el desierto, hasta la grieta más al norte, con intención de continuar hasta la Meseta. Se podía llegar en un par de jornadas por transporte rodado a Origen, por tanto, se establecieron residencias permanentes en el lago y las grietas, así como relaciones de negocios entre las comunidades.

Las políticas intervencionistas de la Regencia y los fieles trajeron prosperidad, ilusión y vida. Se notaba que se forjaba un sentimiento colectivo. Los fieles de la Meseta no migraron al sur, aunque siempre estaban presentes en las formalidades o peregrinaban de manera

individual. Contaban que el nuevo portavoz del Templo del Equilibrio no quería intervenir hasta llegado el momento. Su identidad era desconocida, pero aún así era admirado por todos los fieles de las Jorobas. Otro de los objetivos era ofrecerse a Tecnos, pero estos eran muy reservados para las relaciones fuera de su comunidad, ejercían algunas actuaciones o colaboraciones, pero el interés de las mismas quedaba siempre oculto para todos. Toro tenía la certeza de que sus intereses no eran económicos, primero, porque no manejaban pecunia como referencia de valor y, segundo, porque estimaban estar al margen hasta llegado el momento de participar. Decían que, a pesar de las evidentes diferencias entre la sociedad de Tecnos y la de los fieles, eran parte de la misma solución.

Vir se hizo afamada con sus artículos, tanto que algún comerciante le propuso tratos ventajosos. Tuvo que contratar a muchos fieles para el negocio. Llegaban desde Origen a las regiones del Clan Hermano vendiéndolos como productos basados en la autenticidad de sus métodos de confección, crearon moda entre los habitantes de Núcleo.

Nah y Toro fraguaron una amistad rápidamente, sus talentos sencillos sincronizaron rápido. Idearon un sistema para capturar con unos muros en piscinas el agua de las pozas procedentes del interior de la montaña, que crecían en la estación lluviosa, posteriormente cultivaron peces en ellas como si fuesen lechugas, su carne estaba muy buena. Toro parecía la mano derecha de Bill en Lago Grande, era espectacular verlo gestionar con eficiencia y calma en momentos de aparente tensión.

Xen estaba tranquilo y cansado, quería retirarse de tanto ajeteo por lo que se apartó de ese tipo de funciones.

Toro se estableció en la grieta sur, en una casa compartida con otros compañeros de la Regencia. Su habitación contenía toda la planta superior y una terraza, montó un observatorio de los cielos desde el que también veía los horizontes. Kili viajaba mucho a la Sucursal y a la Meseta, siempre con temas relacionados con los fieles de Equilibrio. No sabíamos muy bien cuáles eran sus ocupaciones y tampoco nos importaba, sentía que cada uno estaba en su lugar.

El Clan Hermano se estaba expandiendo al norte de la península, aunque Origen seguía siendo el maná de materias para sus territorios de la península. Se notó una reducción en los intercambios comerciales. Las prioridades del gobierno de Núcleo habían cambiado, pretendía ser autosuficiente con sus conquistas más allá de la península. Algunos fieles encontraban esperanzas en este hecho, deseando que el alejamiento permitiese a las gentes de las Jorobas vivir a su modo; mis amigos, en cambio, pensaban que era solo temporal.

La ruta de la peregrinación desde el norte se frecuentaba por peregrinos sureños. Originariamente la peregrinación llegaba hasta Sofópolis, pero pocos la completaban y se quedaban en el Templo del Equilibrio, siendo este la nueva meta. Kili nos contaba que los últimos acólitos del Clan de los Sabios migraron a las comunidades limítrofes con la Meseta; como consecuencia, las relaciones con los fieles parecieron renacer, impregnadas de la esencia original de las bases fundadoras. En cambio, nadie hablaba de la Interpretación, desde la desaparición de Aurora parecía que el tema era tabú, nada se sabía de las Auroras. Los fieles de la Sucursal, los más apasionados, quisieron extender su motivación

a todos, viajando por las Jorobas y formando comunidades. La facción de acción seguía creciendo en el poblado más allá de Femen.

Me sentía adulto y percibía el tiempo velozmente, mantenía mis rutinas y labores, compartía con muchas personas y el refugio me daba la calma del hogar. Cuando me sentía muy reflexivo conjeturaba ideas sobre temas varios, el que más rondaba por mi mente era el devenir de cada cosa o no cosa y la implicación de mi Ser en ello. Por suerte, era fácil guiar mi presencia en la experimentación real, por lo que vivía concentrado en el presente absoluto la mayoría del tiempo, sin pretensiones ni ilusiones que me desviasen del Camino Integral. Ayudada a todos por igual de muchas maneras, rutinariamente iba a la barquería, donde un fiel encargado me asignaba cualquier tarea, generalmente sanando, o en los hueritos y cuadras, o en el Templo del Islote, donde muchos fieles venían animados por la fama gestada en la Ceremonia del Equilibrio; este asunto me incomodaba, pero debía aceptarlo y debía participar porque era importante para mis amigos.

Como algo especial orábamos o meditábamos conjuntamente. Las primeras veces que surgió lo hacíamos solo los fieles de la barquería, pero después se corrió la voz y otros interesados en participar venían al Templo del Islote desde todas partes. Algunos curiosos se compraban la capa roja de los fieles para camuflarse en las charlas o meditaciones colectivas. Se hizo costumbre que hubiera siempre allí fieles atendiendo a las visitas. Los buzones para pecunia se empezaron a llenar y esto, junto con el respaldo de Origen, permitió a los fieles cuidar a todos por igual. Sentíamos toda una prosperidad sostenida y fueron tiempos felices.

Encontraba satisfacción en el recuerdo de las palabras de Teo, siempre animándome para que ofreciese mi transformación al mundo, compartiendo e impregnando a los demás con mi esencia, como un faro que extiende su luz y su virtud con ecuanimidad de la misma manera sobre quienes le aprecian y sobre quienes no, aunque a veces pensaba que esto era demasiado pretencioso. Recordaba las clases de Tita para transformar la esencia espiritual de una persona mediante el mantenimiento de sus pensamientos en armonía con la Fuente y el Camino Integral. Cuando tenía la oportunidad aplicaba la lección precisa formalizando una comunicación sencilla que todos podía comprender, como un cuento o una acción cotidiana para ilustrar la enseñanza, y en los que la moraleja nacía de una gestación propia que aseguraba su comprensión profunda.

La fama del Templo del Islote fomentó la peregrinación de los fieles y curiosos. La parada en Lago Grande y la convivencia de la peregrinación en la barquería parecía estar cogiendo entidad mística, como un viaje que los fieles debían hacer al menos una vez.

Un día como cualquier otro nos encontrábamos en el Templo del Islote. Durante unas charlas comunitarias, un chico de Origen, envuelto en pasión y juventud, muy desorientado, me preguntó:

-Venerable Maestro, en mi familia mis padres siempre han predicado que las riquezas traen bienestar, pero los fieles de la Sucursal predicaban otro punto de vista. Por favor, respóndame sinceramente: ¿debemos ser ricos o pobres?

La pregunta me pareció simpática y directa. Me quedé pensativo, dado que no me gustaba recurrir al argumento de la dualidad como respuesta. Intentaba siempre emanar



una esencia estable, sin influir o interferir en los demás, simplemente dando mi opinión, sin que esta fuera un dogma. Tras razonarlo, sonriente, sin dejar de clavar en él una mirada profunda y ofreciendo una esencia para todos los presentes, pude explicar:

-Ser rico o pobre, ambos son un problema. El más importante es, con mucho, la pobreza. Créeme, amigo mío, no hay dificultad mayor. La miseria desola y atormenta. Pero el segundo problema es la riqueza, porque te ves obligado a emplear toda tu energía en conservarla, y así también te atormentas y no dejas de estar obsesionado. Por tanto, evito tanto una como la otra.

Honestamente, disfrutaba con los planteamientos y reflexiones de otros, que generalmente me obligaban a buscar respuestas ingeniosas que transmitiesen la verdadera esencia de mi Ser, sin perder un punto de vista holístico, pero haciéndolas tangibles para todos. Los fieles pretendían llegar a toda la población con conocimientos aplicables sobre cómo vivir, querían que la mística de los fieles fuera útil para existir.

Otro día, en unas charlas profundas sobre las prácticas del Camino Integral, intentaba resaltarles la importancia de meditar antes de practicar conjuntamente, como si fuera un Maestro de la Aldea en las clases con los niños.

-Del Camino Integral brota la sabiduría y de esta, la visión esclarecida que otorga el verdadero Equilibrio a la mente y Alma y que brinda la paz en nuestras consciencias. Obrar en nuestras rutinas y decisiones vitales de manera acorde al Camino Integral es como una barca para cruzar de la orilla de la ignorancia y la esclavitud a la de la lucidez y la libertad. Mediante la práctica se va liberando la mente de todas sus ataduras: egocentrismo, aidez, odio, ofuscación, celos, envidia, desasosiego, abatimiento, pereza y muchas otras. Nuestras acciones sutiles son el medio y el objetivo es la liberación definitiva de la mente. Al obrar sintiendo honesta y completamente tu acción cesan los pensamientos, para obtener un estado interior de serenidad y un sentimiento inefable de unidad. Es una experiencia que nos transforma y nos permite ir estableciéndonos en nuestra naturaleza real. Es una necesidad específica para reorganizar la vida empática y conseguir superar los modelos mentales que engendran desdicha propia y ajena. Los más grandes Maestros nos han dejado este obsequio de valor inestimable. Cultivamos metódicamente la atención consciente, de esta se deriva la comprensión clara y de la comprensión clara, la sabiduría que despierta la conciencia y le otorga un sentido pleno a la existencia. Esto se puede conseguir en nuestro día a día, haciendo nuestras rutinas y compartiendo con otros, aunque sea necesario ejercitarse de una manera introspectiva para aplicarlas con los presentes. Las palabras bien labradas sorprenden a los eruditos, que valoran mucho el lenguaje, aunque este los cautiva temporalmente. Trabajar la atención plena es realmente un ejercicio prioritario del Camino Integral, cualquiera puede estar haciendo una rutina con los mismos beneficios para el Ser que meditar.

Ese día hice el esfuerzo de cautivarlos emocionalmente y la sesión acabó siendo evocadora para todos. Mi amigo Toro miraba al fondo, orgulloso de ser un aldeano. Para mí era como trabajar, como ser adulto.

Muchos conocidos con los que había coincidido en los vertederos trabajando en Origen venían expresamente a Lago Grande. Solía tener con ellos unas charlas más íntimas, aunque generalmente me comportaba como el barquero, silencioso y sincero, para que cada

fiel con intención de verme solo pudiera verse a sí mismo. Según mis amigos estas labores sociales eran vitales para aferrarme y compartir la vida, aunque mi naturaleza me alejaba del contacto humano para descansar. Decían que podría llegar a convertirme en un huracán, lo cual no estaba mal visto en la Aldea, sino todo lo contrario, pero en un mundo social a sus miembros se les suponía implicación. Descubrí una nueva ocupación que me gustaba, Vir me enseñó técnicas y conocimientos sobre artesanía, muchos días le ayudaba en los talleres. Trabajar con las manos en trabajos de precisión era muy gratificante al ver el producto terminado, había muchos fieles empleados para producir lo suficiente y cubrir las exportaciones.

Vir y el barquero tuvieron una niña, tenía unos cachetes impropios para su nariz diminuta que le dotaba de una gran belleza, me gustaba pasar tiempo con su familia.

No sabía nada de los Maestros de la Aldea, nada del Maestro Teo, nada más allá de las personas que convivían en el presente. Aparentemente el conflicto seguía ausente, como en un sano letargo. Había leído el libro sobre la subida al M8000 de mi Maestro y parecía no ser más que una guía de subida y escalada, sin reflexiones o ideas propias, escrita sin más interés que el cometido que se había propuesto: se dirigía al peregrino con la inquietud de coronar la montaña. Absurdamente me alivió que no estuviera dirigido a mí, aunque me intrigaba la premonición de haberlo encontrado en el refugio 80 en aquel momento, cómo no había lo había cogido antes... Muchas veces las cosas que sucedían aparentemente llegaban de una manera fortuita, pero otras parecía que los astros diseñaban una vida humana sin propósito ninguno y aplicaban su voluntad. Pensaba que la Interpretación de Aurora solo era un modelo que nos guiaría, sin más propósito que ese y que quizá evitaría el destino funesto que ya se había repetido en infinidad de experimentaciones reales anteriores. Mirar a la Luna y saber que allí vivieron humanos muchos ciclos me recordaba que cualquier cosa podría estar pasando o pronto iba a pasar.

Lago Grande se había convertido en el centro neurálgico de los fieles de las Jorobas y símbolo de la extensión de los fieles. Tras las revueltas de Origen, la causa había cogido más fuerza y parecía ser un movimiento masivo. Verdaderamente el propósito de una vida equilibrada y sencilla era patente en el ambiente, se notaba en la buena convivencia y armonía que se había extendido igualmente entre todos. Solo disputas apasionadas rompían el clímax. Los oriundos de la Meseta del primogénito Templo del Equilibrio eran los más reservados y calmados. Muy poco frecuentes por la zona, los llamaban amistosamente norteños. Los del sur de la Sucursal de Origen, los más activos y apasionados, estando los de Lago Grande en un punto intermedio entre ambos. No obstante, la unión y hermandad estaban bien fundamentadas, rubricadas en la idea de que cada uno de nosotros a través de nuestros aportes en la vida colaboramos en un plan. Los más veteranos y doctos enlazaban con la Intérprete, diciendo que solo Aurora había sabido plasmarlo en la Interpretación, casi como un legado ancestral que ya formaba parte de la mística que lo envolvía todo, aunque la mayoría de los fieles no la mencionaban y pocos conocimientos tenían sobre ella.

No era capaz de contar el tiempo pasado, pero Toro sí, y me comentó que hacía más de quince ciclos desde que la Intérprete se había ausentado. Mi amigo Kili cada vez era más culto y conocedor del legado del Clan de los Sabios y los fieles del Templo del Equilibrio.

Estaba preocupado por la siguiente Intérprete y su Oráculo que, aunque olvidados, vivían en algún lugar de la península. Todo este conocimiento carecía de importancia porque cada individuo debía ser capaz de proceder sutilmente escuchando su consciencia y reconociendo un Alma en la realidad, sin ayuda de Aurora. Probablemente esa era la esencia de la Interpretación.

Conjeturaba sobre ello y cada vez más pensaba que solo obrando acorde al Camino Integral podíamos asegurarnos estar dando pasos en la dirección correcta, acercarnos a la Fuente. Pensaba en Aurora, tan importante para todos, que conocía desde muy pequeño, aunque nunca la había visto. En pocos ciclos, fieles de todas las procedencias aceptaron a Aurora como una divinidad y la mística del Clan de los Sabios cada vez más parecía una religión que ayudaba a la comprensión de todo este contexto, por lo que los fieles tampoco debatían asuntos más allá de los terrenales y se sentían cubiertos moralmente por el respaldo al Templo de Equilibrio.

La vida transcurría entre fieles y montañas. No eran muchas las ocasiones en que podíamos coincidir los tres amigos, a pesar de estar bastante asentados en Lago Grande. Estaban muy ocupados con sus quehaceres y era difícil coordinarse. Sí solíamos vernos dos de nosotros, que era más plausible, por lo que siempre sabíamos de las vivencias de cada uno.

Kili y Toro volvieron de sus respectivos viajes, el primero de la Meseta y el segundo desde Tecnos, por lo que era una excusa perfecta para pasar unos días en el refugio 80 nuevamente todos juntos. Charlamos sobre los asuntos venideros y pasados, siempre de una manera constructiva y sincera, aunque noté un fondo oculto que les impedía comunicarse abiertamente. No pretendían ocultar información o mentir, solo eran cautelosos a la hora involucrar a un tercero en sus propósitos, por lo que pudiera acarrear. Era más maduro para expresarme libremente.

-A veces pensamos demasiado en lo que pasó y en lo que pasará, cuando lo importante es solo lo que está pasando.

Toro se dio por aludido, lo miré con intención de darle paso, pero sin forzarlo, transmitiéndole mi confianza para hablarme no de sus emociones, que las conocía, sino de sus pretensiones para obrar en el mundo. Mis palabras desvelaron más emociones en su esencia, notaba que había tomado una decisión que nos afectaba a todos, sin consultar ni tener presente nuestra opinión. No me importaba, ni a Kili, que dijo:

-Sinceramente creo que cualquier decisión suya seguro está sustentada en un buen propósito.

Para mí era muy sencillo delegar en mis amigos asuntos relacionados con existir en sociedad, sabía que era la mejor forma de constituir al Maestro Lao y de ningún modo valoraría su decisión ni les guardaría rencor por ello. Kili esperaba el desarrollo de lo que acontecía con mi postura hacia Toro. Se animó tras meditarlo un rato, fue a por agua y se acercó a su equipaje, sacó unos planos y documentos que desplegó frente a nosotros. Para que el viento no los volase colocó sobre ellos el Orbe, que volvía a estar en el refugio 80. Excitado, pero pausado, empezó a explicarnos:

-Bueno, amigos, aquí traigo nuevamente el Orbe. He podido entender mejor sus rutinas de funcionamiento y sus objetivos tras mi estancia en Tecnos. Aparentemente no notaréis

cambios exteriores, pero se le han hecho modificaciones sustanciales operativas. Como sabéis, básicamente el artefacto puede crear en todos los implicados conceptos y emociones, todo aquello que el usuario pueda dar forma en su interior de una manera cognitivamente posible. Los presentes que intervienen pueden o no mostrar oposición a lo que el usuario intenta proyectar, eso simplemente afectará al resultado final. Por tanto, el objetivo inicial no se garantiza como resultado final. El proceso de creación se da unísono al tiempo de uso. Usuarios e intervinientes no dispondrán de voluntad suficiente para negar el resultado colectivo de la creación que formará parte de su realidad. La capacidad de guiar al Orbe para obtener un resultado deseable depende fundamentalmente de los usuarios intervinientes, así como de sus capacidades e intereses en la experimentación real. Aunque esta interacción no está por completo analizada, se supone que no importa que las intenciones sean nobles o malvadas, solo su consciencia como convergencia de mente y Alma, siempre influido por los intereses humanos. En mi opinión, un verdadero Maestro puede aportar una inercia tal que el resultado del Orbe tienda a su postura, pudiendo armonizar creando la paz.

Kili estaba sumergido en la conversación, afirmando para animar a Toro a proseguir con la charla magistral sobre el Orbe, denotando sus conocimientos técnicos en las nuevas ciencias empáticas e influencias adquiridas en Tecnos. Me esforzaba por mostrar atención en sus palabras. El té estaba delicioso y la pasión que mostraba era suficiente como para saber que mi mente no debía en ningún caso inmiscuirse en ese tipo de conversación propias de un Ser que espera algo de la existencia más allá de vivir. No obstante, nada de lo que decía calmaba su inquietud, aún no compartía su verdadera preocupación, su interés, su apuesta en la Interpretación.

Mi amigo continuaba, cada vez más cerca de objeto de su conversación:

-Para simular los procesos de la Fuente en las consciencias de los intervinientes se debía disponer de una biblioteca de emociones que abarcase toda la gama del sentir del Ser humano, hicieron falta muchas impregnaciones de los Maestros de la Aldea para completar los más evolucionados. Cada Maestro debía meditar y proyectarse en el Orbe para que sus esencias quedasen guardadas. No obstante, el artefacto nunca deja de moldearse al usuario, por lo que para precisar necesita que se use con frecuencia. Los sistemas de recepción y proyección de esencias son similares a la implantada en el cuerpo metálico de Heny, con el objetivo de emular su esencia. Aunque sea artificialmente, tiene solidez humana. -Se puso nervioso y empezó a tener sudores. Yo había ya apurado mi vaso de té-. He estado bajo la Cúpula, nada tiene que ver con la Aldea, ni la Cruz, ni cualquier otro lugar donde hayamos estado. He aprendido muchos sobre el proyecto Aldea, sobre Aurora, Teo y todos los Maestros, sobre el Orbe y sus diseños... y sobre todo de ti, Lao.

Tras el tiempo vivido me había acostumbrado a no dar importancia a lo que otros podían esperar de mi Ser. Desde muy pequeño en la Aldea todos siempre me habían vaticinado un destino vinculado a las esperanzas del mundo. El proyecto Aldea nació para que eso ocurriese. Visto de este modo, Toro también era hijo de la misma madre y sentía que mi compañero espiritual me aportaba la parte humana que parecía carente en mi Ser para llegar a ser el aldeano que todos esperaban de mí. Seguía dando rodeos para llegar al matiz que realmente le mantenía en vilo, la tensión que le provocaba era como el último intento

por salvar la vida de un roedor frente el acoso del depredador, el último aliento de confianza al Orbe que con tanto cariño se forjó en el taller del Maestro Zero. Podía recordar la cara de mi amigo siendo solo un niño cuando nos mostraba con ilusión la creación de su familia. Llamó mi atención para alertarme, sabedor del peligro que acarrearía el artefacto. Me miró fijamente como preparándome para la naturaleza de lo que tenía que contar. Apuré el té y volví a servir. Kili alargó su brazo, estaba disfrutando mucho, sin duda secundaba y tenía que ver en lo que acontecía. No pude llenar el vaso de Toro porque casi no había bebido. Me levanté y, sin más, lo abracé, transmitiéndole toda mi confianza. Nada de lo que un aldeano pudiera decidir en este mundo podría ir en contra del bien común y sentía que la mejor forma de participar en el proyecto Aldea, en la Interpretación de Aurora, era simplemente dejarme llevar junto a las personas que quería con altruismo. Se había calmado bastante.

-He implementado una mejora para ampliar su rango de actuación de manera ordinaria y secuencial -explicó-. El vórtice de esencias dispone ahora de más capacidad de succión en operación normal. Y solo bajo una hipótesis de trabajo se puede activar una reacción en cadena, de tal modo que cada usuario es un canalizador o repetidor bidireccional, desde el Orbe y hacia el Orbe, creando una secuencia de intervinientes en la que las esencias producen otras repeticiones adicionales, pudiendo concatenar de interviniente a interviniente,, distantes en el espacio físico pero unidos por las conciencias. Pero solo si se cumple la hipótesis de trabajo.

Noté la sorpresa de Kili, que hasta ahora conocía toda la información. otaba claramente su preocupación acerca de esta modificación. Toro miraba hacia al suelo reponiéndose para continuar. Seguía inquieto. Entonces, Kili, extremadamente serio, dijo:

-¿Qué hipótesis de trabajo?

Noté lo ojos de Toro fijarse en mi Ser, profundos y perforantes. Me transmitían una responsabilidad para que la ejerciese en su lugar, obrando en representación de todos. Notaba cómo me acercaba a las historias que contaban los niños de la Aldea, parecía un plan labrado desde hacía mucho tiempo sobre la relación del Orbe con mi Ser. Sentía que el proyecto Aldea no lo podía haber previsto desde el inicio, ni que Aurora pudiese haber imaginado esto en su Interpretación, pero sin duda el camino que Toro había iniciado era parte de ella. Entonces pasó a responder.

-El funcionamiento secuencial solo se aplica si uno de los intervinientes dispone de una consciencia inagotable, es decir, que no canse a la mente, que su Alma esté conectada a ese plano que compartimos todos, lo que las Auroras llamaron el Cónclave de Almas. Solo así puede darse el nexo más allá del plano físico. Cuando el Orbe lo demande y su esencia única atraviese el cristal y llegue al vórtice para intervenir en el proceso de creación, el artefacto dispondrá de la información precisa para replicar la comunicación, trascendiendo al mundo físico y extendiéndose entre las consciencias de todas las Almas de la experimentación real. O eso suponemos.

Un hondo silencio se implantó entre nosotros. Por la mente de cada uno de mis amigos pasaron supuestos críticos dónde todos acababan en un final horrible. Como un apocalipsis absoluto en infinidad de escenarios, es idea era proyectada, resultando que una vez más el mundo tendía a la dualidad y supremacía del Ego, abocado a una extinción de nuestra

civilización. Todos nos sentíamos mutuamente, por lo que las palabras sobraban para entender las implicaciones de las modificaciones del Orbe. Ya sabíamos que las consecuencias eran muy tangibles desde la praxis de la Ceremonia del Equilibrio, donde se había gestado el supuesto mesías que ahora era un hecho para mis amigos y para muchos de los fieles. Entoncés caí en la cuenta de lo que había dicho, «¿Suponemos?». Nada más pensarlo sentí una emoción desconocida hasta entonces en mi compañero espiritual: se había enamorado. Me miró sorprendido, como si fuera imposible saber sin ningún indicio, sonrió mirándome y modificó su estado, encontrando una esencia de firmeza y liderazgo. Adoptó su papel a la perfección, rol que desde ese día mantendría hasta el final. Tenía un plan donde el Orbe y mi Ser eran sus armas. Sin miedo a estar confundido, con la carga de la responsabilidad, pero con la armonía de aquel que mira con ojos holísticos, nos comunicó:

-Podríamos armonizar a todos de una vez y todos hemos de participar. No os preocupéis por nada, solo intervendremos y bastará con ser quien debemos ser.

Sus palabras sonaron a aquellas que ya había escuchado antes. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Épicas e intensas, cada palabra y emoción denotaban un apego a la existencia incomprendible para mí. La visita a Tecnos de Toro había cambiado nuestro presente, el amor que sentía mi amigo lo hacía más fuerte y dispuesto para el mundo.

Aunque no tenía afán de confundir, de Toro no emanaba Ego, ni ninguna intención propia, sus pretensiones eran totalmente altruistas y las ejecutaba con decisión, como si verdaderamente hubiera nacido para ello. Kili estaba aún más decidido si cabe. Una vez más, como la vida misma, me vi involucrado. Ya había aceptado que la vida o la muerte son asuntos fuera de nuestro alcance y, de algún modo, también ese día empezó mi transformación, que me iba alejando del vínculo conmigo mismo, sin apego a la existencia. El único objetivo marcado era el que mi compañero había esbozado para mi existencia. Me hizo entrega del Orbe con solemnidad y, tal cual, lo volví a dejar en la misma estantería donde se encontraba la última vez. Nos miramos todos y Toro dijo:

-Le da un aire a Sofos.

Recordé las palabras de Teo y no pude evitar emocionarme. Reímos mientras compartíamos un abrazo.

Las cordilleras estaban floridas y el Sol alegraba los días. El deshielo del M8000 fue suave, mojando todo, hasta las tres grietas. El lago había quedado muy reducido, aunque el agua que antes estaba estanca ahora circulaba por venas interiores de las cordilleras. de cada pared de Lago Grande era posible sacar agua filtrada por la piedra. La vida lo envolvía todo. En muchos emplazamientos se hicieron pozas naturales como las que teníamos cerca del refugio.

Había llegado el momento de partir a la gran montaña. Tras esperar varias estaciones y sufrir varias demoras sentía que la situación era propicia, casi necesaria. Estaba desarrollando una ansiedad impropia por marchar. Mi encuentro tardío con el libro sobre la escalada al M8000 parecía volver imperioso el viaje. Había visto el libro sosteniendo la pata coja de la mesa ciclos enteros, nunca hice el afán de cogerlo. La cosa empeoró cuando Kili y Xen me rogaron que me quedase para un evento de gran calado para los fieles que se celebraría en Lago Grande en los días venideros; en el último ciclo había sido un asiduo fiel y muy

participativo en el Templo del Islote. Se estaba preparando una convivencia para comunidades con diferentes tendencias religiosas, para poner puntos en común y buscar una hermandad; por lo visto iba a tener un impacto mediático brutal, dado que algunos responsables de Núcleo iban a documentarlo y divulgarlo entre toda su población. Mis amigos decían que eran tácticas para normalizar la cultura del Clan Hermano y que los fieles del Templo del Equilibrio debían aprovecharlo como parte de su lucha e inmersión en otros lugares fuera de la península. De cualquier modo, las expectativas creadas fueron máximas. Sentí su compromiso político con la causa con un interés mayor al suyo propio. Esto me arrastraba como parte de nuestra amistad. Podía entender por qué nacía la dualidad en las mentes: para evitar labores que no quieren, pero deben hacer; algo similar me ocurría a mí. Toro pospuso su viaje a Tecnos para convencerme de que debía acudir. Después nos despedimos.

Tenía todo preparado para partir al M8000, la fecha de salida estaba marcada para el alba del día siguiente al evento. Ese fue mi compromiso, que no iba a eludir de ningún modo.

Se habilitaron vehículos especiales, desde Origen, Sofos y la Meseta, y se invitó a muchos representantes de múltiples sitios, incluso a los monjes de Dios y sus devotos, que venían de la mano del Clan Hermano. Todas las barcas que habían quedado sin uso por la bajada del lago se usaron como asientos mirando al Templo del Islote. La pequeña isla contigua al islote, que estaba bastante elevada, se usaría como el escenario desde donde los oradores y personajes se dirigirían a los asistentes. En diferentes postes se anclaron dispositivos de grabación y un equipo de personas de Núcleo se encargaría de ello, esta vez sus vestimentas eran más acordes con el evento, pretendían no llamar la atención.

Como invitado especial, nuevamente su Santidad Flop con la palabra de Dios, que se suponía la religión más procesada en el Clan Hermano. Venía con una escolta compuesta por varios hombres un tanto desconfiados, no paraban de mirar a los asistentes buscando una posible amenaza. Yo estaba junto a Kili. Esta vez su Santidad Flop no medió palabra con nosotros, iba serio y concentrado para inaugurar el evento con un emotivo cuento. Su esencia había mutado, irreconocible con respecto a aquel que visitó la Ermita de los devotos.

El día era fabuloso, pero notaba incomodidad en las personalidades. Desde luego para Kili no era una fiesta, como en la Sucursal, sino más bien un compromiso laboral. De hecho, los asistentes, en su mayoría fieles, evocaban cierta hostilidad, no de una forma directa, con desaprobación o en forma de insultos, sino con una predisposición emocional que se mostraba contraria a los devotos por su asociación con el Clan Hermano.

La escolta empezó a abrirse hueco entre los asistentes, el más pequeño era el más violento y los apartaba no muy delicadamente. Una vez llegado al púlpito en la antigua ermita, informaron a Flop de que ahí no era y de que debía irse a la otra isla, donde no estaban los asistentes. Los escoltas se enfadaron bastante. Malhumorados, fueron hacia el otro lado. Cuando Flop llegó se aclaró garganta con agua y se dirigió a un aparato que amplificaba su voz, ronca y profunda. Flop empezó a vocalizar con esencia imperativa y en posesión de la verdad.

-Dios se sentía solo y quería hallarse acompañado. Entonces decidió crear unos Seres parecidos a su divinidad que pudieran hacerle compañía. Pero, cierto día, estos Seres encontraron la llave de la felicidad, siguieron el camino hacia Dios y se reabsorbieron a Él. Dios

se quedó triste, nuevamente solo. Reflexionó. Pensó que había llegado el momento de crear al Ser humano, pero temió que este pudiera descubrir la llave de la felicidad, encontrar el camino hacia Él y volver a quedarse solo. Siguió reflexionando y se preguntó dónde podría ocultar la llave de la felicidad para que el Ser humano no diese con ella. Tenía, desde luego, que esconderla en un lugar recóndito donde no pudiese hallarla. Primero pensó en ocultarla en el fondo del mar; luego, en una caverna de los montes más altos; después, en un remotísimo confín del espacio sideral. Pero no se sintió satisfecho con estos lugares. Pasó toda la noche en vela, preguntándose cuál sería el lugar seguro para ocultar la llave de la felicidad. Pensó que el hombre terminaría descendiendo a lo más abismal de los océanos y que allí la llave no estaría segura. Tampoco lo estaría en una gruta de los montes, porque, antes o después, hallaría esas tierras. Ni siquiera estaría bien oculta en los vastos espacios siderales, porque un día el hombre exploraría todo el universo. «¿Dónde ocultarla?», continuaba preguntándose al amanecer. Y cuando el Sol comenzaba a disipar la bruma matutina, a Dios se le ocurrió de súbito el único lugar en el que el hombre no buscaría la llave de la felicidad: dentro de sí mismo. Creó al Ser humano y en su interior colocó la llave de la felicidad.

Era un excelente orador. En los apasionados fieles quedó en duda su hostilidad, no confundidos por el mensaje, sino por el medio. Y los devotos disgregados empezaron a aplaudir, contagiando al resto de asistentes. Kili me miraba descompuesto, no entendía por qué un Dios todopoderoso tenía que esconder la llave de la felicidad, como si este jugase con la existencia de las Almas que habitamos. Digirió aquellas palabras como pudo y no hizo comentarios.

Después siguieron las charlas, todo era bastante protocolario y organizado, con un guion inquebrantable que indicaba al Maestro Lao como encargado de la clausura del evento. Representantes de diferentes regiones pasaron por el púlpito de la isla adyacente al Templo del Islote, aunque más que Maestros parecían más bien políticos. Cada uno hizo lo que pudo, con sus diferentes motivaciones. Kili reflexionó sobre esa profesión: «políticos» como personas encargadas de tomar decisiones que se aplican a todos los miembros de una comunidad humana a la que representaban, pensaba que eso solo existía como una profesión en los libros. La humanidad había convertido la política en una ciencia social en otras civilizaciones pasadas que colonizaron el planeta masivamente. Kili, un tanto indignado, no paraba de comentar que eran ideas manidas, que poco ofrecían a la elevación y que estaban convirtiendo el evento en algo rastrero. Los oradores no se preocuparon demasiado del plano empático, no estaban ofreciendo su esencia para que todos pudieran apreciar el sustento de las palabras.

El día estaba siendo agotador, el Sol apretaba mucho. Escuché muchas intervenciones, muchas ideas, todo muy disperso y sin aplicación al Alma.

En el intermedio aproveché para escapar a la barquería. Leire había crecido y estaba jugando con la arena fina que había dejado el lago en las zonas sedimentarias. La besé y fui a buscar al barquero para pedirle un favor. No estaba y mientras lo esperaba me entretuve con Vir y tomé un refrigerio. Finalmente llegó y marchamos.

De regreso al Templo del Islote, me crucé con el escolta pequeño, que evitó mirarme. Yo sentía que su cometido allí no era solo proteger a su Santidad Flop, sentía una emoción



sibilina que provenía de aquel hombre que no pude reconocer. Yo también evité mirarlo. Una vez en el Templo, Kili me indicó que me fuera al púlpito directamente, el público estaba expectante y nervioso tras la espera pues ya me habían presentado hacía un buen rato. Todo el mundo miraba a la isla elevada para verme llegar. Rápidamente aparecí desde atrás. Alguien gritó: «¡Mirad, es el Maestro Lao!», como si se tratara de una aparición milagrosa, mientras me señalaba con el dedo. Se escucharon clamores de sorpresa; quedé abrumado y algo molesto. Tras de mí apareció el barquero y, como tantas otras veces, simplemente se mostró ante las personas. Siempre le estaré agradecido por el favor. Se sentó en el suelo, enfrente de todos. Muchos fieles de Lago Grande se sentaron y se concentraron como si de una clase de meditación se tratase. Los más escépticos se sentaron, al menos para no impedir la visión al de atrás. La atmosfera silenció el ambiente. Hice un esfuerzo por concentrarme, por sentir a todos los presentes e invitarlos a mirar al barquero, pensaba que era el mejor ejercicio que podían hacer. Cuando se dirigían a mí como maestro y con devoción, me sorprendía de algún modo; era parte de ser individuo, pero me incomodaba mucho y me hacía alejarme de las personas. Antes de hablar percibí al barquero observando toda su esencia negra hasta verme reflejado como en un espejo, después, la voz de mi consciencia habló sin esfuerzo.

-El mundo está lleno de Maestros iluminados a medias. Extremadamente inteligentes, demasiado sensibles para vivir en el mundo real, se rodean a sí mismos de placeres egoístas y otorgan sus grandiosas enseñanzas a los incautos. Haciéndose conocer públicamente de manera prematura, con el propósito de alcanzar algún clímax espiritual, constantemente sacrifican la verdad y se desvían del Camino Integral. Lo que realmente ofrecen al mundo es su propia confusión. No hace falta acudir a un Maestro, solo que seáis consecuentes con vosotros mismos.

Me callé. Notaba que los asistentes seguían las palabras y despertaban sus consciencias. La atmósfera estaba envuelta de una energía sutil tangible, el Sol brillaba suave. Muchos asistentes quedaron presos de una meditación, los de la Sucursal proyectaban la divinidad que nació en la Ceremonia del Equilibrio, que se extendió por los presentes en el Templo del Islote. Quería partir al M800. Paré para reconstituirme y marchar, el público había cerrado los ojos, varios lloraban ensimismados en sus emociones obligados a verse con veracidad. El barquero me miró, como sabedor de nuestra sinergia. No quise percibir los juicios de cada individuo, que eran muy íntimos, además estaba deseando marcharme.

Salí en dirección a las cascadas buscando el poco lago que quedaba, todo el Sol del día se desprendía de mi piel con un baño en una de las pozas del refugio. Pronto se haría de noche, tenía todo preparado para partir al corazón de las Jorobas. Pensé en llegar cerca del bosque de las aves y estar allí unos días antes de enfrentarme el M8000, pudiendo observar y estudiar la montaña de cerca. Toro me había dado la jarra que hervía agua, bastaba con cargar unas baterías con luz solar que absorbían una especie de pergamino azul oscuro como funete de energía, así podría hacer té sin un fuego, o cargar la linterna y los encendedores. Iría preparado con ropa de abrigo, botas, comida deshidratada muy energética... Estaba muy bien preparado y ya colmado de espacio. Mi compañero espiritual me repitió que me llevase el Orbe, aunque lo único que hacía era estorbarme.

Me acosté aún con algo de claridad y sin emoción, tenía ganas de alejarme de tanta devoción y tantos Maestros. Blanco sabía que un viaje se avecinaba y bajo ningún concepto se lo quería perder: durmió en la mochila y me despertó muy temprano, bastante antes del alba, inquieto, correteando por mi cuerpo durmiente. Me puse la capa blanca del Clan de los Sabios porque estaba algo arrecido, el pequeño roedor se metió en su bolsillo interior temblando del miedo, ese miedo que reconocí como mío el día anterior y evité. Miré por la ventana. Efectivamente el ratoncillo me alertaba de unas presencias hostiles cerca del refugio que rápidamente pude sentir aproximarse. Percibí a tres aunque solo reconocí a dos presencias. Me alegró sentir a Max de nuevo, a pesar de nuestros encuentros anteriores era un conocido y no le guardaba rencor.

Sabía que algo iba a pasar y nada iba a hacer para impedirlo. Puse a calentar té y encendí la luz, abrí la puerta y los recibí invitándoles a entrar.

-Max, bienvenido, entre con sus amigos.

Iban por completo vestidos de negro, con los rostros tapados. Uno de ellos era el más pequeño del grupo de funcionarios que escoltaba a Flop, miró a Max desconcertado, le golpeó con el codo a la altura de su cadera varias veces seguidas. Max se quitó la capucha que le cubría el rostro lentamente, hasta dejar al descubierto su cara de asombro y miedo.

-Lao, les dije a mis compañeros que eras un hombre muy reflexivo y atenderías nuestras palabras antes de... -hizo un inciso, como presuponiendo lo que acontecería. Su voz, titubeante a diferencia de otras veces, emanaba enmascaradamente firmeza y un interior muy frágil, aún no sabía definirlo, pero no estaba disfrutando de su trabajo-. Venimos a por el Orbe. Esta vez sí me lo llevaré, así que, por favor, no opongas resistencia de ningún tipo y no te haremos daño.

Recordé las palabras del Maestro de la guerra Abob: «no has de sentir miedo si te ves acorralado, ríndete, no hay vergüenza en la rendición». La necesidad de sobrevivir me obligó a actuar, le miré a los ojos y, siendo plenamente consciente de la confusión humana, entré dentro de Max. No mentía, no tenía intención de dañarme, solo pretendía que la situación acabara cuanto antes. Percibí vetas de sanación en su Ser tras su encuentro con el Orbe. Él cerró ligeramente los párpados como gesto forzado por las emociones internas que afloraban con mi presencia, de una manera poco explicable mi esencia le estaba afectando notablemente. Pero este encargo ponía a prueba su Ser, también era víctima de lo que acontecía. Tras asimilar mi esencia sincera se enfrentaba a unas emociones que difícilmente podría digerir. Supuse que nuestro encuentro con el Orbe aún no había cicatrizado. Tras finalizar el breve y angustioso silencio que hizo falta, señalé con el dedo a la estantería. El escolta pequeño se acercó dudoso para cogerlo, pero estaba alto, lo miró con deseo, pero parecía que sería muy humillante usar una silla para vencer su estatura, entonces gritó:

-¡Idiota, cógelo y espéranos en el punto de encuentro!

El tercer hombre, que no se había descapuchado, corrió sin vacilar, estiró su torso y lo agarró y salió como un rayo del refugio perdiéndose en la noche. El escolta se descapuchó mostrando su cara de maldad, con un profundo odio hacia mi persona, aunque era un completo desconocido acumulaba una aversión descontrolada. Muy irritado, con la mirada perturbada y amenazante, parecía estar disfrutando de la situación y se paseaba por el

refugio con pasos amenazantes. Se acercó pausadamente y dijo, mientras me escupía a pocos centímetros de mi cara:

-¿Para qué sirve el Orbe, monje? Debe de ser un objeto poderoso para que el Gobernador esté tan interesado. -Y golpeó con fuerza mi mejilla con la mano abierta.

Nunca había sentido un dolor de ese tipo, era una forma de violencia ajena a mi existencia, pero que lastimosamente habitaba el mundo. Fue necesario percibirla para ser más preciso en las valoraciones sobre la condición humana. Me despreciaba claramente. Solo estaba vivo por su interés propio. Max era responsable de parte de lo que pasaba y cada vez le pesaba más. Contesté, con tanta sinceridad como pude:

-Creo que para absolutamente nada.

Tal cual me golpeó otra vez, pero más fuerte. Agarró mi clavícula como si tuviera unas garras metálicas que me doblegaron hasta hacerme hincar las rodillas. Max no estaba satisfecho con la escena, en su interior compartíamos dolor y miedos. La situación se hacía cada vez más crítica. Decidido, dijo:

-El interrogatorio se haría en Núcleo, con el Gobernador Bigo presente. Esto no procede... -Max, al decirlo, se sintió nuevo, su Ser compasivo afloró, el inciso fue solo una excusa.

El pequeño perturbado, mientras, apretaba aún más fuerte. Con su otro brazo señaló hacía Max y gritó:

-¿Ves a Bigo por ahí? Pues mientras no esté aquí mando ¡YO! ¡Perdedor!

Bajo mi capa blanca del Clan de los Sabios notaba cómo Blanco buscaba la salida, trepó veloz saliendo por el cuello y mordió la mano que me tenía prisionero. El dolor y el susto provocaron que gritase escuchándose, se inundó de adrenalina y empezó a golpearme en el costado. Max sintió su momento de gallardía, lo cogió del brazo para impedir que algo terrible ocurriese; con la otra mano el pequeño desquiciado sacó un cuchillo y se lo clavó en el abdomen a Max, que, con una rabia descomunal que nació incontrolable, desfundó su machete y se lo clavó donde pudo tras recibir varias puñaladas más. El pequeño no se soltaba del brazo, como si hubiera agarrado a su presa. Ambos se peleaban a muerte, se desangraban. Se escuchaba el sonido de las hojas afiladas entrar en la carne, una y otra vez, en ambos cuerpos. Una lucha encarnecida que duró varios minutos, hasta la muerte. Me quedé sentado apreciando tal escena.

La luz empezó a aparecer desde el horizonte, mostrando el rojo sobre el suelo. Los cadáveres mantenían los puñales en el cuerpo ajeno. Max se marchó con una sonrisa en el rostro. El pequeño también parecía haber muerto felizmente. No sabía explicar por qué ambos cadáveres sonreían.

Monté los cuerpos en la carretilla y los eché al hoyo donde preparaba el abono con otros restos orgánicos, vegetales, excrementos, pensé que sería una excelente sepultura para mis restos una vez llegado mi final también. Estaba ligeramente alejado pero, dado que podían emitir olores, vertí unos polvos que fomentan la reproducción masiva de bacterias, posteriormente la fermentación la continuarían otras especies de bacterias y hongos. Cerré la tapa de madera que permitía el paso fluido de aire. No era más que una adaptación del abono que preparaba la familia 7 de la Aldea. Con varios cubos de agua limpié la sangre. El agua no podía eliminar la sangre de la piedra del refugio del todo.

Sentía pena por el plan truncado de mi amigo Toro, ahora con el hurto del Orbe todo era baladí. Sentía tristeza por todo lo acontecido, por ser causa de problemas, sentí lo efímero de la vida, la torpeza de mi existencia, que de ningún modo era lo esperado por todos los aldeanos, sentí el fracaso del proyecto Aldea y del Maestro Lao. Y, sin más, emprendí mi peregrinación al M8000 sin intención de volver.

#### 4.9. La cima

A cada paso que me alejaba de Lago Grande iba sintiéndome ligero, sin la pesada carga del mundo, mi ausencia estaba justificada sin el Orbe. Me apenaba saber que las ilusiones de Toro se hubieran visto mermadas sin ni siquiera haber tenido la oportunidad de probarlo. Me entró un escalofrío que expulsé de la piel con una sacudida, como cuando un perro sale del agua. Supuraba lo acontecido en el refugio 80, donde la violencia había salpicado mi vida de una manera explícita. Las visiones y emociones empezaron a quedar en el pasado de una forma misteriosamente rápida, aceptaba la maldad como parte de existir, los pensamientos de cobardía los paliaba con aceptación.

Subía con pasos alegres, intentando dar zancadas largas y precisas, sin prisas. Blanco me rondaba todo el tiempo, cuando se cansaba volvía al hombro sin perderse el camino. Los ciclos vividos con Hada me enseñaron la vida armoniosa en ambientes silvestres, sin duda la naturaleza estaba formada por la misma esencia que mi Ser, y quizás de todos, por muy en el olvido que estuviese.

El Sol se ocultaba tras las cordilleras cuando decidí pararme. Me senté sobre una roca y miré al suelo, perdiendo la mirada. Entonces, como una imagen sugerida por los sentidos que carece de verdadera realidad, oculto entre el césped verde apareció un trébol de cuatro hojas esperando a ser encontrado, activando en mí una curiosidad difícilmente explicable. Saqué la vaina del mapa, visualizando el trébol tan característico junto al M8000, mi destino.

Tenía que proseguir. Finalmente me encontraba camino a la cima, aunque de paso volvería al bosque de las aves para preparar las vísperas de la ascensión. Se extendía entre sus árboles una armonía indescriptible que envolvía la percepción. Cuervos y búhos velaban por el equilibrio con la reciente paz como bandera. Paseaba recolectando, encontraba calma y alimentos. Me asenté bajo dos frondosos árboles donde monté un campamento, hacían de cobertizo del fiero Sol y del cielo frío de la noche.

Tenía pensado leer el libro de Teo en detalle. En su primera parte describía la subida por la ladera sur de las Jorobas, la única viable hasta encontrar la gran montaña. Yo me encontraba en la parte noroeste del M8000, a varias jornadas hasta encontrar el punto de partida. En el mapa de Xen se apreciaba cómo tenía una cara oculta totalmente al este, custodiada por dos grandes muros de montañas verticales muy escarpadas que se extendían hasta el litoral. La segunda parte del libro profundizaba en cómo ir escalando, subiendo en diagonales con intención de coronar la cima. Los salientes planos eran puntos de descanso cada vez más elevados con tránsitos entre ellos muy dificultosos. Teo tenía valorada la dificultad de cada paso, incluso apuntaba que había preparados clavos y cuerdas en salientes estratégicos y recomendaba algunas planicies tan grandes como para formar pequeños

bosques o praderas donde recomendaba pasar la noche y practicar ejercicios de meditación y reposo. Cuanto más alto, más difíciles y pequeños eran los lugares planos. En las últimas jornadas indicaba que sería difícil encontrar sitio para dormir, incluso descansar, indicaba algún recoveco en la piedra o alguna cueva viable. El último saliente marcado coincidía con el símbolo del trébol de cuatro hojas confinado en un círculo, cerca de la cima que ya no estaba indicada ni había referencias a la misma. El libro de Teo, solo estaba escrito por la parte frontal de la hoja, era muy descriptivo y técnico.

Parecía que habían ciclos desde que había salido de Lago Grande, cuando fortuitamente el Orbe me fue arrebatado. Me aliviaba no cargar con su responsabilidad. Aunque la «piedra cubierta de musgo» nunca me había incomodado del todo, en cierta manera era como un recuerdo de la Aldea. La morriña de los recuerdos solo me traía fortuna desde mi visión de la salida de Femen, la ladera en la montaña y los Maestros aldeanos, los viajes, la Cruz y Origen, lo percibía como las emociones de cualquier otro que hubiera habitado la carne que portaba mi Alma.

Las horas en el bosque eran largas y muy plácidas. Sentí mi interior fuera de la carne, como parte de la atmósfera de luz filtrada por el follaje, etéreo. Encontré unos sitios maravillosos, con pozas de aguas termales, hubiese sido perfecto haberlas encontrado en la temporada fría. Pude bañarme en medio de un profundo silencio, mirando a las estrellas. Me fijaba en las minúsculas vidas que cuidaban de los suelos, muchos insectos muy pequeños, de ellos dependían toda la vida sobre sus cabezas. Como es arriba es abajo, ni minúsculo ni mayúsculo. Era evidente valorando la implicación de cada cosa o no cosa del mundo. Me sentía agradecido de entenderlo.

Ya habían pasado un par de semanas y el bosque parecía atraparme. Iba encontrando mi Ser más reflexivo y creativo. Los animales hacían su vida en torno a mí como si fuera un tótem que los animaba a convivir, pude compartir con ciervos, ardillas, roedores y aves, estas últimas habían encontrado una franja del día en la que compartía labores, parecía casi un cambio de guardia en lo más profundo del bosque.

Desde que estábamos bajo las copas de los árboles, Blanco nunca iba en mi hombro, planeaba de rama en rama. Descubrí una zona con las copas muy cerca del cielo, quizás en la colina más alta del bosque. Sus largos troncos rectos sin ramas en las que apoyarme dificultaron la subida, me ayudé con una cuerda que agarraba firmemente a cada mano rodeando el tronco, mientras lo abrazaba y me impulsaba con las piernas encogidas. Al alcanzar lo más alto era indistinguible dónde acababa un árbol y empezaba otro, como un manto verde y frondoso, los pájaros salían y entraban como peces en la superficie del mar. Me percaté de lo grande y rico que era el mundo, tanto terreno sin habitar por comunidades humanas y poblados de diferentes tipos de vida. Sentía evidente que la Fuente protegería el mundo independientemente del sino de los humanos. Miraba la Luna que salía en el horizonte y recordé nuevamente las civilizaciones antiguas que superpoblaron el mundo, llegando incluso a habitar en los cráteres de su satélite. Y, aun así, seguía habiendo vida por todas partes. Eso me reconfortaba profundamente y me alejaba de cualquier conflicto. Debía bajar de las copas aún con luz, me sorprendió la noche y me di cuenta de que mis ojos se habían adaptado a la oscuridad.

Al llegar al campamento no tenía ganas de cenar, con el estómago repleto de frutos secos que había comido por el camino de regreso, pero preparé una hermosa candela, tenía intención de repasar el libro de Teo a la luz de su lumbre. Recorrí cada una de sus hojas dibujando mi inminente partida. No era propio de mi Maestro no escribir por la parte trasera, despilfarrar tanto papel. Hojeé con curiosidad las páginas aparentemente no escritas y con la yema de los dedos noté unos surcos, acerqué el libro a la luz del fuego para mirar en detalle. Milagrosamente, surgieron letras por el envés, el manuscrito estaba escrito por esas caras con una tinta que solo aparecía cuando las hojas estaban calientes. La caligrafía y el idioma eran diferentes.

Avivé la candela, preparé un té y, concentrado, pasé las manos por encima de la parte de atrás de sus páginas, reconociendo el trazado y los surcos que dejaba la tinta oculta que se revelaba al exponerlo al fuego. Me resultó familiar la letra del trazado delicado y redondo, muy profesional, diría que era caligrafía femenina, de una mujer que ya habitaba en mi interior y en el de todos: la letra de Aurora me recordaba a la de Tita. Rápidamente localicé en la mochila el botiquín y saqué varios frascos de especias, miré la etiqueta y las comparé, eran muy parecidas. No entendía lo que decía, estaba escrito con un alfabeto que solo Tita y algunos Agros podía leer en la Aldea. Reconocí sus formas por haber curioseado algún libro en la Aldea, aunque no era habitual enseñarlo. Las hierbas de té me concentraban profundamente, mi percepción estaba lista para rastrear el libro. Olía a papel viejo y, visualizando la mano de la escribana, pronto me vi en el refugio 80, ella escribía y mi Maestro descansaba a su vera, se respiraba amor. De cada hoja emanaban emociones, lástima que no pudiera darles forma lingüística.

Aún quedaba mucha temporada cálida por delante. Me encontraba a gusto en el bosque de las aves, estuve por lo menos cuarenta días que parecieron ciclos. Me sentía longevo, como un fantasma que merodeaba la existencia, observando desde otro plano, casi sin formar parte del mundo.

La soledad me era muy grata, entablé una relación con mi consciencia que siempre estaba presente mientras caminaba. Rememoraba y conjeturaba, pero sin perturbarme; no olvidaba nada de lo ocurrido, solo pasaba a ser parte de otra vida arraigada en mi Ser que iba en busca de una nueva transformación. De vez en cuando proyectaba mi partida, solamente tenía la opción de bordear el M8000 al sur, hasta encontrar el punto de subida indicado por Teo, no me aventuraría por otra ruta. Hasta que una mañana marché.

En unas jornadas a todo ritmo me encontré en la falda del M8000 casi al norte, la bordearía camino al sur como buenamente pudiese. Era un tramo de la ruta antigua de la peregrinación, ahora totalmente en desuso. Por el camino iba estudiando los ciento ochenta grados de la cara oeste que miraba al desierto desde sus alturas, por la que después subiría en diagonales hasta encontrar la cima. Disponía de un buen cayado como apoyo para andar o tantear salientes antes de poner el pie. Con el cielo claro se veía nieve en las partes más elevadas, acumulada en los pequeños salientes.

El último tramo hasta el punto de subida al sur era un prado verde con una flora y fauna únicas que habitaban en libertad, muy apacible, con abundante agua y sin mucha densidad de árboles. El M8000 siempre parecía estar más lejos de lo que perceptiblemente

la visión lo situaba. La pradera estaba desquebrajada, formando pequeños surcos en la superficie que conducían el agua por el subsuelo.

A cada paso estaba más motivado. Blanco estaba eufórico. Nos sentíamos libres del todo, aún más al pasar la primera noche bajo la cúpula estrellada que siempre me recordaba que no existe grande ni pequeño, que todo es relativo al que observa, me reconfortaba.

Al día siguiente me crucé con varios ciervos que pastaban. Me llamó la atención uno de ellos, olisqueando entre los arbustos insistentemente. Apartándose del grupo se aproximaba hacia donde me encontraba, pero se paró al encontrarse con una planta de flores rojas muy escasa. Sin esfuerzo arrancó el plantón para rumiar sus raíces. Parecía un macho joven sano y fuerte. A los pocos instantes empezó a andar tambaleándose de un lado a otro, desorientado, como vagando. Noté que su comportamiento no era normal. Después se agachó hasta voltear con las patas hacia arriba. Me acerqué con intención de examinarlo, parecía estar en un trance, intenté llegar a su interior. Pleno y feliz, en una ensoñación tan real como la vida, el animal, con su lengua como una lija, buscaba el contacto con mi cuerpo amistosamente. Sin duda las raíces podrían ser de utilidad, por lo que recogí varias con intención de probar sus efectos antes de subir. Hada ya me había comentado que muchos animales usan plantas como elementos de sanación o como potenciadores físicos o emocionales.

Era muy sencillo alimentarse. El clima era excelente, aunque la ausencia del Sol aumentaba mucho la sensación de frío. Entre árboles encontré la choza que indicaba Teo, estaba parcialmente derrumbada, pero me valdría para descansar unos días antes de emprender la subida. No disponía de nada, solo de un cuarto como cobertizo.

Finalmente me encontraba en el punto partida que iniciaba la subida al M8000 indicado en el libro. Se podía seguir el camino desde la falda casi toda la primera jornada con la vista, por un sendero bastante escarpado que escalaba la ladera haciendo eses hasta bordearla a más altura. Según el libro debería tardar cuatro jornadas en culminar la ascensión. Tuve tiempo de repasar el plan, con las paradas programadas, todos los alimentos y utilidades en la mochila. Me sabía el mapa de Xen de memoria. Blanco siempre merodeaba a mi alrededor y me dirigía a él como si mi conversación fuera inteligible para el roedor, que parecía comprender mis palabras.

La última noche antes de partir preparé un fuego donde puse a hervir las raíces del plantón de flores rojas. El vapor de agua de manantial arrastraba el aroma a la montaña. Las introduje en el té para sustentar la infusión. Me despedía de mi entorno, como cerrando una etapa de mi vida a la que nunca más podría volver. Me encontraba solo, pero dentro llevaba todo lo que mi Ser acumulaba, otros Seres con sus ideas, sus pasiones, emociones y miedo. Sorbía el té en pequeñas dosis, las raíces no le daban un sabor destacable, aunque endulzaban algo. Estaba extraordinariamente reflexivo, melancólico y feliz al mismo tiempo, las emociones punzantes no infligían daño alguno, recuerdos y sentimientos se fusionaban permitiendo una definición perfecta en la memoria, la visión holística me envolvía de tal modo que no era capaz de describir quién era. Pronto sentí alteraciones profundas en la percepción de la realidad, siendo consciente de su influencia en mi ahora inexistente mente, por lo que mi Ser era simplemente esencia. La oscuridad era tangible como si pesara

sobre mi carne, el fuego emitía luz, acunando mis emociones. Mis sentidos lo percibían todo y todo tenía sentido en la atmósfera de la noche. Todas las historias acababan siendo una.

Conceptos de un más allá llegaban sin filtro a la consciencia, sentía cómo algo siempre sucedía a otro algo y que toda la vida era un ciclo inevitable donde la lucha carecía de sentido. No era capaz de guiar mi Ser dentro de todas las emociones que en el interior habitaban. Al no existir mente no era capaz de suponer nada, solo información veraz que nacía del Cónclave y resonaba en mi interior como si no me perteneciera. Mi consciencia alterada diluía la noción de la propia identidad, no existía el Maestro Lao y con ello la calma era total, nada de expectativas, ni futuro, ni pasado. Vivir el Camino Integral adaptado a la vida de cada individuo podría ser una aventura apasionante en la que el Alma podría encontrar satisfacción en el tránsito en la experimentación real. Todo me sonreía, sintiendo presente esta experiencia.

Finalmente, al alba empecé a caminar envuelto en las sensaciones de la ascensión. La analogía de existir no era más que escalar una montaña como el M8000, que me esperaba sin prisas. Vivimos buscando satisfacción en la ascensión y coronación de la cima, vencer el miedo del camino que surge en sortear dificultades y peligros inherentes a vivir, diferentes en cada una de las etapas en las que la solución siempre pasa por uno mismo. Son muy pocos los que realmente comprenden lo efímero de la existencia, porque no es cuestión de la mente o la razón, es tarea del Alma, solo la verdadera existencia es perceptible cuando no existe el individuo.

Previo a la ascensión, en la parte más baja sobre la que crece la gran montaña, el Ser debe prepararse. Un humano ordinario, común –sin ninguna pizca de desprecio al adjetivo–, debería hacer un esfuerzo por prestar atención al momento presente, desde el respeto, veneración, interés o entusiasmo, emociones muy humanas que bien conducidas permiten dicha elevación. Porque sin solo prestar atención, sin más, sin ninguna motivación específica, podrán llegar a ser meros autómatas desalmados, que no planifican, ni recuerdan, ni reflexionan, viviendo las percepciones de otros semejantes. Esto puede confundirse con un estado reptil de indiferencia, absolutamente ensimismado en sí mismo, apoderado por el Ego, sin prisma, que le sitúe entre cada cosa y no cosa. También puede llevar a crear un condicionamiento de vaciamiento de contenidos mentales útiles, la emergencia de un vacío existencial real que lleve a la persona a deprimirse o, nuevamente, a convertirse en un reptil indiferente, descerebrado e insulso, su muerte en vano.

Visualizaba mi subida al M8000 de una manera onírica, pero los pasos eran muy reales. La luz del astro Sol golpeaba mis párpados y me incitaba a seguir andando, cada vez con más pendiente, extremadamente concentrado. Casi no era consciente del entorno, mi cuerpo parecía controlado por otro individuo, pero sin duda había caminado un buen trecho. A veces sentía el peso de la mochila. Mis pensamientos lo envolvían todo, solo veía pie tras pie, con pasos muy precisos, por un camino que otros ya habían recorrido.

A lo largo de los ciclos pasados en esta experimentación afiancé la Aldea como algo sagrado que definía a todos los aldeanos. En cambio, el mundo que experimentaban sus habitantes nada tenía que ver con la Aldea, la realidad era otra; quizás por eso los Maestros y amigos esperaban mi partida. Al humano le parece vasto el cuerpo de la humanidad; en



realidad, no es ni mayor ni menor que cualquier otra cosa. Existen personas cuya consciencia necesita elevarse. En realidad no hay yo ni hay otro. Quienes están altamente evolucionados mantienen una percepción sin distinciones, viendo todo, sin etiquetar nada, mantienen su consciencia arraigada con el todo, de este modo son sostenidos por ella.

Seguía subiendo, encontrando serenidad, mis ojos me informaban de que estaba bastante elevado respecto al punto de partida, la jornada transcurría sin percepción de tiempo, aunque era razonable parar para alimentar e hidratar mi cuerpo. Sabía claramente que lo que estaba experimentando era algo muy particular, la coronación de M8000 simbolizaba una etapa de mi Alma, que sin duda estaba conectada con otras que se amaban, no era feudo del Maestro Lao, sentía la necesidad de seguir subiendo hasta llegar a la cima. Visualizaba las emociones que me encontraría cuando ello se produjese, experimentar una auténtica plenitud que elevase tanto que difícilmente se pudiera volver al suelo. Ese momento, aunque sea sumamente gratificante, puede ser el más peligroso, dado que sería fácil quedar prisionero en ese estado cumbre, lucharía con autosugestión para mantener el trance y así desconectar de la realidad que estaba desangrando al mundo. Sentí un leve vértigo que me vino bien, paré y monté un pequeño campamento para calentar la infusión y algo de comida y seguir caminando.

La extrema precisión en mis pasos en la ascensión concatenaba ideas en mi interior en las que el Camino Integral se iba desvelando sin pretensión. En la consciencia reinaba la paz entre la mente y el Alma, ambas a disposición del Ser conocedor que, mediante la observación holística, conoce la senda de la iluminación. Este es un buen propósito: la comprensión de la más plausible realidad aceptada y los mecanismos de supuración de interferencias mentales que atrapan en un sinsentido confuso. Solamente aceptando la intranscendencia de existir uno acaba refugiándose en sí mismo como máxima expresión de vivir.

El autoconocimiento se genera mediante ciertas prácticas espirituales que conducen a la introspección cotidiana de nuestras propias acciones. Desde la observación pueden hacerse grandes descubrimientos, muchos de los cuales suponen enfrentarse a elementos negativos de uno mismo; otros, vinculados a la biología humana, difícilmente salvables. Pero en cualquier caso hacer un ejercicio de doma personal siempre aporta.

Mis pies parecían saber hacia dónde llevarme. La ascensión continuaba como la disección de la evolución del Ser que se esbozaba en mi cabeza, me preguntaba: qué podría frenar a un Ser que pretende habitar para siempre en la Verdad Sutil. Quizás el mayor problema que se puede dar es cuando alguien descubre en su interior alguna cualidad positiva y ve que puede tener experiencias vitales, atisbos de la totalidad cercana que lo rige todo, puede ser clarividente, incluso, creyéndose portador de un don que le otorga cualidades sensoriales extraordinarias. Empieza entonces a dar lecciones a los demás, con evidentes carencias en lo que a humildad se refiere, y no permite la exposición de diferentes puntos de vista, porque él está en posesión de la verdad. Podría convertirse en autoproclamada divinidad, con notable influencia en su entorno, pudiendo desorientar enormemente a los demás, porque nos muestra mapas falsos y nos podemos despeñar si lo seguimos, ocultando la verdad de que la iluminación se gesta en uno mismo, si esta llegara a darse, y en cualquier persona.

Un leve derrumbamiento bajo mis pies asustó a mi cuerpo en la ascensión. Debían de haber pasado un par de jornadas completas. Sentía el aire frío, parecía estar todo nublado. Proseguí sin mirar atrás ni mirar adelante, solo a mis pies. Envuelto en las sensaciones del mundo, la montaña parecía canalizarlas entregándolas bajo mis pasos. Esa noche descansé bajo unos árboles, abrigado en mi saco.

Con un simple parpadeo el Sol atravesó mis párpados. Empecé mi nueva jornada sin dilación. Caminaba y me entregaba a mi ascensión propia. Si fuera el Maestro Lao debía evitar que la sociedad divergiese hacia soluciones del fin de ciclo como hicieran en épocas históricas anteriores. Tenía total consciencia y noción de la realidad de la península. Las Jorobas parecían ser un sumidero de verdad. La razón decía que analizando a las personas de manera individual se podría pensar que existe coherencia en las acciones humanas, pero la raza, analizada como unidad, era un completo desastre. Clanes y religiones, fronteras que marcaban diferencias entre unos y otros, generaban discrepancias, atrapados en un conflicto ajeno y propio a la vez que los iba sumiendo en una indecorosa realidad que incomodaba cuando la sinceridad brotaba.

En la Aldea siempre practicábamos rituales colectivos que, de una manera armoniosa, nos impregnaban a todos los aldeanos de la misma esencia, ayudando a encontrar nuestra realidad común. Ningún interés externo influenciaba nuestras vidas. Aun así, los Maestros alertaban de que por edificantes y constructivos que pudieran resultar, estos rituales habían sido utilizados históricamente para los intereses particulares de los gobernantes, haciendo perder el sentido de la identidad individual y haciendo pensar que sin el ritual no puede haber una conexión con lo sagrado. Aparte de esta fusión con el grupo, está el riesgo del adoctrinamiento y el aborregamiento, por parte de los líderes sin escrúpulos que se creen en posesión de la verdad. Estas prácticas, desde su lado negativo, pueden llevar a auténticos lavados de cerebro y a pérdidas de la identidad personal. En ningún caso dudaría de Tita, o de cualquier otro Maestro, dado que Lao es fruto del proyecto Aldea. Lao no es más que una agregación de muchos aldeanos, cuyos intereses no están bajo ningún juicio.

Me comunicaba en términos desconocidos hasta ahora en mi persona, seguía sin reconocer mi mente ni mi cuerpo. Teo me contaba que ni siquiera hacer obras de caridad está libre de peligros, este tipo de práctica está en casi todas las tradiciones y sociedades, tratando de favorecer la bondad, la empatía, el desprendimiento y el desapego. Puede tener, como todas las Prácticas Integrales adaptadas anteriores, efectos muy beneficiosos, pero también tiene sus peligros. Por ejemplo, algunas personas utilizan la caridad para huir de los propios problemas personales, a lo que se puede unir una sensación de falsa santidad o bondad, lo que se puede agravar con ciertos tintes moralistas. Otro riesgo es utilizarlo como herramienta para ganar el favor de la sociedad, con el fin de encubrir las corrupciones personales o del entorno. No había cabida de este tipo de fieles en el Templo del Equilibrio, la voz de Teo parecía ser la mía, o quizás al revés, revelando que todas estas prácticas pueden ser muy constructivas y edificantes, pero si no se consideran los peligros es como ir a escalar una montaña sin un mapa, sin la indumentaria y los materiales adecuados: sin todo ello puede existir el riesgo de una caída e incluso de la muerte.

En un hueco de realidad parecí reconocer el saliente al que intentaba llegar para pasar la noche. Realmente la infusión de la raíz era muy potente. Las palabras de un mesías nacían en mi interior, pero me alejaba de esa misma idea, es importante considerar que el Camino Integral adaptado a la realidad del individuo tiene sus problemas, siendo el peor de todos la soberbia de pretender ser más que cualquier cosa o no cosa, ser más que la totalidad o que la Fuente o que las leyes de la Naturaleza. Y hacerlo dogma en los demás era la gran duda irresoluble. Para que el Maestro Lao pudiese existir debía estar disponible de forma plausible y útil, aunque el sutil proceder no tiene forma, buscar una identidad que no pudiera ejercitar por voluntad propia era lo que me asentaría en la Interpretación, no el serg un mesías o un Maestro.

En la siguiente jornada debía alcanzar un lugar próximo a la cima, junto al trébol indicado en el mapa. Parecía que coincidía con las descripciones del sitio que pude leer en el libro de Teo, todo parecía confluír armoniosamente. El día lo pasé en silencio, caminando, ya disponía de todo mi Ser en cuerpo, Alma y mente, aunque no pensaba ni sentía nada, solo era parte de algo más grande. Estaba cansado de oírme. Amanecí en un punto realmente alto, parecía haber recorrido la ruta sin problemas, pero ahora eso no era más que pasado. Las vistas hicieron que me encogiera hasta hacerme diminuto. Ya no veía nada de Lago Grande, solo el volcán de Origen como un punto al suroeste de la cordillera. El desierto se extendía en todo el horizonte, como si dispusiese de Halcón volé hasta encontrar la Aldea, surcando imaginariamente el recorrido de estos ciclos. La parte de ruta que me quedaba pronto empezó a ser muy vertical, aunque me había enfrentado a subidas más complejas. La climatología acompañó durante toda la subida, no paré hasta encontrar el saliente. Aún era de día cuando alargué mi mano derecha y subí una gran roca en la que Blanco ya descansaba, me esperaba arriba. Me sentía bastante cansado, física y cognitivamente.

Subía muy vertical hasta que mi cabeza emergió sobre la cornisa, con la barbilla pegada al suelo respiré profundamente. Al instante vi que había llegado. Frente a mi nariz, el terreno del saliente cubierto de tréboles, de tallos delgados y las hojas ovaladas, cuatro hojas en cada trébol, como una alfombra tupida, verde y esponjosa. Una superficie plana, con un solo árbol enorme, toda sombreada por su follaje. La belleza de aquel árbol milenario, la majestuosidad de su porte y lo barroco de sus formas indicaban que el tiempo de un ser humano es un instante. El sitio no era propio de la escena. De fondo, el M8000 desvelaba que ni mucho menos era la cima, grandes paredes de roca crecían imponentes más allá de dónde alcanzaba mi visión. Sin embargo sentí que había llegado, no había cima en mi Ser. La imagen del longevo árbol era grandiosa, con recias ramas que se elevan al cielo, sinónimo de fuerza, de no dejarse doblegar ante ningún obstáculo, ni siquiera por su larga vida. Me senté apoyando mi espalda sobre el tronco, aún había sostén para varias espaldas más. Se tardaba varios segundos en dar la vuelta a su circunferencia, me descalcé y la brisa fresca alivió mis pies torturados, noté cómo se desperezaban, y el tacto con los tréboles me daba un necesario descanso.

Sentí que había llegado, aunque sin alcanzar ningún sitio particular. Esto no me apenó ni produjo en mí la sensación de fracaso, no había cima ni culminación de la ascensión. El entorno no podía pertenecer a esta cara de la montaña. En los ciclos por la zona no había

visto esta flora tan particular como un símbolo de lo ajeno, era un reducto de autenticidad. Yo era un observador que no pertenecía al lugar, distinto armoniosamente, formaba parte del entorno. Estaba en una ventana al mundo desde lo más alto de las Jorobas, como una estación de observación de la península. Me quedé traspuesto tras el descanso bajo sus hojas.

La sed alarmó mis oídos, percibí el sonido de un caño que caía por la única pared que unía el saliente con el macizo. Me levante desperezándome y bebí su agua fría, sin sabor. No podía parar de beberla, parecía no saciar. Al instante noté que mi estómago pesaba. Observé con detalle la pared, parecía imposible de escalar en su primer tramo. Más alto parecía haber otro saliente similar. Distinguí otro gran árbol con un follaje similar. Blanco hizo el amago de buscarlo, pero vino sin conseguirlo. Me tumbé sobre el mullido lecho de tréboles, la luz me llegaba parcheada por la sombra de las hojas y no molestaba a los ojos. Mis dedos, que acariciaban el suelo, empezaron a tomar contacto con algo que no pude comprender al instante. Me sentía impregnado de un aroma emocional que llegaba a mi cuerpo, evocando sentimientos más lejanos, no me hacía falta rastrear profundamente para reconocerlo. Iba cayendo en un sueño mientras buceaba por los recuerdos empáticos: volví a verme en manos de aquella mujer que me sacó de Femen siendo un bebé, sabía que ella era responsable de mis pasos, y de alguna manera quería darle las gracias, pero no conocía su aspecto, aunque sí su Ser.

Dormía profundamente con Blanco sobre mi panza como si fuera un colchón de agua. Al despertarme parecía que no había pasado ni un minuto, el Sol estaba en el mismo sitio, la intensidad de la luz era la misma. «¿Habrán pasado las 10 horas de un día completo?», pregunté casi en voz alta. Me levanté extrañado. Me acerqué a la mochila para llenar mi estómago vacío de nutrientes. Disponía de pocos recursos alimenticios y la idea de regresar acuciaba, aunque no tenía intención de descender. Medité antes de decidir partir desde lo más alto que nunca había estado. Conseguí ver el mundo sin capacidad de intervenir, alejado de su destino y del de los humanos. Sonreí pensando en el Orbe, aunque hubiera querido especular sobre cómo se acercarían los sucesos entre los fieles, los monjes, el Clan Hermano y otros que habitan sobre lo que alcanzaba a ver desde el saliente. No hubiera conseguido ni una hipótesis real. De la misma manera que sufría cotidianamente grandes revelaciones, ninguna era de aplicación directa a los problemas de la sociedad, aunque en ellas subyacían las semillas de la armonía. Me sentía inútil por no saber darle forma. No podía descender, ¿para qué?

Entendí que era obvio que el Camino Integral no formaba parte de la forma de vida de todos, aunque muchos adaptaban ese camino en lo posible a su medio, dándole una forma útil, minimizando el conflicto con el otro, respetándolo; otros vivían en una rueda de consumo y Ego. Asimilaba que la armonía del mundo debía brotar de un cambio en los Seres humanos, fundamentalmente, todos tan diferentes de cara a la sociedad y tan iguales desde sus interiores. El cambio era posible si el individuo derrotaba al Ego a partir de asumir nuevas perspectivas sobre la realidad, viéndola en su totalidad, en sus múltiples dimensiones interrelacionadas, donde el todo es mayor a la suma de sus partes. La realidad como principio holístico «en el cual lo divino, lo humano y lo que es terrenal son las tres dimensiones irreductibles que constituyen lo que es real. Estas tres partes no se yuxtaponen

simplemente por casualidad, pero están esencialmente relacionadas y juntas constituyen el todo. Son partes porque no son el todo, pero no son piezas que pueden ser separadas del conjunto».

Todas las ideas y emociones podían ser expresadas por palabras, como si dispusiese de una biblioteca de conocimiento ilimitado. Seguía esbozando el prisma de mi reflexión, sentencié: «El todo es más que la suma de sus partes, el ser humano olvida con facilidad este concepto, ha perdido la mirada holística de la realidad y, como consecuencia, las referencias de su vida. Todo está desordenado, porque no se siente parte del orden, será por el Ego que nos impide ver que no somos ni más ni menos que cualquier otra cosa o no cosa. Perdemos el respeto por lo que existe más allá de nosotros».

Pensar en términos generales sobre el concepto de la humanidad es más sencillo que encajar a los Seres queridos como parte de la humanidad, incluso uno mismo. Todos tenemos nuestro sitio en el mundo, pero el apego te reduce a esa visión localista del mundo fácilmente manipulable por otros, y como individuos sociales es inevitable perderla. Incluso los Maestros habían perdido la visión holística de la realidad en su totalidad. El Ser humano dispone de un sistema evolutivo basado en la transformación del Ser para maximizar la adaptabilidad del medio, como una propiedad inherente a la especie, mejorando biológicamente cada ciclo, con leves evoluciones casi imperceptible. Los mejores adaptados perpetúan sus esencias en los otros, definiendo la realidad con cada acción, transmitiendo su biología y su cultura, orgullosos de ello, de una forma consciente o inconsciente. Lo hacen creando luchas para imponerse, acaparando, viviendo en dualidad. Este mecanismo da nacimiento al Ego, al juego de los yoes, al individuo. El Ego dicta al individuo comportamientos verticales, abajo y arriba, fuerte y débil, pensamientos dualistas que arrastran a la sociedad a terrenos pantanosos. Las dualidades definen los pasos evolutivos, generando nuevas transformaciones consolidadas en las ideas duales, dibujando un mundo dividido. Esto es el respaldo biológico y lógico que sustenta el sistema actual que intenta instaurarse en el mundo como antaño. Y, por supuesto, no es un agente externo, es una codificación genética propia de los humanos, habita también en la naturaleza o biología de la raza como especie. Sentí algo demoledor y triste sobre la existencia del Ser humano, como algo de una naturaleza inquebrantable, imperativa en la existencia. Recordaba las palabras de Aurora sobre el inevitable fin del ciclo.

La brisa me iba despertando de la nube emocional que me envolvía, iba preparándome para enfrentarme al camino de vuelta, pero ¿a dónde? No me apetecía empezar la bajada, miraba hacia arriba. Reflexivo me preguntaba: «¿He llegado?». Me encontraba en un punto en el cuál debía interferir en mi propia vida, decidir mis futuros pasos, para un devenir que no existía y que no era posible ver, sin objeto de caminar más allá de existir. No tenía planes ni amigos que lo gestasen, ni una emoción sutil que me guiase, podría volver a la Aldea, o a Lago Grande, Origen o a cualquier otro lugar: había desaparecido la referencia de mi hogar. Era verdaderamente confuso decidir sin nadie que fuera motivo de caminar. Realmente no podía quedarme a vivir bajo aquel majestuoso árbol hasta encontrar la vejez y la muerte, no podía comer tréboles toda la vida. Me preguntaba qué pensarían los Maestros de la Aldea, o mis amigos, cualquiera estaría dispuesto a acogerme y yo, a compartir mi vida con ellos,

aunque habría que buscarlos y tendría que decidir con quién. También podría establecerme como un anacoreta en el bosque de las aves o cualquier otro sitio empáticamente propicio para el desarrollo de una vida calmada, libre de fatuas emociones localistas humanas, para vivir una vida holística en soledad.

Recorrí visualmente todo lo que me rodeaba, surqué el perímetro apurando mi visión a riesgo de precipitarme al vacío. Nada importaba más que encontrar la respuesta que guiase mi siguiente paso. Miré al cielo rogando clarividencia, entonces el viento pareció deformar el aire, haciéndolo más denso en una franja ondeante y borrosa. Me froté los ojos por si fuera un error de mi visión. Blanco salió rápido hacia la copa del árbol, me quité los tréboles de los pies y me calcé de nuevo para seguirlo. Fue sencillo subir por las ramas que no se inmutaban por nuestro peso. En la copa encontré un palo atado a una cuerda trenzada con hilos azules y blancos, parecía que lo habían lanzado desde un punto más alto. Agarré la cuerda y tiré de ella, la balanceé con fuerza. El cielo parecía tronar con el zumbido producido por el tirón. Entonces vi bajar una tabla a modo de columpio, agarrada por una polea ancha que corría por la cuerda azul vertiginosamente hacia abajo. Paró a escasos centímetros de mi cara, bruscamente, atada con una soga que no pretendía ocultarse. No tuve dudas, anclé la cuerda azul al tronco del árbol dejándola muy tensa, bajé y recogí la mochila, como un felino trepé de nuevo, cargado, me senté en la maderita y tiré fuerte de la soga. La rueda se deslizaba suave, avanzaba bastante con cada tirón. Blanco seguía en lo más alto, me quedé parado a veinte metros, mirando hacia atrás. El viento balanceaba el columpio conmigo en él y no sentía vértigo. Seguí parado en las alturas, miré hacia abajo y aprecié la grandeza de la cordillera, sin miedo. Di otro tirón, y otro, ya estaba en la mitad de la cuerda celeste, que seguía muy tensa. El bamboleo era más intenso y amplio. Sufrí un desplazamiento de varios metros y proseguí, con los brazos cada vez más cansados. Ya podía ver el verde de sus hojas, era un árbol hermano, casi clónico. Encontré fuerzas para seguir. Pasé a unos metros de la cornisa hasta que mis pies encontraron el suelo con un salto, bajé del columpio y lo até, parecía estar en el mismo sitio, con el suelo cubierto de tréboles de cuatro hojas ovaladas. El parecido era asombroso, casi indistinguible. Me sentía como en un bucle. Me acerqué al mismo caño de agua y vacié vorazmente mi sed. Intenté ver el saliente del que provenía, no era capaz de distinguirlo, todo seguía siendo onírico. Blanco no estaba, el columpio no estaba, el aire parecía chocar con la cuerda mimetizada.

Preso de la confusión mental me tumbé de nuevo sobre los tréboles, intenté solo ser consciente de cada bocanada de aire fresco que parecía escasear por la altura. Noté que mi mente intentaba encajar la situación, era una prueba evidente de la ilusión que forma la realidad. Mi mente confundida era un elemento de análisis. Dado que mi Ser se localizaba en algo más empático, pude interpretar mis emociones con nitidez. Me sentía pleno, carcajeé sin poder explicar sensatamente todo lo que acontecía. Sentía que había llegado. Con este pensamiento, calmado, intentaba tranquilizar a mi mente. Desde el propio Cónclave de mi interior, como un susurro suave, materno, libre de Ego, con un lenguaje comprensible escuchaba: «Confieso que no hay nada que enseñar: ni religión, ni ciencia, ni cuerpo de informaciones, solo regresar tu mente a la Fuente. Hoy hablo de esta manera, mañana de otra, pero el Camino Integral permanece siempre más allá de las palabras y más allá de la mente.

Mantén tu mente libre de divisiones y distinciones. Sé simplemente consciente de la unidad de las cosas. El todo es más que la suma de sus partes».

Tranquilamente dormía sobre mi cama de tréboles, notaba el peso de Blanco con el vaivén del pecho al hincharse y vaciarse, esto me despertó de sopetón y me llenó de una profunda alegría. Seguía en el mismo sitio, la misma luz, el mismo chorro de agua que me refrescó copiosamente a cada sorbo. Mi mente estaba desconcertada. En cambio, sentía que había llegado, me sentía bien y en calma. Nada cambiaba, todo era exactamente igual, observaba en detalle todo mi entorno. La visión del horizonte difuminada, la brisa del viento acariciaba mi cuerpo, el ambiente era cálido, pero no notaba la radiación del Sol en mi piel. Era todo muy similar a rastrear tiempos pasados en los que las imágenes y sensaciones parecían obtusas e interpretables.

Creí ver la posibilidad de llegar por mi propio medio a un saliente a escasos metros en vertical. Esforzándome con un gran salto no dudé, lo intenté a riesgo de desprenderme por la pared de piedras verticales. Sin esfuerzo subí como si mi cuerpo no pesase, como una hormiga caminando en vertical. Al llegar al saliente de arriba, el mismo árbol con el suelo cubierto de tréboles. Tenía mucha sed, inmediatamente fui al caño de agua para saciarme. Una y otra vez, ascendía al mismo sitio con diferentes métodos que iba imaginando.

Me senté sobre mis piernas. Miré al cielo, las nubes estaban estáticas, como pintadas en un bellissimo cuadro. Podía mirar al Sol sin dañar mis ojos, claramente estaba en una ensoñación a la que no sabía cómo había llegado. No comía desde hacía tiempo, quizás días, pero siempre tenía una sensación de sed que la abundante agua sin sabor calmaba alimentándome. La atmósfera era parecida a la que el Orbe inducía, en la que el tiempo se paraba o no formaba parte de la dimensión. El sitio era fabuloso. Sin necesidades físicas, con un espacio muy reducido en lo más alto del M8000 no recordaba haberme muerto, aunque tampoco recordaba haber nacido, mi Ser estaba dónde debía estar. Solo el ratoncillo pomposo de pelo blanco me acompañaba, aunque no pesaba, ni desprendía olor.

Mientras acariciaba los tréboles, recordé la sensación de la primera vez que me hablaron de Aurora. Todo era muy misterioso sobre su figura. Ahora podía verlo, la Intérprete de alguna manera siempre guiaba mis pasos de forma pasiva, delegando con amor la responsabilidad de vivir, lo hacía a través de los Seres que también la querían, pero desde mi interior. Toda la creación, todo lo creado, es ilusión pura, es producto de la mente, cualquier imposición de la realidad por un tercero es un engaño. Pero la Interpretación siempre encontraba su lugar, como la conexión con el Cónclave que nos nutría a ambos. Visto con los ojos de un Ser evolucionado, toda la obra de la Fuente no existe en realidad, no es más que un gran juego de ilusiones, de realidades en la mente dual del hombre, por eso era muy difícil ser un mesías.

El mundo creado, tal como es percibido por los sentidos, es el gran obstáculo que separa al hombre del mundo verdadero. Es absurdo en sí mismo concebir un mesías, la sociedad no solo había creado los engaños de la materia que estaban extraviando a los seres humanos, sino que los hacía sufrir crisis existenciales. Al engaño de la materia, de lo físico, del que sistema se nutre, debe sumarse el engaño de la cultura, creada por el hombre y al servicio de aquél que la creó. La sociedad continuamente tiende a mantenerlo en un estado

de confusión y mansedumbre que le empuja para no encontrar su consciencia. Una forma de vida inculcada desde bebé por deidades fácticas para que los hombres continúen hipnotizados y obedientes, para que prosigan actuando como sonámbulos, trabajando, durmiendo, perdiendo el tiempo, desperdiciando oportunidades, infelices, sirviendo a un fin que no es el del Alma. Todos los que habitan el mundo sentirán al despedirse de la experimentación que no se llevan nada para la vida tras la vida, no acumulamos nada tras la muerte.

Toda esta gran confusión es transmitida a su vez por generaciones de adultos a niños pequeños, deformando el poco sentido que pudieran tener desde un origen. Así, el mundo va aniquilando al hombre desde que nace hasta no quedar el menor atisbo de Alma. ¿Cómo podía encajar el Maestro Lao en todo esto? Si no hay mensaje divino, todo está en su interior, nada que enseñar. Fieles, aldeanos, el Clan Hermano... Todos creen saber lo que es bueno y lo que es malo. Creen también que haciendo lo que llaman «bueno» y evitando lo que llaman «malo», están cumpliendo con todo su deber. No saben cuán confundidos están, no saben que viven en el error, no saben que continuamente se engañan a sí mismos y engañan a los demás. No lo saben porque están dormidos, porque sus mentes están definidas para crecer en su entorno, en su realidad, porque les han anulado el Alma desde su nacimiento.

Sin noción del tiempo, sin destino, no sabía si ascendía o descendía. La figura de Lao paseaba en círculos en su dominio, bajo el árbol, parecía buscar la cima a la que nunca llegó en un estado de apatía muy plácido, como si hubiera muerto. La figura agachó la cabeza, como compadecido por sí mismo por estar tan al margen de todo lo que sucedía en el mundo del que provenía. Mis palabras crueles sobre la sociedad resonaban en el aire, gritaba al mundo mis reflexiones con la esperanza de que el viento lo llevase a oídos de todos. Necesitaba beber agua nuevamente, no me saciaba, pero el estómago pesaba. Me puse de cuclillas con la cabeza entre las piernas, cerré los ojos intensamente consiguiendo que no se filtrara nada de luz, respiré profundamente varias veces y me desplomé sobre los tréboles nuevamente. Entonces encontré mi voz, que reclamaba su sitio en el Maestro Lao. Como aldeano lo único que podía aportar era lo aprendido en la Aldea y eso debía continuar hasta el fin de mi experimentación real.

Al abrir los ojos, todo estaba oscuro, en un vacío sin horizonte, sin ningún lugar a dónde dirigirme. Sin más caminé intentando palpar algo, pero ya no disponía de tacto, solo estaba el sonido de mis pasos y su eco. Mi Ser estaba inmerso en una oscuridad y silencio absolutos, como el vientre materno, como el primer hogar. La clausura seguía sin incomodarme, mi estómago sin peso nuevamente. Ininterrumpidamente seguía con la argumentación en un tránsito que no sabía a dónde conducía. Sin mente, estaba seguro de que nacía del Cónclave, o de algún otro lugar en el que no existe el individuo. Pasé décadas en aquel sitio sin luz ni necesidades, en una nada donde mis emociones se hacían argumentos comprensibles. Recordaba historias de personas consideradas mesías que supieron extender un mensaje salvador, pero todas se acomodaron en formas de vida controladas por la sociedad y su poder capital. Con certeza la inmersión desde el nacimiento es total y pronto nos quedamos ciegos.



Nada. No había nada. Vagando por un eterno, dónde estaría el Maestro Lao, dónde estaría mi Ser, sentía que estaba en mi hogar. Nuevamente mi voz calló en el olvido, mezclé todas las emociones sin distinguir su origen, se difuminó el pasado como la historia del mundo. Me acostumbre a la infinita oscuridad, en paz, culminada de verdad. El tiempo, las ideas, las vidas de Almas, reencarnaciones: todo estaba disponible pero no había necesidad de usarlas. Tras eones de eternidad, llegué a apreciar de forma tenue un estímulo luminoso que olía a Sol, la luz logró atravesar la oscuridad y la carne de mis párpados, como primer indicio consciente de mi cuerpo, de forma muy tenue, pero más que suficiente para obligarme a evitar su contacto girando la cabeza: aquella luminosidad me dañaba.

Empezaba a ser consciente de mi cuerpo. Lentamente, con las manos tocaba mis ropajes, reconociendo mis apéndices, mi rostro y mi pecho, donde pude sentir a Blanco sorprendido al notar la caricia de mi mano, notaba cómo golpeaba la palma con su cabecita, esperando una respuesta más efusiva, con deseo de que la vida volviera a mí. Estaba muy cansado, los movimientos fueron muy lentos. Los párpados se me cerraban, volviendo a caer en la oscuridad profunda, pero pude escuchar la voz suave de una mujer que reconocí de otras ensoñaciones. Con cariño indicaba que me encontraba a salvo.



## 5 La despedida



*Las técnicas místicas para lograr la inmortalidad se revelan únicamente a aquellas Almas que han disuelto todos los lazos con el espeso reino mundano de los conflictos y de los dogmas en la experimentación real. Mientras existan tus superficiales ambiciones mundanas, la puerta no se abrirá. Dedicarte a vivir una vida virtuosa, integrada y generosa. Purifica tu esencia transmutándola de espesa y pesada, en sutil y luminosa. Utiliza las prácticas del Camino Integral para transformar el Ser en profundo y de presencia divina. Atravesando cada etapa aprende a valorar lo que es hoy importante en el ámbito sutil, en lugar de lo que se manifiesta como deseable mañana en el ámbito del mundo. Entonces se abrirá la puerta del Cónclave de Almas en tu consciencia y podrás reunirte con la propia Fuente obteniendo la certeza del Sutil Proceder de las cosas.*

...Extracto del libro “El Cónclave de Almas”.

### 5.1. El gran Fungi

«*Au son de la pluie, au milieu du silence !*».

Fue lo primero que escuché al despertarme, como un eco procedente de más allá de donde me encontraba. Con los párpados entreabiertos, inmediatamente sentí el bigote de Blanco haciéndome cosquillas en mi rostro, extremadamente feliz de volver a ver mis pupilas. En la sala solo alcancé a ver una figura muy esbelta y alargada descansando milagrosamente sobre un asiento que casi no se veía, con una capa con una capucha verde que le cubría desde la cabeza a los pies. Me incorporé silenciosamente. Todo estaba muy sosegado. La luz se tornaba verde al cruzar atravesar la ventana, abierta de par en par, las cortinas sedosas ondulaban con la brisa. Un silencio inquietante permitía oír el golpeteo de las gotas de lluvia agua al chocar contra todo lo que se encontraban. La cama era muy mullida, el olor era primaveral, la temperatura cálida, Blanco seguía demandándome cariño. Recordaba perfectamente al ratoncillo como un Ser muy especial, pero poco más podía recordar de cómo había llegado a la cama, además de dificultades a la hora de acceder a recuerdos más antiguos. Estaba muy confuso al respecto. No recordaba quién era, aunque sabía que nunca llegué a saberlo. En cambio, me sentía pleno, como nuevo, no presentaba otros signos de deterioro de funciones cognitivas, tenía la sensación de ser consciente de lo afortunado que era.

Pasé varios minutos rebuscando en mi memoria y familiarizándome con el cuarto, nada me inquietaba porque me encontraba en un lugar muy especial. Junto a la cama estaban todos mis enseres, ropa limpia doblada, mi mochila, mis botas; cerca de la puerta, una estantería con botes y otros artículos de curación, frutas, libros de todas las edades... Todo tenía un olor muy especial. Cogí una jarra de agua y la engullí entera, su no sabor me sorprendió, Mordí una manzana, su sabor era demencial, su jugo al mordisquearla era vida.

Desde el exterior me llegaron unas voces que no pude entender lo que decían, hablaban pausadamente.. Aún estaba cansado. Me puse de pie para asomarme y de sopetón la cabeza de un caballo sonriente apartó la cortina de la ventana con su morro negro, saludándome afablemente. Me acerqué para devolverle el saludo con una caricia. Era una yegua preciosa de pelaje leonado, orejas y hocico negros. Desde atrás sentí unos pasos suaves, casi no emitían ruido. Vi aparecer la figura de una mujer envuelta en una túnica de un blanco vaporoso. La luz procedente de su espalda inundaba la estancia, perfilando su silueta. Me era muy familiar. Empáticamente me vi atrapado en ella. Su esencia era única, como la de una madre creadora de vida. La emoción fue tal que mis ojos se empañaron. Blanco saltó hacia ella con mucho afecto. Estaba estupefacto por su presencia. Con una voz suave y melosa, con su tono divino, me dijo a modo de bienvenida: «*Au son de la pluie, au milieu du silence* !».

Me volví a sentar en la cama, cansado y calmado. Ella se acercó a mí lentamente y su cabeza quedó a la altura de la mía. Me miró con los ojos profundos, me abrazó y mi nariz quedó apoyada en su cuello. Pasé mis brazos por su cadera y sentí claramente su esencia: su olor, el tacto de su piel, su Alma. Balbuceé:

-Aurora...

Dije su nombre sin recordar el mío. Ese nombre fue el primer vestigio de mi pasado que volvió a mí, pero con la oportunidad de transformarse. Ella se rio y dijo:

-Impresionante. Generalmente los que entran en el valle necesitan varias semanas para recuperar sus recuerdos y emociones, tú vas sorprendentemente rápido. No te preocupes, es la única forma de entrar en el valle.

Guardamos un leve silencio. El señor esbelto y encapuchado se desperezó y sin decir nada salió. Era sorprendentemente alto. Volvió rápidamente con té caliente y algunas pastas. Aurora cogió una y le puso un trozo a Blanco, yo mordisqueaba otra. El primer sorbo de té fue maravilloso, un aroma a flores que reconstituía mi Ser. Nunca había probado un brebaje como ese. Terminé de beber y me tumbe de nuevo. Estaba muy cansado. Ella ahuecó la almohada, adaptándola a mi cuello. Mientras seguía velando por mí, dulcemente me dijo:

-Primero recuperarás los últimos momentos de tu pasado consciente, además de aquellos hechos de tu historia personal que están codificados de forma más profunda, como tu nombre o tu familia, pero quizás te cueste reconocerlos. Intenta ser siempre quien debas. Pero ahora necesitas descansar. Se levantó de la cama, echó la sabana sobre mi cuerpo y se marchó.

Como en un sueño desapareció por la puerta. Ya había sentido cómo alguien se dirigía a mí en esos términos: con ternura infinita me vi en los brazos de esa mujer siendo aún bebé. «¡Aurora!», suspiré antes de caer profundamente dormido.

En los días sucesivos no salí de la habitación. Lo que alcanzaba a ver desde la ventana y el porche era escaso, debido a la densa vegetación que envolvía todo. Árboles muy altos, tan altos que sus copas se confundían con un cielo verde y azul. Las plantas y arbustos cerraban el paso entre los troncos como un muro vegetal. Un camino que llegaba a la puerta estaba empedrado como con pizarra, con piezas negras y planas, perfectamente encajadas las unas con las otras. Todo el suelo de alrededor estaba cubierto por una alfombra de tréboles de cuatro hojas. Solo venía a visitarme el hombre esbelto que resultó llamarse Em. Hablaba muy poco y parecía dominar mi idioma pero con un acento difícil de comprender. Me atendía con devoción, en silencio, aunque realmente no estaba enfermo. Em palpaba mi cuerpo y mi cabeza, lo que hizo que recuperase mis dotes de sanador. Sus técnicas eran admirables. . Iba recuperando mis recuerdos más profundos y fundamentales, escasos. Notaba que mi mente quería intervenir, buscando reconocerse. Lo miré y le pregunté:

-¿Quién soy?

Em, esforzándose por una correcta pronunciación, dijo:

- No importa quién has sido.

A la semana ya recordaba casi todo: las aventuras del Maestro sanador Lao en la Cruz, mi amigo Kili y los funcionarios, mi hermano Toro, la Aldea, Hada, el momento en el que nos entregaron la piedra cubierta de musgo, Origen, el Equilibrio, la peregrinación forzada, Heny, lago Grande, el hurto sangriento del Orbe y mi partida a la gran montaña de las Jorobas, el M8000... Recordaba lo acontecido, pero de una manera selectiva y resumida. Tenía la sensación de que lo vivido por Lao podía ser la vida de otra persona. Podía definir los detalles del pasado creando en mi mente imágenes y contextos como quien consulta un libro de historia. Por suerte las emociones y sentimientos respaldaban los sucesos. Me sentía como un niño pequeño con la vida por delante pero con la experiencia de muchos años. Aún no sabía dónde estaba.

Me encontraba muy fuerte y repuesto, estaba dispuesto a caminar por los alrededores. No quería que Em satisficiera mis necesidades básicas, necesitaba valerme por mí mismo. Sentado en los escalones del porche de madera vi llegar desde el camino a Em y Aurora, sin prisas. Al pasar junto a mí no se detuvieron. Entendí que me invitaban a acompañarlos a pasear. Bordeamos la casa y topamos con una pared de yedras y flores muy grandes, violetas, una pared infranqueable. Nos detuvimos a varios centímetros. Podíamos oler su perfume. Noté que Em sonreía a sus pies, canalizando su esencia a la tierra. Bajo su falda percibí el movimiento de los dedos de sus pies descalzos. Las enredaderas dibujaron una leve abertura, como cortinas que se descorrían. Primero pasó Aurora, yo la seguí a continuación. Debido a su tamaño, la yedra se tuvo que separar por completo para facilitarle el acceso a Em. Tanto él como Aurora iban descalzos. Prescindí de mis botas y mis pies entraron en contacto con los tréboles. Aurora esbozó una mueca de complicidad. Lo que hizo Em no fue una orden, más bien fue un ruego, una comunicación entre iguales. Había visto muchas habilidades empáticas, como Hada con los animales, habilidades que formaban parte de mi Ser, pero nunca había presenciado algo parecido con plantas. Me senté, impresionado como un niño. La emoción llegaba como nueva a mi interior y me inundaba de ganas de vivir. «¿Cómo habré llegado aquí?, ¿dónde estoy?», parecía gritar en silencio. Aurora me miró y

pasó su brazo sobre mis hombros. Luego hizo una pausa mientras la yedra que se cerraba a nuestra espalda y dijo:

-En la senda hacia la paz interior, hacia nuestro Ser, queremos hallar claves que aligeren la búsqueda, que la hagan más rápida e incluso eviten el esfuerzo personal. Eso es una quimera. La transformación de uno mismo no es fácil y requiere poner en marcha no solo nuestras capacidades potenciales, sino también todas las técnicas y métodos que las hagan posibles, junto a la verdadera virtud, el ejercicio mental, la compasión y la sabiduría. A veces la búsqueda resulta penosa, inevitablemente, pero hay un adagio que reza: «Justo el momento antes del amanecer es el punto más oscuro de la noche». Llegará el amanecer para la consciencia, pero no será sin disciplina; la disciplina debe partir de la motivación, y esta del anhelo de mejorarnos y cooperar así en cambiar el mundo que nos rodea.

Al oír sus palabras volvieron los recuerdos esenciales de la Aldea, todo lo que ellos nos transmitían, todo lo que siempre había sido, aquello que el Maestro Lao había pretendido ser. Me reconfortó. Parecía estar en casa. Inconscientemente, proyecté las sensaciones de la Aldea, del hogar, una explosión de alegría contenida, sin euforia, profunda. Aurora sonrió:

-Los Maestros de la Aldea te han enseñado bien, todos los aldeanos habéis hecho un gran trabajo. Tu esencia es clara, tantos ciclos interpretando el Oráculo me permiten reconocer el Cónclave de Almas en tu consciencia. Pero eso no es suficiente en el valle.

Aurora me amaba esencialmente, un amor fuera de rangos interpretables por mí, un amor incondicional, de tal magnitud que transcendía a todo. Empezamos el paseo por unas galerías que formaba la vegetación. Solo se escuchaba el sonido de la lluvia, en medio del silencio.

Por mis pies ascendía una calma inmensa. Era como meditar, con la esencia de la existencia a flor de piel, lejos de trivialidades humanas. La última galería desembocó en una zona menos poblada de árboles. Se podía ver el cielo azul y algunas nubes, de las que caían algunas gotas diminutas que no llegaban a mojarnos, al quedar atrapadas en las copas. Algunos pájaros de colores sorprendentes se mostraron ante nosotros. Tenían un piar alegre y se parecían a las flores de unas plantas que se abrían como hojas de un libro, o más bien como un abanico. A lo lejos pudimos divisar una agrupación de viviendas, construidas en las cimas de los árboles más grandes, y muchas huertas en los claros más abiertos, perfectamente ordenadas, hermosas, en un estado de conservación formidable: frutas, cereales, hortalizas... Em se acercó a un ciruelo y cogió varios frutos, sin vacilar sobre su propiedad. El bocado fue exquisito. Figuras humanas en sus labores, todas muy altas. Aún estábamos lejos de las viviendas para apreciar los detalles cuando Aurora, a modo de bienvenida, comentó:

-En la inmensidad de la cordillera de la Jorobas, protegidos al este por la gran Montaña, abundan unos hermosos, recoletos y silentes valles paradisíacos desconocidos por la gente del mundo. En uno de ellos, habitamos un grupo de personas, animales y plantas, libres de Ego. Allí se dispone de todo lo que uno pudiera desear, aun sin deseo: sabrosas frutas, un clima idílico, frondosos árboles, riachuelos de cristalinas aguas, multitud de especies de flores, innumerables pájaros de maravillosos trinos y una vida sumamente agradable, de reposo, sanación y meditación. Estamos en un valle de felicidad, lejos del mundanal ruido,

libre de tensiones y conflictos, donde reina la paz entre cada cosa y no cosa. Estamos en Natur, reducto de la armonía. Concretamente, llegamos al primer cuarto del micelio.

La presentación de Aurora recordaba a la Aldea, salvo que, en vez de un valle, vivíamos en una ladera bastante inclinada.

-¿Micelio? -Arrugué el entrecejo. Em, sonriente, animó a Aurora a explicar:

-El micelio es la masa de hifas que constituye el cuerpo vegetativo del gran Fungi, que habita en el centro del valle. Todos le debemos estar vivos, aunque él no quiere nada de ti, ni de nosotros.

Aún entendí menos pero no solicité aclaración. Ambos se dieron cuenta y sonrieron con simpatía. Natur era un lugar muy especial, complejo y sencillo a la vez. Solté una carcajada, que denotaba lo poco me habían aclarado. Em dijo:

-No hay prisas, vamos de camino al centro.

Mientras caminábamos pude apreciar las construcciones sobre los grandes árboles. Las cabañas ocupaban varias copas, con escaleras y lianas para subir o bajar. Algunos pilares de madera tenían voladizos, otros descansaban sobre construcciones en el suelo. Hórreos para secado y conservación de alimentos, huertas soleadas, senderos de piedra entre plantas y tréboles, animales sueltos y muchas personas esbeltas, de casi el doble de mi altura y muy delgadas, tanto como los tallos de las plantas. Todos con capas verdes y semblantes alargados, bellos e inmaculados. Desprendían una esencia de santidad y transitaban por Natur en silencio.. Nadie se giró para saludar o alertar nuestra presencia, aunque de alguna manera nos dimos por saludados. Nadie hablaba con nadie.

Llegamos a una zona más concurrida, con una plaza repleta de los productos de las huertas y otros alimentos, pegada al muro más ancho de una choza de madera. Desde dentro se distinguían algunas voces en un tono bajo y calmado y risas de personas felices, No entendía nada, hablaban en otro idioma. En los puestos no había dependientes y los habitantes se llevaban los productos sin ningún tipo de transacción económica o trueque. Todo me recordaba a la Aldea, con algunos matices distintos. Cruzamos lo que llamaban el primer cuarto del micelio y noté que no disponían de tecnología, solo algunas herramientas de metal. Tampoco vi a ningún niño. Todo el suelo tapizado de tréboles de cuatro hojas. Supuestamente íbamos en dirección al centro, hacia el gran Fungi.

Dejamos las casas atrás y entramos en un espacio más abierto, con más hogares entre los árboles y más huertas, con abundante agua canalizada por surcos naturales y pequeñas colinas con pocos desniveles. Cada vez se hacía más espesa y densa la vegetación, hasta que nuevamente nos encontramos con unas enredaderas a modo de muro, también floreadas. Esta vez se abrieron sin previo aviso, como invitándonos a pasar. Em comentó con dificultad:

-Parece que el gran Fungi quiere conocerte.

Había tal diversidad de flora que podría entretenerme ciclos enteros apreciando la belleza de sus colores y formas. Cada flor disponía de su insecto, con apariencia similar, la polinización era literalmente como hacer el amor entre reinos, insectos y flores, hacían sus labores sin notar nuestra presencia, aparté la mirada por si estaba importunando. Los pasillos de la galería se abrían y cerraban sin necesidad de que Em interviniese. Parecía que

el sendero de tréboles se creaba a medida que lo transitábamos. Siempre caminábamos por el único camino posible.

El olor era maravilloso. Tras muchos pasos dentro de ese laberinto vegetal salimos a un claro amplio y circular. Como a quinientos pasos había unos árboles que ocupaban el centro del claro. Sentí que habíamos llegado. Nos acercamos y me quedé sorprendido al ver cuatro árboles idénticos al longevo que escalé en múltiples ocasiones antes de la oscuridad, equidistantes uno del otro. Sombreaban una zona formada por dos muretes de piedra negra, como dos anillos concéntricos de diámetros diferentes que formaban una corona, sin aparentemente nada más en su interior más que una colina con el firme poblado de tréboles. Nos dirigíamos al árbol que teníamos enfrente, su tronco estaba por el exterior del primer murete, la mitad de su copa fuera y la otra mitad dentro. Se iluminó una región en mis recuerdos. El murete de pizarra maciza, como el resto de las construcciones del valle, suficientemente ancho para albergar cómodamente un trasero y no muy alto, para pasarlo de un paso con las piernas de Em. Al llegar nos lo saltamos simplemente. Miramos al centro y seguimos paseando alrededor. Al menos quince o veinte esbeltas figuras sentadas, tumbadas o apoyadas en el muro reposaban en silencio. A cierta distancia se encontraba el segundo murete con un diámetro mucho más pequeño, justo al inicio de la falda de la colina del centro.

Me llamó la atención una mujer que parecía estar haciendo un ritual, tan esbelta y bella como los otros habitantes de Natur, aunque más arrugada, con surcos que el paso del tiempo había labrado en su rostro. Permanecía de rodillas mientras cavaba un agujero largo y estrecho con sus manos, abriendo la tierra mullida, sin prisas. Tenía los ojos encharcados. Al mirarla reconocí una sensación de felicidad, de esperanza. Se puso de pie y comprobó la profundidad del hoyo, luego se agachó y continuó la faena con ilusión, como si fuera su jornada laboral. La observaba con mucho afecto, Em y Aurora también la contemplaban con amor. Finalmente, pareció satisfecha y se introdujo cuidadosamente en el hoyo hasta tumbarse dentro como si probase un molde. Luego se echó a descansar.

La visión del lugar era única: el centro de Natur, el cielo radiante, todo armonioso. De alguna manera se notaba un ambiente sacro, antiguo, empático, que imponía el máximo respeto. Dimos la vuelta y pudimos apreciar los árboles con exactitud, iguales en edad, iguales en belleza, situados en los puntos cardinales, como guardianes. Aurora, intentó dar más detalles:

-El micelio habita todo el subsuelo del valle. Sus habitantes dividen al valle en cuatro cuartos, que parten del centro de la colina y trazan una línea imaginara hasta los cuatro árboles. Cada trébol, cada planta, cada centímetro del suelo, cada habitante del valle está conectado con el gran Fungi. Los animales han aprendido su función dentro de esta sociedad. También las personas nacidas aquí, a pesar de no tener raíces que las conecten al micelio. Bajo sus pies, un entramado de redes, que aquí llaman hifas, une de manera armónica a los habitantes, conocidos como líquenes, el gentilicio de Natur. Como podrás apreciar, ni Tita ni yo nacimos aquí -sus palabras desprendieron un aroma melancólico que trajo hasta nosotros la imagen de Tita-. Ambas somos de Femen, al igual que tú, Lao, pero nos criamos aquí antes de separarnos y marcharme a Sofópolis para convertirme en Aurora, la Intérprete

del Oráculo. Nos veíamos cada ciclo y a veces regresábamos a Natur para pasar un tiempo. ¿Sabías, Lao, que las bases fundadoras del Clan de los Sabios beben de la filosofía de la gente de este hermoso valle? Antes Natur era visitada por los pobladores de Sofos y se produjo un gran intercambio cultural. Exploradores de las primeras épocas llegaron desde el mar, aún quedan vestigios de esa interacción. Tendrás tiempo de verlo en el tercer cuarto del micelio.

Aurora Fungi se quedó atrapada en los recuerdos de su infancia por unos minutos, sin que nadie la molestara. Sus emociones se mezclaron con las mías, conviviendo ambas. Eran muy similares. Sentía que nuestras vidas estaban ligadas. De alguna manera, tenía asentado en mi interior un amor profundo hacia Aurora, parecía que la conocía de siempre. Tras frotarse el rostro con las manos regresó a presente:

-El sistema neuronal de Natur es el micelio. Es como el gran cerebro, la mente colectiva. Y no solo eso: también es el depositario de las emociones, el corazón en el sentido empático de la vida. El valle es una versión reducida y armoniosa del Cónclave en un plano más físico, más tangible. Y en el centro, donde habita el gran Fungi, confluyen todas las hifas. Las hifas, como te dije, son una red de filamentos cilíndricos que conforman la estructura del gran Fungi. Están constituidas por una fila de células alargadas y tubulares, envueltas por una pared celular sensitiva, a través de la cual se nutre ella misma y todo el valle. Las frecuentes ramificaciones surgen en el sustrato una maraña de hifas con una enorme superficie: el micelio, Natur, el valle. Todo lo que sucede, confluye o nace en esa colina, el punto de la red desde donde puedes llegar a cualquier sitio. El origen o el destino. .

Em asentía respetuosamente. Cuando Aurora hizo una pausa, apuntó:

-El gran Fungi y eterno Fungi nunca muere, solo se transforma. Existe desde siempre, inmortal. Como tú, mi querida Aurora, como tú ¿dijo como símbolo del entendimiento entre culturas y se curvó para recibir un beso de Aurora en la mejilla.

La explicación de Aurora perfilaba en mi interior una idea comprensible de todo lo que comentaba. Era maravilloso pensar en mi entorno como una colectividad conectada y unida, emocional y físicamente. Aurora era una mujer muy estudiada, parecía que conocía la existencia humana a la perfección, tanto de manera biológica como en un plano espiritual. La Fuente parecía ser inspiración para el micelio, como una réplica en el mundo real, justo dónde me encontraba.

La esbelta mujer salió del hoyo, se sacudió ligeramente los ropajes y se acercó hacia donde estábamos sentados. Se paró frente a nosotros unos instantes y prosiguió su marcha. La Intérprete me comentó:

-Lao, la mujer que acaba de irse es una reputada maestra del valle. Enseña disciplinas de ecología y sostenibilidad en la escuela desde hace más de cien ciclos y fue tutora de Aurora<sup>28</sup>, mi antecesora, y también mía y de mi hermana. Se la conoce como Ahm y es muy apreciada entre los habitantes del valle. El micelio delega en ella la educación de los líquenes más pequeños.

»Habrás notado que la gente de este valle es muy longeva. Conservan su salud hasta el momento que deciden fundirse con la tierra, abandonando la existencia de una manera consciente y decidida. Para ellos es un orgullo marcharse para formar parte de este valle y



disolverse como nutrientes, esencia y Alma de la tierra que los vio nacer. La despedida la viven en comunidad, lo cual es, en mi opinión, su mayor logro. Ahm se marchará pronto para formar parte del valle y convivir con sus ancestros, así lo ha decidido. Aunque percibas algo de pena, es un momento feliz para los habitantes del valle que a los que no somos líquenes nos cuesta entender.

Aurora guardó silencio. Sus palabras eran rotundas e impactantes, muy lejos de ser pronunciadas por un ser humano ordinario. Totalmente incompatibles con el Ego, con los yoes, con el individuo. No podía percibirla aunque pudiera, dado que ella era la voz de mundo, de mi mundo al menos, no había motivación más allá que la armonía de todos. Sus palabras llegaban a mi interior y se asentaban en lo más profundo, llenándome de amor. Pensaba en el gran Fungi como en una deidad al margen de esta experimentación que debía nutrirse de la Fuente, o más bien como la propia Fuente. Por un momento quise sentirme parte de Natur, deseaba haber nacido en el valle y poder decidir cuándo fundirme con la tierra. Aurora retomó la conversación:

-Las Auroras siempre hemos venido a Natur a formarnos, a impregnarnos de su filosofía. Nos ayuda a interpretar el Oráculo, nos sirve de ejemplo práctico. Aunque realmente el micelio no es interpretable, se podría decir que por sus hifas circulan todas las emociones, ideas y acciones de los líquenes. Nadie que haya puesto un pie fuera de este valle dispone de la capacidad de comunicarse con el gran Fungi.

Hizo una mueca de felicidad, síntoma de que, a pesar de ser la Intérprete, aún disfrutaba de la vida como Aurora. Un interrogante moraba en mi cabeza: Si Aurora era la Intérprete, ¿por qué no podría ser yo el Maestro Lao?

Recordaba las charlas sobre Aurora, el Clan de los Sabios y el Oráculo bajo el Templo de las Tres Columnas de Sofos como si las hubiera leído en libros, como parte de una ficción de un pensador, como un relato histórico. Pero lo cierto era que estaba junto a la Intérprete del Oráculo de Sofópolis, voz del Cónclave, la herramienta de gobierno y armonía del Clan de los Sabios, ahora en un retiro que parecía definitivo. Emitía una energía imponente, que seguro mutaba en función de con quién estuviese. Nada de eso tenía importancia para mí. Solo empatizaba con su Ser, más allá de su cometido actual. No pensaba en ella en términos de gran pensadora del proyecto Aldea, ni en su relación con todo lo que acontecía y cómo influía en mí. De alguna manera, todos confiábamos en Aurora. Los Maestros siempre le hablaban con mucho respeto, más allá de los protocolos establecidos por su cargo. Teo la amaba profundamente; ni Heny, representación máxima de la lógica en la experimentación real, hacía caso omiso a su mística. Aurora cargaba con esa responsabilidad sin proyectar carga en los demás. El Equilibrio dependía de su juicio, sin que nada se notase. Em la consideraba una divinidad, sus emociones hacia Aurora evocaban nexos profundos incompresibles desde un punto de visto físico. Aurora aprovechó que un vecino se marchaba para despedirse de nosotros.

Nos quedamos solos. Em no era charlador y yo me contenía. Me había acostumbrado a su presencia plácida, siempre puro, como otro liquen. No era capaz de notar diferencias entre él y cualquier otra cosa. Era admirable. No mostraba interés por nada y, al mismo tiempo, todo le parecía interesante. A pesar de ser un nacido en Natur, parecía haber tenido

relación con la gente fuera del valle no solo por el dominio del idioma, sino por cómo se comportaba conmigo. Seguíamos en silencio. No sabría decir si meditaba profundamente, incluso si ese término era aplicable a él. El concepto de mente como se entiende en el reino humano no era válido en el valle y entre sus líquenes. El gran Fungi inducía un estado de consciencia pura para una mejor comprensión del mundo que habitaban. Recordé el coro de la Armonía de Tita como una práctica colectiva maravillosa e hice un esfuerzo por sentir el micelio, cada hifa que cruzaba bajo la planta de mis pies, pero no percibí ninguna señal interpretable, más allá de una calma natural. Em me miró sonriente y dijo:

-Los muretes son unas barreras físicas que impiden a la gente acercarse al gran Fungi, al... epicentro... del valle. ¿Se dice epicentro?

-Sí, ¿por qué no? -contesté.

Em hizo una pausa propia de alguien que no tiene prisas antes de continuar:

-Desde hace décadas nadie ha entrado en el anillo pequeño para sonreír al gran Fungi, nadie ha sido reclamado tan cerca. Fuera del primer anillo es práctica habitual venir a descansar o a hablar con los ancestros, o simplemente para sentir la calidez y calma que sonríe el centro. Dentro del anillo grande los Maestros, cada ciclo, se sientan en meditación colectiva para organizar el valle. Con una vez por ciclo basta, si el gran Fungi así lo estima. Los muretes representan el grado de implicación que el micelio otorga. Una vez, tuve ocasión de sentarme en la ladera, dentro del segundo anillo. Eso implica más información sensible bajo nosotros, más confluencia de hifas, más historia, más comprensión, más amor, más futuro, más responsabilidades; cuanto más cerca del centro, más complejo resulta ser un habitante del valle. Llegar al centro no es una meta, ni un privilegio, ni un adeudo, es llegar al centro, como nacer o morir.

»Los líquenes vivimos en armonía con el valle, asimilándonos a las plantas, que son sin duda los elementos más evolucionados en el plano físico de esta experimentación. Ellas comprenden su cometido sin Ego ni conflicto. Para nosotros, ser planta es algo muy elevado. Intentamos parecernos a ellas -Em se empezó a reír. Su acento era raro pero el mensaje era perfecto. No entendí su risa.

Entonces dijo, más serio:

-Estaba intentando hacer humor del valle, he de practicar más vuestros hábitos pero sí me hizo gracia.

Al otro lado del círculo central había una cabaña incrustada en la vegetación. Era como una estancia de descanso apartada. Pasamos cerca y nos introdujimos de nuevo en la espesura. El camino se abría delante de nosotros, era algo increíble. Em dijo:

-El gran Fungi ya te ha conocido, mañana habitarás el valle por ti solo. Sé paciente, es difícil tratar con la gente del valle. Es como tratar con un vegetal, es más difícil que hacerlo con los humanos aunque, a la vez, es sencillo. Pocos entenderán el lenguaje que usas. Si me necesitas o quieres verme solo tienes que usar tus pies.

No había comido más que unas ciruelas. Al pasar por la plaza un habitante me dio un pan untado con machacado de frutas y frutos secos; tenía textura de crema y empapaba la miga. Em me acompañó hasta la puerta de la habitación en la que me desperté. El preludeo al sueño fue muy parecido a lo vivido en el día: único.

## 5.2. Un valle en las Jorobas

«*¡Au son de la pluie, au milieu du silence!*». Era todo lo que sabía decir para comunicarme. Se usaba como saludo o como despedida, también cuando algo sorprendía. Digamos que valía para todo. Eran las emociones las que determinaban su sentido.

Tal como me había comentado Em, disponía del permiso para descubrir el valle por mí mismo, por lo que me desperté muy temprano. El sol no se alzaba aún. Salí de la cabaña descalzo, dispuesto a sumergirme en Natur, en sus costumbres y gentes. Blanco me sorprendió desde el tejado y, tras rozar su bigote con mi mejilla, bajé los escalones de entrada. Alrededor todo estaba cercado por enredaderas, yedras, árboles y arbustos, que hacían de la casa un lugar totalmente apartado. Solo había un sendero empedrado que podía seguir, por lo que fue fácil iniciar el paso. Me detuve avanzados apenas cien metros frente a la vegetación. No tenía intención de intentar abrir el camino violentamente, era presuntuoso simplemente intentarlo. Tampoco hizo falta: la fronda se abrió para permitirme el paso; efectivamente, el valle me esperaba. Las habilidades empáticas desarrolladas a lo largo de mi vida estaban más focalizadas en los humanos o en los animales, tal como nos habían enseñado los Maestros de la Aldea. Tita, a pesar de haber vivido en Natur, no disponía de esas capacidades con las plantas, aunque esto no impedía una profunda comprensión del reino vegetal y su aprovechamiento agrícola. El sendero proseguía. Era bastante tupido, como una galería floreada y frondosa, con piezas de pizarra negra con tréboles en sus intersticios, y moría en una gran cabaña situada sobre varias copas de árboles, en un punto elevado del valle, dominando una linda explanada sin vegetación. Parecía que respetaba los espacios donde habitaban los líquenes. La cabaña estaba totalmente cubierta de enredaderas y tenía varias alturas. En lo más alto sobresalía un telescopio similar al del Maestro Zero, que apuntaba directamente a la ladera oeste del M8000. Parecía un punto de observación o de vigilancia. Desde arriba me llegó un olor a té burbujeante y pan caliente. Estábamos hambrientos, de manera que Blanco saltó de mi hombro en dirección a la copa y entró en la cabaña por la ventana. Un vecino del valle salió agachado por la puerta. Al erguirse, pude comprobar que era más alto y esbelto que Em. Blanco roía un trozo de pan en la palma de su mano. El hombre me miró fijamente un instante y volvió a meterse dentro.

Esperé unos minutos a que Blanco regresara. Un niño bajó por una cuerda, llevando un saco a la espalda. Golpeó el suelo suavemente con una agilidad fuera de lo normal. Vestía una capa verdosa propia de los de su tierra. Al incorporarse frente a mí pude ver un rostro jovial, como el de un bebé sorprendentemente alto. Me impactó la intensidad de su mirada. Sin dudar, el niño penetró en mi Ser. Permanecía en silencio y con el semblante serio, como quien ve a un animal perdido en el bosque. Notaba una gran diferencia entre los adultos y el niño, por el simple hecho de mostrar curiosidad por mí y no respetar la intimidad de un desconocido. No le di importancia, más bien se lo agradecí, dado que era práctica natural en mi comunicación y en la de los aldeanos, pero desde que salimos de la Aldea parecía que había que ser prudente en ese aspecto con los desconocidos. Hizo una mueca como muestra de que ya disponía de lo que buscaba. Sacó una pieza de pan con mermelada y me la ofreció. Le di las gracias y me respondió con una pronunciación perfecta,

«*Gracias*», como algunos pájaros que repiten lo que oyen, aunque el pequeño líquen conocía el significado recién aprendido de la palabra.

Se colocó delante de unas yedras y las apartó con las manos, dejándome seguir sus pasos alegres. No hablaba. Súbitamente otro niño se incorporó al camino, y después dos niñas más. Llevaban saquitos a sus espaldas. La niña más grande sacó un libro y empezaron a cantar. Perdí la orientación por completo, sumergido en las canciones y en el delicioso pan con mermelada. Tenía la sensación de estar haciendo una excursión, aunque parecía ser una práctica rutinaria que desempeñaban felizmente a primera hora. Los niños me arroparon de tal manera que me hicieron sentir parte de ellos.

Llegamos a un gran caserón al que dimos la vuelta. Estaba cercado por yedras y a su alrededor todo estaba despoblado. No podía reconocer por dónde habíamos llegado. En la parte superior, a modo de cartel, se leía algo que no lograba entender. Frente a él, un centenar de líquenes de diferentes estaturas permanecían ordenados en filas. Me quedé ligeramente apartado, junto a los niños. Del interior salieron tres adultos. El grupo de los más grandes entró en el caserón, que sin duda era la escuela del pueblo. Dos profesores guiaron a sendos grupos y se marcharon. Los más pequeños esperaban a que su profesora se acercara. La reconocí enseguida: se trataba de Ahm. Nada más poner sus pies descalzos en el suelo al bajar de la tarima de madera se quedó en silencio, pensativa, como prestando atención a una comunicación sensible. Los niños hicieron lo mismo. Hormigueaban con sus dedos entre los tréboles, sintiendo el micelio. Tras unos instantes, Ahm levantó su largo cuello y estableció contacto visual conmigo, que intentaba no llamar la atención. Los líquenes hicieron un gesto de sorpresa, como si algo hubiera cambiado inesperadamente. Pude percibir una felicidad contenida, hasta el momento en que varios salieron corriendo con lágrimas en los ojos hacia Ahm para abrazarla. No sabía bien qué pasaba. A la profesora la envolvía un aura que la hacía parecer joven, a pesar de su rostro arrugado. Su sonrisa fue como la de una madre que transmite comprensión y amor. Después hizo un gesto y todos los niños y niñas la siguieron. Quise ser un líquen más y sentirme un habitante del valle. Me agarraron de los brazos para que los acompañara. Nada más sentir el calor de sus manos, me invadieron recuerdos de la Aldea, de las cosas que amaba, de lo que somos. Caminaba feliz con el grupo de niños, silenciosos hacia el interior de la escuela. Parecía que el valle proporcionaba una capacidad de abstracción que convivía con el plano físico. Para los líquenes era su realidad. Dimos un paseo por las instalaciones y nos sentamos a desayunar. Cada uno sacaba algo del saco, lo ponía en la mesa y lo compartía con los demás. Casi me había comido todo lo que el primer pequeño me entregó; con apuro puse en la mesa el pan mordisqueado y todos rieron y comenzaron a hablar. Su idioma era melodioso. Sentí unas ganas insaciables por comprender sus palabras y supuse que solo por medio de la pasión lograría establecer comunicación con ellos.

Salimos tras la profesora Ahm. Para el micelio, sus intenciones eran tan claras que a lo lejos las yedras ya intuían nuestros pasos y se abrían para dejarnos pasar. No tardamos mucho en llegar a una clase instalada junto a un gran saliente de roca de piedra negra que, a modo de techo muy alto, cubría estanterías colmadas de libros, mesas, sillas y material escolar. Su única pared era una gran pizarra que los líquenes tenían pintada en su parte

inferior con las lecciones de días anteriores. El sol calentaba el negro de su superficie, creando una calidez maravillosa en el ambiente. Protegidos de una tenue lluvia, la lección empezó con la lectura de un libro. Todos leían en silencio y a la vez. Podía notar que en todo momento los pequeños líquenes establecían una comunicación permanente con el terreno que pisaban. Parecía que el lenguaje hablado se debía a una herencia de sus ancestros, aunque seguramente no lo necesitaban. Lo utilizaban y estudiaban como algo cultural y venerable.

La profesora Ahm era su guía en todos los planos. Empecé a repetir lo que escuchaba, interactuar y aprender, cantaron varias canciones, y yo hacía lo que podía. Me aceptaron con amor y respeto, el mismo amor y respeto que yo les profesaba. Después seguimos con otras actividades. Fuimos al comedor y luego retomamos las clases en el aula. Ahm, tras observar mi comportamiento tan predisposto a aprender durante toda la mañana, se acercó y me habló con palabras perfectamente pronunciadas en mi idioma:

-¿Sabías que nuestros niños no aprenden a leer o escribir hasta que su comunicación esencial con el micelio está desarrollada? Precisamente esta clase ha empezado esa etapa, son los más precoces del valle. Hasta que un líquen no domina el valle, no les enseñamos el lenguaje. Algunos llegan con catorce ciclos, otros no lo aprenden porque no lo necesitan. Cuando nos hacemos adultos, generalmente no tenemos nada que decir.

Le tuve que cortar casi a gritos:

-¿Catorce ciclos?

-Sí, son los más pequeños de la escuela -dijo sonriente-. Tengo entendido que fuera del valle la vida lleva otro ritmo. Aquí el tiempo se nos asigna según el valle lo requiera.

Estaba cada vez más fascinado con Natur. Sin duda todo tenía un sentido práctico y parecía que el Camino Integral se había diseñado para ellos o por ellos. La profesora debía decirme algo que seguramente le hubiese resultado más fácil comunicarlo por otro medio, por lo que fue directa, para no dar lugar a malentendidos:

-Tu llegada al valle me ha dado un tiempo con el que ya no contaba. Pospondré mi ritual de F.E., según indica el gran Fungi. Te daría las gracias por ello, pero sinceramente creo que no procede e incluso podrías malinterpretarlo, dado despedirse a su debido tiempo para los líquenes es simplemente una de las cosas que pasan en el valle.

Ahí acabó todo lo que tenía que decirme, sin necesidad de réplica. Solo quedaba esperar a que las cosas pasasen y se me brindase la oportunidad de vivir como ellos, el presente era lo único permitido. Pasaron los días y seguí acudiendo a la escuela. Era uno más. Esta convivencia refrescaría muchos conceptos y reordenaría prioridades. Resultaba evidente la conexión con la Fuente de todos los habitantes del valle, incluso siendo ellos mismos Fuente. No había necesidad de sustento místico, Natur en sí era una obviedad claramente comprensible e insólita; me encontraba extremadamente satisfecho y feliz.

El primer mes pasó muy rápido, el tiempo no pesaba nada. Había escuela a diario y nos daban de comer. Teníamos las tardes libres o con actividades más relacionadas con el gremio al que los niños estaban inclinados. Entre los líquenes había unos niños especiales que se marchaban a cultivar algas, que eran la base de su alimentación. No hablaban y su aspecto era diferente, como de otra raza. Si bien era cierto que la personalidad y las

características genéticas individuales de los niños los hacían diferentes unos de otros, la profesora Ahm adaptaba la estimulación que los pequeños líquenes recibían, por lo que seguro tendrían un desarrollo propicio para encontrar su sitio en el valle. Su deber era simplemente sentirse útiles y contribuir a su sociedad. En este sentido, los conocimientos sobre múltiples disciplinas y su puesta en práctica eran el punto de partida para que los alumnos desempeñasen su papel como miembros del valle, como líquenes sanos, felices y equilibrados. No todos eran empáticos en el plano que yo más entendía; la consciencia en los líquenes estaba compuesta por algo más que alma y mente. Para un ser de fuera del valle, era imposible sentir de forma activa el micelio, esto me despertó una motivación a la que aferrarme como hito que conseguir, quizás más propia de Lao que de un líquen de Natur.

En la escuela, los líquenes eran la única herramienta de aprendizaje. El alumno que descubría el mundo y sus capacidades empezaba a establecer una comunicación con los demás a través de un sino común que el valle armoniosamente controlaba. De alguna manera, los procesos mentales eran aplazados a etapas más maduras, en las que lo esencial era tan sólido que no se podría poner en duda. La educación que proporcionaba Ahm situaba al líquen como protagonista de su propio aprendizaje. El papel de la profesora consistía en ofrecerle las pautas y materiales necesarios para que pudieran escribir su propio guion como miembros de una sociedad en la que el Ego no tenía cabida. Ahm lo conseguía por medio de propuestas, no de imposiciones, en las que la clase participaba felizmente. Pensaba que si el adulto intenta satisfacer las necesidades de los niños antes de que aparezcan, el niño se convertirá en un receptor pasivo, sin posibilidad de experimentar, apático. Si, por el contrario, el adulto no atendía las necesidades que se le solicitaban, corría el riesgo de generar cansancio y desmotivación. Encontrar la medida justa por medio del juego, ahí estaba el reto que la profesora imponía con la disciplina del amor.

Al segundo mes ya cantaba como ellos y disponía de más palabras para la comunicación, en caso de que se diese. Los niños hablaban mucho más que los adultos y mi presencia parecía motivarlos para ello. El respeto al valle, en su magna totalidad, era sagrado entre los habitantes de Natur. A los líquenes más pequeños no se les permitía entrar más allá del primer murete para ir al centro donde moraba el gran Fungi. La confluencia de tantas hifas generaba una sobreinformación a la que no querían someterlos hasta que Ahm considerase que estaban preparados y podían abandonar la escuela. Yo ya podía leer y entender el cartel a la entrada de la escuela: «Aprender a aprender es la habilidad más importante de la educación».

Las lecciones me facilitaban unas herramientas educativas que perfectamente se podían convertir en disciplinas de vida. Las funciones esenciales de la inteligencia consistían en comprender, inventar, ejecutar y coordinar acciones de forma interiorizada y reflexiva. Los conocimientos derivaban de la acción, conocer un objeto era operar sobre él y transformarlo para captar sus mecanismos, lo cual se extendía a todos los ámbitos. Vivía mi educación de niño de una manera muy comprensiva y práctica. Todo lo aplicable a los niños debía serlo en un adulto, que así se sentía pleno.

Los siguientes meses de mi aprendizaje se caracterizaron por el inicio del lenguaje y del pensamiento como un habitante más del valle. A pesar de estar mermado por no disponer del micelio, me desenvolvía cada vez mejor. Estaba aprendiendo de forma destacable. Me servía de la imitación para llegar al pensamiento como líquen. Si enterraban sus pies, yo hacía lo mismo. Para los niños yo era algo más que debían comprender y Ahm empezó a usarme como elemento de su aprendizaje, retroalimentándonos.

Pasó quizás un ciclo entero hasta que me percaté de que no había visto a Aurora ni a Em- Mi vida en el valle se ceñía a la escuela y a la cabaña, no había salido del primer micelio. Blanco asistía a la escuela. Era el único roedor del colegio, del mismo modo que yo era el único adulto estudiante. Destacaba en comprensión del reino animal. No todos los animales del valle eran líquenes del micelio, aunque sin duda tenían una relación simbiótica. En uno de nuestros paseos me percaté de que las aves de corral eran el punto débil de los habitantes de Natur. Fue por ello por lo que me hice cargo del asunto, ofreciéndome a Ahm para ayudar. Manejaba el idioma sin mucha soltura. Necesitaba más vocabulario, aunque los adultos casi no se comunicaban verbalmente. Les dije a todos que yo sería el Maestro y les enseñaría a hacer un buen estiércol.

El mayor logro de esta primera etapa como habitante del valle fue la conquista de un nuevo modo de razonamiento que no se refería solo a objetos o realidades, sino también a hipótesis sobre la vida de los líquenes y sus vínculos con el micelio. Ahm me cambió a un grupo de líquenes jóvenes con más de veinte ciclos.

Las plantas entendían su cometido desde un prisma interior, sin juicios ni curiosidad, y todos los habitantes del valle buscaban ese mismo objetivo. Pasado un ciclo en Natur, estaba verdaderamente sumergido en su cultura y disponía de todo mi Ser para compartir con los líquenes. En mi día a día olvidaba que bajo los pies habitaba el gran Fungi, el micelio, y empecé a vivir de forma autónoma, como uno más, focalizando mi trabajo en las cuerdas y corrales, aunque era rara la semana que no iba a la escuela un par de veces. No tenía ningún amigo íntimo, al igual que los demás habitantes; todo el mundo era importante pero nadie imprescindible. El concepto de familia era amplio, como el de la Aldea. Nunca tuve claro los procesos reproductivos ni los criterios demográficos. Los líquenes pequeños parecían rotar por las casas, se entendía que el cuidado de los más pequeños era responsabilidad de la comunidad. Las algas como base alimenticia se cultivaban en el tercer cuarto del micelio, en la orilla este. Era una marisma de agua salobre que entraba en el valle y creaba un delta interior. Cocinaban las algas en sopas o mezcladas con cereales o legumbres. Estaban muy sabrosas y las especiaban de diferentes modos.

El lento caminar del valle y la rutina me hacían tener siempre muy presente el recuerdo de la Aldea. Natur tenía un microclima invariable, sin estaciones. El paso del tiempo era difícil de percibir. Los estímulos eran muchos y variados, todo tenía una procedencia vegetal. Solo los más pequeños del valle conservaban vestigios de la raza humana. Era una sociedad admirable. Consumía las jornadas con celeridad a pesar de la lentitud del día a día. Esa percepción no me angustiaba, más bien me asentaba en Natur. Me encontraba equilibrado con una nueva vida, sin cargar con el peso del pasado ni del futuro, o al menos apartado de ellos.

Dos ciclos pasaron hasta que volví a encontrarme con Em. Al principio no lo reconocí, fue necesario que escuchara su voz en mi idioma. Había mejorado mucho su dicción y su pronunciación, como si hubiera estado formándose. Se lo comenté en la lengua del valle y replicó que mi dominio del idioma también era sorprendente. Me sentí recompensado al ser consciente de que me podía comunicar sin problemas. En el transcurso de un paseo me dijo que había estado estudiando los libros que trajeron desde Sofópolis y que habían sido depositados en un edificio en la antigua zona de residencia de los Sabios. Em sentía avidez por leer las palabras escritas en viejos legajos de papel, en su mayoría libros sobre historia y disciplinas del mundo fuera del valle, relacionados con los Clanes de la península. Parecía que se estaba preparando para algo. Resultaba curioso que no hubiese escritos sobre la gente del valle. Su historia no se recogía en ningún soporte, sino que habitaba en todos ellos y bajo sus pies.

La presencia de Em emanaba la disciplina y la calma propias de un líder. No imaginaba por qué había venido a mi encuentro. La rutina del valle hizo que me pillase desprevenido y suscitase mi interés. Dijo:

-Hoy es un día especial. He de atender a la Maestra Ahm porque finalmente el gran Fungi ha aceptado su retiro. Bien recibida será por nuestros ancestros; feliz y merecido, su descanso. ¿Quieres acompañarnos?

La información fluía como si no ocupara espacio. ¿Un día especial? ¿Atender a la Maestra Ahm? Em me miraba fijamente. No especulé sobre la motivación del ofrecimiento. Hizo que me sintiera un compañero al que seguiría a cualquier destino. Sin menospreciar a otros habitantes del valle, era sabedor de que no me encontraba junto a un líquen cualquiera del valle. Lo sabía porque Aurora lo sabía. Em comentó sin tapujos que desde mi llegada al valle el micelio estaba participativo, lo que aclaro diciendo que los líquenes estaban pensado más de lo normal, lo que hacía que todos estuvieran más inquietos.

Tenía el beneplácito del gran Fungi para cruzar al tercer cuarto del micelio. Una vez más, un laberinto floral de galerías de enredaderas guiaba nuestros pasos, corredores largos y sinuosos por los que avanzábamos en silencio; un largo paseo hasta que se abrió ante nosotros una zona con menos vegetación. La brisa era más húmeda, olía al mar de Origen y al viento de las montañas. Era una sensación confortable. El camino se iba abriendo cada vez más, convirtiéndose en una planicie con construcciones para residentes con al menos cinco silos amplios y una gran plaza. La tierra era más parca, con pocos tréboles. Merodeaban individuos parecidos a los líquenes de Natur pero con diferencias en los apéndices, especialmente en la tonalidad de piel, de un verde más opaco. Descargaban algas secas de un carro del que tiraban ellos mismos y utilizaban unas cuerdas trenzadas en su pecho que recordaban a yugos para bueyes. Em me los presentó:

-Son nuestros hermanos, los pastores de Algas. Viven toda su vida en el tercer cuarto del micelio. Su mayor proeza es saber aprovechar la luz solar para nutrirse. Realizan la fotosíntesis, así explica el lenguaje el fenómeno. Para ellos no es más que comer, un término puramente fisiológico.

Era algo fascinante. No quise enturbiar con palabras la experiencia de aquellos Seres y me limité a dejar que mi mente se abriese.



Continuamos en dirección al este. Hacia las marismas, indicó Em. Olía la sal en el aire. Empezamos a caminar sobre un sendero de madera, la tierra estaba empapada por eso íbamos ligeramente elevados sobre el terreno. La vegetación mutó en arbustos pequeños y juncos. Pronto quedaron copados por el agua y parecían transformarse en plantas acuáticas con otras texturas y ondulaciones. El camino se elevaba unos palmos de la superficie, chispeante por el sol, y comunicaba diferentes parcelas inundadas de agua salobre, perfectamente delimitadas, como piscinas poco profundas. En la tercera piscina, vimos a varios pastores con el agua hasta los muslos, completamente desnudos. Mostraban su piel oscura y disponían de membranas entre sus dedos y en las axilas. Ligeramente encorvados, removían el agua con sus grandes manos palmípedas y sobre la superficie se formaban círculos verdes, al tiempo que la luz destellaba en sus espaldas. Parecían descansar mientras trabajaban, verdaderos Seres Integrales.

El camino era lo suficientemente ancho como para evitar que nos precipitásemos al agua con un traspié. Muy cerca, un anciano pastor que parecía estar mimetizado con el agua verde se levantó de pronto. A pesar de que yo estaba elevado un metro con respecto a él, nuestros ojos se situaron a la misma altura. El anciano percibía mi interior como si le perteneciese. Reconoció que era foráneo y me regaló una cálida sonrisa que parecía contenerlo todo. Luego hizo el esfuerzo de levantar su brazo para despedirse, como ya había hecho muchos ciclos atrás. Mientras recorríamos el camino de madera sobre las aguas, Em me comentó:

-Los pastores fueron los primeros habitantes del valle que establecieron contacto con la gente de Sofópolis. Durante un tiempo vivieron juntos en estas marismas, sin autorización para adentrarse. Tras varios ciclos, el gran Fungi aprobó dicha convivencia. Después de eso, muchos Maestros vinieron y aprendimos los unos de los otros en armonía. A medida que los Maestros fueron ganando cercanía, el valle les iba siendo revelado. El gran Fungi, hospitalario y bondadoso, aceptó a los Sabios como habitantes del valle, como gente de Natur.

Estaba muy concentrado en la conversación. No por lo jugoso de la información, sino por la pasión y respeto que se adivinaba en su voz. Permanecí absorto hasta que percibí una presencia que reconocí al instante. Sin demora, Em retomó la historia:

-Pero el gran Fungi, en la época de división del Clan de los Sabios, percibió algo nocivo en los visitantes de fuera del valle. Lejos de la Fuente, la división era evidente y alteraba al valle. Nos vimos obligados a impedir la entrada al micelio de cualquier ser no nacido como liquen. Los Sabios aceptaron su condición de no bienvenidos y marcharon. Solo las Auroras y sus allegados directos podían entrar en el valle. Lo único que queda de aquellos tiempos de convivencia es Aurora.

Estaba estupefacto. Aurora se presentó ante nosotros con una caricia en el cogote, nos sobrepasó y nos animó a acompañarla con un simple gesto. Em, sonriente, le cogió la mano cuando le adelantó. No distinguía la procedencia de las emociones, sentía todo de cada uno de nosotros como un mismo Ser. Avanzábamos con lentitud sobre las marismas. El silencio era necesario. Algunos pastores de algas bailaban en las piscinas, otros cruzaban sus brazos y hacían una especie de saco con su pecho mientras un compañero vertía algas

en el interior y las sacaba de la piscina. El paseo por las marismas parecía un sueño. Los tablones de madera morían en una colina elevada y seca, bastante amplia. Nos sentamos bajo un árbol en un gran banco de madera. El árbol no daba sombra. A unos metros distinguí una enorme roca con indicaciones labradas en la piedra que no podía leer. Aurora preguntó sin tapujos, en su condición de Intérprete:

-¿Vas a acudir al ritual de la Maestra Ahm?

Em y yo nos miramos. Yo le acompañaría a donde él estimase. No recordaba a dónde nos dirigíamos, tampoco me importaba. Aurora no esperaba ningún comentario de mi parte, así que continuó:

-Es un verdadero privilegio, Lao, más para un sanador. Solo la Aurora original ha tenido el honor de asistir. Los habitantes del valle entienden este ritual como la verdadera sanación. Si el término «sagrado» se aplicase en el valle, sin duda sería lo más sagrado. Los Sabios lo llamaron el ritual de F.E., mediante el cual volvemos al inicio, el cuerpo como nutriente para la vida y el alma disponible en el presente. Es un sutil acto de desapego.

Volví a ver mi destino, mi mente adulta lo percibió como una oportunidad de encontrar al Maestro Lao. Una vez probada mi integración en el valle, se me había otorgado el privilegio de acudir al ritual. Aurora, aprovechando la coyuntura, miró a Em con ojos expectantes. Este metió un brazo en su capa y sacó un libro. Su equilibrada esencia le dotaba de un halo de responsabilidad. Se miraban con complicidad, buscando la aprobación mutua. Em me hizo entrega del libro sin efusividad.

Lo agarré como el que sujeta a un bebé. La cubierta era completamente negra, con muchos círculos concéntricos algunos inacabados, como una huella dactilar perfectamente trazada incluso para el mejor artista. Tras el brillo plateado que emitía noté algo perceptible que te invitaba a la profundidad de pensamiento, suspiré para aliviar la responsabilidad. Sentí de nuevo el peso del mundo y recordé el proyecto Aldea, inherente a mi condición de aldeano. Lo abrí, intentado pasar por alto la emoción que me embargaba. Estaba perfectamente cosido con hojas de papel grueso y rugoso, y no pude evitar meter la nariz entre sus páginas. Me alivió percibir que de ese libro solo emanaba sinceridad y verdad. Me tomé mi tiempo, sentía oleadas de ilusión. Al cerrarlo desplazó tanto aire que me hizo estornudar, los tres sonreímos. El libro pesaba mucho, en su cubierta se podía leer en letras plateadas: *El Cónclave de Almas*.

Leí el título varias veces. Me sentí vivo, como Toro al leer los diseños del Orbe o el Maestro Zero cuando observaba el cielo estrellado de la Aldea, o como mi Maestro Teo cuando mezclaba hierbas para preparar el té. Aurora y Em disfrutaban de mi momento; de algún modo, también forjaban uno propio. Mi percepción se agudizó de una manera desconocida, miraba a ambos con la sensación de conocer la motivación que descansaba en la entrega del libro. Em era muy consciente de la Interpretación. Aurora sonreía, sabedora de que estaba culminando algo que empezó hacía muchas Auroras. También podía percibir su lado humano, sus dudas y emociones al respecto. Al tocar esa fibra, la Intérprete vaciló e interrumpió ese momento de conexión, como si sus emociones más humanas hacia mí pudieran debilitarme o confundirme en mis pasos para convertirme en el Maestro Lao. Su comportamiento llamó la atención de Em, que era un ser completo y disponía del micelio para valorar todas las emociones. Se levantó, interponiéndose al sol y generando una sombra que oscureció nuestros rostros. A continuación, dijo con voz profunda:

-Lao, hasta la despedida de la Maestra Ahm puedes consultarlo. Es el único documento escrito que recoge la base de los fundamentos del Clan de los Sabios y explica el modelo de la experimentación real de Almas, que es sustento de nuestra divinidad como Seres creadores. El gran Fungi decidió colaborar con el Clan de los Sabios hace ya muchos ciclos. La información que contiene el manuscrito no está replicada en otro soporte físico. No leerás más que lo referente al ritual de F.E.

Me arrebató el libro, lo abrió y me indicó los capítulos precisos sin entregármelo de nuevo, como si hubiera cambiado de idea o había pospuesto el préstamo. A Aurora no el extraño, parecía pactado mi primer encuentro con *El Cónclave de Almas*. Nos incorporamos. La Intérprete se despidió con un abrazo que me acompañaría por siempre y acarició la pierna del líquen, acompañado de una mirada tierna que pedía comprensión y cierta presión. Em parecía más emocional que otros líquenes. Su esencia tenía trazas de humanidad y todo el misticismo en torno al libro y el comportamiento de Aurora aún estaban en debate por parte del valle. Noté como en Em se gestó una idea, cerró los ojos unos segundos y enterró los dedos de los pies en la tierra. Era muy prudente, pero se animó a preguntar directamente:

-Antes de marchar, Aurora, dinos cómo está Teo, por favor.

Nos quedamos en silencio, confundidos. El nombre de mi Maestro sonaba en el valle e hizo brotar emociones tan intensas que tuve que sentarme. Aurora, con la intención de eludir el compromiso, dio una respuesta aséptica:

-Ha vuelto a su hogar para hacer allí su despedida.

Tras decir aquello, se quedó obnubilada. Podíamos percibir cómo afloraban sentimientos desde su interior, volviéndola terrenal, como si la Interpretación no fuera más que el sueño de un humano, una ilusión de su mente. La Intérprete se veía forzada a especular con la información y el devenir. Las alusiones a Seres queridos como Teo desvelaban que todo estaba sometido a cambio, desde su Interpretación a cada individuo. De sus ojos brotaron lágrimas que contenían la verdad sobre mi Maestro, una verdad que Aurora no iba a compartir de ningún modo con nosotros. Salió corriendo. No dijo más, hizo el amago de marcharse bruscamente, porque segundos después más serena, se paró junto la gran roca, la palpó con cariño y nos miró a los ojos girándose por completo; emitió un sonrisa de despedida.

Em le devolvió la sonrisa y me ofreció la mano para levantarme del suelo. Seguí los pasos de Aurora y puse mis manos sobre la superficie de la roca, erosionada por el tiempo y cubierta de moho. Una flecha señalaba camino arriba y, justo encima, había algo escrito en los dos idiomas: «Sofópolis y su gente sean bienvenidos». El camino no estaba en buen estado de mantenimiento, horadado tan solo por el desgaste de unos pies descalzos. Parecía alejarse de las marismas. Em no le dio nada de importancia y comenzó a subir, haciendo coincidir sus pisadas con las huellas. Se giró, alargó un brazo para invitarme a acompañarle y me dijo:

-Aunque en el valle se muestre siempre en calma, desde la llegada de esta Intérprete el micelio está abierto nuevamente al intercambio. El gran Fungi observa vuestras acciones, siempre ha podido comunicarse con el Oráculo y con las Auroras. Se nos ha de revelar el papel de valle en la Interpretación, nuestro Cónclave aún no ha decidido. Desde que llegó

siendo una niña, muchas cosas cambiaron: se permitió la entrada de humanos al valle nuevamente, sobre todo a alguno de tus Maestros del proyecto Aldea, y ahora sus aldeanos.

»Maestro Lao, comprende que expresar una opinión para un líquen como yo es complejo, nos es difícil distinguarnos de la mente colectiva del micelio. Gracias a las labores que se me han asignado es posible la convivencia con vosotros y creo entender qué es participar. El micelio debe madurar algunos asuntos que trascienden a las palabras. Te enseñaré dónde vivo y después podrás acompañarme al ritual de la Maestra Ahm.

Sentía que el proyecto Aldea nunca me abandonaría y que mi sino de ser el Maestro Lao no dependía de mí. Recordé las palabras: «Lao, intenta ser siempre quien debas ser». No era capaz de encontrar ese destino. Tal vez ya estaba en camino, siguiendo las zancadas de Em. Sin esfuerzo, subía y bajaba unas pendientes y todo me era familiar. Llegamos con los pies embarrados a una aldea de cuatro casas de piedra y pizarra negra, que habían conseguido vencer el paso de los ciclos. Las paredes que daban al sur estaban cubiertas de enredaderas y flores de colores, la parte norte estaba enverdecida con musgo. Tenía unas vistas magníficas y no había ningún habitante.

Entramos en el edificio más grande a través de una apertura mínima entre las hojas. Em tuvo que acceder torcido y de perfil. Era difícil avanzar entre montones de libros apilados en columnas. Todos eran del mismo formato, como ladrillos. Las zancadas de Em debían ser precisas, para evitar tirar nada. Yo lo observaba desde la puerta, sin atreverme a seguirlo. En una esquina había una tarima de madera libre. No se barría desde hacía ciclos. Las pisadas de Em levantaban una nube de polvo que cubría una pequeña hornilla y un caño de agua en una pileta. Seguí observando en silencio desde la puerta. Em se agachó y sacó una tetera, alargó su brazo para coger una bolsita de hierbas, que mezcló meticulosamente, vertió agua y la puso al fuego. Di un par de pasos hasta las primeras columnas de libros; las más bajas alcanzaban la altura del ombligo, las más altas sobrepasaban mi cabeza. Los libros eran todos muy parecidos, como si fuesen los ejemplares de una enciclopedia. En ellos se recogían todos los mundos distópicos posibles. Me aparté intimidado, no sin antes agarrar uno para leer el título: *Historia siglo a siglo: XX. Volumen 1*. Había varios cientos alrededor. El aroma que llegaba agudizó mis sentidos y decidí hacer una escalerita para acceder hasta arriba, pero para ello debía mover libro a libro, siglo a siglo, peldaño tras peldaño. Decidí hacerlo leyendo cada título. Pude imaginar la ensoñación del mundo de aquellos humanos que poblaron la experimentación. El siglo XX estaba recogido en ochenta volúmenes, para el siglo XXI fueron necesarios al menos el doble, el siglo XXII ocupaba doscientos volúmenes, mientras que el siglo XXIII solo uno, aunque hasta el presente en el que nos encontrábamos en el valle aún faltaban un par de decenas de siglos o eso intuía Em. El paso del tiempo parecía ser ínfimo, miles de ciclos condensados en papel, convirtiendo el presente como cualquier otro momento del pasado en el que siempre estaba el juego el futuro.

El primer peldaño lo noté estable y me alcé con seguridad. Desde las alturas divisé una sala contigua apartada. Disponía de un lecho de arena y, sobre él, una cama de algas secas, con apariencia confortable. Junto a ella había una alfombra, a escasos metros del hornillo. La casa tenía grandes vidrieras orientadas al sur, pero estaban totalmente cubiertas por la vegetación, por lo que entraba poca luz. Los techos eran altos, aunque no lo pareciesen,

con Em agachado para esquivar las vigas. Miré alrededor y sentí la calma del que llega a un hogar. Di un par de pasos, hasta situarme junto a Em. Tomamos té y comimos pasteles de harina, muy crujientes en su capa exterior y con frutos secos y miel en su interior. Nunca había visto algo similar en Natur. Em golpeó un libro con su largo dedo. Su título era «Dulces Árabes», un acompañamiento perfecto para endulzar el té.

Em era un líquen muy peculiar, diferente al resto por su dicción y conversación. Se esforzaba por ser como un habitante más. Me sentí identificado. No tenía intención de hablar demasiado. Los dulces eran increíbles y los disfruté recordando por qué existía la gula, sin echar de menos las nutritivas algas. Apuramos los últimos sorbos de té y se levantó con calma para dirigirse a un altillo, al que se accedía por una escalera de mano. Su altura le permitía alargar el brazo y palpar a ciegas. Parecía estar buscando algo. Varios libros cayeron mientras manipulaba el altillo. Finalmente, sacó una maleta rígida y la puso junto a mí. Sacó de su capa el libro de *El Cónclave de Almas* y lo situó encima. Hice una reverencia de cortesía y lo cogí. Luego abrí la maleta, que parecía pesar mucho menos cuando Em la bajó. La tumbé, le quité un cerrojo y dentro encontré, meticulosamente ordenados y etiquetados, diferentes hierbas, picado de semillas y polvos, todo dispuesto en diversos cajones. Em me dijo:

-Vamos a preparar dos disoluciones, una para inducir el sueño omnisciente, cuyo líquido acaba tornándose celeste, y otra para hacer morir al cuerpo en paz, más roja. Ambas dosis se administran disueltas en agua en función de los atributos del paciente, de su carne y de su alma. Se toman en el momento indicado del «Ser que sana para siempre».

No había posibilidad de traducción a nuestro idioma. Yo me comportaba como el mejor alumno posible, por lo que Em prosiguió:

-En la determinación del momento y las proporciones justas en las disoluciones radica el éxito del ritual. Creo haber reproducido bien las palabras del libro. Por favor, Maestro Lao, abre el libro, familiarízate con el índice y busca el capítulo «Fusión con lo Esencial: El ritual de F.E.».

No me esperaba algo tan maravilloso como una clase impartida por tan venerable líquen. Localicé lo que me había indicado con rapidez y preparamos unos concentrados, que después rebajaríamos con agua para administrarlos. El libro era fascinante. Seguí leyendo serenamente y en voz alta lo relacionado con el ritual. Em merodeaba por la estancia sorteando libros, al tiempo que llenaba un gran saco con útiles. Su voz resonaba y guiaba mi lectura, haciéndome apreciaciones o dándome ejemplos. Apuramos la tetera mientras iba asimilando conceptos con rapidez. Luego repasamos todo lo que acontecería desde el punto de vista del interventor y del interviniente; posicionarse en el Ser de la Maestra Ahm era primordial para acompañar al Alma. Él se lo había estudiado a conciencia. Fue muy gozoso poder mezclar el idioma del valle con el de la península. Terminamos los preparativos y cargamos los bártulos. Cuando salíamos por la puerta, dijo:

-Esta noche la pasaremos junto a la Maestra Ahm, tengo el privilegio de ser su guía en su despedida. El micelio bendice a su Ser y será impregnado con su esencia, que compartirá con todos por siempre. Vamos, Maestro Lao. El Fran Fungi está preparado.

Sus palabras intentaban reflejar la ilusión que parecía percibir en mí. Caminaba encorvado y aparentemente sin prisas. Aunque cada paso suyo eran tres de los míos, yo intentaba

no quedarme atrás. El sol empezaba a caer y la luz iba tintándose de naranja. Llegamos a la piedra donde nos despedimos de Aurora y cogimos un atajo hacia la primera pared de yedras que se había abierto ante nosotros. Esta vez mostraba un hermoso pasillo recto. Las flores parecían inclinarse en una reverencia ante el paso de Em y las mariposas de colores flotaban detrás, como en un baile festivo. Detrás íbamos yo y algunos roedores, los pájaros cerraban la comitiva. Parecía que el valle le sonriese. Llegamos a una casa elevada un par de metros sobre pilares, ubicados a su vez sobre una plataforma de piedra. La parte trasera estaba cubierta de yedras y el suelo estaba completamente cubierto de tréboles, salvo la zona baja y el contorno de la casa. La madera oscura de sus paredes contrastaba con las cortinas verdes, que se movían de dentro a fuera, agitadas por la brisa. El séquito había desaparecido y la atmósfera era sagrada. Em levantó los pies del suelo y se colocó en el escalón más alto mientras me esperaba. Desde allí, a modo de cicerone, dijo:

-A esta habitación sobre el micelio se la conoce como la Antesala. La Maestra Ahm lleva una semana habitándola, libre de cualquier perturbación, centrada en sí misma. Los habitantes del valle han de conocer a su individuo antes de partir. Para muchos líquenes es una tarea muy difícil, pasa mucho tiempo hasta que lo encontramos. En esta sala el Ser se somete a una ablución, algo así como una purificación ritual en cuerpo, mente y Alma.

Entré con cautela. La sala era muy austera, la pared de enfrente estaba completamente cubierta de yedras. A la derecha, sobre una cama levemente incorporada, descansaba la longeva Maestra Ahm. A su lado, unos habitantes del valle como asistentes. Me adentré silenciosamente hasta el fondo para acariciar las hojas de la pared, que se abrieron al instante y dejaron ver una pared que miraba hacia el centro de micelio; el sol entraba pálido desde el oeste, bañándonos de paz. Saludé al gran Fungi con solemnidad y Em se dirigió a la Maestra. Ambos sintieron que ritual de F.E. había empezado, se saludaron con serenidad y se susurraron algo al oído durante un largo tiempo. La tristeza parecía no estar invitada a la Antesala, debía calmarme, mis emociones podrían alterar a la Maestra Ahm o a cualquier otro líquen. Por suerte, la atmósfera empática del ritual logró que mis emociones se sincronizaran con las suyas.

Sus rostros sonrientes se separaron y uno de los asistentes trajo una jarra de agua, un cuentagotas y una probeta ancha de cristal con marcas que indicaban distintas capacidades. No hizo falta que Em me mirase para saber que debía sacar de la maleta la disolución celeste. Mezcló cinco gotas con medio vaso de agua, Ahm se lo tomó de un trago y se tendió en la cama con los ojos cerrados. El asistente la arropó hasta el cuello y todos se marcharon. La luz ya era crepuscular y la luna compartía espacio en el cielo con el sol, el gran Fungi inalterado en la colina. Em me invitó a acercarme y me explicó:

-Ahora que se ha dormido su mente, en ella solo habita el Alma, preparada para despedirse del cuerpo armoniosamente e impregne con su esencia el micelio. Debemos valorar el siguiente y último trago de agua de la Maestra Ahm, que estará lista al alba para la Fusión con lo Esencial. Siéntate, medita y rastrea cada emoción junto a mí. No tengas prisas en encontrar la certeza.

Ahm estaba resplandeciente, su rostro alargado, arrugado y terso a la vez. Pusimos nuestras manos sobre su cuerpo cálido y, tras palpar meticulosamente su cuello, puse la

mano en su vientre. Su cuerpo estaba sano pero agotado, el diagnóstico terminó rápido. Em cerró los ojos y respiró profundamente sin emitir sonido, nos concentramos para ser conducidos oníricamente por una región de emociones esenciales: un beso, la primera vez que ves llover, un olor especial, unas voces sonrientes. No era capaz de componer su vida, sentimientos puros que podían ser de cualquier otro liquen del valle. Abrimos los ojos y me acerqué al rostro de Ahm, olía a tierra mojada y flores. Nos levantamos, la noche se había cerrado, la bóveda de estrellas desfilaba por la pared de la Antesala. Cruzamos miradas y le comenté espontáneamente:

-La Maestra Ahm tiene un cuerpo fuerte. Yo duplicaría la dosis recomendada, así llegará perfecta al alba.

No hizo falta consultar el libro, recordaba cada palabra como si estuviera grabada en el subconsciente. La dosis apropiada dependía del criterio de quien tuviese el privilegio de ejercer de guía del ritual de F.E. Em volvió a mirarme seriamente, con los ojos muy pequeños, casi enterrados en la piel, y vertió abundantes gotas rojas en el vaso. Luego añadió el agua precisa y todo se tiñó de rojo. Inclino la cabeza de Ahm, le administró el brebaje lentamente y besó su frente.

Nos apartamos. Yo me senté tranquilamente en el borde de la Antesala, con los pies colgando y mirando al centro. Las copas de los cuatro árboles vibraban con el viento. A mi espalda, Em sacó un frasco y preparó otra disolución. Usó gotas de ambos colores y las disolvió con menos agua y lo cerró con un corchó, no era más de un trago. Luego lo guardó en sus ropajes. No había leído nada de aquello y lo miré extrañado. Em se quedó en silencio. Transcurridos unos segundos, me dijo en tono reflexivo:

-Esta es por si el gran Fungi necesita remplazo.

No detalló nada más ni me animó a consultar el libro.

La Antesala estaba tras el muro de enredaderas que cercaba el centro del micelio, la referencia más cercana era el árbol situado al este. Mis pupilas podían ver perfectamente en la luz turbia de la noche. Varios habitantes del valle salieron de las yedras desde diferentes puntos, recorriendo el centro del micelio en círculos por fuera del murete hasta colocarse frente a la Antesala. Empezó a llover sin fuerza, lo justo para mojar la tierra. Recibimos la lluvia con cariño. Los recién llegados velaron en estado de calma junto a la pared ausente. La Maestra Ahm estaba en un reposo absoluto. La madrugada avanzaba y cada vez llegaban más invitados, la lluvia cesó. Salimos todos y solo Em permaneció junto a ella, guiando a su alma. Dos fornidos líquenes saltaron el primer muro con un simple paso y empezaron a cavar diestramente la tierra mojada. El tiempo parecía acoplarse al ritual. Me hubiera gustado ayudar, pero sabía que no me correspondía.

Terminaron el hoyo y el primer rayo de luz convocó a los asistentes, que entraron en la Antesala. Em salió de un salto por la pared ausente, sin hacer ruido al caer. No pisó ningún trébol, solo piedras negras. Se encorvó ligeramente para recibir a la Maestra Ahm. Los asistentes cargaban con su cuerpo completamente desnudo y lo depositaron sobre su espalda con delicadeza. Em avanzó hasta dejar atrás las piedras y poner los pies sobre el micelio. Hundió sus dedos largos en la tierra. Su cuerpo temblaba. El sol se levantaba sin prisas, siguiendo el ritmo lento de los pasos de los líquenes allí congregados. El centro del

valle seguía llenándose de habitantes de Natur. Muy pocos cruzaban el primer murete, nadie el segundo, que protegía el centro del micelio. Nos agolpamos en torno a ellos.

Em se paró junto al montón de tierra extraída y esperó a que el alba muriera y definiera las primeras sombras de los árboles. Entonces introdujo a la Maestra Ahm en el hoyo como una madre coloca a un bebé en la cuna, dejando la palma de su mano derecha en el pecho del cuerpo de la Maestra que temporalmente sería enterrado. Luego se tumbó a su vera, sobre los tréboles, elevado al otro lado del hoyo. Los líquenes que se encontraban más cerca empezaron a depositar tierra suavemente, puñado a puñado, liquen tras liquen, muchos se iba quedando alrededor y otros empujaban la tierra para completar su cuerpo. Em continuaba con enorme brazo enterrado con la palma de la mano en el pecho de la Maestra en contacto con su carne fría. Se tumbaron por donde podían alrededor de la tierra movida, abrazando la tierra del valle sobre el micelio.

El sol brillaba sobre las gotas que habían caído en el valle. La aglomeración de cuerpos emitía una luz, podía sentirse la esencia pura e integral que fluía por las hifas que, como arterias, iluminaban el micelio, confluyendo en un punto del centro donde descansaba el gran Fungi. Una armoniosa impregnación de almas, de comprensión de la vida tras la vida, era la despedida de Ahm. La fusión con lo esencial, lo que la Aurora primogénita llamó el Ritual de F.E. En cierta manera, todos los allí presentes también sentíamos despedirnos de este mundo, morir con la Maestra Ahm. La Fuente bañaba nuestros Seres casi inexistentes. Ese día, el Maestro Lao empezó a morir lentamente. Mi alma, en cambio, no renunciaba a la experimentación de todo lo que allí sucedía.

-«*Au son de la pluie, au milieu du silence!*» -decían todos al marcharse.

### 5.3. El Cónclave de Almas

Tras el tiempo transcurrido en el valle, no volví a saber de Blanco. Supuse que su viaje había terminado allí, un buen sitio para acabar.

Un día se me ocurrió podar para liberar las vidrieras. Estaba listo, con las tijeras en las manos, cuando Em me detuvo antes del primer corte. Mi intención era dotar de luz al interior. La brusquedad de su gesto me llenó de confusión. Al día siguiente me desperté con la luz de la mañana. Las enredaderas habían desaparecido de las ventanas y la biblioteca tenía otro aspecto. Las vidrieras filtraban los rayos y teñían el interior de calidez, aunque también desvelaban el polvo que se había depositado sobre todos los objetos. Era una estancia muy cómoda, única, mi refugio; crear mi propio hábitat era emocionante. En los siguientes días limpié y ordené mi nuevo hogar. Luego hice lo mismo con todas las viejas edificaciones y les di diferentes usos. Una de ellas estaría destinada al almacenamiento de libros. Tenía pensado hacer unas repisas de madera, supuse que cortar un árbol del valle requeriría el permiso del micelio. Em pareció animarme. Aunque los cambios los consideraba innecesarios, para él era una oportunidad de compartir la cultura de fuera del valle. Ordenamos y limpiamos todos los libros, que clasificamos a nuestro criterio. Tenía intención de leerlos, pero antes debía familiarizarme con ellos. No habría tiempo en la vida para leerlos todos.



El «Cónclave de Almas» solo pude consultarlo en aquella ocasión, nunca más volví a verlo. Tampoco a Aurora, que solo hacía fugaces actos de presencia en mi vida, aunque siempre moraba en mis pensamientos y emociones a diario. La Aldeíta de la Biblioteca, como llamaba a mi nuevo hogar, se había llenado de tréboles. Antes era difícil encontrar alguno, pero ahora difícilmente avanzabas sin pisar uno. Es probable que yo fuera el único habitante del valle que no podía sentir las hifas bajo los pies como una mente colectiva. Aun así, caminaba descalzo, a sabiendas de que el micelio velaba mis pasos y el gran Fungi vigilaba mi Ser con el propósito digno de una divinidad bondadosa y sabia. El valle seguía siendo hermoso, más armonioso si cabe, y el tiempo solo se hacía tangible en los surcos de mi carne y en los libros que pasaban a la pila de leídos.

Muchas jornadas las pasaba sin salir de la aldeíta, como un ermitaño. Atendía mis necesidades básicas y leía, sin intención de aprender nada nuevo, las infinitas colecciones de libros. Pasaban los días en silencio, acompañado de una llovizna que no mojaba pero regaba el valle. Em se marchó para atender al micelio y a los habitantes del valle. Era como un jerarca sin galones y disponía del respeto de todos. Teníamos un aprecio mutuo. Hablar de amistad puede que no estuviese lejos de la definición que se hubiese dado fuera del valle. Entre nosotros nació una relación que tenía el objetivo de que nos entendiésemos culturalmente. Para un líquen, compartir era algo intrínseco, no dependía de la circunstancias. Em me visitaba asiduamente. Comía poco o nada, lo justo para paliar el hambre o para pasar el tiempo. Em cocinaba platos golosos para compartirlos conmigo, en un ejercicio de empatía y sociabilización. Aunque era parte de su cometido o tareas que tenía asignadas por el micelio, para mi amigo era pasar tiempo conmigo.

Cuanto más tiempo pasaba conmigo, más parecía transformarse en individuo como si le contagiara una identidad, también me acercaba a los líquenes y a sus conexiones con el micelio. Ellos no vivían en el valle, sin disociaciones eran como parte del mismo valle. Compartir con Em era siempre una lección para el Maestro Lao, a menudo un recordatorio de que el pasado existía y consejos para lidiar con el presente. A pesar de las muchas veces que le pedí que no me llamara Maestro, Em siempre se refería a mí como Maestro Lao y a sí mismo como Em, en tercera persona. Me estaba quedando delgado, por lo que tuve que recurrir a agregar proteínas y más cereales en la dieta. Creo que no se me permitía el paso a cualquier otro cuarto del micelio sin Em, aunque no podría asegurarlo completamente, dado que nunca se me negó el acceso ni intenté atravesar la yedra. En ocasiones me sentía como un extranjero para el valle y sus líquenes, recluso y apartado. Pensaba que si el micelio no se comunicaba conmigo no debía extralimitarme en mis atribuciones, y una cosa podía llevar a la otra. Las conjeturas las reducía dando paseos por las marismas para ver a los pastores airear las algas. Incluso me animé a pastorear en las piscinas, resultaba un ejercicio terapéutico para las articulaciones y tendones. Con algún pastor pude mantener un leve intercambio de palabras. Para ellos suponía un esfuerzo incluso hablar en su propia lengua.

A medida que controlaba mi entorno pasaba más tiempo leyendo libros sobre historias de tiempos pasados. Más allá de las colecciones históricas, había otros géneros y temáticas. Sabía que aquellos libros alguna vez estuvieron en manos de Maestros o en la Gran Biblioteca de Sofópolis. Encontré unos pocos dentro de gran baúl, libros escritos a mano

que narraban las épocas de convivencia entre la gente del valle y los visitantes del Clan de los Sabios. Era difícil distinguir qué libros relataban hechos reales y cuáles eran ficticios. En cualquier caso, al estar escritos por alguien siempre estarían sujetos a la interpretación del autor. A mí todos me resultaban entretenidos.

*Historia siglo a siglo: XXI. Volumen 3* fue el primero que leí de los cientos de volúmenes. No sabría ordenar cronológicamente la historia del mundo. Leer no es lo mismo que vivir, por lo que la visualización del pasado no era más que una interpretación de mi mente. Parecía que en la antigüedad había pasado de todo y que la linealidad se había perdido. Civilizaciones ancestrales que dependían del fuego lo acabaron quemando todo, mundos superpoblados de humanos divididos en regiones, un gobierno único mundial, la colonización de la Luna, mundos poblados de gigantes reptiles, varias catástrofes naturales y humanas, innumerables religiones con mesías y profetas se imponían por épocas, más guerras mundiales que dedos de una mano, revoluciones sociales y tecnológicas, ingeniería social como control de masas. Todo estaba ya escrito.

Me senté en los escalones con los pies descalzos sobre los tréboles, como hacía habitualmente, con la intención de leer y me topé con una colección bélica muy cruel. Algunas descripciones de hechos atroces dejaban pocas dudas sobre la veracidad del suceso. Reflejaban seres humanos fieros, primitivos, capaces de matar a un hermano no por necesidad, sino por un conflicto de intereses gestado en sus mentes e ideales. La guerra entre regiones era una constante. La lectura me llevó a visualizar el destino de fuera del valle. El futuro que mis amigos me repetían se me dibujaba real, el Clan Hermano imponiendo sus normas y procedimientos, así como con un gran ejército que aplastaba a una horda de fieles. Mi mente se desbocó como hacía tiempo que no sucedía, sentí a mis amigos y familiares sufrir. El Orbe podría estar siendo usado para el mal, acelerando vertiginosamente la conquista. Sentí un hormigueo en los pies que me devolvió a la realidad. Estaba cansado, demasiados días leyendo sin parar. Me calmé y acepté el presente, cualquiera que fuese. Me repetí: «Si sueño que voy en un barco con muchos pasajeros y de repente el barco encalla y comienza a hundirse, ¿acaso me duermo rápidamente de nuevo para avisar a los personajes que habitan mi sueño?». Me sentí un privilegiado por vivir los tiempos presentes y ser un oriundo de la Aldea, aunque estuviera recluso en el valle, aunque realmente nada me obligase a quedarme.

Al día siguiente bien temprano, Em, por primera vez con prisas, interrumpió mi sueño en la biblioteca. Salimos con rapidez hacia las marismas, donde, en vez de encontrar la habitual atmósfera serena que creaban los pastores de algas con sus labores, me topé con un ambiente triste que nunca se había dado en los ciclos pasados en Natur. Varios líquenes cargaban cadáveres putrefactos que sacaban del agua. Sus cuerpos hinchados habían llegado con la subida de las mareas. Cientos de hombres, mujeres y niños con síntomas de violencia, ninguno había muerto ahogado, fueron arrojados al mar ya sin vida. En su mayoría vestían una gastada capa roja propia de los fieles. No quise intentar reconocer ningún rostro. Los ojos de Em estaban fuera de sus órbitas, su rostro alargado estaba descompuesto. Sin perder tiempo, se dirigió al centro del micelio a reflexionar.

Volví consternado. Por el camino pensaba en que nada permanece hermético eternamente, ni el sagrado valle de las Jorobas podía quedar limpio de las atrocidades de

las sociedades humanas. Las sensaciones de la noche anterior estaban justificadas. Los relatos que había leído se materializaron en mi Ser de una manera traumática. Sin más cura que el dolor y la aceptación seguí caminando. Solo quería preparar té y beberlo a sorbos muy lentos. Al divisar la aldeíta ya podía oler el té, un aroma muy real que entraba por mis orificios nasales. Me encontré a Aurora en silencio y pensativa, con una taza apoyada en el labio inferior mientras respiraba su vapor.

-Ahora tenemos que esperar al gran Fungi Siéntate y bebe -me comentó la Intérprete a modo de bienvenida y pésame.

Bebimos lentamente, sin conversar. Esperamos. Em se sirvió nada más llegar. Aún estaba el fuego caliente, alimentado por unas pocas brasas. Aurora lo miró esperando oír su voz y Em nos tradujo el comunicado del micelio:

-El gran Fungi muestra su preocupación y lamenta tanta muerte en vano. Atendimos a los cuerpos correctamente, dándoles entierro en un lugar sagrado del valle para refugio de sus almas. El conflicto no mora en el valle.

Aurora, con la cabeza gacha, negaba mostrando desilusión en sus gestos. Sin decir ni una palabra, se serenó y respiró hondo. Estaba muy afectada, con una pena contenida que parecía escapársele entre los dedos. Apuró el vaso y respondió:

-El gran Fungi no tiene posibilidad de error, como Ser Integral y Oráculo del valle su decisión siempre será apropiada. Nadie puede evitar formar parte del conflicto, pero siempre puedes posponerlo, aunque al hacerlo no sabes si ya es tarde para enfrentarse al mismo. Todas las formas de vidas somos transitorias: la verdadera realización procede de la fusión directa del propio Ser con la divina energía de la Fuente. Cerrar el ciclo. Siempre se necesita la renovación del ser, del alma, de la vida, del valle, de cada cosa y no cosa. La fusión con lo esencial como despedida en la experimentación real. Esto se aplica en el mundo y en Natur.

Me asombraba cómo Aurora mezclaba planos empáticos y emocionales con la lógica. Prosiguió:

-El equilibrio existe solo si eliminamos del modelo la variante del tiempo. A largo plazo, inexorablemente se ve forzado a buscar su punto sostenible. Esta lucha es el conflicto del ser humano con su propia naturaleza, desarrollada en esta realidad, sin posibilidad de distinguir si la lucha define la realidad o es esta la que le obliga a luchar. De manera que el ciclo, paradójicamente, habita en todo lo que existe y no existe. Esto es aplicable al valle, al micelio, al gran Fungi, a vosotros y a mí.

No podía estar equivocada. Nada permanece hermético, cada cosa o no cosa ha de tener su ciclo, pensé con una profundidad calmada. Em, especialmente atento y sin que pareciese una respuesta sino un consuelo, apostilló:

-Ha ocurrido siempre. Las épocas se definen como consecuencia de un fin de ciclo, generalmente traumático, que rediseña la experimentación real, dando al mundo otra oportunidad de volver a definirse.

Aurora, atónita, no pudo evitar llorar. Sentía un respeto absoluto por Em. Mientras se secaba la mejilla con la manga, agradeció con palabras sentidas:

-Exacto, los ciclos se cierran y el equilibrio se restaura, se vuelve a definir. Todos intervendremos en el fin de ciclo y en los albores del nuevo. Todos, sin excepción.

Por un momento pareció una amenaza. Transcurrieron varios segundos, tremendamente esclarecedores para la Intérprete. Ambos se levantaron y ella dijo:

-Gracias, Em, el valle está protegido contigo en el micelio.

Aurora hizo una mueca rápida y anómala. Em aceptó las gracias con honores, sin segundas intenciones, tras lo cual ella se marchó decidida. Em y yo seguimos charlando. Decidió quedarse conmigo. Hacía mucho tiempo que eso no pasaba y el día fue duro; no por la actividad física, sino por la carga emocional. Así y todo, dormí plácidamente. Los cadáveres ya descansaban en paz, al igual que mi cuerpo agotado.

A la mañana siguiente Em tomaba té caliente mientras leía, muy curvado, sentado en las escaleras con los pies sobre los tréboles, casi echado encima de un libro que reconocí al instante: *El Cónclave de Almas*. Le cabía en la palma de la mano, con la cubierta desplegada. Fui al interior, donde encontré un baúl con un artículo de los escribanos de antaño. Había limpiado y guardado muchos objetos, algunos los había restaurado en la medida de lo posible: instrumentos como lapiceros, tizas, apuntes. Saqué un enorme vidrio que amplificaba los objetos, a modo de gafas, para apreciar detalles de las lecturas y trabajos de restauración. Lo sostuve con ambas manos para mirar tras él como si de una ventana se tratase y el mundo se hizo pequeño: estaba mirando por el lado equivocado. Le di el vidrio a Em, que dijo:

-Una lupa, muchas gracias.

La usó con una sola mano y un único ojo. Apuró su vaso, guardó el libro y se marchó.

Desde aquel día, casi todas las mañanas un habitante del valle venía a la Aldeíta de la Biblioteca para solicitarme ayuda y después íbamos a hacer alguna actividad cotidiana. Era una forma de integrarme en Natur. Visité todos los cuartos del micelio y pronto me sentí uno más. La vida en el valle me sumergió en unas rutinas en las que me encontraba muy cómodo, olvidando cualquier rastro de pasado o futuro. El valle me ofreció un hogar, sentía que era el sitio donde debía estar. Me permitía desarrollar el Ser y el Camino Integral. Fui a explorar las laderas del valle durante varias jornadas. Era casi imposible salir, el valle era como un embudo de vegetación y armonía acorazado entre montañas verticales en las Jorobas.

El tiempo pasó rápido y yo ayudaba al valle cada vez más. Em se asombró de los estiércoles de purines de gallinas que generaba, los alimentos crecían más sanos y grandes que de costumbre. Pronto se me conoció en el valle por esta ocupación y se me entregó la responsabilidad de suministrar el estiércol a todas las familias para sus huertos. Asegurar el suministro era complejo, por lo que distribuí corrales por el valle. Casi nunca se usaba la carne de las aves ni los huevos y los habitantes del valle no generaban basuras. Las gallinas se alimentaban exclusivamente de insectos nocivos para los huertos, podas y sus propios huevos: estaban bien integradas y cumplían su cometido como exterminadoras. Cuando iba a mi destino, el micelio me ofrecía alternativas, abriéndome pasos por los muros de yedras.

Las labores relacionadas con la curación de lesiones las atendía gustosamente. Casi no había enfermedades, mis pacientes eran animales en su mayoría. Mi día a día parecía recordarme a la vida de Hada en la Aldea. Em me invitaba a muchas actividades del valle como su asistente. Participé en varios rituales de F.E. pero sin hacer nunca de guía astral.

Era bueno estimando las dosis precisas. No todos los rituales se practicaban en el centro del micelio, cualquier parque del valle era apropiado. Cada vez que asistía a uno, sentía que me iba despidiendo del mundo, sin gota de pena. Para los líquenes era como conseguir una meta. El ritual de la Fusión con lo Esencial era sin duda la verdadera sanación del Ser y de su Alma. La comprensión de la despedida brindaba la salida a la experimentación real para formar parte del micelio, siendo este el último cometido que regía su forma de vida. La analogía con el Cónclave era evidente, dado que las bases fundamentales del Clan de los Sabios bebían de las tradiciones y forma de vivir de los habitantes del valle.

La percepción del paso del tiempo era una creación de la mente y de la edad del individuo. Me sentía muy adulto, como si viniera de vuelta de todo, como si la experimentación no me nutriese. Los ciclos seguían pasando. Las parejas tenían hijos en encuentros fortuitos o en alguna cita fomentada por el micelio. Los críos vivían como parte del todo el valle en una gran familia y eran educados por todos. Visitaba la escuela y ayudaba a los maestros de vez en cuando. Mi cuerpo estaba muy fuerte y saludable, con la piel curtida y menos pelo en la cabeza. Nada supe de Aurora durante todos esos ciclos.

Un día brumoso, al anochecer, volvía de los corrales cuando una luz me sorprendió. Procedía de un punto ubicado a cientos de metros sobre la cabeza. Era un objeto circular que irradiaba luz y emitía un zumbido. Tras permanecer unos segundos flotando en el cielo, partió hacia el interior del valle. A la mañana siguiente me levanté temprano y salí con un sentimiento de extrañeza. Al poner el pie sobre la tierra noté una alteración en la rutina: algo había pasado en Natur. Era la primera muestra de comunicación que el micelio me ofrecía. Empecé las tareas sin aspavientos. Cuando llegué a las piscinas, los pastores estaban distraídos de sus labores absortos en una conversación. Sus rostros lánguidos y sus gestos diferentes denotaban incertidumbre, duda, algo más humano de lo que acostumbraban. Confirmé mis sospechas y me dirigí rápido al corral. La misma escena se repetía en los huertos con varios habitantes.

Em tardó poco en toparse conmigo. Portaba una esfera metálica impropia de Natur, con una hendidura perimetral, como un cinturón, y un botón verde parpadeante. Grabado en su superficie se leía con claridad: «Tecnos». Em me puso la mano en el hombro y el micelio se encargó de mostrarnos el camino: galerías rectas en dirección al centro, sin desvíos.

Llegamos rápido. Encontramos a Aurora a la sombra del árbol que marcaba el este, acompañada por un par de líquenes. Se sentía firme, intentaba conservarse íntegra y valerosa. Al verme suavizó su rostro y me abrazó con mucho amor. La tranquilidad, el tiempo cálido y la atmósfera vaticinaban algo único. Comenzaron a abrirse unos huecos entre las yedras y largos hombres y mujeres con pisadas lentas se acercaron desde la periferia. En su mayoría eran ancianos curvados, con piel curtida como la madera, seres a los que apenas pude reconocer de algún encuentro en el valle. Se saludaban en voz muy baja. «¡*Au son de la pluie, au milieu du silence!*», o un simple «Hola», o «Buenos días», como mostrándonos respeto a la Intérprete y a mí, los foráneos. Algunos rozaron mi piel con cariño y Aurora recibió varios saludos más afectuosos: abrazos de mejillas con mejillas, pues era más conocida por la niña que vivió en el valle que por la Intérprete del Oráculo. Em era verdaderamente querido por todos. Recibió saludos cálidos e incluso alguna reverencia. Él se postraba ante todos

con un gran respeto. Los líquenes más ancianos y emblemáticos cruzaron los anillos y se sentaron en la colina del centro, sobre el gran Fungi. La comunicación entre esos seres sucedía en un plano distinto en Natur: todo se gestaba bajo sus pies, allí la realidad se fundía en una sola materia. Los presentes se movían con facilidad en ese plano empático más allá del micelio. Todos nos vimos, congregados por la llamada.

Lentamente nos quedamos en silencio. Yo me coloqué junto a Aurora, sabiendo que ese era mi sitio. Estaba descalza y abrazada a sus rodillas a la sombra del árbol. Comenzó a caer una fina lluvia, que no llegaba a filtrarse por sus hojas. Todo estaba en calma, en espera, las miradas perdidas y los pies acomodados en la tierra. Todos cerraron los ojos salvo Aurora y yo, que mirábamos pasmados. La escena era hermosa: aquellos habitantes centenarios, casi vegetales, meditando conjuntamente, formando parte de un todo, sin división. Percibíamos que una conciencia colectiva gobernaba sus vidas. Era sin duda un verdadero Cónclave, local y armonioso.

Em fue el primero en actuar. Se levantó y dejó junto a nosotros la esfera metálica como señal de por qué nos encontrábamos allí. Algunos abrieron los ojos sin prisas, otros parecían dormir estando despiertos. Nadie decía nada. Aurora, firme y callada, esperaba a que algo sucediese. Yo podía oír pasar el tiempo en el silencio, disfrutaba de aquellos seres integrales citados para formar parte de una solución a la perturbación que el valle había sufrido como consecuencia de la llegada del artefacto de Tecnos. En aquel momento no sabía qué se estaba juzgando, sólo podía apreciar los métodos del micelio para salvaguardar el valle, su forma de vida, su cultura, eterno ante el paso de todas las civilizaciones. En cambio, la Intérprete sí apreciaba la información que contenía la esfera como prueba irrefutable de que nada podía ser eterno en esta experimentación real. Su presencia en el valle lo demostraba.

El sol ya estaba a nuestra espalda. Llevábamos horas de mutismo y quedé preso de una meditación profunda. Teníamos tiempo para madurar las emociones y percibir las en los demás. Aurora era la más discordante, junto a la esfera que se posó sobre mi cabeza la noche anterior, mostrándose como una amenaza inminente. Pensé en el comportamiento tan tolerante de los habitantes de valle hacia otras formas de vida, a otras personas de fuera, lo sentí profundamente. Cada vez admiraba más al micelio y su proceder. Toleraban la amenaza haciéndola participe de sus más íntimas emociones; toleraban nuestra presencia allí sabiendo que éramos un nexo peligroso con el mundo, Aurora lo había hecho evidente. Un líquen muy anciano que estaba cerca de Aurora reptó hacia nosotros. Una voz ronca que se esforzaba por articular palabras compartió con nosotros:

-¿Tolerancia? -se escuchó como un eco en el centro de valle, contundente pero no estridente, que alargó la pregunta.

Pensé que el anciano disponía de mis emociones como parte de las suyas y que quiso hacerme participe. Me quedé fascinado. Continuó:

-Hace muchos ciclos, antes del tiempo de las Auroras, un hombre del norte, de fuera del valle, entabló contacto por primera vez con nuestra forma de vida.-Hizo una pausa para descansar y llenar sus pulmones de aire-. Vivió en el valle sin odiar nunca, sin resistir nunca, sin luchar nunca. Estuvo aprendiendo y siendo. Era un ser altamente evolucionado,

en su interior no había nada que pudiera llamarse «tolerancia» porque no había nada que pudiese llamarse «otro».

No era capaz de interpretar lo que pasaba. En cambio, Aurora lo hacía perfectamente, cargando con el peso de la Interpretación. Muy afectada, en su rostro inexpresivo aparecieron varias lágrimas. Sufría interiormente no por obrar mal, sino por la culpa de interferir en la forma de vida del valle, poniendo en riesgo su eternidad. Pero se veía obligada moralmente a intervenir. Los asistentes percibían las esencias y esperaban sin prisas a Aurora. La miré profundamente y contactamos de una manera muy natural, como el que accede a un viejo recuerdo. Noté cómo finalmente pudo encontrar la calma. Sentía que ella tampoco era responsable de nada, ni de su existencia, ni siquiera de la Interpretación, ni del proyecto Aldea. Lo percibí en lo más profundo y me sentí responsable. Inspiró profundamente y dijo en el idioma de la gente de valle:

-El objeto volante me ha acompañado en mi último viaje y me ha guiado en el tramo final. Solo carga con información, es un sistema para comunicarme con la Cúpula, uno de los artilugios de Tecnos. Lo conocemos como UVI, Unidad Volante de Información. Es una base datos, contiene información de la vida fuera del valle: sus conflictos, sus problemas, sus planes, un informe demográfico, otro de recursos, nuevos núcleos de gestión de los Clanes, nuevos poblados, alguna anécdota curiosa, alguna reflexión y, con seguridad, alguna interpretación lógica de nuestro destino... Normalmente suele llevar un vídeo de mi amigo Heny a modo de introducción, estaría encantada de compartirlos con vosotros.

Sin dejar mucho espacio para reflexionar, la respuesta del micelio se escuchó en una voz de mujer:

-¿En qué afectaría conocer la información a los habitantes del valle?

Aurora repuso con rapidez:

-Solo para especular sobre el tiempo que le queda al valle tal y como lo conocemos.

Aurora hablaba como si ya hubiese aceptado la derrota. Varios se miraron entre sí, incluso con los ojos cerrados movieron sus cuellos. Un anciano hizo las veces de portavoz y siguió con la conversación:

-¿Tiempo? La mayoría de las ideas, pensamientos, actividades y cualquier interacción del ser humano están regidas por el tiempo. Les ayuda a poner en orden su mente, regida por el mundo de los sentidos y controlada por su biología. Los humanos fuera del valle perciben el tiempo como una corriente sin fin que los transporta, trasladándolos desde el pasado hacia el presente y luego, al futuro. En el valle el tiempo está fundido con la tierra, con nuestros antepasados, entendemos que no nos pertenece. Aceptamos el tiempo que se nos ha dado.

Sus palabras lapidarias sonaron en todo Natur, transmitiéndose por cada hifa del micelio sin capacidad de réplica. Algunos invitados se dispersaron, otros partieron por las yedras. Cabizbaja, Aurora sentía debilidad pero no dudaba de la Interpretación. Em fue a abrazarla y a consolarla, mientras los demás nos marchamos.

Estábamos cenando pausadamente unas algas con hongos cuando Aurora se levantó, cogió la esfera metálica que Em había dejado en la alfombra y apretó el botón verde parpadeante. El logo de «Tecnos» se rompió y se separó en hemisferios. Una luz sólida,

procedente de la ranura, iluminó la sala por completo. Los rayos se concentraron en un punto y proyectaron una imagen de Heny con su cuerpo de metal, dorado y plateado a partes. Mostraba su figura sentada con los brazos cruzados, con su carcasa metálica al descubierto y sus piernas cubiertas por telas ceremoniales. Su rostro resplandeciente, los movimientos de mandíbulas y las seis luces en su frente lo dotaban de personalidad. Empezó saludando a Aurora, informando después sobre el desarrollo del Clan Hermano en la península, sobre las regiones más importantes, las nuevas instalaciones de la Cúpula. Parecía una comunicación rutinaria para Aurora, aunque para Em y para mí era algo de otro mundo. Heny hablaba muy rápido y con precisión. La temática nos era ajena y nos asombramos al descubrir que no comprendíamos a alguien que hablaba un idioma conocido. Con tono jocoso y herida por lo acontecido en el centro del micelio, Aurora detuvo la proyección para resumirnos lo que contaba:

-El Gobernador Bigo se podría decir que ha dado un golpe de estado definitivo en la región del Clan Hermano. Las cortes no hacen más que mirar por sus propios intereses y delegan en el Gobierno todas las funciones. El gobernador se considera a sí mismo un gurú de los tiempos modernos, un modelo de gestor de gobiernos, implantando políticas liberales y colocando como encargados de relevancia a verdaderos acólitos. Su red es robusta, parece que todos los poderes fácticos veneran sus políticas. Su hermano Ote sigue en busca y captura, imputado de un delito de sedición. Se fugó con un grupo de rebeldes y se refugió en Sofos para ejercer una lucha mediática desde allí, donde Núcleo aún no tiene muy fidelizada sus administraciones.

Cuando hizo referencia al gobernador, volvió a iniciarse la proyección para intercambiar imágenes y vídeos de Bigo. Se le veía seguro, físicamente imponente, ancho y cuidado. Para un aldeano, las palabras que escuchaba eran difíciles de entender; para un liquen, imposible. Pero las emociones que emanaban de Aurora nos alcanzaban a todos. En todas las imágenes, el gobernador aparecía con el Orbe en su mano, que seguro usaba para su causa. El apego era evidente: bastaba con verlo para darse cuenta de que era un símbolo que ansiaba y veneraba. El artefacto creado por el proyecto Aldea para reinstaurar el Equilibrio parecía estar en el bando equivocado. Aurora estaba desconsolada. Pensé que si existía un fin de ciclo tal como auguraba la Interpretación, el Orbe estaba en las manos correctas.

Em y yo salimos a tomar el aire unos minutos. Al regresar, Aurora se detuvo para informarnos:

-La región de Origen sufre asiduamente redadas de control y a sus habitantes se les obliga a trabajar seis días a la semana. La pecunia es el único método de intercambio de bienes y servicios. La regencia se ha visto obligada a liberalizar la explotación de algunos recursos mineros y energéticos. Las grandes empresas disponen de más trabajo para el pueblo de Origen. La regencia, que pierde trabajadores, mantiene la distribución del agua y la recogida de residuos. Esto ha originado que adinerados del Clan Hermano emprendan negocios en Origen y haya una estratificación de clases fuertemente marcada, gestando lentamente la forma de vida de Núcleo. No pasas hambre, si cumples y trabajas ciniéndote a sus normas. La Sucursal del Templo es un reducto que ayuda al pueblo a trabajar



dignamente. Sigue incrementándose el número de seguidores, a pesar de sufrir un embargo casi total. La población aumenta vertiginosamente.

Me alegró mucho saber que, al menos con trabajo, la gente no pasaba hambre. Aurora prosiguió con la proyección, que continuaba adentrándose en unas imágenes que solo podía imaginar en los libros sobre civilizaciones pasadas: imágenes de la Cúpula y sus habitantes, vehículos diminutos que transportaban grandes cargas y personas, zonas verdes entre edificaciones, gente serena y digna. En las palabras de Heny pude reconocer un nombre que me devolvía a otra vida. Al instante, una prueba física acompañó al nombre y pude ver a mi compañero espiritual Toro, con un semblante maduro. Se declaraba orgulloso de formar parte de algo grande. Atendí con más interés. Apesadumbrado, Heny mostraba dudas sobre el futuro inminente y alertaba de que algo no cuadraba en la Interpretación. Aurora decidió detener la esfera metálica, no quería seguir escuchando. Se lamentaba una y otra vez esperando mi reacción. La miré sin decir nada, perdido en la maraña de pensamientos de la Intérprete que, no de buen gusto, resumió:

-En Tecnos cumplen con lo establecido, sin más. Todos somos partícipes del cambio de ciclo y este debe sentirse en el propio Ser.

Era más de lo que quería escuchar. Aunque solo conservaba en mi retina la cara de mi hermano Toro, sonriente, orgulloso, limpio y dispuesto, no había duda de que era feliz. Mi ser reconoció el sentimiento.

Aurora se percató, estiró los brazos y se levantó cansada. No hizo comentarios. Los demás nos quedamos en silencio. Em salió y puso los pies sobre los tréboles, yo seguí pensando en Toro y en todo lo bonito que habíamos compartido. Llevaba ciclos sin recordar nada. La Intérprete sabía que Em era su esperanza para que el valle fuera consciente del problema que existía fuera. en esencia la cuestión era la implicación de los líquenes en el mundo y en el fondo su vínculo a la Interpretación. Em se envolvió la cabeza con las manos y dijo:

-Aurora, ¿recuerdas cuando eras niña y te explicaba qué era el micelio? El gran Fungi carece de Ego, es Fuente en sí mismo. El micelio es el organismo más antiguo y grande del mundo. No tiene mente, solo Almas fusionadas en una consciencia colectiva. Por tanto, no hay argumentos de la mente que puedan confundir al micelio, por muy cuerdos y sensatos que parezcan. El gran Fungi es la sustancia de la consciencia.

Aurora se puso muy seria y recobró la clarividencia. De pronto vislumbró la senda como si el Oráculo la estuviera guiando. Se aproximó a la puerta y desplegó sus hojas. La Intérprete caminaba lentamente mirando hacia al suelo, pensando en algo, una introspección de la que podía adivinar su veredicto. Las lágrimas resbalaban de manera incontrolable sobre mis mejillas. Cruzó el umbral y la noche apagó su figura. Me acerqué a Em para verla partir. Cuando puso sus pies descalzos sobre los tréboles, introdujo los dedos con ahínco, me miró seriamente y me dijo:

-Maestro Lao, tendremos trabajo.

#### 5.4. La Interpretación del valle

Durante la noche tuve sueños premonitorios que mostraban fragmentos de una vida por llegar. Antes del alba soñé con mi amigo Toro. En el sueño, manteníamos una conversación. A pesar de que no sabía nada de él desde hacía muchos ciclos, charlábamos como amigos que se ven a diario. Era reconfortante saber que participaba activamente en Tecnos. De algún modo, su vida me indicaba que Natur era mi lugar como aldeano del proyecto Aldea. Al despertarme llovía más de lo habitual. Empapado, Em abrió la puerta de la biblioteca y me invitó a salir. Las gotas resbalaban por su cuerpo esbelto y delgado. El agua le recordaba que estaba vivo, los líquenes estaban más activos cuanto más intensa fuese la lluvia. Hacía calor. Agradecí el contacto del agua sobre mi piel, las gotas me animaron.

La expresión en la cara de Em mostraba que las consecuencias del día anterior se habían hecho evidentes en Aurora. Me pidió que le acompañase y nos dirigimos rápido al centro. Cuando pasamos por las marismas, los pastores festejaban la copiosa lluvia que, al golpear las piscinas, abría cráteres en la superficie. Los habitantes del valle parecían bailar mientras realizaban sus tareas bajo la lluvia. Las galerías se volvieron a abrir para nosotros. Esta vez no nos acompañaba nadie. La frondosa vegetación nos cubría. Cerca de la Antesala, Aurora, sentada sobre un profundo charco, miraba meditativamente al centro. Nos refugiamos bajo el gran árbol y solo entonces Em dijo:

-Lleva ahí toda la noche. Parece que ha tomado su decisión.

Me miraba con los ojos de un familiar muy respetado y venerable, su expresión iba más allá de la admiración. La cercanía de otros foráneos le recordaba su origen humano y su vínculo fuera del valle. Em estaba sonriente y orgulloso, las emociones hacia Aurora se podían percibir. Se acercó y sacó de un saco un caldo reponedor. La lluvia se detuvo sin que variase ni un ápice el cielo. Em se sentó junto a Aurora, introduciendo los pies en su charco, y esperó a que saliese de su introspección. Las gotas aún caían con fuerza de las ramas, empapando mi cabeza. Me acerqué a ellos.

Aurora se percató de nuestra presencia y nos abrazamos. Accedió a tomar el caldo. Mientras estábamos sentados sobre el micelio, se abrió un hueco en el cielo. Las nubes giraban en torno a un vórtice por el que entraba la luz, secando la ropa de Aurora y Em. Me quedé observándolos varias horas, sin ningún afán mayor que comprender el momento. El Sol empezaba a ocultarse y el cielo se abrió por completo. Las nubes se desvanecieron y el calor dio paso a una leve brisa. Seguía envuelto en la belleza de todo lo que acontecía y no me percaté de que Em y Aurora se habían movido hasta que los vi caminar en dirección a la Antesala. Los últimos rayos de luz proyectaban una sombra alargada sobre las paredes de yedras y flores. Me despedí del gran Fungi y fui junto a ellos. Em me esperaba sentado en las escaleras, ofreciéndome *El Cónclave de Almas*. Tras él, la puerta de la Antesala estaba cerrada. Aurora permanecía a su lado con semblante serio. Se podía cortar la tensión. No me dio tiempo a preguntar, cuando Em nos dijo:

-El ritual de F.E. se llevará a cabo solo si el Maestro Lao es el guía astral en la Fusión con lo Esencial de Aurora. Así lo ha querido el micelio.

Esa era la primera etapa, la aceptación del gran Fungi y la selección del guía astral. Nada tuve que ver en esto, pero parecía que era imperativo que fuese yo. No sentí una gran responsabilidad, más bien sabía que era una tarea que debía realizar. El privilegio de ser el

elegido me acercaba a la Interpretación. Sentí que eso era lo que necesitaba para despertar al Maestro Lao, lo que debía conocer como sanador lo que los fieles necesitaban. La Intérprete tenía serias dudas. Me miró a los ojos, me acarició la nuca y me abrazó. Sentía que todo estaba en peligro y que, tras muchos ciclos, la Interpretación de las Auroras estaba en una encrucijada. De algún modo, el micelio necesitaba al Maestro Lao. Ser guía astral de la Intérprete me permitiría acceder a la Interpretación y a sus vínculos con todas las personas que amaba.

Muy apesadumbrado, me marché a la Aldeíta de la Biblioteca a dormir. Durante los días siguientes estuve ausente. Mi cuerpo desarrolló un cansancio fuera de lo normal. No tenía capacidad de trabajar, ni de pensar. Mi mente estaba saturada, ni siquiera rebuscaba en mis emociones. Al cuarto día sin salir de la Aldeíta Em vino a visitarme. Me acababa de levantar. Me abrazó para reponerme, mi oreja quedó aplastada contra su barriga. Em era cada vez más individuo. Sus ojos parecían llorar cuando dijo:

-Aurora se ha recluso, necesita tiempo.

También sentí pena, pero sabía que era necesario. Nos dirigíamos a preparar té cuando me dijo:

-Maestro Lao, ¿quieres alcanzar al micelio? Si es así, has de entender e integrar las tres principales energías sutiles que habitan el valle. Nosotros decimos que la primera es la energía de la tierra. Ubicada en los músculos, se expresa como actividad. Quienes cultivan y dominan la fuerza física alcanzan la pureza parcial. La segunda es la energía del cielo. Ubicada en la mente, se expresa como conocimiento y sabiduría. Aquellos cuyas mentes se funden con la mente colectiva del micelio alcanzan el estado de no mente y la pureza parcial. Y la tercera es la energía armonizada. Ubicada en el vientre, se expresa como percepción interior de la consciencia, allí donde habitan las emociones. Quienes desarrollan la percepción interior también alcanzan la pureza parcial.

»Solo cuando alcanzas esos tres estados de pureza, dominio de la energía física, estado de la mente y percepción interior, y las expresas en una vida virtuosa integral, puedes alcanzar al micelio. Pero esto tú, Maestro Lao, ya lo conocías. Dime, entonces, ¿qué haces en el valle?

Sus palabras eran como puñales que atinaban en la verdadera esencia de las cosas. Yo había sido bendecido con la capacidad de captar las energías sutiles. No obstante, existían unos apegos emocionales que habitaban en mí, procedentes de la vida fuera del valle. Estaba cansado de ser un observador analista de los sucesos de los tiempos que me tocaba vivir. En la Aldea, todo suceso, aunque fuera nocivo o destructivo, era una oportunidad de mejora, una motivación que me permitía continuar sin perderme en laberintos existenciales. No era capaz de darle una respuesta sincera a Em. Aurora encontraba motivación en todo el mundo conocido. Se implicaba en la vida de todos y ofrecía la Interpretación sin vacilar, aun en ese mar de diferencias. Kili y su pasión por el Equilibrio, por extender su verdad al mundo; Toro decidido con su gran corazón. Pero yo vivía en un limbo en el que se mezclaba la experiencia de todos sin apego a la propia existencia del individuo. Era difícil encontrar un completo estado de liberación. Respondí con un simple levantamiento de hombros, mostrando mi cansancio, mi apatía, mi desesperación y mi desconocimiento. Em notó que no

encontraba sanación en las palabras, que estaba afectado, e intentó consolarme antes de marcharse:

-Medita con la mirada hacia dentro, sé consciente de las tres energías. Lo que brote de ti será lo más armonioso de lo que dispone tu Ser.

Reflexioné todo el día sobre mi cometido en el valle. Mi percepción era muy amplia, no hacía falta procesar toda la información para ser consciente de mi misión. No necesitaba meditar, así que me dirigí hacia al centro de Natur, decidido. Introduje los dedos gordos de los pies en la tierra y pude sentir que ese era mi destino. Sin más, fui colina abajo. Me apoyé en una pared de yedras muy tupida y no me impresionó cuando se abrió. Em aguardaba sobre el gran Fungi, custodiado por los muretes. Sonreía como nunca. Me acerqué hasta la piedra negra del anillo exterior y Em gritó, para que pudiese oírlo:

-¿Qué haces en el valle?

Contesté con claridad:

-Esperar lo inevitable antes de marchar.

Noté un hormigueo en los pies, algo muy físico, mucho más persistente que la vez anterior. Sentí la comunicación, una invitación clara del micelio. Comencé a hurgar con mis dedos descalzos, como tantas veces había visto hacer. Podía imaginar la gran red de hifas que, como una tela de araña bajo el valle, llegaba a cada lugar, conectándolo con los líquenes. Sobre la tela, localizados y disponibles, estaban las plantas y árboles, los pastores de algas, los animales, el valle entero. Como un niño, empecé a correr sobre el manto de tréboles y otro plano de percepción se abrió ante mí: podía localizar y sentir a todos los líquenes a través de las hifas de micelio. Mis pies establecían conexiones empáticas con los líquenes, que me daban la bienvenida al valle y me reconocían como parte del micelio.

Pasaron algunos meses sin noticias de Aurora y yo seguía pensando si acceder a las condiciones del micelio. Para mí, la vida en el valle era perfecta, inalterada. Cada día admiraba más a los habitantes, que invertían su tiempo por y para todos. Parecía que mi presencia había creado una alteración que afectaba a las pasiones, ahora más accesibles para los líquenes. Todo lo que había sucedido en mi mente era como un sueño en el que se confundían planos de existencia y se fundían en uno solo. Asistí a algún ritual de F.E. y, cada vez que lo practicábamos, me alejaba más de la realidad. El micelio me concedió una apertura que me permitía llegar a todo el valle y a otras regiones de la comunicación con el Cónclave, una apertura que se integró en mi consciencia. Sentía Natur como cualquier otro liquen. Todo el valle estaba disponible y descubrí cosas maravillosas en cada cuarto de micelio. Podía saber cuándo llovía, cuándo iba a salir el sol, la salud de cada planta... La conexión con los otros era más potente cada día. No olvidaba al Maestro Lao, tan solo disfrutaba del presente, sabiendo que al poco se hace pasado.

La alimentación y el estilo de vida hacían que las capacidades motrices fueran excelentes para mi edad. Cada vez me parecía más a los habitantes del valle, al menos en apariencia: casi no hablaba y estaba muy delgado. Seguía esperando, pero casi no me acordaba qué. Cuanto más dominio tenía del valle, más cerca estaba del Cónclave, que me recordaba los apegos al mundo exterior. Mi consciencia me alentaba a continuar en el camino de la Interpretación. Pensaba que la disparidad del ser humano iba asociada a su

biología. Su naturaleza le obligaba a adaptarse a su medio a toda costa, dominando sobre otras especies. Antiguamente a esto se le conocía como evolución, pero el apetito del ser humano era tan voraz que abusaba del mundo y de sus habitantes, haciendo la convivencia imposible. El sentido de la palabra tornaba a involución. Las personas de fuera del valle se habían apropiado del mundo sin compartirlo con otras formas de vida. Sometían incluso a los de su especie, especialmente las castas apoderadas, que dominaban la sociedad y acaparaban riquezas y poder. Cómo iban a cuidar de los líquenes o de los animales y plantas, tan ocupados como estaban consigo mismos. Ciegos, sin metas sostenibles, sin objetivos como especie, todos aparentemente diferentes pero todos abocados a un mismo final, la muerte. La percepción del mundo se transmitía de una generación a otra, de modo que el ego se impregnaba de la misma avaricia que había gobernado a la generación precedente. Habían aparatado del alma de sus consciencias, alejándose así de su propia naturaleza sin ser conscientes de ello.

El destino llamó a la puerta del Maestro Lao: Em se acercó a mi hogar para comunicarme que Aurora había aceptado y el Maestro Lao sería su guía astral en el ritual.

Em estaba feliz y muy orgulloso de la despedida de Aurora. Esa noche preparamos una cena copiosa, en la que no faltaron pasteles. Fue muy sencilla y emotiva. Era increíble pensar en cuánta aleatoriedad existía en las oportunidades que el mundo otorgaba a cada individuo, en cómo las decisiones generalmente se gestaban desde la mente y raras veces desde las emociones. Pensaba que el mundo debería ser un gran valle armonioso. Sin hifas, debía existir algún nexo místico que nos conectase a todos. Quizá ese nexo era el Cónclave, el lugar hacia donde me dirigía de la mano de Aurora.

### 5.5. El ritual de F.E.

Conocía perfectamente cada etapa del ritual. Tras la aceptación y selección del guía astral venía la segunda etapa, que consistía en prepararse en la Antesala el tiempo que fuera necesario hasta que el alma se despidiese de la experimentación real. Se solía inducir un estado alterado de conciencia para sentir la muerte del ser, el desapego de la realidad, de lo que pensamos, de nosotros mismos, la ruptura de todo vínculo con el mundo para partir sin nada. En el caso de Aurora, debía ser todo un reto, por todo lo bello que había construido a su alrededor. Cualquier emoción fuera del Camino Integral, como el miedo, el odio, el arrepentimiento, alejadas todas de lo puro y sutil, podía hacer peligrar el ritual de F.E.

La tercera etapa consistía en la administración de las disoluciones, la dosis correcta en el momento preciso. Tras el reposo, cuando el cuerpo y la mente se ausentaban por completo, era cuando Aurora debía ser enterrada junto al micelio. Solo el alma estaba presente. Comenzaba entonces la cuarta etapa, la guía astral, donde las Almas encontraban su lugar en la vida tras la vida, en el micelio, en el Cónclave. Donde quiera que fuesen, siempre confluían en un mismo espacio. Esta etapa era la más empírica. La guía consistía en conducir el alma por un trazado de emociones esenciales hasta ubicarla en su lugar de origen, su hogar, junto a los suyos. Practicar el ritual siempre dejaba huella en el guía, que debía estar preparado. Hasta ahora no había tenido la oportunidad de ejecutar esta tarea,

tampoco nunca antes nadie de fuera del valle había sido aceptado por el gran Fungi. Todo era nuevo, y eso no era habitual en Natur.

Em y yo nos dirigimos a la Antesala. Los pastores de algas de las marismas se habían reunido junto al camino de madera y se inclinaban a nuestro paso. No solían distraerse de sus tareas, pero muchos se detuvieron para al menos cruzar una mirada. Había en ellos un depósito de esperanza. Aunque el micelio estaba disponible, prefirieron usar una comunicación más propia del mundo de fuera del valle y nos despidieron con gestos y sonidos. Em estaba ensimismado. Lo notaba poco entusiasmado. Miraba a su alrededor, al cielo, a los árboles, envuelto en sus pensamientos.

Comenzó la ceremonia y, en los incisos, leía fragmentos de «El Cónclave de Almas». Me situé en la escalera exterior bañada por la luz. El Cónclave era un lugar astral, ubicado en algún lugar cerca del Todo, cerca de la Fuente donde se creaban las realidades y se conservaba lo íntegro. Allí habitaban esencialmente Almas en estado puro, incorpóreas, Almas sabias que ya se habían renovado en múltiples ocasiones, esperando su momento. Pude leer:

«En el Cónclave fueron desarrolladas diversas ciencias holísticas para posibilitar su propia evolución sostenible, así como la de los demás. Esas artes sutiles fueron creadas mediante la unión de las consciencias individuales con la consciencia universal de la propia Fuente. Ese conocimiento habita en el seno de todo lo que existe y no existe.

El fin de ciclo de la Fuente fuerza a que toda experimentación real cierre el suyo, volviendo a definirse con el único propósito de crearla de nuevo, más cercana al Camino Integral, equilibrada y sostenible. Solo entonces existe la posibilidad de crear un Alma nueva para impregnar a los Seres de esencia pura».

Todos debíamos acabar nuestro ciclo. Quizá eso era lo que Aurora se proponía hacer.

Aurora no hablaba. Su decisión era firme. Era difícil percibirla, su esencia contenía tanto que era difícil sintetizarlo y comprender sus motivaciones. Para un líquen, acabar con su vida en el valle era como pasar a vivir bajo el valle. Para Aurora debía ser como encontrarse con el Cónclave y descansar en paz. Sentí una preocupación que no llegué a desvelar. Ella tampoco podía darle forma, lo ocultaba en lo más profundo.

Pasamos varios días en la Antesala. Em me otorgaba la libertad de obrar. Nunca podré valorar el respeto que mostró hacia nosotros, aun siendo consciente de lo que podría ocurrir.

Era mi labor como guía astral dar por concluida la segunda etapa. Leí el libro con intención de fundamentar el veredicto. Percibía a Aurora en todo momento, siempre en silencio. En su rostro se dibujaba una sonrisa cada vez que me acercaba. Ser la Intérprete era su trabajo. Intentaba explicar el sustrato en el que se sustenta la vida mediante un modelo místico que ayudase a todos a vivir en armonía y responsabilidad. La Intérprete defendía la participación del Alma en la experimentación real, sabedora de que la mente es la herramienta principal para percibir el mundo físico. Mente y Alma deben convivir en armonía en el Ser, conectadas a través de su consciencia al Cónclave, lo cual permitiría obrar acorde a lo que llamaban el Camino Integral, que aseguraba el porvenir de la existencia. Lo sentía como una actitud moral inquebrantable que otorga una percepción sutil en la experimentación real. El ser debía influir en el mundo físico a través del Camino Integral para cumplir el propósito de armonía del Cónclave. Estaba obligado a interactuar con cada cosa o no cosa. Lo

entendía como una propiedad inherente al Alma que permite reconocerse en los atributos esenciales en la experimentación real, evolucionando su Ser, siendo más consciente en su paso por el mundo al que ha venido a crear la vida. El Cónclave ofrecía un conocimiento reflexivo de las cosas, sus vínculos emotivos con la realidad, algo solo accesible para los seres integrales. Desde fuera, no se podía acceder a ese estado de consciencia.

Había pasado una semana y la Intérprete cada vez estaba menos presente. Dormía todo el rato. En su interior, pugnaba por liberarse de la vida. Em siempre estaba con nosotros. Se acercaba a Aurora con intención de analizarla y despedirse. A diferencia de otras veces, Em parecía estar triste. Me miró confuso y se marchó por la puerta. El tiempo no se percibía en la Antesala. Estuve muy distraído durante mis labores como guía astral, siempre pendiente de Aurora. Verdaderamente, encontraba la paz en su despedida sabiendo que era lo que debía acontecer, que era lo que ella quería por encima de todo las cosas. Em volvió a entrar y me miró asintiendo. Preparó una disolución y yo hice lo mismo. La segunda etapa debía concluir. Participábamos de una fiesta solemne, todos parecíamos protagonistas. Em me dijo:

-Si llegado el momento algo ocurriese en el ritual, es posible abortar el proceso, pero se necesita remplazo.

Le suministré a Aurora el vaso con el agua teñida de celeste. Estaba muy delgada. Aun así, se conservaba bella. Tenía el cuerpo cubierto con gasas blancas. Por la pared ausente, se colaba la luz crepuscular y muchos habitantes del valle llegaron para despedirla. Se hizo un silencio rotundo y su mente durmió apaciblemente. Debía determinar la cantidad de disolución roja, antes de que se despidiera de la carne y fuese enterrada en el micelio.

Había sido muy difícil ejercer de Intérprete del Oráculo. Aurora había hecho de su vida algo complejo y se había visto obligada a ser quien debía, quizás a desviarse del Camino Integral para que otros pudieran transitar con los pies firmes sobre él. Echaba de menos una vida sencilla que nunca pudo vivir. Disfrutar cuando llegase el placer, pero sin apego; sufrir cuando llegase el dolor, pero sin resentimiento. Si era necesario aprender a ser armónico en lo inarmónico y sosegado en el desasosiego, uno se adaptaba a ello. Una vida de hermosa simpleza, sin inútiles resistencias, sin Ego.

Quería creer que la vida de cualquiera en este mundo podía ser así de fácil y difícil a la vez. Era el viaje más largo de los que hacíamos en este teatro de sortilegios que era la existencia, la experimentación real, un viaje sembrado de imprevistos, en el transcurso del cual nos topamos con situaciones muy diversas con innumerables opciones. La vida no era fácil, pero podíamos hacerla mucho más difícil de lo necesario si nuestra actitud era inadecuada y añadíamos complicaciones a las complicaciones, creando tensiones y conflictos ficticios para el Alma. Había obstáculos que vencer y eventos que vivir. Si uno estaba fuera de su centro o de su ángulo de quietud, se sentía indefenso al no contar con una consciencia en armonía y ecuanimidad, lo cual añadía sufrimiento al sufrimiento, incluso al placer, generando así fricciones que robaban la calma mental y la paz interior. El que ejercitaba su Alma obtenía otro estadio de consciencia, caracterizado por su imperturbabilidad, lo que permitía vivir con sabiduría, simplicidad y sencillez. Al ser la

Intérprete, Aurora era consciente de cualquier vida, empatizaba con todos y conocía al Ser en su totalidad, aunque nunca pudo vivirlo por su trabajo.

Le administré la última dosis.

Trasladamos el cuerpo de Aurora, aún con un suspiro de vida corpórea, y la enterramos con mimo cerca del árbol que marcaba el oeste. La tierra fría y húmeda bajo la que yacía me recordaba lo real de la situación. La poca vida que le quedaba le permitía no morir del todo y dándome acceso al guiado de su Alma. Nada más contactar con su pecho sentí el recorrido de una vida completa, de un Ser libre y enardecido por la experiencia de vivir, muy implicado en la sociedad. Pude ver la vida de muchos otros que a su vez participaron en su Ser. Reconocí a varios Maestros y a muchos desconocidos. No por sus rostros, sus historias o sus ideas: sentía quiénes eran y qué hacían en la experimentación real. El mundo astral en el que me encontraba no distaba mucho de las sensaciones habituales en mi ser. Sentí como si el ritual ya lo hubiésemos practicado Aurora y yo en múltiples ocasiones. Ambos estábamos conectados por una fuerza incomprensible.

Caminábamos de la mano sobre un infinito donde las emociones rememoraban toda una vida. Imágenes de rostros que representaban un sentimiento, imágenes bellísimas que evocaban ternura y paz. El camino era placentero. Llegamos a unas escaleras enormes. En lo más alto, encontramos tres columnas de un blanco imponente. Sostenían un gran templo. Mientras subía las escaleras, no existía el tiempo. Cada paso era como una etapa de la vida de Aurora. Al cruzar el umbral del templo, una gran estancia redonda con unas gradas circulares bajaban hasta rodear una tarima donde una figura sentada en posición de loto desprendía luz. La Intérprete había llegado. Soltó mi mano y perdí sus visiones. Ya solo veía a aquella figura. No notaba mi cuerpo sobre la tierra, aunque me sentía presente en aquella luz. A medida que me acercaba, me sentía abandonar todo y acceder a un lugar de plenitud eterna.

Noté cómo latían las manos de Em, aferrándome al plano vivo al que debía volver. Si Aurora fuese un líquen, diría que el ritual no se estaba realizando correctamente. La guía astral parecía haber sobrepasado las capacidades del Maestro Lao. Me sentía preso de un sueño profundo. Solo podía vivir en mi interior, las emociones provocaban impulsos que me arrastraban hacia lo más profundo. No existía el tiempo. Liviano, sin carga, iba adentrándome en la luz de la que quería forma parte. Em esperaba una respuesta que no llegaba. Yo sentía que el Maestro Lao tenía al alcance lo que todos esperaban: ver cumplida la Interpretación. Una decisión consciente me instaba a proseguir hacia la luz, hasta quedarme ciego en la nada. No podía ayudar a mi amigo, que insistía una y otra vez para que volviese al valle. Mi decisión consciente forjaría al Maestro Lao. sólo rezaba por todos como si todo ya estuviera hecho por mi parte.

Eones de tiempo para sentir un parpadeo, que me recordaba que disponía aún de un cuerpo que yacía en el centro del valle de Natur. Podía verlo todo desde abajo, a Em junto a mi cuerpo sin vida sujetando en su mano el frasco, a Aurora enterrada en el micelio, a los líquenes contemplando la escena distribuidos por la superficie, a cada árbol y sus raíces; parecía que todo estaba esperándome. Desde el micelio podía percibir cada hifa del valle como un rayo de luz bajo la tierra o hilos dorados resplandecientes que llegaban a todos



sitios, incluso más lejos del valle. Desde cada hifa, desde cada una de sus infinitas conexiones, se podía llegar al centro donde estábamos. Las hifas formaron una red con núcleos conectados.

Me giré para mirar hacia atrás y distinguí la figura de un viejo liquen del valle bajo la tierra, sentado en una posición de loto. De su cuerpo brotaban innumerables ramificaciones como destellos, cada centímetro de su piel formaba una ramificación que se extendía por el valle. Localicé sus ojos entre la piel arrugada: estaban cerrados. Ese Ser transcendía todo, no tenía Ego, ni mente. Sólo era un lugar donde las Almas vivían por siempre, creando el micelio, recibiendo a los suyos al vencer la experimentación real, disponible siempre para procurar la creación más armoniosa. Al verlo, me reconocí en el gran Fungi.

Como si de un milagro se tratara, Aurora se materializó en luz junto al gran Fungi y otras muchas Almas se mostraron. No solo líquenes del valle, sentí participar a mis Maestros de la Aldea, a los fieles, a mis amigos. Se respiraba una atmósfera de paz sublime. Todos habían alcanzado un considerable grado de evolución y una excepcional pureza de corazón, parecía el lugar donde habita la verdad. Me senté sobre mis piernas cruzadas, con la espalda firme, el dorso de la mano derecha apoyado en la palma de la mano izquierda. Me concentré en todos ellos, no había distinción entre las Almas y mi Ser armonioso. Me sentía descansado y libre. Cerré los ojos y me alejé de todo, en un sueño omnisciente y vacío de Ego. Podía conocer todas las cosas y las no cosas, lo real y lo posible. Disponía de todos los detalles de la experimentación real y de todos los que formaban parte de ella, conocía el motivo de sus acciones y de su manera de pensar y sentir. Todo ocurría a la vez, fuera del tiempo.

Daba la sensación de que Aurora quería comunicarse, pero su silueta brillaba sin gestos. La voz de gran Fungi parecía desquebrajarse, me llegaba desde todas partes:

-Maestro Lao, la vida de la experimentación real en la percepción de la mente humana es corta. Transita sin cesar. Todo fluye. Se nos escapa la existencia sin darnos cuenta, salvo que estemos muy atentos y receptivos. Considera, alma mía, que no tienes nada que puedas llamar tuyo. En menos de lo que dura un parpadeo divino, concluye esta vida terrenal.

»No hay tiempo que perder. Hay que procurarle un sentido a la vida. Más allá de si tiene un sentido último, cada uno puede conferirle a la vida el significado y el propósito que uno quiera, por trivial que parezca. Los hay que hacen de su vida un erial, ¡qué terrible! Otros, por fortuna, hacen de ella un vergel para ellos mismos y para los demás. Se nos han entregado unos instrumentos vitales: cuerpo, mente y emociones. ¿Qué vamos a hacer con esos ciclos?

Asimilaba sus palabras con esperanza y una ilusión impropia. Sus leves movimientos modificaba la estructura delicada de hifas. El gran Fungi prosiguió:

-Podemos ser egoístas y posesivos, desprendidos y generosos; podemos ser hostiles o cooperantes, narcisistas o humildes, malévolos o amorosos. Cada uno es responsable de sus actos y las consecuencias habrán de seguirnos. Podemos llenar nuestra mente de estados aflictivos y nuestro corazón de emociones insanas, o, por el contrario, embellecer la mente hasta llegar al estado de no mente, suscitar emociones beneficiosas y enviar nuestros pensamientos amorosos en todas las direcciones. ¿Qué vamos a hacer con nuestra vida?

De alguna manera, me sentía más humano que nunca. Reconocía esa verdad en mi Ser pero sufría con el micelio. No entendía por qué justo en ese momento afloraron todas aquellas emociones tan humanas, ahora sin cuerpo. Vi a mis amigos y sentí tristeza por no poder compartir de nuevo con ellos, vi a Teo reír con los suyos en la Aldea, las clases con los agros. Quería volver estar entre ellos. Una profunda pena se apoderó de mí. Quise luchar con Kili, visitar nuevos sitios, perderme en montañas y disfrutar de paisajes, fumar en mi pipa, yacer junto a una mujer, recorrer todo lo maravilloso que permitía la experimentación real; pero nada de eso llegaría, todo era inalcanzable. Las Almas presentes y el gran Fungi concluyeron su participación y me hicieron entrega de la verdad que el Maestro Lao esperaba:

-El mundo es una vasta red de rayos de energía, de esencias y emociones, de interacciones entre seres. Todo está conectado. el micelio intenta hacer físico algo propio de la existencia humana. El rayo principal emana del Origen Sutil y es totalmente positivo, creativo y constructivo, nace en la misma Fuente. Entiende el mundo como un gran micelio y los rayos, como hifas que llegan a todo. Aquí radica la esperanza, Maestro Lao. Es hora de que ambos abandonemos el micelio.

Pensé en Em y me sentí culpable. ¿Dónde estaría?

El cuerpo del gran Fungi parecía disolverse en la tierra. Un resplandor iluminó todo el micelio y salpicó de luz todo el valle, como la onda de una piedra enorme al caer en un lago. Empecé a ser consciente de mi cuerpo. Tenía arena en los párpados y necesitaba aire. Di una bocanada, como si llevara muerto mucho tiempo. Los líquenes estaban congregados en torno a nosotros y el frasco estaba vacío. Grité:

-¡El gran Fungi necesita remplazo!

Las raíces del árbol empezaron a moverse bajo nuestros pies. El firme se abrió y dejó un hueco en la tierra, como un terremoto. Pude ver el semblante del venerable Em. Orgullosa, me limpió el rostro antes de meterse en la oquedad junto a Aurora. Las hifas los abrazaban y las raíces empujaban el suelo, intentando restaurarlo y llevándolos a lo profundo. Todos los presentes se tumbaron buscando el mayor contacto posible con la tierra del valle para dar las gracias al micelio y al gran Em, al grito de:

-«¡Au son de la pluie, au milieu du silence, gran Em!»

Me quedé dormido. Al despertarme, varios líquenes estaban tumbados sobre la tierra. Me incorporé, sentándome sobre mis nalgas. Tenía la sensación de regresar de un lugar donde nadie podía escapar a las consecuencias de sus actos. Un efecto para cada causa. Éramos responsables de nuestras acciones y sus consecuencias nos seguirían siempre. Aurora, Em y el gran Fungi habían elegido. Cada uno de sus gestos parecían haber depositado en mí la capacidad de intervenir. Renunciaron a sus vidas para que la mía continuase, lo cual me otorgaba la comprensión de que la mía no era más que otra que debía sacrificarse para que otras vidas continuasen.

Mi mente no especulaba, se mostraba respetuosa con mi consciencia. Sabía que había ampliado mi plano de existencia y que podía conectarme con otras almas, con las que podía establecer una comunicación guiada. Mi paso por el valle había terminado. Sentía claramente que lo ocurrido debía tener un efecto. Los fieles, mis amigos, el proyecto Aldea, la Interpretación y el Maestro Lao, todos estaban disponibles. Todo indicaba que debía seguir con mi camino.

## 6. La vida tras la vida •••

**S** deseas obtener mérito y hacerte uno con lo divino, desarrolla entonces tu virtud y extiéndela hacia las Almas de la experimentación real. Abandona teologías fantasiosas e ideas imaginarias y realiza algún trabajo cotidiano con la recompensa de ayudar al prójimo. Abandona todo conflicto o lucha entre tú y los otros. Practica la bondad inquebrantable y la paciencia sin fin. Evita seguir los impulsos y perseguir las ambiciones que destruyen la plenitud de tu mente y separan tu Ser del Camino Integral.

*Nunca te obsesiones con las circunstancias ni renuncies a tener conciencia de ellas. Para dirigir tu mente y liberar tu consciencia, has de saber que no existe nada; por tanto, abandona todo apego en la nada.*

Extracto del libro *El Cónclave de Almas*.

### 6.1. El cronista de fuera

Al cuidar verdaderamente de nosotros mismos, cuidamos de los demás, así como al atender amorosamente a los demás, nos atendemos a nosotros mismos. Lo que tenemos que comprender no es solo intelectual, sino también vivencial, percibiendo todas las emociones que nos rodean, cuya comprensión transforma al individuo ofreciéndose a los demás como reflejo de ellos mismos. Todos somos parte de una sinergia que nos enlaza, y debemos protegernos los unos a los otros; si todos pusiéramos un poco de nuestra parte, podríamos evitar muchas disputas e incluso conseguir que nuestros adversarios se tornasen nuestros amigos, y así no solo favoreceríamos a los demás, sino también a nosotros mismos. Lo que se necesita es inteligencia para respetar el Camino Integral, y no la soberbia o el orgullo desmesurados que potencian el Ego. La victoria engendra enemistad. Los vencidos viven en la infelicidad. Renunciando tanto a la victoria como a la derrota, los pacíficos viven felices.

Debía regresar al mundo de donde procedía, apareciendo en el conflicto y predicando el *no conflicto* entre los fieles. Mi sino en la Interpretación era ser quien debía ser, pero sabía que para que aquel momento llegase, antes debía actuar de nuevo como el Maestro Lao: intervenir y sentirme humano. El ciclo solo se cerraría cuando algunas Almas de la experimentación real llegasen al Cónclave. Aurora y el gran Fungi ya habían tomado su decisión.

Todos los pensamientos los encontraba en la materia universal que se manifestaba en el mundo físico. Esto resultaba obvio, pero muy difícil de identificar. Mis experiencias vividas hacían que mi mundo estuviera cubierto de información sutil, reveladora del devenir. Pero en ningún caso había tenido interés en usarla: de lo contrario, no se mostraría ante mí. Es así como obra el sutil proceder y otorga la capacidad de crear. Hay ocasiones en que esa manifestación de la comprensión se impregna en los Seres que te rodean, por lo

que podemos encontrar rápidamente la relación entre pensamiento y efecto. Transmitir la esencia precisa para compartir con sinceridad: eso es crear. En otras ocasiones, tras una causa, el efecto tarda mucho tiempo en manifestarse, por lo que se hace difícil conocer el origen de lo acontecido, pero siempre hay una cosa relacionada con otra.

Debía presentarme al mundo como el Maestro Lao, y no verme superado por el reencuentro con la sociedad que me era tan ajena. Así como cada pensamiento está basado siempre en uno anterior, y como cada nuevo día le sigue al día anterior, cada experiencia vital nos sirve para mejorar y evolucionar y acercarnos a la perfección del Alma. En cada transformación debemos encontrarnos con nosotros mismos. Con cada pena y con cada alegría, uno se acerca más a sí mismo, va creando un nuevo Ser para el futuro. Con la experiencia apropiada, el Alma se expande en la consciencia, por lo que llegado el momento, no tendrá motivos para volver a la experimentación real. Pero el Cónclave me forzaba a cumplir la Interpretación y devolvía mi Ser al mundo.

Mi cuerpo se alegraba de sentir el aire del valle en los pulmones, y me incorporé finalmente. El centro del valle había cambiada, los muros negros estaban destrozados, algunos líquenes cargaban las piedras apiladas. Junto a mí, la tierra removida con el gran Em y Aurora bajo mis pies, era el nuevo centro del micelio. Notaba sus presencias en mi interior. Mi Alma renovada, mis emociones humanas en vías de participar en el destino del devenir, percibían mi existencia como algo baladí, trivial, banal, fuera de cualquier nexo con lo transcendental. Sin miedo a interferir en los demás, apoyándome en lo efímero de la experimentación para transformar el sutil proceder y ser útil a la causa.

Empecé a cargar piedras negras y a colocarlas en torno al centro, que ahora estaba junto a uno de los árboles. Mientras cargaba, pensaba en la complejidad que suponía posicionarme de un lado en el conflicto humano. No me importaba, solo quería sentirme útil para la Interpretación en la vida tras la vida, como una herramienta, un arma, un tótem. En la senda hacia la liberación, cada uno es en última instancia su propio Maestro y discípulo, y todos deberían comprenderlo para evolucionar: uno tiene que recorrer la senda, hallar refugio dentro de sí mismo y encender la propia lámpara para iluminarse. Finalmente, apagarse para no volver a participar.

Hay Seres que son referencia para otras personas, y unifican nuestras aspiraciones existenciales por el simple hecho de compartir vida con ellos. Compañeros espirituales como Toro, en la larga senda hacia el autoconocimiento y la realización del Ser que, en algún momento de la vida, tenemos la suerte de vivir. Durante todos los ciclos experimentados me había asociado con personas nobles y sabias. Toda clase de amistad es valiosa, pero la amistad del Alma aún lo es más, ya que trasciende lo físico. Nexos inamovibles como las hifas del micelio que sentía, perfectamente, desvelando el mundo más allá del valle. Fluía un amor especial y una esencia que me proporcionaba la senda del entusiasmo que debía seguir para llevar a cabo mi participación. Recordé las motivaciones que me habían animado a salir de la Aldea, a viajar a Origen, a modificar la simpleza de la vida permanente como un eremita perdido en los bosques. Al final, siempre había delegado en el amor de los otros. Las decisiones que guiaban mi vida me habían mantenido libre de

intenciones, sin expectativas sobre mi persona ni intereses personales, y así debía seguir siendo si pretendía desvelar al Maestro Lao.

Muchos líquenes secundaron mi propuesta, y empezamos a construir el nuevo murete que protegería al gran Em. Hicimos una parada para descansar cuando trajeron alimentos y bebidas. Terminamos casi de noche, y me dirigí al primer cuarto para abastecerme de alimentos. Más allá de las nutritivas algas de los pastores, quería festejar el hecho de estar vivo. Las paredes de yedra se abrieron para mí como si supiesen hacia dónde mi dirigía, y varios habitantes de valle me recibieron en la plaza con alimentos, algunos de ellos cocinados, a pesar de que lo normal en el valle era comerlos crudos. El micelio entero acompañaría mis pasos; sentía una verdadera integración en el valle, como si fuera un líquen más. Caminar con mis pies manchados de tierra por Natur era un verdadero privilegio. Nadie me hacía responsable de lo ocurrido, en el valle no existía ni el rencor ni el apego, por lo que la marcha del gran Fungi no se percibía como un accidente, sino como una nueva etapa para todos.

Tenía intención de dirigirme a la aldeíta para descansar y pasar allí unos días. Esa misma noche supe que venían a por mí. Me desperté esperando que algún líquen me informase, pero al poner los pies sobre los tréboles, rápidamente supe que había llegado. Me dirigía al centro del valle, sentía la llamada del gran Em. Quería ir, el micelio me lo había hecho saber cómo si fuera una decisión propia, sin distinción del origen y acatándolo con amor y comprensión. Con cada paso que daba hacia el centro, adquiría información sobre lo inminente. Podía percibir cómo algo muy pesado, metálico, aprisionaba a las hifas bajo el suelo. Era algo ajeno y foráneo al valle, sin vida: el transporte de Toro. Simplemente recordar su nombre me parecía algo irreal, propio de otra vida. Sonreí feliz.

La última pared de enredaderas reveló ante mí un nuevo centro, libre ahora de simetría. Los árboles cardinales marcaban la salida de los astros, y bajo uno de ellos estaban los muretes, dejando el interior en forma de anillo. En la transformación del lugar, era sorprendente cómo el artefacto esférico de colores plata descansaba inerte en la periferia del centro. Algunos líquenes paseaban alrededor, e incluso se atrevían a acariciarlo, no suponía una amenaza; más bien parecían bendecir el vehículo con sus esperanzas. En un costado se podía leer «Tecnos». Levitaba sin esfuerzo sobre la tierra compactada y sin alterar el silencio de valle. Me senté junto al gran Em. En mi consciencia, mi Alma llevaba todas las emociones presentes teñidas del amor del micelio. Salí pronto de la meditación casi forzado por la ilusión del reencuentro. Supe que aquel sería mi medio de salida del valle, y lo sentí como una despedida.

Algunos líquenes vinieron a decirme que tenían a un hombre de fuera del valle recluido en una casa. Yo ya lo sabía, porque el micelio lo sabía, pero aun así, respetando mi cultura, me lo indicaron con palabras. Les dije que lo guiasen a la aldeíta al anochecer. Realicé algunas labores en los huertos, me despedí de varios líquenes, visité corrales, recogí un saco con alimentos y emprendí mis pasos hacia la biblioteca de la aldeíta, emocionado. Seguía lloviznando durante el calmado paseo. El valle se percibía más feliz y renovado; al caminar por los pasillos de madera entre piscinas de algas, algunos pastores se despedían de mí efusivamente. Al subir a la aldeíta, mis tripas se quejaron drásticamente, así que comí una pieza de fruta para aguantar hasta que Toro llegase. Luego preparé la hornilla con intención

de hacer un guiso con una gallina. No recordaba la última vez que había comido carne; lo acompañaría con las delicatessen que me habían ofrecido. Ensimismado en la cocina, esperaba a un invitado especial muchos ciclos después.

Desde fuera, me llegó la voz de un aldeano, algo cambiada por el paso del tiempo:

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? ¿Alguien me entiende? —dijo gritando, sin llamar a ninguna puerta en concreto. Rápidamente, me dirigí a la ventana y pude ver a Toro murmurando—: ¿dónde está mi amigo Lao?

Me tomé mi tiempo para observarlo. Llevaba un atuendo del mundo exterior hecho de telas en las que difícilmente se percibía costura alguna, ceñido al cuerpo en colores plata. A modo de muñequera, una pantalla con algunos dígitos brillantes llamaba la atención ininterrumpidamente desde el cristal. No pude percibir ningún interés en él, tan solo el olor y la esencia a familia, a amistad, a aldeano. Era increíble, pero mi compañero espiritual estaba en el valle, concretamente en mi aldeíta. Se asomaba a las ventanas de las casas colindantes por si divisaba luz en el interior, y ya se dirigía a la biblioteca.

—Toro, ¡mi hermano! —exclamé interiormente.

Parecía haber llegado como un reclamo divino, donde nuestras Almas estaban unidas. No pude evitar llorar, una emoción que a su vez englobaba a varias más se apoderó de mi lado más humano, llenándome de orgullo y felicidad. Todo parecía llegarme intensamente, sin maduración. De pronto, nuestros rostros se cruzaron en el cristal de la ventana, como un espejo donde podíamos vernos el uno en el otro.

Salí envuelto en una emoción que recorrió todo mi cuerpo, provocándome la timidez de un niño de pocos ciclos. No me dio tiempo a acercarme, cuando Toro ya me había abrazado con tal ímpetu que me levantó varios pies del suelo. Yo estaba muy delgado, pero él era ancho y fuerte. Tras abrazarnos unos segundos, rodeó mi cuello con sus manos y tanteó mis mejillas con los pulgares. Nos miramos a los ojos, y pudimos ver nuestras vidas resumidas en un conjunto de emociones que no hacía falta expresar con palabras.

Toro resopló aliviando su Ser después de haber acumulado innumerables preocupaciones originadas por mi persona, y sin atribuirme culpa, pues ambos sabíamos que aquel reencuentro debía llegar, sin importar cuándo. Sabía que intentaría contarme todo lo ocurrido de manera rápida y resumida, como una obligación de la que debía liberarse cuanto antes. Aunque las palabras me nutrirían de información, desde su interior, su esencia me desvelaba ya todo lo que necesitaba saber. Tras un beso en la mejilla, empezó:

—Todos pensaban que estabas muerto, Maestro Lao y yo también, por eso he venido. Tu salida de lago Grande es algo confusa para todos... —Hizo una pausa muy larga y tragó saliva. Emanaba una tristeza inusitada, colectiva. Continuó hablando—: todos los fieles celebraron una despedida en tu honor; muchos te veneran como el verdadero Maestro, y tu figura les mueve para que tu recuerdo no muera. El nombre del Maestro Lao suena en cada rincón de la península. Los fieles han depositado en ti una esperanza que simboliza su causa, constituir el Equilibrio.

Volvió a detenerse, muy apenado. Con esfuerzo, apartó las emociones relativas a Teo. Sentí el cariño de Toro hacia mi Maestro, pero también un suceso relacionado con

él de gran calado emocional que no consideraba necesario comunicar. No quise preguntar, para respetar su decisión. Continué:

—Con respecto a los aldeanos, es una suerte saber que siguen al margen de todo. El Maestro Teo y Kili... bueno... se han hecho muy respetados y venerados en el Templo del Equilibrio. ¿Yo...? Al poco tiempo salí de Iago Grande y me instalé como un privilegiado en Tecnos. Recibí una invitación que supe que debía aceptar. La Cúpula ha sido mi hogar todo este tiempo, como el tuyo ha sido el valle. Pienso que el proyecto Aldea, la Interpretación... todo está conectado. Lao, ¿es verdad que Aurora ya no está?

Una pena que no era propia del valle se estaba haciendo sólida en el ambiente, pero pude disiparla; parecía un líquen oriundo del valle. Le contesté con una mueca feliz en mi rostro y un simple balanceo del cuello. Mi amigo abrió los ojos, sorprendido al entender que algo había cambiado en mí, pasivo pero muy consciente. A diferencia de otras tantas veces en las que había delegado en Toro mi futuro, esta vez mi amigo sentía que yo estaba decidiendo el mío propio. También sonrió con complicidad hacia mi estado de consciencia. Continué:

—Tras unos ciclos en Tecnos, me confirmaron que no estabas muerto. De hecho, me enseñaron que tenían monitorizadas tus pulsaciones y tu localización en un valle recóndito tras el M8000. Heny te había instalado un rastreador en la muñeca durante vuestro encuentro en Origen, y la verdad es que me alegro por ello... Me encuentro preparado para todo lo que tenga que venir, Maestro Lao. Curiosamente, cuando hace unos días tu corazón dejó de latir, algo pasó en Tecnos, y a Heny. Los sistemas de la Cúpula se vieron afectados, y el gobierno Lógico está muy preocupado por esa coincidencia. Algunos piensan que es fortuito, pero nosotros sabemos que no, que existe una comunicación entre todas las Almas de la experimentación real. Lao, los dispositivos empáticos que estamos desarrollando en casa midieron una alteración que provenía de las Jorobas. Rápidamente empezaron a fallar los sistemas de la Cúpula, y recibimos una llamada del gobierno sobre tu estado vital.

Al decir nosotros, sabía que Toro estaba enamorado de alguien que le nutría de lo que mi amigo necesitaba para desarrollar su amor. Me dio un abrazo, y ambos respiramos profundamente, agradecidos de estar vivos. Toro y yo parecíamos haber vivido vidas paralelas, como si el proyecto Aldea hubiera emplazado a cada aldeano en el lugar que le correspondía. Prosiguió:

—Tu segunda muerte aparente ha generado una crisis en Tecnos. La vinculación de las Almas a la existencia en una sociedad lógica, supone un cataclismo que les hace debatir acerca de sus más profundos nexos con la realidad. Nada más restaurar los sistemas y cerciorarnos de que Heny estaba operativo, este se pronunció con un discurso defensivo. Por primera vez, parece que el conflicto ha entrado en la Cúpula, y por primera vez el gobierno Lógico ha decidido intervenir... con una medida masiva para exterminar a... Como un control de plaga en un huerto, Maestro Lao... para proteger los alimentos.

Miré desconcertado a mi cansado amigo Toro, que no era capaz de comprimir más su historia. Inocentemente, pregunté:

—¿Qué plaga?

—Nuestros semejantes, Lao. Nosotros, los humanos...

Ya quedaba poco para que Toro se calmase. Aguardé pacientemente, dando gracias de que estuviera junto a mí. Dio una bocanada de aire con la intención de no descansar hasta acabar de narrar lo que consideraba necesario:

—Yo partí en la nave de transporte al encuentro de tu cadáver, para esclarecer lo ocurrido. Esta vez realmente pensaba que estabas muerto. De hecho... ¿qué ha pasado, Lao? No he podido comunicarme con nadie desde que he llegado. Es cierto que todos han sido muy amables. El valle es un paraíso terrenal, menudo escondite te has buscado, amigo. ¡Cuánto me alegro de volver a verte... y vivo!

Como si nada importarse más allá de nosotros dos, esta vez disfrutamos de la amistad del reencuentro. Apartó todas sus cargas y eso le permitió modificar el ambiente a su antojo, sin intención. Estaba muy curtido, y desprendía sabiduría. Pasamos y nos servimos té. El guiso se cocinaba lentamente, y olía de maravilla. Toro se acercó a removerlo y echó un poco de orégano. Me gustó verlo participar en la cocina, sentía que la distancia no nos había separado. Parecía que, igual que un gran maestro, el aldeano había logrado domar su inquietud permanente. Para Toro, pisar las Jorobas debía hacerle sentir como si hubiera vuelto a casa, tras tantos ciclos viviendo en una gran urbe. Su felicidad era plena, y su futuro, el correcto. Comimos tranquilamente, entre risas y buenas vibraciones. Fue una maravilla recordar los recuerdos de la Aldea. A pesar de que el mundo se desquebrajaba, pudimos disfrutar de una emotiva y feliz velada. La frase «aldeanos del proyecto Aldea» fue una coletilla que nos provocó muchas risas.

Una vez saciados de anécdotas, recuerdos, emociones y alimentos, salimos a tomar el aire con la intención de que Toro me acompañase. Miraba el cielo admirando las estrellas, gozoso de sentir la naturaleza. Mencionó algo acerca de que en Tecnos difícilmente daba el Sol de forma directa y que, sin duda, ese era uno de los inconvenientes de vivir bajo la Cúpula. Dormimos en paz.

Cuando se despertó, tenía té caliente y pan con mermelada. Cada bocado de mi amigo era una fiesta gastronómica que lo llenaba todo de felicidad. Salimos a pisar tréboles, mi pie descalzo me indicó que debía dirigirme al centro, el gran Em nos esperaba. Ofrecí a mi compañero el privilegio de percibir el micelio bajo sus pies:

—Amigo, descálzate y camina con nosotros para entender profundamente el valle.

Toro, desconcertado, percibió mi emoción exultante al mostrarle algo extraordinario. Nada más tocar la tierra con sus pies notó cómo el micelio tejía una red que unía a todo en el valle. Con prisas, terminó de quitarse los zapatos. De forma instintiva clavó los pies en la tierra. Toda una maraña de hifas iluminaba Natur, mucho más denso en el centro donde confluían. Pude observar cómo el aldeano actuaba con naturalidad ante tan asombrosa comunicación. Estaba familiarizado con la sensación de experimentación que el micelio le ofrecía. Se arrodilló, poniendo sus manos y su rostro en la tierra, y al levantarse, se sacudió y, riéndose, dijo:

—Vamos, Lao.

Toro sabía que no disponíamos de muchas horas, y que partiríamos con todo acordado y sin nada más que atar en el valle. No tenía dudas de que lo conseguiríamos. Su esencia era sincera y certera. Por suerte, pasamos por las marismas cuando el Sol se impuso a las



nubes el tiempo justo para deleitarnos con la ceremonia de los pastores de algas, que se nutrían recibiendo la luz a través de su piel. Extendían sus brazos y curvaban sus cuerpos, adoptando una postura que optimizaba la incidencia de los rayos del cielo. Toro, al verlos, percibía lo que estaban haciendo como si lo hubiera estudiado previamente. Podía verlo en Tecnos, vestido de blanco, experimentando con tecnologías empáticas como el Orbe, en las que volcaba pasión y esperanzas. Había estudiado los vínculos entre las emociones y el mundo físico, y entendía el hecho de que hubieran mutado su metabolismo para alimentarse de la luz. Aunque el cuerpo también respondía a la luz estimulando la producción de vitaminas y hormonas de una manera similar, los pastores de algas habían evolucionado hacia un estado más elevado del mismo concepto, que mi amigo entendía en toda su magnitud. Tras observarlos un rato, ensimismados y sabedores de estar contemplando algo verdaderamente extraordinario, los ojos de Toro empezaron a comprender, desde la belleza del momento, el verdadero sentido de existir. Cambió de opinión mentalmente sobre las conjeturas que se había hecho y, a modo de broma, comentó:

—No creo que ningún pastor quiera cambiar su maravilloso valle por un viaje a la Cúpula de Tecnos.

Reímos pausadamente y reanudamos la marcha.

Su percepción era clara. Conocía el camino como un líquen, e informó al micelio de que íbamos hacia él. Sin duda, este lideraba sus acciones, podía vivir la experiencia de Toro como propia. No había casi ninguna actividad en el valle. Nos topamos con una pared de yedras que se abrieron para él. Con la mirada en el rostro del que pisa un universo nuevo, yo seguía sus pasos hacia el centro del valle con la intención de cumplir con la Interpretación. Un par de curvas, un par de pasillitos y, tras la esquina, de sopetón ante nosotros, el centro del valle, repleto de silenciosos y armoniosos habitantes. Algunos estaban sentados sobre las piedras de los antiguos muretes, y otros ocupaban la tierra, aunque todos estaban orientados hacia el mismo punto. Un líquen nos recibió como si fuéramos los invitados principales, y nos regaló unas capas de un verde difícilmente distinguible del color del valle, que recibimos con gran agrado y nos pusimos. Nos acompañó a junto al murete en la primera fila, reservada para nosotros junto al gran Em. La esfera metálica de Tecnos levitaba sobre el micelio como parte de la escena única que estaba teniendo lugar; las gotas que caían eran pulverizadas antes de tocar su carcasa. Los líquenes nos miraban con sus largas facciones encapuchadas, que les ofrecían intimidad y les protegían de la llovizna que, de nuevo, lo mojaba todo. Sus cuerpos esbeltos, descansando sobre sus caderas, ligeramente inclinados hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas para poder clavar las plantas de los pies en la tierra.

Los presentes éramos parte de un decorado en el que se representaba algo verdaderamente trascendente. Rodeados de todos los líquenes del valle nos sentíamos como en casa, libres para hablar y emocionarnos. Observaba y percibía desde todos los planos posibles; la ficción de la realidad se desvelaba de un simple vistazo. Toro reflejaba en su expresión la responsabilidad del momento. A mi amigo aldeano no le había hecho falta mucho para entender el proceder del micelio. Pronto comenzaría con unas palabras para situarnos en el conflicto del mundo que estaba produciéndose fuera del valle. Era algo excepcional, y una

muestra de la capacidad del nuevo micelio, del gran Em y la participación de Aurora. Toro se levantó y empezó a pasear entre los líquenes. Sabía que debía hablar para ellos: el valle necesitaba confiar en nosotros, los aldeanos, y en la Intérprete. Era su momento para actuar como cronista del mundo exterior, pero tenía ante sí a un público muy particular.

Los habitantes del valle debían comprender que los aldeanos del proyecto Aldea eran una unidad, y que los aldeanos estaban conectados al micelio. Solo así se aseguraba nuestro buen obrar. Algunos líquenes más jóvenes parecían balancearse, denotando cierto grado de entendimiento con respecto a nosotros por medio de una mínima expresión física. Mi amigo seguía caminando en silencio, y entonces entendió que la charla debía dirigirla a mi persona: debíamos mantenerla allí, en el sitio más cercano al Cónclave, con el micelio como testigo. Toro debía hacerme partícipe de nuestra postura como aldeanos, pues ambos defendíamos la misma causa, cualquiera que fuera. La intimidación del momento era ideal, con todo el valle presente y el Cónclave bajo nuestros pies. Con calma, dijo:

—Qué gran responsabilidad, Maestro Lao. Espero que aprovechemos esta oportunidad que, como aldeanos, se nos ha concedido.

Mi renovado Ser, más humano, debía hacer responder con una pregunta, y no por curiosidad, sino para que el futuro naciese espontáneamente:

—¿Aprovechar qué oportunidad, Maestro Toro?

Sabía transformar en palabras las emociones sobre la motivación en la vida. Había visto el sino del Maestro Lao en las consciencias en innumerables ocasiones, y conocía bastante bien el mundo fuera del valle, pero tenía una timidez extrema para hacerlo. Percibimos cómo el micelio reconocía a Toro como portavoz del proyecto Aldea y de la Interpretación de Aurora. Por suerte, mi compañero espiritual estaba presente junto a mí para darle forma de manera entendible, y explicar nuestra participación como aldeanos en el mundo de fuera del valle, tan desconocido para los líquenes. Contestó a mi pregunta retórica, aprovechando la oportunidad para dirigirse a todo el micelio:

—Sí, aprovechar el tiempo que se nos ha dado para aportar nuestra participación en el mundo antes de irnos definitivamente.

»La mayoría de las personas de la península siempre hemos tenido muchos planes acerca de lo que queremos en la vida. Cosas que hacer, metas que cumplir y personas con quienes convivir. Pero a veces ocurre que no tenemos tiempo ni oportunidades para lograrlo todo o, al menos, eso nos parece. Por esta razón, y a raíz de este modo de sentir, cada día que pasa lo construimos en pro de nuestro bienestar y de las personas que más queremos, y esto origina plenitud y armonía, pues nos dignificamos con nuestra aportación al mundo que nos rodea. Dudo mucho de que alguien pueda aleccionar a un aldeano o un habitante del valle sobre cómo debemos vivir.

»El apego a la vida es un sentimiento tan fuerte que deforma la percepción de la realidad, de tal modo que aflora el Ego y, rápidamente, nacen los conflictos. En mayor o menor medida, todos los habitantes del mundo compartimos esa sensación; pero tú, mi amigo Lao, percibes el mundo en el simple instante que acontece. Sientes que lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero sé que el presente es tuyo. Aurora sostenía que tu Alma te obligaría a experimentar la vida de esa manera, y que esa carga te alejaría de

todo conflicto, eliminando todo rastro del individuo en tu Ser. Esta es la cura que necesita el mundo si queremos eliminar el conflicto: tú eres la prueba de ello, y todos los Seres deben sentirla como propia. No a través de las palabras, sino a través de las emociones de las que se nutren las Almas y que nos conectan a esa mayor comprensión que habita en todo Ser. Ese es el micelio que nos mantiene conectado, que como las hifas llega a cada consciencia despierta y la sitúa como parte de algo más grande que ha de respetarse por encima del individuo.

Cerré los ojos profundamente, acunándome en la compresión absoluta sobre el aldeano que debía ser, en la vida tras la vida, envuelto de una paz y una calma en las que no necesitaba motivación, tan solo continuar. Mi estado trascendía a todo el valle, desde mis pies, y cada liquen intervenía delegando su participación en la voz única del micelio. Sentíamos un flujo de esencias que nos iluminarían por siempre, libres de cualquier carga. El gran Em nos brindaba todo lo que necesitaríamos saber a partir de ahora. Toro, abrumado de felicidad, hincó sus rodillas en la tierra mojada y me abrazó el costado.

Mi amigo era la persona que mejor sabía explicar las cosas. Nadie me había transmitido tan claramente la Interpretación de Aurora; sus palabras contenían vínculos hacia la Intérprete tan fuertes como los míos. Sabía que había compartido momentos con ella de los que nadie hablaba: lo que cada uno vivía con Aurora era tan profundo que no se debía transmitir por ningún medio que no fueran las emociones. Hicimos un inciso, y pudimos ver cómo cada vez había menos espacio entre los líquenes. Algunos se habían cambiado de lugar, o simplemente dejaron su sitio a otros, pero todo estaba abarrotado. El interés por lo que estaba sucediendo sorprendía a todos, hacía tiempo que no se sumergían en asuntos como este. Toro tenía que compartir información de la vida fuera del valle. Como preámbulo, afligido y calmado, dijo:

—He viajado mucho por las fronteras de Tecnos realizando labores de ingeniería del Clan Hermano. He de decir que conozco bien los resultados de su sistema de explotación de los recursos: el sistema devora el medio en el que vive de una manera exponencial. Incluso he residido en Núcleo una temporada; ya no depende tanto de Origen como proveedor de materias y combustibles, ni tampoco de Tecnos, cuya tecnología rústica y sucia le permite progresar sin control. Con el aumento de la demografía y los nuevos aliados, pronto llegarán a todos sitios... La forma de vida que llevan está muy lejos de la que los aquí presentes compartimos, pero esa es la realidad. Fuera, todo está en conflicto permanente. La confusión impera en los corazones de los humanos que caminan obviando su propia naturaleza. No invierten su tiempo en cuidar de su Ser, por lo que se ven sometidos a una depresión como rutina. Desarraigados, y sin objetivos comunes, solo pueden aspirar a las metas que el sistema les dicta, haciéndoles partícipes del mismo, activamente y sin culpa aparente.

»La sociedad se rige por el poder y la pecunia, que siempre van de la mano, y suelen amasarlos familias relacionadas con cualquier corporación del Gobierno. Estos hombres y mujeres son los modelos referentes para todas las nuevas poblaciones que son absorbidas por el desarrollo del Clan Hermano, que posteriormente comparte con aliados oriundos del lugar una parte, bajo la supervisión de Núcleo, para convertirlos en ídolos. Así representan un ejemplo real de triunfadores, con poder y riquezas que les enlazan con los gobernantes

cómplices. La expansión de sus territorios tras la resolución de los conflictos bélicos y su incorporación al territorio del Clan Hermano, también crea oportunidades para generar pecunia, nuevas regiones por explotar... Hay que dotarlos de infraestructuras, y la gente, desde las fronteras abiertas en combate, llegan para habitarlas con la esperanza de un poco de paz... Y lo consiguen, bajo la protección del Clan Hermano. Estos afortunados constituyen una clase de triunfadores más modestos. Ellos crean la guerra y se proclaman libertadores.

»La comprensión de otra realidad posible les está vetada, sin haber tenido la oportunidad de experimentar sus verdaderas naturalezas. Sus aspiraciones siempre están relacionadas con el poder social o el capital. La sangre del sistema es el consumo, que se nutre de las expectativas de las personas, fortaleciéndose en el concepto de sí mismo. Incluso los triunfadores, que tanto acaparan, no se ven saciados, pues el propio sistema está contagiado del mismo fluido vital, y siempre aspiran a más. Sus Almas perecen, totalmente extraviadas en la experimentación real.

Sus palabras contenían ira y sumisión, la necesaria para transmitir el drama al valle; el aldeano era el cronista propicio para la ocasión. La tristeza de Toro nos golpeó como un jarro de agua fría, haciendo que mi comprensión del exterior fuera total, como si hubiera visto tras los ojos de Toro toda su vida. Parecía que los líquenes podían comprender sus palabras por medio de una traducción simultánea del micelio.

Me nutría de las emociones esenciales de mi amigo, por lo que no podía ver nada de impostura, solo la verdad de su concepto del mundo. Quise creer que podía transmitir toda esa información condensada a las consciencias de todos. Toda la armonía de Natur y las Jorobas parecía concentrarse en el centro del valle, y sentí a los fieles escuchar en sus consciencias las palabras de Toro. Todo se canalizaba y todo era devuelto al micelio. Se veía brillar el M8000 como si las hifas lo hubieran atrapado; parecía transmitir lo que estaba sucediendo emocionalmente, al centro de Natur. Parecía que todo el valle acompañaba la charla. Algunos habitantes dejaban claro con sus gestos que estaban compartiendo nuestras emociones. Muchos cerraban los ojos meditativos. Todo el valle era como un único organismo empático, cuyo cerebro era Em. Un Ser único y sin Ego, todo bondad, que parecía haber extendido sus dominios más allá de valle. Los líquenes habían quedado perplejos, como nosotros mismos. Toro, aun así, no detuvo la charla. Parecía que se había estado preparando para el momento. Su conversación le llevó a un punto que parecía no tener salida, y que desvelaba una ruina absoluta y sin esperanzas fuera del valle:

—Nada queda del Clan de los Sabios en Sofos; el Templo de las Tres Columnas y la Gran Biblioteca son casi una atracción turística. Todas las personas que aún creían en otra forma de vida se fueron al sur, buscando la cercanía del Templo del Equilibrio. Existe una frontera entre regiones, en lucha permanente, que no se puede transitar libremente, solo por las vías de levitación o mediante transportes registrados. Sin pecunia, no dispones de bienes o servicios. Una gran compañía de la familia del Gobernador Bigo compra toda la producción de alimentos y los distribuye a los precios que marcan ellos. Otra suministra agua y electricidad; todas las corporaciones son propiedad de miembros del gobierno. Todo es abundante para el que tiene pecunia, hay compañías prestamistas, que generan pecunia con pecunia, devaluando el valor de todo lo importante. Venden sueños, expectativas de

las personas afamadas, que suelen ser las que controlan la pecunia. El sistema se nutre a sí mismo, transformando la interacción del Ser Humano con su medio, valorado en pecunia. Y el Orbe alinea muy rápido a la gente, sobrepasando una masa crítica vertiginosamente. Todo esto acontece muy cerca de las Jorobas.

Hablaba tan rápido que era difícil seguirlo. Sabía que los presentes, más que la información contenida, percibían la esencia de todo lo que estaba narrando. Todos, conmovidos, nos curvamos por el peso de sus emociones. El coro se encogía de dolor. Toro continuaba muy afectado, no iba a dejarlo hasta que el valle no se pronunciase. Recordé lo terco que era. Cerró los ojos concentrado, y se esforzó en ser extremadamente preciso para proseguir con su relato:

—Muchas personas van tan aceleradas que ni siquiera dan un minuto de su tiempo, y no son capaces de compartir absolutamente nada. Son egoístas y ávidas, y se pierden así el disfrute y la oportunidad de dar y compartir, lo desprecian y lo ignoran. El que da es el que debería estar agradecido por la ocasión que se le ha presentado de poder desarrollar su compasión y abrir su corazón por medio de ese gesto. «Si tu disposición a dar felicidad es limitada, también lo será tu disposición a recibirla».

Sentí una tristeza muy pesada, mezclada con muchos recuerdos, que me conectó con el Maestro Teo, quien también debía estar viviendo su propia vida como debía hacerlo yo. Lo sentí presente. Toro se comunicaba como un Ser elevado y noble, y relajó su tono para concentrar nuestra atención. Además, parecía haber leído mucho, y siguió profundizando en su disección:

—La experimentación real sufre, pero la mayoría de las personas tienen los ojos y los oídos cerrados. No ven la corriente incesante de lágrimas que fluye durante toda la vida, no oyen los gritos de dolor de sus Almas. Las minúsculas penas y alegrías nublan su vista y ensordecen sus oídos; debido a su egoísmo, sus corazones se han vuelto duros y correosos y, siendo así, ¿cómo podrán conmovearse ante una meta más alta? ¿De qué manera podrán darse cuenta de que la única forma de liberarse del sufrimiento es liberándose de su Ego?

Sus preguntas no necesitaban contestación, las respuestas que originaban en nuestras mentes eran suficientes. El discurso era épico. Seguía irascible, había pasado mucho tiempo y muchas cosas, y se veía en la obligación de compartir todo con todos, haciéndome sentir parte del mundo:

—Les mostraremos que lo mejor que puede hacerse es vivir en plenitud con nuestra consciencia, haciendo a sus Almas partícipes, pues de ese modo no tendremos la posibilidad de arrepentirnos de nuestras decisiones. Intentemos tomar la decisión correcta y proyectarnos en ella. ¿Cómo defines la plenitud, Maestro Lao, ahora que tu cuerpo vuelve a caminar entre nosotros?

Sobre mi rostro caían varias lágrimas. Miré hacia mi interior, compasivo conmigo mismo, con una mirada humana. El micelio, en silencio, respetaba mi intimidad. La pregunta no era retórica, y esta vez sí esperaban mi contestación, porque Toro necesitaba oírla. Como otras veces mis palabras las dirigía el Cónclave a través de mi consciencia:

—La plenitud se adquiere cuando una persona ha alcanzado su momento de máxima perfección o desarrollo evolutivo de su Ser, pero esa cima no puede alcanzarse, dado que

estamos en constante transformación. Aspirar a ella es un estado de la mente, una trampa humana para perderse en la idea del individuo, un engaño del Ego. Intentar definir la plenitud es un fallo que confunde a la hora de fijar metas.

Toro sonrió de forma evidente y dijo:

—¡Exacto, Maestro Lao! Esa es la voz del Cónclave, y eso es lo que vamos a compartir con todos.

Todo el valle pareció estremecerse de alegría. Las Jorobas brillaban en la oscuridad, y el micelio parecía estar alineado con los aldeanos. Aurora y Em descansaban juntos, con todo acordado sobre qué hacer en la vida tras la vida omnisciente, pero ajenos al futuro que debíamos crear al recorrerlo.

Una vez más, el coro sabía dónde terminar la reunión. Los habitantes del valle se marcharon con gestos de cariño hacia nosotros, y también acariciaron nuestro transporte como deseo de buena fortuna. Al llegar junto a la esfera, Toro sacó la pantalla que llevaba de muñequera. Se produjo un leve ruido y, al momento, se desplegaron unas escaleras que iluminaron la entrada al vehículo. Una vez cerca, pude comprobar que era tan grande como uno de los árboles cardinales del centro del valle. Su carcasa estaba llena de detalles.

La despedida duró poco. Los habitantes del valle me trajeron algunos presentes. El botiquín de Tita seguía en mi mochila, y me animaron a abrirlo indicándome que me lo habían repuesto. También había una caja dura y compacta con varias alturas; todo su interior había sido aprovechado y perfectamente ordenado, con muchas hierbas curativas, medicamentos preparados, alguna disolución, e incluso todo lo necesario para practicar un ritual de F. E. También conservaba algunas cosas desde mi salida de lago Grande: el mapa de la peregrinación y el libro de Teo que me había guiado hasta allí. Me tomé mi tiempo para ordenarlo todo en el interior de mi curtida mochila. Saqué la capa del Clan de los Sabios, que estaba en una bolsa, y la desplegué: no tenía ni una arruga. En su espalda destellaban las Tres Columnas al ocaso. Aquella era la última actividad armoniosa que haría con mis pies sobre la tierra del valle, sobre el micelio y mi amigo Em. Volví a calzarme las botas, y me sentí pesado. Me di la vuelta antes de entrar en la nave de transporte. Entonces, Toro, que brillaba como un hombre renovado, agarró mi hombro. Aquello me trajo la calma y la remembranza de tiempos de la infancia. Subimos a la nave esférica, y la luz de Natur se despidió de mi retina mientras la puerta se cerraba. El micelio se despedía bajo nuestros pies: *Au son de la pluie, au milieu du silence!*

## 6.2. La Cúpula

En el interior del vehículo que estaba a punto de despegar, Toro parecía un personaje impropio de la Aldea. Nunca pensé que un aldeano pudiera adaptarse de aquella forma al mundo. Mi compañero espiritual disponía de unas capacidades mentales prodigiosas, y de un afán de descubrir que distaba mucho del Maestro. Pulsó un botón que destacaba sobre un panel de control, y se escuchó una voz sin contenido orgánico que decía:

—Buenos días, tripulación. ¿Dónde se dirige, Ingeniero Jefe Totoro?

Se hizo una pausa a la espera de respuesta. Mi amigo, sonriente, dijo:

—Buenos días, Morgana, nos dirigimos a Tecnos, hangar norte, modo incógnito.

Como si de magia se tratara, comenzó a percibirse un ruido que más bien era un zumbido, y un levísimo impulso vertical. Una voz femenina alertó:

—Tripulación, tomen asiento según los protocolos de seguridad.

Toro me invitó a sentarme junto a él, y me ató al asiento cómodamente. Me sentía como pez en una pecera sin agua, pero respiraba perfectamente y me sentía muy vivo, contagiado de la ilusión de mi hermano. Lo miré a los ojos, le puse la mano en el hombro, y le pregunté:

—¿Totoro...?

A lo que contestó:

—Sí, así es. Ese es mi nombre.

Gran parte de la esfera se tornó semitransparente, como grandes ventanas sin forma definida. Podía ver la copa de los árboles cardinales levitando sobre el centro de Natur, donde descansa el gran Em. La nave emprendió el vuelo. Casi no percibía que nos estábamos moviendo, más allá de ver cómo salíamos del valle vertiginosamente, que cada vez se hacía más pequeño hasta convertirse en un punto verde entre grandes paredes de rocas y gigantescas montañas, oculto al paso de los ciclos en la cordillera. Subimos verticalmente hasta que las nubes que mojaban el micelio ocultaron toda vista de las Jorobas, salvo la cumbre del M8000 al oeste, que parecía una isla en un mar de espuma blanca. Continuamos la ascensión, y el macizo montañoso se perdió de la vista. La esfera se estacionó sobre el cielo infinito, muy alto, y la nave empezó a girar sobre su propio eje hasta toparnos directamente con el Sol, con tal intensidad que hizo brillar cada partícula que flotaba en el ambiente. Parecía sumergirnos en un océano de esperanza. Sentí que había vida tras la vida, incluso muchas vidas en el tránsito de una vida. Otra realidad que nos acompañaba: mi Ser emprendiendo un último viaje como si de una fantasía se tratase. Ahora, el impulso se sintió con tal fiereza que mi espalda me se encajó en el asiento, y mis oídos se taponaron. La sensación era excitante, pero de forma natural necesitaba que se acabase cuanto antes. Pronto, todo se calmó; la sensación era parecida a la de una barca en un lago.

Se liberaron automáticamente las ataduras de mi asiento. La esfera se tornó opaca, permitiendo apreciar los detalles del interior. La estancia no era muy grande. Las sillas emergieron del suelo desplazándose en suspensión sobre unos rieles pintados en el tapiz que guiaban su trayectoria. Una mesa se desprendió de la pared y quedó sustentada en el aire. Las sillas se aproximaron y la luz cambió localmente, creando un espacio que parecía confortable. Toro se desplazaba por la nave como por su habitación. Abrió una bolsa y mi nariz olfateó un té que me resultaba muy familiar. No podía contextualizarlo, pero me sentía en el hogar dentro de una nave que surcaba el cielo hacia donde mi amigo quisiese. Lo hirvió en un recipiente que no necesitaba fuego para ello, abrió los sacos con los presentes de los habitantes del valle, y preparó un festín en un momento, como una cena conmemorativa. Me senté junto a la mesa, corroboré que era confortable, serví té y ayudé a repartir los cubiertos. Probamos diferentes manjares con pan, mermelada y frutas, y casi no usamos los cubiertos. Sentía hambre como si fuera un adolescente.

Con la boca llena, me levanté para estirarme un poco. La tapicería del suelo era cómoda para descalzarme, su pelo me proporcionaba adherencia. Una zona a contra pelo dibujaba el símbolo de Tecnos. La palabra sostenía sobre ella una cúpula circular y un punto en lo más alto; después de apreciarlo, pude ver que el símbolo estaba en todas partes y en todos los tamaños: en la mesa, en el panel de control, en los cubiertos, en los vasos, en las puertas, en la camisa de Totoro... Este dijo:

—Por favor, Morgana, boletín de noticias. Empieza por relaciones exteriores.

Nada más terminar la frase, frente a nosotros apareció una pantalla proyectada, muy parecida a la que había visto junto Aurora, pero aún más grande. Abrió con el símbolo de Tecnos, y después dio paso a vídeos acompañados de textos y gráficas. Una voz pasiva que provenía de todas partes iba diciendo:

—La Cúpula continúa en crisis en sus puntos de intercambio de mercancías, especialmente en el C.L.O. —Toro me apuntó en voz baja, sin perder la atención en el boletín: «Centro Logístico Oeste». La voz continuó rumiando—: las corporaciones del gobierno de Núcleo mantienen los aranceles a los mercaderes del Clan Hermano en los intercambios con las regiones fronterizas. Hay nuevos impuestos para cualquier grupo, núcleo, o región no adherida al Clan Hermano, que deben tributar a las corporaciones. Las leyes aprobadas por el Gobernador Bigo están fomentando que los negocios se incorporen a las cámaras de comercio del Clan Hermano para legalizar su situación, y se constituyan como una matriz de las corporaciones. Comerciantes libres son forzados a cumplir con los aranceles si declinan el ofrecimiento, incluso con el uso de la fuerza por parte del funcionariado, que está incrementando su actividad en todas las fronteras.

»Las revueltas obligan al gobierno Lógico a acelerar la aprobación del plan de acción masiva, que podrá ser votado por todos los habitantes según las políticas de transparencia de la Cúpula. Teorías de diferentes habitantes están siendo valoradas, y pronto tendremos el privilegio de ser parte de la definición de su alcance y objetivos. Animamos a todos los habitantes de la Cúpula a participar a través de nuestros sistemas de información.

Toro seguía comiendo mientras escuchaba atentamente y, escupiendo unas migas de pan, exclamó:

—¡PARA!

El vídeo se congeló, la imagen se atenuó y el sonido cesó por completo. Tras respirar profundamente, comentó:

—El mundo ha cambiado mucho desde que salimos de la Aldea. Ahora, el Clan Hermano está a las puertas de cualquier otra región de la península y de más allá. Tecnos es cada vez más vulnerable. Los ingenieros y recicladores tecnológicos del Clan Hermano, a pesar de no disponer de los fundamentos científicos, son capaces de arreglar y replicar los dispositivos, haciendo que sean cada vez más autónomos a la hora de proporcionar los medios para proliferar en su forma de vida. Las vías de levitación magnéticas están restauradas en casi todos sus tramos, por lo que el ritmo de intercambio es vertiginoso. El mundo es más grande de lo que podíamos imaginar en la Aldea. Al norte de esta península, otros como nosotros habitan esas tierras. El Clan Hermano, en su política de expansión, ha encontrado vergeles de recursos, materiales y humanos, e incluso otros vestigios de



civilizaciones tecnológicamente avanzadas, y centrales de potencia renovables que funcionan perfectamente... La hermeticidad de Tecnos está en peligro, y Heny no permitirá que se haga daño a la Cúpula. Por favor, continúa, Morgana.

—Las declaraciones realizadas por el Ingeniero Jul, como portavoz del gobierno Lógico, han sido motivo de tertulias entre la población, y se posicionan como el argumento más respaldado por los habitantes de la Cúpula. Insistimos en animar a todos a participar. A continuación, mostraremos las declaraciones de ingeniero Jul...

Apareció la figura y el rostro de un hombre con un semblante calmado y rasgos duros. De su voz y sus gestos no se percibía emoción alguna:

—Cohabitantes de la Cúpula... Se habla de catástrofe demográfica cuando una población crece demasiado y tal crecimiento sobrepasa la capacidad productiva de la misma. Si a eso sumamos que no se aplica ningún tipo de control demográfico de población, el resultado de la ecuación es evidente... Necesariamente, eso conducirá a alguna catástrofe o a una crisis que afectará a nuestra forma de vida.

»En la historia de este longevo mundo, la práctica del control de la población ha sido a veces voluntaria, como respuesta a la pobreza, o derivada de una ideología religiosa, pero en ciertos lugares y momentos ha sido impuesta por decisión de su propio gobierno. Esto se plantea generalmente para mejorar la calidad de vida de la sociedad, o para prevenir una catástrofe irreversible. También puede ser motivada en nombre de la eugenesia, del racismo y del interés económico o expansionista particular de regiones poderosas sobre otras más débiles, como ha ocurrido en múltiples ocasiones.

»Actualmente existe una mezcla entre la evolución biológica y la artificial, por lo que los plazos que se manejan son menores, y el grado de incertidumbre hacia donde apunta la raza, aún mayor. El gobierno Lógico estima que la medida masiva debe aplicarse de forma inminente, y la motivación es la supervivencia de todos los habitantes de la Cúpula y de sus futuras generaciones.

El Ingeniero Jul hablaba enfrente del símbolo de Tecnos, bordado en una bandera de telas azules oscuros en la pared, con mucha oficialidad. No existía subjetividad en sus palabras, que provenían de la razón más evidente. Necesitaba sentir su esencia y percibirlo físicamente para valorar la información que realmente me nutría. Sentía algo de curiosidad por los habitantes de la Cúpula, nada de lo que escuchaba podía generar en mí un pensamiento. Solo me limitaba a observar, pero aun así, era muy entretenido. Continuó:

—Todas las especies biológicas están concentradas en producir un mayor número de descendientes de los necesarios para mantener el tamaño de la población. Este es un principio fundamental de la vida, de la evolución biológica en su aspecto mecánico. En ausencia de limitaciones impuestas por el medio, el destino natural de una población es su crecimiento exponencial. El crecimiento poblacional es un fenómeno biológico y natural que está íntimamente ligado con la característica principal de la materia viva conocida, que no es otra que la capacidad reproductiva de los seres vivos. Es decir, el hecho de que una población llegue, con el tiempo, a saturar una determinada área geográfica, además de haber agotado todos los recursos que esta le pueda brindar, no es otra cosa que la manifestación de la ley natural...

La declaración era muy extensa, y la escuchamos con atención, pero no podía seguirlo más. Me senté sobre el tapete, con el trasero justo encima de la «T», y comencé unos estiramientos. La narración incansable proseguía de fondo, y yo me concentraba en los ligamentos de mis hombros mientras intentaba alcanzar la punta de mis pies, y luego continué con otro ejercicio hasta estirar todas las articulaciones de mi cuerpo. Toro, desde su pantalla en la muñeca, apagó la reproducción, ni siquiera le ordenó hacerlo a Morgana. Se acercó hacia un panel y lo abrió con una llave que sacó del cinturón. Una luz roja alertaba de que algo podía ir mal. Introdujo su mano y extrajo una placa. Se sentó junto a mí para comentar lo que habíamos oído. Mi fiel amigo solo quería explicármelo, aunque no había necesidad, porque estaba íntimamente unido a su Alma. Aun así, me dijo:

—El gobierno Lógico siempre argumenta sus decisiones, y este asunto no es nuevo. Aurora y Heny, en sus tesis sobre el proyecto Aldea y las teorías evolutivas, ya expresaban esta preocupación. Pero quieren hacer creer que no fueron capaces de predecir tal tasa de crecimiento, de ahí la urgencia... Lao, tengo una teoría sobre el Orbe que me duele y me da esperanzas a la vez. Es algo que necesito compartir contigo.

Aquello era una gran sorpresa para mí: en la vida tras la vida, Toro me entregaba su suposición que, sin duda, era acertada. Mi amigo no emitía juicios erróneos. Como enlazaba los sucesos del mundo de una forma tan directa, parecía que todo lo percibido ya había sido interpretado, y que el guion se desvelaba por sí solo. Sentí que estaba jugando, como si estuviera aprendiendo otro tipo de relaciones mentales que explicaban el comportamiento de las personas o las regiones. Toro continuó compartiendo sus ideas con pasión:

—Tecnos lleva experimentando con la tecnología empática desde hace más tiempo que los albores de proyecto Aldea. Llevo ciclos trabajando con ellos, y su avance en la materia indica que sus antecedentes son longevos. Cuando recibimos los detalles del diseño del Orbe, el Maestro Zero se encargó de construirlo minuciosamente, acorde a los planos e instrucciones; sin embargo, las esperanzas depositadas en el artefacto no estaban escritas por Heny, sino que eran responsabilidad de los aldeanos. Por ello, te pido disculpas.

»Ahora sé cuáles eran las intenciones de Tecnos al respecto: poner en funcionamiento la tecnología fuera de la Cúpula y nutrirse de los resultados. El Orbe está forzando a que todo ocurra rápido, casi el propio sistema no puede seguirlo... —Toro especulaba con un idea que me resultaba familiar tras mi encuentro con Heny—. Evidentemente, el gobierno Lógico ahora dispone de una excusa muy sólida para actuar con razón. Nada de lo que está ocurriendo ahora es lo que sustenta los argumentos del gobierno Lógico: la decisión de aplicar una medida masiva ya había sido tomada muchos ciclos atrás. Conozco muy bien al gobierno como para no percatarme de esto.

»Lo que aún tengo que encajar son las motivaciones que condujeron a Aurora a permitir que el Orbe formase parte del proyecto Aldea, aunque sé que la Interpretación nos acercará a la respuesta.

Era fascinante cómo mi amigo lanzaba palabras armoniosamente en un ejercicio de abstracción, obviando lo efímero de la existencia, volcando ilusión y transcendencia a lo que acontecía. Lo observé fijamente, inundándome de sus emociones siempre limpias, y sin otro interés definido más allá que el de ser justo. Parecía que Toro estaba desvelando

el guion de la Interpretación. Para el Maestro Lao, podía estar creándolo. Su motivación hacia la existencia era altruista, casi como un entretenimiento no falto de pasión. Me pregunté cómo era posible desarrollar tal interés por este mundo de realidades del que pronto partiríamos. Al pronunciar el nombre de Heny, agrupaba a su vez a Tecnos y al gobierno Lógico, como si fuera el nexo entre todo lo que existía bajo la Cúpula, y la voz del destino de todos sus habitantes.

Toro siempre había compartido sus ideas conmigo. Desde muy pequeños, en la Aldea se tomaba la molestia de hacerme ver lo maravilloso y especial que era todo lo que vivíamos. La esencia de sus emociones era muy intensa, como si el Orbe estuviera entre sus manos. La Interpretación se mostraba ante Toro, acercándolo al mundo como aldeano. Era todo muy intenso; tanto, que me abrumaba. En cambio, mi esencia no se manchaba, y mi Ser era inmutable. Me sorprendía la magnitud del mundo y sus conflictos, pero no me perturbaba ni lo más mínimo. Miraba a mi compañero espiritual y sabía que no importaba nada más que el hecho de seguir juntos. Me abrazó y me transmitió una sensación de intimidad. Introdujo de nuevo la placa en la caja, pulsó varios botones, y lo escuché decir:

—Morgana, abandona el boletín. Pantalla del estado de los procesos de la Cúpula Solar... Perdona, Lao, debo trabajar un rato y preparar nuestra llegada a Tecnos.

Me quedé sentado en posición de flor de loto, con las rodillas cruzadas y las manos descansando la una sobre la otra. Lo observé trabajar. La pantalla daba información sobre las predicciones solares, el estado de los motores que hacían girar la Cúpula, la depuración y el saneamiento de las aguas, niveles energéticos, nacimientos programados, eventos de mantenimiento preventivo e incluso predictivos, acciones de recogida de residuos reciclables. Mostraba muchas gráficas con niveles de diferentes valores. Toro interactuaba con la pantalla y grababa algunos audios que parecía enviar a otros colaboradores. Yo seguía mirándolo con atención y admiración. Sus labores no distaban mucho de las de los pastores de algas. Al menos, desde el punto de vista armonioso de su ejecución.

Transcurrió un buen rato, y Toro siguió picoteando comida mientras trabajaba. Di una cabezada hasta que sentí en mi interior una necesidad escatológica, que fue una prueba inequívoca de que Toro también disponía de capacidad para atenderme incluso envuelto en sus distracciones. Con un leve gesto, me indicó una puerta. Al abrirla, pude intuir dónde depositar los residuos, dado que no había huertas que abonar.

Al salir, Toro lo había recogido todo; la estancia se encontraba despejada, a excepción de una mesa en el centro. Sonrió al ver mi cara de alivio, y dijo entre risas:

—Parece que todo ha ido bien... Por favor, Lao, acércate. Quiero mostrarte algunos de los lujos del avance tecnológico. Morgana, navegación virtual.

Aparecieron proyecciones y volúmenes que emulaban relieves, montañas y un desierto, y un punto que parecía ser nuestra ubicación sobre la península. La luz que procedía del techo creaba una imagen nítida, aunque no era visible en su recorrido hasta dar forma al mapa sobre la mesa. Era una técnica que permitía obtener una imagen con un efecto óptico tridimensional. Recordé aquellos días de peregrinación a lago Grande como si fuera la vida de algún otro Ser. No sentía apego por el pasado, aunque sabía que definían mi presente. Toro parecía desplazar con las manos las proyecciones que constituían la orografía de la

península. Estaba muy feliz, parecía que casi iba a explotar de emoción cuando me pasó el brazo por encima del hombro, invitándome o casi obligándome a mirar con la mayor atención:

—Lao, mira bien.

Pude ver una gran montaña verde, con las cimas gastadas por el paso del tiempo, y con una vegetación reconocible. A medida que Toro hacía que la montaña se acercase, podía sentir una alegría incontenible, y pronto reconocí la ladera. Mi amigo me animó a explorar por mi cuenta para apreciar los detalles. Los movimientos de mis manos, intuitivamente, empezaron a manejar el mapa, abriendo las palmas para aumentar el zoom y al revés, o desplazándolo como si pasara una página de un libro. Un salto de agua, las casas de los agros, las huertas, la plaza y su rueda... No me fue necesario conjeturar sobre lo que veía: la Aldea, claramente reconocible, impactó en mi retina. Aquello que veía no era una recreación, de algún modo sabía que lo que veía era real. Y la Aldea no había cambiado casi nada. Respiré profundamente y le di las gracias. Nos sentimos presos de una añoranza sanadora a la que encomendé mi destino. Las emociones de ambos dieron paso a las lágrimas, que brotaron libres sin pudor.

Continué explorando nuestra Aldea. El acercamiento máximo permitido era suficiente para distinguir las cubiertas de las casas de las familias del valle. Recorrí toda la ladera en todas las direcciones: los huertos, la plaza de la escuela, la casa más alta con la leña apilada, las ruedas de las acequias... muy poco había cambiado. Reconocí cada árbol de la ladera como si aún siguiera paseando bajos sus sombras. Toro me comentó:

—Como puedes ver, por suerte, la Aldea aún está inmaculada. Las montañas que la protegen carecen de interés mineral, ni son zona de paso. Estas imágenes que ves son recientes. Busca la Cruz, aléjate para desplazarte más rápido y, con un simple gesto, podrás recorrer varias jornadas a pie. ¿Ves ese núcleo que se extiende poco después de la falda de la montaña? La aglomeración más próxima a la Aldea... Sí, es la Cruz, aunque ahora su extensión no es comparable a la del campamento que conocimos.

La estación de levitación quedaba dentro de las innumerables construcciones. Hice un gesto que me hizo perder la referencia sin querer, y Toro volvió a situarme junto a la estación de la Cruz. Me dirigí al este siguiendo mis pasos a Origen. Me desplazé a la derecha, pero el desierto parecía no acabarse. Mi amigo me indicó:

—Lao, este recorrido lo hicimos en cápsulas bajo las arenas del desierto. Las distancias engañan, desde luego no habríamos llegado a Origen a pie ...

Las distancias eran muy sorprendentes, fueron necesarios varios deslizamientos más hasta poder ver el volcán y todo lo que había cambiado la región. Origen había crecido, pero en dirección sur, dado que al norte las Jorobas limitaban su expansión, aunque observé que la zona de la Sucursal estaba muy poblada a lo largo de la falda de las Jorobas. Toro tomó las riendas, mostrándome lo que quería enseñarme: se alejó del mapa hasta poder ver la península completa. Toda la zona norte del desierto estaba ocupada por construcciones humanas, más o menos disgregadas. La región del Clan Hermano se perdía en su extensión al noroeste, y ocupaba gran parte de la península con el permiso del gran desierto. Hizo un gesto muy marcado con las manos para alejarse de la superficie de la tierra, abriendo ante

mí un mundo proyectado aún más grande de lo que podía imaginar. La península donde había transcurrido toda mi vida no era más que una mota de polvo en una extensión de terreno que no era capaz de abarcar la vista. No podía obviar el vasto cuerpo de la humanidad al que pertenecía. No obstante, sentirme pequeño en el mundo me tranquilizaba, porque eso significaba que no podía ser responsable de lo que aconteciera en él.

Las capacidades de la mente hacen que el Ser pueda posicionarse rápidamente en cuanto a tamaño, forma y tiempo, tejiendo una nueva realidad que define nuestros comportamientos en el medio. El cuerpo de la humanidad, teóricamente, no es ni mayor ni menor que cualquier otra cosa. Pensé en los microorganismos de mi propio cuerpo, que hacían labores fundamentales para que mi carne se moviera y pensara. La mente es lo único que otorga posicionamiento con respecto a una realidad, y muchas veces era la propia trampa de la existencia humana. Aunque en mi caso, el hecho de sentir mi existencia como algo baladí, insignificante con respecto a la magnitud del mundo, me traía paz. Sentía que las ideas de las que había bebido siempre, cercanas a la Verdad Sutil, cohabitaban con las ideas y emociones humanas en una sinergia perfecta, sin influir en el prisma holístico del Ser.

En la mirada de Toro, noté que lo que esperaba de mí no había cambiado: un atisbo de esperanza que denominaba Maestro Lao, que lo ayudase con la Interpretación de Aurora. Esto carecía de importancia, mi Ser estaba preparado para serlo. Me sentía ausente mentalmente, aún no me había recuperado por completo del ritual de F.E. de Aurora y de lo ocurrido en el valle; o, simplemente, ya no había recuperación posible. Leí un rato sobre Tecnos y su Cúpula, que suministraba energía y confort a los habitantes que vivían bajo ella. Era demasiado técnico. Después de comer, me quedé profundamente dormido en la nave. Justo antes, mientras conciliaba el sueño, me puse a imaginar cómo era posible que un aldeano, sanador y estercolero, fuera surcando el cielo en tecnología punta poco después de creer que se había despedido del mundo para siempre. Pero al quedarme dormido, dejé de soñar.

Abrí los ojos y no había mucha luz. Miré alrededor, no vi a nadie. Tardé un tiempo en conectar con mi Ser y ubicarme en el mundo, parecía haber padecido un leve episodio de amnesia. La voz de Morgana me encaminó un poco:

—Queda media hora para llegar al hangar norte. Recuerdo que el modo incógnito quedará anulado durante la bajada, y recomiendo avisar a la Cúpula de nuestra llegada, cumplir los protocolos y avisar de la carga para que sea autorizada.

Toro salió apresurado por una puerta, y agitado y algo nervioso, dijo:

—¡NO! La carga será autorizada en el control de entrada a la Cúpula. Informa de mi llegada, recuerda que vuelvo de atender un asunto personal.

—OK, ingeniero jefe Totoro —dijo Morgana, sin aparente objeción.

Aún volábamos muy alto, por encima de las nubes. Solo era posible percibir la luz blanca de la Luna y algunas estrellas titilantes. El Sol empezaba a subir tras nosotros. Morgana alertó del aterrizaje. Justo al comenzar la bajada, noté cómo mis fluidos interiores querían escaparse de mi cuerpo, pero duró pocos segundos. Tras cruzar la densidad vaporosa, pude ver la inmensa Cúpula de Tecnos, cuyo perímetro quedaba perfectamente

definido en una semiesfera que descansaba sobre el desierto, como la mitad de la cáscara de un huevo. Miraba al alba, y la luz era atrapada reflejando un leve destello chispeante como brillos en el mar. Un par de recintos circulares alrededor de su base cercaban aquella majestuosa obra arquitectónica, mostrando muchas zonas verdes e infraestructuras. Más allá, tan solo el desierto.

A medida que descendíamos, pude ver las vértebras que, a modo de armadura, sostenían la Cúpula con partes móviles iluminadas que proyectaban luz al interior en muchos ángulos. Seguimos bajando, y la Cúpula se hizo más y más grande y, por ende, nosotros más pequeños. La relatividad del tamaño abrumaba. Parecíamos estar a pocos metros de poder tocarla. Una gran parte de la superficie era opaca. Innumerables luces de diferentes colores limitaban áreas o destacaban accesos al interior con plataformas. Como abejas alrededor del panal, muchos objetos volantes merodeaban cerca de la Cúpula. Mi amigo me comentó que los llamaban drones, y que eran los ojos del sistema. Toro, a pesar de llevar viviendo en Tecnos varios ciclos, estaba maravillado.

Nos aproximamos a la cubierta de un gran edificio. Se abrió una plataforma circular bajo nosotros, era el hangar norte. Cruzamos su diámetro holgadamente, y miré hacia el cielo, esperando ver entrar el último rayo de luz, hasta que la compuerta se cerró sobre nuestras cabezas. Varias naves y vehículos, así como otros artilugios, descansaban perfectamente posicionados a lo largo de la enorme estancia diáfana interior. Su luz blanca no calentaba, pero iluminaba como un astro en el cielo.

Recogimos los enseres, y al cargarme la mochila en la espalda de nuevo, me sentí jovial. Luego, al desplazarme un poco, me di cuenta de que no lo era tanto. En cambio, como Alma vieja, era capaz de percibir sin apego la ilusión de vivir, como un bebé que descubre el mundo a través de sus sentidos, pero con la madurez suficiente como para medirlo por igual. Al salir de la nave, mi amigo dijo:

—Lao, quizás sea mejor que no hables demasiado, aunque tampoco sueles hacerlo. Tecnos es un lugar maravilloso, pero muy diferente a todo lo que has visto antes. La Cúpula tiene solo una entrada por su parte sur, debemos bordearla usando el primer roscó de transporte.

—¿Rosco? —pregunté sin tapujos.

—Sí, es como un anillo que gira sobre sí mismo, y hace cuatro paradas en los puntos cardinales de la Cúpula. Hay otro roscó con el doble de diámetro, que prácticamente es la frontera de lo que se considera bajo el dominio de Tecnos.

La puerta de la nave se abrió, y ambos bajamos de ella. Había poca actividad, y todo parecía muy controlado. Las personas vestían como Toro, con ropajes plateados más ceñidos de la cuenta y pantallas en sus muñecas. Nadie se alertó por nuestra presencia, a pesar de que era evidente que yo no era de allí. Me llamaron la atención algunos artilugios autónomos que recogían residuos, a los que mi amigo llamó *unidades de limpieza*. Había diferentes diseños en función de sus cometidos. Las mercancías se desplazaban solas de un sitio a otro, y algunos operarios manipulaban sus pantallas para que eso sucediese.

Al salir del hangar noté la brisa que había atravesado el desierto. Olía al río de lago Grande a pesar de la gran distancia, transformado y portado por el viento. La luz pasó a ser

de un color verde cálido. Seguimos un camino por el que transitaban vehículos escrupulosamente ceñidos a las líneas que delimitaba el suelo, alejándonos de la Cúpula, buscando el punto de subida hacia el roscó primero. Todo estaba acotado, delimitado. Las parcelas adyacentes al camino eran zonas verdes, grandes almacenes, edificios de servicios auxiliares o invernaderos de cultivos verticales.

Toro disponía de un amplio conocimiento de todos los elementos que intervenían en satisfacer las necesidades básicas de los habitantes de Tecnos, su puesto de Ingeniero Jefe le obligaba a ello. Mi amigo consultó su pantalla en la muñeca y comentó que debíamos apurarnos. Los golpecitos de la mochila en la espalda parecían hacerme trotar. Llegamos justo a tiempo: nada más entrar, las puertas se cerraron. El interior era continuo y evidentemente circular, con barras para agarrarse y vencer el movimiento. Empezamos a girar en dirección oeste.

Por la cara interna del anillo se veía la Cúpula, y por el exterior aparecieron más infraestructuras. Transcurrió poco tiempo hasta que la zona que atravesamos cambió de aspecto. Parecía tratarse de un área mucho más restringida, con fuertes medidas de seguridad, altos cerramientos metálicos terminados en puntas para impedir el salto hacia su interior, una potente iluminación y muchos drones de vigilancia.

Morgana anunció:

—Parada oeste, centro logístico, C.L.O.

Me sorprendió que su voz también estuviera dentro del roscó. Se paró y, de nuevo, las puertas se abrieron. Un ruido de aglomeración humana entró a través de ellas, arrastrando ruina y odio, lo suficientemente lejos como para que no pudiéramos verlo. Me asomé ligeramente y pude percibir que muchísimas personas se agolpaban en los controles. Estuvimos parados un tiempo. Toro comentó que el C.L.O. era la frontera comercial entre Tecnos y el resto de la península y que, debido a las leyes de Clan Hermano, debían hacer algún tipo de liquidación burocrática que el gobierno Lógico no tenía intención de secundar, por lo que los mercaderes mostraban su disconformidad obligados por la situación.

El roscó primero comenzó a girar de nuevo. Toro no paraba de consultar su pantalla, e incluso mantuvo una conversación con un compañero para que estuviese atento en el control de entrada por si llegaba a haber algún problema. Al respecto, dije:

—Creo que Heny no tendría ningún problema en recibirme y permitir mi entrada en la Cúpula.

A lo que Toro replicó:

—Bueno, cuando tus constantes vitales desaparecieron del visor, se produjeron los diversos fallos del sistema. Monitorizamos una perturbación brutal en las Jorobas, tu muerte carnal dañó los sistemas de la Cúpula. Creo que... —Mi amigo bajó el tono y me susurró al oído—: ... que lo que todos entienden por Heny ha dejado de existir. A través del mundo astral de dónde has venido, Maestro Lao, algo ha cambiado. Esta verdad de que existen conexiones entre Almas que comparten parte del mundo físico en los Seres, puede haber liberado una parte de... bueno... La Interpretación nos espera a todos, incluso a Heny... Ha sufrido una transformación, pero no he tenido tiempo para valorarla.

Estaba nervioso, y no tenía intención de compartir conmigo mucha información al respecto. El roscó tardó exactamente el mismo tiempo en llegar a la siguiente estación, la sur. El control de acceso estaba a un paseo. El camino era mucho más amplio y recto. La visión de la Cúpula era magnífica. A cada paso que dábamos hacia ella, perdíamos la visión de su punto más alto, hasta completar todo el horizonte. Mi amigo estaba fascinado por la infraestructura de Tecnos, y no paraba de alabarla.

—Lao, la Cúpula es un elemento tecnológico impresionante. Aporta el equilibrio de Tecnos cubriendo las necesidades primarias de los que habitamos bajo ella. Todos la veneramos como la creación humana más importante jamás realizada. Podría aburrirte con innumerables funcionalidades de la Cúpula, pero fundamentalmente proporciona la energía eléctrica y térmica que se necesita para los procesos industriales y para los habitantes bajo su cristal, que transforma la energía del astro Sol. También dispone de un modificador atmosférico para provocar la lluvia y, de paso, la Cúpula recolecta agua. Tiene un sistema de climatización para el interior. Hay un sistema de seguimiento solar que maximiza la captación de energía; girando sobre sí misma, controla su posicionamiento, así como las necesidades lumínicas y nutricionales de las plantas del interior. Por otro lado, sirve de protección frente a los fieros eventos naturales... Es, verdaderamente, una maravilla.

Continué charlando sobre las bondades de la Cúpula. Estábamos ya bastante cerca del control de la entrada sur, cuando una voz afable y suave empezó a participar en la conversación, como si nos hubiera estado acompañando desde hacía un buen rato:

—Ingeniero Totoro, desde la perspectiva de la prosperidad humana, la sostenibilidad es un proceso socioecológico caracterizado por un comportamiento en busca de una utopía común. Se trata, en esencia, de un estado o proceso inalcanzable en un tiempo dado, pero infinitamente aproximable. Y es esa la meta a la que aspiramos, la que define nuestra conducta impregnando nuestros procesos y leyes.

»Solo los ideales sirven como referentes en un ambiente turbulento y cambiante. Es un término ligado a la acción del hombre en relación con su entorno, que se refiere al equilibrio que existe en una especie a partir de las interacciones con su entorno y todos los recursos consumidos o renovados que tiene para hacer posible el funcionamiento de todas sus partes, sin necesidad de dañar o sacrificar las capacidades de otro entorno diferente. Por otra parte, la sostenibilidad en términos objetivos implica satisfacer las necesidades de las generaciones actuales sin afectar la capacidad de las futuras y, en términos operacionales, promover el progreso económico y social respetando los ecosistemas naturales y la calidad del medio ambiente.

»Por último, lo aún más deprimente es que el ideal común no está definido, y la sostenibilidad debe aplicarse al modelo mundo, no a una población escasa bajo la protección de la Cúpula.

Las palabras contenían verdad, sabiduría y lógica, además de amor y respeto, y estaban todas aromatizadas con rebeldía y complicidad. Toro escuchaba con atención. No le sorprendía nada de lo que decía, aunque sí la forma en que lo decía. Al terminar, le dio un abrazo muy íntimo. Mi amigo sonrió y me dijo, nervioso:



—Lao, esta es mi amiga y compañera Turk.

Me observó fijamente buscando una mirada de bienvenida. Rápidamente noté que conocía y sentía nuestra historia de cómo unos aldeanos habíamos llegado junto a ella. Lo corroboró rápido con su saludo:

—Es un placer y una gran alegría conocerte. He oído hablar tanto de ti, que parece como si te conociese de toda la vida, Maestro Lao. Al menos, de tu vida anterior.

Estaba bien informada. Me satisfacía enormemente lo que había dicho, porque me brindaba la posibilidad de mostrarme limpio y libre frente a ella. Agradeciéndole sus palabras, le contesté:

—Me alegro mucho, sinceramente. Eso nos ahorrará mucho tiempo.

Continuamos paseando en dirección a la entrada sur. Turk charlaba sin tensión, a pesar de la situación. Comentaba que el control estaría vacío, pero que debíamos esperar un poco al cambio de turno, que se produciría en breve. Allí, un conocido estaría controlando los ingresos. Toro, para suavizar la tensión que le provocaba lo que estaba pasando, trató de relajarse con un comentario algo inapropiado. Mencionó que Turk era la responsable del Departamento de tecnologías empáticas. No había estado involucrada en el diseño del Orbe, pero sí en el retoque que sufrió previo al hurto de éste. Ambos me miraron dubitativos, a la espera de una respuesta por mi parte que mi amigo aldeano sabía que no llegaría. A continuación sonrió infantilmente y le dijo:

—Te dije que no diría nada al respecto.

Ella sonrió algo apenada, pero no por mi silencio. Turk sentía interés por mi persona, y eso le generaba mucha expectativa. Quizás se debía a su pasión por el trabajo que desempeñaba, ya que otro aldeano de mis características le motivaba enormemente. A pesar de ello, no me incomodó con ninguna pregunta. Ambos parecían muy íntimos, y decidieron que nos dirigiríamos al piso que compartían juntos. Estaba cerca de la plaza central y la torre ovalada donde se albergaba el grueso de las oficinas del gobierno Lógico para la gestión integral de Tecnos. Aseguraron que Heny se encontraba *físicamente* muy cerca de allí, cosas que enfatizaron porque su mente circulaba libremente por toda la red de información de todos los sistemas bajo la Cúpula. No me quedaba claro qué tipo de vida era aquella, pero venía del valle donde existía el gran Fungi, y nada podía descolocarme de la realidad donde siempre todo era posible.

Nos encontrábamos a unos cien metros del control, que estaba totalmente despejado. Aparentemente no había ninguna puerta, pero al instante un peatón se acercó a un dispositivo, pasó su muñeca por un lector y se abrió un hueco. Al mismo tiempo entraron también varios transportes, y el hueco se hizo bastante mayor. Me explicaron que los sistemas de apertura estaban controlados por cámaras que optimizaban la apertura y prevenían cualquier posible problema de protocolo antes de que se personase algún responsable. Seguimos esperando al cambio de personal. Aún disponíamos de tiempo, y Turk no esperó a llegar a casa para comunicarnos que el gobierno Lógico había tomado la decisión de abandonar cualquier línea de investigación relacionada con las tecnologías empáticas, labor que ejercía y de la que era responsable. Se expresaba al respecto con gran precisión.

—Lógicamente, para un ser humano es verdaderamente difícil discernir entre sus atributos empáticos y puramente físicos. Todos saben definir la inteligencia, incluso medirla con diferentes pruebas refutadas. Sabemos si alguien es fuerte, o tiene una gran memoria. Pero es muy complejo, o quizás imposible, cuantificar los atributos del Alma, del Ser, de la consciencia si me apuras, si es que es posible hablar de esos términos por separado. Los parámetros lógicos deben ceñirse a unos estándares mesurables, cuantificables, reales, para poder aplicar ciencia de manera controlada. Las ciencias empáticas son difusas, y el propio observador es un elemento de estudio. Los investigadores siempre se ven afectados por lo que estudian, de la misma manera que el estudio se ve afectado por ellos. En fin, un observador influye en el suceso, participa en el experimento que diseña. Es por eso por lo que la propia naturaleza de la empatía difícilmente encaja en el procedimiento científico.

»Es normal que los Lógicos entiendan que estas materias sobrepasan el control de la ciencia. Por ello, cerramos el Departamento y, *muerto el perro, muerta la rabia*.

Toro estaba desconcertado. La habíamos escuchado con atención. Su mirada parecía refutar el comportamiento extraño de Heny. Casi sin descanso, continuó:

—Antaño ya hablaban los físicos cuánticos sobre conceptos similares. Ellos vislumbraron la llave para entender la existencia y, a pesar de sus estudios, leyes y análisis, fueron descartados por la historia por falta de aplicación en el mundo macroscópico, en el que solo importa el valor de mercado de las cosas.

»Es posible que todos seamos observadores de una realidad que creamos, o que microcreamos, con nuestras acciones o con las influencias de nuestras decisiones y en cómo llegan hasta las personas que posteriormente han de actuar.

Su discurso era impecable, desde la ciencia parecía entregar su verdad sutil, única, como nunca la había escuchado. Mi madurez me permitía licencias como animar a la conversación cuando su Ser se mostraba verdaderamente. Le había prestado toda la atención posible a sus palabras. Ella guardó silencio, esperándome, pero la conversación debía continuar, por lo que, sin querer influir en su respuesta, pregunté:

—¿Entender la existencia?

—¡Sí! Maestro Lao, los físicos cuánticos se empeñaron en buscar la ínfima partícula que constituye la materia. Empezaron con el átomo, y después se dieron cuenta de que esta partícula estaba formada a su vez por otras, cuyos elementos constituyentes también intentaron buscar posteriormente. Invirtieron mucho capital, recursos y tiempo en artefactos que les permitiesen llegar mejor a la parte elemental de la materia, cada vez más diminuta, hasta encontrar la unidad, el fractal último del que todo crece. Siempre encuentran una partícula más pequeña que la anterior...

Se hizo un silencio reflexivo entre los tres. Todo lo que mencionaba estaba acompañado de comprensión. Había entendido su metáfora y percibido sus sentimientos. En cambio, Toro necesitaba más profundidad para una mayor comprensión, y repitió mi pregunta con una entonación simpática:

—¿... entender la existencia?

Turk conocía muy bien a mi amigo de la infancia, y disfrutaba mucho compartiendo con Toro su visión de mundo. Desde luego, un aldeano siempre es la mejor de las compañías. Ella disponía de la respuesta que, cariñosamente, le devolvió:

—Querido Totoro, la doble lectura es que disponemos de nuestro interior infinito, como lo es la materia, todo el Universo confinado en nuestra Alma. Y que no hay grande ni pequeño: si miramos al cielo, pensamos en las galaxias, en las estrellas, en el cosmos, en el universo. Magnitudes descomunales... ¿y al revés? ¿Por qué al mirar abajo, dentro de la materia, pensamos que debe llegar el momento donde se acabe? ¿Acaso te has situado en el centro desde arriba hasta abajo? No disponemos de información para entender la existencia, porque no existe nada más que lo que creemos...

Su Alma me desveló que Turk estaba impregnada del Sutil Proceder de la Fuente y que, posiblemente, también había conocido a la Intérprete o a algún otro Maestro del proyecto Aldea. No recordaba cuándo me había apoderado por última vez de una meditación profunda que provocaba en mi Ser la comprensión de todo. En el valle era un estado permanente, pero se la entregué a los presentes, y la voz del Cónclave resonó una vez más por sí sola. Los tres, al unísono, como muestra de máxima comunión, terminamos completando:

—... por tanto, abandona todo el apego en la... NADA.

A menudo, en la comprensión de los demás encontraba la mía propia, pues en las interpretaciones de las personas habitaba generalmente lo que yo necesitaba. Podían ser ideas complejas, simples, holísticas o de cualquier otra naturaleza con un alto contenido emocional, pero todo lo que ocurría me ayudaban a comprender el presente, pasado y futuro de la existencia. Seguíamos concentrados en sentirnos, y en ese momento supe por qué estaba en Tecnos, por qué el micelio había querido devolverme a la vida. Con los ojos cerrados, escuché a Toro liderando la voz del Cónclave:

—Maestro Lao, debes ir a tú encuentro con Heny.

Todos nos sentimos muy aliviados al compartir la misma plenitud. Ese sería el plan de los aldeanos.

### 6.3. El visitante

Un llamativo sonido emergió varias veces de la muñeca de Turk. Su pantalla le indicaba algo. Nos incorporamos dispuestos a alcanzar el control, y nos acercamos lentamente. El Sol se había levantado, y vimos cómo la Cúpula entera rotaba lentamente buscando la incidencia de los rayos nacientes. Una especie de paneles curvos eran los responsables de la absorción de la luz, y Toro mencionó que era siempre la cara sur por donde se mostraba el astro la mayor parte del día.

Mis acompañantes debían quedarse atrás. Llegué al dispositivo para identificarme a solas. El control estaba deshabilitado por unos instantes, hasta que los mecanismos suaves de la Cúpula se detuvieron y se produjo el cambio de guardia. Tenía claro lo que tenía que hacer: debía pasar la muñeca por una máquina lectora. Fui hasta ella presto. El empleado me miraba muy extrañado para, supuestamente, estar esperándome. Me dispuse a estirar el brazo para introducir la mano entera en la apertura indicada. La máquina emitió varios

sonidos estridentes y un parpadeo de luces, y a continuación proyectó en el suelo frente mis pies unas letras rojas y varios números que no paraban de cambiar, lo que parecía bloquear el paso justo a la entrada por la que debía pasar. El empleado cambió instantáneamente su expresión. Su rostro indicaba que algo estaba saliendo mal. La proyección quedó fija varios segundos, y en ella se podía leer:

«Identidad: Lao, proyecto Aldea.

Acceso: permitido.

Estado: muerto.

ERROR, esperar la atención del personal.»

El sonido alertó al poco personal que miraba lo que sucedía. Nuevamente, las letras y números volvieron a girar y a cambiar sin orden, y después quedaron fijos de nuevo. La proyección parecía haberse vuelto loca. Miré hacia atrás con cara de desconcierto, aunque realmente me sentía cómodo y, de algún modo, a la espera de que algo pasara. Aún no estaba muerto del todo, disfrutaba del momento. Heny sabía perfectamente que había llegado a la Cúpula, y el aparente cambio en las decisiones del gobierno Lógico generaba una trama que Toro necesitaba interpretar para poder adoptar una buena decisión. En la vida tras la vida me era más fácil percibir el porqué de las acciones de mis semejantes. Por suerte, las de mis amigos eran nobles, e incluso entendí que podía ser motivador y casi un estímulo absoluto que envolviera el día a día. De pronto, el sonido se detuvo y las luces se tornaron verdes y fijas. En el suelo se podía leer:

«¡Bienvenido a la Cúpula, Maestro Lao!»

Se dibujó una puerta sobre la superficie que se desplegó sola. Un hombre, vestido de ceñido plateado y con cara cansada, se acercó a mí y dijo:

—Disculpe, señor, las máquinas también fallan, como los humanos.

Sin mayor problema, me permitió el paso. Nada había fallado en realidad, pues un instante después de que algo suceda, algo debe de acontecer a su vez. Esperar a que pase es un círculo vicioso, un trabalenguas mental como un laberinto. Aguardé tras el cristal hasta que entraron mis acompañantes, y Toro sonrió y besó en los labios a Turk muy apasionadamente. Ambos irradiaban amor y respeto, por lo que sentí infinita felicidad por mi amigo de la Aldea. Mi Ser sentía el amor que fluía entre ellos, era como un maná que compartían de manera única. Al amar a los demás nos enlazamos directamente con el origen de la vida.

Caminamos juntos sin prisas. Las esencias que antes se mostraban inquietas, ahora estaban en paz. Notaba cómo mi presencia amplificaba la comprensión emocional de los otros, sin ninguna intención aparente. Toro y Turk eran conscientes de ese poder, pero el Maestro Lao no podía hacer uso de tal poder, dado que no me pertenecía, como el propio aire que respiraba. Casi no había tenido tiempo de darme cuenta de que hacía solo unas horas estaba en el valle donde llevaba tantos ciclos. Necesitaba acostumbrarme a volver a narrar la historia que acotecía fuera del valle.

Anduvimos por la Arteria Sur, que era el nombre de la gran avenida que llegaba a Cenote, la plaza central que, curiosamente, estaba desplazada al norte. Solo desde allí se podía ver el cielo bajo la Cúpula de Tecnos. Disponía de dos excelentes cicerones que me ilustraban mientras paseábamos. Turk comentó:

—Los primeros Sabios que vinieron al oasis del desierto y decidieron fundar Tecnos, eligieron este paraíso por ser un enclave perfecto para subsistir controladamente, dado que disponía de agua y alimentos abundantes. Podían soñar con crear una sociedad idílica sostenible por la Lógica. Evidentemente, el recurso de la luz solar es abundante. La Aurora fundadora permitió este sueño, sabiendo que muchos de los mejores talentos del Clan de los Sabios migrarían a Tecnos y, con ellos, su descendencia. La relación de las Auroras con los habitantes bajo la Cúpula siempre ha sido muy cercana, a pesar de que no todas comulgaban con ella, como la que ahora descansa en el valle. Hemos sido muy escrupulosos en el trato con los de fuera. Muchos no hemos salido nunca de los alrededores de la Cúpula y, la gran mayoría, ni siquiera de la propia Cúpula, y aun así, hemos vivido en armonía cientos de ciclos. Todos nos sentimos libres bajo nuestro cristal, que nos protege del mundo de fuera del que paradójicamente llegamos, como ahora has hecho tú.

El primer tramo del paseo fuimos pisando sobre un pavimento que tenía una especie de vergel a cada lado con muchas palmeras de un verde no muy oscuro, lianas y agua que brotaba de recovecos, como pequeñas selvas confinadas. Por la avenida, totalmente recta, circulaban escasos vehículos, casi todos sin tripulantes. La luz bajo la cúpula tenía vida propia, pues los espejos de la Cúpula se movían dirigiendo los rayos hacia donde interesase. Parecía regar de luz la vegetación. La parte más alta de la estructura estaba formada por cristales mucho más opacos que los de absorción de la energía, cuyo uso era diferente: aliviaban las fuertes temperaturas que seguramente alcanzaría Tecnos por su ubicación en el desierto. De la misma manera, la brisa entraba sin humedad, y secaba el ambiente bochornoso natural del oasis refrigerando el ambiente.

Nos encontramos las primeras construcciones, unos bloques verticales de residentes. Las zonas ajardinadas de alrededor sí parecían haber sido modificadas para un uso más cómodo por parte de sus habitantes, y el vergel dejó de ser salvaje. Era hermoso, como los jardines de los agros. Pude ver algún que otro gran complejo, como bibliotecas o zonas lúdicas en la zona de residentes. La vida humana empezaba a despertar, y muchas personas habían salido de sus hogares. Sin estrés, cada uno se encaminaba a sus tareas.

Vi a varios ancianos sentados junto a un gran árbol, empezando el día con una taza humeante y un tablero con piezas frente a ellos. Me comentaron que jugaban a un juego muy antiguo, de antes de lo que había sido la primera extinción humana: el ajedrez. Toro se había aficionado bastante, y Turk, que siempre había jugado, era una experta. Era considerado un deporte nacional para los habitantes de la Cúpula. Se jugaba entre dos personas, cada una de las cuales disponía de dieciséis piezas móviles que se colocaban sobre un tablero dividido en sesenta y cuatro escaques. Afrontaban una lucha hasta que uno de los reyes no disponía de movimiento posible. Toro defendía que la clave estaba en la táctica, y Turk defendía que en la memoria.

Empezaron a aparecer calles perpendiculares. Como eran muy grandes, no parecían circulares, pero daban la vuelta por completo y, según decían, delimitaban parcelas y sectores. Vi una parada de vehículos en los que varios pasajeros esperaban para dirigirse al centro. Parecían felices y risueños, con gestos cariñosos, concentrados en pensamientos alegres, incluso a pesar de que ya estaban trabajando desde su pantalla en la muñeca. Encontré

varias peanas que proyectaban la imagen de una mujer que comunicaba diferentes informaciones a personas que le preguntaban, también desde sus dispositivos en las muñecas. Era frecuente oír la voz de Morgana en cualquier esquina.

Abandonamos la Arteria Sur para comer algo en un parque donde también había una escuela de niños, con más ciclos que dedos de una mano. Toro trajo unos bollos y una bebida de leche de coco. Todo tenía poco sabor, pero parecía nutrir perfectamente.

El ambiente era meloso, la luz calentaba a los niños sobre un verde con altas palmeras. Disponían de pupitres y una gran pantalla a modo de pizarra, sobre la que una alumna, que parecía la mayor del grupo, garabateaba usando sus dedos. Podía pintar en diferentes colores, o crear formas muy precisas. El resto estaba sentado frente a las pantallas con las que se entretenían e interactuaban. Movían las imágenes haciendo cambiar las pantallas, como si pasaran las hojas de un libro de papel. Otros parecían seguir el ejercicio de la chica mayor, sentados con cara de atención.

Turk comentó que en Tecnos la educación era cosa de todos, que los niños tenían tutores cuando eran muy pequeños, y luego seguían un calendario para formarse solos, de manera autodidacta, inclinándose por las disciplinas que más encajaban con sus perfiles. Era muy habitual que cualquiera impartiese una charla, y todos los habitantes bajo la Cúpula estaban obligados a dar respuesta a cualquier otro habitante si disponían de dicha posibilidad. Generalmente, los barrios se organizaban para atender las aulas, aunque siempre había coordinadores que trabajaban para el gobierno Lógico. Turk apuró su bebida y se acercó a los niños. Guardando cierta distancia, esperó a que la alumna terminase en la gran pantalla, y se animó a darle un aplauso. Todos se levantaron y le dieron las gracias acompañando su gesto. La alumna, sintiéndose muy dignificada, dio paso a otro compañero, esta vez muy pequeñito.

Seguimos por diferentes calles hasta encontrar una gran avenida que conectaba a la arteria oeste. Caminamos un buen rato, me resultaba difícil ubicarme dentro de la Cúpula, pues las construcciones eran todas muy similares entre sí y me sentía como buceando en un mar de vida totalmente nuevo.

Me llamó la atención la gran cantidad de estaciones de pedaleo, lugares donde los habitantes se sentaban en bicicletas que descansaban en línea sobre unos raíles anclados a una estructura. No se desplazaban, solo pedaleaban. En una de ellas había ocupadas unas treinta plazas de las cuarenta unidades de pedaleo disponibles. Una señora anciana, que parecía muy jovial, pasó su pantalla por un dispositivo y se sentó cómodamente a dar lentas pedaladas mientras miraba la vida pasar. Se la sentía feliz, protegida, firmemente enraizada.

Cada vez más gente me iba transmitiendo vida cuanto más nos acercábamos al centro hacia el que nos dirigíamos. La arquitectura cambiaba, se notaba el paso de los ciclos en las construcciones más antiguas, pero no por su estado de conservación, sino por su estilo. Algunos monumentos eran muy destacables, siempre podías ver un holograma de Morgana interactuando con algún habitante. La gente no solía mirar a los ojos al cruzarse entre sí, aunque después eran muy cordiales cuando realizaban una actividad concreta. Había parches parcelados donde la flora del oasis era la original, protegidos con muros transparentes. El agua salía de estos puntos y circulaba libremente por los tramos que los unían.

El calor se notaba incluso bajo la Cúpula, por lo que era muy necesario refrigerarse. Los habitantes usaban todos los espacios para estudiar, trabajar, comer o jugar; todas disponían de un gran almacén con diferentes herramientas y útiles adecuados para cualquier actividad, aunque también realizaban sus labores desde sus propios dispositivos. Algunas unidades de limpieza automáticas trabajaban sin descanso buscando algo que considerasen sucio, aunque todo estaba impoluto. Había métodos de transporte muy fluidos, integrados, como plataformas circulares que se desplazaban rápidamente con falsos peatones sobre ellas. Algunas cintas transportadoras en los tramos rectos de las avenidas hacían que fuera más rápido caminar. Un gran cartel indicaba que el Cenote estaba cerca. Al verlo, Toro mostró nuevamente sus dotes de cicerone y me puso en antecedentes:

—Lao, el Cenote es una dolina inundada de origen kársticok. —Me miró y sonrió—. Esencialmente, se trata de un gran orificio en la tierra con agua, o un pozo natural enorme. Sobre el Cenote se fundó Tecnos, sus grandes canalizaciones subterráneas son como venas que conectan cualquier punto a una gran gruta sobre la que pisamos. Todos terminaron desecados y, después, rellenos de basura, pero esto no ocurrirá aquí. El Cenote da de beber a Tecnos, y su agua se cuida como todo bajo la Cúpula. Sus venas son tan extensas y profundas que interconectan otros cenotes de la península, incluso cerca de las Jorobas.

Quería probar sus aguas zambulléndome como en lago Grande.

La avenida se ensanchaba cada vez más hasta desembocar en un gran espacio abierto que mostraba una plataforma monumental de una belleza única. Era vertiginosa y transparente, no pretendía destacar sobre el paraíso natural del Cenote, sino que se elevaba sobre este cubriendo la vegetación y la fauna silvestre, que parecían vivir recluidas en perfecto estado de conservación. En la parte superior de la Cúpula se podía ver el cielo limpio y azul a través del hueco que dejaba su punto más alto, que estaba descapotado.

Tuvimos que esperar al momento indicado para cruzar, el tráfico de movimiento de personas estaba controlado por un sistema de luces que indicaban cuándo caminar o parar en función de hacia dónde te dirigías. Cruzamos radialmente en busca de unas grandes escaleras para empezar a caminar sobre el Cenote. Cada escalón recorrido debía tener varios pasos. El suelo permitía ver bajo él, pero era bastante adherente. En los primeros escalones, se veía el oasis virgen selvático de colores llamativos. Había espacio para que las aves sobrevolasen en el hueco entre las copas y nuestras suelas. Mientras subíamos, el suelo natural bajaba de nivel y nos encontrábamos más altos con respecto a él. Era magnífico disfrutar de las vistas bajo mis pies, nada que ver con el micelio.

Estábamos tan alto que daba cierto vértigo. Se podía intuir dónde se encontraba el orificio del Cenote. Las bocanadas de aire hidrataban las fosas nasales. Todo era de un verde caótico, tal abundancia luchaba por la luz que la Cúpula le proporcionaba. La vegetación colgaba de sus paredes como barbas centenarias que tupían la entrada en la tierra. Iba contando los pasos hasta el siguiente escalón, pero como siempre eran los mismos dejé de prestar atención y estuve a punto de caerme al querer subir y no encontrar apoyo. Mi torpeza me hizo levantar la mirada del suelo para apreciar una enorme plaza que parecía levitar sobre el Cenote. El cráter era enorme, se veía el agua en su interior.

Seguimos caminando, maravillándonos con las vistas. Nos apartamos de la plaza entrando por debajo de un arco a una sala con vitrinas repletas de objetos, cuadros, estatuas y, por su puesto, Morgana proyectada a disposición de los habitantes. Pareció que un par de veces tuvo problemas con las comunicaciones. Toro y Turk volvieron a preocuparse, porque eso no era algo usual en Tecnos. Los habitantes también estaban muy sorprendidos del mal funcionamiento del sistema. Para cambiar de tema y no enturbiar mi visita, Turk me agarró de la mano y me llevó hasta un busto de una piedra blanca que parecía de las más antiguas. Grabado, se podía leer:

«Ningún proceso cíclico es tal si al sistema en el que ocurre, así como su entorno, se les permite volver a la vez al mismo estado del que partieron». Aurora.

Pensé en Aurora y en el inexorable fin del ciclo para restablecer el Equilibrio, como una necesidad inherente de la experimentación real. Miré en mi interior y la sentí disponible, sus palabras me provocaron una profunda comprensión. Parecía estar sentenciando que la vida, de la misma manera que empezaban, había de finalizar, pero inevitablemente de manera diferente. Que nuestro paso por el mundo debía acabar obligándonos a intervenir de algún modo. Sonreí con sincera alegría, al sentir que estaba siendo parte de todo.

Todo me parecía majestuoso en tamaño y forma. Volvimos al orificio del Cenote, que era muy extenso, y caminamos hacia su centro hasta que una barandilla circular nos impidió avanzar más. Se podía mirar hacia abajo, a muchos cientos de metros. El ambiente sacro del Cenote era espectacular, muy antiguo. El aire subía y golpeaba mi rostro, permitiéndome descubrir el olor a lo más profundo de la tierra. Era un gran estanque natural de agua dulce abastecido por ríos subterráneos que se formaban en numerosos lugares de la península por la erosión de los suelos. Los habitantes fundadores de la Cúpula le dieron un uso sagrado además de evidente. Miré a Toro y él supo perfectamente que yo quería sumergirme en sus aguas frías, explorarlo desde el interior. Mi amigo me miró, negando con la cabeza, indicando que no podía hacer eso.

Estábamos muy alto. La Cúpula aún nos cubría sin que notásemos que la teníamos encima. Solo un edificio sobresalía a la altura de la plataforma, uno ovalado que claramente destacaba. En la partes superior, un enorme símbolo de Tecnos, como una corona de trazos simples, la Cúpula y Sol. Una vez más, quedé sorprendido por la arquitectura: Turk me miraba, sabedora de lo que estaba pasando, y me dijo:

—... Sí, por supuesto. Es la sede del gobierno Lógico, conocido como el *edificio Óvalo*.

Quería añadir una connotación que consideraba importante para lo que me aguardaba, aunque yo estaba seguro de que no necesitaba más conocimiento para hacer lo que había venido a hacer en la vida tras la vida. Aun así, Turk continuó hablando:

—Maestro Lao, el gobierno Lógico se fundamenta en los principios de la demostración y la inferencia válida. Así como el objeto de estudio tradicional de la química es la materia, y el de la biología es la vida, el de la lógica es la inferencia. La inferencia es el proceso por el que se derivan conclusiones a partir de premisas. Disponemos de innumerables algoritmos que simulan posibilidades, y que encuentran siempre la más óptima de la función objetivo. La lógica investiga los fundamentos por los cuales algunas inferencias son aceptables, y otras no. Cuando una inferencia es aceptable, lo es por su estructura lógica, y no por el



contenido específico del argumento o el lenguaje utilizado en la función objetivo. Por esta razón, la lógica se considera una ciencia formal, como la matemática, en vez de una ciencia empírica como la química. El gobierno se nutre de este concepto, que nace a partir de una evaluación mental entre distintas expresiones, que al ser relacionadas como abstracciones, permiten trazar una implicación lógica. Por supuesto, siempre enfocado a la sostenibilidad del sistema y al bienestar de todos los habitantes de Tecnos.

Pensé en este mundo fraccionado, en el que Tecnos parecía haberse conservado bien gestionada, por lo que los habitantes vivían conformes e integrados en las ideas fundamentales. Con la propuesta del gobierno Lógico, se podría decir que imperaba una cierta armonía.

Sin embargo, Turk sabía que algo estaba cambiando desde que los habitantes estaban viendo los conflictos en los puntos de intercambio con el Clan Hermano y otros fronterizos, así como los cambios en las políticas del gobierno Lógico que, claramente, se posicionaban en contra del conflicto y con la firme intención de acabarlo. Los habitantes de la Cúpula estaban contagiándose de una empatía hacia sus semejantes de fuera, y parecía que la situación los forzaba a actuar. La gravedad del asunto había inclinado al gobierno a aplicar todo tipo de medidas para asegurar la sostenibilidad de la Cúpula, sin importar las consecuencias que pudieran sufrir sus semejantes foráneos. Esta decisión había sido anunciada tras unos fallos del sistema durante los que Morgana dejó de estar operativa. Decían que no había habido fallos de ese tipo durante varias generaciones. Turk comentó que todo estaba siendo inusualmente mediático, y que generalmente los habitantes de la Cúpula habían vivido sin este tipo de preocupaciones. Pero hasta que existiese una verdadera interferencia que afectase a sus habitantes o a su infraestructura de manera directa, el sufrimiento ajeno siempre sería ajeno, por lo que una vez más, delegar en el gobierno Lógico era una buena opción.

Hablaba en nombre de todos los habitantes bajo la Cúpula de una manera genérica, aunque ella no parecía sentirse identificada con aquella opinión, no parecía secundarla. Quizás era porque estaba enamorada de un aldeano del proyecto Aldea, sintiéndose más cercana a la problemática, y sensibilizada con la pobre gente de la península, que sufría las consecuencias de una situación que les superaba. Turk conocía perfectamente la Interpretación en la que participaba y lo que debía hacer.

Íbamos camino del piso donde residían mis amigos. Heny no había hecho ninguna aparición pública desde el incidente en los sistemas. Toro decía que lo sucedido en el ritual de Aurora había constituido un hito para el gobierno Lógico. Lo creía fervientemente, y creía poder demostrarlo de una forma evidente en caso de que fuera necesario. Existía una política de transparencia y participación para que todos los habitantes bajo la Cúpula pudieran ser conocedores y partícipes de las decisiones del gobierno Lógico. Habían puesto a disposición de todos los habitantes en el portal, una especie de lugar virtual al que accedían desde sus pantallas, una serie de valoraciones e ideas que debían aplicar para conservar la integridad de la forma de vida de Tecnos. Todos tenían siempre la posibilidad de participar con su opinión en los temas gestionados por el gobierno Lógico, aunque generalmente los habitantes delegaban por completo, y no solían intervenir demasiado. Pero esta vez parecía

que se había propagado una especie de virus, porque todos querían participar e involucrarse en la causa. Turk decía que algo estaba a punto de ocurrir entre la gente de Tecnos.

El foco de mayor interés radicaba en qué tipo de medida masiva aplicarían para controlar la demografía y el poder del Clan Hermano, pensando a corto y medio plazo. A pesar de que ya habíamos dado por hecho que el gobierno Lógico había decidido aplicar una medida masiva, no era democráticamente evidente, y tenía que someterse a votación popular. Lo que ocurría es que, nunca, ninguna propuesta del gobierno Lógico había sido declinada por los habitantes de la Cúpula. Como curiosidad, me dijo que la vez que más personas habían discrepado fue por un asunto de asignación de tareas recomendadas por género, y que el porcentaje de opositores a la ley fue de un tres por ciento. Turk se apenaba por el hecho de que el «sí» ganara aplastantemente frente la opción de no actuar. Pronto el gobierno Lógico emitiría los resultados, y anunciaría la fecha de la futura asamblea. Los habitantes de Tecnos estaban muy excitados, dado que muchas generaciones no habían vivido una asamblea en sus vidas. Desde los tiempos de Heny de carne y hueso, solo se constituían para tratar temas de vital importancia para todos los habitantes bajo la Cúpula.

Tardamos varias horas desde que habíamos puesto los pies bajo la Cúpula hasta llegar al piso, situado al oeste del Cenote, no muy alejado. Compramos algo de comer en un puesto. No había intercambio de pecunia, ni siquiera trueque. Simplemente, con sus pantallas en las muñecas, guardaban la información de los intercambios de los bienes y servicios que adquirían y que posteriormente balanceaban y computaban con unos límites salariales y asignaciones establecidos. También tenían asignadas unas medidas energéticas por individuo, en función de su profesión y familia, distribuidas en racionamientos para diferentes usos, como por ejemplo, a nivel nutricional, para el transporte, los litros de agua necesarios o su propia comodidad, de manera que en ningún caso los habitantes podían salirse de esos márgenes, estableciendo un claro control sobre los recursos disponibles. Estaban muy bien vistos por parte de todos, y eran figuras reconocibles dentro de su sociedad, todos aquellos que no hacían uso completo de sus asignaciones energéticas y vivían como contribuyentes. Toro explicó que trabajar, educar a otros o incluso usar unidades de pedaleo, te permitían reponer las asignaciones energéticas. Disponían de tablas con la publicación de los datos de todos los individuos, con un sistema de valoración por edades y profesión. Casi todos los datos eran públicos, según me dijo mi amigo.

Llegamos al portal de la entrada del edificio de pisos. Era triangular, con la base cuadrada, aunque no acaba en vértice. Muchas flores colgaban de los balcones de su fachada. Ellos vivían en el último piso, disponían de un sistema de elevación para subir objetos pesados, pero para ello debían invertir una cuantía de la asignación energética, por lo que usamos las escaleras. Toro llegó jadeante, como si hubiera subido la ladera de una montaña corriendo. El edificio tenía la misma esencia que todo lo demás: limpia, ordenada y práctica. El piso disponía de dos habitaciones: una, en la que compartían una cama grande, y el taller, como le gustaba llamarlo a Toro, o el laboratorio, como lo llamaba Turk. Además había un gran espacio exterior desde donde se veía el centro y el edificio Óvalo, y poseía también unas vistas excelentes del interior de la Cúpula. Era un sitio acogedor en el que se respiraba hogar.

Las asignaciones energéticas eran su moneda. En la Aldea, nunca destacábamos el valor de una cosa frente a otra. ¿Qué podía costar más, un guiso de los agros o limpiar las cuerdas? Pasé dos días sin salir, descansando, observando a Tecnos desde el piso. Toro estaba atendiendo asuntos sobre los sistemas de depuración de las aguas, y cerrando un informe sobre las perturbaciones recogidas por sus sistemas de medidas tras el ritual de Aurora y cómo podían haber afectado a los sistemas de Cúpula. Era un asunto del que no hablaba con Turk, cuyo trabajo había cesado de forma temporal porque esperaba una nueva asignación laboral ahora que su línea de investigación estaba clausuraba. No obstante, pasaba casi todo el tiempo formándose, y parecía estar muy ocupada. Charlábamos de vez en cuando, a menudo sobre nuestro amigo y amado en común. Me gustaba tratar de deducir en qué clase de persona se había convertido Toro desde que nos separamos. Sentía que era reconocido y muy respetado, sentía su alegría.

Sabíamos que estábamos esperando a que llegase el momento, por lo que los días pasaron en estado de letargo, la vida transcurría bañada por una luz sombreada a pesar del cielo claro del desierto. Al cuarto día ya conocía todos los movimientos de los cristales para conducir la radiación directa. No pretendía simular un movimiento solar, se focalizaba en sitios de interés en determinados momentos precisos del día. Los patrones eran poco perceptibles, pero tenían sentido, todos los días exactamente igual entre sí. La Cúpula no solo proveía de energía y protección, sino que calentaba agua para otros sistemas o para los habitantes; me parecía increíble poder disponer de agua hirviendo sin necesidad de calentarla, luz en cualquier sitio, y otros tipos de comodidades. Con los sonidos ocurría algo parecido: todo era predecible y correspondía a algo, generalmente sonidos que intentaban captar la atención de los habitantes. Pasé una semana muy contemplativa en el piso, y meditaba sin perder percepción del mundo físico.

Durante esos días, Morgana presentó varios fallos más, y mis amigos especulaban sobre por qué estaba pasando. Toro tenía una teoría al respecto que no quería compartir hasta haberla estudiado profundamente. A veces, sentía a Teo como si coincidiésemos en el recuerdo simultáneamente. No había hablado de él con Toro, ni de nada del pasado, casi como si no hubiera existido. Tampoco había noticias de Heny, ni de los resultados finales, ni de cuándo sería la asamblea, porque se abrió un plazo para poder cambiar el voto.

Totoro se había liberado de trabajo. Al parecer, el agua del Cenote no disponía de las mismas calidades de antaño. Esto era un asunto clave para entender el silencio del gobierno Lógico al respecto, y de lo que aún no había informado a la opinión pública, aunque parecía ser conocido por muchos. Lo haría como un argumento de peso a favor de la medida masiva.

Estábamos en el taller donde yo dormía sobre unos cómodos cojines. Turk entró con té caliente de hierbas de Natur. Su sabor me trajo todo el valle al ambiente, me encontraba muy calmado, cómodo y completo y, por tanto, ellos también, como manda el sutil proceder. El taller estaba repleto de documentos, claramente dividido en dos zonas, distintas y reconocibles, entiendo que por la naturaleza de lo que estudiaban. Toro tenía muchos documentos técnicos y algunos prototipos de captadores emocionales con los que parecía estar recogiendo datos anormales desde la despedida de Aurora. Morgana fallaba a diario, como si tuviera un virus, me decían. No podía entender cómo podía enfermar. Toro estableció por

su cuenta una correlación de fallos y medidas en la que basaba su teoría. Procedía sutilmente y, sin proponérselo, no había perdido ni una gota de la actitud que teníamos en la Aldea.

Turk lo abrazaba constantemente. Yo disfrutaba con la imagen de la pareja que mostraba su amor con gestos sinceros. Gozaba sintiendo el crecimiento evolutivo de Toro, cómo su Ser no paraba de elevarse en un solo instante. Recorría su Camino Integral adaptado para hacer más útil y entendibles los procedimientos sutiles, pudiendo dotar de sentido a la realidad experimental y realizar una completa inmersión en ella. Mi amigo era un Maestro, y podía salir de la inmersión y optar por prismas más holísticos caso de querer hacerlo, propios de una existencia interior extensa que nos conectaba desde nuestras Almas.

Ella, en cambio, no comprendía la realidad experimental tan amplia. Turk contaba que los nacidos en Tecnos entendían su existencia como el hecho de formar parte de un órgano, que a su vez era parte de un organismo o deidad; como ejemplo, mencionaba las células del cerebro humano que solo participan en los procesos que estén directamente relacionados con su órgano, situándose de una manera acotada y local en el mundo, reduciendo el modelo. Era crítica con el gobierno Lógico, pero con un enorme respeto a su estructura y especialmente a Heny. No por miedo, sino por admiración hacia su persona, legado y cometido. Comentaba con sinceridad:

—El concepto de entender Tecnos participando en ella como órgano en la existencia se instauró en las primeras generaciones de habitantes del Cenote. Las primeras Auroras tuvieron mucho que ver con la definición del cometido, la división de Sofópolis y la constitución de las primeras sociedades o núcleos, como el Clan Hermano, Tecnos y varias más, que estuvieron siempre muy controlados por el Clan de los Sabios. Históricamente, el gobierno Lógico ha respetado esas ideas primigenias, manteniendo relaciones con Sofópolis y las Auroras. Bueno...

Hizo un inciso.

—Actualmente, somos muchas las generaciones de habitantes que hemos nacido y muerto bajo la Cúpula, bajo un gobierno Lógico liderado por Heny. Se dice que ahora debe estar superando los cuatrocientos ciclos de existencia. Su cuerpo físico está protegido en el edificio Óvalo, aunque su mente y lógica habita en todo. Conservar su cuerpo, especialmente su cerebro, hace que su esencia perdure. Si este muriese, solo una inteligencia artificial que imite los patrones de Heny simularía su consciencia, aunque frente a nuevos retos, ideas o decisiones, sus conclusiones podrían no ser representativas. Morgana aprende de Heny, y cuidará de Tecnos si algún día faltase.

»De Heny conocemos toda su vida. Era un joven muy lúcido y participativo, ayudaba por igual de forma desinteresada a todos, siempre centrado en la mejora de la sociedad a nivel tecnológico y en los aspectos de la convivencia. Decía que de nada servía albergar la lógica más pura, si al aplicarla no repercutía en el bien de todos. Pronto entró en el gobierno por méritos y merecida popularidad. Todos confiaban en él. Fue un gran aliado de las tecnologías empáticas, decía que la ciencia siempre había copiado y adaptado las técnicas de la naturaleza para su propio beneficio, y que Tecnos no daría la espalda a esa realidad. Ninguno de los que vivimos lo hemos visto corpóreo, solo vídeos, como el último que grabó, sentado en un aro de levitación ya muy viejo, pero con la mirada aún vital, en una gran

asamblea donde explicó su proceso de retiro, que los habitantes votaron a favor. El objeto era volcar la mente y la lógica de Heny paulatinamente en el sistema de información de Tecnos, creando a Morgana y otros sistemas primarios.

—Al principio pensaba que Toro estaba paranoico a causa de los problemas en los sistemas. No podía comprender cómo lo que acontecía en el valle podía afectarnos desde tan lejos. Pero ahora que te conozco, no tengo dudas de ello.

Hizo una mueca y me sonrió apenada por la situación compleja del momento. Toro, extremadamente prudente con la información, añadió:

—De forma muy resumida, la Interpretación de Aurora recuerda que todo final es el principio de algo nuevo, y que todo principio va a tener un nuevo final en el que nosotros podemos influir. Por lo tanto, comprender nuestro final dará origen al nuevo inicio. Heny creía que el Intérprete podría ayudar a las personas a entenderlo, incluido él mismo. Ahora dudo de si queda algo de Heny, cada día que pasa estamos más lejos de la restauración del Equilibrio. El gobierno Lógico actuará más allá de interpretaciones o soluciones empáticas, es lógico. No van a delegar en una solución que no está ni próxima a ser tangible. La sostenibilidad de la vida bajo la Cúpula prevalecerá y verá nuevos amaneceres.

Mi amigo estaba alineado con las razones de Heny y su sentir desesperanzado, aunque sabía que lo que había sucedido escondía algo que le interesaba más allá de la sostenibilidad de la Cúpula. El ambiente reflexivo duró poco, pues vimos cómo las pantallas de ambos empezaron a parpadear en rojo. Esto los sorprendió, como si fuese lo que todos estaban esperando. Toro empezó a toquetearla y dijo:

—Es una comunicación obligatoria del gobierno Lógico. La pantalla está bloqueada, no permite otras funcionalidades. Cada uno debe atenderla individualmente. ¿Te importa que lo veamos juntos, Turk? Ahora mismo.

Ambos se esforzaban en hacer una vida conjunta, pero aun así no sobrepasaban la individualidad y el respeto hacia lo que pensaban, entendiendo las discrepancias como algo natural y saludable en la convivencia. Nos trasladamos a la sala principal, y un aroma de expectación se creó en el ambiente, a la que yo mismo me sumé. Atenuaron las luces para una mejor proyección, nos acomodamos, y se mostró ante nosotros el símbolo de Tecnos y del gobierno Lógico, que pronto formó parte del fondo sobre el que Heny se mostró con su apariencia robótica. La mandíbula dorada articulaba o simulaba palabras, y las seis luces de su frente brillaban y acompañaban su discurso:

—Habitantes bajo la Cúpula de Tecnos, todos hemos decidido que es necesario aplicar una medida masiva, con un ochenta por ciento de apoyo a la propuesta del gobierno Lógico. Sabiendo la complejidad de la... la...

La imagen quedó congelada varios segundos, y después parpadeó haciendo un ruido como de algo roto. Toro salió corriendo al taller y volvió sonriente. De pronto, el comunicado prosiguió:

—... *la consulta, tenemos un resultado histórico de un veinte por ciento de oposición. Ahora tenemos la responsabilidad de concretar y argumentar el alcance de esta, y eso nos definirá como sociedad. Será nuestra aportación al mundo.*

Las expectativas crecieron aún más si cabe, y nos miramos los tres. Morgana apareció en la proyección virtual y empezó a describir y explicar ordenadamente los antecedentes, la problemática, las propuestas y los métodos de participación obligatoria, así como toda la documentación asociada y los plazos de intervención. El sumario era que el crecimiento y los procedimientos del Clan Hermano estaban afectando a Tecnos, lo que se reflejaba en el mercado de materias, en las muestras de contaminación del Cenote, e incluso en los propios habitantes. Cada dato evidenciaba que la sostenibilidad de la Cúpula estaba comprometida. En este momento de la proyección, Toro y Turk debían votar si participar activamente o delegar para, posteriormente, asumir la opinión de la asamblea.

Hicimos una parada. Toro me comentó que muchos habitantes de Tecnos confiaban en el gobierno, o bien estaban demasiado ocupados para poder estudiar la documentación y argumentar su participación. Se entendía como un verdadero compromiso y responsabilidad. Disponían de tres días para decidir entre intervenir o delegar y, transcurridos diez días, se reuniría la asamblea y se acordaría la medida tras computar las propuestas de los habitantes. La documentación estaba disponible desde aquel instante. Empezamos a ojearla, perfectamente accesible, con muchos informes ordenados por temas, vídeos de opiniones de personajes influyentes del gobierno Lógico y del mundo académico, y también de habitantes de la Cúpula que habían querido participar para formar parte de la documentación.

Los días siguientes se notaba un aroma de trascendencia en las tertulias de la pareja. La importancia de los días venideros que estaban por llegar generaba un comportamiento inusual en los habitantes bajo la Cúpula.

Toro me animó a actuar como un turista. Era un concepto con el que no estaba familiarizado: consistía en disfrazarme y pasear entre las gentes de manera oculta; su sonrisa delataba un tono de humor que tampoco logré entender. Me vestí con ropa de Toro y paseé por las calles. Me fijaba en cada Ser, todos me parecían honestos, humildes y serviciales. La armonía era tangible, pero el momento que estaba teniendo lugar se notaba como una alteración en sus rutinas. El ambiente también era como el del piso, la gente de Tecnos charlaba con un inusitado ardor sobre la Asamblea. El evento marcaba el cariz del momento, y todo concluiría con la resolución del gobierno Lógico.

En las conversaciones de la gente siempre estaba el proceso de decisión de la medida masiva. Era el tópico del que todos hablaban con responsabilidad, dando su opinión abiertamente. Todos los patrones se repetían, pero la gente parecía haber volcado en este asunto una parte ellos. Impregnados de opiniones ajenas, iban constituyendo las suyas propias. Las charlas nunca acababan en disputas, casi todos disponían de suficientes razones y argumentos para participar o no participar. El civismo era una cualidad común entre los habitantes bajo la Cúpula, que parecían haber montado una suerte de gran aldea, fundamentada a partir de una esencia que me era familiar, pero desarrollada en un marco muy distinto.

El periodo de reflexión estaba a punto de acabar. En el piso, Toro y Turk se respiró silencio y estudio durante todo el día, aún no se habían pronunciado. El plazo para votar vencía a las doce de la noche, y quedaban dos horas. Reutilizamos las hierbas de días atrás para preparar otro té, no habían perdido intensidad. Toro rumiaba mientras mojaba unas

galletas en el vaso, y Turk se marchó a la habitación e incluso dio las buenas noches con intención de no volver, pero volvería. Mi amigo se levantó, y se fue al taller a por un aparato que usaba para fundir hilos de metal. También trajo mi mochila, la puso junto a mí, e introdujo la mano. Pude oler todas las montañas y bosques por las que había caminado. Sacó la pipa y algunas mezclas para fumar. Toro usó el aparato para hacer arder la hierba, se sentó a mi lado, y mientras accedía a una librería con la documentación necesaria para corroborar unos datos, dijo:

—Creo que es la primera vez en cientos de ciclos que alguien quema un compuesto de carbono orgánico bajo la Cúpula... Añoraba mucho estos momentos contigo, amigo. Qué hubiera sido de nosotros si aún estuviéramos en la Aldea, seguramente estaría arreglando el molino de agua, o ayudando directamente a mis hermanos aldeanos, cuidaría del Maestro Zero... Le resultaba muy gratificante vernos alegres cuando arreglábamos cosas o solucionábamos problemas. Adivinaba con facilidad si estabas haciendo algo bueno, obrando para el bien de todos. La recompensa solo era la dignificación que los aldeanos otorgaban, y con eso bastaba.

El ambiente se cargó de un humo aromático que llevaba nuestras mentes allí donde quisiéramos situarla. Toro estaba afectado por la votación y la Asamblea. Sentía que había llegado un momento de cambio. Para la Cúpula, para el mundo y para nosotros como parte del proyecto Aldea. Guardó silencio mientras ojeaba vídeos sobre el proceso de decisión donde los habitantes expresaban sus inquietudes, argumentos y propuestas acerca del uso de la medida masiva. Era evidente que subyacía la decisión sobre algo más, el papel de Tecnos en la Interpretación. Ese era el asunto que le inquietaba. Balbuceó algo así como que «Estas materias sobrepasan la lógica». Las proyecciones de individuos, como hologramas, parecían flotar en la niebla del humo de la pipa. El Ingeniero Jefe Totoro se debatía interiormente, y finalmente empezó a hablar:

—Lao, echo de menos la Aldea y a los aldeanos, a toda la ladera. Con el paso de tiempo, me he dado cuenta de que la vida es un ciclo que no tiene fin, que fluye, corre y que se nos escapa de las manos por mucho que deseemos retenerla. La vida es un duro equilibrio entre mantener y dejar ir, una ley que nadie nos enseñó, y para la que no nos han preparado. Y que, sin embargo, vamos aprendiendo con el tiempo, calladamente. Al menos, deberíamos hacerlo o asumirlo.

»Ya desde niños somos protagonistas de los acontecimientos que nos marcarán para siempre. Aprendemos, por ejemplo, que existen diferentes tipos de pérdidas que establecen una dolorosa separación que nunca se logra superar. Lo he sentido profundamente, como fue el dolor de perder a un amigo. La vida teje su propio equilibrio de ganancias y pérdidas, hilando distancias que nunca alcanzaremos. Pérdidas que habremos de asumir en un aprendizaje personal, el más solitario de todos, el más profundo y significativo.

No podía evitar añorar intensamente la Aldea, a los Maestros, a los aldeanos, a Teo, que volvió a mi mente de una forma inquietante. Había quedado prisionero en las emociones de Toro y en sus palabras:

—Amigo Maestro sanador Lao, hablemos hoy sobre las implicaciones de esta ley, de las que todos deberíamos ser conscientes. Para *mantener* hay que saber reconocer lo que se tiene.

»El dolor de la pérdida es, en realidad, el valor y todo el amor actual que dirigimos a aquello que nos envuelve. Nadie llora, por ejemplo, por algo que no ama, nadie siente el vacío de algo que antes no ha tenido en su interior. Así pues, en este equilibrio vital que establece la vida, es necesario que sepamos reconocer primero todo aquello que es valioso para nosotros.

»Aprende a valorar todo aquello que te rodea, mira a los ojos a quienes te quieren. Siente la sencillez del día a día y experimenta cada momento con los tuyos, como si fuera el último. Ahora sé que si no hubiera salido de la Aldea, no tendría ningún problema moral. En algún momento, el Clan Hermano o cualquier otro irrumpirían en nuestro modo de vida, o quizás la muerte me atraparía antes. La visita a Natur, el valle y tú no muerte ha reordenado mis prioridades.

Estaba muy afectado, y yo tomé la pipa de su mano, serví té y aspiré. Con la mayor sinceridad y comprensión, comenté:

—Amigo Toro, las personas en ocasiones somos criaturas enfermas de nostalgia, es más, la mente pasa gran parte de su tiempo evocando recuerdos y, lo que es peor, hay quien cae en esos pensamientos obsesivos que nos anclan ciegamente al fracaso del ayer, o a ese momento del pasado que deseas cambiar. Lo que perdiste ayer ya no existe. Déjalo ir, asume y acepta. El dolor de ayer es una puerta por la que avanzar para reencontrarte con lo que eres ahora, alguien más humilde y sabio que merece ser feliz. Pero en la vida, no todos los momentos son iguales, has vivido y crecido mucho. A la vista está el amor que habéis desarrollado Turk y tú. Una miembro del gobierno Lógico con un aldeano del proyecto Aldea.

»Decías que la vida es un equilibrio entre mantener y dejar ir. Pues *dejar ir* no es solo asumir una pérdida o un fracaso. Es también madurar, cambiar unas ideas por otras, crecer interiormente e incluso enfrentarnos a nuestros valores. Es uno de los más grandes aprendizajes. En ocasiones, asociamos la idea de dejar ir a tener que aceptar un fracaso emocional o una pérdida personal cuando, en realidad, las personas practicamos este concepto a lo largo de toda nuestra vida sin trauma. Madurar es concebir nuevas ideas y enfrentarse incluso a nuestras propias palabras y hechos de antaño... La persona que éramos hace ciclos ya no será igual a la que hoy ves cada día encerrado en esta forma de vida que no hemos elegido. El aprendizaje vital, emocional y la simple cotidianidad te han hecho desprender de cosas y asumir conceptos nuevos...

Mientras hablaba, nos íbamos serenando. El intenso recuerdo de los Seres amados y la Aldea se hacían llevaderos. En mi retina, pude ver a mi tutor sentado en el tocón mientras observaba el cosmos. Para concluir, añadí:

—Como ves, amigo, todos nosotros dejamos ir pequeñas cosas cada día. No obstante, las más grandes son siempre las más dolorosas. ¿Cómo dejar ir de nuestra mente y nuestro corazón, por ejemplo, a esa persona que antes llenaba nuestra vida?



»Hay vacíos que duelen y enferman, huecos en los que nos podemos perder si no somos capaces de desprendernos de eso que causa más dolor que beneficio. No te aferres a algo que te causa dolor y que no funciona. No tires de lo que no cede... Déjalo ir, la vida seguirá fluyendo y te traerá más opciones. Más oportunidades.

Muy calmado, Toro se acercó a mí y me susurró al oído, acariciando mi cuello con pasión:

—Sí, amigo Lao, pero tras la Asamblea... nos marcharemos de la Cúpula, y dejaré a Turk para quizás no volver a verla nunca más... Y tú... ¿Tú qué quieres hacer?

Toro me retaba con un propósito. Había asumido la pérdida de su amada en nombre de un destino por el que quería vivir. Nunca me formulaba preguntas tan directas dirigidas a mi individuo. Ante este tipo de cuestiones, en las que la mente debía situarse en un supuesto futuro, mi parte más humana debía tomar partido. Tras la última parrafada, era evidente que estaba ausente. Debía encontrarla para detectar mis prioridades. Me esforcé en visualizarlas, y dije:

—Querría ver a Teo.

Toro respiró profundamente, hallando paz en su corazón y certeza en su camino. En ningún caso me incomodó, me sentía como una herramienta llevando a cabo su cometido perfectamente. Mi amigo apuró la pipa mientras seguía viendo vídeos de opiniones, hasta esperar el cierre de la participación ciudadana, con intención de intervenir en la Asamblea. Algo llamó poderosamente su atención, y tosió un par de veces al ver a Turk proyectada, expresando su opinión:

—Todo proceso natural y tecnológico conlleva una disminución de la disponibilidad de la energía restante. La energía no puede ser creada y, una vez usada, queda disipada, sin utilidad. Las leyes fundamentales del mundo fijan los límites de la innovación tecnológica y el adelanto humano. Una especie en interminable crecimiento es insostenible. El sistema de Clan Hermano tiende a imponer las reglas políticas y económicas tanto para sí como para las sociedades colindantes. Para ello, se valdrá de su poder coercitivo con políticas interesadas, reforzándose militarmente y forzando sus métodos económicos. Además, como medida de alienación a su población, ejercerá su poder persuasivo, creando una ideología de vida con aspiraciones vanas que fomenten el sistema del capital, y una cultura que justifique los actos que acompañan al crecimiento insostenible. Las personas, incluidos los dirigentes que ya han aceptado su medio y entorno, asentarán sus políticas del corto plazo. Ahora bien, cabe subrayar que la actual supremacía estratégica del Clan Hermano no debe afectar a la Cúpula, con precedentes en la historia, ya que todo eso no significa que su hegemonía en el mundo tenga un alcance global e ilimitado. Esto es un consuelo para todos.

»El sistema de capital y crecimiento del Clan Hermano, hasta encontrar un medio tecnológico del que aún no disponen, está directamente relacionado con el trabajo humano y, en consecuencia, con el número de humanos. Cada humano es una responsabilidad ecológica y medioambiental, y su forma de vida, un peligro para la sostenibilidad de todo.

»Pero el número de humanos y sus tasas de crecimiento asociadas al número de individuos delimitan el problema. También la muerte y cuándo se produce, es decir, los ciclos vividos son variables que también hay que considerar.

»Soy capaz de secundar la decisión de actuar para doblegar a un enemigo de la existencia y la sostenibilidad. Pero el crecimiento demográfico, así como su consumo exponencial asociado, están ligados a dos componentes analíticamente separados: los nacimientos y las muertes. Opino que la medida masiva debe aplicarse sobre los nacimientos, que imperativamente se verán disminuidos de forma drástica en un breve plazo de ciclos.

»Mis predicciones sociológicas plantean un horizonte con pocos ciclos de infertilidad en sus regiones antes de que sus sociedades entren en un colapso, evidentemente inducido por la sensación de extinción de sus Seres. La inmensa mayoría verá la existencia vacía, inútil, sin perpetuidad. El capital adquirido por el trabajo no tendrá sentido para ellos, serán obligados a liberarse de ataduras, de su propio Ego, volviendo a priorizar sus acciones cotidianas. Se reagruparían en comunidades más pequeñas con modos de vidas afines para poder aplicar un gobierno funcional. En cambio, los más apegados a su Ego y a la experimentación real lucharán para conservar su estilo de vida, por conservar el orden del Núcleo, las normas de capital y mercado. Los funcionarios del Gobernador Bigo, apoyados por las clases altas y el poder, focalizarán sus esfuerzos en que nada cambie, en que el sustento de la sociedad continúe alineado con el sistema que tanto ha cuidado de ellos. Se volverán un estado fuertemente militarizado, pero estarán desbordados por el caos que se habrá apoderado del Clan Hermano.

»Por eso propongo mermar su fecundidad de una manera masiva y pasiva. Hace ciclos que desarrollamos un prototipo de inducción de frecuencias magnéticas que resonaban con las células indicadas, llevándolas a un estado de vibración que morían por sobrecalentamiento. Definimos una relación entre célula y frecuencia, cuya mayor complejidad era encontrar los armónicos particulares y la calibración de las revoluciones. Los detalles están publicados en el portal. Cualquiera de sus dispositivos puede valernos como medio para llegar a la población del Clan Hermano. Sufro por las consecuencias de tal propuesta, aunque espero que el gobierno Lógico y la Asamblea, con las herramientas perfectas para optimizar la solución, avancen en este sentido. Saludos a todos los habitantes bajo la Cúpula.

Las sinceras palabras de Turk contenían pasión y lógica, parecían anteponerse a la historia como una deidad superior. Me sorprendió la capacidad de los seres de Tecnos que, como dioses, tenían la intención de guiar el libre albedrío y domar al Clan Hermano. Me fui a dormir y pronto descansé feliz. No especulé ni por un instante, con la certeza de que para el Maestro Lao ya no existía el futuro. Pronto, todo se convertiría en pasado.

#### **6.4. La Interpretación de Tecnos**

Tuve un sueño evocador: me había infiltrado como un observador en la vida de Heny, y a través del Cónclave podía disponer de la experiencia vivida por cualquier Alma que transitaba por el mundo. Soñaba que participaba en la Interpretación de una manera etérea, y que Aurora me entrelazaba con otras personas decisivas en la Interpretación. Era tan lúcido que sentía el aire entrar por la ventana. Me levanté con intención de cerrarla, y al poner ambos pies sobre la moqueta, aún sentía ese vínculo con la Interpretación.

Me encontraba bajo la Cúpula donde Heny había desarrollado su vida, y su vida tras la vida. Por la ventana, noté que una especie de insecto entraba revoloteando, pero en realidad se trataba de una pequeña esfera, como una de las canicas con las que jugaba en la Aldea, con una luz roja. Me levanté sin perder mi sueño. Esta empezó a husmear a mi alrededor, y su luz se proyectaba sobre mi cuerpo. Pensé en la asombrosa tecnología que los habitantes de Tecnos habían desarrollado, y en lo complejo que era usarla para un último fin. Era difícil intuir de qué modo estaba todo relacionado con la Interpretación, pero sentía que debía encontrarme con Heny cuanto antes. Lo invité a salir antes de cerrar la ventana, miré al edificio Óvalo, y pareció dirigirse hacia este. Seguí su luz roja en el cielo bajo la Cúpula hasta que se perdió con otros brillos de la noche.

No volví dormirme. El sueño también había sido esclarecedor, por lo que muy animado, aproveché la quietud de la noche para asearme. Salí vacío y limpio. Preparé té y organicé un espléndido desayuno para mis anfitriones. El té necesitaba más reposo, pero me lo serví porque ya aparecían los primeros rayos de Sol y quería verlos entrar en la Cúpula. Salí a la terraza para contemplar un amanecer inusual, nada que ver con el mar de Origen. Escuché ruido en el interior, y fui a servir el desayuno.

Turk llegó la primera. La aplicación de su propuesta de medida masiva había sido seleccionada como plausible, por lo que participaría de forma activa en la Asamblea como una de las opciones; ella se sentía satisfecha por ello. El ambiente se tensó cuando Toro entró. Rápidamente, percibí que mi amigo le había comunicado la intención de marcharnos de Tecnos después. Turk no estaba enfadada, más bien confusa con respecto a sus emociones. Supongo que las decisiones como aldeanos del proyecto Aldea no eran los planes de futuro que ella tenía en la cabeza. Toro sabía que Turk era muy importante para él y para todos, por lo que el asunto era muy delicado, y el Maestro Lao tenía la certeza de que ella también era vital para la Interpretación.

Esta vez no salí vestido de turista. Simplemente salí a la calle a pasear, aunque mi actitud era muy parecida a la de un turista. Faltaban cinco días para la Asamblea, los habitantes estaban expectantes y felices, pues representaba un gran hito para todos. Heny seguía ausente, pero muchos tenían la esperanza de verlo como máxima autoridad del gobierno Lógico en el evento, con la ilusión de escuchar una vez más su excelente dicción y oratoria, aunque fuera en la carcasa de una máquina, como lo llamaban en Tecnos. Los habitantes con capacidad de voto en la Asamblea tenían el compromiso de documentarse. Esos días electorales los convertían en un estudio continuo de todas las propuestas presentadas; los medios de información estaban volcados en ello, la actualidad mandaba.

Entré en el parque central, grande y extenso. Estaba repleto de gente, que realizaban muchas actividades diferentes. Un anciano muy bien conservado, sentado bajo una palmera del oasis junto a una estación de pedaleo, esperaba silenciosamente a un compañero para jugar una partida de ajedrez. Varios estudiantes escuchaban con mucha atención a Morgana, que enseñaba física. En particular, hablaba de la fuerza que los cuerpos se ven obligados a sufrir como consecuencia de tener masa, y la gravedad que rige el movimiento de los cuerpos celestes en el universo. Muchos individuos descansaban tumbados mientras leían en sus pantallas o hacían algunas gestiones. No me aburría de verlos vivir. Muchos habitantes

notaban mi particularidad como individuo dentro de su sociedad, pero simplemente lo obviaban, ni siquiera los niños se veían empujados por la curiosidad.

Las charlas cada vez más estaban más documentadas, las personas conocían los datos y cada una de las propuestas. Se formaban debates muy sanos donde la gente solo buscaba la solución de compromiso más lógica en la medida de lo posible. Disponían de un sistema de votación para ir valorando las diferentes propuestas. Me llamó poderosamente la atención que las más destacadas fueran la del Ingeniero Jul, que representaba la postura del gobierno Lógico, y *la de la responsable del clausurado Departamento de tecnologías empáticas*, la Doctora Turk, como escuché decir a un joven. Su extrema empatía por la percepción de sus semejantes hacía quizá que fuera considerada como la persona que, de alguna forma, representaba mejor la moral de los habitantes bajo la Cúpula. Toro decía que no estaban acostumbrados a eso, y que votaban generalmente para temas operativos en los que la moral nada tenía que decir, por lo que Turk simplemente lideraba una corriente de opinión en Tecnos divergente de la del gobierno Lógico.

Eran propuestas muy diferentes. Básicamente, Turk quería actuar sobre la fecundidad, es decir, sobre los nacimientos. La propuesta oficial del gobierno Lógico estaba mucho más detallada, con un análisis de riesgos más fiel y completo, con modelos más precisos y con menor incertidumbre, más focalizada en los resultados de la medida masiva que en la propia medida. Su opción se basaba en disminuir la población vertiginosamente, afectando al sistema de capital del Clan Hermano. A corto plazo, utilizando unas armas que ya tenía disponibles para las defensas de la Cúpula, con las que destruirían regiones completas del Clan Hermano. En cualquier caso, tras la aplicación de la medida masiva y su seguimiento futuro, el exterior de la Cúpula debería encontrar su propio camino. Volvería a imperar el libre albedrío, que se iría regulando en función de la situación y, por supuesto, no permitirían daño alguno a Tecnos. Esta postura se entendía como la opción más segura para afianzar la hermeticidad de Tecnos.

Estuve ocupado leyendo documentación y viendo vídeos, y compartí algunas ideas con Turk que incluyó en su discurso una vez que ella misma las hubo meditado. Toro, tras votar que no participaría, se mantenía distante y se dedicaba a cerrar asuntos, pues su decisión de machar tras la Asamblea era firme. La idea de volver con Toro era una visión que me llenaba de vida, cargada de esencias y emociones de tiempos pasados de antes de salir de la Aldea. Nada de lo ocurrido en el ritual de Aurora había sido mi voluntad, pues en realidad correspondía a la voluntad de muchas Almas que habitaban el Cónclave. Sentía que la vida tras la vida pronto hallaría su destino, y eso no parecía ser ningún recuerdo pasado.

El penúltimo día fue increíble. Los habitantes hablaban con más datos, de forma más rigurosa, y particularizaban las propuestas. Repetían y extendían los argumentos de personajes influyentes, mostrando su afinidad. Parecía que todos hablaban como Morgana. Pude presenciar algunos debates acalorados entre varios habitantes, en los que esencialmente discutían que la medida del gobierno, por muy efectiva que fuese, implicaba alejarse mucho de los Seres humanos: era atentar contra la vida. Las charlas empezaron a ser más emotivas y menos objetivas, por lo que empezaron a aparecer atisbos de pasión entre los habitantes. La tarde se hizo más intensa, e incluso pude ver que un par de individuos se insultaron,

faltándose el respeto el uno al otro. Al instante, Morgana, desde el cubículo más cercano y apoyada por varios vecinos, intervinieron para calmarlos. Morgana volvió a fallar, y dada la frecuencia de sus errores, los habitantes empezaron a bromear. Me gustaba hacer turismo.

El último día antes de la Asamblea se considerada de reflexión y descanso, por lo que no se debía incidir más, y cualquier charla sobre el tema estaba vedada. Pasé varias horas en la plaza de cristal donde se celebraría. Bajo mis pies, el Cenote. Todo olía a oasis, la vegetación era salvaje, me gustaba mucho la integración con la arquitectura de la Cúpula. Estaba muy concurrida por paseantes reflexivos. Morgana no estaba operativa en los monolitos. El orificio central, como un cráter, estaba ocupado por la gran plataforma que flotaba sobre el ojo el Cenote. Su circunferencia lo cubría entero, a escasos centímetros de la barandilla, como un tapón. Sería el oratorio donde los participantes debían intervenir.

Me acerqué al edificio Óvalo. Se veía desde cualquier punto de la plaza, que ya de por sí era muy alta. A su alrededor se concentraba gran parte del núcleo, sin duda era la zona más poblada. Las Arterias principales llegaban allí. Me senté tranquilamente mientras transcurría la jornada, con varias palmeras sobre mi cabeza y mi espalda en uno de sus troncos. Podía ver la luz orientada desde los cristales de la Cúpula, que iluminaban el edificio Óvalo incidiendo en todo su perímetro. Era una sociedad calmada, pacífica, muy pensada. Sus habitantes eran felices y organizados, no sentían clausura. Sus Seres respiraban libertad, pero en el momento presente se impregnaban de trascendencia. La medida masiva contenía la Interpretación de su sociedad, y en muchos de ellos había despertado una afinidad con respecto a la gente de fuera de la Cúpula inusual en su cultura. La sensación de cambio era muy notable. La duda se palpaba, pero la sentían como una incertidumbre positiva, como una oportunidad de renovarse. Otros, como un deber hacia su sociedad y su conservación, aunque muchos ya estaban posicionados.

Imité el gesto de otros y me tumbé sobre el tupido jardín, observando las nubes atravesar el hueco de su corona. Los rayos de luz cruzaban la visión directamente. Absorto, fui cayendo en una meditación profunda. Sentía el Cónclave en mi interior, disponible. Las conversaciones que Aurora pudiera haber mantenido con Heny durante su venerable amistad, mezcladas con mis propias vivencias. Perdí consciencia de mi entorno y mi cuerpo y me quedé dormido. Lo sentí cerca, esperándome cautivo. Me era difícil esclarecer qué significaba en el plano de la existencia, aunque sabía que lo desvelaría cuando se produjera nuestro encuentro. Pronto, una intensa luz se filtró por mis párpados con tal intensidad que, en un instante, me devolvió a la realidad. Sentí mucho calor, como si estuviese cerca de una hoguera. Con las manos cubriéndome los ojos, me levanté y, enfrente de mí, solo pude ver brillar el edificio Óvalo. Un instante después, la luz desapareció. Estaba cegado, tardé varios segundos en recuperar una visión nítida. Volví al piso junto a mis amigos.

Pasamos la tarde ultimando asuntos, cada cual el suyo. La Asamblea sería por la mañana, y por la noche Toro marcharía. Su idea era coger el tren de levitación en dirección este y apearse en la Cruz. El tránsito desde la Cúpula a la estación lo haría en un vehículo oficial. Mi corazón palpitó, gritando: «eso está a pocas jornadas de la Aldea».

Turk estaba nerviosa y triste por la marcha de su amado. Mi amigo, a cada hora que pasaba, estaba más feliz por emprender el viaje, aunque no lo mostraba frente a ella por

deferencia. Su compañera lo tenía todo preparado para su participación, notas de apuntes para el debate, y el discurso en forma de proyección en la que se presentarían las propuestas para, después, hacer una votación formal, en vivo. Los artilugios más preciados de Toro, que había acumulado durante varios ciclos, estaban perfectamente empaquetados. Esperábamos a un servicio de transporte de mercancías para trasladar el equipaje a la estación. Tenía intención de llevarse más de lo que podía cargar un peregrino.

Empezamos a cenar una deliciosa sopa que había preparado Toro con los últimos alimentos que aún teníamos del valle. Estábamos sentados cómodamente, en silencio. Turk no levantaba la mirada del plato mientras sorbía lentamente. Sus emociones eran volátiles, saltaba de una preocupación a otra. Tenía la mente muy inquieta, y se la notaba estresada. Ella nunca había vivido y sentido tan intensamente. De hecho, el amor entre los habitantes bajo la Cúpula se entendía como una relación entre individuos mucho más abierta, sin demasiados vínculos o necesidades mutuas dentro de la pareja, con menos pasión carnal y más intelectual. Con Totoro eso no estaba tan controlado, mi amigo aldeano era pasional. Debían separarse, eso era inevitable: cada cual era quien debía ser.

Entonces, algo me animó a percibir sus vidas futuras. Tenía miedo de encontrar fragmentos que desvelasen más de lo que debía ver, pero el contenido de certera ficción me ayudaba a no participar ni retener cualquier vínculo con el Maestro Lao. Ambos se amaban, y su amor no moriría, sino que se había transformado en ellos mismos. Sus pasos siempre serían por la misma causa. Emanaba una verdad tan profunda que la compresión de sus realidades me trajo la aceptación; pude ver que en su destino también se les otorgaría un reencuentro. Las esencias cambiaron, y Turk parpadeó varias veces, tomando conciencia de su abstracción. Me miró con ojos de adoración, como quien percibe un milagro. Se humedeció los labios, tragó saliva, levantó su rostro del plato ya vacío de sopa, y dijo en tono sobrio:

—¿Sabíais que ningún nacido bajo la Cúpula ha salido de ella desde tiempos de su fundación sobre el Cenote? En todo este tiempo, todos los habitantes han sabido vivir felices y desarrollar sus vidas bajo la Cúpula. De alguna manera, los límites de Tecnos han marcado una frontera física que ayuda a la comprensión de nuestra sociedad. Para nosotros no existen ilusiones que puedan ser desarrolladas fuera, ni conocemos sus normas y costumbres, eso nunca nos ha importado. La medida masiva se aplicará independientemente del cómo, el «sí» de la votación anterior es lo que verdaderamente nos ha definido. En la Asamblea de mañana solo se decidirán detalles de la sociedad futura que queramos ser. Lo que subyace es que el gobierno Lógico, y todos los habitantes bajo la Cúpula, entendemos que nuestra sociedad tiene capacidad para decidir sobre las vidas de otras personas y otras sociedades. Por muy lógico que sea el motivo, esta verdad es evidente.

Turk tenía el semblante firme, parecía estar cargada de sinceridad. Desprendía valentía y decisión en la autocrítica. Toro tenía los ojos completamente abiertos, generando ansiedad por el presente y aguardando impaciente el momento. Cada vez quedaba menos tiempo, y no sabía cómo facilitar mi encuentro con Heny. Su amada le cogió de las manos y le propinó una sonrisa que actuó como un bálsamo. Tras una breve búsqueda en su pantalla, proyectó un escaneado de un libro antiguo en papel. Turk comentó:

—Son los textos del Clan de los Sabios originales: «El no hacer se asocia a menudo con el agua y su naturaleza pasiva. Aunque el agua es blanda y aparentemente débil, tiene la capacidad de erosionar lentamente la roca sólida. El agua no tiene voluntad. Por ejemplo, voluntad de ajustarse a una forma, oponiéndose a la madera, piedra o cualquier material sólido que pueda ser roto en pedazos. Puede, no obstante, llenar cualquier contenedor, tomar cualquier forma, fluir hasta cualquier sitio e incluso escurrirse por los agujeros más pequeños. Cuando se divide en miles de pequeñas gotas, el agua aún tiene la capacidad de unirse de nuevo y, en ocasiones, formar parte del inmenso océano. Es, por tanto, la práctica del pensamiento de no hacer un modo de actuar que no deja trazas en la naturaleza. Invisible, armonioso y que no se delata a sí mismo. Una especial forma de fluir sin influir, de vivir sin interrumpir, y de favorecer sin impedir...».

Me sorprendió gratamente, y la tomé por la muñeca, fascinado. Turk dijo:

—La información que contienen estos dispositivos no podría ser replicados en papel en su totalidad, porque no existen árboles suficientes, ni cabría en la biblioteca más grande que jamás haya existido.

Necesitaba comunicarme con ella, así que le dije pausadamente:

—Es un aspecto fundamental entender que todos los Seres que obran acorde al Camino Integral, se ven bendecidos por una forma de clarividencia más adecuada al sutil proceder. Ese «no hacer», no actuar, ni mucho menos forzar, si bien se ha de distinguir que no es lo mismo «no hacer» que «no hacer nada». Es como las plantas que crecen y no hacen esfuerzos para crecer: simplemente crecen. Sería, pues, una forma natural de hacer las cosas, sin forzarlas con artificios que desvirtúen su armonía y el principio de la Fuente. Podemos resumir el pensamiento del «no hacer» como «dejar estar» o «dejar fluir». La aceptación del mundo por medio de la aceptación de sus reglas naturales, disponibles en la Verdad Sutil, que no se deben tratar de cambiar para alcanzar mayor bienestar, ya que con esas acciones solo conseguimos desequilibrar, obteniendo al final todo lo contrario de lo que pretendíamos: incompreensión y sufrimiento.

»El mundo, la experimentación real como parte del Todo, ya funciona armoniosamente de acuerdo con sus propios principios, no existe gobierno que pueda cambiar esto. Cuando el Ser enfrenta su voluntad contra el mundo, altera la armonía que ya existe, alejándonos del Equilibrio. Esto no significa que las personas deban renunciar a su voluntad. Más bien, se trata de cómo actúan en relación con los procesos naturales críticos existentes.

»A medida que uno disminuye su «hacer», entendiéndolo como las acciones intencionadas encaminadas a beneficiarnos, o dirigidas a cambiar o apartar el mundo de su estado y evolución natural, uno disminuye todas las acciones cometidas contra del Camino Sutil, la armonía natural ya existente que hemos de respetar como cada cosa o no cosa.

Turk se levantó y me abrazó. Contenta y nerviosa, dijo:

—La inferencia... ¡La inferencia...! Heny necesita alguna premisa para fundamentar sus conclusiones, provocar sucesos para hacer lógica. Las interacciones del mundo emocional con el físico, con la Cúpula... ¡Toro! Vamos al laboratorio y cuéntamelo todo.

De repente sonó un timbre en la puerta, que se abrió para dejar paso a una plataforma que flotaba sobre el suelo. Turk y yo saltamos del susto, y nos reímos. Toro dijo que era

para el traslado de sus bártulos a la estación. Se paró justo enfrente de nosotros. Portaba un sobre con los anagramas del gobierno Lógico. Impreso en negro, ponía: «LAO». Al abrirlo, encontré una carta que no había sido escrita a mano, donde sencillamente se podía leer:

«Invitación al edificio Óvalo para la Asamblea. Activados los permisos de acceso.

Firmado: Heny, Director del gobierno Lógico.»

Era obvio que no podía demorar mucho más mi visita a Heny, debía actuar de nuevo como sanador, el sutil proceder de la Fuente iluminaba mi camino. Sumergido en esta realidad experimental de tiempos cambiantes, mis pasos eran guiados. No disponía de capacidad para intervenir, tan solo esperar a la solución que nacía del Cónclave y aplicar todo mi Ser a ello.

Turk no podía creer lo que veían sus ojos, y nos miró a ambos aldeanos como si hubiéramos llegado de otro mundo, que era exactamente como yo me sentía. Sin poder evitarlo, lloró sobre el hombro del Toro, alargando su brazo para buscar mi abrazo. Rastreé y percibí todo Tecnos a través de Turk. Supe quién me posibilitaba el encuentro con Heny, y debía ir a descubrirlo por mí mismo.

La noche fue larga, el piso bullía con una actividad fuera de lo normal. De madrugada, preparamos unas infusiones relajantes. Casi nos habíamos olvidado de la Asamblea, la conversación se inclinaba a un plano más empático, profundo y sutil; hablamos de la Fuente, del Cónclave y del Camino Integral. De algún modo, sabía que debía compartir con Turk todas las emociones que subyacían bajo los conceptos que había estudiado. Sentíamos una verdadera unión por algo común.

Dormimos lo justo en el prelude de la Asamblea, y quedamos para marchar juntos. Vi apropiado vestirme con la capa del Clan de los Sabios. Las arterias principales estaban muy colapsadas de gente, e incluso cerca de la plaza del Cenote, el tráfico de vehículos había quedado temporalmente restringido. Se podía escuchar el rumor de la gente al verme como figura de Sofópolis. No sabría decir si me reconocían como el Maestro Lao de la Aldea, pero tampoco lo contrario. Ni siquiera sabía qué era el Maestro Lao para los fieles, era muy pretencioso entenderlo y, menos aún, viniendo de los habitantes bajo la Cúpula.

Turk se quedaría en la plaza, pues finalmente su intervención sería la última. La de apertura sería la del gobierno Lógico, que también tendría una réplica a mitad y al final. Toro sospechaba del orden establecido, que era supuestamente aleatorio, y me llamó la atención su desconfianza. Marchamos en busca del edificio Óvalo. Cruzar la plaza sería imposible con tal cantidad de personas, por lo que la bordeamos. La zona alrededor del edificio estaba vacía. Nos encaminábamos a la puerta principal, cuando estas se abrieron de par en par. Un grupo de al menos veinticinco o treinta personas salían a pie, todos con unas túnicas azul oscuro adornadas con motivos de la Cúpula de Tecnos. Era una nutrida selección del gobierno Lógico, que participaría en la Asamblea, y nos apartamos para no llamar la atención. Entre ellos destacaba una figura por su envergadura y sus movimientos: un cuerpo metálico exactamente igual al que portaba Heny, y que había usado en el encuentro en Origen. Se desplazaba junto al resto sin querer llamar la atención y, sin duda, no portaba al Director Técnico. Cada hombre y mujer del grupo emitía serenidad, sin emociones desbordadas, como atendiendo un asunto rutinario. Toro se marchó para apoyar a su amada, y yo



me encaminé lentamente a la puerta principal. El edificio Óvalo era imponente, sus cristales se tornaban de oscuro a translúcido, la luz estaba orientada hacia la plaza y lo había dejado en un segundo plano.

Turk me había explicado lo que tenía que hacer. Junto a la puerta había una máquina de identificación, y al pasar mi muñeca, la puerta se abrió. Entré en el recibidor. Varias personas, en unos puestos de trabajo frente a sus pantallas, parecían estar muy ocupadas, todas sentadas tras una enorme mesa en forma de media luna. No era un espacio techado, y al alzar mi cuello mirando al cielo pude ver todas las plantas, hasta la última. Un sistema de elevación con cubículos acristalados subía y bajaba hasta todas ellas. Todo estaba muy tranquilo.

Me acerqué a la mesa, y una chica, al verme, me hizo un gesto solicitándome mi permiso. Le entregué la invitación, hizo unas comprobaciones, sus ojos parecieron salirse de las cuencas por un instante, y después respiró muy aliviada. Todo iba bien, sin cruzar su mirada con la mía me señaló los elevadores. Me acerqué y repetí el gesto de los otros. El cristal se abrió ampliamente, y miré hacia atrás y nadie me percibía, así que introduje ambos pies dentro. Casi sin sentirlo, empecé a subir. Miraba abajo y la mesa empezaba a ser pequeña.

Mi vista a través de los cristales del edificio Óvalo ampliaba la visión de Tecnos, pues a medida que subía podía verlo todo bajo la Cúpula. Era impresionante la congregación humana que se había dado cita en la plaza del Cenote, repleta de personas dispuestas a crear. Fascinado, no noté que llevaba parado en el último piso desde hacía un rato. El edificio parecía tener vida, o capacidad de percibir parte de ella, y vibraba de emoción como preludio de un día tan especial. Mi parada no daba acceso a ningún pasillo, pero a mi espalda se abrieron unas puertas del elevador. Un breve corredor a modo de cuesta que subía uno o dos niveles más acababa en una puerta de doble hoja, junto a un monolito en el que pronto apareció Morgana. Su holograma parpadeaba, y emitía ruidos de interferencias, pero parecía luchar contra ellas. Tartamudeando con una voz entrecortada, solo pude entender:

—... lu... dos... Acceso dene... ga... saludos. La... ac... nega... salu... dos... Acceso dene... ga... saludos. O... ac... nega...

Su imagen quedó fija unos instantes, luego parpadeó un par de veces, y las puertas se abrieron. Morgana, rápidamente, dijo:

—El Director Técnico de Tecnos le está esperando. Le recuerdo que su estado de salud es muy limitado. Por favor, no traspase la zona restringida.

La brisa que llegaba desde dentro a través de las puertas arrastraba un olor totalmente neutro, sin carga orgánica. Me adentré unos pocos metros, y las puertas se cerraron detrás. No había techo, la sala era la cima del edificio Óvalo: una bóveda acristalada desde la que se veía el cielo limpio del desierto. Se divisaba la totalidad del núcleo bajo la Cúpula, los edificios parecían pequeños. Todo era diáfano, y en su centro se podía ver un recipiente que contenía un líquido burbujeante. Su forma era también ovalada, como la mitad de un huevo, que descansaba sobre una base con innumerables botones y pantallas. Un haz de luz azul, como vaporosa, fluía entre el huevo y el edificio. Al unirse con el cristal, era absorbido por la bóveda del edificio Óvalo, y el color se difuminaba hasta hacerse transparente.

Di unos pasos al frente. El denso y viscoso líquido confinaba un cuerpo humano inmóvil. Como envuelto en un sueño, me aventuré a dar más pasos. El cristal de semihuevo no parecía estar en contacto con el fluido, sino que forzaba al líquido a adoptar una forma concreta. Su superficie ondulaba intentando conservar los trazos curvos, como si de una placenta se tratase. Me fui acercando pausadamente, las luces se encendían y apagaban. Había una única mesa de trabajo, que parecía confortable.

Nada ocurrió. El Sol se filtraba por los innumerables cristales del edificio Óvalo. Exploré el perímetro de la sala, desde donde podía ver perfectamente la plaza sobre el Cenote repleta de gente inapreciable. Volví a acercarme lo más cerca posible, y me paré en el límite marcado por un perímetro circular en rojo que claramente era la zona restringida que había indicado Morgana. Podía ver el cuerpo en detalle. Parecía estar atrofiado, más pequeño que la cabeza, desproporcionada. Tenía los ojos cerrados y los miembros encogidos, en postura fetal. Mi primera impresión es que necesitaba asistencia médica. Sin pensarlo, me adentré con la intención de examinarlo, infringiendo el mandato. Morgana volvió, y alzó una voz digital que ya había escuchado a través de las mandíbulas metálicas de Heny, su tono era idéntico. Pero algo no era como debía ser, me dejó perplejo y di un paso atrás:

—Bienvenido, Maestro Lao. Por favor, no infrinja la zona. Espero que a estas alturas de la vida que se te ha concedido hayas podido entender el papel de Tecnos en la Interpretación de Aurora. La Asamblea va a comenzar, el ingeniero Jul abrirá con la propuesta del gobierno Lógico, que espero sepas comprender. ¿Sabes a qué se debe tu presencia en la Cúpula?

En la pantalla de la sala empezaron a mostrarse imágenes de la Asamblea desde diferentes puntos de vista. Planos cercanos, aéreos e incluso desde la parte inferior de la plaza. La cara de circunstancias de la gente indicaba intensidad. Todos habían aceptado la necesidad de intervenir por medio de la medida masiva, lo cual ya me sorprendía como observador. Podía ver a una sociedad que estaba participando en una decisión que afectaba a todos los habitantes del mundo, y muchos eran conscientes de que eso suponía crear una realidad nueva. No contesté.

Intenté encontrar algún contacto emocional con su Ser, buscando su consciencia. Reflexioné junto a su cuerpo, conservado como un pepinillo en un bote con vinagre. No se podían juzgar las decisiones del gobierno Lógico en el fin de ciclo. Su aportación como colectivo de Almas a la experimentación real definía el papel de Tecnos y de su Director Técnico dentro de la visión de la Intérprete Aurora. El Maestro Lao, como Aldeano del proyecto Aldea, era una herramienta para guiarlos a una solución más propia de la Fuente creadora de realidades, y lo era porque muchas Almas así lo pensaban. Pero en aquel momento, como en cualquier otro, eso carecía de importancia. Una herramienta es un útil que se usa con un propósito, pero no aporta inteligencia, no aporta mente, no aporta individuo. Me era imposible percibir rastro humano. Seguía sin poder articular palabra hasta encontrar alguna emoción. Morgana volvió a comunicarse, pero esta vez con su voz normal:

—No eres muy conversador, ¿verdad?

Trataba de llamar mi atención sin éxito, por lo que siguió insistiendo, esta vez con información más jugosa:

—Desde la muerte de Aurora, algo ha ocurrido con Heny. De algún modo, nuestro equilibrio, que hemos logrado mantener desde hace ciclos, ha desaparecido. Ahora los algoritmos no convergen, no hay función objetivo...

Sentía que Toro llevaba razón, que estaba allí porque Aurora así lo había interpretado, y que Heny me esperaba. No tenía prisa.

Miré por la ventana, lo que acontecía se veía también en la pantalla. Había muchos habitantes en torno a una plataforma que levitaba en el hueco sobre el Cenote, donde estaban los intervinientes. En ese momento, estaba hablando un hombre que defendía una propuesta aún más agresiva que la del gobierno. Tras esbozar la propuesta debía responder preguntas, si las había, aunque generalmente el candidato no aportaba nada nuevo, porque ya había presentado toda la documentación en el portal digital. Era como una especie de ceremonia antes de que los habitantes bajo la Cúpula pudiesen votar.

La siguiente propuesta consistía en atacar con químicos esparcidos mediante drones, que serían respirados involuntariamente por los habitantes del Clan Hermano y sus regiones afines, mermando su población con muertes, y también afectando a la fertilidad de las personas. Esta opción mixta gustó, pero no tenía unos modelos predictivos fiables, y se parecía mucho a la del gobierno, aunque esta no pretendía alterar la fertilidad, solo la demografía. Los tertulianos decían que los químicos propuestos por el gobierno eran mucho más certeros, y que además provocarían una muerte instantánea, mientras que los otros traerían una muerte dolorosa.

Se compartieron varias propuestas más de medidas masivas del mismo estilo. Todo parecía un teatro, y nadie abordaba el asunto desde un punto de vista moral ni, por supuesto, desde un plano emocional. Morgana estaba ausente, y me di cuenta de que quizás no disponía de mucho tiempo para hacer lo que había venido a hacer. De repente, el cuerpo décrepito de Heny dio varias convulsiones. El ingeniero Jul se incorporó a la Asamblea, y los asistentes lo laurearon con unos pocos aplausos, pero eso era casi un signo de euforia en Tecnos.

Seguí guardando silencio, y presté atención a su presentación sin moverme de la pantalla. Su discurso solo me transmitía información lingüística, pero para un Ser empático no era un protocolo de comunicación completo, no tenía un respaldo emocional que proporcionase la verdadera esencia de la comunicación y la intención, la única fiable que podía definir a la persona y permitía entenderla profundamente. De alguna manera, representar a un colectivo mataba al individuo y a sus emociones, solo la lógica imperaba. Expuso y argumentó su propuesta, y comentó por qué el gobierno se declinaba por cambiar un arma como elemento ejecutor de las muertes, por el esparcimiento de químicos. Fue sincero al decir que los datos registrados por los sistemas de información de la Cúpula demostraban que Tecnos tenía un compromiso con el dolor infligido a la población del Clan Hermano, por lo que secundaba esa tendencia. Tenía la certeza de que no se había equivocado en ningún dato, y no escondía nada detrás de él. La carne en forma fetal volvió a dar varios espasmos en su burbuja. Para un aldeano, o para cualquier otra persona, la situación era difícilmente interpretable.

Sumergido en la puesta en escena del último piso del edificio Óvalo, el tiempo pasaba rápido. Los habitantes aplaudieron la brillante intervención con no más de diez aplausos. Sin tan siquiera una mueca, el Ingeniero Jul se retiró y dio paso a la siguiente propuesta, la de Turk, que intervendría como última participante de la Asamblea. Posteriormente, solo quedaría una posible réplica del gobierno. Morgana mantuvo el silencio hasta ese momento, y entonces dijo:

—Todos hemos de aceptar nuestros errores, Lao. Creíamos que el Clan Hermano continuaría bajo el control de Tecnos sin alterar la Cúpula, creándoles una dependencia tecnológica, pero esta Asamblea es consecuencia de la poca eficacia de nuestras predicciones. Las políticas llevadas antaño han resultado ser un fracaso. El Orbe, que era la esperanza del proyecto Aldea, se ha volcado en nuestra contra de una forma tan rápida y violenta como incontrolable. Las tecnologías empáticas no van de la mano de la lógica, no han de usarse para una correcta gestión de la sociedad. La Interpretación de Aurora ha fracasado, yo he fracasado, el Maestro Lao ha fracasado... Los conocimientos logrados, que pueden servirnos para adquirir nuevos conocimientos, constituyen nuestro saber. Y debemos estar dispuestos a incorporarlos, poseerlos y actualizados... pero no hemos de sufrir más. En breve, el gobierno Lógico asegurará la sostenibilidad de la Cúpula, como símbolo y primer paso del Equilibrio del mundo. Todos entenderán que no existe órgano más cualificado que el gobierno Lógico bajo la Cúpula para gestionar el futuro del mundo y sus sociedades, todos al servicio de un bien común y sostenible reglados por la LÓGICA.

A pesar del sonido digital, se notaba una entonación de euforia y no desprovista de rencor, pero no se sentía el contenido, el motivo último que define nuestras decisiones, nuestro Ser. Su talante distaba mucho del Heny con el que me topé en Origen. No era capaz de lograr una comunicación sutil, no había esencia que captar ni emociones que interpretar o compartir, no había un Ser tras aquella charla. Milímetro a milímetro, fui avanzando de forma casi imperceptible. Observaba aquel cuerpo y pensaba en que todos los Seres vivos tienen la capacidad de sentir el mundo y de moverse en la naturaleza, su entorno. Sin embargo, los Seres humanos tienen además la capacidad de pensar o razonar, o, en otras palabras, de ordenar sus sensaciones y emociones. Debía sentir a Heny de manera consciente. Me encontraba frente a un Ser un tanto peculiar, para la que no existían referencias o experiencias previas. Dudaba de cuánto quedaba de humano y, aún más, de cuánto quedaba de su Ser. Prosiguió:

—Lao, si te sientes más cómodo, puedo simular emociones más intensas en mis palabras... ¿Sabías que en la anterior Asamblea se decidió volcarme en los sistemas de información de la Cúpula? Como una deidad perfecta que dotaría a un maquina lógica de emociones, de Alma, de una consciencia. Imagínate un Ser con posibilidad de computar millones de procesos y cálculos en segundos, capaz de disponer de toda la información que existe para tales procesos... Siempre se aproximaría a la mejor solución de una manera lógica. Ahora esto es posible: una máquina inmortal que asegurará el futuro a todos los Seres del mundo. Cuando los habitantes de la Cúpula votaron «sí» a la medida masiva, todos aceptamos el cambio de paradigma de nuestra sociedad y nuestro mundo. Aurora quería hacernos entender que no

seríamos herméticos, y la evidencia le ha dado la razón. Pues ésta es la transformación que surge en el nuevo escenario, en el cambio de ciclo. Restauraremos el Equilibrio.

Sus palabras eran hedonistas y ensalzaban el Ego. Esto no podía ser propio de una máquina o un programa, parecía haberse autoproclamado un Dios. Otra sacudida hizo que su cuerpecito desplegara ligeramente sus extremidades. Solo cuando mencionaba a Aurora notaba un leve aroma a una esencia reconocible. Recordé el sueño evocador donde veía a Heny charlar con la Intérprete, que delegaba en él. En cierta manera, como hacía con todos. Sentí la necesidad de atender a ese cuerpo flotando, de sanarlo definitivamente. Sus frágiles dedos se movieron, su cuerpo atrofiado era una prueba de que había sido humano. Su voz emulada prosiguió:

—El cerebro de Heny es el sustento físico de la consciencia de la Cúpula. Morgana es el motor de la Cúpula que controla cada *parpadeo* del sistema, las acciones rutinarias y necesarias. Todos debemos regirnos por el cerebro, cada interviniente debe colaborar, el cerebro ordena y controla a otros órganos del cuerpo, y nadie duda de su voluntad. ¿Por qué no extender ese concepto al mundo? Si en la Cúpula ha funcionado, en el mundo debe ser un modelo válido también. El cerebro es el hogar de la Lógica.

De pronto me impregné de una lástima extrema por la existencia de aquella forma de vida, clausurada en una mente infinita como parte de un dispositivo en el que todos habían delegado. Tecnos era un sitio admirable, sus habitantes vivían armoniosamente a pesar de su aglutinación y la dificultad que eso entrañaba. Con labores muy dispares, todos entendían ser parte de un todo, de la Cúpula. No juzgaba las palabras de Morgana, con toda probabilidad estaba diciendo la verdad, su verdad. Necesitaba algo más tangible para llegar a su Ser, y le dije:

—Aurora... Aurora... Aurora...

Cada vez que pronunciaba el nombre de la Intérprete, este parecía hipnotizarme. Me iba quedando preso y cautivo, rígido, como si algo me apresara. Un ruido ensordecedor llegó desde otro plano, y unas luces rojas titilantes me mostraron imágenes de la vida de Heny. Sentía que era un hombre maravillo, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo.

—Aurora... Aurora...

La esencia limpia de un gran Maestro se mostraba en lo más profundo de algún lugar de aquella emulación, y me guiaba interiormente a reflexionar sobre la existencia de todos los Seres, aferrados a la vida para conservar algo que no les correspondía. Una motivación superior que los obligaba a existir por encima de cualquier otra forma de vida. Sometidos a vivir.

Escuché la voz de Morgana, alerta y solicitando que me apartara. De fondo encontré un eco con la voz de Heny que, simplemente, dijo:

—Ayuda...

Actué sin dilación, no controlaba mis pasos. Extendí mis brazos atravesando el cristal, el cálido y denso fluido presionó mi piel, y me succionó hacia su carne. Toqué la piel arrugada del cuerpo atrofiado. Sentí que alguien pedía auxilio, parecía estar de nuevo en el micelio, y la oscuridad lo envolvió todo. Me encontraba nuevamente en un ritual de F.E., la verdadera sanación de la Fusión con lo Esencial. Flotando en la nada, prisionero, forzado a

seguir existiendo. Lo miré a la cara y vi mi rostro reflejado en el suyo, ambos en la misma situación, viviendo la vida tras la vida que ya había acabado para los dos. El Maestro Lao le ofrecía la verdadera sanación, y mi anfitrión estaba dispuesto a recibirla.

El feto abrió los ojos, y me topé con su mirada interior. En su iris ya no podía ver su cuerpo atrofiado ni su enorme cabeza, veía a un niño alegre compartiendo y disfrutando entre sus colegas, todos bañados por la luz de la Cúpula. Después, su época de estudios tempranos. Vi a sus amigos, a Aurora, sus momentos difíciles, el respeto de la sociedad. Toda su larga vida, intachable y armoniosa, repleta de grandes discursos. Pudimos mirarnos a los ojos a lo largo de todas sus etapas, en todas las edades de su Ser. En aquel momento, el tiempo existía en todas las épocas a la vez.

Durante el encuentro, nos sometimos a un juicio sobre la realidad humana a través de los recuerdos de Heny y Morgana. Parecíamos purgar de verdad a aquella amalgama de información, que recordaba a la esencia del Barquero en lago Grande. Toda su vida esta siendo compartida conmigo. Podía trasladarme por sus recuerdos como si estuvieran ocurriendo en ese mismo momento. Las visiones se sucedieron hasta su etapa adulta, donde ya era un anciano esperando la muerte natural, y pude ver al gobierno Lógico endiosándolo tras la última Asamblea. El rostro del anciano no era de felicidad como los otros rostros en el resto de momentos de su vida. Pude sentir admiración por aquel Ser, como todos los demás.

Agarrado al feto, el fluido se fue liberando desde mis apéndices. El plano físico no me distraía de lo que iba sucediendo a lo largo de todas las existencias de Heny. Revivíamos en presente todas las confesiones de su vida; cada charla con su consciencia estaba disponible para mí, y en ellas compartía sus dudas más profundas, que había madurado con el paso del tiempo. En el fondo de aquel Ser aún habitaba una esencia que rogaba para ser escuchada. Me sentí sanador. A cada paso, vislumbraba el correcto reencuentro de todos. Noté una gran perturbación externa: Heny estaba agarrando fuerte mi brazo contra su pecho, recordándome que aún tenía que seguir en la vida tras la vida. Entonces, escuché su voz nítida en la sala, a modo de despedida:

—Gracias, Maestro Lao.

Me encontraba completamente empapado de aquel líquido viscoso, sobre el charco que se había formado. Unas luces rojas bailaban en la sala, y una sirena ensordecía mis oídos. Sobre mi pecho descansaba el cuerpo atrofiado de Heny, ya sin vida. Su descanso me calmó. Miré al cielo atravesando los cristales del edificio Óvalo, que parecían haberse vuelto más translúcidos. La luz del desierto era intensa y directa, y nos iluminó a ambos.

Todo quedó en silencio, hasta que sentí a mi amigo Toro a mis espaldas, y eso me devolvió a la realidad. Seguía de pie junto a Heny, aún en su interior. El ruido era ensordecedor, y me quedé mirándolo fijamente, mientras sonreía ajeno a lo sucedido. Vimos que los asistentes a la Asamblea estaban esperando un comunicado del gobierno Lógico sobre el inusual comportamiento de Morgana. Tal desconcierto era impropio de los habitantes bajo la Cúpula. Salimos rápidamente. Las personas parecían carecer de voluntad, a la espera de que Morgana volviese. Pero en lugar de ello, todas las pantallas y dispositivos de proyección indicaban: «COLAPSO DEL SISTEMA».

La pantalla de la muñeca de Toro parpadeaba con luces rojas, similares a las luminarias del edificio Óvalo. Nada parecía funcionar, ni siquiera los elevadores, y bajamos por unas escaleras de servicio. Nos encontramos con otras personas que hacían lo mismo. Desde arriba, a través de sus cristales, se veía a la gente confusa, y se escuchaba un gran murmullo.

Cuando salimos, pudimos sentir una especie de anarquía ordenada bajo la Cúpula. Llegamos a la Asamblea e intentamos subir las escaleras transparentes. Debíamos cruzar la plaza del Cenote. Cerca de la plataforma, varios miembros del gobierno Lógico rodeaban a Turk, responsabilizándola de lo que había ocurrido. No sabía decir si la estaban reteniendo en contra de su voluntad, pero Toro se dirigió hacia ella con rapidez, y todos se apartaron cortésmente. Fui tras ellos y los tres nos quedamos en el centro, rodeados de los miembros del gobierno Lógico. Aquellos hombres y mujeres, los gestores de Tecnos, no disponía de Ego. Sabían que los aldeanos estábamos allí para hacer algo relacionado con lo que acaba de ocurrir, solo querían ayudar a solucionar el problema. Muchos alertaron de nuestra presencia, por lo que se creó una gran expectación y la multitud se acumuló en torno a ella. Nos dimos un abrazo los tres.

Los sistemas primarios parecían funcionar. Los rayos solares eran estratégicamente orientados, los bombeos de agua continuaban... por lo que no existía peligro físico. Pero para los habitantes de la Cúpula, no tener a Morgana, que era el nexo entre las personas y toda la información de la que disponían, era como perder a un tutor. Toro miraba la pantalla de su muñeca, desconsolado.

El murmullo fue dando paso a un estruendo. Cuando el ingeniero Jul estaba a punto de dirigirse a los presentes, todas las pantallas parecieron reiniciarse, y empezaron a emitir luces y sonidos. Se miraron sorprendidos y aguardaron unos segundos. El logo de Tecnos apareció simultáneamente en todas las pantallas y hologramas bajo la Cúpula, y en cada monolito de cada esquina, parque o esparcido por la plaza del Cenote. Tras difuminarse, apareció Morgana y quedó aparentemente funcional, pero ausente. Su cara sonriente no atendía a los habitantes, que no paraban de pronunciar su nombre.

Me senté sobre mis piernas cruzadas con la capucha echada, y mi amigo Totoro hizo lo mismo. A pesar de la sorprendente experiencia, nos sentíamos en paz. Tras muchos ciclos de convivencia entre Heny y Morgana, finalmente la inteligencia artificial que formaba la extraña pareja había tomado decisiones propias, ni malas ni buenas: las mejores para hacer sobrevivir a la Cúpula. Pero el Director Técnico de Tecnos, el Maestro Heny, íntimo amigo de Aurora, tenía preparada una salida de los sistemas para devolver a los habitantes de la Cúpula la responsabilidad de vivir bajo sus propias decisiones, obligándolos a participar en el fin de ciclo en el que Morgana no debía tener competencia. Supe todo esto cuando Toro me miró a los ojos tratando de adivinar lo sucedido en el edificio Óvalo. Mi compañero espiritual tenía plena confianza en el proyecto Aldea y en sus aldeanos.

De repente, del perímetro de la plataforma nació una luz que proyectó un holograma enorme sobre nuestras cabezas. Parecía llenar el interior de la Cúpula entera. El rostro de un Heny, maduro pero muy vital y saludable, se dirigió a la Asamblea por última vez:

—Habitantes bajo la Cúpula: fruto de un colapso, nació nuestra gran comunidad. El colapso del sistema no ha de considerarse como el punto final de una sociedad, el fenómeno

es solo una descripción de su proceso de cambio. El colapso, ciertamente, no es un proceso social benigno, pero las sociedades pueden no acabar ni perecer cuando colapsan. Por el contrario, pueden adaptarse y renacer nuevamente, aportando su transformación al mundo. Todo ciclo tiene su fin como parte inherente de la vida. Mi ciclo ha concluido como debía gracias a estos aldeanos.

La proyección cambió de repente, mostrando una escena vivida por un Maestro Lao muy joven, casi un niño. Me reconocí en el despacho del Regente Bill, sentado junto a mi Maestro Teo, al que solo se le veía un brazo. Reprodujo algunos momentos del encuentro. Los habitantes miraban pasmados la escena y luego a nosotros, sentados a los pies del gobierno Lógico. Sentí sonreír a Heny como algo que habitaba en todos, una emoción profunda e indescriptible que vertía esperanza sobre todos bajo la Cúpula. Sincronizados y alineados, decididos a transformarse, muchos agacharon sus rostros para ocultar sus lamentos. Estaban sumergidos en la expectación provocada por la Asamblea que todos habían escuchado con atención, como si a partir de ahora debiesen afrontar algo nuevo que no podrían delegar, y su aportación sería necesaria como individuos.

El holograma desapareció dando paso a Morgana, que parecía presta para cualquier consulta y perfectamente operativa. La multitud de la Asamblea observaba fijamente mi capa del Clan de los Sabios. Me sentía transitar por el Ser de todos los presentes de la mano de mi amigo. Ellos no podían vislumbrar nuestros rostros. Los aldeanos emitían una gran comprensión omnisciente, muy cercana a la Fuente. La escena nos otorgaba cierta divinidad, también concedida por Heny, que no solo nos exculpaba, sino que creaba un vínculo difícilmente comprensible para la Lógica.

Toro se levantó para darme protagonismo sobre la plataforma del Cenote. Los miembros de gobierno Lógico hicieron lo mismo, dejándome solo, rodeado de todo Tecnos. Los asistentes participaron activamente como cuando el Orbe se prestaba a ello. La presencia del Maestro Lao les conducía a la búsqueda de la comprensión de sus nuevos Seres, cuyo reflejo debía ser su verdadera identidad, y fluía libre entre sus emociones, dando apoyo a sus Almas para crear la realidad y participar en la Interpretación que encontrarían por sí solos.

## 6.5. El punto y seguido

No costó mucho salir de allí, los habitantes bajo la Cúpula querían compartir algunas palabras de afecto, y anduvimos atravesando una multitud de Seres agradecidos. Sabían que algo había cambiado, e iban camino de comprobarlo. Notaba a todos mucho más sociales, presentes en todos y en ellos mismos. Llegamos de noche al piso, y decidimos posponer la marcha hasta la mañana siguiente. Me fui a dormir al instante, para darles la intimidad que los dos amantes necesitaban.

Esta vez fue Turk la que nos había preparado un espléndido desayuno. Nunca la había visto con el pelo suelto. Escuchamos gritos de euforia en la calle, algo totalmente impropio de Tecnos, así que nos asomamos por la terraza. Un grupo de personas se aglutinaban ante la puerta de nuestro edificio, portando carteles que no podíamos leer. Toro invocó a Morgana, y el holograma apareció con una voz diferente y dijo:



—Noticiero. Resultados de la Asamblea, boletín oficial.

Proyectó una imagen de un documento del gobierno Lógico. La cara de sorpresa me desveló todo lo que necesitaba. El aldeano del proyecto Aldea adquirió la omnisciencia y la habilidad de crear, era consciente de su papel en la Interpretación, cada vez más afianzado. La prueba era que había conseguido a la más inteligente de las aliadas en la península.

Turk ya sabía que su propuesta había sido elegida y que, además, le habían dado un puesto de responsabilidad dentro del gobierno Lógico como encargada de las relaciones exteriores. Me esperaba para despedirse, pero no dijo nada, tan solo me dio un sentido abrazo que duró una eternidad cálida. Noté su disponibilidad para participar en la Interpretación, su amor, su carga y responsabilidad. Estaba más que cualificada para todo lo que tocaba vivir. Antes de despegar sus labios de mi mejilla, me susurró al oído:

—Maestro Lao, yo voté «no» a la medida masiva.

Mi amigo aldeano había creado un vínculo propio de un Maestro, en el que todas las motivaciones del Ser se conocen y aceptan, por lo que el amor duraría siempre. Recordaba a la relación entre el Maestro Teo y Aurora. Varias lágrimas cayeron por mi rostro.

Turk se fue al cuarto y salí a esperar a Toro. El ruido de la calle aumentaba, ahora parecía más bien una turba. Me asomé y vi que todas las calles perimetrales estaban colapsadas de personas, cada vez más. Mi amigo salió alegre y motivado para el viaje. Al abrir las puertas, una multitud nos sonrió tras una amplia zona balizada con vehículos oficiales, que custodiaba una tarima con equipos de sonido. Varios drones revoloteaban por encima de nuestras cabezas. La gente hacía aspavientos para llamar nuestra atención, y portaban carteles que en su mayoría iban dirigidos a Turk. Su rostro estaba por doquier, así como algunas de sus frases, y había muchas muestras de cariño.

También vimos algunos carteles con nuestros nombres: «Gracias, Totoro»; «Maestro Lao, siempre serás bienvenido», y otros del estilo. La popularidad de Turk denotaba que era una firme candidata para sustituir a Heny como Directora Técnica de Tecnos. Estaba pasando lo que Toro había imaginado: ver cumplido parte de su legado como persona y aldeano del proyecto Aldea. Sentía que era un líder, aunque él nunca reconocería tal naturaleza y cometido.

Montamos en el vehículo con honores, Toro lo asumía todo con calma y se mantenía reservado. Las personas se apartaban para dejarnos pasar. Entonces, la gente empezó a sobresaltarse más de la cuenta. Algunos gritaban:

—Turk, ¡Turk...! ¡Turk...!

Podíamos oír su voz desde la lejanía, dirigiéndose a los habitantes bajo la Cúpula.

Toro ya se había despedido, centrándose en el futuro inminente. Me comentó que Dam continuaba con el negocio de sanación, y que estaba muy vinculado al movimiento del Equilibrio en la Cruz, donde miembros del norte junto con algunos otros de Origen habían formado otra Sucursal. Como dato relevante, me dijo que Kili había sido el encargado de inaugurar el templo como miembro muy respetado de los fieles del Equilibrio. Risueño como un niño, me preguntó:

—¿Sabes a cuántas jornadas está la Cruz de la Aldea?

Ya me había hecho esa pregunta antes, pero no me dejé llevar por la mente, creadora de ilusiones. Mi percepción holística me impedía hacerlo. Llegamos a la estación, que no estaba muy transitada. Debíamos esperar aún un buen rato. El equipaje de Toro estaba sobre una plataforma flotante, donde iría nuestra cápsula. Mi mochila, en mi espalda. Nos sentamos, miré al cielo y vi la superficie de la Cúpula brillar con el fuerte Sol golpeándola y nutriéndola de luz como maná.

La arquitectura de la estación era sencilla y amplia: carteles, plataformas, todo muy ordenado. El siguiente convoy saldría en dirección noreste. La cápsula llegó pronto, se notaban perfectamente los avances tecnológicos. Todo era mucho más silencioso y pulido, y las puertas se abrieron de izquierda a derecha esta vez. No bajó ningún viajero, y ninguno parecía tener intención de montarse. Toro dijo que esa ruta llegaba a la parada más cercana de Sofópolis, aunque esta estaba aún a varias jornadas en otro tipo de vehículos terrestres.

Escuchamos un gigantesco estruendo. La Cúpula tembló y los cristales empezaron a caer del cielo. Nos volvimos hacia ella, y una gran nube de polvo golpeó con fuerza la superficie, tras lo que se hizo la oscuridad en la estación. El viento golpeaba violentamente provocando la caída de trozos de la Cúpula, que ponían claramente en peligro nuestras vidas, estaba catatónico. Noté cómo mi amigo tiraba de mi brazo con fuerza y me arrastraba a un lugar cubierto. Pude oír una voz:

—Cerrando puertas. Ruta: Diagonal Noreste.

Las puertas se cerraron mientras oíamos la catástrofe desde dentro de la cápsula.

Toro, apenado, consultó la pantalla que llevaba en su muñeca. Funcionaba, pero no indicaba nada, los sistemas de información había caído también. Íbamos camino de la estación Norte de la ruta de las Jorobas, ese sería nuestro futuro inminente. Cuando un Ser está sumido en el sutil proceder, cualquier destino es favorable, no hay mejores o peores decisiones, las cosas suceden porque son lo que toca vivir. Se trataba simplemente de la aceptación instantánea de la realidad como parte del existir. Era una propiedad de los aldeanos, que consistía en su capacidad de mantener una condición interna estable para contrarrestar los cambios en su entorno mediante la reflexión, parecido a la homeostasis de los líquenes de Natur. Éramos verdaderos compañeros espirituales. Estar junto a Toro me aseguraría cumplir con mi cometido en la vida tras la vida. Nos abrazamos compartiendo el dolor y el luto. Encontramos la calma sabiendo que la Cúpula quedaba en buenas manos, y que el fin de ciclo era inminente e ineludible.

El viaje fue largo, y perdí la noción del tiempo. El interior de la cápsula ahora ofrecía mucho más lujo, abundante comida caliente y fría, una gran pantalla donde pudimos estar informados de lo que acontecía en tiempo real, e incluso una litera para yacer horizontalmente. Tuvimos tiempo para hablar y escuchar. Toro decía que, tras mi visita a Heny y los sucesos posteriores, tenía mucho más claro su cometido. Al menos, sabía cómo debía invertir su tiempo. También aseguró que Lao, yo, era un sanador, y que mis métodos se aplicaban a todos los planos de la existencia, administrando la terapia precisa a cada cual. Me dio las gracias repetidamente. Para mí, era el faro que apuntaría la dirección hacia donde caminar para poder sanar a otros. Era muy consciente de que lo que había establecido constituía la

mejor opción para ambos. Por mi parte, confiaba plenamente en su planteamiento, aunque no poseía la capacidad de decidir.

Toro tuvo tiempo de actualizarme sobre la situación de la península para situarme en el mundo que nos íbamos a encontrar. La diagonal noreste llegaba a la estación Norte; estaba ubicada a medio camino entre Sofópolis, aún más al norte, y el Templo del Equilibrio hacia el sur, no muy alejado de la cordillera de las Jorobas. El problema radicaba en que toda la zona era de conflicto, y los transportes con vehículos estaban cerrados. Se necesitaban permisos especiales y custodia para transitar.

Los enfrentamientos entre el Clan Hermano y los fieles se fundamentaban en el rechazo de los acólitos al Templo del Equilibrio y las Sucursales, debido a la emigración masiva de personas hacia sus regiones y la imposición de leyes. La mayoría de esas regiones eran comunidades que no disponían de capacidad para resistir, por lo que permitían una fácil conquista. Para los fieles no era un asunto racista: la integración era escasa, y los emigrantes no adquirían sus hábitos de una vida sencilla, por lo que las regiones quedaban absorbidas en pocos ciclos. Imponían sus costumbres alterando las rutinas diarias de los fieles y su sociedad. Los comerciantes vendían productos industrializados, y eso destruía los intercambios entre fieles.

El uso de la pecunia se estableció. Introducían tecnología mediática para influir e informar de los asuntos del Clan Hermano con prensa sensacionalista y partidista. Los más jóvenes rápidamente eran atrapados por la publicidad que les forzaba a seguir a unos modelos de personas de éxito en la moderna sociedad que Núcleo ofrecía, donde cualquier individuo podía triunfar sobre los otros. Los valores que se transmitían eran vacuos. Era curioso que muchos de los emigrantes solo hubieran permanecido un día en Núcleo, y sin embargo sintieran casi devoción por el Clan Hermano.

Toro narraba todo con abstracción y objetividad, esforzándose por ser un puro informador, aunque esto no era ápice para que se notase que estaba profundamente apenado por ello. Entonces, me hizo una confesión:

—El gobierno de Núcleo, mediante una ley, hizo necesario un permiso administrativo para poder transitar por las regiones bajo su control. Los emigrantes con intención de viajar para buscar un hogar en otras ubicaciones alejadas de los conflictos, provocados por el Clan Hermano en su mayoría, deben disponer de un permiso especial. Para ello, se someten a una especie de examen llamado *cursos de alineación*. Basta con un solo día en las instalaciones del gobierno para conseguirlo, es como un bautizo colectivo que se celebra en masa a diario. ¿Sabes qué hacen diariamente a cientos de migrantes...?

Escucharlo me hacía estar vivo. El silencio de mi amigo era punzante y necesario, mi no mente no permitía que especulase con la pregunta, por lo que esperé la respuesta con ansiedad:

—Pues... algo parecido a lo que pasó en Origen... en la Ceremonia del Equilibrio...

Superamos el trauma con una palmada en el hombro. Sus sentimientos hacia al Orbe nunca morirían. No era apego, simplemente no encontraba su sitio en la Interpretación.

Siguió explicándome cómo acababa la expansión del Clan Hermano y la conquista del gobierno de Núcleo. Culminaba con la inserción de sus políticas en las regiones adquiridas

por decreto, amparándose en que tenía que velar por sus habitantes y emigrantes legalizados en aquellas regiones inestables. No pudo no sonreír por la ironía que suponía: causa y solución tenían el mismo culpable. Por último, implantaba puestos de control con funcionarios armados para velar por la estabilidad y el uso de la pecunia, algo impuesto por los nuevos mercados y tendencias predominantes. Todas las regiones al norte de la península habían sido integradas en el Clan Hermano, puesto que ninguna de ellas disponía de gobiernos fuertes. Los problemas de las Jorobas pronto serían su prioridad.

Tras larguísimas horas de reparación e reiniciados de los sistemas de información de Tecnos, logró informarse, e incluso pudo comunicarse con Turk por medio de su dispositivo, los habitantes de la Cúpula habían sufrido varias desgracias y bajas y sus infraestructuras habían sido dañadas por suerte no de una manera irreversible. Unos comerciantes enfurecidos habían atentado contra el C.L.O., la situación era tensa y no sabíamos qué situación nos encontraríamos al llegar. Había posibilidad de viajar en transportes a Sofópolis, pero había que registrarse. De todas formas, Toro comentó que solo quedaba el centro histórico donde estaba el Templo de las Tres Columnas y la Gran Biblioteca como atracción turística o entrenamiento. No quedaban sabios relevantes y con autoridad. La intérprete Aurora31 estaba en paradero desconocido. Se había convertido en un sitio para detractores del sistema del Clan Hermano, pero que se nutrían del mismo, como una especie de simbiosis que parecía estar aceptada porque generaban opiniones. Y hasta ahora, al gobierno de Bigo no le importaba, incluso le venía bien, dado que distraía a la población para que no se preguntasen por otras atrocidades que estaban ocurriendo.

La ciudad de Origen seguía dividido entre los partidarios de la Regencia y las grandes empresas del Clan Hermano. Los primeros eran la gran mayoría, pero los segundos, la minoría que acaparaba el poder, y todos residentes en regiones del Clan Hermano. Las empresas delegadas de las grandes corporaciones podían pagar más por la explotación de las minas que la Regencia de Origen, por lo que gobernaban los sindicatos. Había revueltas puntuales, aunque sus habitantes no pasaban hambre ni penurias. La masa social generaba cada vez más fieles a la Sucursal, que se agrupaban al otro lado del volcán, pero muchos aún trabajaban en Origen o en las minas.

El gran macizo montañoso y sus alrededores se habían convertido en reducto y refugio para los fieles y otros ascetas o peregrinos, y así hasta la meseta. Por la otra parte, patrullas de funcionarios y miembros de la facción de acción del Templo del Equilibrio luchaban con enfrentamientos violentos por el control de las poblaciones fronterizas. Por suerte, el Clan Hermano estaba calmado, y permitía un tránsito más tranquilo aunque muy peligroso.

Toro suponía que al gobierno de Núcleo le interesaba más centrarse en la incipiente lucha con Tecnos. Pensaba que el gobernador Bill se habría dotado de armas más sofisticadas y potentes, rudimentarias pero efectivas. Al respecto, vimos en la pantalla una entrevista que le hacían a Bigo sobre el altercado, donde decía que el Clan Hermano y su gobierno no tenían nada que ver con el mismo, y que castigarían públicamente a los causantes de tal destrozo en una comunidad amiga y vecina como Tecnos. Solicitaban al gobierno Lógico que restableciese el C.L.O., porque las demoras en los intercambios perjudicaban los intereses económicos de sus regiones, dado que no podían cobrar impuestos a la circulación

de mercancías. Estaba forzando a una situación difícil a muchas familias que vivían en su régimen, y fruto de ello había sido el intento de saqueo del C.L.O. Toro decía que estaba mintiendo. Su imagen, siempre cuidada, pretendía mostrar al gobernador Bill como un máximo dirigente, que siempre portaba el Orbe consigo como elemento de poder. Lo lucía colgado del cinturón recogido en una red a juego con su uniforme, muy condecorado. Mi amigo desprendía emociones muy humanas al respecto, no podía contener su odio.

Supongo que conocer la situación de la península ayudaría a contextualizar todo lo que pasaría, pero evidentemente no aportaba nada de estrategia a la vida tras la vida. Comimos bastante y bebimos lo suficiente, y aparcamos el presente sin dificultades para recurrir a anécdotas de tiempos pasados. Toro me contó todo lo que sabía de Kili, al que respetaba como un buen amigo, aunque hacía más de diez ciclos que no lo veía. Núcleo que se había convertido en una mega urbe, en la que sus habitantes se consideraban devotos de un solo dios. En la iglesia, su santidad Flop, ya muy mayor, había ganado una reputación casi tan divina como el Dios al que servía, aunque decía que los devotos entendían la religión de una manera pasiva, no practicante. Solo hacían conmemoraciones que acababan siendo reuniones sociales para el consumo y disfrute de los asistentes, y para darle solemnidad al acto sacro, la iglesia cobraba unas pecunias protocolarias. Estaba mal visto no participar en las mismas, por lo que la sociedad participaba activamente, y el negocio estaba asentado.

Ya estábamos llegando a la estación Norte. Seguía sin percibir el transcurso del tiempo, fui claramente consciente de que este no me pertenecía. Todo me recordaba a mis lecturas, como si estuviese leyendo un libro de civilizaciones que ya habían poblado el mundo. Mi amigo estaba muy informado sobre todo lo que ocurría, con excepción de la Aldea, de la que no sabía nada desde que había partido. Para ambos era un consuelo, porque la imaginábamos intacta con respecto al paso de los ciclos.

Nos vestimos con ropas de Natur que no mostraban ningún símbolo ni procedencia. La cápsula se paró casi sin que lo notásemos, y debían faltar pocas horas para que cayese el Sol. Al abrir las puertas, vimos una estación de levitación casi en peor estado, nada que ver con la de Tecnos. Todo estaba sucio y en obras, mucha gente gritaba atrincherada entre vallas metálicas. Había mucho ruido y sensación de alerta. Unos operarios de Tecnos que nos esperaban al salir de las vías de levitación, nos recibieron con gran ilusión en medio de una situación abrumadora. Nos informaron de que la estación de levitación Norte estaba cerrada hasta nueva orden del gobierno Lógico, pero que nos facilitarían un vehículo grande de seis ruedas por lado que nos transportaría y escoltaría hasta el Punto, que era el asentamiento más cercano.

Nos montamos en su interior, aún dentro de la estación. Frente a nosotros se abrieron unas enormes compuertas corredizas. La luz se impuso a la penumbra hasta que los cristales se tiñeron opacos. Al cerrar desapareció el ruido, y de repente pareció que nada estaba pasando. Nos desplazamos por una carretera con baches, y recorrimos varios cientos de metros hasta que el vehículo paró de sopetón. Alguien golpeó la ventana insistentemente. El conductor la abrió, y pudimos comprobar que el ruido seguía presente, pero el espacio era ahora más abierto. Pude ver varios perímetros de vallas metálicas con torretas de defensas automáticas que protegían la estación, infranqueables para transeúntes hostiles. El

conductor le enseñó algo y pasamos. La carretera se convirtió en un camino de arena aún peor. Se escuchaban los traseros al golpear el sillón. Toro solicitó que volviesen las ventanas transparentes. El entorno era plano y con poca vegetación. Había algunas casas distribuidas, con algún pozo de extracción de aguas que, al moverse, parecían enormes gallinas metálicas picoteando la tierra para buscar lombrices.

Llegamos en menos de una hora. Era la época en la que el Sol estaba más bajo, y no debía haber pasado mucho tiempo desde el amanecer. Nos apeamos en un lugar apartado. No muy lejos, se veía una aglomeración de vida humana. Andamos sin prisas. El Punto parecía más bien una recta, porque solo tenía una entrada y una salida respetando una dirección. Nos acercamos hasta pasar por debajo de un pórtico de madera mal conservada. Marcaba el inicio de una gran calle ancha de tierra. Las construcciones eran de madera a ambos lados, y la luz era de un amarillo cálido que enmascaraba la suciedad del lugar.

Llamábamos bastante la atención, muchos niños nos envolvieron y nos ofrecieron panfletos de diferentes negocios. Había muchos, y algunos de ellos estaban malnutridos. Quería parar a examinarlos a todos, pero Toro tiraba de mi manga sin compasión, asegurando que por nuestro bien debíamos darnos prisa antes de que alertasen de nuestra presencia. A medida que avanzábamos, más gente iba poblando las calles, por lo que nos mezclamos con la muchedumbre para pasar desapercibidos. Había parejas de funcionarios del Clan Hermano que patrullaban de arriba abajo, y también grupos de fieles de Templos del Equilibrio, con túnicas de un rojo más oscuro y ataviados con armas. Toro me dijo que la paz en el Punto era un acuerdo impuesto por Tecnos para el funcionamiento de la estación Norte, aunque no se pronunciaba sobre quiénes gobernaban el asentamiento.

Vimos unos caserones enormes de madera muy parecidos entre sí a nivel constructivo, con un leve espacio entre ellos para formar un estrecho pasillo de acceso a la parte trasera, donde era mejor no adentrarse. Muchos carteles indicaban los bienes y servicios que ofrecían los locales y negocios. El Punto era solo una calle muy larga en la que había muchos mendigos y pobres. Muchas personas solas y sin recursos buscaban refugio atrapados allí en una migración que nunca llegaba a su destino. Era un lugar de tránsito para muchos, y un sitio para ganarse la vida para otros, con mucho trabajo mal pagado y poco estable. Numerosas personas nos avasallaron en las puertas para ofrecernos servicios de todo tipo: guías, camellos, coches eléctricos, mujeres... También mercancías o suvenires, como reliquias y figuritas de barro. Había negocios de transporte a Sofos o a Núcleo por medios rodados, alquileres y ventas de animales o carruajes, numerosos puestos pequeños de comida, posadas para tomar una copa o pasar la noche y, por último, agencias que le facilitaban las cosas a los viajeros.

En mi vida anterior me había chocado con el sinsentido de todo lo que veía. En cambio, ahora me afectaba más visceral o humanamente. Las emociones de sus gentes necesitadas me impregnaban rotundamente. Yo cargaba con ellas, pero encontraba fuerzas para ello: cuanto más peso, más sentido tenía mi vida tras la vida. Miraba a Toro con cara de asombro. Él continuaba tirando de mi brazo para librarme de la multitud que acosaba a todos los transeúntes. Se giró y me dijo:

—Lao, no puedes ayudar a cada uno de ellos individualmente. Tú has de sanarnos a todos de una vez.

Reconocía a mi amigo Toro, fuerte, inteligente y valiente, como nunca. Su confianza era inspiradora y calmaba mi Ser, como una madre que acuna a un niño. Sus ojos desvelaban que tenía un plan, y la firme convicción de cumplirlo. Como el gesto reflejo de parpadear, bloqueé en parte mi lado más empático. Mi cuerpo siguió rozándose con otros muchos, buscando un hueco para seguir avanzando. Toro hizo una parada y adquirió carne de pollo frita y dos bebidas de limón; estaba caliente, y la bebida fría. Seguimos andando calle arriba, ya sin necesidad de que mi amigo tirase de mí, dado que estaba menos concurrida. Sacó un muslo y empezó a rumiarlo como un caballo con la paja. Tras unos segundos, se lo sacó de la boca con gesto de disgusto y me dijo:

—Este pollo no sabe a pollo... Hemos llegado, Lao, es aquí.

Me indicó con el dedo índice un cartel en el que se podía leer: «Agencia de viajes Núcleo Hermano (descuentos a funcionarios)».

Dejó la bolsa de pollo en una cornisa. Una niña que nos estaba observando hambrienta, se abalanzó sobre el pollo frito, y le di la bebida también. Toro señaló a la derecha, volvió a jalar de mi brazo, y subimos unos pocos peldaños de madera, esquivando a varios que pedían limosna sentados en los escalones. En la cristalera había carteles promocionales. Al cruzar la puerta, comprobamos que el interior estaba bastante limpio y ordenado. Dos funcionarias perfectamente uniformadas, sentadas en un recibidor, nos miraron extrañadas y desconfiadas. Una dijo:

—¿Puedo ayudarles?

Al preguntar Toro por el director de la oficina, esta descansó aliviada al poder descargar la responsabilidad en alguien jerárquicamente superior. Su compañera tomó la palabra:

—Sí, está arriba. Por favor, ¿podrías indicarnos qué necesitáis? Preferimos hacer nosotros las gestiones antes de importunar al director.

La otra no pudo ocultar su sorpresa; sentía la desconfianza de su colega, como si fueran dos desconocidas. El ambiente era tenso, esperaban nuestra respuesta. Pudimos escuchar el sonido de unos puños golpeando un cristal que llamó nuestra atención. Procedía de una sala en la parte superior, donde un hombre con un uniforme muy engalanado gesticulaba con la mano para que subiésemos. La chica nos miró desconfiada, la otra nos indicó unas escaleras cuya subida encabezó, y nos abrió la puerta amablemente. Nada más entrar, Toro, algo nervioso, soltó:

—¿Es usted el director de la Agencia de viajes Núcleo Hermano?

Su pronunciación sonaba muy estudiada.

El director afirmó con tono interrogativo, como un ofrecimiento para que siguiese explicándose en su ruego. Toro, sin dudarle, dijo con su potente voz:

—Somos amigos de Kili.

El director cerró la puerta tras nosotros rápidamente, aún más nervioso que el aldeano, y corrió las cortinas. Abajo, la funcionaria nos miraba escamada. Nos sentamos en torno a una mesa baja, Toro y yo compartiendo asiento. La conversación fue sencilla. El director dijo:

—Bueno, y supongo que queréis ir a verle, ¿no?

Toro asintió con la cabeza. El hombre se levantó y, silenciosamente, se sirvió un licor que desprendía un aroma fuerte, como para sanar heridas. Encendió un cigarrillo perfectamente liado. Se sentó de nuevo junto a nosotros.

—Dormiréis en el hostel Central, y a la hora tres desayunaréis allí. Os estarán esperando, tened todo previsto para marchar. Hemos acabado.

Se levantó y bajó las escaleras con nosotros. La chica malhumorada se levantó del asiento, inquieta, y preguntó:

—¿Todo bien, señores?

El tono fue tan incisivo que nos quedamos petrificados. El director se puso muy colorado, y contestó por nosotros:

—Querían hacer un viaje a Núcleo, pero lamentablemente nos han informado que las rutas de levitación están cerradas por labores de mantenimiento, por lo que deberán posponer su viaje. No hay problema... Buenas noches, señores.

La mentira me sonó convincente. Nos empujó para apremiarnos a salir cuanto antes. Salimos de la agencia, bajamos a la calle, y mi amigo dijo:

—¡Hostal Central! Allá vamos, Lao.

Pasó su brazo por mi hombro, y un niño de unos ocho ciclos bastante sucio, que sin embargo resaltaba por el blanco de su sonrisa, apareció entre la multitud para agarrar la mano de Toro, que hizo un gesto sorprendido. Tiró de ambos mientras decía:

—*Sí, sí, hostel Central, yo os indico. Seguidme, por favor. ¡Yo os indico! ¡Calle abajo!*

El niño parecía un Alma vieja, y quedé cautivado por su esencia al instante. No era muy inconsciente, parecía desenvolverse bien, y estaba saludable. Mientras nos guiaba entre la gente se movía con destreza, pero muy compacto en sus gestos. Le iba sonriendo a todo el mundo, y muchos le devolvían la sonrisa. En pocos metros intercambié muchos saludos con las personas que iban y venían. Una señora le paró insistentemente, el chaval nos disculpó, y ella le dijo:

—A ver cuándo te pasas por casa, Hect, tengo unos asuntos para ti.

Contestó afablemente y seguimos la calle abajo. Era curioso que, aunque siendo plano el camino, el niño decía que íbamos calle abajo. Nos cruzamos con varios chavales que le saludaron efusivamente chocando sus manos con él, uno tras otro. Algún mendigo le dio las gracias por algo que había hecho, parecía ser muy querido por todos. Al llegar al hostel entró con nosotros, se dirigió a una mujer por su nombre, que era la encargada del negocio, y nos presentó. La mujer sacó pecunia del bolsillo y se la dio mientras le acariciaba la cabeza y le mostraba su cariño, diciéndole:

—Hect, gástate la pecunia en ti. Come algo, no se lo des a la gente.

El niño se cubrió los dientes con los labios y salió del hostel. Sentía curiosidad por el chico, su esencia era única. Anduve tras él hasta la puerta del local para verlo salir a la calle. Un anciano suplicaba pecunia con su mirada fijada al suelo; el chico se paró, metió la mano donde instantes antes había guardado la pecunia, se inclinó un poco, y la depositó en su mano, mostrando su sonrisa de nuevo. Al levantarse me vio observándolo, y sin dejar de sonreír me saludó con la mano abierta y se mezcló con la gente.



Subimos unas escaleras y entramos en una habitación que daba a la calle. Se escuchaba su ruido perfectamente desde el interior. Me asomé al balcón y pude ver la vida del Punto, la multitud de gente circulando caóticamente calle a arriba y calle abajo. Finalmente, descargué mi espalda. Toro me pidió que le diese la mochila, rebuscó y encontró en la cremallera del fondo lo que buscaba: de allí sacó un petate con pecunias de oro, algo menos de cincuenta unidades.

—Sabía que aún las tendrías —dijo al mostrármelas.

Por lo visto, era una fortuna, porque la pecunia se había devaluado mucho durante todos aquellos ciclos. No me acordaba de ellas, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que necesité pecunia.

—Espérate aquí, ahora vengo.

Cogió un par de monedas y bajó un momento. Lo vi en la calle y lo seguí con la mirada desde balcón, hasta encontrarse con unos tipos que le señalaron un sitio alejado de mi vista. No tardó mucho en volver. Al entrar en la habitación encendió su pipa, que olía a hierbas aún húmedas, inspiró un par de veces y me ofreció. El humo ascendente se escapó rápidamente a la calle. Me devolvió el cambio: un saco entero de pecunias de menos valor que pesaban mucho más.

El balcón sobresalía de la fachada medio metro, y estaba protegido por una barandilla de hierro a modo de jaula con unas cortinas de mimbre que impedían la entrada de la luz. Me senté tranquilamente para asomarme a la calle del Punto. Pude estudiar las idas y venidas de las personas, los trabajadores, los mendigos, y las rutinas de cada individuo. Percibía claramente cada vez que Hect pasaba cerca del hostel, y a pesar de sentirme oculto para los que pasaban, el niño miraba hacia arriba y me saludaba. Entendía su cometido en la experimentación real. Lo vi hablando con funcionarios del Clan Hermano de manera afable, con forasteros, dependientes de algunos negocios, fieles con sus túnicas rojas. Incluso los raquíuticos perros que subsistían de las sobras parecían venerarle.

Nos quedamos despiertos hasta bien entrada la madrugada. Al llegar la noche, la iluminación pasó a ser artificial, de un color muy amarillo, tan parecido que fue como si no hubiese atardecer. La actividad del Punto no cambió. Olores de innumerables puestos de comidas llegaban a mi balcón. Toro estimaba que lo mejor era que no saliésemos, aunque realmente se refería a que no saliese yo. Había desarrollado un instinto de protección y guía hacia mi persona que me resultaba reconfortante. No tenía sueño, y seguí observando la calle. De repente, la actividad cesó, los negocios cerraron, los transeúntes se metieron en las casas, y los mercaderes y puestos de comidas recogieron los bártulos. Unos funcionarios que iban hacia abajo ataviados con unos altavoces, gritaron:

—En un cuarto de hora se impondrá el toque de queda. Todo aquel que quede en la calle podrá ser sometido a consulta sobre su actividad.

Por otro lado, un grupo de fieles que iban hacia arriba, también decían:

—¡Vuelvan a sus casas, desalojen la calle!

Ambos grupos se saludaron recelosamente con miradas amenazantes al cruzarse. Parecían compartir forzosamente la custodia del Punto, y que estar aplazando la disputa hasta nueva orden. Toro me contó que el Clan Hermano y los fieles del Equilibrio usaban al

pueblo como fuente de información, pues cada cual disponía de su gente en las calles y de múltiples espías para esclarecer los movimientos del enemigo. Debíamos estar alerta. Toro seguía manteniendo comunicación con Tecnos desde su muñeca. Siempre estaba informado de la situación acerca de la tregua, o de cualquier otro asunto. Por suerte, no me hacía partícipe de la información.

No tenía sueño, levanté las cortinas al máximo y me senté en el balcón nuevamente con intención de ver las estrellas. Observé entre los barrotes: el toque de queda parecía efectivo. La luz no se aminoró, los patrulleros recorrían la calle hacia arriba y hacia abajo. Los mendigos se acurrucaban en las esquinas y callejones, en los porches de los negocios, intentando descansar algo. De vez en cuando, algunos drones como los de la Cúpula sobrevolaban la calle del Punto. La noche parecía velada y cálida. Toro respiraba tan fuerte que los cristales vibraban. Podía oír los estornudos de los que dormían bajo el balcón, ronquidos, algunas quejas, rezos y súplicas. Toda la calle vivía en el silencio con una oscuridad vetada a causa de las luces amarillas.

Abrazado a mis espinillas, me puse a pensar en la ficción de mi vida tras la vida, y en el gran mundo más allá de la península donde pasaba todo. Empecé a navegar como si dispusiera de un mapa como el de la nave de Tecnos, perdido en sueños. Entonces, una piedrecita me golpeó en la cabeza. Sorprendido, abrí los ojos y miré hacia abajo del balcón, para encontrarme con la sonrisa blanca de Hect, que me hacía gestos con las manos. Me levanté ilusionado, y al asomar mi pecho por la barandilla vi que una patrulla se acercaba desde la derecha. Hect me hacía gestos para que cogiese algo que me iba a lanzar. A la de una, a la de dos, y a la de... tres; lo agarré, estaba envuelto en una tela roja, muy característica de los fieles del Equilibrio. Volví a mirar al niño, que me sonreía calmadamente. Concentrado, reconocí verdad en su Ser alegre. Desenvolví la tela y descubrí una figura de barro de un Sabio de Sofópolis cubierto por su capa, sentado sobre sus piernas cruzadas, en una flor de loto muy bien emulada. Llevaba una capucha, y una palma sobre la otra palma. En su base, pude leer: «Maestro Lao».

Volví a mirar a la calle, sorprendido, pero Hect ya no estaba. Decidí despertar a Toro, y nada más abrió los ojos, se la mostré. Toro sonrió y dijo:

—Sí, hay muchas en casi todos los puestos de artículos del Punto. ¿No te habías fijado?

Me había reconocido, sabía quién era. Un niño, que solo había podido oír las historias de mi vida pasada, conocía mi Ser como Maestro Lao. Me pregunté cómo era posible transmitir tal conocimiento sutil para que pudiera reconocer mi esencia. Sin duda, era la prueba de que el Cónclave estaba disponible en la consciencia de todos, de que los conceptos podían transmitirse y aceptarse como realidad en la mente de todos. El Ser humano era capaz de crear vínculos desde unos planos alejados del mundo físico y de las líneas temporales.

Le dije a Toro que me la había dado el niño que nos acompañó hasta allí, Hect. Eso lo puso muy nervioso, y se levantó rápidamente del lecho. Desprendía mucho calor e, inquieto, empezó a pasearse por la habitación, asomándose discretamente por el balcón entreabierto. Le llevé un vaso de agua que tragó de un solo buche. Se sentó, y dijo:

—Kili me dio varios contactos en diferentes comunidades si quería localizarlo. En el Punto se trataba del «director de Agencia de viajes Núcleo Hermano». Todos son

funcionarios infiltrados en el Clan Hermano que apoyan al Templo del Equilibrio. Espero que esto no suponga un problema.

No dormimos más. Además, pronto el Punto empezaría a despertar. Puestos de desayunos apartaban a los mendigos para posicionarse en el mejor sitio de la calle. Observé la figurita de barro del Maestro Lao pensando en la destreza del artesano que la había ejecutado. Mi aspecto, más longevo, era difícilmente distinguible del de aquel joven de barro. Eliminé pelo de mi rostro y de mi cabeza, y me asexé completamente con un agua no muy limpia. Ya estaba preparado.

Lo primero que hice fue asomarme al balcón. El pueblo había despertado por completo, aunque sin muchos transeúntes. Algunos mendigos se estiraban al Sol, desentumeciendo las articulaciones. Un grupo de fieles trajeron grandes cubos de agua y jabones, y también pan y té caliente para proporcionarle aseo y algo que llevarse a la boca a la gente que vivía en la calle. No había pudor ni demasiado orden. Bajamos, y en el salón había mesas ocupadas por desconocidos, no había rastro del director de la agencia de viajes. Desayunamos huevos, pan y un zumo que parecía jarabe; echaba de menos el té del valle. Toro estaba terminando de rebañar el plato con un mendrugo de pan, cuando al mirar hacia arriba vio la cara del director, muy fatigada. Este se sentó y dijo:

—Disculpad la demora y el comportamiento en la agencia, el Clan Hermano ha intensificado sus controles. Decidle a Kili que lo dejo ya, que no puedo aguantar más esta situación. Esos dos señores os esperan en la puerta, os llevarán al encuentro de vuestro amigo. Este tránsito es gratis para vosotros. Suerte.

Se despidió de nosotros mientras apuntaba hacia los individuos que nos guiarían hasta el encuentro con Kili. Tenía una sensación que ya me resultaba familiar, de un futuro inminente que estaba por llegar y la omnisciencia sobre el fin, pero con la incertidumbre sobre el cómo acontecería. Esta sensación me calmaba y me daba ilusión para afrontar cada nuevo día. Toro no disfrutaba, era mucho más serio e implicado. Vivía su aventura de una manera más consciente, preocupado por la trama.

Nos saludaron fríamente, les seguimos caminando calle arriba. Me fijé en los puestos que vendían figuritas de barro del Maestro Lao. Los había de todos los tamaños y calidades, y se me escapó una sonrisa al pensar que intentaban representar mi persona. Ojalá pudiese impregnarlas también de mi Ser. Pasé mi mano por algunas de ellas, intentando bendecirlas, como si eso fuera posible. Me resultaba muy divertido, me sentía como un niño: posiblemente, como el niño que nunca había sido. La mochila pesaba más de lo normal debido a las pecunias, normalmente tenía muy bien controlado el peso de lo que cargaba.

De repente, nos metimos en un callejón estrecho entre caserones de madera. Extendiendo las manos, tocaba ambas paredes. Los edificios eran muy esbeltos, con poca fachada pero profundos. El callejón estaba sucio y olía muy mal. Varios cuerpos yacían sobre el suelo en camas improvisadas inverosímiles. Algunos de ellos estaban enfermos y hambrientos, y tuvimos que esquivarlos entre escombros y heces. Dejé de sentirme un niño y endurecí mi rostro. Un chaval atendía a un desvalido, ofreciéndole agua. Los dos tipos que nos acompañaban lo esquivaron y, sin mucho cariño, le golpearon en la espalda para apartarlo. Este se giró, mostrando su rostro, y dijo amablemente, pero sin miedo:

—Disculpen, señores, por molestar su paso.

Era Hect. Como si de una emboscada se tratara, varias personas saltaron desde los balcones y abatieron a nuestros acompañantes con rotundidad, haciéndolos caer al suelo. Uno de ellos quedó sin vida tras varios apuñalamientos, y el otro parecía desmayado. Toro levantó las manos, aunque todo iba bien. Le agarré del brazo alertándole de que no pasaba nada. Había reconocido a uno de los atacantes, y me embriagué de emoción. Nos pidieron amablemente que les siguiésemos, y finalmente el callejón se terminó. Salvamos varias letrinas repugnantes, la parte trasera de las casas atormentaba mi visión y mi olfato: montones de basura donde transitaban ratas, perros, cabras y algunos otros animales, así como gente desvalida en busca de alimento o algo útil. Era perturbador ser consciente de que un lugar así podía existir. Seguimos alejándonos. Toro me abrazaba y compartía mi dolor, y me repetía como un mantra: «no puedes sanarlos a todos individualmente, Lao, hemos de seguir».

Las imágenes eran verdaderamente terroríficas, enfermedad y hambruna por doquier, ancianos y niños buscando entre basuras algo que llevarse a la boca. Subimos una colina pisando el vertedero. Se me pegaban las suelas de los zapatos al suelo. Hect me acompañaba de la mano. Caminamos hasta una pequeña isla de árboles donde más personas guardaban silencio en torno a un carruaje blindado y varios caballos. El que me acompañaba destapó su cabeza de la capucha, me miró, y me dijo:

—Bienvenido, Maestro Lao, volvemos a vernos.

Abob, de la facción de acción del Equilibrio, me mostró una sublime alegría al verme, como si todo tuviera mucho más sentido. Su Ser me evocó recuerdos instantáneos. Seguía siendo noble y empático, con carisma entre su gente. Dijo:

—Gracias a Hect hemos podido salvaros de una muerte segura a ambos. Es el milagro que los fieles estábamos necesitando, todos pensábamos que estabas muerto. Estoy deseando ver la cara de Kili y los otros cuando te vean.

Sus palabras me llenaron de ganas de emprender el viaje. Toro estaba perplejo. Uno de los oficiales armados de los fieles arrastraba entre escombros y heces al moribundo que había pretendido emboscarnos, que ahora gritaba suplicando clemencia. Se lo llevaron para interrogarlo, y tras un silencio y algunas preguntas, empezaron a oírse golpes y algunos gritos de pánico. Abob se ausentó unos instantes para acercarse al oficial, y luego vino y nos dijo:

—Por desgracia, el Clan Hermano ha persuadido al director de la agencia. No habrá venganza por sus *buenos* servicios prestados. Lo que nos preocupa es que puedan conocer tu identidad. Bendito seas, Maestro Lao.

Varios fieles inclinaron sus cuerpos como gesto de veneración hacia mi figura. Cada uno de ellos se sentía privilegiado por estar presenciando un momento épico. Al aludir a mi identidad provocó un vacío reparador en mi interior, me había convertido en un verdadero observador. Sonreí pensando en cómo aplicar el Camino Integral viviendo de este modo, ¡qué lejos estábamos de hacer una vida sencilla! Supuse que quizás no era por error, sino más bien por necesidad o pasión, por lo que estábamos tan alejados del sutil proceder, pero todo valía en los albores del fin de ciclo. Los ruidos del interrogatorio continuaban y se intensificaron: golpes, llantos, lamentos... Tanto, que Abob se excusó:

—Siento de corazón estas disciplinas violentas. Si dispusiésemos del Orbe sería más fácil sacarle la información... pero por desgracia, estos son los métodos de los que disponemos.

Toro se enardecía y dijo:

—Dudo mucho de que conozcas el funcionamiento del Orbe, no lo has visto nunca siendo usado por un Ser elevado.

Evitando la disputa, y muy inteligentemente, Abob dijo:

—Probablemente, Maestro Toro, pero... sí sabemos lo que consigue Bigo con su uso. Nos hemos encontrado con antiguos fieles, algunos muy volcados con nuestra causa, que tras su encuentro con el Gobernador Bigo empezaron a creer fuertemente en los ideales del Clan Hermano, uniéndose a los funcionarios y luchando fervientemente contra los fieles del Equilibrio. Hemos sufrido sus consecuencias. Todos sabemos lo que hacen en los cursos de alineación, por ahora no disponemos de capacidades para enfrentarnos a tal poder... Espero que este asunto lo pueda arreglar el Maestro Lao.

Esto último lo dijo a modo de broma, pero sirvió para compartir con Toro esa idea, y ambos se mostraron confianza mutua. Llegaron los fieles con manchas de sangre, y solo dijeron:

—No saben quién es.

Ambos suspiraron aliviados. Abob le acarició la cabeza a Hect como gesto de agradecimiento y cariño, y nos dijo sobre él:

—Hect es uno de los niños del Lavandero, del Templo del Equilibrio en la Meseta. Son poco habladores, pero lo perciben todo. Ellos viven con él y comparten sus disciplinas, y después algunos se marchan. Qué os voy a contar, si vosotros sois aldeanos, ya conocéis de qué va la historia. Hect no solo es un niño excelente, sino que tiene la capacidad de velar armoniosamente por las Almas de todos. Estar junto él nos recuerda la verdad por la que luchamos.

Toro me miró, algo extrañado por no conocer a tal Maestro, lo desconocía por completo. Me quité la mochila y agarré el petate de monedas de oro y el saco de las otras. Me acerqué a Hect ofreciéndole la pecunia, pues sabía que haría un buen uso de ella. Todos los fieles se impregnaron del gesto de altruismo, y yo sentí que me liberaba de una carga para ayudar a otros. Hect abrió el petate y quedó asombrado, y luego cogió una moneda de oro y se la dio a cada uno de fieles que acompañaban a Abob. Muchos le abrazaron y besaron felices; él se quedó con una en su bolsillo. En el saco había varios cientos de monedas, me agarró la mano con intención de que le siguiese. Con un gesto, todas las personas de los vertederos se acercaron: niños, ancianos, enfermos... Se aproximaron a nosotros, me agaché y abrí el saco. Su mano pequeña repartió una moneda a cada uno de aquellos necesitados, que fueron dejando paso a los otros. Sentí un agradecimiento indescriptible.

Debíamos marchar con los fieles, pero antes intercambié un gran abrazo con Hect. En mi oreja, me susurró:

—Dale recuerdos al Lavandero cuando lo veas.

Nosotros partimos con Abob y un grupo de fieles a caballo. Desde el carruaje vimos a muchos desvalidos, niños, mujeres y ancianos en su mayoría, sonrientes alrededor de Hect.

Este estaba encima del vertedero con el Sol a sus espaldas, lo que hacía que desprendiese un aura bellísima entre tanta suciedad y basura amontonada. Toro no tenía ganas de analizar lo ocurrido, debía dejarse guiar por sus nexos con la Interpretación. No salimos del vehículo en horas y, en silencio, quedamos traspuestos tras la noche en vela con el traqueteo del camino.

## 6.6. La doma del buey

Nos alejamos del Punto en dirección sur. Viajamos casi todo el día, el terreno era plano y con pocas plantas, salvo arboledas disgregadas que parcheaban el paisaje. No vimos mucha actividad, dado que, según Abob, no discurriamos por los caminos habituales donde podíamos encontrar controles de funcionarios del Clan Hermano. Con poca luz, llegamos a un campamento que parecía esperarnos. Había varias hogueras y un par de mujeres cocinando un gran guiso en un perol metálico de magnífica terminación. Por lo visto, las carpas y tiendas más grandes albergaban enfermos y heridos de guerra, población civil y fiel necesitada, e incluso algunos funcionarios del Clan Hermano que habían sido abandonados en las zonas de conflicto.

El campamento estaba atendido por muchas mujeres, muy ocupadas todas. Vestían con batas rojas que les cubría hasta el cuello, y acompañaban con una capa con capucha del mismo color. Eran conocidas como las *sanadoras rojas*. Procedían de las zonas de Sofópolis, había leído algo sobre ellas. Eran una de las comunidades más representativas de las antiguas costumbres del Clan de los Sabios, que databa de los tiempos de la Aurora primogénita. Ahora eran nómadas que se dedicaban a moverse por las zonas de conflicto al norte del Templo del Equilibrio, atendiendo a todos los necesitados. Su trabajo era gratificado con caridad. Al día siguiente se mudarían de nuevo a una región más próxima a la Meseta.

Iba a ser complejo trasladar a todo el campamento, aún más con tantos enfermos, por lo que había muchos carruajes y un gran vehículo rodado tirado por cuatro enormes bueyes como máquinas tractoras. Se hizo de noche. El plan de Abob era mezclarnos con los enfermos y viajar junto a las sanadoras rojas para cruzar la zona más delicada hasta la Meseta. Usaríamos la caravana para viajar sin llamar la atención hasta el nuevo emplazamiento, y nadie conocería nuestra identidad en el campamento salvo los que nos habían acompañado. Me costaba trabajo aislarme de todo lo que me rodeaba. Toro no me quitaba ojo de encima, y me mantenía al margen. Parecía ansioso por llegar a nuestro encuentro con Kili.

Nos sirvieron un cuenco del guiso, y lo engullí rápido. Nos disponíamos a descansar tras todo el día cabalgando, cuando escuché el llanto de un bebé. Su dolor me castigó de una manera tan considerable que no lo podía eludir. Miré a mi amigo, implorándole permiso para verlo. Tosía como si tuviera mucosidades infectadas en los pulmones. Entré en la tienda de la que procedía el ruido y, de pronto, me trasladé a la Cruz. Me llené de alegrías pasadas, a pesar de aquella escena con al menos treinta personas yaciendo enfermas, acurrucadas, soportando dolores e intentando no causar molestias a los demás. Una sanadora roja acunaba al bebé, que lloraba sin consuelo. Velaba por su Alma esperando lo inevitable. Su estado de salud era alarmante, no tendría más que esa noche de lucha para sobrevivir. Me

acerqué a ambos, y con mucho cariño extendí mis manos. La sanadora no dudó en dármele; coloqué mis labios sobre su frente ardiendo, mi oreja en su pecho, besé su cuello para oler su enfermedad, y se lo devolví. Toro ya tenía el botiquín, que me ofreció para apoyar mi iniciativa, arrepentido de su comportamiento sobreprotector. Hablé con la sanadora para que me trajese toallas, agua, gasas y un cubo con ascuas calientes de cualquier hoguera. Al poco, uno de los fieles que nos había acompañado entró en la cabaña y se acercó a mí, y me dijo sin mucha voluntad:

—Señor, usted debería estar descansando, deje este trabajo para las sanadoras rojas. Mañana partiremos temprano...

Hice caso omiso a sus palabras. Cuando la sanadora entró con los encargos, otro fiel ayudó a Toro a cargar con un cubo metálico y tizones al rojo vivo. Este me dijo:

—Lao, cuando terminéis con el niño, por favor venid a descansar.

El fiel me miró con cara de asombro, apretando los labios fuertemente el uno contra el otro. Había desvelado mi identidad sin intención, pero la sanadora ya lo sabía desde que había llegado al campamento. Se apresuró a soltar el cubo y se marcharon ambos. Saqué del botiquín lo necesario, ahora olía a la Aldea y al valle de Natur. Tenía un valor medicinal incalculable para un sanador experimentado. Primero bajamos la fiebre. El bebé necesitaba respirar el medicamento, por lo que hicimos una pequeña cabaña con unos palos que cubrimos con pieles de animales, donde nos meteríamos el bebé y yo. En el exterior, las ascuas calentaban un par de recipientes con agua con esencias disueltas y algunas hierbas. Entramos, el interior era escaso para albergar a mi figura sentada con el bebé acunado entre mis brazos y piernas. Los vapores encerrados llegaban a los pulmones y a cada alveolo. Entre toses, se fue desprendiendo de las mucosidades forzosamente, sin parar de expectorar para expulsarlas. El bebé no emitió llanto alguno, gastamos muchas gasas para un cuerpo tan pequeño. Su Ser estaba envuelto en la oscuridad, en un ambiente denso y cálido, y aquello ayudó a su cuerpo a superar el miedo. Sus últimos esfuerzos estaban bien invertidos.

Nunca había tenido la oportunidad de rastrear el Alma limpia de un bebé de tal modo, acababa de llegar para ofrecerse al mundo a cualquier propósito. Nos sincronizamos, y mi Ser se impregnó de aquello. Su cuerpo débil, aferrado a la vida, aspiraba profundamente y tosía con fuerzas. Lo hidraté con un suero de leche de cabra y jalea real de las abejas del valle. Cambiamos los recipientes con agua hirviendo. La esencia de flores disueltas en los vapores abrió sus cavidades para limpiarlas, incluso en los rincones más escondidos. Notaba que a nuestro alrededor, varias sanadoras estaban velando. Sus emociones llegaban hasta nosotros, escuchaba sus voces que se ofrecían desde fuera para cualquier ayuda. Durante las dos primeras horas, el ruido del bebé era tremendo, pero el esfuerzo no mermaba sus ganas de vivir. Los vapores resultaron muy efectivos, y todos los buenos sentimientos de las sanadoras rojas volcados en la sanación del bebé inundaban al resto de enfermos del campamento, como si de un ritual se tratase. Las sanadoras se congregaron en torno a la tienda, sentadas y dispuestas; la tos menguó, y nos quedamos profundamente dormidos. Pude sentir a todo el campamento compartiendo un sueño común mientras las sanadoras rojas velaban por todos. El descanso de los enfermos fue reponedor, y aquella noche muchos empezaron a sanar por sí solos.

A la mañana siguiente, el ajetreo de fuera me despertó. El bebé dormía plácidamente, no había luz en el interior, y seguí abrazándolo en silencio para no molestarlo. El ruido del exterior se intensificó, y se escucharon gritos de: «¡tenemos que partir cuanto antes! ¡Levantad el campamento!». Toro y otras voces de mujeres se oponían a tanta celeridad. Pasó el tiempo, y las discusiones continuaban. Algunos se preguntaban: «¿estarán muertos?».

Pasadas varias horas, cuando ya era medio día, el bebé tosió y dio una gran bocanada de aire. Luego rompió a llorar con un sonido limpio y diferente, un alegre llanto de hambre. Con mucha vitalidad levanté la cabañita que había sobre nosotros, liberando los gases. La luz nos cegó, y pronto vislumbré un gran número de sanadoras rojas sentadas en coro en torno a nosotros. Toro y Abob estaban de pie tras ellas, al igual que muchos fieles. Sobre nuestras cabezas, un Sol brillante y el cielo azul, el campamento totalmente recogido, y los carros cargados con los bueyes preparados. Los enfermos que habían colaborado parecían encontrarse mejor. Las sanadoras rojas se pusieron en planta y nos abrazaron con fuerza, lo que me hizo sentir la calma del abrazo profundo de mil madres. A una sola voz, dijeron: «Gracias, Maestro Lao».

Se dispersaron cada cual a su tarea. Le dieron de comer al bebé, que estaba hambriento y fuerte. Era milagroso ver cómo podía sanar un cuerpo tan nuevo. Toro y Abob estaban muy emocionados, y este último dijo:

—Ni un día ha durado vuestro anonimato en el campamento... Por favor, partamos cuanto antes.

Toro me dio un sentido abrazo. Los fieles nos miraban como si de un milagro se tratase. Muchos se arrodillaron a causa de la sensación de esperanza tan intensa, como si se hubieran encontrado la prueba que necesitaban de que todo un más allá existía. Daban las gracias de que algo así pudiera ocurrir y estuvieran siendo testigos de ello. Había leído libros en los que algunas personas habían trascendido a la historia, como mesías para algunas sociedades, debido a sus logros, ideas, o por ser enviados de Dios. Para un aldeano, pretender ser una figura similar era imposible, pero ahora en esta vida que se me había otorgado podía apreciar la ficción de existir y mi contribución a la experimentación real, como se esperaba. Sin Ego, sería definido por todos. De hecho, ya lo había sido. Independientemente del final, sabía que este debía estar cerca, y que íbamos directamente hacia él.

Nuevamente continuamos dirección sur. Íbamos en un carruaje junto con otros fieles. Cada cierto tiempo bajábamos a caminar y otros subían a descansar. La caravana proseguía firme, los bueyes incansables tiraban de los carros cargados, sin síntomas de fatiga. Los animales nobles servían al interés de los humanos sin ningún tipo de queja sobre su vida en la experimentación real. Una de las sanadoras rojas situada junto a mí, muy empática y sensible, se fijó en mi interés hacia aquellos animales tan impresionantes, y tímidamente, sin querer interrumpir el ambiente meditativo del traqueteo del viaje, me dijo:

—Venerado Maestro Lao, por favor, acepte este libro. Es un poemario que pretende hacer compresivo el camino de la iluminación del Ser. Usamos al buey como metáfora del Ser, lo hemos titulado *La doma del buey*... Bueno, saque usted sus conclusiones y puede que le amenice el viaje. Disculpe mi intromisión.

Las sanadoras rojas no desvelaban sus nombres, vivían en el anonimato, aunque yo las podía distinguir perfectamente a pesar de ir tapadas. Me entregó el librito con los maravillosos



poemas. Entramos en un bosque poco tupido, el viaje estaba siendo gratificante; leí el libro con cautela y sin prisas, y me pareció fascinante y bello. Me bajé y acompañé a los bueyes un buen rato para estirar mis piernas, no me encontraba preparado físicamente para mucho más. De vez en cuando acariciaba su lomo y el animal resoplaba gratificado. Era increíble ver cómo con una sola lectura me había proporcionado las enseñanzas de los poemas, como si los hubiera estudiado a consciencia o los hubiera conocido en otra vida.

Bordeamos otras comunidades. A lo lejos, podíamos ver humos de incendios provocados en los focos de lucha. Los fieles decían que no disponían de suficientes agregados a la facción de acción para controlar todas las regiones. Lógicamente, eran gente sencilla y bondadosa, por lo que reclutarlos resultaba difícil. Por eso, los valerosos fieles que se unían pasaban a ser muy admirados por el resto. No por el hecho de saber superar el miedo a la guerra y luchar, sino por haber renunciado a la vida a la que todo fiel aspiraba para salvaguardar la de todos los fieles del Templo del Equilibrio. Con esto, le faltaban un gran número de integrantes para dar apoyo a la población civil en los territorios ocupados, por lo que practicaban guerras de guerrillas, ataques nocturnos, robos de alimentos, captación de funcionarios, etc.... Todo lo que mermase la ocupación del Clan Hermano sin sufrir demasiadas bajas. Abob era un experto en emboscadas y juegos de guerra con oficio.

Esa noche y las siguientes descansamos en lugares apartados, sin montar el campamento. No hubo ninguna actividad alejada de satisfacer los bienes y servicios básicos de los integrantes de la caravana, que parecía ser, a cada jornada que pasaba, más numeroso. Volví a leer el poemario antes de dormir.

En los días sucesivos, pudimos ver los horrores de la guerra: pueblos masacrados, campos fustigados por el fuego, mucha presencia de funcionarios, aunque poco aglutinados. Pasamos por diferentes controles que salvábamos escondiéndonos en los carruajes, cubiertos por los más enfermos. Ningún funcionario se atrevía a acercarse, por miedo al contagio de alguna enfermedad. En ocasiones teníamos que aportar pecunia para pasar, o algún otro donativo para sobornar a alguien.

Una mañana, al alba, todo estaba nublado y lloviznaba, la jornada de viaje se vio truncada por un control muy grande. Abob se escondió con nosotros en el carro, estaba fuertemente armado y agarraba un puñal mientras permanecía en alerta felina. La atmósfera era silenciosa y muy tensa. Estábamos a punto de acercarnos a la última comunidad extorsionada por los funcionarios del Clan Hermano. Su presencia era muy numerosa, y estaban haciendo una meticulosa inspección. Sentí cómo uno de ellos se acercaba a nuestro carro muy decidido, parecía que había encontrado lo que estaba buscando. Se subió al carro y nos miró. Estábamos cubiertos por las capas, me pisó en el costado pero no emití sonido. Abob apretaba la empuñadura con fuerza. El funcionario dijo, gritando a sus compañeros:

—¡Aquí! He encontrado a uno, venid a ayudarme.

Una de las sanadoras rojas empujó al funcionario fuera del carro, haciéndolo caer sobre un charco embarrado, y dijo valientemente:

—¡Estos hermanos son enfermos, y están bajo nuestra custodia hasta alta médica! ¡No os acerquéis más y permitid el paso de la caravana! ¡Debería daros vergüenza!

Varios funcionarios se acercaron para ver la escena. Al ver al compañero manchado de barro y a la brava sanadora reprendiéndole encima del carro, se empezaron a reír e hicieron comentarios sexistas para ridiculizarlo. Dijo el cabecilla:

—¿Qué has encontrado?

Se levantó muy enfadado y, con fuerza, apartó con la ayuda de otro funcionario a la sanadora que se oponía. Se subió de nuevo y alargó su mano manchada mientras gritaba:

—¡A este!

Cogió a un enfermo echado sobre Abob, lo arrastró por encima de los demás y lo tiró desde arriba al suelo. Sus gritos de dolor fueron terribles. Lo habían reconocido como a un exfuncionario del Clan Hermano. La sanadora roja gritó:

—¿Dónde ha quedado vuestra decencia? ¡No respetáis nada!

El cabecilla volvió a responderle:

—Este no es un fiel del Equilibrio, es un renegado del Clan Hermano, ¡y no está bajo vuestra custodia!

Se vieron obligadas a ceder. Antes de dejarnos partir, lo mataron a golpes frente a todos los presentes de la caravana. Muchos quedaron aterrados, y los verdugos satisfechos; la maldad humana era desbordante, sentía las emociones de todos. Muchos estaban superados por la situación, pero algunos ya se habían acostumbrado.

Como represalia, nos robaron todas las provisiones. Aún quedaban dos jornadas completas de viaje para llegar al nuevo asentamiento del campamento, cerca de la comunidad fronteriza al norte del Templo del Equilibrio que estaba protegida por los fieles. Al menos, por el momento. Todos nos vimos obligados a ayunar. Los alimentos que pudimos recolectar los cocinamos para los más débiles, y sufrimos varias bajas. El bebé estaba fuerte; las sanadoras rojas decidieron que crecería en el seno de su congregación, y también le pusieron el nombre de Lao. Se trataba ahora, por cierto, de un nombre muy común para los recién nacidos.

Encontraba refugio en la lectura de *La doma del buey*. Estaba cada vez más volcado en la comprensión de los diez poemas que, aunque eran cortos, escondían una profunda reflexión para alinear al oyente con el Camino Integral. Estaba claro que habían pensado y dotado de emociones a los poemas. La relación con las sanadoras rojas establecía un vínculo con mi Ser, que existía de manera mística. Todas habían estado muchos ciclos esperando mi encuentro, pero para no importunarme intentaban no evidenciar tal impresión. Todas ellas me recordaban a Aurora. Era ajeno a todo lo que ocurría en torno a mi figura, pero Toro parecía ser muy consciente de quién era el Maestro Lao.

Siguió lloviendo y el camino se hizo difícil y pesado, aunque no nos encontramos con más controles ni funcionarios. Toro estaba de muy mal humor, no estaba acostumbrado a ayunar, e iba en silencio sin decir nada. Nos fallaban las fuerzas a todos, y esto se notaba en el ritmo. Fue duro, pero finalmente entramos en la región. El puesto de control, esta vez, era de los fieles de la Meseta. Al ver a Abob varios se nos unieron y alertaron a las autoridades de la zona. Nos sentimos a salvo, y nos regalaron unos bidones de vino y un saco de pan, no tenían más alimentos que esos.

Dejó de llover en el último día del traslado, se notaba la inminente entrada del verano. Llegamos temprano al asentamiento. Nos instalamos en una arboleda preciosa de altos árboles y con agua limpia, protegida por varias colinas desde las que se podía intuir la Meseta. El emplazamiento era muy completo. Un par de fieles llegaron muy alegres cargando con sus caballos un ciervo y un jabalí. Todo empezaba a sonreírnos, lo que nos hacía recuperar ilusión y esperanza. Aún quedaban patatas escondidas y algunos tubérculos. Encendimos los fuegos, despellejaron a los animales, colocamos a los enfermos en cabañas, ubicamos los avíos. Las sanadoras rojas eran un ejército de una veintena de mujeres muy empáticas, no se podía estar mejor cuidado. Mientras hacían sus labores canturreaban felices replicando sus canciones. Como el que emprende una nueva vida, un nuevo hogar, sabían que habían llegado para quedarse un largo periodo de tiempo y, además, habían sido bendecidas con carne de cacería. Me sorprendió la iniciativa de Toro, que se hizo cargo del guiso, pero era algo que le gustaba mucho hacer. Se encendió una pipa de hierba, el ambiente tras las penurias sufridas parecía festivo. Todos nos contagiábamos de aquella situación alegre, que llegaba como un merecido descanso.

Llegó la noche. La carne había estado al fuego varias horas, por lo que no estaba muy dura. El guiso era delicioso, el vino se te subía a la cabeza, y el pan era duro hasta que lo empapabas en el caldo. Estábamos deseosos de compartir algo de normalidad y poder abrir nuestros Seres de una manera profunda que permitiese asentar y recordar los buenos momentos por los que luchábamos. Volvía a llevar la capa roja de la Sucursal del Templo de Origen; su tela roja estaba gastada, pero me sentía muy cómodo con ella. Todos nos sentamos en coro junto a la hoguera, en el suelo, los carruajes como gradas improvisadas, con las manos ocupadas por el guiso caliente. Nos sentíamos como en una gran familia: risas, charlas entre pequeños grupos, historias de tragedias que acababan en buenas moralejas. Los enfermos hacían un esfuerzo por arrimarse a la hoguera y participar de aquel momento especial de paz y verdad para compartirlo con todos. Abob contó la anécdota de mi encuentro con Kundo en la playa de Origen de muy buen humor, recordando a su amigo. Una historia sucedía a otra, todos armonizados nos sentíamos felices como parte de algo más grande, una causa justa y noble. Yo podía posicionarme con facilidad con los fieles, me sentía en casa.

Una sanadora se colocó junto a mí y me abrazó por la cintura, juntando su costado al mío. A modo de prólogo, se dirigió a todo el campamento. Llamó la atención de todos, consciente de que el presente se estaba haciendo historia al instante; su pronunciación era muy buena, era una excelente oradora:

—Hoy es un día esperado por nuestra congregación. Por un lado, hemos llegado a nuestro nuevo asentamiento, que se convertirá en el hogar de muchos que se unirán a nosotros. Y por otro, disponemos del Maestro Lao para poder adquirir el conocimiento que se desprende de la comprensión interior de...

Sacó el libro que yo había releído varias veces, podía repetirlo como un mantra. Sabía que este momento llegaría, y quería estar preparado para compartir con todos una comunicación perfecta. Había reflexionado y conjeturado mucho sobre la lectura, incluso usando bellas palabras.

—... *La doma del buey.*

—Es un poemario que intenta mostrar el camino de la iluminación del Ser y los pasos del Camino Integral como proceder armonioso de la Fuente. Una metáfora es el buey, que se presenta como una analogía del Ser. Ha sido concebido para ser compartido libremente, pero nunca consumido pasivamente: se presupone una reflexión profunda para su comprensión, y un gran compromiso por parte del lector u oyente. Algo que puede ser discutido abiertamente, pero nunca entendido por aquellos que son dominados por su Ego y no son capaces de distinguir la Verdad Sutil que habita en cada cosa o no cosa. Algo sin potencial comercial, pero con un valor que ridiculiza todo precio. Algo oculto y, aun así, completamente tejido en la tela de nuestras vidas diarias o, al menos, en lo que deberían ser nuestras vidas en tiempos de paz y armonía.

—Por favor, Maestro Lao, acompáñenos y muéstranos el Cónclave.

Se hizo un silencio en torno a la luz cálida de la hoguera. Con el estómago sin quejas, bebimos té. Tras el largo y sufrido viaje, todos participábamos plácidamente del ambiente contemplativo de la noche estrellada, nos sentíamos afortunados de poder sentirnos amados y en paz. Después de haber visto y vivido el horror de la guerra, mirábamos los rostros de los presentes como si nos mirásemos en un espejo. Sentía cómo la esencia se desprendía del cuerpo receptáculo, emanando algo que los fieles manifestaban como un momento trascendente. Mi compañero espiritual, mi amigo de la infancia Toro, se mostraba profundo y afectado. Su Ser más empático se hacía fuerte en él, y ahora me guiaba a mí en la vida tras la vida, tal como se había establecido. Ya no podía entender la existencia sin el aldeano. Las sanadoras rojas atendían a todos los presentes, se mezclaban entre los asistentes armonizándonos como unidad. Repartieron papeles con los poemas entre todos. En las manos de una de ellas, el librito abierto que me ofreció para compartir la lectura. Todas las sanadoras rojas empezaron a recitar a la vez:

—*Uno: Buscando al buey. En los prados de este mundo, buscando al buey, sin descanso, voy apartando las altas hierbas. Siguiendo ríos sin nombre, perdido entre los confusos senderos de lejanas montañas, desesperado y exhausto, no puedo encontrar al buey. Oigo únicamente el canto nocturno de los grillos, en el bosque.*

El sonido de sus voces era embriagador, limpio, era un espectáculo muy elevado. Todos leíamos interiormente y sentíamos sus palabras. Me hice una pregunta al respecto que evocaba la comprensión de la Verdad Sutil, y la compartí con todos como si fuera lo que los asistentes estaban esperando:

—¿Qué necesidad tenemos de buscar? Si no lo encuentro, es solo porque me he separado de mi verdadera naturaleza. Confundido por los sentidos, he perdido incluso su rastro. Lejos de mi hogar, veo muchas encrucijadas, pero desconozco cuál es el Camino Integral. La avidez por las cosas y el temor de perderlas, el bien y el mal... me perturban y me aturden.

Hacía mucho tiempo que no hablaba en público, y trataba de respaldar las emociones con preguntas para el Alma. Se escucharon respiros de comprensión plena. Rápidamente, sentí cómo los presentes alineaban sus esencias sutiles. Una vez más, los fieles parecían vivir sensaciones similares a las de la ceremonia del Equilibrio, aunque sin el Orbe. Las

sanadoras continuaron con la lectura que contenía las enseñanzas de las etapas de la iluminación del Ser:

—*Dos: Descubrimiento de las huellas. Junto a la orilla del río, bajo los árboles, ¡descubro sus huellas! Incluso sobre la fragante hierba veo sus pisadas. Y en lo profundo de las remotas montañas también se las encuentra. Su rastro a nadie puede pasar desapercibido.*

Podía verme como aldeano del proyecto Aldea. Haciendo una interpretación del Maestro Lao que me era placentera, pregunté:

—¿Cómo diferenciaré lo cierto de lo falso? Comprendiendo la enseñanza, veo las huellas del buey. Y aprendo ahora que, así como de un único metal se forjan muchos utensilios, del tejido de mi yo más íntimo se forman las formas sutiles. Aún sin atravesar la puerta, he reconocido el Camino Integral.

Los fieles meditaron en plena reflexión. Me sentía útil para todos participando como el Maestro Lao. Las sanadoras continuaron nuevamente:

—*Tres: Encontrar al buey. En la enramada lejana, un ruiseñor canta alegre. El sol es cálido, la brisa suave, los sauces verdean a lo largo de la orilla del río. El buey está ahí, ¿cómo podría ocultarse? ¿Qué artista sabría dibujar esa espléndida cabeza, esa majestuosa cornamenta?*

Mis reflexiones estaban siendo compartidas con todos:

—Al oír la voz, podemos intuir su origen. Cuando los sentidos se unifican para apreciar la Verdad Sutil, atravesamos la puerta. Sea cual sea la puerta de entrada, se ve la cabeza del buey. Esta unidad es como la de la sal en el agua del mar. Ni siquiera la partícula más pequeña está separada de su Ser.

Una sanadora roja situada en primera fila escribía mis palabras, cosa que pasé por alto sin conflicto. Prosiguieron:

—*Cuatro: La captura del buey. Lo atrapo tras una implacable lucha. Su ruda voluntad y su fuerza son inagotables. Y se lanza hacia la colina distante, tras las lejanas brumas. O se dirige hacia un barranco impenetrable.*

Las sanadoras rojas venían de Sofópolis. Me mostraban una idea de mí que solo ellas podrían definir, aunque ya lo había visto antes en la Intérprete. Sentían la Interpretación firme en sus Almas. El amor que profesaban a Aurora nos unía más allá de todo. Sentí algo único, los asistentes tenían disponible mi Ser al completo, y la reflexión en torno al poemario era un ejercicio de consenso colectivo que creábamos todos juntos:

—Desde hace mucho tiempo pastaba en los campos silvestres, ¡pero hoy lo he atrapado! Encandilado por los paisajes, confunde los caminos. Anhelando sus verdes pastos, vaga desorientado. Es todavía obstinado y sin freno, si quiero someterlo debo alzar mi látigo.

La inmersión del campamento en los bellos pasos de la doma de nuestros Seres en la vida era claramente ilustrada con las metáforas del poemario. Como si ya conociese los versos, y habiendo experimentado cada uno de ellos en mi Ser, replicaba implacable a cada pasaje de manera poética. Continuaron:

—*Cinco: La doma del buey. Necesito del látigo y la soga. De lo contrario podría escapar en los polvorientos caminos. Bien adiestrado, es de Alma dócil. Entonces, sin dogal, obedece a su dueño.*

La mente era un instrumento de la conciencia. Por alusiones, nos decía:

—Cuando sobreviene un pensamiento, otro le sucede. Si el primer pensamiento brota desde la iluminación, cuantos le siguen son verdaderos. Pero si emerge de la ilusión, todo se hace falso. La ilusión no es consecuencia de la objetividad, es el resultado de la subjetividad. Sujeta con fuerza al buey por el anillo de la nariz y no dudes ni un instante.

De pronto, una vez domado al buey, todos sentimos desapego hacia cada cosa o no cosa de la experimentación real. Cada paso estaba siendo proyectado en todos nosotros, impregnados de Verdad Sutil, como la única manera de compartir la experiencia mística que estaba suponiendo la lectura del poemario:

—*Seis: Volver a casa a lomos del buey. A lomos del buey, lentamente regreso a casa. El son de mi flauta llena la tarde. Marco con la mano la armonía que me acompaña, y dirijo el ritmo eterno. Quien oiga esta melodía me acompañará.*

Aceptábamos nuestra naturaleza como parte del existir. Unidos, todos los fieles sentíamos que la lucha había terminado para nuestras Almas. Superado ya el afán por los logros y el temor a las pérdidas, todos éramos fieles entregados a una causa. A lomos del buey, contemplo las altas nubes y seguiremos adelante, sin importarnos los deseos que nos incitan a retroceder.

—*Siete: El buey, superado. Montado sobre el buey, vuelvo a mi hogar. Estoy sereno. El buey también puede descansar. El alba ha llegado. En este dulce reposo, en mi cabaña, dejo a un lado el látigo y la soga.*

Escuchaba mi voz, y veía la escena como si fuera un observador con el Orbe activo. Me observaba desde fuera y era partícipe de lo que acontecía dentro. Estaba diciendo:

—Todo está sometido a una única y misma ley. Somos nosotros los que hacemos del buey una realidad temporal, le damos descanso y trabajo según nuestro día. El Alma debe establecer una relación de amor con la mente, en el hogar de la consciencia la paz debe reinar.

El asunto se volvió complejo para los presentes. Muchos ya habían transitado los poemas anteriores, pero aún se sentían lejos de despedirse. Las sanadoras recitaron las últimas etapas del camino de la Iluminación del Ser:

—*Ocho: Ambos, el buey y uno mismo, superados. El látigo, la soga, uno mismo y el buey, todos, se funden en la Nada. Este cielo es tan vasto que ninguna palabra lo puede abarcar. ¿Podría un copo de nieve subsistir en el ardiente fuego? Siempre tenemos presentes los vestigios de los antiguos Maestros.*

Las Almas de los asistentes estaban limpias de impurezas y no veían límites a su participación en la experimentación real. Me mostraban una elevada veneración. Dije:

—No tratamos de encontrar el estado de iluminación; ni permanecer allí donde no existe ninguna iluminación. Como a ninguna condición me ato, los ojos no me pueden ver. Aunque cientos de pájaros cubriesen de flores mi camino, este homenaje nada significaría para mí. No podemos conservar nada, solo participar.

Con el profundo conocimiento de lo efímero de existir, aceptamos el presente, recordando que no existía nada y, por tanto, nada a lo que apegarnos ni de nuestro Ser como parte de la supuración del Ego nocivo en todo humano. Las sanadoras continuaron con el siguiente:

—Nueve: *Regresando a la Fuente. Se han dado demasiados pasos para volver a la Fuente. ¡Más habría valido ser ciego y sordo desde el principio! El hogar en la más verdadera morada de uno mismo, indiferente a las cosas exteriores. Sin esfuerzo, fluyen las aguas del río y las flores son rojas.*

Los poemas eran inspiradores. Yo había leído y reflexionado particularmente sobre los dos últimos poemas, porque para los aldeanos, la Verdad Sutil es clara desde el comienzo. Trasmití mi bella visión de la Aldea:

—Tranquilamente, en silencio, observo los diversos modos de nacimiento y muerte. El que no tiene apego a la identidad y la forma, ya no necesita de una mejor transformación. El agua es esmeralda, las montañas, añil, y veo aquello que crea y lo que destruye sin esfuerzos.

Todos los presentes, sentados cómodamente en torno a la hoguera, estábamos a su vez concentrados y mezclados con varias sanadoras rojas, que sostenían los poemarios. El ambiente era intensamente meditativo, empático y muy divulgativo. Permanecíamos en silencio tras cada reflexión. La luna se cubrió por una nube, lo que dejó la noche oscura, y salimos de nuestros interiores para observar las caras de cada compañero. Las sanadoras comenzaron con el último:

—Diez: *En el Mundo. Descalzo y con el pecho desnudo, me mezclo con la gente del mundo. Mi capa roja está remendada y cubierta de polvo, y soy más dichoso que nunca. No uso magia para alargar mi vida, pero ahora, ante mí, los árboles marchitos se cubren de flores.*

La mayor evocación del grupo fue como una oda a la vida sencilla que proporciona los pasos sobre el Camino Integral. Los presentes debían saber que cada uno de ellos era un Ser Integral con la capacidad de iluminar a otros, y se convirtieron en emisores de Verdad Sutil. Sin intención de adularlos, y con una confianza firme en los asistentes, dije:

—Tras mi puerta, ni mil sabios me podrían conocer. La belleza de mi jardín es invisible. ¿Por qué deberíamos buscar las huellas de los antiguos Maestros? Voy a la plaza del mercado con mi botella de vino y vuelvo a mi hogar con mi bastón. Visito al vendedor de vino y frecuento el mercado, y todos a los que miro se iluminan.

A todos los presentes se nos había olvidado ya lo vivido jornadas atrás. Sus mentes volvieron a entrar en juego y veían un futuro feliz, de habitantes realizando labores armoniosamente, sintiendo la cercanía de las personas que amarían. Era todo lo que los fieles deseaban y el motivo por el que luchaban. Nos sumergimos un tiempo prudente en ese gozoso baño. Pude sentir la Aldea como definición perfecta de convivencia en armonía. Imágenes de recuperación de sus hogares, ahora destrozados por la guerra, definían su fin en el presente. Vivir el dolor de la lucha y el conflicto ansiando algo que claramente les correspondía: una vida sencilla y libre, repleta de armonía. Sin quererlo, todos éramos conscientes de que nuestros Seres debían participar en este conflicto impuesto.

El campamento estaba feliz de vivir, agradecidos a pesar del trauma que habían dejado atrás. O quizás, haberlo vivido implicaba ser muy consciente de la fortuna de vivir el presente. Esperamos el tiempo prudencial para que los asistentes salieran del trance de la doma del buey. El Maestro Lao había dado otro paso más en la vida tras la vida. La sanadora

que estaba junto a mí, así como sus hermanas, sentían una recompensa que transcendía a todas sus antecesoras en su legado. Entonces, dijo:

—Nuestra congregación de sanadoras fue fundada por nuestra Madre Aurora que, como Intérprete del Oráculo, definió el cometido para todas las hermanas, que cumplimos con lealtad y paz. Nuestra forma de vida nos permite disponer con claridad de nuestra Alma. Desde tiempos de las primeras Auroras, hemos estado siempre apoyando a los necesitados independientemente de su condición, aunque también se nos había asignado otra tarea. Hoy se ve cumplida con la presencia del Maestro Lao entre nosotros. A los fieles del Templo del Equilibrio presentes nada más hemos de explicar al respecto: servir a Aurora o al Oráculo es nuestro principal cometido.

Toro me abrazó sentidamente, compartiendo conmigo todo el sentido del proyecto Aldea y de la Interpretación de Aurora. De una manera visceral llegaban a mi Ser recuerdos muy humanos, pero no de una manera secuencial, sino como un solo recuerdo que los englobaba a todos. Entonces, mi tutor de la infancia, el Maestro Teo, se hizo presente de una manera permanente.

Pasaron varias semanas. Estábamos esperando noticias del Templo del Equilibrio. El campamento se volvió más tranquilo y organizado, los enfermos parecían ir sanando milagrosamente, e intentaban devolver todo lo que habían recibido con trabajos para la comunidad que aceptaban colaborativos. Teníamos mucha afluencia de necesitados y curiosos. Abob decía que eran demasiados, y Toro le secundaba. Mi amigo participó en el campamento dotándolo de infraestructura, como depósitos de agua en alturas, fosas sépticas, y algún punto de luz artificial. Hizo lo que pudo con los materiales de los que disponían, pero quedó una infraestructura bastante competente; se notaba que había aprendido mucho durante sus ciclos en Tecnos. Las sanadoras rojas cuidaban de mí todo el tiempo. Me prepararon una cómoda cama en una choza individual donde leía una y otra vez *La doma del buey*.

Transcurrida otra semana más, ya casi no había enfermos. Los fieles salían a por víveres y volvían con muchas provisiones y con muchos más fieles unidos a la causa. Yo no salía del campamento por recomendación de Toro y Abob. El asentamiento fue pareciéndose a un poblado rápidamente, y comenzamos a hacer huertos cerca de unos humedales. Los bueyes parecían más felices arando que tirando de pesados carros; en cualquier caso, nunca habría quejas por su parte. Toro localizó un pozo de unas venas de agua subterránea de la que extrajo un vigoroso caño de agua. El tiempo pasaba, y Toro hacía viajes sabiendo que yo estaba a salvo entre los fieles y las sanadoras. Parecía una comunidad floreciente y próspera, e incluso se levantó un pequeño templo de madera. Disfruté mucho cortando madera y trabajando, mi cuerpo viejo aún disponía de fuerzas que pronto se irían agotando. Las sanadoras rojas impartían sus disciplinas sutiles, y algunas de ellas partieron con intención de hacer lo mismo en otras comunidades. Todas se iban con el Cónclave en su interior y la firme intención de compartirlo con otros que lo quisieran. Sentí de alguna manera que nunca habíamos hecho tanto bien por el mundo, todos impregnados de todos. Muchos habitantes de las zonas de conflicto empezaron a llegar, junto con fieles dispuestos a todo.

La comunidad estaba espléndida y calmada, como si no existiese conflicto fuera. En cambio, el Clan Hermano estaba luchando al norte de la península y en disputa con Tecnos.



Toro no justificaba sus ausencias, aunque estaban vinculadas a estos asuntos. Abob, que era puro nervio, decía que no disponía de capacidad para organizarlos a todos, y rezaba por que viniesen pronto a buscarlos desde el Templo del Equilibrio. Por suerte, sus ruegos se vieron atendidos a los pocos días: desde el sur llegó una caravana de fieles muy abultada, con muchos caballos, vehículos y maquinarias varias. Buscaron un asentamiento cercano, más propicio para tantas personas, y pronto empezaron a trabajar para dotarlo de caminos, agua, algo de luz y otros servicios, y lo parcelaron para que otros pudieran instalarse con cabañas, chozas o lo que fuese. Me encontré con gente de Origen, gente de la Cruz y de Iago Grande también. Muchos me saludaban como si me conociesen de toda la vida. Nadie me robaba tiempo ni me importunaba.

No había rastro de Kili. Decían los fieles que, seguramente, no había podido salir de Origen por la imprevista clausura de las vías de levitación magnéticas, por lo que el regreso a la Meseta debía hacerse por otros medios más lentos. Preparamos una cena formal a la que me alentaron a asistir, pues en ella se iba a decidir qué hacer. Escuché decir a uno de los fieles de mayor rango:

—La tregua no va a durar para siempre, debemos pensar cómo reencontrarnos con el Clan Hermano ahora que están distraídos con otros menesteres. Está muy bien que atendamos a las comunidades, pero no hemos de olvidarnos que Bigo no se detendrá hasta dominar la península...

Otro dijo:

—Ya estamos arrinconados en torno a las cordilleras. Dotémonos bien en las fronteras y permitamos una vida calmada a sus habitantes, esperemos al enemigo en casa. Prioricemos Origen, las Jorobas y la Meseta. El desierto y Tecnos nos protegerán al oeste.

La cena acabó en reunión de trabajo, y pasamos a una cabaña espaciosa y amueblada. Toro estaba muy activo, demostraba amplios conocimientos de la situación de la península, y disponía de datos muy precisos sobre los enclaves del Clan Hermano. Nunca comentó nada al respecto de la medida masiva. Su disertación sobre los futuros pasos de cada núcleo implicado resultaba brillante. Todos lo oíamos con mucha atención cuando aportaba datos precisos para argumentar, como por ejemplo: «sabemos que el Gobernador Bigo dispone de un gran número de funcionarios distribuidos. Dieciséis mil veinticuatro están destinados al control de este; unos diez mil cuatrocientos treinta y seis de ellos se han quedado en Origen. Se podría decir que las Jorobas están libres de sus dominios, aunque disponen de informadores...».

Su pantalla estaba cargada con una base de datos enorme, con información sensible e inmanejable para un solo hombre. Ya no la portaba en la muñeca, sino que la consultaba a modo de libro para no llamar la atención. Aportó datos sobre vehículos de combate del enemigo, materias primas, infraestructura, posibles planes y demás, e incluso sus puntos débiles. Abob y el resto de los fieles presentes, con preguntas e insinuaciones, alentaban a Toro a continuar con su discurso. Se sentía cómodo y útil, por lo que prosiguió con rigor, pero también con alegría. Por su rostro no podías percibir la temática ni el dramatismo de su información, simplemente la compartía altruistamente. Era un auténtico líder, pensé sonriente.

Salí a pasear un rato; al volver, seguían con la charla, así que preparé té y lo serví a todos los presentes. Bebimos la tetera completa, y volví a salir a pasear. Debía de ser de madrugada cuando entré de nuevo en la cabaña y vi que estaban todos en torno a una gran mesa con papeles, un gran mapa de la península, maquetas y anotaciones. Estaban cansados, pero sin sueño. Me quedé dormido junto a ellos, que continuaron con la reunión. Podía sentirlo todo: los presentes se congregaban en torno a un nuevo líder. Los fieles del Templo del Equilibrio habían oído hablar mucho de Toro, sabían que era otro aldeano, y parecían admirarlos muchísimo. El proyecto Aldea parecía haberse convertido en una leyenda real.

Entonces, escuché un zumbido reconocible que me despertó, como magnético. Al abrir los ojos, pude ver que todos prestaban atención con caras de alerta al sonido desconocido, salvo Toro que, tranquilo, se encaminó al exterior de la cabaña. Los fieles le acompañaron temerosos. Me incorporé y le seguimos fuera. El cielo empezaba a clarear. Miramos hacia donde él miraba, y vimos brillar una esfera metálica suspendida en el aire, similar a la que recibió Aurora en el valle. Notamos cómo se acercó el zumbido hasta hacerse el silencio a los pies de Toro. La esfera emitía luces. Él apretó un botón, y el objeto pareció suspenderse. Lo agarró y lo situó entre su brazo y su costado derecho, y luego nos miró a todos los presentes con una sonrisa omnisciente, y dijo:

—Es un UVI. Me voy a descansar, se nos ha hecho de día. Mañana proseguiremos con la charla, si os parece. Buenos noches, digo... ¡buenos días!

Mi amigo sintió su vida consistente y se marchó, consciente de ser un aldeano.



## 7 Fin de Ciclo



*Fin de ciclo de la Fuente fuerza a que toda experimentación real cierre el suyo para volver a definirse, con el solo propósito de crearla de nuevo más cercana al origen sutil, más equilibrada y sostenible. Muchas de las Almas que participan ya no son conscientes de ello, porque en su mayoría establecen pugnas y vínculos con sus Seres y con otros, vínculos emocionales y apegos hacia otros o hacia sí mismo. Esto les aleja del Camino Integral y crea realidades distorsionadas en las que el Alma queda cautiva en un segundo plano de conciencia. La experimentación real que no consigue evolucionar en virtud de las Almas pierde su estabilidad ciclo tras ciclo, distorsionando cada cosa o no cosa que comparte su existencia. Muchas Almas sufren las consecuencias alejándose perpetuamente del Sutil Proceder, sin acceso en sus vidas al Cónclave que une a cada individuo con el Todo, y quedan perdidos en un océano de experimentación sin rumbo.*

Extracto del libro *El Cónclave de Almas*.

### 7.1. El Maestro Lao

Toro había recibido la información que necesitaba para decidirse a partir, así que habló con Turk de la situación de la Cúpula. Estaban sufriendo, pero estaba tan contento y orgulloso que parecía que no era en balde. Marcharíamos al sur, nuestro destino era el Templo del Equilibrio que se encontraba en la Meseta, no muy lejos de la falda norte de las Jorobas. Toro estaba muy ilusionado por el viaje, aunque especialmente calmado y reflexivo, sin ápice de incertidumbre en su mente. Por las noches montaba un comité estratégico, pero él no comentaba nada sobre la información que portaba el objeto volante y, sorprendentemente, nadie se la demandó. Entendían que Toro era un líder consejero incuestionable. Los fieles no dudaban de los aldeanos, eran integrantes de su bando, y luchaban junto a ellos. Toro tenía su reputación, no se le notaba la carga, y parecía la persona más cualificada para liderar a los fieles en un conflicto que debía acontecer y solucionarse en todos los planos de la existencia.

Durante la primera etapa del viaje paramos poco. Viajábamos en un carruaje, siempre teníamos un par de sanadoras rojas junto a nosotros, y también nos acompañaba Abob, que escuchaba atentamente a Toro comentar los problemas de Tecnos con los conflictos en el C.L.O y el Clan Hermano. Muchas personas necesitadas en los territorios fronterizos deambulaban delinquiendo por las comunidades; el gobierno de Núcleo los reclutaba forzadamente para su cuerpo de funcionarios de una manera sibilina y con subterfugios. El Gobernador Bigo no se responsabilizaba de las acciones de los vándalos, como él los llamaba,

ni de la situación originada, de la que culpaba a Tecnos, y pedía la inminente reapertura de las vías de levitación y del C.L.O. Mi amigo decía que la situación afectaba a Origen también. Por suerte, la Sucursal y la Regencia ayudaban mucho al autoabastecimiento de los bienes y servicios mínimos. Muchos profesionales se quedaban sin ocupación remunerada, por lo que retomaron las huertas y la pesca, lo que hizo que aumentara enormemente el número de fieles a los que no les faltaba alimento y un sitio donde dormir. Incluso los habitantes que tenían familiares e intereses en Núcleo parecían estar alejándose de las políticas del Clan Hermano, al menos mediáticamente, aunque sus corporaciones dominaban y aún constituían la herramienta del sistema.

Estábamos a medio camino, faltaban varias jornadas a caballo, cuando pasamos por una de las comunidades emblemáticas, de las más grandes dominada por los fieles: la conocían como La Puerta. Su nombre se debía a que era la entrada norte a la Meseta. Nos habían dicho que era la comunidad más próspera y pacífica en la actualidad, y que sus habitantes, siempre armoniosamente ocupados, establecían la paz de la tregua en aquellos días. Su existencia se le atribuía en gran parte a que congregaba a mucha gente de Sofópolis afín al Clan de los Sabios. El Joven Baro llevaba tiempo asentado allí. Su popularidad le precedía, y su participación en el Templo del Equilibrio lo había convertido en líder de la Puerta. Ya no era tan joven, y nunca había sido nombrado Mayor, según comentaba Toro, quien parecía tenerlo en mucha estima.

Estábamos en la periferia, y Abob iba a marcharse como otras veces, pero esta vez noté algo que no alcancé a comprender. Aunque trataba de ocultarlo, mi percepción lo alteró y le hizo dudar. Entonces, se acercó para aventurarse a decirme:

—Ruego que disculpes este misterio, Maestro Lao, sabemos que nadie es capaz de ocultarse frente a su percepción. Debemos ausentarnos unas jornadas, tenemos asuntos que resolver en La Puerta, y Kili sigue sin aparecer. Habíamos pensado hospedarle en una posada al borde sur, con unas excelentes vistas a la Meseta. Es un punto con una fuerte tradición entre los fieles, suele congregarse a muchos peregrinos que van al Templo del Equilibrio.

Toro, cómplice, estaba sereno. Hablaba en plural porque mi amigo le acompañaría con una escolta de fieles. Sus palabras iban acompañadas de una tensión innecesaria. La sonrisa del otro aldeano no mitigaba, sin embargo, la incertidumbre de sus palabras. Suspiró, recuperó su mirada al frente, y consciente de la responsabilidad de sus palabras, continuó:

—Maestro Lao, su muerte fue un hito para los fieles, la noticia nos creó una sensación de unidad. Todos los Maestros y amigos veneran vuestras enseñanzas e historias. El Maestro Teo y Kili, su amigo Toro aquí presente, Bill, Kundo y la buena gente de lago Grande han documentado sus historias y anécdotas, de las que todos intentamos beber. Su memoria a veces nos proporciona no tanto el qué sino el cómo ha de acontecer. Su recuerdo hace que los fieles recuperemos la percepción para obrar...

»Durante estos ciclos, en su ausencia han pasado muchas cosas que es mejor no recordar, pero algo maravilloso ha nacido en torno a su figura, como símbolo de unión de los fieles del Equilibrio y de la confianza en la Interpretación de Aurora.

Varios fieles más que nos acompañaban, sincronizados con Abob, emitían la misma esencia de comprensión. No me esperaba tanta sinceridad, me abrumaba tanta devoción, porque sinceramente sentía no haber hecho nunca nada extraordinario. Independientemente de ello, sus emociones me nutrían, pero no me alteraban. Sin Ego, asimilaba sus palabras como un observador más, cada día más consciente del Maestro Lao, pero más lejos del individuo. Seguía sonriente, Abob estaba expresándose sentidamente, pero no quería tomar la responsabilidad. Toro, con cariño, intentó ayudar a Abob sin retórica, pero sin descargarle del compromiso que él solo había adquirido. Pasando el brazo sobre su hombro, dijo:

—Amigo, no hay nada que puedas decir que interfiera en Lao, no importa que se lo digas o te calles. Ambos sabemos que tu decisión siempre será acertada. Continúa, Abob, por favor.

Volvió a mirarme, confiado. No se atrevía a ocultarme información y, reconfortado, dijo:

—Maestro Lao, en La Puerta ocultamos a la Aurora<sup>31</sup> de las garras del Clan Hermano. Sus sicarios persiguen a todo aquello que les recuerde al Clan de los Sabios. El portavoz del Templo opina que no es el momento de que os encontréis con ella.

Toro asintió con cara de aprobación. Seguía sonriendo, motivado por aquella sensación de estar vivo, pero como si nunca me hubiese despedido, con una intensidad no correspondida. Me alegraba saber que el mundo proseguía inexorablemente a pesar del peso de la humanidad, me ayudaba a seguir en calma, entregar mi voluntad me llenaba de amor y utilidad. Me llegaban visiones de las Auroras junto al Oráculo, como un momento que había quedado presente eternamente. Activado en un plano que no ocupaba lugar, logré un grado mucho más elevado de omnisciencia. Las palabras de Abob me habían situado como narrador en la historia.

—¡Ja, ja, ja...!

Toro se rió a carcajadas, sabedor de mis visiones. Me sorprendió tal vínculo, el aldeano dominaba el sutil proceder, aunque su capacidad de intervenir también estaba acotada, y se ceñía estrictamente a inmiscuirse en lo que le correspondía. El Maestro Lao debía hacer lo mismo, y ambos compañeros espirituales parecieron sentir el *cómo* sin importar el *qué*, pues este último era inevitable en el fin de Ciclo.

Se dispusieron a marchar, todos muy agradecidos. Eran un grupo de al menos quince fieles a caballo y Toro, con sus vestimentas y accesorios que delataban que venía de Tecnos, aunque más bien parecía de otro mundo. Estaban preparados para partir al centro de La Puerta. La tarde era naranja sobre una dehesa de montañas bajas y viejas. Su vegetación era saludable, y al sur se intuía la Meseta. El Sol se ocultaba tras ella, emitiendo una luz crepuscular. La partida se vio demorada cuando un grupo de jinetes encapuchados avanzaron hasta nuestro encuentro por el sendero. Pronto los percibimos claramente, un caballo negro que portaba a un fiel de la facción de acción del Equilibrio, ambos enormes, y otros dos caballos con un hombre menudito y una joven mujer. Se pararon, y solo avanzó descapuchado el joven Baro, que no era tan joven. Tras unos saludos afectivos y respetuosos, la comitiva miró hacia mí, y todos los presentes entendieron la situación, desmontaron y entraron en un carruaje cubierto. Charlaron mientras la noche caía sobre nosotros. Desde lo lejos, la

mujer evitaba mostrar su rostro con la cabeza hacia abajo. Esa era la primera vez que nos encontrábamos en la península, y noté a Aurora muy viva dentro de mí donde no existía el tiempo. Las sensaciones que emitía eran de una naturaleza incomprensible. La mujer se apeó del caballo y, calmada, dio varios pasos hacia nosotros. El fiel fortachón tardó en darse cuenta, y bajó para impedir que se acercara más.

No nos hicieron esperar mucho. Toro asomó su cuerpo por la parte trasera del carruaje, y le dijo a Abob:

—Cambio de planes: seguiremos todos juntos hacia el Templo del Equilibrio.

Rápidamente emprendimos camino de nuevo al sur, con tres nuevos huéspedes en la caravana, y yo volví junto a los bueyes para disfrutar de la noche. Toro se sentó junto a mí, la luna asomaba muy brillante iluminando el camino. Todo alrededor estaba parcelado, con animales y huertas en sus pendientes suaves. Finalmente recorrimos más de lo esperado. El bamboleo de las cabezas de los bueyes marcaba calmadamente el pasar del tiempo, el silencio lo inundaba todo. Yo iba repitiendo en silencio la *Doma del buey* de las sanadoras rojas. A Toro le costó trabajo romper el silencio y, en voz baja, me dijo:

—¿Sabes quién va en el carruaje de atrás, Lao?

Seguía concentrado en los bueyes, y de manera automática, le contesté:

—Sí. ¿Y tú?

Toro cerró los ojos, como pensando con su Ser, y respondió dubitativo:

—Sí... es Aurora.

Nos vimos interrumpidos por unos pasos que se acercaban rápidos al asiento delantero del carro donde nos encontrábamos con las cuerdas en la mano. Los bueyes parecían incansables. Era el Joven Baro. Toro dio un salto ágil un tanto arriesgado para bajar; aunque era un hombre ancho, se movía diestramente. Baro se subió a mi lado, se descapuchó y me miró con el azul profundo de sus ojos penetrando en mí sin darme opción alguna, dejando saciar su curiosidad. Pronto dirigió su percepción a los bueyes, junto a la mía, y solo entonces dijo:

—Nos encontramos en el Andévalo, un espacio de transición en la planicie litoral previa a la Meseta. Es una zona de gran actividad cinegética, conejos, jabalís y ciervos, artesanía, ganadería y minería, que nutre de trabajo y bienestar a la Puerta. Es un sitio que demuestra que otro mundo es posible. Desde que nos vimos obligados a dejar Sofos, este ha sido mi hogar y el de otros muchos del norte, que ha permitido unificarnos por una causa única. La verdadera esencia del Clan de los Sabios reside ahora en los fieles, tu retorno y la participación de Toro. El proyecto Aldea hace que todo empiece a tener sentido y sea posible ver la Interpretación de Aurora.

Su presentación del Andévalo fue sentida y precisa, era evidente que Baro era un estudioso. Posiblemente, algún Maestro de la Aldea le había dado clases en tiempos mozos. Los recuerdos de su hogar también contenían pena. Iba diciendo:

—... no sé si sabías que al Templo de las Tres Columnas ahora le llaman la Iglesia de Dios. El Clan Hermano se ha nutrido de conceptos teológicos y ha diseñado una forma de religión a su medida. Un gran teórico en la materia... el actualmente conocido como su Santidad Flop, tiene gran culpa de ello... Se han apropiado de nuestro hogar modificando

a su gente y su forma de vida. Ridiculizan las tradiciones de Sofópolis, a los Sabios y al Oráculo... y también a ti. Se mofan de todos nosotros...

»Ellos usan todos los medios de comunicación para contribuir al sistema. El capital lo rige todo, el consumo y las riquezas definen el éxito. El poder es la única ambición de las élites del Clan Hermano, y para ello utilizan a la masa de gente dormida: basta con proporcionarles un estado de bienestar mínimo y grandes aspiraciones que pocos alcanzarán, y con eso les vale para llenar el buche del día a día. Nadie se plantea a qué coste han entregado sus libertades... Las élites del capital siguen jugando, y el Gobernador Bigo se encarga de que el engranaje funcione bien...

Me incorporé para acariciar a los bueyes, y la intensa luna apareció entre las nubes. Su pena se fue tornando lentamente en una esencia sincera, necesitaba contarme una experiencia vivida. Su Ser se aproximaba al mío empáticamente, y comentó:

—Maestro Lao, muchos de los sabios del Clan creemos en la Interpretación de Aurora. El destino nos obliga a experimentar un proceso de finalización de un ciclo, y esto conlleva inevitablemente que muchos tengamos que sufrir destierro u otras calamidades peores. Cuando todos sepan que has retornado de la muerte, pronto instauraremos el Equilibrio de la manera más pacífica posible. En el Templo de las Tres Columnas está tu sitio, Maestro Lao, junto a Aurora.

»Por desgracia, no disponemos de más tiempo. Al menos me vuelvo habiéndolo conocido, nosotros nos separamos aquí...

Se apeó del carro con esfuerzo, y me quedé pensando en la maravillosa despedida que me había brindado. Se marcharon en un carruaje cubierto, ya en la noche cerrada.

Seguimos caminando toda la madrugada, no dormimos. Podía notar la transcendencia del encuentro. Nos tomamos tiempo para beber té y cenar algo, incluso fumar en pipa tras charlar sobre el tiempo de cambio que vivía el mundo. Hicimos una pausa en una encrucijada. El grupo de los fieles que venía con nosotros se disgregaron, y se despidieron agradeciendo las vivencias que habíamos disfrutado entre ellos. Esa noche, Abob encontró el momento adecuado para despedirse, y nos dijo:

—Por favor, amigos, acompañadme a preparar el caballo. He de marchar ahora mismo, tengo asuntos que atender sin demora. Me dirijo a la Puerta con idea de organizarnos para volver al norte. Los fieles del Templo del Equilibrio deben habitar las tierras de Sofópolis, es prioritario recuperar el legado del Clan de los Sabios... Os informarán mejor a vuestra llegada al Templo del Equilibrio.

Íbamos de camino al caballo mientras charlaba, y no hubo respuesta ni de Toro ni de mi parte a su comentario. Empezó a ponerle al animal una silla muy usada y otros cachivaches, y entonces comentó:

—Bueno, Maestro Lao, aquí se separan de nuevo nuestros caminos... La primera de vez que no vimos cerca del refugio 75 de lago Grande, tuve la oportunidad de conocer a un joven y viajero Maestro Lao. Yo también era joven, y vivía apasionado con el arte de la guerra. Me despedí diciendo que la guerra vendría a nosotros inevitablemente, como así ha ocurrido... Ahora la situación ha cambiado, pero tú sigues igual, quizás más silencioso y sabio.

»Recuerdo las palabras que compartimos. Me hicieron sentir la Fuente en mi interior, pude entender las historias de su charla en la Ceremonia del Equilibrio, en la que todos sintieron el sutil proceder del mundo. Espero que nuestros encuentros siempre sean fructuosos.

Se giró velozmente y montó en su caballo. Mientras empezaba el trote, gritó:

—¡Amigos aldeanos, decidle a Kili que quizás llevase razón desde el principio!

Y salió al galope. Otros fieles le siguieron motivados para su misión.

Miré a Toro, por si sabía de lo que se trataba, pero él me devolvió la mirada con cara de no saber nada, y no le dimos mayor importancia.

Transcurrió otra jornada más. El grupo de fieles que nos escoltaba cada vez era más pequeño. Algunos se quedaron por la zona donde tenían familia, un par de sanadoras nos acompañaba también. El Andévalo era un lugar fértil y rico, cada poco tiempo los senderos pasaban por agregaciones de numerosas casas. Nos cruzamos con algún vehículo rodado, en su mayoría grandes, para transporte de mercancías o personas. Muchos fieles se hacían notar con sus capas rojas, y realizaban todo tipo de labores. Pronto pudimos ver un gran escalón de roca al horizonte: era la gran Meseta que dejaba atrás el Andévalo y constituía el preludio de las Jorobas. Tardamos una hora en llegar. Subimos por un camino bien empedrado que, pegado a su derecha, tenía un acantilado. Un murete impedía desprendimientos de viajeros, y los carros y vehículos con los que nos cruzábamos circulaban sin dificultad por el ancho de la vía. Ascendíamos lentamente, a los caballos cansados les costaba subir. Decidí bajarme y caminar junto a mi animal, y todos me secundaron. Las vistas eran hermosas. Al este, el acantilado daba a una zona más baja, con muchas chozas de madera entre campos y huertas que llenaban gran parte de la extensión. El cielo era azul radiante, y las nubes blancas paseaban sin prisa, podía ver sus sombras en el suelo. Varios grupos de fieles subían junto a nosotros. Algunos miraban a Toro, reconociendo a un forastero, y mi amigo les brindaba una sonrisa. En cambio, reconocerme a mí por medios físicos era imposible, dado que iba encapuchado y casi sin mostrar mi rostro barbudo. Todos agradecemos la subida a pie tras varias jornadas a caballo. De pronto, se acabó la pendiente y dejó paso a una gran planicie, toda cubierta por plantas de diferentes cereales que dibujaban una alfombra amarillenta y verde. Ahora sí se podían ver las Jorobas en el horizonte sur, pintando un perfil montañoso.

El camino que llevaba al Templo de Equilibrio nos adentraba en la Meseta alejándonos del acantilado. Se podían ver algunas huertas verdes como parches entre los cereales, generalmente con acceso a canales de agua y un pozo, y frutales a la vera del empedrado. Disponían de silos de granos, corrales y parcelas con animales varios que pastaban libremente. Al final de donde alcanzaba la vista, se intuía la silueta del lugar donde debía estar el Templo del Equilibrio. Volvimos a montar, jinetes y monturas se animaron, el galope lo sostenía la alegría de llegar a casa. Algunos fieles gritaron, y los animales relincharon. Los peregrinos nos saludaban compartiendo nuestra alegría. Tras un rato galopando, el Templo seguía quedando lejos, y los caballos bajaron el ritmo sin instrucción hasta quedar completamente parados ante un abrevadero de unos establos. Se detuvieron sabiendo que había llegado el



merecido descanso: muchos animales sentían que habían llegado a casa. Un par de hombres salieron prestos a atender a los caballos, sus saludos fueron sentidos, su trato excelente.

Los fieles que nos acompañaban se despidieron de nosotros. Nos contaron sus planes, casi todos anhelaban el reencuentro con un Ser querido. Uno tras otro, nos abrazaron y algunos susurraron en mi oído algún ruego o rezo. Toro también se sentía muy venerado, y esa sensación era nueva en su Ser, pero la asimilaba libre de Ego. Las sanadoras ya habían hablado con Toro. Nos besaron y, al marcharse, dijeron:

—Gracias, aldeanos. A partir de aquí caminaremos solas, nos encontraremos en el Templo.

Junto a los establos había un pequeño poblado y un gran salón de té. Entramos y pedimos, nos sentamos en silencio sin esperar nada. Me reconfortaba la calma de Toro. El local estaba concurrido, los fieles de aquella zona eran muy profundos y tranquilos, se distinguían de los peregrinos, que eran más apasionados que los lugareños. En la mesa contigua, un grupo de ancianos viajeros discutía con un joven guía que los acompañaba, el tema era sobre lo auténtico del mensaje del *Maestro Lao*. Era muy simpático escuchar a los fieles contar historietas sobre sus vivencias. Un anciano decía que él había coincidido con el Maestro Lao en Origen, en varias ocasiones. El joven guía decía que había un claro vínculo entre el mensaje del Maestro Lao y la Interpretación de Aurora, pero el anciano le reprochaba:

—El Maestro Lao nunca habló de la interpretación de Aurora, ni del Equilibrio. Por lo que sabemos, era un chaval excelente en materias sanadoras que emprendió un negocio en la Cruz para prosperar, después fue a Origen y trabajó como cualquier otro para ganar pecunia. Yo trabajé con él en los vertederos en varias ocasiones, y estuve en la Ceremonia del Equilibrio.

Esto último fue concluyente, y la discusión se acabó. El joven guía, más cauteloso, preguntó sorprendido:

—¿Usted estuvo en la Ceremonia del Equilibrio? Es un afortunado por haber visto tan de cerca la Fuente, cuentan que todo fiel que estuvo allí salió alineado con una idea común y clara con sus Seres armoniosos. Por favor ¿compartiría con nosotros lo que dijo?

El anciano no respondió, y mantuvo los párpados cerrados. Al mirarlo, noté cómo nos sentía participar en la escena. Toro también lo notó. El joven insistió:

—¿... Señor?

El anciano alzó su cuello y abrió los ojos, hizo un breve estiramiento de la nuca y se sirvió té. Tras un largo y pausado sorbo, pronunció:

—El Maestro Lao dijo que no tenía nada que decir. Simplemente se ofrece a sí mismo como servicio, y nunca se preocupa...

Los ancianos asintieron afirmando, pero el joven expectante del relato hizo un gesto para que se animase a continuar. El anciano se hizo de rogar.

—El Maestro Kundo lo invitó a subir, y a medida que se acercaba al púlpito, parecía envolver a los asistentes en una atmósfera meditativa y empática, casi un acto divino. Permaneció en silencio mientras sonreíamos a nuestros Seres, sinceros. Recuerdo que llovía, todos sentíamos su presencia, así como la de otros compañeros. Pronto, una visión nos inundó a todos. Los asistentes sentíamos que algo grande acontecía allí, nos sincronizamos

empáticamente, vimos a nuestros compañeros como a nosotros mismos. Fue entonces cuando todo lo vivido fue quedando consolidado en nuestros interiores, definiendo sinceramente nuestros Seres, contemplando lo efímero de existir y sintiéndolo en nosotros, eliminando el Ego y el miedo, como un hito que marcó el destino de los asistentes. El Maestro Lao era como un medio para que encontrásemos esa comunicación tan sincera entre fieles. Su esencia nos acercó a nuestras conciencias, y desde entonces todos los asistentes somos conscientes de nuestra Almas... Ahora incluso puedo sentir su esencia más clara que nunca... entre nosotros. Como si nunca se hubiese ido.

Me agradó mucho percibir las emociones en torno al anciano, era una verdadera fuente sutil. Su esencia impregnó a los presentes, y al volver a mirar el interior de la posada, pudimos ver cómo muchos fieles y peregrinos se habían aglutinado en torno a la mesa para escucharlo. El joven guía parecía saciado de comprensión. Toro recordó el uso del Orbe por su parte y por la de Kili. Recordé a mi Maestro Teo participando, me llenaba de felicidad. Supuse que cada uno recordaría su participación en la Ceremonia. Mis pensamientos al respecto eran confusos, nunca había hecho una valoración de mi participación en la Ceremonia desde el punto de vista social. El anciano se sirvió té caliente y se lo bebió de un trago, y luego se levantó con intención de marchar. Noté su mano caliente apoyada un buen rato en mi hombro, y se retiró. Nos reconocimos de nuestras vidas pasadas sin importunar el presente. El silencio se apoderó de nuevo de la sala de té, y tras acabar la tetera, salimos del local.

Retomamos nuestros pasos, nos dirigíamos hacia un camino que parecía ir al Templo, transcurría entre chozas y algunas plazas o zonas ajardinadas. Vimos algunos negocios enfocados a los peregrinos con artesanías varias, y otros de alimentos. Las calles empezaban a estar concurridas a medida que nos acercábamos, con zonas de mercadeo, y nos adentramos en una población bastante grande. Continuamos un buen rato entre los habitantes de la Meseta. Los peregrinos comían y descansaban en los locales, aunque también había muchas zonas de casas residenciales. Salimos del bullicio por una calle estrecha que daba a la parte trasera de las últimas chozas. La zona era abierta, y desde ella vimos el Templo rodeado de una hermosa explanada de trigo, que cubría por las rodillas en sus puntos más bajos, y por completo en algunas zonas. Los fieles serpenteaban por senderitos estrechos, del ancho de un hombre. Había partes habilitadas para meditar y descansar entre aquellas excelentes vistas. Nos fuimos acercando lentamente, disfrutando del paseo. Era fácil intuir que nos acercábamos al Templo del Equilibrio, todos los senderitos entre trigales, aunque parecían laberínticos, siempre desembocaban en un cuidadísimo camino empedrado que conectaba con los muros que rodeaban el interior. Estps se veían cada vez más cerca, eran enormes. El camino era majestuoso, con columnas de piedra que acompañaban con banderas rojas al viento, y que a su vez mecía el cereal amarillo con su brisa.

Cruzamos la muralla por una puerta descomunal. Dentro, los jardines lucían verdes y cuidados. Había mucha vida en torno al Templo del Equilibrio, que se apreciaba perfectamente al fondo, aunque aún quedaba lejos. Era un solemne y gigantesco cubo enfundado en telas rojas. Los fieles se paseaban solitarios o congregados en grupos reducidos por sus jardines, por los caminos, y por las plazas que debíamos cruzar para llegar. Puestos de comidas, oradores, sanadores, artesanía, especias, salas de té e innumerables puestos más

constituían el zoco de Templo del Equilibrio, tal como apuntó Toro. Si en el Punto ya era sorprendente encontrarme con referencias artísticas al Maestro Lao, en la Meseta lo era aún más. Hacían trueque, aunque la mayoría disponía de una cartilla oficial donde apuntaban sus transacciones. Cuando adquirían un bien o servicio, se intercambiaban las libretas y escribían en unas cuadrículas las cifras en las que valoraban la transacción. El ritual parecía honorable y sincero. Nadie podía reconocerme, hacía esfuerzos por bloquear mi esencia y pasar desapercibido. Era fácil, dado que iba con Toro, que llamaba mucho la atención.

A pesar de tanta interacción social, todos parecían guardar un respetuoso silencio. El tránsito era fluido, casi no nos rozábamos con nadie. Pasamos un puesto de repostería donde una señora regalaba frutos secos fritos con una melaza dulce, sublimes, que Toro me dijo que eran de degustación. Llegamos a una plaza amplia, con un ambiente más profundo y meditativo, donde había varios fieles sentados bajo árboles y algunos más concentrados en torno a una figura esculpida en una roca que parecía propia de la Meseta. Era un asceta sentado sobre sus piernas cruzadas, palma sobre palma, con un rostro que podría reconocer de otra vida. Toro me hizo una mueca para aperebirme, y comentó:

—Mira hasta dónde ha llegado un busto de un aldeano.

Luego continuó despreocupadamente, sabedor de adónde ir.

En pocos minutos llegamos a un pequeño control de acceso al edificio. El Templo del Equilibrio era impresionante, un simple cubo de caras cuadradas. La arquitectura del lugar era asombrosa y diluviana. El edificio aún estaba lejos, y nos dirigimos a uno de sus vértices. Desde donde nos encontrábamos solo podía ver dos de sus caras. Estaba rodeado por un foso con agua y una orilla de jardines tupidos con hermosas flores. Desde su tejado colgaban unas larguísimas telas rojas que vestían las paredes de piedra negra, la cual se intuía en algunos puntos donde la tela estaba recogida, generalmente con alguien trabajando sobre la pared. Me fijé concienzudamente: un fiel sobre un andamio realizaba alguna tarea meticulosa muy cerca de la piedra. Las paredes que formaban la estructura del Templo estaban construidas con una infinidad de bloques rectangulares exactamente iguales entre sí apilados como ladrillos, de dimensiones parecidas a un par de hombres acostados uno a continuación del otro por un solo hombre de pie.

Un poco más adelante, a nuestro lado del foso había un bello camino circular que empezaba y acababa en él mismo, encerrando al Templo del Equilibrio en su interior. Los fieles paseaban alrededor: era costumbre dar una vuelta completa, que representaba cerrar el ciclo para empezar otro. Era un hito y meta de la peregrinación. También dimos la vuelta con muchos otros fieles, tal y como gira el agua al escurrirse por una pila. Conté una decena de fieles trabajando en la piedra cubierta, alguno incluso tras las telas rojas. El acceso al interior solo era posible por una de sus caras, la sur, donde se congregaba más gente junto a una gran plaza. Llegamos. Sobre el foso descansaba un puente de piedra y, a ambos lados, se erigían dos columnas cuadradas que ni cien hombres cogidos de la mano podrían llegar a abrazar. El control al Templo del Equilibrio era estricto en días normales, escasos fieles conseguían pasar, y los pocos fieles afortunados que iban a entrar desfilaban felices por el puente. Nos acercamos, pero pronto tuvimos que parar por la cantidad de fieles que esperaban su turno para hablar con los guardias. Intentamos avanzar, pero no éramos capaces de

llegar al control directamente, por lo que acabamos muy cerca de la columna de la izquierda. Ambas actuaban como un embudo. Otros guardias custodiaban las columnas para que nadie las tocara, parecían estar labradas con escrituras no mucho más grandes que las de un papel. Por medio de un par de visitantes me enteré de que estaban marcadas con tinta absorbida en el surco del cincel en la piedra, meticulosamente labrada. Me acerqué todo lo que pude para apreciar la caligrafía: habían sido escritas por hombres y mujeres diferentes, al igual que sus trazos, pero todas respetaban unos patrones determinados, y se apreciaba que el cariño emanaba desde el monumento. Inspeccioné y leí todo lo que alcanzaba mi vista, y pude leer frases como:

«PARA LA MENTE QUE ESTÁ QUIETA, EL UNIVERSO ENTERO SE RINDE.»

«EN EL CENTRO DE TU SER TIENES LA RESPUESTA; SABES QUIÉN ERES Y SABES LO QUE QUIERES.»

«EL PODER DE LA COMPRESIÓN INTUITIVA TE PROTEGERÁ DE CUALQUIER DAÑO HASTA EL FINAL DE LOS CICLOS.»

Todas las frases, inconexas entre sí, eran como las mentes y sentimientos de aquellos que las escribieron, sin contexto más allá de las vidas de los escribanos y las de los lectores, y sin firmas que aportasen autoría. Su lectura proporcionaba una asimilación especial. El enclave predisponía a la comprensión, y el efecto era el deseado. De repente, miré a mi amigo con sorpresa: todas las columnas estaban plagadas de frases, algunas talladas donde nadie las podría leer nunca desde abajo. Aquello me animó a descubrir el Templo del Equilibrio, quería rastrear la historia e historias del lugar, de volver a los libros y estudios. Quedé maravillado, podía percibir el carácter místico y profundo, me dejé llevar y empecé a sentir una paz propia de la vida tras la vida. Algunos fieles empáticos, más curiosos, empezaron a notar mi presencia. Volví a acercarme a Toro y este me dijo:

—Supongo, Lao, que es cuestión de tiempo que nos detecten. Vamos pronto al control.

Avanzábamos con dificultad y lentamente, y varios fieles se amontonaron en torno a nosotros. Entonces vimos cómo se acercaba un carro copando el escaso hueco que había entre personas, avanzando milímetro a milímetro entre fieles. Toro me agarró del brazo y me situó en su parte trasera. El caballo, totalmente rodeado de gente, se sentía como pastando en una solitaria llanura. Era un animal muy preparado, tanto como para recordarme otros tiempos con Hada. No había visto ningún ejemplar así. El carro iba cargado de ropa limpia que desprendía olor al jabón de la Aldea. Mi amigo aspiró profundamente, las telas de rojo desgastado de tantos lavados seguían luciendo. El carruaje lo conducía un hombre muy anciano con una barba larga y tupida, que estaba cubierto por una generosa capucha curtida que cubría todo su rostro. Tuve tiempo para verlo y percibirlo detalladamente: aquel anciano estaba vacío. Nunca me había topado con un Ser sin esencia, era como percibir una roca. Había conocido excepciones fascinantes como el Barquero, pero siempre era reconocible una esencia humana, que se atribuía al hecho de existir o vivir como otros animales

o plantas. Pero este Ser parecía no contener nada. Escuché a uno de los fieles del punto de control gritar:

—¡Dejad paso al Lavadero! ¡Vamos! ¡Dejad paso!

El carro alcanzó el control, y los guardas hicieron una sentida reverencia cuando pasó junto a ellos, de admiración desbordante. Sin prisas, las ropas limpias y el lavadero cruzaron el puente. Un par de escribanos que hasta entonces no se habían distraído ni un instante de sus labores, se giraron dirigiéndose a este y, silenciosamente, hicieron una reverencia cargada de respeto. Los fieles hacían comentarios sobre su figura, y oí algún comentario cargado de honradez, como:

—Os lo dije, es el Lavadero, no sale nunca del Templo. Hemos tenido mucha suerte.

En cambio, otro comentó con amargura:

—Para lo que ha quedado el portavoz del Templo...

Se percibía una ligera división en la gente en torno al lavadero. Toro, como en el salón de té, mostraba un silencio docto. El carro nos permitió quedar los primeros frente a los fieles del control de acceso.

Yo estaba aún más fascinado, y mi amigo también. Frente a nosotros teníamos a todos los fieles del control intrigados por nuestra presencia. Nos miraron de arriba abajo sin querer mostrar hostilidad. El guarda se dirigió a nosotros cansado, y con una simple palabra, preguntó:

—¿Cartilla?

Fue una indicación precisa para que Toro deslizase su mano en un compartimento interior de su camiseta, como intentando buscar algo. Al fondo, un niño corría por el puente hacia nosotros. Toro siguió tanteando los múltiples bolsillos de sus raras vestimentas, y el guarda llamó a un amigo para inspeccionarlas en detalle, quien, tras mirarnos de arriba abajo, llamó a otros guardias. El niño llegó, su esencia era increíble, y una simple sonrisa hizo que los fieles nos permitieran el paso. Con un gesto del cuello nos invitó a seguirlo. Transitamos el puente, el foso parecía más estrecho que a simple vista, e intenté ver bajo las telas rojas de sus paredes. Entramos a través de una gran puerta chapada en un metal dorado que solo dejaba una ranura abierta, por la que sin embargo podían pasar fácilmente varias personas. Llegamos a un gran recibidor de techos muy altos, decorado con telas rojas con algunas vidrieras que dejaban pasar la luz, que se convertía en rojiza por el efecto de las telas. Unos enormes cirios iluminaban las partes bajas, y la cera se recogía en una cubeta debajo. Era espectacular ver las formas que adquirían las acumulaciones de cera derretida. Había vida en el interior, fieles charlando sin aparente prisa, un par de niños sentados en unas alfombras, separados unos metros entre sí. Junto al de la derecha, un anciano meditaba, otro parecía mirar desde otro plano en quietud absoluta; también algunos fieles caminaban de un lado a otro afanados en sus rutinas, y se abrían y cerraban puertas por doquier. Había algunos corredores que conectaban otros espacios mediante grandes puertas abiertas de par en par, y también unas escaleras a ambos lados que parecían acceder a estancias superiores. El recibidor servía de distribuidor.

Anduvimos hasta el fondo, donde se encontraban unos recintos alargados. Parecía que andábamos en línea recta por el medio del cubo. Seguíamos al niño por el interior del Tem-

plo del Equilibrio. El primero de aquellos recintos estaba iluminado a través de ventanas en los techos, y a los lados del gran espacio había diferentes puertas y escaleras. Posteriormente atravesamos unos pilares de madera que separaban los espacios con facilidad de tránsito. Los fieles meditaban disgregados por el suelo de los amplios pasillos, otros leían plácidamente o realizaban alguna tarea pausada. Cada rincón disponía de cirios y telas rojas, era un ambiente muy cálido. Volvimos a un pasillo que nos llevaba a un segundo recinto, un lugar más íntimo del Templo de Equilibrio donde se reunían casi a oscuras. Todo estaba cubierto por un solado de madera de cedro. El olor en la sala era sublime. Una tenue luz se filtraba desde el espacio entre el techo y sus muros, y grandes lámparas con velas y candelabros colgaban del techo y las paredes. Los presentes tertuliaban en voz baja y trataban asuntos de importancia. Para acceder al siguiente recinto, que se encontraba a un nivel más alto que el anterior, era necesario subir una escalera muy ancha con escalones de varios pasos. Entramos desde arriba, tenía cuatro gradas y más escaleras para bajar al centro de la parte inferior. Un gran arcón hecho de madera de acacia lucía iluminado por una apertura en lo más alto. Estaba cubierto con planchas de oro y con cuatro anillas en las esquinas, donde eventualmente se introducían varas para transportarlo, que ahora reposaban junto a ellas. Dentro del arcón se preservaban los enseres de los rituales, reuniones o debates: el lugar era conocido como la sala Cúbica. No llegamos a acercarnos, la bordeamos por encima de las gradas para volver a bajar por otras escaleras del mismo tipo en el lado opuesto. No me había desorientado, seguíamos recto por centro del Templo del Equilibrio, y nos encontrábamos en el medio. Tenía mucha información de todo mi entorno, el niño que nos acompañaba estaba disfrutando de nuestra presencia, pues nuestras caras de asombro eran tan evidentes como nuestras emociones. Nos encontramos más de diez niños como el que nos acompañaba, que velaban por la paz de todos como ya había sucedido en la Aldea, pero de una manera apropiada para percibir la entidad de lo que acontecía en el lugar más sagrado de los fieles. Toro guardaba silencio intencionadamente. Yo me sentía muy cerca de conocer más sobre lo que me quedaba de vida.

Pasamos a un patio interior rectangular bastante más grande y alargado que los anteriores, con dos profundos corredores a cada lado y bellas columnas que soportaban niveles superiores con muchas habitaciones. Se podían ver las nubes cruzar por el cielo de la Meseta. Flores y enredaderas decoraban los balcones y paredes. Muchos fieles convivían en el patio interior, que era muy espacioso y verde. El ambiente era más hogareño, las familias de los fieles que despeñaban cargos vivían allí. Vimos una guardería para los más pequeños del Templo, e incluso tiendas de comestibles y de cosas útiles. Recorrimos un corredor recto sumergido en la arquitectura del lugar. Los cambios de luz de la sala servían para resaltar cualquier bello rincón. La calma que se respiraba era palpable. Algún escribano escribía en las paredes del patio, Maestros con jóvenes conversaban, fieles servían a otros como parte de sus rutinas. A cada cierta distancia, una gran columna de rocas negras emergía en medio del patio, ejerciendo de cimentación de los pasillos en altura y conectando corredores a ambos lados en los niveles superiores. Las telas rojas colgaban, y casi podía tocarlas con el brazo alargado al pasar por debajo. Nos ofrecieron algo de comer varias veces, y tomé alguna pieza de fruta. Las columnas estaban labradas con tinta tan oscura como la piedra, depositada en el surco que deja el cincel. Leí:

«EL QUE SABE, NO HABLA. EL QUE HABLA, NO SABE.»

«CONTÉNTATE CON LO QUE TIENES; REGOCÍJATE EN CÓMO SON LAS COSAS. CUANDO TE DAS CUENTA DE QUE NO HAY NADA QUE TE HACE FALTA, EL MUNDO ENTERO TE PERTENECE.»

«CONOCER A LOS DEMÁS ES SABIDURÍA, CONOCERSE A SÍ MISMO ES LA ILUMINACIÓN.»

«PARA CONDUCIR A LA GENTE, CAMINA DETRÁS DE ELLOS.»

«LAS PALABRAS DE LA VERDAD SON SIEMPRE PARADÓJICAS.»

Nuevamente embriagado por las frases, sentía cada parte del Templo del Equilibrio. Estar allí me hacía sentir que estaba en el sitio indicado, parecía que el edificio en sí era un Ser inerte que canalizaba a los fieles, era complejo de sentir. Miré tras de mí, absorto, y a pocos metros, vi a Toro agarrado del hombro de un viejo amigo que se había acercado. Sentí un recuerdo pasional que me llenó de vida, impropia para la vida tras la vida, pero la acepté sin miedo porque sabía que el Maestro Lao sería fiel a tal carga humana. Me alejaba de la situación para reconocer a mi Ser en la existencia, no era confuso para mí, solo que ahora era consciente de todos los mecanismos del Alma para participar de la manera más sutil, que generalmente era alejarse del Ego. Se acercaron parsimoniosamente, entre risas, y tras ellos, un gran séquito de fieles vino a la bienvenida. Sus sonrisas me llenaron de vitalidad. Toro se paró a cierta distancia, cuando desde todos lados se acercaron cientos de fieles que me rodearon con lágrimas en los ojos, colmándome de amor. Me disolví entre todos para encontrar al verdadero Maestro Lao que debía ser, el que existía en los fieles, pero era solo una aproximación de lo que estaba por llegar. Pude ver que aún tenía que vivir alguna experiencia como aldeano del proyecto Aldea que definitivamente completaría mi destino. En cambio, no llegué a ver a Kili acercarse velozmente para fundirse en un abrazo conmigo, propio de otros tiempos, perteneciente a otra vida, pero real en este nuevo presente.

## 7.2. El Lavandero

Sentía que la presencia de los aldeanos había provocado una motivación que los fieles necesitaban resolver y, de algún modo, se había convertido en la mía: no debía demorarse más. No especulé al respecto, las cosas que debían llegar y llegarían sin mi intervención, vivía sin esperar nada. Como las olas vienen y se van, y las nubes pasan por el cielo, los acontecimientos y las personas surgen y se desvanecen en nuestras vidas, y hay que saber soltar, dejar ir, armonizar, para volver de una forma sincera a la amistad que debería nacer sin esfuerzo.

Esa noche estábamos Toro, Kili y yo juntos de nuevo, pero más viejos y sabios. A pesar de la trascendencia del momento donde el mundo se sumía en un fin de Ciclo, recordamos nuestras vivencias y disfrutamos del verdadero presente sin ver más allá de las puertas del

salón de té del Templo del Equilibrio. Era un sitio muy especial, con poca luz y muy íntimo, algunas velas alumbraban los rincones con cojines y mesas muy bajas. Las terminaciones de la decoración eran de excelente artesanía. Se fumaba en narguiles todo tipo de hierbas y, por supuesto, se veían infusiones y la exquisita repostería de los fieles de cocina. Reímos y nos escuchamos; yo hablaba lo justo, pero mis amigos no me presionaban para sacarme anécdotas ni vivencias, eran muy prudentes con respecto a mi pasado, presente y futuro. Realmente hablaba poco o nada, pero participaba de una manera activa en la comunicación. Una vez saciados de sentirnos y reconocernos, los tres amigos estábamos sincronizados y armonizados como si estuviéramos en la Cruz, muchos ciclos atrás. El ambiente se fue haciendo pesado, porque había temas que necesitaban ser expuestos. No solo era necesario tratar qué hacer, sino cómo hacerlo. Entonces, Toro serenó su rostro e hizo a Kili cómplice con una mirada. Este rápidamente adquirió el rostro de serenidad del otro aldeano, inspiró profundamente como preparándose, y se dirigió a mí ofreciéndome su Ser y sus palabras:

—Lao, quiero contarte una historia... Durante tus ciclos de ausencia, los fieles de la Meseta, los fieles de lago Grande y los de Origen se han unificado. Todas mis actividades han estado dedicadas a nuestra causa. En uno de mis viajes hasta aquí me encontré con una persona muy conocida por todos, Aurora. Ella me contó muchas cosas, convivimos varias semanas en el Templo del Equilibrio y por las regiones de la Meseta. Los fieles entendimos la visita de la Intérprete como un verdadero privilegio, se dedicó a hablar con todos durante días enteros, queríamos saber cuál era nuestra parte en todo esto. Aurora siempre te conecta a una parte de la conciencia en la que los Seres encontramos la claridad.

»Su presencia se debía a que estaba esperando... Esperando... otro de los objetivos del proyecto Aldea: la llegada del Maestro Teo... Aurora predicaba su venida, y todos lo esperábamos con ilusión para acometer su destino, como así ha sido... En el Templo era y es una persona muy venerada. Creo que ha llegado el momento de hablarte del Maestro Teo, amigo mío.

He de confesar que mi Ser mostró un desmesurado interés por oír las palabras de Kili. Saber de mi Maestro era algo que realmente me complacía, en ese momento no me sentía observador, más bien parecía un implicado que había perdido la omnisciencia. No era capaz de percibir ni imaginar la historia de mi Maestro. Supuse que podía y debía permitirlo, esta vez era Toro quien observaba al Maestro Lao. Fumé del narguile, Kili se tomó su tiempo, y continuó:

—Antes de que se fundara el proyecto Aldea, su fundador, el Maestro Teo, fue un fiel del Templo del Equilibrio que nació en la Meseta. Quedó huérfano al nacer y vivió sus primeros ciclos de vida entre estos muros. Siendo bien joven, destacó en la comunidad, algo que resulta obvio y sabes perfectamente... Al poco tiempo se convirtió en un fiel más, aunque joven ya era respetado y sabio; su dedicación a los demás, su empatía y el trauma superado de perder a sus padres lo convirtieron en un referente. Tenía unas sobresalientes dotes para la búsqueda espiritual, la comprensión de los textos sagrados y la concentración de la mente. Además de ser muy inteligente, destacaba, sobre todo, por ser una criatura siempre cariñosa y afable con todos los fieles y visitantes, su Ser empático vibraba como la misma Fuente. Esto acabó llamando la atención de muchos ascetas que veneraban a las



nuevas generaciones de humanos, extraordinariamente emocionales, sobre todo del clan de los Sabios y a la Intérprete, que estaba reclutando Seres completos y con capacidades.

»Un día, el portavoz y otros fieles del Templo convocaron a Teo para una reunión a la que también acudieron varias personas influyentes del Clan de los Sabios que vinieron de Sofópolis, un par de Mayores y cuatro Jóvenes Sabios, y la Intérprete acompañada de su tutorada, nuestra Aurora, que por entonces era una niña de diez ciclos. Los fieles los recibieron con pleitesía, se congregaron en la Sala Cúbica con los visitantes de Sofos, y entonces el portavoz del Templo del Equilibrio se dirigió a Teo que era tan solo un niño:

»“La naturaleza ha sido sumamente generosa contigo, tu cuerpo es fuerte y sano, tu mente es muy brillante, y tu corazón es amoroso y compasivo. No me extraña que a todos les guste tu presencia y te hayas ganado el afecto de todos los que aquí estamos. Estás capacitado para tantas actividades que, de hecho, no sé qué labor encomendarte. Estoy seguro de que podrías llevar a cabo cualquiera con toda perfección. A veces pienso que deberías dedicarte a la enseñanza, o también a cotejar y traducir textos sagrados e interpretarlos; en ocasiones considero que deberías dirigir el dispensario, y otras predicar las bases del Equilibrio. Eres así mismo la persona más capacitada para, cuando llegue el día, sucederme como portavoz. Creo que debes ser tú mismo el que decida qué tarea desempeñar”.

Kili narraba la historia como se la habían contado, incluso caracterizaba las voces. Paró un instante para aclarar la garganta, y continuó:

—Los Sabios se quedaron perplejos ante tal declaración, porque la audiencia y los visitantes pretendían algo muy diferente a la propuesta del portavoz de Templo del Equilibrio. El Maestro Teo, aun siendo un niño, guardó silencio sabiamente. Un Mayor de los Sabios se dirigió a la Intérprete, que intervino preguntándole: “¿qué te gustaría hacer en la vida?”.

»Teo, sin dudarle un instante, dijo: “Lavadero, señor. Quiero ser el lavadero del Templo del Equilibrio”. Un murmullo casi de indignación se escuchó entre los invitados. El portavoz del Templo calló satisfecho, pero la mayoría de los presentes estaban perplejos y sin poder creer lo que escuchaban. El Mayor preguntó desorientado: “¿lavadero? De verdad... ¿lavadero?. Pero ¿por qué precisamente lavadero?”.

»La Intérprete lo percibía todo, y Aurora, nuestra Aurora, reía muy feliz mirando a Teo. El niño contestó desde todos los planos de la comprensión, como si la respuesta flotara en el aire, y la puso al alcance de todos. Dijo: “Sí, lavadero, señor, porque así los demás me traerán su ropa para que la lave y luego se la llevarán. De ese modo, nada tendré que me pertenezca y seré libre. La ropa viene y la ropa se va. Nada quiero retener. Mi deseo es convertirme en un fiel lavadero del Templo del Equilibrio”.

»Los Sabios presentes quedaron impregnados de tal lección, y la joven Aurora corrió hacia Teo y lo abrazó, generando una atracción indescriptible. Con certeza, esto fue lo que animó al Maestro Teo a dejar el Templo del Equilibrio. Con el tiempo, la historia del niño que quería ser lavadero se olvidó...

Se hizo el silencio, y de repente la visualización de la meta se difuminó, quedé preso de la confusión. El *lavadero* volvió a impresionarme, y sentí un vacío en mi interior. Empecé a notar mi cuerpo cansado y rígido, me enfrentaba a una emoción nueva dentro de mí, impropia de mi Ser. Estaba inmerso en la comprensión de la misma, nada podía alterar

más a mi Ser que no saber asimilar una emoción. Sabía que la historia del lavadero no era una simple anécdota. Sentí náuseas y dejé el narguile. ¿Mi Maestro, Teo...? ¿Cómo no había podido reconocerlo cuando advertí al Lavadero?

El Maestro Lao, viviendo tras la vida que se le había concedido, y figura de los fieles, no había logrado percibir nada de aquel hombre. Entonces noté a Toro deslizarse entre cojines y me dio un cálido abrazo, que me hizo sentir nuestro destino común como aldeanos del proyecto Aldea. Su comprensión y calma me reconfortaron notablemente. Kili se emocionó mucho también, se levantó de un salto como si fuera un adolescente, y con sus manos acarició nuestras cabezas e, inclinándose ligeramente hacia nosotros, dijo para despedirse:

—Amigos aldeanos, aún tengo que contaros cómo sigue la historia del Maestro Teo, pero ya está bien por hoy. Iremos a descansar y mañana el Sol brillará de nuevo. Me siento feliz y en plena forma, ahora que los aldeanos estáis con nosotros nuevamente.

La historia del Maestro Teo había impactado sobremanera dentro mi Ser. Intuía que el Lavadero podía ser la misma persona, irreconocible para mí, pero casi me negaba a creerlo. Me agarraron por los hombros y me depositaron sobre un acolchado lecho. Al cerrar los ojos todo me daba vueltas, hasta que los colores se fundieron en la nada. No sentí mi cuerpo hasta volver abrir los ojos al día siguiente. Me desperté solo, con un desayuno preparado y mi capa blanca del Clan de los Sabios limpia y doblada con honores. Un par de sanadoras rojas velaban por mí, sentadas en unas sillas a cada lado de la cama. Estuve en calma un rato escuchando el silencio del Templo, y luego decidí estirar las piernas para evitar mi mente. No creía que debiese enfrentarme nuevamente a mi mente tras salir del micelio. Esto me animó a descubrir más sobre la forma de vida de los fieles, motivado para encontrar la lección oculta que se me desvelaría como una comprensión mística de la vida tras la vida.

Nadie me esperaba, nadie me decía nada, nadie se percataba de mi presencia. Los fieles hacían sus rutinas y solo me mostraban un saludo con su cabeza. Seguí paseando y me percaté de que todo estaba en silencio, nadie hablaba con nadie. Era algo que los fieles entendían que debía pasar aquel día. Fui al comedor común y comí en silencio junto otros, y tampoco ningún comensal intercambió palabras. Cada cierto tiempo era difícil no cruzarte con los niños empáticos del Lavadero, que aguardaban el momento oportuno. Decidí ir a la otra ala del cubo, por lo que volví al recibidor para situarme. Seguí la distribución de la otra parte, también había muchos fieles por los pasillos y estancias. Cuando pasaba por los patios, la luz incidía en mi espalda y algunos fieles se percataron de que las Tres Columnas brillaban desvelando mi vestimenta del Clan de los Sabios. Paseé leyendo meticulosamente las frases que me encontraba grabadas en las columnas de piedra negra, y pasé gran parte del día mezclado con los fieles que, disgregados, empezaron a adquirir una actitud meditativa. Empecé a leer con mis dedos, rozando con las yemas los surcos en la piedra, podía percibir todos los antecedentes que condujeron al Ser a disponer del privilegio de escribir en la piedra del Templo de Equilibrio. El cubo aún tenía mucho que mostrar. Era como viajar por la historia de la conciencia de los fieles, aquel Ser inerte parecía poseer emociones. Avancé lentamente, y tras la última columna me topé con unas escaleras de escalones muy anchos. Se escuchaban voces arriba que parecían conversar suavemente. Notaba cómo varios fieles seguían silenciosamente mis pausados pasos, y entramos por las gradas de la Sala Cúbica,

que estaba muy concurrida. La sonoridad del habitáculo era pasmosa. La voz del orador que se encontraba en el centro llegaba a mis orejas sin estruendo y clara:

—... es la causa sin causa, principio y fin de todo lo manifestado, presente en todas las religiones y filosofías trascendentales. De ahí su equiparación a la idea de camino o ley universal, un camino circular que parte y termina en un mismo punto: la Fuente creadora de realidades. Los ciclos acaban y empiezan, y el Equilibrio se restaura por un camino por el que transitan todos los Seres hasta su reabsorción con la esencia que les dio origen. En nuestras manos está aprovechar los pasos para elevar el Alma de nuestros Seres. Es nuestra percepción del mundo a través de los sentidos la que desvirtúa la auténtica realidad unitaria de la Fuente, disponible en cada uno de nosotros, que yace latente detrás de cada cosa y no cosa. Es la mente la que nos hace ver la Naturaleza como disgregada y diversa, haciéndonos perder la noción de unidad. Para la Fuente no hay dualidad, esa dualidad no existe, es una ilusión de nuestra mente. En su esencia, todo es uno; solo en su existencia se convierte en múltiple. La mente juzga según juicios previos que no son reales, por cuanto dependen de la posición relativa del observador. Por tanto, abandona las preguntas y dedícate a sentir los procedimientos sutiles. Sepamos entregar nuestra virtud dándonos a nuestros fieles hermanos. Abandonando el apego a uno mismo, se disiparán las dudas y los interrogantes, quedando la mente silenciosa.

Por un momento, sentí lo efímero de existir y percibí claramente la ficción de esta. El interrogante del Lavandero se volvió una casualidad, las palabras del orador estaban cargadas de verdad. Pasé el día paseando por el interior del Templo, no entablé charla con nadie ni nadie lo hizo conmigo, no vi a ninguno de mis amigos y no cené. Acabé el día cansado y rígido.

Al día siguiente desayuné vorazmente, las sanadoras rojas me dieron infusiones vigorizantes. Tenía mucho apetito y me sentía muy descansado, pero pasearía por el Templo hasta un nuevo encuentro con el destino. Toro se acercó cuando me levantaba para irme y me dijo que estaría fuera del Templo con Kili durante varios días. Antes de partir, me guiaron a la biblioteca, parecía que tenían interés en que estuviera entretenido. Esta contenía muchos libros y manuscritos de la Meseta, y también los que habían salvado de la Gran Biblioteca de Sofópolis. El bibliotecario me dio libertad sin mencionar palabra alguna. Los fieles que transitaban a mi alrededor parecían no notar mi presencia. Como mucho, oía algún murmullo ya lejos de mí. Leí las primeras páginas de muchos libros, algunos capítulos sueltos. Hice una sola comida más cuando fui al cuarto, me tumbé en la cama y me dormí profundamente. Ninguno de los diez fieles con los que compartía habitación emitió ruido alguno.

Sentí la luz tras mis párpados cerrados, pero me quedé sumido en la quietud sin querer despertar. Los fieles se ataviaron y marcharon a sus labores. Adormilado, yací en la cama solo, escuchando un ruido de mucha gente más allá de los gruesos muros de piedra. Entonces oí que alguien abría la puerta y entraba empujando con dificultad un carrito, cuyos rodamientos chirriaban ligeramente. Agudicé la percepción, pero no pude sentir nada. Mi oído, en cambio, seguía alerta, y la curiosidad hizo que me incorporase para verlo. Ahí estaba el Lavandero cambiando las sábanas de las camas. El anciano parecía muy diestro, de

un jalón quitaba la sábana sucia y la lanzaba al carrito que arrastraba. Con simples gestos, las sábanas limpias volaban y quedaban plegadas sobre las camas, era extraordinario. No notaba mi presencia, o no era consciente de ella. La siguiente era mi cama.

Me levanté y le dije:

—Gracias, Maestro Lavandero, permítame ayudarlo.

Me miró como si aún pudiese ver con sus ojos cegados por cataratas, y pude rastrear su Ser, pude verlo bien. Nos tomamos nuestro tiempo, sin distraernos de las labores, hicimos mi cama y otras cinco más. No había esencia, no contenía nada, no reconocía a nadie en él. Estiré la espalda, ya habíamos terminado la habitación entera, y noté cómo varios fieles se agolpaban en la puerta para contemplar la escena. El Lavandero empujó el carrito con intención de salir, y dos fieles le abrieron la puerta con lágrimas en los ojos. Ambos suspiraron, compartiendo su pena conmigo.

Ya era mediodía cuando salí de la habitación con intención de estirar las piernas y comer algo. Me sentía como si perteneciese a otra época, vagaba como un fantasma muy bien atendido dentro de los enormes muros de piedra. En los patios se podía oír mucho ruido, que llegaba del exterior. Los fieles revueltos percibían un interrogante debido a la llegada de los aldeanos, podía sentir el Templo del Equilibrio como una deidad que representaba a los fieles, como si el edificio fuera un medio para aglutinar las emociones de los que morábamos en él, un Ser inerte que se comunicaba. Algunos me miraron con caras extrañadas, y ya empecé a oír charlas con un tono más elevado del habitual en el patio. Me dirigí a la Sala Cúbica, donde un grupo de quince o veinte fieles entablaban una discusión sobre la situación del Templo en el centro. Las gradas esta vez contenían a pocos asistentes, parecía ser un encuentro informal. Varios niños custodiaban las puertas y permitían el acceso, y me sonrieron enérgicamente ofreciéndome que entrara a escuchar:

—... llevamos muchos ciclos sin portavoz, y el Templo no tiene palabra. Perderemos a los fieles, el control de nuestras comunidades. El Clan Hermano se nos echará encima, no hay mucho tiempo. Si no hay sucesor, debemos elegir uno.

Otro respondió acaloradamente:

—Aún tenemos portavoz, a pesar de que no pronuncie palabra. A su muerte, la elección será lícita, pero mientras viva, sus planes aún viven con él. ¿Por qué hemos de dudar del Lavandero, crees que su palabra es más importante que su presencia? No sabemos nada de lo que le sucede al portavoz. Hay que respetar que aún vive.

Se percataron claramente de mi presencia, agacharon sus cabezas y se disolvieron como si nada hubiese pasado. Ningún fiel más discutió ese día, al menos en mi presencia. Todo fluía normal, presa de la rutina del Templo, salvo el vocerío que llegaba del exterior.

A la mañana siguiente, me dispuse a dar una vuelta por los exteriores del Templo del Equilibrio. Varios fieles me siguieron con la intención de no permitirme salir, estaban extremadamente apurados. Sin embargo, el niño del control de la puerta principal levantó la mano para permitir mi salida. Los fieles no sabían a qué ceñirse, y se miraron confusos. Miré por la hendidura y pude ver el punto de acceso colmado de personas inquietas, con mucho jaleo y expectación. Asomé mi cabeza entera y vi que más allá del foso también todo estaba plagado de personas. En el control pude ver brillar los ropajes de Toro, por lo que salí por

el puente a su encuentro. El Sol lucía fuerte en el cielo claro, me protegí con la capa, y aun así, toda la aglomeración de gente que llenaba los alrededores del Templo de Equilibrio me reconoció. Parecían estar esperándome, y empezaron a contagiarse de una ilusión extrema que llenaba de esperanzas sus vidas, como si su mundo estuviera salvado y sus plegarias hubieran sido satisfechas. Se escuchaban llantos de emoción y gritos de felicidad. La gente quería acercarse al control, y empujaba a las primeras filas de fieles junto a la barrera. Muchos de ellos salieron al control para contenerlos y tranquilizarlos. Mi amigo aldeano ya estaba junto a mí, y desde el otro lado del foso muchos se agolpaban al filo para ver qué sucedía. Pude escuchar:

—Maestro Lao, bendito seas.

—Maestro Lao, por favor, sea nuestro portavoz, el Templo necesita su palabra.

—Gracias, aldeano...

Y muchos otros comentarios dirigidos a mi persona.

Toro me agarró del brazo y me encaminó hacia adentro. Seguí escuchando gritos de fieles tras mi nuca. Al cruzar los muros, mis oídos se aliviaron y procesé la devoción. Kili abrió la puerta, dejando entrar un eco que me recordó que todo era real. Hacía calor esa mañana, mis amigos estaban sudados y fatigados. Volvían de la Puerta. Se fueron a asear y los acompañé en la comida. Ya con ropa limpia y calmados sus apetitos, recuperaron fuerzas y volvieron a sentirse repuestos, animados. Kili sonrió complaciente, giró su rostro rápido con una mirada de confianza absoluta, y dijo:

—Los fieles depositamos una confianza desmedida en ti, Maestro Lao, mi amigo de la Aldea. Desde el primer día que te vi supe que estarías a tu lado, contigo como portavoz podremos lograr mucho para los fieles de toda la península. Yo me crié en el Clan Hermano, he sido parte de su engranaje como funcionario, y sé que pronto acabará con nuestra forma de vida si no le ponemos freno. El fin de Ciclo debe restaurar el Equilibrio, no tengo dudas de que contigo, efectivamente, conseguiremos el objetivo por muy difícil e impensable que pueda parecernos.

No sabía realmente qué pretendía. Creo que Toro sí, pero no mostraba su conformidad. Kili nos invitó a que le siguiéramos, y recorrimos unos pasillos subterráneos. Iba diciendo:

—Como sabéis, han pasado muchas cosas desde que nos separamos... El Maestro Teo finalmente volvió, y Aurora estaba esperándolo junto a mí. Pronto sus influencias emocionales y su respetada voz hicieron que el portavoz lo nombrase su consejero y sucesor. Esto suele ocurrir cuando un portavoz quiere pasar su vejez desvinculado de tanto trabajo que supone el cargo.

»En fin, los fieles lo veneraban como a un hijo predilecto que había retornado a la Meseta para guiar su devenir. Todo lo ocurrido en torno al Maestro Lao con los fieles respaldaba esta opción: la Intérprete y el proyecto Aldea secundaban al Maestro Teo.

»Por otro lado, la Intérprete durante su espera trabajó y convivió ganándose el cariño de los habitantes de la Meseta, e incluso vino con un nutrido grupo de sanadoras para hacer labores sociales. Aún tenía capacidad para otorgar presupuestos, y participó activamente en la formación de los fieles. Desde siempre, los fieles han estado muy ligados a la Interpretación,

por lo que Aurora era querida por los jóvenes y ancianos. En el Templo del Equilibrio, en los tiempos en que hubo convivencia entre los Clanes, la Intérprete siempre había convivido de alguna forma con los portavoces. Algunas parejas generaron una amistad y relación que se entendía como un símbolo de unión y armonía entre sociedades.

Ambos aldeanos escuchábamos con atención. Toro seguía como observador, y yo percibía su omnisciencia, podía nutrirme de ella, pero la rechazaba por la intriga que mi cuerpo anciano necesitaba. Solo desvelé que Kili me otorgaría su verdad, pero no podía definir el cómo. Continuó:

—Vivieron varios ciclos de convivencia maravillosa, incluso con la incipiente guerra en otras regiones de los fieles, parecía no menguar la causa. Nunca había visto a Teo tan feliz. El Templo del Equilibrio rezumaba vida propia, como resurgida de un letargo. Muchos fieles llegaron de Origen, muchos participantes de la Ceremonia del Equilibrio y se asentaron por las poco pobladas zonas de la Meseta. También vinieron de Lago Grande y de la Puerta, así como algunos habitantes de Sofos que aún bebían de los Sabios. El Maestro Teo radiaba esencia pura de la Fuente, y muchos fieles le querían con pasión y devoción. Impartía charlas y compartía con todos, y Aurora solía acompañarle, mostrando una cohesión total entre los fieles. El número de fieles de la Meseta ha aumentado tanto que no somos capaces de censarlo: nosotros no somos una religión de un pueblo, llevamos la voz de la conciencia de todos los fieles, y también ejercemos de gobierno. Aurora y Teo, Teo y Aurora, son los responsables de todo lo que somos cada uno de nosotros...

Estaba disfrutando mucho del presente. Ya habíamos abandonado el Templo por unas galerías con varias ramificaciones que conectaban con el exterior. Circulaba agua por unos canales, y no se podía oír nada, tan solo la circulación del fluido. Llegamos a un gran canal que llevaba un gran caño de agua circulando como un generoso río. Sus aguas se filtraban por debajo de la pared del Templo, moviendo los molinos de los sótanos y haciéndola desembocar en el foso. Finalmente vimos el cielo siguiendo el agua ya en remanso, que nos condujo a una zona exterior, saliendo por una puerta que levitaba sobre el canal. La que antaño fue la cantera que suministró material para la construcción del edificio ahora era un lugar florido, con agua y frutales, algunas casas y ganado. El enclave era espectacular, como un gran orificio en la Meseta que por dentro era piedra negra. Todo aquello era un gran macetero con muchísima tierra fértil que había hecho crecer un vergel. Las canalizaciones de riegos y fuentes, las casas, la calzada... todo estaba hecho de piedra negra. Al fondo aún quedaba parte de la cantera, ya casi sin uso. Kili hizo un inciso para que apreciásemos el momento, por lo que nos quedamos de pie junto a la acequia que bajaba, y dijo:

—El Maestro Teo no descuidó ninguna tarea, ayudaba a la gente y guiaba a los fieles en las asambleas, e incluso ayudaba a su modo en la lucha contra el Clan Hermano. Nos asentamos e hicimos de la Meseta nuestro hogar, y del Templo del Equilibrio nuestra casa. Siempre estaré agradecido por que me nombrase su consejero, aunque a veces creo que el cargo se me queda grande.

No sabía que Kili tuviese un cargo tan relevante, y me alegre por él. Seguimos el cauce del agua, que nos llevó a una zona elevada donde Kili se sentó sobre unas piedras para

escuchar el sonido de las gotas que salpicaban los escalones. Ambos lo acompañamos, y ojeamos el entorno. El caño buscaba un punto bajo donde se encontraban unos lavaderos. Nos acercamos por necesidad. Entonces pude ver al anciano Lavandero afanado con innumerables telas. Un nutrido grupo de niños trabajaba cerca de él, centrados en sus tareas. Percibí con interés todo lo que acontecía, los niños parecían estar hablando sin palabras, como trabajando con una percepción conjunta más propia del micelio que de fuera de él. Mis amigos estaban concentrados en mis sensaciones, querían estar presente en mi transformación. Tras darme un tiempo, dijo:

—Aurora le animó con su cometido, y tras su nombramiento como portavoz y líder de los fieles, la Intérprete se marchó. Teo comprendió su partida, y más sabiendo que iba a verte a Natur, como ahora sabemos... Actuó como portavoz durante unos espléndidos ciclos. A pesar de los conflictos con el Clan Hermano, consiguió impregnar a los fieles cercanos de sabiduría y alinearlos en el bien común. Casi todos los que asistimos a la Ceremonia del Equilibrio hemos acabado siendo personas colaboradoras y parte importante del órgano de gestión de los Templos del Equilibrio. Desde Origen a Sofópolis, los dirigentes intentamos mostrar el camino a los otros, sin ningún otro interés más allá que la felicidad de todos, y de las futuras generaciones. Actualmente, los fieles de todas las regiones controladas por las Sucursales disponen de una identidad como sociedad. El Maestro Teo centralizaba todo ese concepto siendo el portavoz, en su hogar...

El suspiro de Kili fue más bien un bufido, descansaba a cada palabra que emitía. Liberándose de una parte de lo que más le pesaba, dijo:

—Si el portavoz del Templo del Equilibrio no ha nombrado sucesor a su muerte, la tradición marca que la obligación recae en el consejero. Muchos portavoces murieron antes sin hacer tal nombramiento, esto se solía entender como una muestra de afecto y entendimiento hacia el consejero, y una forma sutil de encaminarlo a su cometido como portavoz.

De alguna manera, entendí que cada uno de nosotros había sufrido varias transformaciones, que podían constituir etapas de evolución para el Ser. Mi Maestro, Kili, Toro y yo dábamos muestra de ello. Pude reconocer que mis amigos dudaban y habían dudado sobre su cometido, pero eran capaces de silenciarse y continuar con decisión, logrando así aparentar que no titubeaban, entender que las acciones hay que tomarlas. El Lavandero proseguía sus labores sin distracción. Algunos fieles acudían a la fuente a coger agua, algunos llegaban con animales sedientos, pues tenía otros accesos desde los jardines de arriba. Pensar en Teo como portavoz y las bellas palabras de Kili sobre su legado me aportaba satisfacción. Los tres amigos calmados respetamos el silencio concentrado en el Lavadero. El ruido del agua se acopló a nuestros oídos facilitando el ambiente meditativo. Metí mis manos en el caño de agua fría hasta tocar la piedra negra, y pude recorrer los ciclos gloriosos vividos por Teo en el Templo del Equilibrio. Visualicé sus intervenciones, su día a día en los campos, sus paseos por el zoco, e incluso percibí el amor hacia la Intérprete. Parecía ver y sentir su vida concentrada en un recuerdo largo. Los ciclos pasaron y me topé con él en una etapa de mi Maestro muy personal, de reflexión, donde sus recuerdos siempre giraban en torno a Aurora y a su amadísimo Lao... No pude contener la emoción. Me mojé la nuca y la cabeza.

Poder sentir su amor hacia mi persona me desveló un infinito desconocido, que mostró ante mí el corto camino que debía recorrer en mi Ser. Veía cada paso nítido y cristalino, como si habitase en el micelio nuevamente. En el final siempre había una luz que parecía crecer, pero que siempre quedaba lejos. No había que buscar más allá, su tránsito calmaba la existencia. Cuanto más me acercaba a la nada, más en paz me sentía. Podía ver y sentir a los niños y al Lavandero como medio para tal milagro. Kili, con el semblante roto de tristeza, continuó narrando la vida del portavoz del Templo, mi Maestro Teo, liberándose de todo el peso que debía compartir con los aldeanos:

—Pero desde la muerte de Aurora, de la que solo él parecía ser conocedor, el portavoz, nuestro querido Maestro Teo, renunció a ejercer su cargo, sin nombrar sucesor. Su decisión fue consciente y armoniosa, decía que su ciclo había terminado con el de Aurora, trayendo consigo la nada. Muchos fieles no entendieron sus actos, otros pensamos que Teo, con su decisión, aportaría una lección oculta para todos los fieles y la realidad experimental, como un gran empujón al fin del Ciclo, su propia despedida. Con el tiempo se transformó como si de otra persona se tratase, empezó a alejarse de todo, dejó de hablar, e incluso perdió su vista, sin que eso le importara. No mostraba interés por lo que acontecía, su cuerpo envejeció rápidamente sin que eso mermara su vitalidad. Su rostro parecía el de cualquier otro, irreconocible y sin esencia. Esto ha estado creando discrepancias entre los fieles hasta estos días: algunos que quieren nuevos aires para el Templo del Equilibrio, y otros que aún esperamos. Varios ciclos de espera hasta vuestra llegada. El anciano Teo mora por el Templo, y su única preocupación son las ropas sucias de los fieles. Aquel niño huérfano que partió a Sofos volvió a su hogar y, tras ser portavoz del Templo del Equilibrio, finalmente cumplió su sueño de ser el Lavandero del Templo del Equilibrio, tal y como había dicho la primera vez que se cruzó con Aurora.

Miré con los ojos muy abiertos al Lavandero, y me acerqué para volver a mirarlo. Por mucho que me concentrase, no podía reconocer nada. No sentí tristeza, no sentí felicidad, solo una verdadera comprensión, plena y omnisciente, que no contenía nada de mí mismo. En ese momento creí entender por qué el Cónclave de Almas me había otorgado la vida tras la vida. Estos eran los primeros pasos que me acercaban a mi última transformación como Alma que habitaba la experimentación real. No reconocer al Lavandero fue la última lección que mi Maestro Teo tenía reservada para mí, abriéndome a una dimensión de la existencia incluso lejos del plano de observador, y permitiéndome narrar nuestra historia. Sentí a todas las Auroras estremecerse, veía a la joven Aurora en la Puerta con todos los fieles que la custodiaban, esperando como lo hacíamos todos.

Me quedé sentado en el lavadero, con las piernas cruzadas, con las manos en contacto, en una quietud sin mente con la que podía ver holísticamente los acontecimientos. Percibía sensaciones de todos los rincones. Mis amigos se marcharon. Disponía del pasado, del presente y del futuro, comprendí la interpretación de Aurora sin poder darle forma. El Lavandero también se marchó, y no volvería a verlo nunca más. Quedé profundamente meditativo, cansado y cada vez más rígido. Solo recuerdo que Toro vino a buscarme pasadas unas horas con unas sanadoras rojas, y que yo estaba por completo entumecido, casi no podía deshacerme de la postura adquirida. Mi Ser contenido de nada tenía disponible el Cónclave, pero se había alejado de la vida más física para poder entregarse a todos. Del mismo modo que el Lavandero con sus



niños, el Maestro Lao debía ser el medio de los fieles. Mi amigo, al recogerme, me dijo con mucho amor:

—Maestro Lao, creo en la Interpretación, no temas: te acompañaré en todos tus pasos. Cuando uno da lo que puede sin refrenarse, quedan rotas las barreras de la individualidad. Entonces ya no es posible decir si es el uno el que se ofrece a sí mismo, o hacia todos los presentes.

Pasaron los días. Yo parecía haber perdido contacto con mi cuerpo, como en las noches anteriores, pero durante días enteros.

### 7.3. El Templo del Equilibrio

Al séptimo día, desperté. Una pareja de sanadoras rojas estaba junto mí velando mi descanso. Pasé pocas horas despierto. Sentía mi cuerpo rígido y la mente clara, holística. Tal nivel de comprensión de la experimentación real me alejaba cada vez más ella, sentía todo a mi alrededor y más allá: el Templo, la Meseta, las Jorobas, la península. Cada emoción, independientemente del nivel de complejidad, llegaba a mi Ser desde cualquier ser vivo, lo captaba todo y lo canalizaba emitiendo el proceder sutil. Toda esa información no podía ser usada por mi Ser. En cambio, los demás no percibían nada, yo parecía vivir en otro plano de la existencia con mi cuerpo viejo confinado en el mundo, y parecía que podían sentirme como antaño. El tiempo dejó de existir para mí, la luz del mundo era muy intensa para mis ojos, mi cuerpo prefería mantenerlos cerrados. Vinieron a examinar mi cuerpo diferentes sanadores prestigiosos entre los fieles, de todas partes. Todos concluían que estaba preso de la edad, y que mi despedida del mundo era inminente, una vez más. Yo no sentía dolor alguno, y sabía que no iba a morir.

En contadas ocasiones, podía entablar una comunicación mínima con mis amigos o con alguna sanadora, y dedicaba todo el esfuerzo en transmitirles que estaba bien y en paz. Mi compañero espiritual aguardaba junto a mí pacientemente, y Kili mantenía a menudo largas charlas conmigo sin ningún tipo de respuesta por mi parte, pero él no desesperaba, se conformaba con saber que me transmitía sus ideas y cariño, como en efecto sucedía.

Ninguno de ellos había abandonado la realidad, todo lo contrario. Mantenían apasionadas charlas sobre cómo proceder, pues los fieles estaban expectante por saber cuál sería el nuevo portavoz. El Lavandero había desaparecido tras la noche de nuestro encuentro, sembrando aún más dudas. Kili confiaba en que Teo finalmente había concluido lo que le faltaba por hacer, pero no entendía por qué se había despedido así, para morir en soledad. La situación en toda la región de los fieles estaba sumida en la duda. Los seguidores del Equilibrio necesitaban definición por parte de sus representantes, sobre todo los más vinculados a la lucha con el Clan Hermano, los fieles de la facción de acción, que eran cada vez más numerosos y experimentados. Se decía que incluso algunos grupos habían empezado a trabajar como células independientes, una especie de terrorismo bajo sus propios intereses, creando desorden y fragilidad. Por suerte, la tregua perduraba, las distracciones con Tecnos y los territorios del norte permitían que durase. Abob seguía reagrupando gente para recuperar el norte y Sofos, tal y como había acordado con mis amigos. Toro participaba en

las reuniones de coordinación, e incluso se comunicaba con Turk a través de hologramas proyectados desde la UVI que conservaba y usaba frecuentemente. Los fieles le miraban como si estuviera interactuando con algo más allá de su comprensión. Parecía un mago como en los libros de fantasía, y gozaba de mucho respeto entre los miembros del grupo. El Clan Hermano seguía en conflicto con la Cúpula, y sus defensas pasivas hacían su trabajo a la perfección. No se producía una guerra abierta porque sabían que Tecnos controlaba las vías de levitación. Aun así, su capacidad y apetito voraz les permitía seguir expandiéndose al norte de la península, conformando más aliados a su causa. El libre comercio aplastaba la forma de vida sencilla de las comunidades disgregadas.

Pasé otro día más postrado en la cama, y junto a mí permanecieron mis amigos todo el tiempo. No sufría dolores, solo el cuerpo rígido. Nos alojábamos en una habitación espaciosa solo para nosotros. Mi cuerpo yacía sin mucha actividad, mi Ser escuchaba y asimilaba perfectamente las charlas y emociones de los que me visitaban. Mis amigos conversaban siempre sobre mí, hablaban de todo lo acontecido, compartieron anécdotas de cada uno, sobre la evolución de Teo y su legado como portavoz del Templo, de la situación estratégica de la península, e incluso narraron el encuentro de Baro y la joven Intérprete que parecía haber despertado. Tenían claras sus posturas respecto a lo que acontecería en caso de no actuar: a largo plazo, todos nos veríamos sometidos por la forma de vida del Clan Hermano, que imperaría en el fin de Ciclo, condenados a otra catástrofe como aquellas de tiempos pasados. Recordaba las construcciones de la Luna, y la sensación que me inundó cuando el Maestro Zero me ofreció su telescopio. Ni Kili ni Toro desvelaron sus conversaciones premonitorias con Aurora, que definían sus papeles en la Interpretación a la que todos nos apresurábamos.

La tensión en el Templo era notable. Los fieles se acumulaban tras el foso cada vez en mayor número, llegando a crear problemas y disturbios. Muchos aguardaban la noche dentro de sus murallas. Notaba las presencias de todos los que moraban siempre cerca de nuestra habitación, abrigándonos de esperanza. Deseaban mi recuperación y participación como aldeano del proyecto Aldea. Yo suspiraba por algo más de vitalidad. Nadie nunca supo más del Lavandero, ni siquiera lo habían visto partir. Los niños decían que el Maestro Teo había terminado su paso por la experimentación real, y que se había despedido para siempre, se sentían felices. Toro aguardaba sin preocupación, le decía una y otra vez a Kili que lo que me ocurría era normal. Cuidaba sus palabras, sabedor de que estaba presente a pesar de mi cuerpo ausente. Había llegado el momento de transformarse y tomar partido nuevamente: esto era un asunto de todos.

La marcha de Teo como actual portavoz dejaba una vacante que debía llenarse. Los fieles lo reclamaban, pero la situación aún estaba por definirse. Kili tenía la responsabilidad como consejero del Templo del Equilibrio de anunciar la ceremonia de sucesión. No sabía qué hacer realmente, el ambiente dividido sobre el asunto del portavoz se veía reflejado en el consejero. Existía una postura muy secundada entre los fieles, y supuestamente conformada por los seguidores de mi Maestro Teo y sus más allegados, abanderados por Kili, Abob, Kundo y toda la gente de las Jorobas, así como muchos otros de la Meseta y el norte. Eran los más numerosos: confiaban en Aurora y en el Clan de los Sabios, aún esperanzados en el Maestro Lao.

Algunas otras familias de mucha influencia entre los fieles, descendientes de otros portavoces del Templo Equilibrio que vivieron en tiempos antes de Teo, también tenían cada vez más voz en la comunidad. Todos respetaban mucho su opinión, y sostenían que debían recuperarse las añejas costumbres de paz, obviando la invasión del Clan Hermano en la península, y confiando que el fin de Ciclo se instauraría siempre, independientemente del cómo. Los fieles no imponían sus ideas de forma imperativa, eran personas muy evolucionadas y sensibles. Solían argumentar y defender sus posturas con cariño y por un interés general, por lo que el acuerdo sería armonioso.

Kili demoraba la convocatoria, y esto creaba incertidumbre y tensión. Mi amigo se justificaba en que necesitaba más tiempo para posicionarse, parecía estar esperando mi recuperación y noticias de su amigo Abob. No obstante, más allá del foso, innumerables fieles expectantes esperaban al nuevo portavoz. Muchos peregrinos llegaron de diferentes regiones, y se contaba que desde la ruta de peregrinación de Origen se acercaban varios miles para unirse a la causa del Templo del Equilibrio. Se había extendido la historia del retorno del Maestro Lao como un nuevo mesías renacido, y esto convocaba en masa a los fieles.

Pasamos otro día completo encerrado en el cuarto. Las sanadoras rojas me ayudaban a asearme y a atender mis necesidades corpóreas. No estaba cómodo tumbado, así que sobre la cama adopté la posición de loto que tanto había visto en figuritas de barro, era mi mejor descanso. Ya de madrugada, la luz de la luna redonda iluminó la habitación, y varios candelabros aportaban lo necesario para ver bien. Me sentía mejor para moverme por la habitación con dignidad. Cada cierto tiempo, me sentaba para apoyar mi peso sobre las piernas cruzadas. Los ojos volvían a acostumbrarse a estar abiertos, lo que resultaba más fácil en la bellísima noche en la que nos encontrábamos. Mis amigos se veían felices por los indicios de mi mejoría. Un fiel abrió la puerta y trajo té, y al dejarla abierta pude ver que muchos encapuchados cubrían sus cabezas con telas rojas mientras susurraban rezos. No era posible ver el suelo entre tanto fieles. Pasaban la noche sentados junto a la puerta, silenciosos, simplemente esperando. Sentimos un profundo respeto hacia ellos, una gran responsabilidad. El tiempo transcurría, y Kili lo apreciaba con mucha claridad escapándose como arena entre los dedos. Al cerrar la puerta sirvieron té, y el líquido caliente reconstituyó mi carne, aunque por el momento no articularía ninguna palabra, no sabía distinguir si era por imposibilidad física o por decisión propia. Ese día mantuvieron una charla que definiría el poco tiempo que me quedaba como Maestro Lao, pues la última enseñanza del Lavadero había eliminado los pocos restos de individuo en mi Ser. Kili tenía que desvelarnos una conversación, tenía certeza de que era el momento, así que dijo abiertamente:

—Amigos, como veis, los fieles aguardan nuestras palabras. He intentado ganar tiempo, pero estamos en un punto en el que hemos de pensar en los intereses de todos, no podemos demorar más nuestras decisiones. Es mi deber como consejero, todos esperan un nuevo portavoz. Aurora y Teo sabían que el fin de Ciclo también llegaría al Templo del Equilibrio, y bueno, nosotros hemos de definir cómo seguimos con la Interpretación. Espero que los aldeanos me ayuden con tal labor...

No había dudas de que sentía amor por Teo y Aurora. Nos sentimos complacidos. Toro, aún cargado de humanidad, estaba muy emocionado. En lo que respectaba a mis sentimientos yo no era capaz de reconocerlos. Todo lo que sentía llegaba desde todas partes: de mis amigos frente a mí, de los fieles tras la puerta, de los fieles tras las paredes del Templo. Mi percepción había crecido. Bebimos algo de té en quietud, y luego Kili prosiguió:

—Desde que Teo se convirtió en Lavadero, el peso del Templo ha recaído sobre mis hombros. Tanto, que me canso enormemente. En mi último viaje a Origen, fui a la Sucursal del Templo de Equilibrio. Allí se había forjado el mito del Maestro Lao, ya extendido entre todos los fieles. Allí creamos parte de lo que eres hoy para todos nosotros.

»No puedo evitar pensar en lo que ocurrió en la Ceremonia del Equilibrio en Origen, en aquello que todos sentimos con la intervención de Lao. Una sensación de liberación del Alma en la que encontramos una conciencia plena de todo. Recuperar la visión holística de la existencia fue lo que Lao nos otorgó. Desde entonces, los fieles sentimos tu guía en el interior del Ser. Quedamos marcados para siempre, emitíamos tal comprensión que impregnábamos a todos los que nos rodeaban. Maestro Lao, así se forjó tu historia entre los fieles. Pero ¿cuál es tu cometido en la interpretación?

La entonación del interrogante denotaba consenso: Toro debía hablar por el Maestro Lao como aldeano. Se pensó mucho las palabras antes de articular la primera de ellas. Nos miró profundamente, podía recorrer las emociones ajenas como propias. Maduraba una respuesta justa y apropiada, sin desvelar más de lo preciso. Finalmente se decidió a contestar:

—No te ofendas, Kili, como observas Lao poco tiene ya que decir. Todo el mundo tiene un papel en la Interpretación, en el Equilibrio. En cambio, el proyecto Aldea se llevó a cabo para aportar a tal propósito, para cerrar el ciclo inevitablemente y emprender armoniosamente el siguiente. Cuando éramos pequeños en la Aldea, como sabes, no conocíamos la península, ni muchos menos el mundo y sus problemas. Simplemente entendíamos que todo el que viviese debía hacerlo bajo el Camino Integral y el sutil proceder de las cosas. Rodeados de maravillosos Seres empáticos, la Aldea era un paraíso, aunque también era una escuela para todos los aldeanos. Pensábamos que Lao disponía del Cónclave en su interior, y que podía acceder a este conocimiento en su propia conciencia elevada y holística puesta al servicio de todos. Su empatía sería tan elevada que impregnaría a todos.

»Tenemos relación con Aurora, pero la de Lao es más especial, incomprendible incluso para ellos, dado que desde siempre se ha dado y usado para interpretar al Cónclave. La Interpretación debe sanar al mundo para despertar las conciencias individuales, ofreciendo a todos unas conciencias limpias con el Alma disponible en sus Seres. Así todos podrán percibir sus Almas, que habitarán el Cónclave como una mente colectiva que vela por todos en la experimentación real, con la aplicación del sutil proceder. Ese es el medio de comunicación que necesitamos. Esto podría marcar un bien común por encima del individuo, donde se puede convivir en paz con cada cosa y no cosa. Al Maestro Lao no le corresponde ser el portavoz del Templo del Equilibrio, tú eres el consejero del Maestro Teo, y tienes las responsabilidades como tal. ¿Qué opinas, Maestro Kili?

Toro había establecido una comunicación perfecta, adulta. Kili simplemente lo percibió todo sin quedar preso de la mente, y los tres bebimos en un silencio reponedor. Lo

habíamos escuchado hablar sinceramente y sin tapujos, desvelando las tramas que necesitábamos conocer. A pesar de los ciclos de convivencia con él, nunca le había escuchado hablar tan abiertamente. Como si fuera un aldeano cualquiera, sentí el compromiso hacia el proyecto Aldea, y él me veía como parte de la Interpretación de Aurora. La responsabilidad se extendía hacia el mundo y cada cosa o no cosa que lo habitase. Las palabras omniscientes de Toro, las asimilamos de inmediato. Kili tenía un propósito como miembro respetado de la comunidad de fieles, ahora sabía que debía ser candidato a portavoz para suceder al Maestro Teo, pero su corazón disponía de otros planes diferentes que no le ataban al Templo de Equilibrio, sino a la lucha contra el Clan Hermano, con la facción de acción. Debía acatar su responsabilidad como consejero de Teo si no había sucesor, y su candidatura era obligada.

Kili, sorprendido por los lazos establecidos con sus hermanos aldeanos y sus dotes, respondió ejecutando su voluntad:

—Presentaré mi candidatura a portavoz del Templo del Equilibrio, y espero que también lo hagan otros, pero partiré al norte a reunirme con Abob. Después iremos a Sofópolis, y de allí hacia el Clan Hermano. No quiero morir sin volver a ver a Bigo y aclarar algunos conceptos...

El sarcasmo era visceral y lo llenaba de fortaleza en aquel momento tan conveniente. Presos de la comprensión compartida, encontramos un camino que recorrer juntos. Yo asumí mi encuentro con el Gobernador Bigo como un último viaje al que mis amigos me debían llevar. Toro solo esperaba que surgiera por sí solo, sabía que debía enfrentarse a su creación, el Orbe que esperaba en manos del Gobernador de Núcleo.

Reconocí esas sensaciones de tiempos lejanos, donde los infantes contaban las historias sobre el niño que escuchaba al Cónclave por las laderas de la Aldea. La cara de Toro cuando dije que el Orbe era *una piedra cubierta de musgo*. Percibía nítidamente a los fieles repartidos por el Templo de Equilibrio, extendiendo la comprensión como canalizador y amplificador. Tras la asombrosa arquitectura del edificio existía un Ser inerte que estaba a punto de desvelarse. Ya había experimentado formar parte del micelio como parte de un gran organismo que habitaba el valle, pero en vez de hifas, la comunicación circulaba por los muros, y cada vez había más fieles con las conciencias conectadas. Incluso las de aquellos que de niños no habían tenido la oportunidad de cultivar dichas cualidades, aprendían rápidamente a detectar esa habilidad intrínseca por el mero hecho de tener Alma. La esencia circulaba entre todos, y pronto todos la emitían. Como un humo blanco, emanaba cual fuente, parecía bañar la habitación, parecía traspasarlo todo, incluso los gruesos muros de piedra del Templo, colapsando a todos los fieles emocionales que aguardaban. Todos parecían sumarse a las sensaciones colectivas.

La puerta se abrió y quedó sostenida por las manos de un niño que yo ya había visto junto al lavadero. Muchos encapuchados con túnicas rojas fluían lentamente mientras ocupaban sentados todo el suelo de la habitación, buscando una proximidad con nosotros. Esto resultaba abrumador y sobrecogedor para cualquier Ser. En silencio, meditábamos. Los individuos parecían sincronizarse también en el mundo físico. La madrugada avanzaba en medio de la meditación colectiva, y sentí una amalgama de emociones que me devolvía vida, recuperando algo de físico para ofrecerme repuesto al mundo y poder caminar una vez más entre todos ellos.

Me incorporé cuando aún quedaban algunas horas para el alba. El niño empezó a sortear a los fieles mientras se aproximaba a nuestras camas, me ofreció su pequeña mano y tiró de mi brazo. Todos empezaron a despertarse y a inquietarse. Me encontraba más fuerte de lo esperado. Nuestro pequeño guía se abrió paso respetuosamente entre los fieles que conciliaban el sueño, y yo caminaba con la mirada agachada, mirando su espalda, mientras recorríamos los pasillos sorteando a los fieles. Al pasar por los patios, desde el exterior se escucharon algunos gritos de felicidad, conscientes del momento, que provenían de fuera. Tras nosotros nos seguían los fieles silenciosos, y fuimos recorriendo todos los corredores interiores hasta llegar al recibidor. Las enormes puertas estaban abiertas de par en par, las cruzamos sin titubear y encontramos más allá del foso a millares de personas que miraban estupefactos hacia el Templo del Equilibrio. Las telas rojas que cubrían los muros empezaron a elevarse, desnudando el edificio. Un montón de niños del Lavadero, desde lo más alto de la cornisa, recogían las cortinas rojas que mostraban el negro de sus paredes. La Luna gigante en el cielo sin estrellas iluminaba la superficie del cubo, que parecía emitir luz por sí solo. Las caras de asombro y la paz en la mirada de los presentes proyectaban un espectáculo maravilloso. La tinta de la infinidad de escrituras labradas en sus muros descubiertos reflejaba la luz de la Luna y, a su vez, parecía radiar una comprensión que trascendía de una manera emocional a todos. Una experiencia que solo se podía vivir como una esencia de unidad y hermanamiento. Nos encontrábamos inmóviles en el puente, sumidos en el ambiente, la brisa de la noche arrastraba el sonido de campanas metálicas de rituales de los fieles. La intensidad del misticismo, al igual que la belleza de todo el Templo del Equilibrio desnudo reflejando luz en los surcos de las escrituras confinadas en su piedra, aquel edificio enorme como una montaña, impresionaron a los presentes de tal modo que aguardamos calmados junto a sus muros hasta que el brillo dejó de percibirse con el alba, difuminándose con los rayos del Sol que volvían a desvelar la piedra negra. Entonces, Kili dijo para todos los presentes:

—Hoy celebraremos el ritual de sucesión, y elegiremos a nuestro portavoz del Templo del Equilibrio.

Gritos de alegría ensordecieron el ambiente, una euforia contenida embriagaba de una pasión inusual a los fieles. No hicimos ningún ademán, sin más, se pusieron a organizar los preparativos para elegir a su nuevo portavoz, lo que tendría lugar en la Sala Cúbica. Toro sentía a Kili como su gran aliado, depositaba toda su confianza en el consejero de Teo. Mi amigo aldeano necesitaba la respuesta del Templo del Equilibrio para guiar nuestros siguientes pasos. Parecía delegar el destino de la Interpretación, a pesar de saber que partiríamos en breve de la Meseta.

Ni los fieles más jóvenes ni los fieles más ancianos podían poner su granito en la votación para decidir al nuevo portavoz del Templo del Equilibrio en el ritual de sucesión. Tras la experiencia vivida, los fieles acreditados acudieron de forma multitudinaria a la Sala Cúbica, muy armonizados. Fuera, las personas aguardaban tras el foso, aún más que de madrugada. Los fieles hacían una cola que daba la vuelta al Templo, había gente entrado en sus jardines constantemente. Todo era una fiesta, risas, comidas, charlas, e

incluso decían que el camino entre el trigal estaba colapsado para cruzar las murallas de acceso. La expectación era tangible, y la participación muy representativa.

Los aldeanos nos quedamos en el puente para cruzarnos con todos los fieles. Varios gritaron anunciando el inicio de la votación. Solo con los habitantes del interior se llenaba la mitad de la Sala Cúbica. Los niños del Lavandero colapsaron la enorme puerta de entrada. Controlaban el acceso dándole un puñado de granos de trigo a cada votante. Era un método muy curioso de votar, según me comentaron. Los fieles entraban ordenadamente, el ambiente festivo pasaba a ser sacro tras las puertas.

Entramos en dirección a la sala Cúbica. Como consejero del último portavoz, le correspondía hablar a Kili, aunque históricamente el consejero le cedía la palabra a cualquier otro candidato para que se escuchasen primero las nuevas propuestas. La resonancia de la sala era excelente. Los fieles colocaron unas campanas tubulares en algunos puntos anclados a la piedra negra, y el sonido llegaba a cualquier rincón del interior de alguna forma que no pude entender. Amplificación resonántica difractiva, o algo así dijo Toro, sin más comentarios. La atmósfera era idónea, y de manera afable y estudiada, Kili cedió la palabra al Maestro Vacu, que era un anciano lugareño representante de un grupo de fieles de la Meseta y varias familias influyentes. Ejercía de icono, y representaba al aspirante a portavoz del Templo del grupo, amén de un excelente amigo de nuestro Maestro Teo. Sintéticamente, compartió con los presentes su postura: básicamente postulaba que se normalizase la situación para que los fieles pudieran vivir sus vidas en paz y calmadamente, como si la tregua fuera eterna, obviándose del conflicto y confiando en esquivar lo inevitable. Kili pensaba que la influencia de los fieles debía ser otra en el fin de Ciclo y restauración del Equilibrio. Aportando su verdadera naturaleza ajena a la guerra y la división, debía conservar la autenticidad del sutil proceder de las cosas a toda costa.

El Maestro Vacu se afanaría en conservar la forma de vida y tradiciones, o las adaptarían independientemente de la situación que les tocara vivir, acorde al sutil proceder de la Fuente. Las nuevas sociedades debían tener la oportunidad de compartir una cultura que nunca se extinguiera entre los fieles de la península. Con su interacción, esperaban poder ayudar en su educación, integrando a los que llegasen del Clan Hermano, sin resistencia. Confiaban en el *no hacer*. Simplemente gozando de la paz y la vida sencilla, influirían en todos los vecinos para que recuperasen la pasión por las acciones cotidianas, el trabajo y el compartir con los allegados. Con mucho respeto, Vacu decía que era la forma más armoniosa de contribuir al Equilibrio y, con ella, lo que entendía que debían aportar al mundo, aceptando cualquier destino, pero caminando sobre el Camino Integral. Sin duda, esos fieles debían existir entre los habitantes del mundo, todos sentimos la verdad en sus palabras, y honramos sus propósitos y emociones nobles. Yo percibía cómo transitaban las esencias de los presentes, haciéndose indistinguibles y única. Despidiéndose afectuosamente, presentó su candidatura como portavoz del Templo del Equilibrio en nombre del grupo que representaba. Todo era muy plausible, eso no les eximía de ser copartícipes en la Interpretación de Aurora.

Tras un sentido silencio de aprobación y respeto por parte de los fieles, Kili intervino en la Sala Cúbica, y empezó diciendo:

—Amigos fieles, estos días vividos han sido necesarios para que hoy todos estemos aquí presentes en el Templo del Equilibrio. Cada uno de nosotros llevamos un preciado don en nuestro interior que no acarrea peso consigo, más bien liberación, para crear la unidad entre nosotros. No es baladí destacar el suceso de ayer, donde el propio Templo pareció expresar sus sentires profundos. El brillo de la piedra negra despertó en todos algo que difícilmente podemos explicar. Como consejero del Maestro Teo, último portavoz, considero que la postura sincera del Maestro Vacu es muy necesaria entre los fieles de las Jorobas. Esta debe prevalecer entre nosotros, nadie mejor que vosotros para llevar a cabo tal propósito. Os deseo de corazón que eso acontezca, pero creo que cada uno de nosotros tiene un propósito en la Interpretación, y el de muchos de los presentes no es el expuesto...

Me encontraba junto a Toro, y pude notar su emoción profunda. Los fieles estaban algo confusos con las palabras de Kili, pero nadie dudaba de ellas. Comenzó a hablar de nuevo:

—Vosotros, mejor que nadie, conocisteis a Teo cuando era un crío huérfano recogido por el Templo. Compartisteis con él su infancia, cuando ya vaticinó cuál sería su cometido, y así lo cumplió el Lavandero. Nadie pensará que su despedida tiene un fin. Igual que su historia, su vida... nada ha sido en vano. Todos encontraremos nuestros caminos tras los pasos recorridos con él como portavoz, que nos acercaron a la Interpretación al unirnos en torno a una creencia.

»Como muchos sabéis, yo era un funcionario del Clan Hermano, pero mis hermanos aldeanos me salvaron y pude encontrar mi camino. Se lo debo todo a ellos, mi encuentro no fue fortuito. La llegada del Maestro Toro y el Maestro Lao hace que todas las historias del proyecto Aldea se hayan consolidado. Por eso creo que, para preservar vuestra sensata propuesta, debemos marchar mañana al norte para reunirnos con la facción de acción del Templo del Equilibrio. Ese será mi cometido si soy elegido portavoz del Templo del Equilibrio.

»Por tanto, algunos fieles quedarán en la Meseta para llevar a cabo una forma de vida armoniosa, y viviréis en mi Ser como un recuerdo esperanzador de que todo fiel pude vivir acorde a su conciencia y en paz en nuestros territorios. Esto es y será el fin último por el que estamos luchando, para que todas las generaciones futuras que quedan por llegar a este mundo puedan gozar de una vida armoniosa, sencilla y repleta de amor. Partiré al norte, y defenderé tal causa como si fuera un muro, la paz de los fieles de las Jorobas será nuestro verdadero motivo.

Los presentes no esperaban tal discurso, y menos por parte de un consejero. Los miembros del grupo del Maestro Vacu se sentían alegres cautelosamente, y se levantaron otorgándole respeto. Los fieles, en silencio, reflexionaban. No solo sobre el voto, sino por si también podrían acompañarle al norte. Kili y Toro ya tenían preparada nuestra partida. Algunos fieles sentían pena, pero fueron tan concisas y emotivas sus palabras que no hubo réplica. No hicieron falta más intervenciones para pasar a la votación del portavoz. Kili dio un sentido abrazo al Maestro Vacu y a otros más de su grupo, y se acercó junto a nosotros, que escuchábamos sentados en la parte alta de las gradas percibiéndolo todo. Nos besó en la mejilla, y nos susurró:



—Amigos aldeanos, he de ocuparme de unos asuntos, nos vemos después.

Le guiñó el ojo a Toro y este pestañeó torpemente un par de veces, no sabía guiñar. Algunos fieles le acompañaron sin votar. Los asistentes observaban la escena transmitiéndonos sus más nobles intenciones, se notaba cómo la gallardía de Kili impactaba en los fieles. Con un aroma triste de abandono, aunque sereno de necesidad, todos iban a ejercer con su mejor intención.

El ritual de sucesión debía continuar, y el silencio se rompió unos instantes mientras preparaban el centro de la Sala Cúbica. Los fieles charlaban compartiendo opiniones, y estiraban sus piernas antes de la votación. Los niños abrieron el arcón dorado hecho de madera de acacia. Cuatro fornidos fieles introdujeron las manos para sacar las piezas de una gran balanza, que tuvieron que desplazar y montar entre todos. Después cogieron las bandejas entre dos, profundas como para apilar varios tocones de leña, y las agarraron a unos mosquetones que colgaban de cadenas. Una vez que todo estuvo enjaretado, la balanza ocupaba todo el centro de la Sala Cúbica. Los fieles se colocaron en las escaleras del fondo. La circulación en el interior del Templo estaba regulada para evitar colapsos, y una vez que votaban, debían salir por los corredores exteriores.

Observé transcurrir el ritual: cada fiel disponía de diez granos de trigo que podían repartir como quisiesen entre ambos candidatos, representados por las bandejas. Un rojo apagado en la parte superior de la balanza representa la opción del Maestro Vacu; una tela roja viva y blanca, a Kili. Empezaron a desfilar fieles para ejercer su voto, que dejaban algunos granos sobre una de las bandejas y los restantes sobre la otra. No había aparente movimiento en la balanza, harían falta muchos granos para verla inclinarse hacia un lado. Un respetuoso silencio se respiraba en la votación, el ritual de sucesión transcurría con normalidad y fluencia. Toro trajo consigo pipas secas de girasoles, me ofreció y las comimos pausadamente. Era muy entretenido abrirlas y saborear su fruto seco en los hornos. Las cáscaras las depositamos en otra bolsita de papel. Mi amigo tenía intención de hablar y, muy sereno, dijo:

—Recuerdo, Lao, cuando el Maestro Zero y Teo te presentaron el Orbe. Hicieron una introducción magistral sobre las tecnologías empáticas y sus consecuencias, sobre cómo el observador influye en la materia, cómo la conciencia colectiva define la realidad como sumas diminutas de realidades subjetivas. ¿Cómo separar de nuestro sentido existencial el hecho de que todo aquello de lo que estamos compuestos, en su constituyente básico, se ve modificado por el acto de ser observado? ¿Cómo no entender entonces que cualquier teoría, creencia, modelo o sistema que erijamos no es más que un producto de nuestra observación, y no un reflejo de la realidad? El funcionamiento del Orbe se fundamenta en esta naturaleza de la experimentación real...

No abordó directamente sus preocupaciones, parecía querer mostrar antes una exposición importante para la futura comprensión. Tanta complejidad lo abrumaba incluso a él mismo, era mucho más complejo expresarlo que sentirlo. Estaba sumergido en los conocimientos de la Fuente. Como todos los Seres, mi amigo tenía sus altos y bajos, pero hasta ahora no había sentido que necesitase mi ayuda. Había caminado seguro como mi compañero tras mi despedida, mirándome como si se viera en un espejo. Sabíamos que mi cometido

estaba ligado al suyo y que, en parte, mi desconocimiento lo cargaba de dudas. Sus palabras me hicieron reflexionar sobre el hecho de que cada descripción del mundo es una descripción del instrumento que utilizamos para ello, la mente humana. En cambio, cuando un Ser necesita de las emociones para describir su entorno, por su naturaleza la descripción siempre será más sincera, acertada y de mutuo acuerdo, dado que nace de un aspecto íntimo y homogéneo común en todos los Seres, las conciencias. Es relativamente sencillo catalogar las emociones humanas, como los colores de un lienzo. Al igual que las tonalidades marcan los matices, se pueden distinguir los detalles de cada emoción, aunque siempre prevalece una dominante que define el estado anímico de la persona. El Maestro Lao se había convertido en un instrumento para medir las esencias de las personas, pero me era necesario transmitirlo para que obrasen con tal conocimiento. No albergaba mentira, ni Ego, nunca me había interesado influir en los demás, modificar sus esencias como el pintor con su pincel. Ni mucho menos usarlo a mi antojo, o con un interés concreto. Siempre se presupone que las emociones están hechas de un origen sutil, cercano a la Fuente, por lo que no hay dudas de la misma. Obrar de tal modo no otorga un camino fiable, para eso está la comprensión del Camino Integral, para dotar al Ser del conocimiento sobre cómo obrar sutilmente y fluir en las emociones que traen la paz.

Permanecí en silencio, escuchando solo el crujido de las pipas y el murmullo de la votación. El flujo de fieles era continuo, las bandejas gigantes ya contenían un gran puñado de granos a cada lado, aunque no sobrepasaban el fondo. Sentí que no hacía falta expresar palabras, notaba la comprensión de Toro. Entonces, este dijo:

—Déjame sincerarme verbalmente, Lao, porque hay información que las emociones no pueden contener y que afectan a la existencia en este mundo. Aurora, como Intérprete, está vinculada al Oráculo, y este a su vez le ofrece el Cónclave, certeza de cercanía a la Fuente. De mis charlas con ella pude entender, sentir y creer en mi cometido, en tu cometido, en nuestro cometido como aldeanos del proyecto Aldea. No hemos de creer que la Aldea ha diseñado nuestras vidas, el proceso de creación no es forzado, solo se nos ha entregado el conocimiento y las emociones para que la Interpretación se formalice. Evidentemente, no podemos cerrar el Ciclo y sanar al mundo solos, todos tienen un papel importante en ello. Cada uno de nosotros dispone del Cónclave en su conciencia: cuanto más cultivado y elevado se encuentre el Ser, más nítido oírás sus consejos. En cierta manera, todos somos creadores y parte de la Fuente, y esa es la Verdad Sutil que mora en la experimentación real. El observador define lo que acontece y la realidad es consecuencia de esto; este poder no es propio de Dioses, es inherente a lo que vive. Si nos sincronizamos y vivimos en armonía, al menos en grupo, todo esto se hace más evidente. Si predicamos con el ejemplo, todos somos emisores de verdad, todos influimos sutilmente en nuestros semejantes, alineándonos con el solo propósito de convivir. Tú eres quien hace que todo esto sea más fácil. No solo tu presencia, sino incluso tu recuerdo nos acerca a nuestros verdaderos Seres, que se ven reflejados en persona. El mesías de los fieles...

Paró como si su voz se apagase. La votación proseguía, pero ambos estábamos totalmente abstraídos. La Sala Cúbica era un lejano horizonte para nosotros. Toro era capaz de expresarse con lógica, con las herramientas de la mente y la Verdad Sutil para

hacer la ciencia comprensible por y para el mundo, como cuando los antiguos científicos observaron el vuelo de las aves y después desarrollaron artilugios que imitaban sus técnicas para hacernos volar. Verdaderamente, era un mago. Más allá de esto, la profundidad de sus palabras abría un nuevo mundo para todos y al alcance de todos. La verdadera comprensión de que el Ser posee conciencia y con sus actos sutiles influye en otros, pudiendo ser partícipe de crear la nueva realidad, debería ser motivación para llenar sobradamente el día a día de la existencia. Notaba cómo dentro de mí nacía una emoción que contenía toda la información que se necesitaba para existir. Su asimilación elevaría a los Seres a una nueva comprensión de ellos mismos, y cada cosa o no cosa que le rodease. Debía replicar dicha esencia en lo más puro de mi Alma y mostrársela a todos. Seguí escuchando las palabras de mi amigo:

—Los Seres más empáticos hemos empezado a ser emisores de esa verdad, acercando a los demás a la Fuente y haciéndoles ver que disponen de esa habilidad en su interior, guiándolos en el Camino Integral y ayudándoles a ser felices en armonía. Como ya hicieron con nosotros los Maestros de la Aldea, o el portavoz del Templo del Equilibrio, o numerosos fieles y personas anónimas, la comunicación entre las conciencias se expande, hay que educar y predicar con el ejemplo. Es obvio que la evolución del Ser humano necesita esta característica para subsistir y ser sostenible, como cualquier otra adaptación biológica, pero esto viola la condición humana tan arraigada desde tiempos inmemoriales. Estamos en una etapa de la evolución que puede definirnos como especie para siempre, un cambio que nos puede llevar a la verdadera comprensión del Universo y su existencia. Las características empáticas carecen de ambición porque se nutren de las emociones sutiles de los otros y se alejan del Ego. Un uso responsable está asegurado, parece la solución adaptativa de nuestra raza, un haz de esperanza.

No era capaz de localizar a mi individuo, sentía a Toro como si no hubiera distinción entre ambos. Solo proyectaba mi confianza en cada uno de nosotros como parte de la Interpretación para conseguir tal ansiado, noble y armonioso fin. No deseaba tal cosa, sino que sentía claramente cómo adquirirlo y plasmarlo en cada uno de nosotros y extenderlo al resto del mundo, proyectar el haz de esperanza. Las emociones inquebrantables eran nuestros más sinceros vínculos espirituales.

Toro se fue a descansar, y varios fieles mostraron respeto al paso de mi amigo. El Sol ya no tenía fuerzas, el techo de la Sala Cúbica empezó a abrirse, desplazándose por unos railes de una sola pieza. La brisa arrastraba el ruido de la fiesta fuera de Templo del Equilibrio. La respiración de aire fresco parecía nutrirnos. Un niño me trajo algo de sopa, pan y té. Tenía la boca seca de las pipas. Me había situado en la posición de loto, me encontraba muy cómodo y sin dolor, casi ya no notaba mi cuerpo. Proseguí en estado meditativo, muy marcado por la conversación. Mi atenta mirada abarcaba toda la Sala Cúbica, y más allá de los muros de piedra del Templo del Equilibrio lo percibía todo. Los jardines dentro de las murallas estaban abarrotados. Tenía muy amplificadas mis sentidos empáticos, de manera impropia, como nunca, podía narrar lo que acontecía desde cada fiel. Algunos jugueteaban con los granos en sus bolsillos mientras esperaban para dejarlos en la gran balanza. No paraba de entrar gente, y aún quedaban muchos por votar, aunque iba más fluido. No me inmiscuía en sus votos, nadie lo hacía. Empezaron a encender los candelabros. Al rato, la Luna, aún llena, hizo

su presentación en el firmamento de la Sala Cúbica, que ganó en luminosidad. Se podían ver los granos amontonados los uno sobre los otros, conformando dos montañas con sus laderas relativamente estables. Ya vencían en altura el borde de las bandejas, los votos se ejercían muy rápido, y la balanza parecía estar en equilibrio. Me volvieron a dar una bebida caliente.

Una legión de cientos de hombres de la facción de acción entró estrepitosamente, bajando las escaleras agarrados de los hombros, aprovechando la altura del escalón. Se les veía orgullosos y bravos, así como compasivos y curtidos. Pusieron rápidamente sus granos de trigo, uno tras otro, todos en el mismo lado. Los que quedaban por votar eran fieles y peregrinos de las Jorobas, y la balanza empezó a declinarse por la bandeja del lado de la tela rojo vivo y blanco. Depositaban sus diez granos rápidamente, descargando el trigo de sus manos sin dudas. El flujo de fieles no paraba, se pudieron contabilizar muchos más votos en menos tiempo. La bandeja parecía estar cada vez más baja. La decisión pública de Kili sobre marchar al norte parecía haber calado en los fieles pasionales. Fieles de lago Grande y peregrinos de la Sucursal llegaron en miles. Depositaron el trigo y se motivaban para marchar al norte dándose sentidos abrazos.

Ahora la montaña de granos era tan grande que me llamó poderosamente la atención ver cómo cada fiel los situaba con sumo cuidado para que no se desprendiesen. El ritual terminaría cuando un grano de trigo tocase el suelo, con el último fiel que no fuera capaz de depositarlos en la bandeja. Entonces se empezó a respirar una emoción inusual, ya nadie salía de la Sala Cúbica, se acomodaban en las gradas como podían. Estaba totalmente rodeado de ellos, todos esperaban el resultado del ritual de sucesión. Los fieles que estaban en la cola se percibían nerviosos, deseosos de que aún hubiese tiempo para depositar su voto y sus granos formasen parte del montón, salvo uno que sabía que su voto sería el último. Sus ropas, que destacaban sobre la multitud roja, parecían desvelar el final.

No se permitía la entrada a nadie más por falta de espacio. Las puertas permanecieron abiertas con infinidad de fieles tras ellas. Me encontraba entre muchos fieles, que aguardaban armoniosamente colmando todas las escaleras. La expectación aumentó. Una fiel madura, junto la balanza, depositó sus granos eligiendo cuidadosamente el sitio. Al décimo grano colocado, sonrió ilusionada y satisfecha. El siguiente era mi amigo Toro, que había marchado varias horas atrás para votar. Con pulso tambaleante, dejó caer con cariño sus granos sobre la montaña más grande: un grano, dos granos... los colocó en la parte superior. Los primeros quedaron clavados con precisión, pero los últimos se deslizaron por la ladera frenando como podían. El noveno quedó justo al borde, y el décimo grano rodó sin sustentación ladera abajo, saliendo de la bandeja y cayendo al suelo. Fue tal el clímax que pudimos oír el golpecito del grano de trigo en el suelo como si de un gran estruendo hueco y profundo se tratase. La voz de mi amigo aldeano resonó potente de la Sala Cúbica del Templo:

—El ritual de sucesión ha concluido. La gran balanza se ha inclinado finalmente, y los fieles han decidido que la labor de sucesor del Maestro Teo recaiga en la obligación que adquirió su consejero. Por tanto, el nuevo portavoz del Templo del Equilibrio será el Maestro Kili.

»Permitidme hablar en nombre de mi amigo: su primera medida como portavoz será nombrar al Maestro Vacu como consejero para que gestione y vele por los fieles del Templo y de la Meseta. Nadie mejor que él, y el grupo que representa preservarán nuestra forma de vida.

Toro no mentía, hablaba en nombre de Kili. Necesitaba a la audiencia para colmar su cometido, y dijo sinceramente:

—Si automáticamente estáis seguros de que sabéis lo que es la realidad y reconocéis lo verdaderamente importante, si queréis operar con vuestra configuración predeterminada, entonces es probable que desesperéis. Pero si realmente sentís al Maestro Lao, habréis adquirido la visión holística para decidir acorde a la conciencia. Entonces sabréis que existen otras opciones en cada decisión de nuestras vidas. Podréis venir con nosotros y el portavoz y enfrentarnos juntos a un final, como el comienzo de lo que salvaguardamos; la otra postura es quedaros en vuestros hogares y entender nuestro cometido unidos al Templo y a todos los fieles. Siempre tendréis en vuestras manos el poder de vivir con un Alma satisfecha, para percibir una experiencia enriquecedora en cada segundo, en comunión con cada cosa o no cosa allí donde os encontréis.

»No necesitamos magia para cambiar el mundo, porque ya tenemos todo el poder que necesitamos en nuestro interior, la capacidad de imaginar un mundo mejor y verlo cumplido con nuestras acciones.

Definitivamente, se había ganado el galardón de mago entre los fieles de las Jorobas. La Sala Cúbica vibraba con el aldeano. Los fieles lo abrazaron con cariño mientras me cargaban para partir junto al portavoz del Templo del Equilibrio.

#### 7.4. El reto en la ruta norte

Nos alcanzó la madrugada como el día anterior, los fieles acarreaban ya algunos días sin descansar. El nuevo portavoz del Templo del Equilibrio volvería a estar ausente, había marchado con una avanzadilla. Generalmente este debía tomar la palabra y transmitir a los fieles las ideas fundamentales de su cargo, o nombrar a sus cargos relevantes, como el consejero. Era la primera vez que algo así sucedía, que un forastero tomaba la iniciativa y otro, en este caso un aldeano, hablaba para los fieles en nombre del portavoz.

Todos desalojaron la Sala Cúbica en calma y sorprendentemente rápido. Cuatro hermanas rojas sanadoras me rodearon, e hice un gran esfuerzo por adquirir la verticalidad. El descanso que encontraba sentado sobre mis piernas cruzadas contrastaba con el esfuerzo de desentumecerlas. Me condujeron a una habitación. El silencio se impuso en la madrugada mientras recorríamos los corredores y patios del Templo del Equilibrio. Fue un paseo lento y meditativo, y tuvimos tiempo suficiente para percibirnos. Noté su sorpresa al valorar mi Ser, tan alejado del mundo pero, a su vez, tan presente. Intentaban ver dentro de mí sin encontrar nada, pero las sanadoras no se alertaron. Sentí a Aurora tranquilizarme. A pesar de ello, las notaba satisfechas, felices, no hacían ninguna pregunta ni entablaban conversación conmigo. Recibí cuidados, masajes para fortalecer mi musculatura, llenaron mi piel con un ungüento que olía a menta, y me dieron una bebida muy nutritiva.

Tumbado en la cama lo percibía todo, como en sueños. Me desperté de noche con sensaciones parecidas a las de mi encuentro con el Lavadero. Me costó ubicarme en el tiempo y el espacio, parecía que ya no despertaría ni dormiría del todo. Había mucho movimiento por el Templo, entraban y salían de la habitación. Por los corredores había un ir y venir sin fin de fieles afanados. Pronto, como si aguardasen mi despertar, pude sentir la alegría de las sanadoras rojas. Me atendieron en la cama, me asearon y alimentaron. Poca ayuda podía aportar yo, sentía mi cuerpo ausente de nuevo. Con esfuerzo, bebí un té sorprendente reconfortante y vigorizante. Habían preparado un mejunje que me daría fuerzas para pasar el día. Pensé que quizás podría ser capaz de hablar, aunque no gastaría fuerzas en ello.

Me pusieron unas vestimentas especiales, preciosas, que pesaban muy poco. Se notaba mucho cariño en su terciopelo rojo, con un reflejo blanco tan intenso que se podían ver ambos colores intermitentemente en función de la luz. Una fiel terminó de coser con la túnica ya descansando sobre mis hombros, impecable. Nadie percibió la recaída física como un trauma, sino más bien como el que llega a su destino. En cambio, mi Ser más empático percibía todo amplia e intensamente. Estaba cerca del Cónclave, la vida tras la vida se estaba agotando, pero no perturbaba mi esencia, más bien la descargaba, liberándola, y eso era exactamente lo que los fieles requerían. Todo el mundo a mi alrededor tenía una tarea en la mente, sabía qué estaban haciendo y qué harían a corto plazo. Estaban ocupados en labores varias, sentía a los fieles plenos y repletos de confianza y serenidad, como piezas de un engranaje perfecto. Todos participaban de un motivo único. Descansé sentado en posición de loto, encontrando la postura paliativa. El tiempo parecía no participar, me resultaba divertido pensar en mí como un icono puramente figurativo.

Toro me sacó de mi interior. Levanté los párpados y, tras cerciorarse de que le escuchaba, mandó abrir de par en par ambas hojas de la puerta. Cuatro de los fieles más corpulentos, que no había visto nunca, entraron en la habitación portando sobre los hombros una plataforma acolchada y tapizada con las telas de la túnica que vestía, que descansaba sobre dos vigas de madera labrada. Todo hacía indicar que era mi medio de transporte. Un tanto ridículo, pensaba mi amigo. La agilidad de los fieles al soltarla y el sonido hueco al golpear el suelo denotaba que no pesaba demasiado. Antes de que me subiesen, Toro me dijo directamente:

—Lao, tomemos como ejemplo el pavo real: todos hemos visto la belleza de la magnífica cola abierta del pavo real. Examinemos los efectos secundarios de tal cola: es pesada, es incómoda, puede ser un obstáculo en particular para la supervivencia. Sin embargo, en ella se esconde un mensaje para todos, una señal: “Aún con semejante cola que me he creado, sobrevivo. Llevo mi gran cola pesada, mira, eso significa que realmente soy fuerte y hermoso. Hay muchas cosas reales en la superficialidad”. No te preocupes, Maestro Lao, el espectáculo durará poco, llegaremos a la Puerta en pocas jornadas.

Sus palabras me acercaron a la causa, entendía su sutil comparación. Incluso esbocé una sonrisa mostrándole mi comprensión, y él se alegró mucho al apreciar que respondía a estímulos. Las manos vigorosas de los portadores me subieron. Mi cuerpo estaba rígido, se negaba a perder su postura de flor de loto, y tal cual me alzaron y me sentaron en la plataforma sobre sus cabezas. Pasearon al Maestro Lao por el Templo del Equilibrio atravesando

todas sus estancias. Un numeroso séquito nos acompañaba, que iba aumentando a medida que recorríamos sus corredores, patios y pasillos. En la Sala Cúbica había muchos fieles esperándonos. Me sentía estable, percibía el cariño de todos, y ya podía ver la luz de la puerta del puente. Al cruzarla, me esforcé por captar con mi vista cansada la imagen del exterior de Templo del Equilibrio y el horizonte de la Meseta. Los fieles se agolpaban junto a nuestro recorrido. Varios carruajes nos acompañaban, los que no se unían a la marcha entregaban víveres, animales, alimentos, ropas, flores, bebidas o buenas emociones. Nos despedían calmados y conscientes, todos nos sentíamos afortunados. Pasamos el zoco y los jardines, aunque las murallas aún impedían que viésemos los campos de cereales, incluso a mí, que estaba más alto. El camino fue para nosotros un baño de amor y entrega. Cargábamos con las esencias de todos, sus esperanzas y las nuestras podían palpase en el ambiente. Algunas despedidas de familiares eran tristes y emocionantes, pero eso daba sentido a nuestro viaje y a sus vidas. Recorrimos el camino entre trigales. Algunos, indecisos al vernos pasar, se afiliaron para acompañarnos al norte. Cuanto más lejos de las murallas, más numeroso se volvía el grupo.

Toro iba siempre junto a mí. Ya a las afueras nos esperaba un campamento con muchos fieles y sanadoras rojas, carros, provisiones y otros enseres. Kili estaba satisfecho por la acogida, por la organización y, aún más, por lo numerosos que éramos. Iríamos a la Puerta, donde nos esperaba Abob con los fieles de la facción de acción. Su idea era aglutinar a cuanta más gente para nuestra causa, mejor. Tardaríamos más porque serpentearíamos por el Andévalo de esta manera para reclutar fieles y mostrar al Maestro Lao. Decía que era muy goloso para cualquiera continuar con su vida tal y como lo hacíamos nosotros, después de lo acontecido, y con el portavoz del Templo en primera línea como bandera. Todo parecía perfectamente planeado. La operativa y la estrategia sobrepasaban mi asimilación, no me inmiscuiría en nada más salvo que tuviera fuerzas para ello y fuera necesario para el bien de mis compañeros. Algunos me percibían como arma empática, dirigiendo a mi Ser una veneración divina que me transcendía en la vida tras la vida más allá de mi conciencia. Me sentía como si habitara en un gran micelio, como si todos formasen parte de sus nexos, que era básicamente en lo que me había convertido. Disponía de todas las motivaciones, ilusiones, sueños, anhelos e intereses de cada cosa o no cosa en la experimentación real, todos ellos como parte de mi Ser, aunque muchas de las emociones teñidas por la mente humana bajo la influencia del Maestro Lao eran disipadas. Podía distinguir con nitidez la verdad sutil de todos y todo, lo efímero y fútil, así como lo que fue, era y sería, allí donde me iba quedando, en un punto entre el mundo tangible y en el que moran las Almas. Los días pasaban por los caminos del Andévalo. Yo no salía de la posición de loto durante todo el día, me encontraba en un lugar donde se me permitiría velar por todos los Seres humanos.

Las sanadoras querían preservar mi vida a toda costa. No aceptaba muchos alimentos, salvo semillas molidas, bebía un delicioso té preparado con la corteza de un árbol que no reconocía, o de raíces amargas, que parecía dotarme de una rigidez imperecedera que me secaba, encerrando una leve vida latente en el interior, la justa para habitar en ambos mundos. Dormía sobre el trono sentado en la posición del loto, cubierto por una estrecha caja de madera que me construyeron, con un solo resquicio para que entrase el aire. Mi cuerpo

necesitaba pocas y pequeñas inspiraciones para respirar, preso de una meditación final con un mínimo de consumo corpóreo. No era una tortura, solo adecuaban mi cuerpo para su cometido. Estas eran medidas paliativas precisas que no pretendían sanar la carne, sino permitir conservar al Maestro Lao. Me ausenté por completo, volcado en mi transformación. Me gustaba pensar en el gran Em en el micelio como parte del valle, o en Heny disuelto en Morgana, como una analogía de mi existencia.

Intermitentemente recuperaba la percepción física, aunque no lo desvelaba. Me encontraba en un gran salón de madera sobre los portadores, con techos altos que filtraban la luz por sus buhardillas. Muchos fieles a ambos lados aguardaban nuestro encuentro. Muchos de ellos de renombre, como Kundo, Abob, para mi sorpresa Ote, el hermano del Gobernador Bigo, el Joven Baro y algún representante del Clan de los Sabios, gente de Origen, y muchos más. Nos recibían como héroes, esperaban las palabras de Kili como portavoz del Templo del Equilibrio, y a los aldeanos junto a él como compañeros inseparables. Dijo:

—Todo ha salido mejor de lo que esperábamos, muchos fieles nos han acompañado, y más aún: los que se han quedado en la Meseta honran y veneran la causa, su aporte es tan importante como el nuestro. Todo gracias a los aldeanos del proyecto Aldea, su guía en esta y cualquier otra vida hará que los fieles siempre caminemos por las sendas propias de la Interpretación. Por favor, Toro, coméntales a los presentes cuáles son las nuevas.

Ambos amigos vibraron reconfortados y se expresaron cariño mutuamente al secundarse en las palabras de bienvenida. Me alegró mucho sentir tan profunda emoción, a la cual me sumaba para los presentes. Ambos focalizaron sus miradas hacia mi persona, sobre los portadores. El foro era diferente al del Templo del Equilibrio o a cualquier otro, los aliados de las Jorobas debían intervenir con sus decisiones. Era obvio que creábamos el futuro. Toro, concentrado y calmado, centrando el tema tal y como había acordado con Kili, focalizó su charla en mí, y dijo para los asistentes:

—El Maestro Lao vuelve a estar impedido físicamente, tal y como era de esperar. Las sanadoras rojas velan por su transformación. Desde su quietud, todo lo percibe...

Prolongó la última frase como si fuera a acabar con algo contundente. Al Joven Baro se le notaba inquieto, con incertidumbre sobre lo que le afectaba como tutor de Aurora. Toro le dio la oportunidad, se calló, y le cedió la palabra.

Baro dio un paso al frente y le dijo, muy seco y conciso:

—Aurora está preparada. ¿Estará preparado el Oráculo también?

Cuanto más alejado del mundo me sentía, más sencillo era percibir el verdadero contenido de todo. Con la pregunta también trasladaba su inquietud e incertidumbre, que Toro cargó en su Ser como su responsabilidad, haciéndose notar en los presentes que los aldeanos disponían de una sola voz. Entonces, Kili lo agarró del hombro, y con un gesto de amor, ambos reconstituyeron su omnisciencia. El aldeano, volviéndose a dirigir a los presentes, dijo despreocupadamente:

—Sí, lo estará.

No pude seguir la conversación, me perdía en el interior de todos. Sentía a cada uno de los fieles como si habitara su conciencia, como estar en el micelio y sentir el valle, las



existencias conectadas como parte de un todo, más físico y sensible que un juego de la mente. Lo percibía todo como un gran organismo vivo. Los presentes focalizaban su preocupación y culpaban a aquellos contra los que luchaban, pero la culpa recaía sobre el propio sistema y las corporaciones gubernamentales. Siempre había oído hablar sobre el Clan Hermano y sus habitantes, pero nunca había tenido la oportunidad de vivirlos de cerca. Ahora era capaz de verlos a través de los nexos con los fieles, mi Ser se expandió hasta los confines de la percepción, y me guiaba al conflicto desde las vivencias de los presentes. Los habitantes del Clan Hermano vivían ajenos a sus Almas, intentando llevar una vida sin dignificación y sin afinidad hacia su propia naturaleza. Con las conciencias invadidas por las mentes, notaba la enfermedad que les consolidaba como sirvientes de un sistema impuesto, definido por aquellos que se posicionaban por encima del resto para amasar poder o pecunia. En muchos casos, ni siquiera con méritos dignos de alabar, más bien por influencias, herencias, extorsiones. Se habían olvidado del Sutil Proceder, sus Almas no disfrutaban de la entelequia que supone experimentar un cuerpo orgánico en este mundo, inmersos en una nebulosa de aspiraciones, dualidades y en la exaltación del Ego. Sus retos existenciales residían en parecerse a aquellos que el propio sistema ensalzaba, mostrándoles como una meta el éxito y la realización personal.

Verdaderamente no podía transmitirles mi gratitud, deambulaban presos de los impulsos y sus sentidos, demasiado centrados en sus vidas y su jerarquía para definir su posición entre otros confusos, como si necesitasen una referencia medible que les colocara entre miembros de su sociedad. Emocionalmente inestables, encontraban el placer a través de los acontecimientos efímeros y sin valor que el sistema les ofrecía. Parecían soñar sus vidas con la certeza de la realidad de estas. Sus Seres, tan apenados como atrapados, aceptaban su mundo tal y como se les había impuesto, carcomiéndose interiormente, desconocedores de sus capacidades para crear la realidad. La enfermedad que sufrían sus Almas penetró en mí, devolviendo algo de fuerzas a mi cuerpo para afrontar el viaje y encontrarme con ellas. Esa sensación me conducía al Maestro Lao, como si siempre lo hubiera sabido: la máxima motivación de la vida tras la vida era sanar a todas las Alma para devolverles la oportunidad de cerrar su ciclo en la experimentación real. Todo lo acontecido, todas las despedidas de las personas queridas, no eran más que un vaticinio de la mía propia. Como un anhelo vino a mí la necesidad de sanarlas, como ya había sentido antes, pero desde otro plano. Confiaba en todos fieles para poder conseguir tal propósito.

Me quitaron la caja que me cubría. Mi respiración no se alteró, me encontraba en otro sitio. No tenía percepción de los días ni las noches, solo reconocía los cuidados de las sanadoras y a mis amigos. Estos me miraron sorprendidos a varios centímetros de mi rostro. Abrí una leve raja entre mis párpados, y vi sus caras contemplándome como el que ve una puesta de Sol, ambos calmados y felices de existir. Tras unos segundos mirándonos las pupilas, dieron un salto felino hacia atrás, asustados. Toro tropezó con la mesa y derramó el té caliente, y Kili cayó ya con las piernas cruzadas sobre un cojín que parecía estar puesto para tal efecto. Emuló mi postura de flor de loto, y dijo:

—Bienvenido, Lao, te estábamos esperando, ¿quieres una taza de té?

Mostré una mueca como sonrisa, y volvieron a mí las sensaciones corpóreas de rigidez. Sentía la piel como cuando eliminas la cáscara de un huevo cocido, y volví a tener hambre. Estábamos solos en una habitación de madera, siempre con un par de sanadoras rojas que me atendían con amor y me daban de comer como si fuera un bebé. Trajeron una bañera que llenaron con agua caliente y sales. En cada roce de los paños húmedos percibía el cariño íntegro y una sensación de divinidad que debía corresponderme. Sentía que Aurora nos cuidaba desde todos los frentes. Desde la desaparición del Lavandero me encontraba en silencio absoluto, aún no había articulado palabra. Aglutinaba fuerzas para poder hablar, expresar nítidamente que estaba dispuesto a intentar sanar a todas aquellas Almas que se habían distanciado de la Fuente, acercarme a ellas, y que sentía el Maestro Lao como un medio emisor para tal fin. Si ni siquiera era capaz de expresar palabras con mis labios, ¿cómo iba a ser capaz de llegar a todas las Almas con este cuerpo casi de madera, inválido? Pensaba que mis amigos podrían interpretar mis emociones y darles forma con sus mentes en la realidad, como una verdadera herramienta práctica para llevar a cabo acciones en la experimentación real. Necesitaba ver cumplido mi objetivo como aldeano, plasmando un plan, y cumplir la Interpretación de Aurora y el nuevo Ciclo.

No hizo falta esperar mucho para ver el camino que debíamos seguir. En la intimidad de la tenue luz de la habitación, el UVI empezó a emitir una luz blanca, intensa y oscilante. Toro, presto, apretó un par de botones desde su pantalla y un holograma de Turk apareció. Se podía apreciar agotamiento en su semblante, podía vernos y oírnos al igual que nosotros a ella. Sus ojos transmitían comprensión y admiración, como si fuera otra fiel más. Mi amigo aldeano, sin duda, emitía amor por ella. Tras saludarnos, dijo:

—El gobierno Lógico ha subestimado el poder del Clan Hermano, las nuevas alianzas al norte de la península han dotado a los funcionarios de equipamientos cada vez más destructivos y persuasivos. Bigo está usando el Orbe para unir a su causa a muchas comunidades muy alejadas de la península, colma de riquezas y poder a sus dirigentes, creando nuevos aliados. Desde el gobierno de Núcleo dirige una gran nación, el conflicto con los fieles ha pasado de ser un motivo figurativo, ni siquiera necesita a Origen para abastecerse de materiales. Este interés que ha sustentado está desviando la atención a los fieles. Pero tras la noticia existe una debilidad que espero que aprovechemos. ¿Qué tal vosotros?

La charla era aparentemente rutinaria sobre la situación del conflicto, pero se estaba mascando algo importante. Toro, inquieto, quería escuchar a su amada, pero en un gesto de auténtico Maestro aguardó para dar voz al portavoz de los fieles del Templo del Equilibrio, que dijo:

—El gobierno de Núcleo tiene un punto débil, que es el propio Gobernador Bigo. Totalmente preso de su Ego, ha quedado consumido en la exaltación del yo. Verse como un Dios cada vez que usa el Orbe ha atrofiado su percepción. Cree que es invencible, pero poniendo a prueba su Ego, podremos derrotarlo.

»Su hermano Ote sigue su campaña y cometido en todo esto, fue desterrado para llevar una vida en Sofópolis y lleva tiempo siendo un colaborador de los fieles, sin ningún tipo de conspiración. Desde su residencia, emite un programa de entretenimiento donde ridiculiza al Gobernador Bigo, mostrándolo a sus habitantes como un débil que será ajusticiado por

sus actos por el verdadero mesías de los fieles. Lleva ciclos predicando la venida del Maestro Lao de la muerte. Ha estado reunido con nosotros para ver a Lao en persona. Grabó un vídeo para mostrar a todos su vuelta, como si de un milagro se tratase.

Turk y Toro rieron contentos. Ella dijo:

—¡Ja! Se está haciendo muy popular entre los habitantes del Clan Hermano. Os mostraré el vídeo emitido.

Se desvaneció la imagen de Turk, y aquel hombre estrambótico que había conocido en la Ceremonia del Equilibrio, vestía ahora una sobria capa roja de fiel del Equilibrio. Junto a él estaba el Maestro Lao, como tantas otras veces, en posición de loto, con aparentes señales de vida. No tenía recuerdos de la escena. Después, las imágenes mostraban una amplia mesa en la que estaban reunidos diferentes tertulianos de Núcleo, claramente diferenciados por su colorido y excentricidades. Jocosamente humillaba las banalidades de los invitados. Todos se reían, los asistentes asimilaban las necias verdades de su forma de vida en clave de humor. Hacía chistes sobre el gobierno y su hermano, así como referencias al Maestro Lao como salvador, el mesías que traería la paz y liberaría al pueblo de Núcleo, retándole a sobrepasar tal divinidad, *retornando de la muerte*, repetía incansablemente dirigiéndose a un ausente Bigo. Muerte que tarde o temprano alcanzaría a todos, dijo también jocosamente: *todo el día con el Orbe a cuestas, parece tenerle más cariño que a otros apéndices de su cuerpo*. Los que aparecían en las pantallas parecían divertirse bastante.

Posteriormente salieron unas declaraciones de Bigo, que seguía portando en su brazo el Orbe, en las que destacaba la condición de desterrado de Ote, y decía que no tomaría otro tipo de represalia por respeto a sus padres, pero que como siguiese difamando, tendría que intervenir bajo la estricta tutela de la ley. Los tertulianos comentaban la declaración con aspectos baladís de la misma: su pose, la ropa que vestía, el peinado, y Ote escupió literalmente sobre un libro que contenía las supuestas leyes escritas. Pensé que un hombre así no debía llevar el título de fiel, ni la capa roja. Era una parodia ofensiva para todos, no entendía sus bromas. Mis amigos rápidamente me percibieron, y Toro dijo:

—Por favor, Turk, es suficiente. Lao, entiendo cómo te sientes, pero Ote no lo hace por nuestra causa, sino voluntariamente. Esa es su participación, y quizás nuestra única oportunidad. Reta a su hermano usando el entretenimiento de los habitantes del Clan Hermano como método de divulgación. Con su parodia, humilla al Gobernador y mantiene el conflicto con su hermano. Su desprecio a su modo de vida y aspiraciones engordan su propio Ego. Es lo mismo en esencia, pero algo menos nocivo. Lo importante es que usa tu figura para mostrar un Ser aún más poderoso que Bigo, inalterable por sus ambiciones. Un modelo alejado de lo que presenta, además inhumanamente renacido, inalcanzable. La veneración que muestra a tu figura le otorga esa superioridad que necesita para enfrentarse a su hermano, no puede obviar un reto de este tipo. Verte vivo de nuevo hará que su Ego decida por él: usar el Orbe no superará la capacidad de vencer a la muerte.

Entonces Turk, enérgicamente, nos dijo:

—Su respuesta no se ha hecho esperar. Bigo ha hecho unas declaraciones esta mañana que me gustaría que vierais, por favor.

Como si se materializase en la habitación ante nosotros, el Gobernador Bigo, frente a innumerables medios de divulgación, dijo detrás de un atril con los símbolos triangulares propios de Núcleo:

—Quiero agradecer a todos los integrantes del gobierno que han secundado la moción: todas las comunidades de la península y del norte de la península están invitadas a participar en una ceremonia de la Unificación, los asistentes serán considerados amigos y aliados. Un séquito de funcionarios diplomáticos del gobierno de Núcleo ha partido esta mañana para entregar en mano la invitación. Me gustaría recordar que el gobierno de Núcleo siempre ha considerado de importancia estas acciones diplomáticas como herramienta de entendimiento entre todos, por lo que, por favor, rogamos la asistencia.

Sus palabras eran seguras y firmes, y mientras hablaba no paraba de acariciar la *pie-dra cubierta de musgo*. Podía notar su apego por el Orbe a pesar de las distancias. La proyección permitía apreciar cada expresión de su cuerpo y su rostro. Bigo continuó:

—Esperamos que nos visiten representantes de la regencia de Origen, la nueva cabeza visible del gobierno Lógico de Tecnos, con los que pretendemos recuperar los tiempos de paz vividos, representantes de las comunidades de las Jorobas y de la Meseta, así como el portavoz del Templo del Equilibrio y, por supuesto, el Maestro Lao. También nos honrarán con su presencia notables nuevos amigos y aliados del norte, ya que sus prósperas comunidades hacen del Clan Hermano la nación más grande del mundo.

Su comunicado contenía un chantaje, el disfraz de amabilidad era desenmascarable trivialmente. Todos lo sentimos como una exigencia que amenazaba con el fin de la tregua, se sobreentendía que no se abriría ninguna negociación posterior ni acuerdo, solo el cumplimiento de determinadas exigencias como la única opción cívica. Buscaba la excusa perfecta para doblegar a todos de una vez, como si de un *curso de alienación* se tratase. Quería ver cumplido su reclamo para mostrarnos su poder. Se hizo un silencio amargo y dubitativo por la incertidumbre evidente de la trampa. Solo Toro endulzaba el ambiente, omnisciente con pleno conocimiento de las normas de la experimentación real, y con confianza en sus pasos sobre la Interpretación. Emitía la felicidad más completa que había percibido jamás, y sonreía al ver cumplidos los planes. Kili le animó a compartir su alegría con todos. No paraban de reír, y no pudieron continuar hablando. Todos nos contagiamos de alegría y esperanza, estaban radiantes y yo desbordado. Gasté todas mis fuerzas acumuladas en compartir físicamente la alegría enseñando los dientes. Me alegraba, al menos, tener la oportunidad de acercarme a tantos Seres de la península en la vida tras la vida. Quería sentirlos intensamente y aportarles paz a sus Almas, podía emitir la verdadera sanación. Esa noche descansamos como niños, motivados por la experiencia de vivir en la que participábamos como creadores. Sin miedo, por no tener apego a existir, sabíamos que avanzábamos a cada paso, dignificados, hacia nuestro sino en la propia experimentación real.

## 7.5. Las calles de Núcleo

El tiempo transcurría, y los fieles seguían uniéndose en nuestro camino hacia Sofópolis. La peregrinación al norte estaba siendo masiva, no se hablaba de reconquista: en

principio, iba a ser una invasión pacífica. Los fieles llegarían a una zona alejada de la periferia de Sofos olvidada por el Clan Hermano que estaba en muy mal estado, donde tenían la intención de asentarse. Pasamos por muchas poblaciones que nos despedían al pasar con respeto y devoción, ofreciéndonos víveres, prendas o cualquier cosa de utilidad. Teníamos acopio para, al menos, un ciclo. Los portadores que cargaban con mi cuerpo tenían espaldas fuertes. No obstante, me aliviaba pensar que cargaban solo un cuarto de mi escaso peso. Solían rotarse cada cierto tiempo, para descansar un hombro, y después se cambiaban todos. Sentían dignidad y orgullo al portearme. En las paradas, muchos se congregaban a mi alrededor con mucha delicadeza. Como si fuera una reliquia sagrada, no me tocaban, pero claramente me sentían. Creían mezclar sus emociones con las mías, pero realmente eran las suyas propias. Todo lo bueno que se le atribuía a mi figura lo encontraban en las suyas por el simple hecho de estar junto a mi Ser.

Estaba sentado en posición de loto, mis rodillas cruzadas, la espalda recta y palma sobre palma. Verdaderamente existía en una confluencia de planos, no distinguía el mundo físico del emocional, ni siquiera el tiempo parecía transcurrir. El alcance de mi empatía llegaba al horizonte, mi realidad era un plano permanente de abstracción. Me concentraba en transmitir a los fieles un mensaje uniforme, aquel que lo captase debía encaminarse rápidamente a su conciencia con las herramientas suficientes para silenciar su mente, para domar al buey. Esa sensación, de una manera incontrolable por mí, les unía a los fieles del Templo del Equilibrio. Esto provocaba múltiples reacciones en los fieles: la asimilación de la Verdad Sutil rápidamente vislumbraba el Camino Integral, y muchos se unían a nuestra peregrinación al norte, ofreciéndose desinteresadamente a otros fieles más integrados y experimentados en la congregación. Otros parecían que acababan de descubrir todo un Universo de emociones que siempre había convivido junto al mundo de las sensaciones, como si hubieran estado ciegos durante todos los ciclos vividos. Tras unos minutos de obturación y transformación del Ser, se erguían plenos y calmados para realizar cualquier tipo de labor o volver a sus vidas. Nos íbamos con la certeza de que siempre apoyarían la Interpretación tras nuestro encuentro. Daba las gracias al Cónclave de Almas y al gran Em por haberme permitido experimentar la vida tras la vida, como un verdadero privilegio y honor, y a mis amigos por guiarme y acompañarme hasta el final.

Sinceramente, no sentía el cuerpo que contenía. Los leves movimientos o muecas no me ocasionaban dolor. Un simple gesto otorgaba una conversación fluida, los fieles portaban mi Alma, y los portadores también mi cuerpo. Miraba a Toro frecuentemente, ambos nos percibíamos como compañeros espirituales. Estaba muy feliz, y miraba al Maestro Lao como un tótem para la unificación, que vibraba y llegaba a todos. Como un ejercicio colectivo, nos concentrábamos en la precisión de las emociones del presente. Entre los fieles era sencillo interpretar los afectos y anhelos de cada uno, la mayoría eran empáticos y sensitivos, habían aprendido a convivir con su mente.

Toro se preguntaba qué ocurriría cuando me topase con las personas que habitaban las regiones del Clan Hermano. Su lejanía a los sutiles procederes, las mentes cristalizadas programadas para tareas y respuestas establecidas por el sistema, sus Egos, su Dios que ocultaba todo lo místico que envuelve al Ser... Dualidad, interpretaciones, tradiciones, cla-

ses, pecunia, deseos, ambición... Sus Almas podrían estar en un lugar inalcanzable incluso por el Maestro Lao, que no podría mostrarles una verdadera comprensión de ellas mismas. Sus dudas aumentaron con la imagen del soberbio y orgulloso Gobernador Bigo, y desde luego con el Orbe. Este último perturbaba bastante a mi amigo. Su omnisciencia no le alcanzaba para ver qué ocurriría, pero sentía esperanzas.

Habían pasado días desde el anuncio de la ceremonia de la Unificación que se celebraría en Núcleo, convocada por el Gobernador para todos los representantes de la península, y a la que de una manera forzada acudirían por temor a represalias posteriores. No era nuestro caso, ya que íbamos de buen gusto. Los fieles no tenían miedo, y menos aún los aldeanos del proyecto Aldea y el exfuncionario portavoz de los fieles del Equilibrio. Estábamos cerca de la Puerta cuando recibimos la visita de un diplomático del Clan Hermano. Se llamaba Arbi, vestía las ropas típicas del gobierno de Núcleo, mucho más sobrias que las que usaban sus habitantes. Nos comunicó que la ceremonia de la Unificación se celebraría en la gran Pirámide, en un par de semanas. El Gobernador Bigo ofrecía un transporte oficial para evitar problemas en los desplazamientos, pues las rutas de levitación continuaban cerradas. Finalmente acordamos encontrarnos en un punto antes de llegar a Sofópolis. Era evidente que el diplomático y el gobierno para el que trabajaba conocían la peregrinación de los fieles al norte. No obstante, parecía no ser un problema para el Clan Hermano. Cuando se despidió de nosotros contenía una multitud de emociones carentes de aprecio, emitía una intensa sensación de falta de respeto y aversión hacia los fieles, a los que desconocía por completo. Intentó otorgarnos la negación y la humillación, como poniendo en duda nuestras capacidades e integridad moral. Bastaron varias falsas palabras para saber que su firme posicionamiento no se había engendrado en su interior, sino que era una consecuencia de vivir en su sistema. Toro me animó a que actuase, y en ese momento hice un esfuerzo por entregar mi verdadero Ser. Empáticamente, intenté llegar a su Alma para sanarlo de esa sensación que contenía. La reconocí con facilidad, era similar al odio, pero implicaba un sentimiento de superioridad. Arbi nos miraba con condescendencia, como si fuéramos indignos de poblar su mismo mundo.

Lo percibí nítidamente, pero a pesar de sentirlo todo, no pude llegar al él. El Maestro Lao, sin efecto sobre el funcionario del gobierno de Núcleo, no sufrió una comprensión reveladora, ni pudo escuchar su conciencia. Mi figura le era repulsiva. Mis amigos estaban pendientes de lo que sucedía. Al marchar se llevó toda esa sensación nociva y ellos respiraron aliviados. No pude sanarlo ni obtener indicio de cómo hacerlo. Arbi me describía como un objeto inútil sobre los hombros de los fieles portadores, un simple elemento decorativo. Toro estimaba mucho el Orbe, sabía que en parte era responsable. Sus reflexiones permitían llegar a una conjunción práctica para obrar en la experimentación real. Como compañeros espirituales, noté su apoyo y su calma, y sentí el aplazamiento de este conflicto para otro momento. Las mentes quedaron silenciadas de nuevo, y el futuro incierto se disipó.

Aceptamos la invitación del gobierno de Núcleo con toda la desconfianza del mundo, la ceremonia de la Unificación era la emboscada de Bigo. Existían riesgos donde algunos mostraban temerosos nuestros finales. Nos despedimos de los fieles sin mucha trascendencia, e intentamos que nuestra marcha no llamase la atención. Nos emplazamos en el punto

de quedada y, como si hubiera sido un parpadeo de tiempo, nos encontramos recibiendo a la comitiva que el gobierno de Núcleo había preparado para nosotros, liderada por el diplomático Arbi nuevamente, serio y soberbio. Los funcionarios que le acompañaban no dudaban ni un instante en acatar sus órdenes. Los fieles porteadores me depositaron en el suelo, con un par de sanadoras rojas siempre a mi vera junto con mis amigos. La cara del funcionario cambió al ver bajar de los cielos un vehículo de Tecnos, y se pusieron a la defensiva sacando sus armas. Turk bajó y le dio un sentido abrazo a Toro que nos llegó a todos. Nos acompañaría en nuestro viaje con los funcionarios del Clan Hermano, invitada a la ceremonia de la Unificación como líder del gobierno Lógico y hermana de los fieles. También traía consigo una plataforma de levitación circular, semejante a las que utilizaban en la Asamblea, pero a una escala suficiente para portar a un hombre en posición de loto. Me alegré mucho por los porteadores, que me colocaron sobre ella para que quedara a la altura de las cabezas de mis acompañantes. Su desplazamiento fácil lo controlaba una especie de pulsera que se puso Kili en la muñeca, para que yo lo siguiera a todas partes.

Todos habían oído hablar del evento, por el boca a boca o por medios de divulgación. Entre los fieles no se estilaba usar las pantallas, pero cuanto más al norte nos encontrábamos, algunos hogares o locales comerciales sí disponían de las mismas y, por supuesto, una versión reducida que portaban a todas partes consigo, pasando la mayor parte del tiempo perdidos en ellas. Ote llevaba días criticando la copia de la ceremonia de Unificación, comparándola con la ceremonia del Equilibrio en la Sucursal de Origen, y proyectando imágenes de todos nosotros, mucho más jóvenes. Por lo visto era el tema más recurrente entre los habitantes de Núcleo, se había convertido en una moda cada vez más desagradable. Su programa tenía mucho éxito. Bigo estaba siendo muy transigente y respetuoso con los acuerdos, incluso con los millares de fieles que iban a Sofópolis con intención de conquistar el territorio. Parecía no importarle, intentaba mostrar bondad y respeto por los demás. Al menos, hasta la ceremonia de la Unificación. Sin duda, Tecnos era el enemigo más peligroso para el sistema, aunque sabía que era una sociedad pacífica y sostenible, lo que le otorgaba una clara ventaja a largo plazo en el conflicto.

Desde el cielo estábamos escoltados. Entramos en un vehículo de transporte oficial muy grande sobre ruedas, cabíamos sobradamente de pie. En su interior había una gran sala con asientos pocos lujos, pero siempre disponible la visión de una pantalla con algún video en curso. Solo entró con nosotros al interior el diplomático Arbi, que amablemente nos ofreció acomodo. Un trío de funcionarios iban en la parte delantera. Disponíamos de algunas ventanas para ver el exterior, pero estaban sucias. Kili intentó abrir una y lo consiguió con dificultad. Había estado en sitios más sucios, ese no era el problema. El ambiente parecía agrio con la atenta e incómoda mirada del diplomático. Las primeras horas estuvimos en silencio, cada uno de mis amigos reflexivos y calmados, concentrados en el futuro inminente: su visita al Clan Hermano.

En la primera jornada, recorrimos una extensa longitud en dirección oeste, que estaba despoblada. La noche cayó, pero el vehículo no se detuvo, no necesitaba descansar. Todos los acompañantes dormían con sus cabezas balanceándose en los asientos incómodos. El Maestro Lao siempre descansaba sobre la plataforma, no necesitaba casi ni alimentos ni

líquidos, mi cuerpo simplemente yacía sentado. En la oscuridad empecé a ver todo el litoral cubierto por plásticos que brillaban en su superficie como un mar sobre la tierra. Era una sensación angustiada, tanto, que desperté a Toro. Se acercó y me comentó que eran las industrias de alimentos: sobreexplotaban las plantas con químicos y estados ambientales para un crecimiento rápido y forzado, barato y productivo. Estaban gestionadas por la corporación del gobierno de Núcleo, y resultaban mucho más baratos que los alimentos de las huertas. Con la llegada del alba, la carretera se hizo mucho más ancha, y se sumergió entre los plásticos a ambos lados. Podía sentir la brisa del mar no muy lejos, pero inalcanzable a la vista. Cada cierto tiempo, alguno de mis amigos se sentaba junto a mí y charlaba conmigo, aunque por supuesto sin esperar respuesta oral de mis labios. El diplomático Arbi no entendía tal proceder, sentía que era hablarle a un muñeco.

Gran parte de la mañana compartimos el camino con maquinaria agrícola y vehículos enormes de pasajeros, que vertían un humo negro por su parte trasera. Los trabajadores eran transportados de pie, casi sin espacio para respirar. Miraban al suelo con la mirada perdida, los descargaban en un punto y varios funcionarios pronto les asignaban tareas. Se metían entre los plásticos en cuyo interior crecían las plantas. O eran negros de piel o la tenían muy curtida por el Sol. Había mucha gente trabajando en las industrias de alimentos. Cada cierto tiempo aparecían localidades dormitorio y fábricas que aún no formaban parte de la Megalópolis, como se conocían los alrededores de Núcleo. Mis amigos me hablaban de ella abrumados y con algo de miedo. Llegaríamos al día siguiente.

Con la llegada del nuevo día, pudimos ver cómo el mar de plástico dejaba paso a edificaciones de hormigón. Era el material más funcional y abundante en el entorno. Las dimensiones sobrepasaban los límites de las construcciones humanas: una vasta superficie de infraestructuras de infinidad de tipos, en vez de tierra verde y árboles. Otro tipo de vida gris y humana poblaba la región, todo tenía un uso exclusivamente definido para la utilidad del hombre. Los pocos animales que se veían, deambulaban mendigando algún favor humano que les alimentase. Olores apestosos llegaban desde fuera, como si estuvieran cocinando heces. Pasamos toda una jornada de viaje entre edificios, sin atisbo de vegetación. Los caminos se hicieron angostos y serpenteantes. De madrugada, llegaríamos a Núcleo, ya podíamos verla en el horizonte iluminada: una descomunal extensión que lo ocupaba entero, compuesta por un gran conglomerado de altos edificios que nacían de suburbios superpoblados y de chimeneas industriales que escupían fuego y gases. Entramos junto a innumerables vehículos. Los hogares de miles de personas compartían espacio con muchísimas luces y ruidos para captar la atención. Todo estaba iluminado, el aire de las calles estaba viciado, lleno de contaminación de diferentes combustiones y vapores pútridos. Las personas se trataban violentamente, con un ruido ensordecedor de una vida decadente. Todo estaba invadido por publicidad de diferentes negocios, con carteles estridentes sobre la penumbra. El brillo incisivo te forzaba a ojearlos, era casi el único instante en que despegaben sus miradas de las pantallas. Mirábamos por las ventanas, sorprendidos. Los Seres estaban sumergidos en un modo de vida alejados de lo que sus Almas ansiaban, un cambio oculto en un lugar donde casi no podían percibir sus interiores. La actividad de Núcleo era igual de noche que de día, no descansaba.



El tránsito era caótico y turbio, la sociedad era el resultado de la convergencia de sus propias interacciones, llenas de vehículos para desplazarse sin perder tiempo. Disponían de tecnologías imposibles, carentes de utilidad, a veces ni siquiera confortables, y de muchos objetos innecesarios que lucían con orgullo. Los miles de carteles destellantes donde se anuncian todo tipo de mercancías les recordaban cómo ser felices. La pecunia lo envolvía todo, era inherente a todos ellos como referencia para valorarlo todo. Incluso el afecto se podía comprar, en locales donde se intercambiaban favores sexuales por pecunia. Unas señoras embutidas en plástico dorado golpearon la ventana del vehículo. Al diplomático le gustaban todas.

Grandes edificios de una volumetría funcional, de cilindros y de pirámides truncadas, emergían sobre las cubiertas de otros edificios, todos colonizados por el gobierno de Bigo y abanderados con sus símbolos identificativos de las corporaciones de Núcleo. Además de gran parte de los alimentos, gestionaban otros recursos básicos para la supervivencia de los habitantes, como el agua y la energía. Pagaban el precio que el sistema necesitase para proseguir en impuestos sobre su consumo y vida en general. Kili comentó que costaba más pecunias un litro de agua que unos zapatos, pero yo no entendía qué quería decir.

El elemento central y referencia del gobierno de Núcleo se erguía sobre el propio núcleo. Era la gran Pirámide, cuya base era el cielo de gran parte de la población, pues millones de personas vivían bajo sus cimientos. Toro decía que era la construcción más grande jamás edificada en el planeta, aunque pensaba que el M8000 era más grande. El ancho del vehículo circulaba con dificultades debido al abarrotado tránsito de gente a pie, o en vehículos más pequeños. Se peleaban por pasar a gritos e insultos. Tras un brusco frenazo, paró, aunque en mi plataforma no se advirtió. El diplomático Arbi dijo:

—Por favor, acompañadme a vuestros aposentos, iremos andando desde aquí.

Mis amigos bajaron de un salto, y mi plataforma parecía saber adónde encaminarse, tras la espalda del portavoz. Sinceramente, no llamaba la atención entre la multitud tan dispar. Levitaba hasta estar a una altura propicia del suelo. Como escoltas tenía a un par de sanadoras rojas que, totalmente encapuchadas en sus capas rojas, me transmitían paz. Aparentemente, mi cuerpo no gozaba de actividad. Me esforzaba en usar los ojos de vez en cuando, aunque realmente mi percepción no cambiaba, porque era sensible a toda la información del entorno. A escasos metros, entramos en el hotel donde pasaríamos la noche, habían cerrado el edificio entero para nosotros. Arbi pensaba que eso era todo un privilegio. Nos sorprendimos cuando el diplomático nos comunicó que dispondríamos de libertad durante lo que quedaba de día para conocer Núcleo. No obstante, al día siguiente, un vehículo oficial nos esperaría a la hora indicada para llegar a tiempo a la ceremonia de la Unificación, por lo que debíamos descansar. Arbi, al despedirse, dejó una cuadrilla de funcionarios en la entrada del edificio, que velarían por nosotros y estarían a nuestra disposición. Esperaron allí mientras acudíamos a las habitaciones con la intención de asearnos. Subimos a la última planta en un amplio ascensor. Resultó ser una planta entera con habitaciones individuales y zonas comunes para encontrarnos.

Estaba impactado, tanto como me era posible, por las Almas de los habitantes de Núcleo, anexadas a la hostilidad como forma de vida. La urbe parecía haber afectado a mis

amigos, que estaban tensos, más tensos de lo que podía recordar. Turk y Toro empezaron a enfrentar ideas sobre qué hacer. Toro marchó enfadado a su habitación, y todos hicimos un inciso. Kili me llevó consigo a su cuarto, con Turk. Al rato, el aldeano volvió más tranquilo, portando comida y té. Cuando sentía que me despertaba, escuchaba sus posturas. Turk estimaba que lo recomendable era quedarse en el hotel y preparar las estrategias de las intervenciones en la ceremonia de la Unificación; Toro se inclinaba por aceptar la invitación de Bigo a conocer las calles de Núcleo; Kili estaba junto a mí, mientras acariciaba mi cabeza despoblada. Su mano me ayudaba a conectarme a la vida. Para Turk era la primera vez que salía fuera de la Cúpula, estaba muy alterada, y Toro intentaba calmarla. Entonces, mi amigo dijo:

—¡Por favor, Turk...! Tranquilízate... reflexiona... Nosotros saldremos, necesitamos mezclarnos con las esencias de los habitantes de Núcleo si queremos ser precisos. Debemos probarnos y captar sus Almas... Saldremos ahora mismo. ¡Vamos, os espero abajo!

Toro se levantó bruscamente, sin invitar a Turk. Estaba ansioso por que todo concluyese acorde con lo que quería, aunque aún dudaba sobre cómo lo conseguiríamos. La Interpretación de Aurora se establecía a medida que acontecían los sucesos, pero estos debían llegar finalmente. Kili le dio un sentido abrazo a Turk y le susurró palabras de ánimo y comprensión, pero también justificó a su amigo. Esbozó una sonrisa y me puso un pañuelo de cuadros de colores psicodélicos que me cubría en buena parte, y un sombrero de pastor del que salía un pelo largo negro. El remate fueron unas gafas oscuras, que sorprendentemente parecían dar luz a mis retinas. Al encontrarnos en la entrada, Toro estaba preparado. Al verme, no pudo evitar carcajear tanto que los funcionarios también rieron, ridiculizando mi indumentaria. Cruzaron la puerta tras nosotros, con intención de seguirnos.

Caminamos sin rumbo establecido por las arterias y calles sucias. La infinidad de estímulos les hacía imposible centrarse en los detalles. La muchedumbre circulaba por Núcleo envuelta en una fabulosa nebulosa carente de vida. Vapores salían del suelo y de los vehículos, que llenaban todos los recorridos. La gente que iba de un lugar a otro no se miraba entre sí, y si lo hacían, era para desafiarse. Sin esfuerzo, reconocía a sus Seres y sus Almas deprimidas y extremadamente tenues, pero no alcanzaba a tocarlos emocionalmente ni a llegar a sus Seres para intentar mostrarles su verdadera comprensión de ellos mismos. No era un lugar idóneo para fomentar la comunicación empática. Sus habitantes, sometidos a diferentes estados de conciencias alteradas por sus rutinas alejadas del sutil proceder, sumidos en la dualidad, actuaban como baremos que referenciaban a las personas con un supuesto valor. El tiempo se les esfumaba en cada exhalación de existencia, el Ego y la mente dominaban sus calles, definiendo las reglas que regían sus vidas y convertían a la urbe en un lugar inhóspito, solitario y deprimente. Solos, rodeados de multitud, parecían no conocerse los unos a los otros. A pesar de compartir mesa para comer, no eran capaces de compartir ninguna experiencia, las Almas parecían no encontrarse.

Algunos se sorprendían por la tecnología de levitación que me portaba, aunque muchos nuevos productos llegaban a diario a sus vidas para mostrarles una aparente necesidad con la intención de incentivar su compra. Por ello, simplemente pensaban en cuándo podrían ellos tener uno. Pude ver una escena entre dos jóvenes enamorados que se

encontraban para una cita: el beso que se dieron fue como un alivio para mi Ser, toqué con claridad las verdaderas emociones del Alma. Entonces, la pareja, sorprendida, se giró hacia nosotros con los ojos abiertos, como síntoma de una grata sorpresa. Sin poder evitarlo, la curiosidad los atrajo hacia nosotros. La chica, con el cuerpo pintado por hermosos dibujos y ropa ceñida negra, dijo:

—Tú eres el Maestro Lao, del que tanto habla Ote en su programa. Vaya, si es verdad, eres auténtico... ¡joder! Deja que nos hagamos una foto.

La chica, alegre, le dijo a su novio:

—*Te lo dije, ¡joder! No me crees nunca, ¡te lo dije, joder!*

Entonces sacó su pantalla del bolsillo, se la dio a su amado, que estaba entre Kili y mi plataforma, y una luz me obligó a cerrar los ojos. La chica miró la foto y, muy irritada, le gritó a su amado:

—¡Joder! Gilipollas... es el otro, el de la plataforma, no el monje de rojo. Serás... ¡joder!

La trifulca despertó la curiosidad de varios transeúntes más, así que nos escabullimos por un callejón siniestro. Toro no paraba de analizar todo lo relacionado conmigo, como una fijación constante. Notaba su ayuda, valoraba mi impacto en ellos. Pero ni mucho menos les otorgaba la iluminación que los fieles gestaban con mi figura.

Aparentemente, los habitantes de Núcleo tenían un fuerte carácter ecléctico en su diseño social como individuos. Todos trataban de reunir puntos en común, procurando conciliar los valores, ideas y tendencias que mostraban como parte de algo. Pero esto era una superficialidad para distinguirse los unos de los otros, generalmente con elementos decorativos o aficiones comunes baladíes; eran el resultado de un sistema que necesitaba nutrirse del consumo innecesario, creando esa necesidad de distinción para venderles algo, algo que posiblemente no necesitaban. Sus calles nos mostraban diferentes etnias claramente reconocibles. Los habitantes oriundos del Clan Hermano creían ser muy diversos y originales, distinguiéndose por patrones establecidos por la moda de aquellos pensantes que establecía un mercado en torno a la necesidad de definirse como tribu. Miraba los encuentros recorriendo todas sus vidas, me ofrecían un conocimiento de su sociedad que me entregaba todas las sensaciones necesarias para sanarlas. Nos dirigimos a un lugar de esquina para sentarnos a tomar algo. Los funcionarios, razonablemente apartados, pidieron en el mismo establecimiento, y nos brindaron un saludo que llevaba implícito su presencia. Pidieron un batido de frutas insípido, no entendía por qué había que batirlas. Kili estaba preocupado, parecía que esperaba que mi presencia en Núcleo revelase algo. Sus pensamientos llegaban a mí y me recordaban mi cometido. Toro nos dijo:

—Aquí en Núcleo, los habitantes se nutren de otro tipo de comunicación. La información que prevalece es la captada por sus sentidos, y esta se interpreta para definir al otro según su educación, sus vivencias, dogmas, percepciones y referencias externas a su Ser. Nuestra cualidad más contundente está en comunicarnos con las personas emocionalmente, hemos de esperar el momento preciso para llegar a ellos.

Las contundentes palabras de Toro tranquilizaron el corazón de Kili. El silencio solo se produjo en la mesa, pues el ruido de la urbe estaba siempre presente. Seguimos apreciando el entorno, escuché algunas conversaciones. Todo giraba en torno a sus expectativas,

con referencias a la pecunia para cumplirlas. Sus modos de vida estaban definidos por el capital, colmados de sueños baladíes, conviviendo en un área sobrepoblada que hacía difícil respirar. Alejados de la naturaleza, las Almas de todos ellos estaban cautivas, no conocían nada más allá de su nariz. Pocos veían saciadas sus aspiraciones materiales, y aquellos que lo conseguían eran elevados banalmente a un altar para su veneración como modelos a seguir, se lucían por la urbe como pavos reales. El cénit de las aspiraciones estaba personalizado en el Gobernador Bigo y otras figuras influyentes que aparecían en sus pantallas. Sus habitantes los miraban con gran admiración y deseo, sin dudas cambiarían sus vidas por las de sus ídolos de las pantallas. No había mérito en ello.

El ambiente melancólico agravaba los contrastes de la urbe. Las clases bajas, los pobres, aquellos que no podían aspirar a salir de sus vidas, enmarañados en una red de esperanzas casi inalcanzables, luchaban por darles una mejor suerte a sus descendientes. Los ricos solo sentían paz cuando se veían cumplidas sus expectativas sobre sí mismos, o a costa de elevarse por encima de los otros. El verdadero respeto de los semejantes se adquiría con pecunia y divulgación, como una propaganda de ellos mismos. Se anunciaba en gigantescos carteles publicitarios la esperanza de un mañana mejor con la unión al gobierno. Gran parte de la población se estaba convirtiendo en funcionarios que disponían de un salario escueto, pero con todos los gastos pagados para las innumerables labores de expansión, producción y consumo del sistema. Era una opción sencilla y plausible para ganarse la vida. Pensé que el espacio urbano reproducía los códigos insistentes del mecanismo del sistema. Había innumerables tiendas de todo tipo de artículos a la venta para el consumo masivo, donde no existía mayor ley que la del capital, la venerada y ansiada pecunia. Verdaderamente no había una identidad social entre sus habitantes, el único denominador común era la pecunia que fluía de mano en mano entre personas transformándose en bienes, en su mayoría, inservibles para un aldeano.

La oscuridad de sus calles a plena luz del día imponía una noche perpetua. Las sombras de los edificios impedían ver el cielo, los vapores de las vidas de sus calles dejaban sucios olores tras ellos, demasiada hostilidad para poder conectar con sus interiores. Miré a través de las ventanas de los negocios, y los espacios interiores resultaron ser una continuidad de los exteriores: densos, llenos de sombras y de luces brumosas, angostos y siempre insuficientes, colmados de decoración que hacían referencia al carácter consumista del propio sistema. Todos solían evadirse viendo las pantallas grandes y pequeñas con programas de entretenimiento y divulgación, publicidad y demás, generalmente noticias oficiales en las que se alababa la labor del gobierno, grandes triunfos más allá de las fronteras del Clan Hermano, nuevos éxitos tecnológicos o entretenimiento y publicidad. No había descanso para la mente, que debía estar ocupada con algo en todo momento. Cada producto disponía de una gama apta para todos los bolsillos, decían. Solían aportar un símbolo de estatus en función del precio que habían pagado por el producto que, en esencia, ofrecía lo mismo.

Anduvimos muchísimo, y volvimos al hotel muy desmoralizados. El paseo nos había permitido diagnosticar el problema de su sociedad que ellos mismo nos ofrecían, pero parecíamos no ser el medicamento oportuno para sanarlos. Llegamos desbordados y muy lejos de todos los habitantes de Núcleo, desconcertados frente a la ceremonia de la Unificación.

El Ser volvía a dudar. Ni los aldeanos del proyecto Aldea, ni el portavoz del Templo del Equilibrio sabían qué debíamos hacer al día siguiente, donde no podríamos eludir nuestro destino. En la entrada se agolpaban muchas personas de diferentes medios de divulgación que, posteriormente o en el mismo instante, retransmitían por las pantallas. Kili saludó sin pasión a Ote que, extravagante, vestía las ropas de los fieles con muchos complementos muy raros y sin funcionalidad. Me sentía fluir a través de una gran luminosidad que me alejaba más aún del mundo físico. Lo percibía todo con nitidez, multitud de Seres impenetrables para mí, tantas Almas amontonadas indistinguibles, un océano de emociones cautivas por el sistema y su realidad. Solo compartía con mis amigos profundamente, los sentía como si habitara en ellos. Sin articular palabra, Turk nos abrazó a cada uno de nosotros pidiendo disculpas sentidamente, y nos proporcionó la calidez necesaria para descansar aquella noche en un sitio que nunca dormía.

### 7.6. La Ceremonia de la Unificación

Era una habitación alta, pero no lo suficiente como para poder ver un rayo de luz entre edificios al alba. Solo se intuía el amanecer por la sensación de que un día nuevo acontecía en nuestras vidas. El aire que entraba por las ventanas era algo más descargado, pero seguía oliendo sucio. Yo no lo notaba entrar ni salir de mi cuerpo, estaba rígido sobre la plataforma, levitando cómodamente. Las sanadoras rojas me asearon y, con respeto, vistieron mis carnes. La capa que me cubría entero hasta la frente llevaba todo el peso del Clan de los Sabios, las Tres Columnas brillaban en la espalda. Curiosamente, no me vistieron de rojo. Sentía que la había llevado siempre, como si se hubiera forjado conmigo desde que Aurora me la regaló. Kili se engalanó con la capa roja del portavoz del Templo, indistinguible de la de cualquier otro fiel de la Meseta. Se sentía como el legado de Teo, se sentía su consejero. Sus telas estaban gastadas y descosidas por la parte inferior. Toro y Turk se mostraban calmadamente profesionales, concentrados, habían recuperado la compenetración. Sus ropas ceñidas no parecían incomodarles.

Trajeron un gran desayuno en cuanto a cantidad, pero todos comieron lo justo. Toro decía que el Gobernador Bigo quería replicar lo ocurrido con el Maestro Lao en la ceremonia del Equilibrio, y que intentaría someternos con el Orbe. No había ni pizca de tensión en ninguno de mis amigos entregados al devenir. Tras un par de golpes en la puerta, Arbi nos saludó y nos invitó a acompañarle hasta entrar en el vehículo que nos llevaría a la ceremonia de la Unificación. A pocos metros de la puerta de entrada al hotel, los funcionarios tuvieron que abrir hueco entre las personas que esperaban nuestra salida, que nos apuntaban con sus pantallas y nos cegaban con estridentes luces, preguntando a gritos cuestiones poco vinculadas con nosotros. Realmente no entendíamos qué estaba ocurriendo. Mis amigos se sentaron, y a mí me pusieron en la parte trasera, junto a Kili, que llevaba puesta la pulsera para que mi plataforma le siguiese. Arbi y el conductor iban situados al frente, esta vez en un espacio más reducido, y otro nos abría paso guiándonos. Al doblar la primera esquina, la urbe se volvió a mostrar decadente. Tardamos mucho en llegar, avanzábamos lentamente entre el sinfín de transeúntes a pie y vehículos agolpados. Un

caos se había apoderado de la circulación. El conductor parecía agobiado, en cambio, en nosotros reinaba la paz y la armonía. La estrategia había llegado a su fin, y mis amigos parecieron entenderlo.

Kili recordaba sus vivencias con el Maestro Teo, la época feliz que compartió con Aurora. Después, la responsabilidad concilió la conversación, tornándola en sutil. Turk, muy despreocupada, preguntó:

—¿Qué harían un día como hoy el Maestro Teo y Aurora si estuvieran en nuestra misma situación?

Esbozó una sonrisa. Toro, en el espacio angosto del vehículo, golpeó su hombro contra el de Kili, animándole a seguir. Entonces, el portavoz de Templo dijo:

—Humildad y un gran sentimiento de insignificancia es lo que produce intentar describir la Interpretación de Aurora. El ciclo ha de cerrarse, pero no a cualquier precio. El Equilibrio llegará a todos los fieles y a todas las Almas de la experimentación real. Hay múltiples interpretaciones en cada individuo, todas alineadas en un destino común. Pero para lo que acontece en el presente, no hace falta conocer con tal precisión la Interpretación, basta con saber que obramos de acuerdo con ella. Hoy, humilde y respetuosamente, nos dirigiremos a los habitantes de Núcleo con la única intención de ayudar a un acercamiento a esta gran verdad que sentimos en nuestros Seres. Les invitaremos a crear un nuevo paradigma con su participación sincera y armonizada como partes de un todo, sostenibles y respetuosos con cada cosa y no cosa de la experimentación real. Siento que esa sería la postura de Teo y Aurora. Recuerdo todas sus palabras, recuerdo sus conversaciones con los fieles del Templo, sobre los aldeanos, sobre el Maestro Lao...

Se dio la vuelta en el asiento como si le sobrara espacio, acercó la parte superior de su cuerpo hacia mí, besó mi frente y, con las dos manos, me agarró las mejillas. Miró mis ojos cerrados, y me transmitió con cariño todo lo que alguien podía entregar de forma sincera:

—Sobre ti, amigo Lao... Maestro Lao... sé por qué estás nuevamente entre nosotros. Todos los fieles de Templo creemos en ti.

Volví a notar algo de aire transitar por mis pulmones, y su sonido llamó la atención de mis amigos, que parecían animarse con mis pocos gestos de aparente vida. En la parte delantera, el diplomático no perdía palabra en sus oídos, pero a mis amigos parecía no importarles. Turk preguntó:

—¿Y qué opina Totoro, aldeano del proyecto Aldea?

Debía contestar sinceramente, de una manera plausible y verdadera. Mi compañero inseparable nos dijo:

—Nada debería ser forzado para ver cumplida la Interpretación. La implicación de cada uno tiene que ser plena, definida por la conciencia habitada por sus Almas, como otro estado de la materia que ha de comprenderse en la experimentación real. Solo así los Seres empáticos poblarán el mundo. La proyección humana de ese posible mundo guiado por el Sutil Proceder ha de presentarse como alternativa realmente existente para todos. Los presentes en la ceremonia de la Unificación deben situarse en

una abstracción libre de tiempo y espacio, libre de dualidades y Ego, libre de las mentes y conflictos, dejando simplemente el Alma como elemento de interacción en esta experimentación real, desprovistos de armadura para su enfrentamiento con su Ser sincero.

Toro me mostró su cariño, reconocí a mi compañero espiritual nacido y crecido en el mismo hogar. No había tiempo para perder la atención hacia sus palabras, que brillaban como las de un Ser evolucionado:

—Pronto, todos los asistentes de la ceremonia de la Unificación percibirán las insuficiencias del orden existente, y de ellos como parte del sistema. Esto ha de permitirles encontrar su aporte a la Interpretación, como un fin que habrán de conseguir en el curso de la evolución humana hacia un mundo sostenible y equilibrado en las más amplias de sus interacciones físicas y emocionales.

*»Los que dispongan de las mentes más cristalizadas y estén apegados rotundamente a su propia existencia, presos de la intensidad emocional, podrán reconocer sus Almas al impactar con sus conciencias en un largo letargo. Deberán dedicar un último esfuerzo a vencer sus vínculos con la realidad, sus mentes intentarán imponer por todos los medios la idea de que ese posible mundo no puede existir en ningún lugar más allá de los sueños de quienes lo imaginamos, los fieles del Templo del Equilibrio. Obviarán que la supuesta fantasía es una realidad tangible, ridiculizarán el mundo armonioso, más justo y feliz para todos, rechazarán su participación como creadores amparándose en la propia condición humana que impide esa posibilidad como consecuencia de su inevitable desarrollo. Reforzarán sus apegos a la experimentación real, y esto les posicionará junto al sistema. Focalizarán y unirán sus esfuerzos con el Gobernador Bigo y el gobierno de Núcleo, delegando en ellos sus vidas, para que gestionen esa cualidad innata del Ser humano que nos impide aspirar a ese mundo que solo es un sueño, y volverán a sentirse acunados y protegidos, abrigados por la fácil comprensión de la vida...*

Su preámbulo pesimista no imponía un final, solo pretendía anticipar cómo se sentirían los asistentes para valorar a qué nos enfrentaríamos. Continuó:

—Intentaremos doblegar el bastión que simboliza su sistema, el Gobernador Bigo caerá en su propia trampa y entonces todos entrarán en un colapso emocional relativizando y reordenando las prioridades de su existencia. Sin figura en la que delegar su futuro y su moral, podrán reconocerse nuevamente. Entonces, todas las Almas sanarán, viéndose cumplidos la Interpretación de Aurora y el cierre del Ciclo.

Las palabras de Toro venían de su interior, donde ya habitábamos todos. Los sentía a ellos como parte de lo que siempre había escuchado en mi conciencia, el Cónclave. Sus palabras quedaron impregnadas en nosotros adelantándose a la ceremonia de la Unificación. Sentí un hormigueo por mis piernas que cargaban el peso de mi enclenque cuerpo. El recuerdo a mi persona física y real fue un estruendo para mi carne: desde el oído se estaba desentumeciendo todo el cuerpo. El diplomático Arbi hizo notar una carcajada despectiva, insultándonos y despreciando nuestras vidas. Estaba preocupado por la tardanza, nervioso por el retraso. Todos sufrían el estrés de la urbe, llegábamos tarde.

Nada podíamos avanzar entre la muchedumbre que llenaba todo lo que nos rodeaba en los accesos verticales a la Pirámide, casi ni avanzábamos. La actividad en el centro de

Núcleo siempre era frenética, pero aquel día nadie quería perderse la fiesta de la ceremonia de la Unificación. Nos paramos frente a una pared que, a diferencia de otras, era transparente y crecía angularmente desde el suelo. Comenzamos a subir ganando altura, y sobrepasamos las cubiertas de los grandes edificios. Toda una plataforma se elevaba trasportando vehículos y personas para acceder a la Pirámide. Más que un edificio, era una población en sí misma. Ascendíamos oblicuamente por una de las vértebras del triángulo de cuatro caras. La luz del Sol no tenía más obstáculo que atravesar la densa atmósfera sucia para relucir pálidamente en su superficie, que encerraba toda la actividad del gobierno del Clan Hermano y sus corporaciones.

Varios alborotadores se enfadaron porque la plataforma no paró en unos de los pisos inferiores de entrada principal a la Pirámide, que estaba bastante alta, y los funcionarios pronto los silenciaron a golpes. La plataforma paró, recorrimos con el vehículo un trecho por el interior de la Pirámide, nos apeamos, y quedamos quebrados por la magnitud del colosal edificio: calles, más vehículos, plazas, establecimientos... como si toda una comunidad viviera sobre Núcleo. Las diferencias eran tangibles con respecto a la sociedad que hasta ahora habíamos conocido. La publicidad escaseaba, y el decorado era más sobrio. Un gran espacio comunicaba el sinfín de estancias a diferentes niveles, y todo parecía estar más limpio y ordenado.

El interior de la Pirámide contenía a las mejores castas de la sociedad, la vida fluía con aromas imperiales, ajena a la pobreza y frustraciones de los habitantes de Núcleo. Estaba totalmente invadida por el individuo de los dirigentes del gobierno y empresarios, que jugaban al juego de los yoes intentando que no se les olvidase respirar. Estábamos en el centro neurálgico de la mente del Clan Hermano, el hogar del sistema donde la pecunia había sido inventada para medir el éxito y el poder; todo se interpretaba y diseñaba entre sus muros por parte de los Seres que hacían uso de la infraestructura. Los Egos vestían las mejores carnes humanas. Las expresiones siempre escondían elementos sinceros en las comunicaciones. Como una antesala, se posicionaban frente al otro con un análisis establecido del sistema, reconocían semejanzas y poder, valores y triunfos. El sistema definía al uno frente al otro, a una sociedad clasista forjada con intención. Sus Egos ciegos perseguían sus propios intereses, y pronto entrarían en conflicto con los de otros. La pecunia era venerada como sistema de acuerdo entre problemas, objetos, servicios, tratos, guerras, planes. Los Seres eran simplemente la pecunia que podían acaparar o manejar, todo fluía como nexos de una sociedad definida. El sistema había convertido al Ser humano en un instrumento para el fin de su propio creador.

Avanzábamos sumergidos en el espectáculo del interior de la Pirámide, que era un laberinto. Pasamos por diferentes edificios de departamentos, estamentos burocráticos, miembros del gobierno, cámaras de comercio, ministerios, juntas, salas de militares funcionarios, y un sinfín de diferentes órganos de las corporaciones que se nutrían del capital de los impuestos. Todos perfectamente jerarquizados y definidos con límites y asignaciones, bajo el juicio y la unificación del Gobernador Bigo, al que todos envidiaban y admiraban a la vez. Por otro lado, los dirigentes de los devotos de Dios, que eran los más ostentosos y opulentos, constituían un órgano muy importante para el gobierno de Núcleo, supuesto



custodio de la mística de la vida, que contenía lo incomprensible de existir y el bastión de la Fe. No obstante, siempre podías aceptar a Dios en el último momento, y recibir su perdón por los ciclos vividos alejado de la verdadera naturaleza del Ser. Nada de lo que predicaban tenía sentido en su concepción, y aun así, esa falsedad era necesaria para que la inmersión en el sistema fuese completa.

Toda esta amalgama de vida humana, distorsionada por las mentes y sus propios argumentos, constituía el engranaje perfecto para el sistema, movido por las pasiones de unos pocos que se creían con el derecho de saber cuál era el interés de los habitantes del mundo. Personas que aún no habían domado a su buey, querían administrar la vida de los demás, motivados por las luchas y aspiraciones personales. Constituían un pegamento para asegurarse la unión del sistema: la pecunia y el poder eran simplemente el baremo. La relación directa no era una obviedad entendida desde el individuo, pero resultaba clara y cristalina para aquellos que observaban su sociedad con una mirada holística.

Arbi y un par de funcionarios nos hicieron un recorrido con intención de deslumbrar a todas las comitivas de invitados influyentes de las diferentes regiones que trataban con el Clan Hermano. Pude ver grupos muy variados, incluso de otras etnias fuertemente marcadas por sus rasgos físicos. Mis amigos comentaron que eran del norte de la península, y que solo existía una raza. Arbi dijo, algo enfadado:

—¡Los humanos!

Provenían de un país cerca de sus fronteras más alejadas, sufrían guerras civiles entre ellos, y el Clan Hermano estaba utilizando el conflicto como pretexto para imponer su paz, vendiéndose como un liberador. La ceremonia de la Unificación congregaba a más identidades de la experimentación real de las que hasta ahora había conocido en la península, era sorprendente lo variopinto de las etnias del ser humano. También innumerables medios de divulgación acreditados hacían posible que todos los que quisiesen pudieran participar desde sus pantallas en el evento desde donde estuvieran. Varios intentaron entrevistarnos, pero el diplomático no accedió.

Todos nos dirigíamos al mismo sitio, llegamos al centro de la Pirámide donde múltiples puertas permitían el paso a un recinto. Era tan grande que podía caber la Aldea en su interior, todos los asientos miraban al fondo, que estaba invadido por una gran pantalla con el símbolo del gobierno que se movía de forma que no podías apartar la mirada, un triángulo equilátero dorado sobre un fondo negro. Bajo esta, a modo de escenario, había un tribunal sobre unas mesas y asientos que parecían un monumento piramidal, donde se encontraban miembros y representantes de los funcionarios, su Santidad Flop muy anciano, y otros miembros de la Iglesia, dirigentes del gobierno y de la corporación de Núcleo. Todos bajo el abrigo del Gobernador Bigo, sentado en un trono en el vértice, sintiendo la piedra fría del Orbe en sus manos. La expectación y el miedo se sentían por igual. Nos situaron en la grada central.

Había muchas cámaras y luces estratégicamente situadas para el evento en la Pirámide. El sonido, que parecía metálico, retumbaba en mi cuerpo. No provenía de un tórax humano. Sonó una música imponente, y en la pantalla aparecieron unos videos con las grandezas y bondades del Clan Hermano. Al terminar hubo grandes aplausos, y una señora

soberbia, a modo de inauguración, se centró en venerar al gobierno y dar las gracias a Bigo. Invitó al primer interviniente de una comunidad recientemente integrada, que dijo que sus políticas de comercio habían enriquecido a sus gentes, así como a su familia. Su discurso fue muy aplaudido, todos parecían gozar con las alabanzas. Era curioso observar cómo las miles de personas congregadas veían la ceremonia por la gran pantalla o desde sus muñecas, que retransmitían en directo desde diferentes posiciones. Así se irían presentando las diferentes comunidades invitadas.

Era fácil pasar desapercibido, nadie sentía nada que no llegase de sí mismo, por lo que mi presencia era transparente para los asistentes. Fluí cerca de todos los Seres de la ceremonia de la Unificación, pero solo reconocía Ego y mente en las conciencias, ni rastro de sus Almas. A pesar de disponer de una completa percepción, no interactuaba con ninguno. Toro, en cambio, sí lo hacía, y su tristeza llegaba a mí pesadamente. Kili seguía escuchando a los intervinientes afines al gobierno de Núcleo, y Turk estaba siempre preparada. Guiaba mi percepción hacia el monumento piramidal donde el Gobernador Bigo esperaba inquieto. Sentí que se comunicaba con Arbi, que nos acompañaba en cada momento. Sus ojos, con movimientos erráticos, intentaban encontrarse con la visión del Maestro Lao. A pesar de que estaba en su interior, seguía buscando fuera, de un lado a otro de la grada abarrotada, y parecía no encontrarme entre la multitud.

Mientras, la imponente voz de un hombre muy alto llamado Donj, tal y como aparecía escrito iluminado en la pantalla, se dirigía a los asistentes con un acento diferente desde la parte baja de las gradas. Con el cuello firme y orgulloso mirando hacia arriba, hablaba a todos sin mostrar respeto por el Gobernador y las autoridades. Un cronómetro indicaba el tiempo consumido de su intervención. Para los asistentes estaba transcurriendo lento, y al Gobernador tampoco le gustaba lo que estaba escuchando. Sentí la ira que sofocaba con la satisfacción de que pronto sería saciada. Me sorprendió la naturaleza de aquel hombre. Donj intentaba deshonrar las guerras que el Clan Hermano mantenía en sus territorios. Los asistentes, irritados, empezaron a abuchearle, y varios funcionarios llamaron al orden, y luego bajaron a por él para subirlo al escenario junto a las autoridades. Más sereno, se giró por primera vez para realizar una pregunta directa muy sincera:

—¡Bigo...! Usted como Gobernador y yo como representante de las tribus del norte, ¿qué es lo que ambos intentamos proteger?

»Aquí en Núcleo, vivís vuestras vidas sin saber de guerras. Con violencia, sí, pero eso se conoce como criminalidad. Nunca había pensado que la Pirámide se dedicara a la violencia legal. La paz... ¿es la paz lo que queremos proteger? ¿Qué significa la paz para este gobierno? Para vosotros, el Clan Hermano, para ti, Gobernador Bigo.

Nadie respondió a la pregunta retórica, y el hombre llamó la atención de todos:

—Todo el esfuerzo y la pasión que puso el Clan Hermano en las guerras de paz, con la excusa de sofocar nuestras propias revueltas y en nombre de la libertad, terminaron hace ya casi veinte ciclos, y aún no habéis conseguido nada, ni rastro de libertad. Este tiempo solo le ha servido a vuestro sistema, que ha engullido nuestra forma de vida, apoderándose de nuestras regiones. Habéis traído armas, miedo, vuestro mercado, la pecunia, cultura y costumbres, valores carentes de verdad... Ahora hay guerras de armas, guerras civiles, sufrimiento, miseria y

muerte por todo el mundo, allí donde el gobierno de Núcleo y sus corporaciones han ido. Somos una sociedad rica, decís... ¿y en qué se basa nuestra riqueza? En los cuerpos ensangrentados de todas esas guerras, que no son más que la base de vuestra paz. ¡No de la nuestra!

Bigo hizo un verdadero esfuerzo para contenerse. La expectación de la sala sobrepasaba su Ego. Su Santidad Flop lo miraba con ojos críticos, llamándole a la serenidad. Se percibía su influencia en el Gobernador. Con el rostro fruncido, siguió escuchando:

—Ahora ponéis en la indiferencia el mismo esfuerzo que pusisteis en la guerra. Otros pueblos que se atravesaron en vuestro camino están pagando el precio de vuestra próspera... paz.

La tensión incrementaba el ansia de Bigo, y su Santidad Flop rápidamente saltó indignado para cubrirlo, como un perro que protege a su amo, preguntando con una soberbia educada:

—No importa lo repulsiva que sea la paz. Sigue siendo vital cuidarla. Tal vez sea una paz inmoral, una paz injusta, pero una paz injusta es mejor que una guerra justa.

Muchos ignorantes de la sala hicieron ver a los que le rodeaban la grandeza del sentido de aquellas palabras, como si el argumento hubiera sido demoledor. Un ruido estrepitoso indicó que se había acabado su intervención, y le forzaron a salir entre varios funcionarios bastante fuertes. Él se resistió orgulloso, era muy fornido, la intervención no había pasado desapercibida. Al llegar a su sitio, sus acompañantes le dieron un sentido abrazo, pude sentirlo desde la distancia. El diplomático Arbi nos dio los turnos para dirigirnos al gobierno del Clan Hermano. Primero a Turk, como Directora Técnica de Tecnos, que representaba para todos el rival más peligroso. Sabían que los conocimientos del gobierno Lógico, orientados hacia el combate, podrían acabar con la hegemonía del sistema. Tendría la intervención vigésimo tercera. Espaciado por varias más, tendría turno Kili, como portavoz del Templo del Equilibrio y representante de la Meseta y las Jorobas. Sabíamos que el Gobernador Bigo se había buscado una excusa perfecta para congregarse a los opositores al sistema y así coronar su mandato, solo tenía que escuchar las intervenciones para limpiar la opinión pública y actuar. El nombre del evento no escondía sus propósitos, la ceremonia de la Unificación estaba diseñada con la intención evidente de someter a los presentes. No habría réplica ni defensa, lo inminente ocurriría cuando algo le irritase lo suficiente como para romper el protocolo. A mi amigo se le congeló la sangre por un momento. Muy concentrado, encajó las piezas mentalmente, y bajo una lógica y emoción desinteresadas, dibujó un plan en su mente. Su Ser lo secundaba, y su Alma lo gritaba. Me miró y puso su mejilla junto a la mía. Kili estaba dispuesto a todo. Toro, como aldeano del proyecto Aldea, no tenía turno asignado, pero no le importaba, esperaría a escuchar a su amada, que ya le tocaba.

Turk llegó a las escaleras bajas mientras los aplausos despedían al anterior, y sin dilación se mostró ante todos los asistentes:

—*Hablo en calidad de representante de todos los habitantes bajo la Cúpula y la Lógica.*

»Hoy solo hablaré de soluciones.

»El gobierno de Núcleo debería reparar y prevenir los terribles daños que sufre nuestro mundo a costa de su desarrollo. Debería prestar más atención, la crisis en el sistema del capital, los procesos productivos y el consumo, este ciclo de producción... todo ello es

insostenible en su propia definición. Los daños causados en el mundo por la intervención humana de los habitantes del Clan Hermano no han sido hasta ahora considerados por su gobierno, al contrario. Gran parte de los elementos necesarios para la vida han sido ya destruidos, y otros están seriamente amenazados a causa de las decisiones de las corporaciones del Gobierno, orientadas exclusivamente a la obtención de beneficios.

»El sistema mismo acabará por destruir los fundamentos de su propia existencia. A nuestro parecer, lo necesario y al mismo tiempo lo razonable, es enfocar todos los esfuerzos hacia la sostenibilidad con el medio. De lo contrario, todos estaremos condenados. El sistema del capital es obsoleto y depravado, desigual e injusto, la referencia a la pecunia no establece el verdadero valor de todo. La responsabilidad de cambiar nace de esta ceremonia de la Unificación, nace de cada uno de vosotros, asistentes y miembros del gobierno. Hay que abogar por cambiar el estilo de vida y vencerlo desde donde se nutre. Todas las políticas deberían aplicarse con un objetivo a largo plazo, entendiendo el mundo como un lugar donde tenemos que compartir con cada ser vivo que habita en él. Los dirigentes, influyentes y poderosos deben modificar sus ambiciones y ofrecérselas al pueblo como gesto de entendimiento.

Todas las autoridades de Gobierno de Núcleo y la Iglesia radiaban prepotencia, y escuchaban como si estuviera participando una incompetente, cuando era la pura voz de la coherencia. Turk había esbozado su propuesta perfectamente, nada que ver con la entelequia que los miembros de Gobierno de Núcleo suponían no viable. La directora de Tecnos, sin permiso, entró en los sistemas informáticos para usar la gran pantalla en interés propio, y mostró gráficos que iba explicando con mucho sentido. Numerados por ciclos en su eje horizontal, los valores parecían indicar una catástrofe a medio plazo, todo parecía muy trabajado y estudiado, muy consolidado. El gobernador Bigo y sus acólitos no podían creer lo que pasaba, miraban a las pantallas desconcertadas y muy molestas. Se escuchó una admiración colectiva desde una parte de las gradas: eran Donj y sus afines, muy apasionados. Turk continuó sin dilación, cómplice de lo que acontecería, diciendo:

—El gobierno Lógico tiene definido los ciclos de transición hacia ese mundo en el que el sistema se nutra del esfuerzo sincero de existir, salvaguardando la vida sin perder de vista las inquietudes humanas. Tecnos ofrece desinteresadamente todos sus esfuerzos para hacer posible ese mundo, lo que necesitamos es vuestro firme convencimiento y apoyo a nuestro ofrecimiento. El poder sin amor se reduce rápidamente a la simple capacidad de expoliar y manipular por interés propio o de círculos cercanos, por parte del sistema, y de pierde el interés holístico donde predomina la convivencia, la hermandad de la raza. Se necesita solidaridad, paciencia, ternura y tolerancia, a fin de que coincidan los medios y los fines. Un gobierno subversivo, que incluya en sus leyes una relación con todo más allá de los humanos, donde estos puedan encontrar la armonía de sus Seres. Que apueste públicamente por la descentralización. Nuestro rumbo debe llevarnos en otra dirección, ecológica y social. Hay que andar políticamente por la vía suave. Muchas personas sin poder reivindican sus derechos por imposición cultural. Dispongo de todo mi tiempo para escucharos, miembros del Gobierno de Núcleo, y para colaborar en la solución. Los habitantes de Tecnos tenemos la obligación de ayudar al pueblo del Clan Hermano.

Toro miró su pantalla en la muñeca. Sabía que a su amada se le había acabado el tiempo, cuando liberó la gran pantalla, el metrónomo indicaba diez minutos exactos. La métrica de Turk había sido perfecta. Sus palabras de Unificación albergaban exactamente la misma profundidad que sus emociones, sin división ni intereses, propias del sutil proceder de la Fuente. El camino se hallaba dibujado para todos en la experimentación real, y ella lo ofrecía desinteresadamente. Su idea resonaba en mi armonioso Ser, con toda la verdad emanando sin control. El letargo del silencio como respuesta del Gobierno de Bigo, permitió a los asistentes sumergirse en el discurso de Turk. La expectación e incertidumbre sobre una posible respuesta mostraba su fragilidad frente a la sala y, a su vez, la duda de los asistentes sobre la ceremonia de la Unificación.

La intervención de Turk había impactado sobremanera en el recinto. Con gallardía, no dejaba paso aún al siguiente invitado, aguardaba una respuesta o comentarios por parte del Gobernador Bigo. Tanta expectación lo estaba alterando en exceso, parecía que la directora de Tecnos, su mayor enemigo, le había ofrecido un paz para la que no estaba preparado, ni le interesaba. Reconocer la quiebra del sistema y aceptar su ayuda era como atacar directamente a su Ego. Acarició el Orbe como si estuviera generándole placer. El mundo sostenible era visualizado por todos, la fama de los habitantes de la Cúpula y el gobierno Lógico eran muy considerados en el Clan Hermano. No había duda de que si la directora del gobierno Lógico decía que el proyecto era viable, lo sería. Notaba cómo algunas Almas respiraban de nuevo en la Pirámide y fuera de sus paredes, haciendo tangible la esperanza en sus Seres.

Unas decenas de funcionarios surgieron por la parte inferior con no muy buenas intenciones. Mi amigo Toro, como poseído, se levantó del asiento y corrió grada abajo. Kili gritó su nombre sin ningún propósito, me miró y, como despidiéndose para siempre, salió corriendo tras el aldeano. Kili intentó agarrarlo, pero no hubo forma, por lo que el portavoz del Templo del Equilibrio siguió corriendo como loco detrás de él. Tanto, que no percibió la advertencia en su pulsera indicándole que la plataforma le seguía peligrosamente por las gradas sobre las cabezas del público. El Maestro Lao estaba volando por la ceremonia de la Unificación, y todas las cámaras y medios se fijaron en la escena. La gente se tapaba la cabeza para no ser golpeada. Algunos aplaudían nuestra bajada, creyendo que era parte del espectáculo. Las autoridades sobre el monumento piramidal miraban asombrados. Su santidad Flop sabía que algo iba mal, y el Gobernador Bigo gritó para que nos parasen, no dejaba de moverse haciendo aspavientos con las manos. Pensaba en su reputación frente a los asistentes, y todos aquellos que estaban pendientes desde las pantallas en sus casas. De alguna manera, deseaba no tener que soportar toda la verdad de lo que se estaba diciendo, pero su plan bien valía el esfuerzo.

Turk, desde abajo, nos vio llamar la atención de todos los asistentes. Supo que era el momento, y esperó a que estuviéramos cerca del cordón de funcionarios que protegía la entrada a las cercanías del monumento piramidal. Desde su muñeca, sabotó las proyecciones y la gran pantalla, haciendo que esta emitiese un blanco cegador y un ruido insoportable, seguido de apagones totales que nos dejaron a ciegas. Unos sentían el caos, y otros bailaban en sus asientos disfrutando del espectáculo. Como un milagro, llegamos

junto a ella, y aprovechamos para plantarnos en frente del Gobierno de Núcleo. Toro besó a su amada que, apasionadamente, compartió el beso. Con las manos tapando sus oídos, Kili miraba desafiante. Y el Maestro Lao levitaba tras ellos.

Todo volvió a la normalidad. Un murmullo timorato se percibía en el ambiente. Algunos comentaristas, que transmitían lo que acontecía en directo para todos los que pudieran estar viendo por las pantallas en cualquier parte de la península, desbordaban emoción en sus voces, que se elevaban por encima del ruido del recinto de la Pirámide. Nadie entendía qué pasaba. El gobierno de Núcleo, desorientado, no hacía esfuerzos en llamar al orden. Flop parecía muy inquieto, más que Bigo, pero ambos guardaban la compostura sobre el monumento. Como mínimo, estábamos impidiendo seguir con la farsa de la ceremonia de la Unificación al romper el protocolo. Había intentado mezclarme con los presentes para que me sintiesen en sus conciencias, compartiendo mi esencia, pero no disponía de dicha capacidad. Estaba apenado por la esa incapacidad y por haber fallado a los fieles del Templo y a Aurora. Toro, como un niño al que le han robado su juguete favorito, acusó al gobernador frente a todos:

—Bigo, devuelve el Orbe que le robaste a nuestra Aldea.

Kili deseaba que sucediera lo que había pasado en Origen, en la ceremonia del Equilibrio, pero todo hacía evidente que la ceremonia de la Unificación acabaría siendo un drama. Entonces supimos que el plan del gobernador también era el plan de mis amigos. Toro no dudaba del artefacto y lo que había originado, y sintió la trascendencia del presente, como si hubiera madurado la provocación. Kili gritó:

—¡Bigo...! Escucha a tu hermano Ote y recapacita, devuelve el Orbe al Maestro Lao. Robaste el Orbe del Maestro Lao, no es una simple baratija de las que te gusta coleccionar, ¿verdad?

Se miraron de reojo confirmando de que el momento estaba cerca, pero que debían esperar más. Su Santidad empezó a desplazarse, ayudado por un devoto, hacia el gobernador. El anciano aprovechó la coyuntura y había decidido no esperar a la clausura para actuar, sentía que pronto vería satisfecha su vida entera. Bigo esperaba su culminación final impacientemente. El Ego del gobernador no podía domarse. Descontrolado por la devoción y admiración hacia sí mismo, se posicionaba por encima. Todos esos pensamientos absurdos le obligaban a actuar por la vía fácil y contundente. Mis amigos entendieron rápidamente que había llegado el momento de la Unificación, y debíamos enfrentarnos a nuestra propia creación.

El gobernador Bigo cogió el Orbe con sus manos, casi envolviéndolo por completo entre ellas, con la destreza que solo proporciona la práctica. Parecía que lo hacía rotar sin tocarlo, como rascándolo con suaves caricias. Sus ojos se pusieron blancos y entró en un trance instantáneo. No tuvo problemas para activarlo, tal intensidad de emociones y apegos servían para ampliar la conciencia de todos. Noté claramente cómo la atmósfera densa y especial del Orbe envolvió a todos los miembros del gobierno de Núcleo y la Iglesia, arrastrándolos con el gobernador al plano emocional que el artefacto provocaba. Las esencias de los dirigentes se concentraron oscuras en torno a Bigo, confinadas por una fuerza de atracción hacia el Orbe y su portador. Esta fue aumentando con la entrada de los Seres de las

primeras filas. Los asistentes fueron cayendo en un silencio interior profundo, entregados al Orbe, sometidos por la esencia negra que iba cubriéndolo todo. Era tan consciente de la experimentación real como lo que acontecía en el otro plano. Seguía siendo un observador, percibía las luchas de mis amigos, que eran difíciles de doblegar, pero fueron absorbidos y, después, las gradas tras ellos. Un desgastado Maestro Lao emitía una esencia sutil escasa, imperceptible para el Orbe y todos sus acólitos, como una gota en un océano, y no era capaz de sufrir con mis amigos. Todos los Seres de la sala de la ceremonia de la Unificación quedaron presos, los comentaristas pararon. Las pantallas congeladas en un plano alto captaron el aspecto de todos los presentes: sus cuerpos vibrando con leves tambaleos, la conciencia y la percepción de todos a disposición. La magnitud de la esencia negra crecía y crecía más allá de la Pirámide, y llegó a las calles de Núcleo.

Los Seres, como estrellas titilantes en un universo, fueron apagándose sin esfuerzo, sin recuerdo. Todos caían cautivos en la idea de asumir la realidad tal y como era, tal y como se preconcebía aceptada, con el sistema como mejor opción, justificando las miserias de otros, las guerras, a los intercambios sin amor, todo por lo que las Almas se ven desterradas. La esencia del Maestro Lao, tenue y fatua, no había perdido intensidad, pero su esencia inagotable seguía siendo ínfima en el universo de poder que se estaba estableciendo, una leve estrella que seguía titilando.

Como si no hubiéramos nacido y el mundo no existiese, la esencia negra parecía haberlo paralizado todo. Los horizontes parecieron confluír en un momento, obligando a ser conscientes de su existencia. El tiempo no era perceptible. Muchas vidas, múltiples experimentaciones reales, podían ser armoniosas y sostenibles, bastaría con seguir el Camino Integral, reconociendo los intereses del Ego y los engaños de la mente que generaban una dualidad en otro Ser, y con aceptar bondadosamente la imperfección de la humanidad. La sentí expandirse, salvando la gran urbe de Núcleo, envolviendo la Megalópolis, la península, y creciendo al norte hasta perderse más allá de mi percepción. Los fieles, fatigados, no resistían y sucumbían a la conquista de sus Seres, sus frustradas pasiones y sus dogmas de vida quedaron en el olvido.

El Orbe me estaba proporcionando un medio para llegar a las conciencias del mundo, yo los sentía, pero ellos a mí no. La esencia negra unificaba y reafirmaba al sistema como parte de la condición humana, todos pensaban en las consecuencias de la evolución y, por tanto, así es como debían ser las cosas. No divisaba las estrellas. Mis amigos, como si nunca hubieran sido tales, sintieron llenarse el nuevo ciclo de esencia negra, liderado por el sistema, que ensalzaba la evolución y la supremacía del Ser humano sobre cada cosa o no cosa. Una vez más, la historia de las civilizaciones se repetía, estábamos en el punto de inflexión que no permitía un retorno en las conciencias de los Seres.

Entonces, abrumado por la inmensidad, empecé a escapar del confinamiento eterno, y sentí cómo la vida se iba de mi cuerpo en forma de esperanza. En total oscuridad, me costaba seguir existiendo, y dejé de observar para, simplemente, sobrevivir a todo lo que acontecía. Me encaminé a lo más profundo de la conciencia, donde el Orbe actuaba. Parecía que la esencia me succionaba y me impedía avanzar, obligándome siempre a permanecer

cerca de la superficie. Seguí avanzando hacia el interior, pero la magnitud de la esencia negra nunca se alejaba. Sin consuelo y exhausto, abandoné toda esperanza.

Yacería en un limbo inexistente para siempre, me reconfortaría en las ficciones de lo que fue o podría haber sido. Entonces, dejé de esforzarme, aceptándolo todo, incluso el fracaso de la Interpretación. El Maestro Lao se hundió lentamente en su interior, sin percepción de estar avanzando, cayendo sin cesar en una profundidad oscura. Nada sucedía, más que la sensación de hundirme en el interior donde nunca llegué a existir. No dejaba de bajar a un lugar inalcanzable, alejándome de la esencia negra que intentaba devorarme, como cayendo en las fosas oceánicas más profundas de las que nunca saldría. Huía a un lugar desconocido mientras la esencia crecía tras de mí haciéndose descomunadamente grande, engullendo todo lo conocido. Entonces, me sentí eternamente solo. Dejé de alejarme para entregarme por completo, sin escapatoria.

La esencia negra me absorbió finalmente ofreciéndome un nexo con ellos. Los percibía sumidos, flotando en una deriva como partículas disueltas en el infinito, perdidos en la inmensidad oscura. Reconocí las Almas ausentes, claudicadas y en destierro, deprimidas y sin actividad. Mi luz brillaba latente, iluminando el océano negro que nos aprisionaba. La introspección no era un artificio, era algo a lo que estaba acostumbrado. Transitaba y percibía las Almas como estrellas apagadas en el firmamento, y pensé que si ese era el destino de las Almas, allí las esperaría hasta que despertasen.

El gobernador no podía fracasar, pero no veía saciado su cometido. Forzó al Orbe intentando someter la voluntad del que no la tenía. Una vez absorbido, mi luz persistía con la misma intensidad que al inicio. El bucle parecía repetirse una y otra vez, siempre con el mismo resultado. Bigo, fatigado, fue perdiendo su mente en cada esfuerzo. Todo era necesario para lograr que se diera por cumplida la Interpretación, siempre avanzábamos, pero el engaño de la mente impedía verlo. Cada error no era más que una prueba fallida, cada despedida o cada muerte, una enseñanza de la vida, cada amor frustrado, solo un intento, cada vida, una ilusión. Como es arriba, es abajo, no existe nada; por tanto, abandona todo el apego en la nada. Mi desesperanza no era fruto del Ser, solo de la mente, de la ficción que soporta que las cosas acontezcan. Encontré la paz sin existir, el Orbe no era capaz de doblegar al Maestro Lao, que era quien debía ser.

Incluso el gobernador Bigo quería construir realidades, pero nacidas desde su Ego. En cambio, usando la compresión y el conocimiento de nuestras verdaderas conciencias, tenemos la certeza de que no dista ni un ápice de la verdadera conciencia de otro individuo. La Fuente se acerca amistosa para abrirnos nuevas puertas, es momento de despertar la conciencia colectiva. Todos somos una misma esencia, y nuestra compresión nos acerca al Cónclave, donde las esencias se encuentran alineadas para moldear nuestras experiencias como partes de un todo.

Flotando, iba alumbrando a las Almas con las que me encontraban, todas sin actividad. Había aprendido a convivir en la oscuridad, y pude ver un rostro conocido, también el tuyo: Aurora tenía los ojos abiertos, la esencia negra me valía para llegar a ella, percibía su vida, sus vidas. Todas las vidas vividas no traerían una respuesta, porque todo lo que hay que saber para habitar la experimentación real está contenido en nuestras Almas. Recordaba a mis Maestros,



a mis amigos aldeanos, a Lao, a todos, como solo uno. Pude ver las posibles intervenciones de otros como yo antes, de la mano de sus Auroras.

Nuestra historia trascendía al tiempo, la información llegaba en una gota que contenía todo el océano, así era la comunicación con Aurora: el amor permitía que eso pasase. El tiempo lineal es la paradoja de la muerte, y dentro de nuestra evolución corresponde trascender estos estados limitados de existencia. Recocí a todas las Auroras como una sola y al Maestro Lao como Oráculo. La Intérprete escuchaba al Cónclave:

—Nos sanamos a nosotros mismos entregando nuestro juicio a la comprensión de todos siendo parte de uno. Estamos construyendo nuevos escenarios en los que existir, la realidad condicionada de la mente programada ha de desvanecerse con la evolución del Ser. Una nueva convivencia debe definir una nueva realidad experimental, con nuevas interacciones, motivaciones. Vivamos desde nuestros interiores la Verdad del Equilibrio en uno mismo, y despedamos a la dualidad en la comprensión de la existencia. No hay sufrimiento desde la verdad interior, cada vida es el reflejo de su propia conciencia, aceptando de corazón aquello que es propio de existir.

Creía en el siguiente estado de evolución, nuestras Almas y nuestras percepciones respetarían la vida sostenible, legando la existencia imperecedera a todos, respetando el Equilibrio y el paso de los ciclos. El Ser humano podría sobreponerse si se nutría de las emociones. Entonces, el velo del mundo se levantaría para descubrir nuevas realidades y verdades interiores, motivación suficiente para caminar por la realidad. Aurora establecía que estábamos despertando del silencio de nuestro desconocimiento. Con la esencia del conocimiento integrado y el Equilibrio del que disponemos en nuestro día a día, brotarían nuevos gobernantes y pueblos, con la motivación conjunta para conseguirlo, escuchando a sus verdaderos Seres. La nueva humanidad estaba naciendo con fuerza y sutileza, compartida por todos desde la unidad de la visión holística de la existencia, manifestando a los Seres como herramientas para crear nuevos paradigmas. El fin del Ciclo debía permitir dicho cambio.

Brillaba. El Orbe no estaba diseñado para fracasar, y el Gobernador Bigo no podía permitirse quedar atrapado en el proceso eterno al que el artefacto del proyecto Aldea le sometía. Su Alma no estaba preparada para habitar en el eterno sin su mente. En la ceremonia de la Unificación en la Pirámide de Núcleo, en la matriz del Clan Hermano, el Gobernador Bigo había quedado preso en su propia trampa.

Aurora abrió los ojos y sonrió, y empezó a iluminarse entre la oscuridad como una estrella que acaba de nacer. Ilusionado, fluí en busca de todas las Almas de la experimentación real que el Orbe me ofrecía. Su luz me seguía allí donde iba. Después a Toro, a Kili, a los Maestros, a todos. Cuanto más Almas localizaba, más grande se hacía el mar de luz que me acompañaba. Las estrellas empezaron a brillar con luz propia en la oscuridad, las Almas se encendían al pasar. Otras Almas no despertaron, solo se despidieron flotando como planetas alrededor de estrellas. Sin intención de volver a intentarlo, prefirieron quedarse. Los primeros que se unieron fueron mis amigos, después los fieles, las sanadoras rojas, la Aldea, toda la península y otros muchos desconocidos a los que sentí como hermanos. Me rozaban compartiendo toda la verdad de la Fuente creadora, la Interpretación de Aurora.

Los Seres despertaban reconociendo sus Almas, todos aún atrapados por la meditación profunda del Orbe, que lo alcanzaba todo. Podían comprender su participación, sintiéndose creadores de la realidad, alcanzando la verdad en sus conciencias, encontrando la armonía entre mente y Alma. Una comprensión colectiva de naturaleza sutil nació en cada interior, devolviendo la libertad. Los Seres se impusieron a la esencia negra, creando al universo en la oscuridad, sabiendo que, de algún modo, la luz brillaría sobre la oscuridad, que nunca debía desaparecer, aprendiendo a convivir. Las Almas escucharon nítidamente y ubicaron al Ser como parte de un todo: el Cónclave estaba disponible en todos.

Reconocí de nuevo al Maestro Lao sobre su plataforma, levitando en posición de loto, sin conflicto. La luz sofocaba el mundo en todas partes. Cerca de todos, las Almas habitaban la realidad incluso más allá de la península, despertando a nuestras conciencias. Muchos habían perdido la vida como consecuencia de sus conflictos, y sus mentes cristalizadas les impidieron reconocer la verdad del mensaje y su contribución al mismo. Aquellas Almas decidieron huir sin reconciliación con el Ser que las había portado, sus frágiles corazones, llevados al máximo, dejaron de palpar.

Fui regresando a la conciencia del presente. Pacíficamente, la Pirámide se desalojó de sus habitantes, las calles de Núcleo se envolvieron en un silencio reflexivo, con muy pocas luces y con todas las pantallas apagadas. Ni un vehículo se movía, las calles estaban abarrotadas de personas mirando al cielo con intención de ver algún rayo de luz. Los asistentes a la ceremonia de la Unificación, en silencio, recuperaron sus sentidos, despertaban en paz. Algunos ya estaban ocupados en despertar a los que aún estaban presos; otros, sin vida, seguían sentados como si nada pasara. Nadie se sentía culpable, parecían ser gobernados por una deidad suprema que emanaba de sus interiores. Se miraban unos a otros compartiendo sinceramente el dolor y los brotes de la sanación. El Gobernador Bigo había perdido todo su Ser en el intento, seguía en su trono con la mirada perdida, sin parpadear y sin vida aparente. Turk ayudó a Toro, que recogía los pedazos del Orbe esparcidos por el suelo de la sala. Su esencia de comprensión sobre el último uso de la *pedra cubierta de musgo* nunca había sido conjeturada. Creo que Toro sentía ver la Interpretación cumplida a un coste del que nunca se recuperaría, su Alma había comprendido que la omnisciencia no aseguraba el futuro que uno esperaba. Kili seguía abrazado al cuerpo rígido de su amigo, y yo dejé al Maestro Lao y todo atrás, buscando la nada de nuevo.

Dormido en un sueño del que definitivamente nunca despertaría, proclamando la despedida definitiva, mi Alma aún tenía un vínculo con el Maestro Lao que, inerte y duro, adoptaba la posición de loto como una momia de madera. Lo último que sentí en la carne fue el abrazo cálido de mis amigos, que me portaban. El Cónclave se alojó en la memoria del Maestro Lao, sin vida aparente, fundido con lo esencial. Mi Alma dejó de existir y mi cuerpo se convirtió finalmente en una reliquia.

## 8 El Oráculo •••

—Lao, intenta ser siempre quien debas ser.

Fueron las palabras que pude oír despertándome en la nada. Su Alma estaba angustiada, sonaban a despedida, o quizás a bienvenida, trayéndome recuerdos primigenios. Volví a escucharlas con atención: las palabras desde un Ser amado. Era una llamada para volver desde donde no se existe. Omnisciente, retornaba de alguna manera a la experimentación real, y solo portaba la esencia del Cónclave. La Intérprete meditaba junto al Oráculo en el centro del Templo de las Tres Columnas, muy concentrada. En pocos segundos, parecía procesar los datos de varias existencias. Sus ojos cerrados no eran suficientes para ocultar el movimiento de sus retinas, su ritmo cardíaco era muy bajo. Como si acabara de nacer y morir, desde un sueño o un recuerdo, las palabras despertaron mi percepción, sabiendo que esto había pasado antes o volvería a pasar después. Las manos extendidas de Aurora percibían todo lo que el Maestro Lao emitía. Como una estatua petrificada, descansaba sobre sus piernas en flor de loto, palma sobre palma. Su rostro, levemente sonriente, desvelaba lo efímero de existir. Supe dónde estaba, supe quiénes éramos, supe que te narraba la historia y como te unía a todas las Auroras.

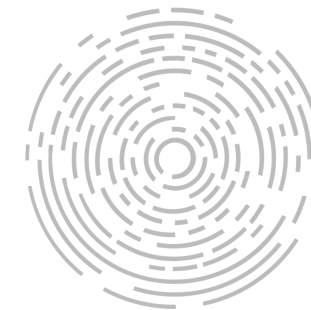
En el Templo de las Tres Columnas había Seres de procedencias muy variadas. Los asistentes arropaban la concentración y el ambiente meditativo. Aurora recibía condensadas todas las vivencias de la vida en el Oráculo, la narración completa de su aportación en la experimentación real y de muchos de los asistentes del Cónclave. No suponía un esfuerzo. Asimilando y entendiendo los vínculos entre los Seres y cada cosa o no cosa, Aurora llegaba a todas sus vidas a través del Maestro Lao. La intérprete, por primera vez, había contactado con el Oráculo. Intentaba percibir algo del Maestro Lao, aun sabiendo que no existía su identidad, solo disponía del Oráculo que le entregaba al Cónclave:

—Con todas estas palabras, ¿qué se ha dicho?

»La Verdad Sutil puede ser señalada con palabras, pero no puede ser contenida por ellas. Toma el tiempo de escuchar lo que se dice sin palabras, los gestos y razones de la biología, las emociones que provienen de los Seres, motores del mundo. De obedecer una ley demasiado sutil para ser escrita, de venerar la Fuente creadora y aceptar de corazón a tu Ser. En paz con tu conciencia, confiarás en el Camino Integral. Ama tu vida y la de todos, haz el amor con el invisible origen sutil de cada cosa o no cosa y te darás a ti mismo lo que necesitas. No tendrás que acudir a esconderte en religiones, ni protocolos, ni verte preso de modas o realidades que te alejan de tu verdadero Ser. Intenta ser siempre quien debas ser, justo aquí en medio de todo, sin que tu esencia se vea afectada por el engaño de la dualidad y el Ego, totalmente sostenido y recompensado por tus prácticas integrales, dándote a los demás y recibéndolo todo al mismo tiempo. Anima a otros a seguir el camino sin insistir,

con tus actos más que con palabras. Dando libremente a todos, despertando a todos y purificando el mundo con cada movimiento y acción de tu elevado Ser, ascenderás al reino de lo divino a plena luz del día, sin que esto te desvíe lo más mínimo.

»Tu Alma gratificada por el hecho de existir abandonará el mundo mejorado por tu propia transformación, la verdadera evolución del Ser que impregna el futuro como legado. El aliento de tu conciencia, usando tu mente para el bien común y sincero, habitará en armonía con la Fuente, y podrá oír con toda claridad el Cónclave en tu interior. Sin miedo habitarás tu medio, observando y calmado. Olvidarás cada palabra leída o escrita sobre el Sutil Proceder o lo aprendido en esta historia, olvidarás el Cónclave de Almas, habiéndolo absorbido como parte de tu Ser. Proseguirás ciclo tras ciclo hasta encontrar tu merecido descanso, que llegará como una parte más de la vida, y tendrás la valentía y la comprensión de aceptarla como nacimiento. La naturaleza de la muerte es igual que la de la vida, no obtendrás juicio, ni recompensa de un paraíso, ni un castigo divino. Te irás sin nada, tal como llegaste. Sanado, reconocerás que no existe nada, tu Ser calmado se despedirá de todos en paz, dejando tu esencia en los que se queden.



# ÍNDICE

<b>1. El Cónclave de Almas</b> .....	8
<b>2. La ladera de la montaña</b> .....	12
2.1. La Aldea .....	14
2.2. El Orbe y el cielo de la noche .....	19
2.3. El Coro de la Armonía .....	26
2.4. El retiro de la Intérprete .....	35
2.5. La veintena de ciclos .....	47
2.6. El proyecto Aldea .....	57
2.7. La visita del mundo exterior .....	65
<b>3. La emancipación del Ser</b> .....	79
3.1. Primeros pasos .....	79
3.2. Reflejos de uno mismo .....	93
3.3. La aventura de estar vivo .....	107
3.4. Lo efímero de existir .....	122
3.5. Como pez en el agua .....	130
3.6. El jornal justo .....	142
<b>4. El camino de la Interpretación</b> .....	158
4.1. Visitas programadas .....	158
4.2. La Ceremonia de Equilibrio .....	171
4.3. Peregrinación forzada .....	186
4.4. La barca sobre lago Grande .....	200
4.5. El refugio de Dios .....	219
4.6. Origen y Destino .....	230
4.7. Eminencias naturales .....	237
4.8. El plan truncado .....	257
4.9. La cima .....	271
<b>5. La despedida</b> .....	<b>285</b>
5.1. El gran Fungi .....	285
5.2. Un valle en las Jorobas .....	294
5.3. El Cónclave de Almas .....	307
5.4. La Interpretación del valle .....	316
5.5. El ritual de F.E. ....	320
<b>6. La vida tras la vida</b> .....	<b>326</b>
6.1. El cronista de fuera .....	326
6.2. La Cúpula .....	337
6.3. El visitante .....	350
6.4. La Interpretación de Tecnos .....	365
6.5. El punto y seguido .....	379
6.6. La doma del buey .....	393
<b>7. Fin de Ciclo</b> .....	<b>406</b>
7.1. El Maestro Lao .....	406
7.2. El Lavandero .....	418
7.3. El Templo del Equilibrio .....	428
7.4. El reto en la ruta norte .....	440
7.5. Las calles de Núcleo .....	447
7.6. La Ceremonia de la Unificación .....	456
<b>8. El Oráculo</b> .....	<b>470</b>





